



004

CCIÓN

MANAYAO

CICLOPEDIA

1869

AY1004

C3

1868

C.1

E # 1 - C # 25

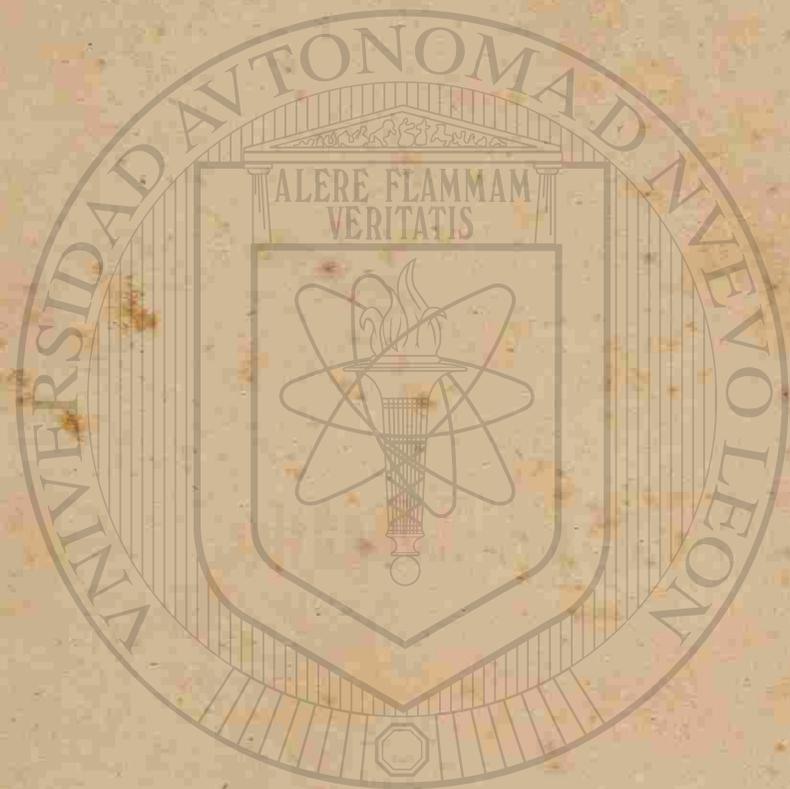


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





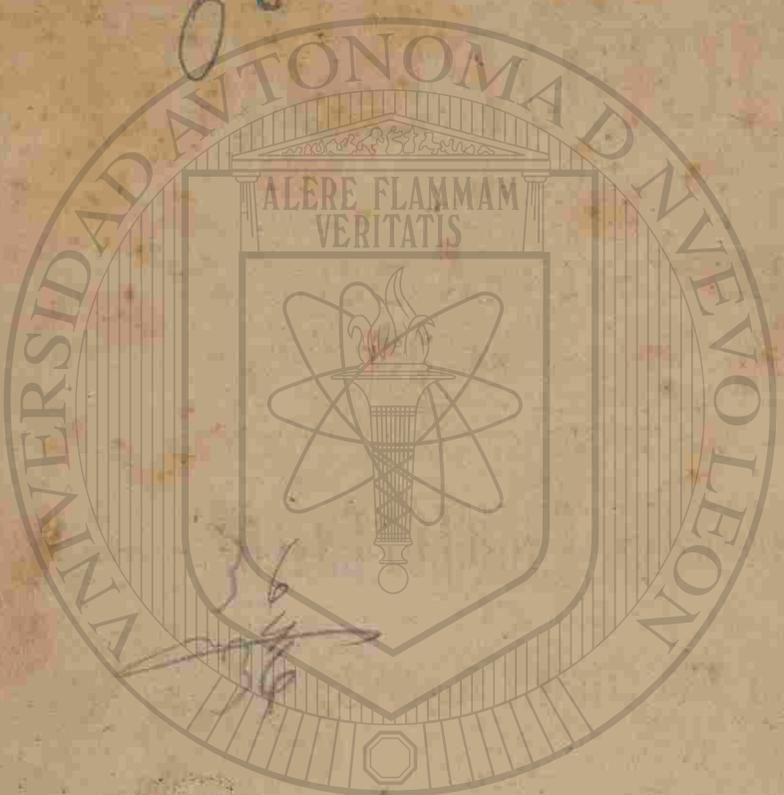
ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO.
A. C. C.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

39478



ALMANAQUE
ENCICLOPÉDICO

ESPAÑOL

ILUSTRADO,

PARA 1869,

POR D. NARCISO CAMPILLO.

Edición hecha exclusivamente para regalo de los Sres. suscritores
á la 1.^a edición de

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ADMINISTRACIONES.

MADRID.

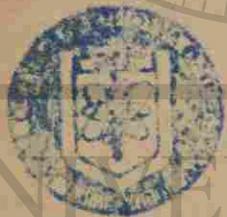
CADIZ.

Plaza de Topete, número 8.

Calle Ahumada, número 5.

MDCCCLXVIII.

54825



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO BIBLIOTECARIO PÚBLICO
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CADIZ.—IMPRESA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,

Á CARGO DE D. FEDERICO JOLY,
CALLE DE LA BOMBA NUMERO 1.

POSICION GEOGRÁFICA DE CÁDIZ.

LATITUD.—36° 31' 7" Norte.
LONGITUD.—0° 0' 21" al O. del Observatorio de San Fernando.

Epocas célebres.

De la Era Cristiana ó Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo	1869
De la Creacion del Mundo, segun el Padre Petavio	5852
Del Diluvio Universal, segun el mismo	4197
De la poblacion de España	4113
De la de Madrid	4038
De la de Cádiz	4051
De la fundacion de Roma, segun Varron	2621
De la Correccion Gregoriana	288
Del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre Pio IX	24
De la definicion dogmática del Misterio de la Inmaculada Concepcion	16
Del último Concordato celebrado con Su Santidad	19
De la instalacion de las Córtes generales y extraordinarias en Cádiz	60
De la consagracion del Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis	6

Cómputo Eclesiástico.

Áureo número, 8.—Epacta, XVII.—Ciclo solar, 2.—Indiccion Romana, XII.—
Letra Dominical, C.—Del Martirologio Romano, S.

Fiestas movibles.

Septuagésima, 24 Enero.—Ceniza, 10 Febrero.—Pascua de Resurreccion, 28 Marzo.
—Ascension del Señor, 6 Mayo.—Pentecostés, 16 Mayo.—Santísima Trinidad, 23 Mayo.
—Corpus Christi, 27 Mayo.—Domingos entre Pentecostés y Adviento, 27.—Domingo 1.^a
de Adviento, 28 Noviembre.

Cuatro estaciones.

Entra la Primavera, 20 Marzo.—El Estío, 21 Junio.—Canícula, 22 Julio.—El Oto-
ño, 22 Setiembre.—El Invierno, 21 Diciembre.

Cuatro Témperas.

I.—El 17, 19 y 20 de Febrero. | III.—El 15, 17 y 18 de Setiembre.
II.—El 19, 21 y 22 de Mayo. | IV.—El 15, 17 y 18 de Diciembre.

Dias en que se saca Anima del Purgatorio por el privilegio de la
Bula de la Santa Cruzada.

ENERO, el 24. | MARZO, 7, 19, 20 y 31
FEBRERO, 16, 27 y 28. | MAYO, 20 y 22.

PRONÓSTICOS.

ENERO.—Sabido es que este mes es por demás vario y frio. Este año tendrá tan brusco cambio atmosférico que el termómetro bajará hasta 4, 6 y 7 grados bajo 0 en muchas partes de España; una rápida variación nos traerá un buen temple por tres ó cuatro días. El 28 tendremos un eclipse de luna visible á las 2 y 38 minutos de la madrugada, su influencia en la atmósfera así como en la tierra, nos traerá grandes hielos, nieves, lluvias, y huracanes, á no ser que se halle en conjunción Marte con el Sol; en ese caso traerá vientos, truenos y relámpagos.

FEBRERO.—El viento salta del 1.º al 4.º cuadrante, se forman fuertes turbonadas, nieva y graniza. El termómetro oscilará entre 4 grados bajo 0 á 14 sobre 0. Compréndanse estos pronósticos segun la posición geográfica del país.

MARZO.—Principia la naturaleza á dejar ver el verde follaje y flor de arbolados, á pesar que las nieves y hielos no harán falta, acompañadas de vientos furibundos y australes se presentará bella temperatura; se forman tronadas y graniza. El termómetro oscilará entre 2 grados bajo 0 y 17 sobre 0.

ABRIL.—El cántico del ruiseñor y demás avecillas manifiestan la florida primavera. Estas avecillas han sufrido el rigor de la estación. ¡Cuán grande es el poder del Eterno! El labrador, ¡pobre labrador! Por tí está cultivada la tierra; sin tí, ¡ay de nosotros! Estas clases de sencillas gentes, nos dan el mantenimiento y sufren los rigores del tiempo; debemos considerarles como los mas grandes amigos y respetarlos como al mas opulento. Truenos, hielos y escarchas no harán falta, con vientos y granizos. El termómetro oscilará entre 0 á 20 s 0.

MAYO.—Presentase magestuoso, mil trinos de pajarillos dan alegría y nos manifiestan con su gorgojo que ha pasado la cruda estación; se ven los primeros frutos; el labrador principia á recoger el precio del sudor de su frente; las tempestades, en muchas partes, causarán pérdidas grandes, el huracán hará su juego, y un brusco cambio atmosférico se sentirá en muchas partes de España. El termómetro oscilará entre 4 grados sobre 0 á 25 id.

JUNIO.—Nos presenta este mes la dorada espiga, frutos y legumbres en abundancia; el huracán y las tempestades serán rancias en ciertos días, acompañadas de pedriscos y exhalaciones. El termómetro oscilará entre 5 grados sobre 0 á 27.

JULIO.—Es sabido que el calor en este mes es sofocante, pero un brusco cambio atmosférico nos hará dudar de la estación; el termómetro oscilará de 6 grados á 33, causa por la cual, se presentarán esas tormentas lineales causando alarma al pobre labrador y con razon este año, que las habrá pero muy rápidas y con piedra. El 23 á la 1 y 30 minutos tarde, eclipse invisible de luna, traerá su influencia en la tierra, vientos huracanados del NO. N. y, con tormentas en los mares.

AGOSTO.—Vientos australes, cálidos, dañinos y furibundos, el calor será fuerte, las tronadas rápidas y malas, el viento furioso á ciertas horas; el termómetro oscilará entre 7 grados á 33½, rolearán los vientos con frecuencia ya E., SE., S., SSO., O., este será el que hará mas juego. El 7 eclipse de sol invisible á las 9 y 30 minutos noche; su influencia en la tierra traerá un brusco cambio atmosférico y gran presión atmosférica.

SEPTIEMBRE.—Las tempestades serán fuertes, el calor llegará á 28 grados; un brusco cambio atmosférico nos traerá frio; el termómetro oscilará entre 5 grados á 28. Ya puede principiarse la siembra en ciertas localidades, y la recolección de la uva, antes que las lluvias lo impidan que serán fuertes.

OCTUBRE.—El último fruto que recoge el labrador es la uva, apresuraos á ella porque la lluvia os lo impedirá con perjuicios y no pequeños; la siembra, ya sé yo, podreis hacerla en grande escala; las tempestades con recios truenos no harán falta; todavía se verán granizos, en los montes, nieves. El termómetro oscilará entre 0 á 21 grados sobre 0: escarchas.

NOVIEMBRE.—Principia á sentirse el rigor de la estación, el hielo á manifestarse muy general, pero no por eso dejaremos de sentir truenos y los mares á tener fuertes tempestades (así como en Marzo, Abril y Octubre). El termómetro oscilará entre 2 grados bajo 0 á 19 sobre 0 con grandes vientos.

DICIEMBRE.—Todo el verdor del campo ha desaparecido, al pié del corpulento árbol se ven las hojas caídas; triste perspectiva por cierto! Las nieblas, el hielo, la nieve, el huracán y frio helador, estarán á la orden del día, pero entre estos sucederán días hermosos, casi de primavera, motivo por el cual se verán relámpagos no muy lejanos y á seguida otros hielos.

Eclipses de Sol y Luna.

ENERO.—Eclipse parcial de Luna *visible* en Cádiz.—Principio del eclipse á las 12 y 4 minutos de la noche.—Medio del eclipse á la 1 y 13 minutos de la madrugada del 28.—Fin del idem á las 2 y 22 minutos de la madrugada de id.

El principio de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en casi toda el Asia y América septentrional y meridional, en el Océano Atlántico, en gran parte del Indico, en el Mediterráneo, en parte del Pacífico, en el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en parte de Asia, en las dos Américas, en el Estrecho de Behering, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna contada desde la parte boreal del limbo 0,450: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Se verificará el primer contacto de la sombra con la Luna en un punto del limbo de esta, que dista 50° de su vértice boreal hácia Oriente, y 56° de su vértice superior hácia la izquierda (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna, se verificará en un punto del limbo de esta, que dista 31° de su vértice boreal hácia Occidente, y 82° de su vértice superior hácia la derecha (vision directa).

FEBRERO 10-11.—Eclipse anular de Sol *invisible* en Cádiz.—Este eclipse tendrá principio en la tierra el día 10 á 22^h 29^m,9 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el primer lugar que lo vé se halla en la longitud de 74° 1' al O. de S. Fernando y latitud —35° 42' S.

El eclipse central principia en la tierra el día 10 á 23^h 49^m,0 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el primer lugar que lo vé se halla en la longitud de 100° 46' al O. de S. Fernando y latitud —50° 12' S.

Sucede el eclipse central á medio día, el día 11 á 1^h 3^m,9 tiempo medio astronómico de S. Fernando y en un lugar cuya longitud es de 12° 20' al O. de S. Fernando, y latitud —54° 8' S.

Termina en la tierra el eclipse central el día 11 á 2^h 54^m,0 tiempo medio astronómico de S. Fernando, y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 56° 39' al E. de S. Fernando y latitud —24° 48' S.

El día 11 termina en la tierra el eclipse á 4^h 13^m,0 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 32° 49' al E. de S. Fernando y latitud —9° 51' S.

Será visible este eclipse en el Sur de Africa, en parte de la América del Sur, en la Tierra del Fuego, en el Océano Atlántico, en casi todo el Mar Polar Antártico y en parte de los mares Indico y Pacífico.

JULIO 23.—Eclipse parcial de Luna *invisible* en Cádiz.—Principio del eclipse á las 12 y 14 minutos del día.—Medio del eclipse á la 1 y 37 minutos de la tarde.—Fin del idem, á las 3 de la tarde.

El principio de este eclipse será visible en gran parte del NE. de Asia en la Australia, en una pequeña parte de la América septentrional y meridional, en el Estrecho de Behering, en casi todo el Océano Pacífico, en gran parte del Indico, en una pequeña parte del Artico y en casi todo el Mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse será visible en toda el Asia, en la Australia, parte de Africa, gran parte del Océano Pacífico, en el Indico y en casi todo el mar Polar Antártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte Austral del limbo 0,560 tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna debe verificarse en un punto del limbo de esta que dista 53° de su vértice austral hácia Oriente (vision directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de esta que dista 39° de su vértice austral hácia Occidente (vision directa).

AGOSTO 7.—Eclipse total de Sol *invisible* en Cádiz.—Este eclipse principia en la tierra á 7^h 13^m,0 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el primer lugar que lo vé se halla en la longitud de 150° 34' al E. de S. Fernando y latitud +36° 54' N.

El eclipse central principia en la tierra á 8^h 21^m,1 tiempo medio astronómico de San Fernando y el primer lugar que lo vé se halla en la longitud de 123° 46' al E. de S. Fernando y latitud +52° 41' N.

El eclipse central á medio día sucede á 9^h 21^m,1 tiempo medio astronómico de San

Fernando y en un lugar cuya longitud es de 138° 54' al O. de S. Fernando y lat. +61° 45'. El eclipse central termina en la tierra á 10^h 50^m, 8 tiempo medio astronómico de San Fernando y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 61° 10' al O. de S. Fernando y latitud +31° 21' N.

Termina este eclipse en la tierra á 11^h 58^m, 8 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 83° 56' al O. de S. Fernando y latitud +14° 53' N.

Será visible este eclipse en la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en parte del Asia, en el Estrecho de Behering, en parte del Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y en casi todo el Mar Polar Artico.

JUICIO DEL AÑO

QUE LOS HOMBRES TENGAN JUICIO.

Ello que vendrá, no hay duda; más no sabemos la fecha. Por cálculo aproximado la Vénus será muy vieja, Saturno estará perlático, Marte sin brazos ni piernas, Apolo con tabardillo, Mercurio con dos muletas, y con dos mil alifafes el resto de la caterva. Dos señoritas rollizas gobernarán á la tierra, porque á falta de varones suben al trono las hembras. Presidirán este año las diosas Temis y Astrea, que estaban arrinconadas cuando anduvo la regencia en mano de saltimbanquis y planetas calaveras; y así si duerme la una, estará la otra despierta. Entonces, lectores míos, tendremos *justicia seca*. Ninguno podrá decir, como dice en estas épocas, al hablar de la política, *las cosas no van derechas*; á cada cual lo que es suyo se le entrará por las puertas, lo de Dios se dará á Dios, y al César lo que es del César. Habrá una paz octaviana, y las máquinas guerreras métricas entre cristales se mostrarán, cual se muestran en los jardines zoológicos las alimañas y fieras. Allí se verá una horca y al pié las siguientes letras: *excelente maquinilla*

de corregir al que yerra: al lado de esto ¿qué vale toda la industria moderna? Tras de la horca, el garrote: tras del garrote, la penca: tras de penca, guillotina: tras de guillotina, rueda: tras de la rueda, la pira.... ¡qué exposición tan soberbia! Se vé que los abuelitos tenían ingenio y cabeza. Irán al mismo museo los grillos y las cadenas, los espadones y sables, las togas y las monteras. ¿De qué servirán los sables, siendo acabadas las guerras, á no ser que se aprovechen para partir las teleras? De togas, no digo nada, cesando las controversias, pues viviremos hermanos y no como yerno y suegra. Las cárceles en jardines se trocarán y en florestas; los juzgados, en talleres; el congreso, en academia: y de los códigos todos se hará un telon de comedia. Será el mundo una familia sin distincion ni barreras: inviolable el ciudadano en Francia como en América. De gobierno y policía, de resguardos y fronteras, de verdugos y alguaciles hablarán mucho las viejas, como ahora de fantasmas y de visiones horribles.

N. B.

ENERO.

SOL Tiene 31 días: el día, por término medio, 9 horas y 26 minutos, y la noche 14 horas y 34 minutos. La voz *Enero* se deriva de la latina *Januarius*, que es el nombre con que los romanos designaban este mes por estar consagrado á Jano.

H. M.		H. M.
7 12	1 Viér. ✠ LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR. En Barcelona y Búrgos, s. Concordio, s. Odilon y sta. Eufrosina.— <i>Indulgencia plenaria.</i>	4 56
7 12	2 Sáb. s. Isidoro. Barcelona y Zaragoza, stos. Macario, Siridon y Martiniano, san Espiridion y la venida de Ntra. Sra. del Pilar.— <i>Abrense los Tribunales.</i>	4 57
7 13	3 Dom. s. Antero, P. y mr. Barcelona, Búrgos, Zaragoza y Salamanca, s. Daniel.	4 57
7 13	4 Lún. s. Aquilino y eps. mrs. Navarra, s. Timoteo, ob. En Zaragoza, santa Benita.	4 58
7 13	5 Már. s. Telesforo, P. y mr., s. Simeon Stilita y sta. Polinaria. Barcelona, sta. Sinalética.— <i>Vigilia sin ayuno.</i>	4 59
	☽ Cuarto menguante á las 5 y 57 min. de la mañana en Libra.— <i>Nublado.</i>	
7 13	6 Miér. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, s. Melanio, s. Nilamon y sta. Macra.	5 0
7 13	7 Juév. s. Julian, ob. y s. Teodoro, monje. Barcelona, s. Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones.</i>	5 1
7 13	8 Viér. s. Luciano, presb. y eps. mrs. Navarra, s. Severino, Barcelona, s. Máximo.	5 2
7 13	9 Sáb. s. Julian, mr. y sta. Basilisa, vg. Barcelona y Zaragoza, s. Marcelino, ob. y conf. Pamplona, s. Julian y comps. mrs.	5 3
7 12	10 Dom. s. Nicanor, diác. y mr., s. Gonzalo de Amarante y san Guillermo. Córdoba, s. Agaton y s. Gonzalo. Badajoz, sta. Escolástica. Zaragoza, s. Juan Bueno.	5 3
7 12	11 Lún. s. Higinio, P. y mr., y s. Silvio, ob. y mr. Barcelona, s. Salvio.	5 4
7 12	12 Már. s. Benito, ab. y cf. Córdoba, s. Arcadio. Barcelona, s. Nazario.	5 5
	☾ Luna nueva á las 6 y 28 minutos de la noche en Capricornio.— <i>Vientos.</i>	
7 12	13 Miér. s. Gumersindo, pbro. y mr. Zaragoza y Córdoba, s. Leoncio. Cádiz, el bautizo de s. Juan. En Barcelona, la beata Verónica.	5 6
7 12	14 Juév. s. Hilario, ob. Barcelona, s. Félix, papa, s. Malaquías y el beato Bernardo Corleon.	5 7
7 12	15 Viérn. s. Pablo, primer ermitaño, y s. Mauro, ab.	5 8
7 11	16 Sáb. s. Marcelo, papa, s. Fulgencio y sta. Estefanía. Badajoz y Cádiz, s. Marcos.	5 9
7 11	17 Dom. El Dulce Nombre de Jesus; y s. Antonio, ab. Barcelona, sta. Rosalia Cartujana. Zaragoza y Castilla la Vieja, sta. Estefanía.	5 10
7 11	18 Lún. La Catedral de s. Pedro en Roma, y sta. Prisca. Barcelona, s. Boluciano.	5 11
7 10	19 Már. s. Canuto, rey y mr., s. Mario y comps. mrs. y s. Arcadio. Zaragoza, s. Ponciano. Córdoba, s. Gumersindo.	5 12
	SOL EN ACUARIO.	
7 10	20 Miér. s. Sebastian y s. Fabian, mrs.	5 13
	☾ Cuarto creciente á las 12 y 1 minuto de la noche en Tauro.— <i>Lluvias.</i>	
7 9	21 Juév. sta. Inés, vg. y mr. y s. Fructuoso y comps. mrs.	5 15
7 9	22 Viér. s. Vicente, diácono, patron de Valencia, s. Gaudencio, s. Anastasio, mr., y s. Oroncio. Badajoz, el beato Juan de Rivera.	5 16
7 8	23 Sáb. s. Ildelfonso, arz. de Toledo, s. Raimundo, cf., el beato Nicolás y san Estéban. Barcelona, sta. Emerenciana. Cádiz y Zaragoza, s. Raimundo de Peñafort.	5 17
7 8	24 Dom. de Septuagésima. Ntra. Sra. de la Paz, s. Timoteo, ob. y s. Epolonio. Barcelona, la Descension de Ntra. Señora.— <i>Anima.</i>	5 18
7 7	25 Lún. La Conversion de s. Pablo Apóstol, patron de Ecija, sta. Elvira, vg., y s. Marino. Barcelona, s. Ananías y Ntra. Sra. de Belen.	5 19
7 6	26 Már. s. Policarpo, ob., s. Teógenes, sta. Paula, viuda romana, y sta. Matilde.	5 20
7 6	27 Miér. s. Juan Crisóstomo, s. Julian y comps. mrs. y s. Emeristo.	5 21
7 5	28 Juév. s. Julian, ob. de Cuenca, s. Valero, ob., s. Tirso y comps. mrs. y la Aparicion de sta. Inés. Cádiz y Barcelona, s. Cirilo y s. Tebiso.	5 22
	☽ Luna llena á la 1 y 5 minutos de la madrugada en Leo.— <i>Lluvias.</i>	
	Eclipse parcial de luna visible.	
7 4	29 Viér. s. Francisco de Sales, ob. y cf., s. Sulpicio, s. Mauro y s. Aquilino. Badajoz, Barcelona, Cádiz y Zaragoza, s. Valero; fiesta en la última.	5 23
7 4	30 Sáb. sta. Martina, vg., s. Lesmes, ab., y sta. Aldegundis. Barcelona, sta. Marcela.	5 24
7 3	31 Dom. de Sexagésima. s. Pedro Nolaseo, fund., s. Siro, mr., y sta. Marcela, vg.	5 25

Fernando y en un lugar cuya longitud es de 138° 54' al O. de S. Fernando y lat. +61° 45'. El eclipse central termina en la tierra á 10^h 50^m, 8 tiempo medio astronómico de San Fernando y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 61° 10' al O. de S. Fernando y latitud +31° 21' N.

Termina este eclipse en la tierra á 11^h 58^m, 8 tiempo medio astronómico de S. Fernando y el último lugar que lo vé se halla en la longitud de 83° 56' al O. de S. Fernando y latitud +14° 53' N.

Será visible este eclipse en la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en parte del Asia, en el Estrecho de Behering, en parte del Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y en casi todo el Mar Polar Artico.

JUICIO DEL AÑO

QUE LOS HOMBRES TENGAN JUICIO.

Ello que vendrá, no hay duda; más no sabemos la fecha. Por cálculo aproximado la Vénus será muy vieja, Saturno estará perlático, Marte sin brazos ni piernas, Apolo con tabardillo, Mercurio con dos muletas, y con dos mil alifafes el resto de la caterva. Dos señoritas rollizas gobernarán á la tierra, porque á falta de varones suben al trono las hembras. Presidirán este año las diosas Temis y Astrea, que estaban arrinconadas cuando anduvo la regencia en mano de saltimbanquis y planetas calaveras; y así si duerme la una, estará la otra despierta. Entonces, lectores míos, tendremos *justicia seca*. Ninguno podrá decir, como dice en estas épocas, al hablar de la política, *las cosas no van derechas*; á cada cual lo que es suyo se le entrará por las puertas, lo de Dios se dará á Dios, y al César lo que es del César. Habrá una paz octaviana, y las máquinas guerreras métricas entre cristales se mostrarán, cual se muestran en los jardines zoológicos las alimañas y fieras. Allí se verá una horca y al pié las siguientes letras: *excelente maquinilla*

de corregir al que yerra: al lado de esto ¿qué vale toda la industria moderna? Tras de la horca, el garrote: tras del garrote, la penca: tras de penca, guillotina: tras de guillotina, rueda: tras de la rueda, la pira.... ¡qué exposición tan soberbia! Se vé que los abuelitos tenían ingenio y cabeza. Irán al mismo museo los grillos y las cadenas, los espadones y sables, las togas y las monteras. ¿De qué servirán los sables, siendo acabadas las guerras, á no ser que se aprovechen para partir las teleras? De togas, no digo nada, cesando las controversias, pues viviremos hermanos y no como yerno y suegra. Las cárceles en jardines se trocarán y en florestas; los juzgados, en talleres: el congreso, en academia: y de los códigos todos se hará un telon de comedia. Será el mundo una familia sin distincion ni barreras: inviolable el ciudadano en Francia como en América. De gobierno y policía, de resguardos y fronteras, de verdugos y alguaciles hablarán mucho las viejas, como ahora de fantasmas y de visiones horribles.

N. B.

ENERO.

SOL Tiene 31 días: el día, por término medio, 9 horas y 26 minutos, y la noche 14 horas y 34 minutos. La voz *Enero* se deriva de la latina *Januarius*, que es el nombre con que los romanos designaban este mes por estar consagrado á Jano.

H. M.		H. M.
7 12	1 Viér. ✠ LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR. En Barcelona y Búrgos, s. Concordio, s. Odilon y sta. Eufrosina.— <i>Indulgencia plenaria.</i>	4 56
7 12	2 Sáb. s. Isidoro. Barcelona y Zaragoza, stos. Macario, Siridon y Martiniano, san Espiridion y la venida de Ntra. Sra. del Pilar.— <i>Abrense los Tribunales.</i>	4 57
7 13	3 Dom. s. Antero, P. y mr. Barcelona, Búrgos, Zaragoza y Salamanca, s. Daniel.	4 57
7 13	4 Lún. s. Aquilino y eps. mrs. Navarra, s. Timoteo, ob. En Zaragoza, santa Benita.	4 58
7 13	5 Már. s. Telesforo, P. y mr., s. Simeon Stilita y sta. Polinaria. Barcelona, sta. Sinalética.— <i>Vigilia sin ayuno.</i>	4 59
	☽ Cuarto menguante á las 5 y 57 min. de la mañana en Libra.— <i>Nublado.</i>	
7 13	6 Miér. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, s. Melanio, s. Nilamon y sta. Macra.	5 0
7 13	7 Juév. s. Julian, ob. y s. Teodoro, monje. Barcelona, s. Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones.</i>	5 1
7 13	8 Viér. s. Luciano, presb. y eps. mrs. Navarra, s. Severino, Barcelona, s. Máximo.	5 2
7 13	9 Sáb. s. Julian, mr. y sta. Basilisa, vg. Barcelona y Zaragoza, s. Marcelino, ob. y conf. Pamplona, s. Julian y comps. mrs.	5 3
7 12	10 Dom. s. Nicanor, diác. y mr., s. Gonzalo de Amarante y san Guillermo. Córdoba, s. Agaton y s. Gonzalo. Badajoz, sta. Escolástica. Zaragoza, s. Juan Bueno.	5 3
7 12	11 Lún. s. Higinio, P. y mr., y s. Silvio, ob. y mr. Barcelona, s. Salvio.	5 4
7 12	12 Már. s. Benito, ab. y cf. Córdoba, s. Arcadio. Barcelona, s. Nazario.	5 5
	☾ Luna nueva á las 6 y 28 minutos de la noche en Capricornio.— <i>Vientos.</i>	
7 12	13 Miér. s. Gumersindo, pbro. y mr. Zaragoza y Córdoba, s. Leoncio. Cádiz, el bautizo de s. Juan. En Barcelona, la beata Verónica.	5 6
7 12	14 Juév. s. Hilario, ob. Barcelona, s. Félix, papa, s. Malaquías y el beato Bernardo Corleon.	5 7
7 12	15 Viérn. s. Pablo, primer ermitaño, y s. Mauro, ab.	5 8
7 11	16 Sáb. s. Marcello, papa, s. Fulgencio y sta. Estefanía. Badajoz y Cádiz, s. Marcos.	5 9
7 11	17 Dom. El Dulce Nombre de Jesus; y s. Antonio, ab. Barcelona, sta. Rosalia Cartujana. Zaragoza y Castilla la Vieja, sta. Estefanía.	5 10
7 11	18 Lún. La Catedral de s. Pedro en Roma, y sta. Prisca. Barcelona, s. Boluciano.	5 11
7 10	19 Már. s. Canuto, rey y mr., s. Mario y comps. mrs. y s. Arcadio. Zaragoza, s. Ponciano. Córdoba, s. Gumersindo.	5 12
	SOL EN ACUARIO.	
7 10	20 Miér. s. Sebastian y s. Fabian, mrs.	5 13
	☾ Cuarto creciente á las 12 y 1 minuto de la noche en Tauro.— <i>Lluvias.</i>	
7 9	21 Juév. sta. Inés, vg. y mr. y s. Fructuoso y comps. mrs.	5 15
7 9	22 Viér. s. Vicente, diácono, patron de Valencia, s. Gaudencio, s. Anastasio, mr., y s. Oroncio. Badajoz, el beato Juan de Rivera.	5 16
7 8	23 Sáb. s. Ildefonso, arz. de Toledo, s. Raimundo, cf., el beato Nicolás y san Estéban. Barcelona, sta. Emerenciana. Cádiz y Zaragoza, s. Raimundo de Peñafort.	5 17
7 8	24 Dom. de Septuagésima. Ntra. Sra. de la Paz, s. Timoteo, ob. y s. Epolonio. Barcelona, la Descension de Ntra. Señora.— <i>Anima.</i>	5 18
7 7	25 Lún. La Conversion de s. Pablo Apóstol, patron de Ecija, sta. Elvira, vg., y s. Marino. Barcelona, s. Ananías y Ntra. Sra. de Belen.	5 19
7 6	26 Már. s. Policarpo, ob., s. Teógenes, sta. Paula, viuda romana, y sta. Matilde.	5 20
7 6	27 Miér. s. Juan Crisóstomo, s. Julian y comps. mrs. y s. Emeristo.	5 21
7 5	28 Juév. s. Julian, ob. de Cuenca, s. Valero, ob., s. Tirso y comps. mrs. y la Aparicion de sta. Inés. Cádiz y Barcelona, s. Cirilo y s. Tebiso.	5 22
	☽ Luna llena á la 1 y 5 minutos de la madrugada en Leo.— <i>Lluvias.</i>	
	Eclipse parcial de luna visible.	
7 4	29 Viér. s. Francisco de Sales, ob. y cf., s. Sulpicio, s. Mauro y s. Aquilino. Badajoz, Barcelona, Cádiz y Zaragoza, s. Valero; fiesta en la última.	5 23
7 4	30 Sáb. sta. Martina, vg., s. Lesmes, ab., y sta. Aldegundis. Barcelona, sta. Marcela.	5 24
7 3	31 Dom. de Sexagésima. s. Pedro Nolaseo, fund., s. Siro, mr., y sta. Marcela, vg.	5 25

FEBRERO.

SOL	H. M.	Pón.
Tiene 28 días: el día, por término medio, 10 horas y 14 minutos, y la noche 13 horas y 46 minutos. La palabra <i>Febrero</i> se deriva de la latina <i>Februarius</i> con que los romanos designaban este mes, en el cual se verificaban las fiestas <i>Februales</i> .		
7 2	1 Lún. s. Ignacio, ob. y mr., sta. Brígida, vg., y s. Cecilio, ob. En Búrgos, s. Pionio. <i>Abstinencia en Madrid.</i>	5 26
7 1	2 Már. ✠ LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, s. Cornelio, s. Cándido, mr., s. Fortunato, s. Apropiano y s. Frésculo. En Zaragoza, sta. Feliciano.	5 27
7 0	3 Miér. s. Blás, ob. y mr., patron de Mazo en Canarias, s. Setentrio, s. Particio y el beato Nicolás de Longobardo. Cádiz, s. Félix y s. Genaro. Barcelona, s. Ceferino, s. Hipólito y comps. mrs.	5 28
7 0	④ <i>Cuarto menguante á las 4 y 31 minutos de la tarde en Escorpio.—Nubes.</i>	
6 59	4 Juév. s. Andrés Corsino, ob., y s. José de Leonisa, cf. Barcelona, s. Ramberto y san Donato. Córdoba, s. Aquilino. Búrgos, s. Apronino y s. Lóseulo.	5 29
6 58	5 Viér. sta. Agueda, v. y m., y s. Felipe de Jesus, mr. Cádiz, Córdoba y Pamplona, los Mártires del Japon de la Compañía de Jesus. Barcelona, sta. Calamanda.	5 31
6 57	6 Sáb. sta. Dorotea, v. y mr., s. Guarino y s. Antoliano. Cervera el Santo Misterio.	5 32
6 56	7 Dom. de Quincuagésima. s. Romualdo, ab., sta. Juliana, s. Ricardo, rey de Inglaterra, y s. Moisés.	5 33
6 55	8 Lún. s. Juan de Mata, cf. y fund., s. Paulo, s. Lucio, s. Ciriaco y sta. Cointa. Búrgos, s. Juvencio.	5 34
6 54	9 Már. Sta. Polonia v. y mr. Barcelona, s. Alejandro y s. Nicéforo. Córdoba, san Fructuoso y comps. mrs.— <i>Ciérranse las velaciones.</i>	5 35
6 53	10 Miér. Ceniza. sta. Escolástica, v. y mr., s. Guillermo, duque de Aquitania, s. Ireneo y tres comps. mrs. y sta. Sotera. Zaragoza, s. Sabino.— <i>Ayuno toda la Cuaresma menos los Domingos.</i>	5 36
6 52	11 Juév. s. Saturnino y comps. mrs., s. Desiderio y s. Lázaro. Córdoba, s. Valerio. Barcelona, los siete siervos de María.	5 37
6 51	● <i>Luna nueva á la 1 y 29 minutos de la tarde en Acuario.—Frio.</i> <i>Eclipse anular de sol invisible.</i>	
6 50	12 Viér. sta. Olalla, vg., la primera traslacion de s. Eugenio, y los stos. Damian, Modesto y Juliano. Zaragoza, s. Gaudencio. Badajoz, Barcelona, Cádiz y Pamplona, sta. Eulalia, v. y mr.	5 38
6 48	13 Sáb. s. Benigno y sta. Catalina de Rizzis. Córdoba, s. Marcelo.	5 39
6 47	14 Dom. I de Cuaresma. s. Valentin, presb. y mr., y el B. Juan Bautista de la Concepcion. Córdoba, s. Raimundo de Peñafort.	5 40
6 46	15 Lún. stos. Faustino y Jovita, herms. mrs. Pamplona, Ntra. Sra. de Guadalupe.	5 41
6 45	16 Már. s. Julian y 5.000 comps. mrs., sta. Juliana y s. Onésimo. Aragon, s. Elías y s. Gregorio X, papa.— <i>Anima.</i>	5 42
6 44	17 Miér. s. Julian de Capadocia, mr., s. Silvino, s. Claudio, obispo, y sta. Constanza. Barcelona, s. Pedro Tomás. Aragon, s. Alejo de Florencia. Córdoba, s. Ignacio, ob.— <i>Témpora.</i>	5 43
6 43	18 Juév. s. Eladio, arz. de Toledo, s. Simeon, ob. y s. Pedro Tomás. Barcelona, la beata Cristiana.— <i>SOL EN PRSCIS.</i>	5 44
6 42	19 Viér. s. Gabino, mr., s. Alvaro de Córdoba, y s. Conrado, cf. Barcelona, s. Barbato.	5 45
6 41	⑤ <i>Cuarto creciente á las 4 y 41 minutos de la tarde en Geminis.—Revuelto.</i>	
6 40	20 Sáb. stos. Leon y Eleuterio, obs., y s. Sadot. Barcelona, s. Nemesio, mr.— <i>Témpora.</i>	5 46
6 39	21 Dom. II de Cuaresma. s. Félix, ob. y cf., s. Maximiano y s. Severiano. Barcelona, s. Paterio y s. Desiteo.	5 47
6 38	22 Lún. s. Pascasio, ob., y La Cátedra de s. Pedro en Antioquia. Cádiz, sta. Margarita de Cortona.	5 48
6 37	23 Már. stas. Marta y Margarita de Cortona, s. Florencio, s. Sireno y sta. Isabela. Barcelona y Cádiz, s. Pedro Damiano y s. Silverio.	5 49
6 36	24 Miér. s. Matías, Apóstol, s. Modesto y s. Melecio. Barcelona, s. Eldiberto.	5 50
6 35	25 Juév. s. Cesáreo, cf. y s. Jarasio. Badajoz, s. Félix. Barcelona, s. Aberrano y san Dióscoro. Búrgos, sta. Elena. Zaragoza, Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico.	5 51
6 34	26 Viér. s. Alejandro, ob., y el beato Juan de Ribera. En Zaragoza, s. Faustino, ob. Cádiz, s. Cesáreo.	5 52
6 33	⑥ <i>Luna llena á las 11 y 39 minutos de la mañana en Virgo.—Buen tiempo.</i>	
6 32	27 Sáb. s. Baldomero, conf. En Cádiz, Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico y s. Julian. En Zaragoza, s. Alejandro y s. Cesáreo. En Barcelona, s. Leandro. En Búrgos, s. Pesor.— <i>Anima.</i>	5 53
6 31	28 Dom, III de Cuaresma. s. Roman, fundador.— <i>Anima.</i>	5 54

MARZO.

SOL	H. M.	Pón.
Tiene 31 días: el día, por término medio, 11 horas y 24 minutos, y la noche 12 horas y 36 minutos. La palabra <i>Marzo</i> se deriva de la latina <i>Martius</i> , y ésta de <i>Mars</i> ó Marte, dios de la guerra, á quien estaba consagrado el mes de Marzo.		
6 31	1 Lún. El sto. Angel de la Guarda, s. Rosendo, ob., y sta. Eudisia. Cádiz, s. Hiscio, s. Rudesindo, sta. Antonina y s. Leon. Barcelona, s. Nicéforo.	5 55
6 30	2 Már. s. Lucio, ob. y mr., y s. Lorgio. Barcelona y Córdoba, s. Absalon y s. Simplicio, papa y mr. Búrgos, s. Joyano. Zaragoza, s. Pablo.	5 56
6 28	3 Miér. stos. Emeterio y Celedonio, mrs., s. Medin y sta. Marcia y comps. mrs.	5 57
6 27	4 Juév. s. Casimiro, rey y conf., s. Pío I, s. Cayo y s. Adrian. Cádiz y Córdoba, s. Lucio, Papa.	5 58
6 26	5 Viér. s. Eusebio y cps. mrs. Barcelona, s. Nicolás. Córdoba, s. Adriano.	5 59
6 24	⑦ <i>Cuarto meng. á las 5 y 18 m. de la mañ. en Sagitario.—Aparato de lluvia.</i>	
6 23	6 Sáb. stos. Victor y Victoriano, y sta. Coleta, vg. Barcelona y Córdoba, s. Olegario. Zaragoza, s. Cirilo. Pamplona, s. Braulio.	5 59
6 21	7 Dom. IV de Cuaresma. sto. Tomás de Aquino, dr. Córdoba, stas. Perpétua y Felicitas y s. Braulio.— <i>Anima.</i>	6 0
6 20	8 Lún. s. Juan de Dios, fund., s. Julian, arzobispo de Toledo, y s. Veremundo.	6 1
6 19	9 Már. sta. Francisca, viuda romana. Búrgos, Cádiz y Salamanca, sta. Catalina de Bolonia. Barcelona, s. Paciano.	6 2
6 18	10 Miér. s. Meliton y comps. mrs., y s. Macario. Córdoba, el sto. Angel de la Guarda. Barcelona, s. Atano. Zaragoza, s. Crescencio.	6 3
6 17	11 Juév. s. Eulogio, presb. y mr., s. Eracleo, s. Zósimo, s. Ramiro y sta. Aurea. Zaragoza, s. Constantino.	6 4
6 16	12 Viér. s. Gregorio el Magno, p. y cf.	6 5
6 15	13 Sáb. s. Leandro, arz. de Sevilla. Barcelona, s. Rodrigo. Zaragoza, sta. Eufrasia.	6 6
6 14	● <i>Luna nueva á las 8 y 21 minutos de la mañana en Piscis.—Vario.</i>	
6 13	14 Dom. de Pasion. sta. Matilde, la Traslacion de sta. Florentina, y las stas. Mártires de Ecija.	6 7
6 12	15 Lún. stos. Raimundo y Longinos, mrs., y s. Meliton. Córdoba, sta. Leocricia. Barcelona, sta. Madrona.	6 7
6 11	16 Már. s. Julian de Anazareo, mr., y s. Agapito. Aragon, s. Félix. Córdoba los santos Mártires de Sebaste en Armenia. Pamplona, san Ciriaco. Barcelona, san Heriberto.	6 8
6 10	17 Miér. s. Patricio, s. Alejandro y s. Teodoro. Barcelona y Búrgos, sta. Gertrudis.	6 9
6 9	18 Juév. s. Gabriel Arcángel. Zaragoza y Barcelona, s. Braulio, Pamplona, el beato Salvador de Horta.	6 10
6 8	19 Viér. s. José, Esposo de la Sma. Virgen y los Dolores de Nuestra Señora, s. Apolonio y s. Leoncio.— <i>Anima.</i>	6 11
6 7	20 Sáb. s. Niceto, ob., s. Ambrosio de Sena, sta. Eufemia, v. y mr. y sta. Fortina.— <i>Anima.—SOL EN ARIES.</i>	6 12
ENTRA LA PRIMAVERA.		
6 6	21 Dom. de Ramos. s. Benito, ab., s. Filemon y s. Donino.	6 13
6 5	⑧ <i>Cuarto creciente á las 5 y 29 minutos de la mañana en Cáncer.—Vientos.</i>	
6 4	22 Lún. s. Deogracias, ob., y sta. Lea. Córdoba, s. Pablo de Narbona. Barcelona, san Ambrosio de Sena. Zaragoza, s. Bienvenido.	6 14
6 3	23 Márt. s. Victoriano y cps. mrs., y s. Fidel. Barcelona, el beato José Oriol.	6 15
6 2	24 Miér. s. Rómulo, s. Agapito, ob., y el beato José María Tomasi, conf. Zaragoza, san Segundo. Cádiz, Córdoba, Salamanca y Búrgos, s. Simeon.	6 15
6 1	25 Juév. Santo. La Anunciacion de Ntra. Sra. y Encarnacion del Hijo de Dios, y san Dimas el Buen Ladrón.	6 16
6 0	26 Viér. Santo. s. Braulio, obispo y conf. Zaragoza, s. Teodoro. Barcelona, s. Castulo. Cádiz, s. Montiano. Córdoba, s. Basilio.	6 17
5 59	27 Sáb. Santo. s. Ruperto y s. Juan, ermitaño. Barcelona, s. Lázaro.— <i>Ordenes.</i>	6 18
5 58	⑨ <i>Luna llena á las 9 y 7 minutos de la noche en Libra.—Nublado.</i>	
5 57	28 Dom. de Pascua de Resurreccion. stos. Cástor y Doroteo, mrs., y s. Sixto III, papa.	6 19
5 56	29 Lún. s. Eustasio, ab. y mr., s. Siro, s. Cirilo y s. Segundo. Zaragoza, s. Bertoldo. Barcelona, s. Jonás.	6 20
5 55	30 Már. s. Juan Climaco, ab., y s. Régulo, ob. y conf. Barcelona, s. Quirino.	6 20
5 54	31 Miér. sta. Balbina, vg., s. Amós, profeta, s. Amadeo y s. Benjamin.— <i>Anima.</i>	6 21

ABRIL.

SOL Tiene 30 días: el día, por término medio, 12 horas y 44 minutos, y la noche 11 horas y 16 minutos. La palabra *Abril* se deriva de la latina *Aperire*, que significa *abrir*, porque en este mes la tierra abre su seno para ofrecernos sus ricas producciones.

H. M.		H. M.
5 46	1 Juév. s. Venancio, ob. y mr., s. Bonifacio, s. Ignacio y la Impresion de las llagas de sta. Catalina de Sena. En Aragon y Córdoba, sta. Teodora. En Cataluña, san Víctor, mr.	6 22
5 45	2 Viér. s. Francisco de Paula, cf. y fund., sta. María Egipcíaca y sta. Teodosia.	6 23
5 44	3 Sáb. s. Ulpiano, s. Pancracio, ob. y mr., y s. Benito de Palermo. Badajoz, sta. Engracia. Córdoba, s. Ricardo.	6 24
	☉ <i>Cuarto menguante á las 8 y 23 m. de la noche en Capricornio.—Vario.</i>	
5 42	4 Dom. de Quasimodo. s. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y s. Platon.	6 25
5 41	5 Lún. s. Vicente Ferrer, conf. y sta. Emilia. Barcelona, sta. Irene.— <i>Abrense las velaciones.</i>	6 26
5 39	6 Már. s. Celestino y s. Marcelino. Barcelona, Pamplona y Zaragoza, s. Guillermo.	6 26
5 38	7 Miér. s. Epifanio, ob., s. Ciriaco, s. Pelusio, s. Saturnino y s. Herman.	6 27
5 36	8 Juév. s. Dionisio, ob., y el B. Julian de s. Agustin. Barcelona, s. Alberto el Magno y sta. Máxima. Cádiz, sta. Casilda.	6 28
5 35	9 Viér. sta. María Cleofé, y sta. Casilda, vg. Barcelona, s. Demetrio. Burgos, santa Catalina.	6 29
5 34	10 Sáb. s. Daniel y s. Ezequiel, profetas. Barcelona, s. Terencio y Pompeyo. Aragon, s. Urbano y s. Macario.	6 30
5 32	11 Dom. s. Leon I el Grande, s. Antipas y s. Isaac.	6 31
5 31	12 Lún. s. Constantino, s. Victor y s. Zenon, mrs. Córdoba y Zaragoza, s. Julio. Burgos, s. Sábás.	6 31
	☉ <i>Luna nueva á la 1 y 22 minutos de la madrugada en Aries.—Lluvia.</i>	
5 29	13 Már. s. Hermenegildo, rey de Sevilla y mr. Burgos, s. Urso.	6 32
5 28	14 Miér. s. Tibureio y s. Valeriano. Barcelona, Cádiz y Zaragoza, s. Pedro Gonzalez Telmo y s. Frotan.	6 33
5 27	15 Juév. stas. Basílisa y Anastasia, mrs. Barcelona, el venerable Lucio y s. Ardalion, comediante. Zaragoza, sta. Elena.	6 34
5 25	16 Viér. sta. Engracia y sto. Toribio de Liébana, ob.	6 35
5 24	17 Sáb. s. Aniceto, papa y mr., y la Beata María Ana de Jesus. Córdoba, s. Elías y comps. mrs.	6 36
5 23	18 Dom. El Patrocinio de s. José, s. Eleuterio, ob., y su madre sta. Antica, y s. Perfecto, mr. Burgos y Zaragoza, s. Apolonio. Villafranca de Panadés se celebra á la Divina Pastora.	6 37
5 21	19 Lún. s. Leon IX, s. Hermógenes, s. Vicente y s. Rufo. Zaragoza, s. Dionisio, mr.	6 38
	☉ <i>Cuarto creciente á las 2 y 41 minutos de la tarde en Cáncer.—Claro.</i>	
5 20	20 Már. sta. Inés de Monte-Pulciano, vg. y s. Marciano. Barcelona, s. Teótimo, ob. —Zaragoza, s. Cesáreo. En Astorga se celebra á sto. Toribio de Liébana.	6 39

SOL EN TAURO.

5 19	21 Miér. s. Anselmo, ob., s. Apolines y s. Isacio. Burgos, s. Apolo. Barcelona, san Crotates y s. Silvio. Navarra, la Dedicacion de la catedral de Pamplona.	6 39
5 17	22 Juév. s. Sotero y s. Cayo, papas y mrs., s. Leonides y s. Apéles.	6 40
5 16	23 Viér. s. Jorge, mr., patron de Aragon y de Alcalá, s. Gerardo y s. Maroto. Barcelona y Burgos, s. Adalberto.	6 41
5 15	24 Sáb. s. Gregorio, ob. y cf., s. Fidel de Sigmaringa, y stas. Bona y Donona. Barcelona, s. Neon.	6 42
5 14	25 Dom. s. Márcos Evangelista, y s. Herminio. Barcelona, Burgos, Pamplona y Salamanca, s. Aniano, ob.	6 43
5 13	26 Lún. stas. Cleto y Marcelino, papas y mrs., y la Traslacion de sta. Leocadia. Barcelona, Ntra. Sra. del Buen Consejo.	6 44
	☉ <i>Luna llena á las 5 y 56 minutos de la mañana en Escorpio.—Viento.</i>	
5 11	27 Mar. stas. Anastasio y Toribio de Mogrobojo, y s. Pedro de Armengol. Barcelona, sta. Cita.	6 44
5 10	28 Miér. s. Prudencio, ob., patron de Alava (fiesta en Avila en el obispado de Tarazona), s. Vidal, s. Acacio y sta. Valeria.	6 45
5 9	29 Juév. s. Pedro de Verona, mr. Barcelona, s. Roberto.	6 46
5 8	30 Viér. sta. Catalina de Sena, s. Indalecio y s. Peligrin. Barcelona, sta. Sofia y san Ludovico. Córdoba, s. Amador.	6 47

MAYO.

SOL Tiene 31 días: el día por término medio, 14 horas, y la noche 10 horas. La palabra *Mayo* se deriva de la latina *Maius*, ó de *Mayores*, con que se designaba á los ancianos y senadores de la antigua Roma; los romanos lo consagraron á la vejez.

H. M.		H. M.
5 7	1 Sáb. s. Felipe y Santiago, Apóstoles. Barcelona y Zaragoza, s. Segismundo, rey.	6 48
5 6	2 Dom. s. Atanasio, ob. y dr., y s. Félix, patron de Avila. En Burgos y Salamanca, s. Segundo.— <i>Fiesta nacional.—Aniversario por los difuntos primeros mártires de la Independencia española en Madrid.</i>	6 49
5 4	3 Lún. La Invencion de la sta. Cruz. s. Alejandro y comps. mrs., y s. Juvenal.	6 50
	☉ <i>Cuarto menguante á la 1 y 15 m. de la tarde en Acuario.—B. tiempo.</i>	
5 3	4 Mar. sta. Mónica, viuda, y s. Florian. Badajoz, la Corona de Espinas del Señor. Barcelona, sta. Antonina, vg. y mr. Burgos, s. Ciriaco.	6 50
5 2	5 Miér. s. Pio V, la Conversion de s. Agustin y sta. Crescencia. Cádiz, s. Angel. Burgos, s. Angel y s. Silvano.	6 51
5 1	6 Juév. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR. s. Juan Ante-Portam-Latinam, s. Ovidio y sta. Benita.	6 52
5 0	7 Viér. s. Estanislao, ob. y mr., s. Sixto y s. Ubaldo. Córdoba, la Aparicion de san Rafael Arcángel.	6 53
4 59	8 Sáb. La Aparicion de s. Miguel Arcángel, y Ntra. Sra. de los Desamparados, patrona de Valencia.	6 54
4 58	9 Dom. s. Gregorio Nazianceno, ob., s. Hermes y la Traslacion de s. Nicolás de Bari.	6 55
4 57	10 Lún. s. Antonino, arz. de Florencia, s. Gordiano y s. Job.	6 56
4 56	11 Már. s. Mamerto, ob. Barcelona y Burgos, s. Poncio, s. Anastasio y s. Eudaldo.	6 57
	☉ <i>Luna nueva á las 3 y 42 minutos de la tarde en Tauro.—Claro.</i>	
4 55	12 Miér. sto. Domingo de la Calzada, cf. Barcelona, s. Pancracio.	6 57
4 55	13 Juév. s. Pedro Regalado, conf., patron de Valladolid. Córdoba, s. Segundo.	6 58
4 54	14 Viér. s. Bonifacio, mr., Badajoz, s. Victor y sta. Corina, mrs.	6 59
4 53	15 Sáb. ✠ SAN ISIDRO LABRADOR, PATRON DE MADRID.	7 0

Visita general de cárceles.

4 52	16 Dom. Pascua de Pentecostés, ó la venida del Espiritu Santo sobre los Apóstoles, s. Juan Nepomuceno, sta. Máxima y s. Gil.	7 1
4 51	17 Lún. s. Pascual Bailon, cf., y s. Torpetes. Barcelona, sta. Restituta, vg. y mr.	7 1
4 51	18 Már. s. Venancio, mr., s. Félix de Cantalicio, conf., y sta. Julita.	7 2
	☉ <i>Cuarto creciente á las 9 y 4 minutos de la noche en Leo.—Nubes.</i>	
4 50	19 Miér. s. Pedro Celestino, papa, s. Juan de Cetina, s. Pedro de Dueñas y sta. Pudentiana. Badajoz, Barcelona y Zaragoza, s. Ivon.— <i>Tempora.</i>	7 3
4 49	20 Juév. s. Bernardino de Sena, cf. y sta. Basílisa. Barcelona, s. Baudilio, mr.— <i>Anima.</i>	7 4
4 49	21 Viér. sta. María del Socors, vg. Barcelona y Córdoba, s. Secundino, mártir de Cardona.	7 5

SOL EN GÉMINIS.

4 48	22 Sáb. sta. Rita de Casia, viuda y stas. Quiteria y Julita. Badajoz, s. Anton.— <i>Tempora.—Anima.</i>	7 5
4 47	23 Dom. I. La Sma. Trinidad, La Aparacion de Santiago Apóstol. Cádiz, s. Epitáceo y s. Basileo.	7 6
4 47	44 Lún. s. Robustiano, mr., y s. Juan Francisco Regis. Cádiz, s. Juan de Prado. Zaragoza, sta. Susana.	7 7
4 46	25 Mar. stas. Gregorio VII y s. Urbano, papas, y sta. María Magdalena de Pazzis.	7 8
	☉ <i>Luna llena á las 2 y 58 minutos de la tarde en Sagitario.—Viento.</i>	
4 46	26 Miér. s. Felipe Neri, fundador, s. Prisco, la Invencion de s. Ildefonso y sta. Emenciana. Córdoba, s. Eleuterio y comps. mrs.	7 8
4 45	27 Juév. ✠ SS. CORPUS CHRISTI, y s. Juan, P. y mr.	7 9

Procesion general.

4 44	28 Viér. s. Justo y s. German, y s. Estanislao, ob. y mr. Barcelona, s. Emilio.	7 10
4 44	29 Sáb. s. Maximino. Badajoz, s. Máximo.	7 10
4 44	30 Dom. II. s. Fernando III, rey de España.	7 11
4 43	31 Lún. sta. Petronila, vg., y s. Pascasio.	7 12

JUNIO.

SOL	Tiene 30 días: el día, por término medio, 14 horas y 50 minutos, y la noche 9 horas y 10 minutos. La palabra <i>Junio</i> se deriva de la latina <i>Juniores</i> , que significa <i>Jóvenes</i> , porque este mes lo tenían consagrado á los jóvenes los romanos.	SOL
H. M.		H. M.
4 43	1 Már. s. Segundo, mr., patron de Avila. En Cádiz, s. Firmo. En Córdoba, s. Venancio. En Barcelona, s. Simeón, monje, s. Fortunato y s. Pánfilo. En Zaragoza, s. Iñigo, abad, y s. Pelegrin.	7 12
4 43	2 Miér. stos. Marcelino y Pedro, mrs., y s. Juan de Ortega, cf. Cádiz, s. Erasmo. ☉ <i>Cuarto menguante á las 6 y 56 m. de la mañana en Piscis.—Revuelto.</i>	7 13
4 42	3 Juév. s. Isaac, monje, y sta. Clotilde, reina. Zaragoza, sta. Oliva, vg. y mr.	7 14
4 42	4 Viér. El Sagrado Corazon de Jesus, s. Francisco Caracciolo, y sta. Saturnina, vg. Navarra, s. Diácono. Barcelona, stos. Rutilio, Quirino y comps. mrs. Córdoba, s. Alejandro.	7 14
4 42	5 Sáb. s. Bonifacio, ob. y mr., y sta. Zenaida. Barcelona, stos. Nicanor y Sancio. Córdoba y Zaragoza, s. Sancho. Pamplona, la Reliquia de la Catedral.	7 15
4 41	6 Dom. III. s. Norberto, ob., s. Amancio y s. Claudio. Barcelona, s. Felipe. Búrgos, s. Bonifacio. Córdoba, s. Felipe de Cesárea.	7 16
4 41	7 Lún. s. Pedro Wistremundo y comp. mrs. Barcelona, s. Pablo. Zaragoza, s. Roberto. Búrgos, s. Avencio.	7 16
4 41	8 Már. s. Salustiano. Barcelona, s. Medardo, ob. Cádiz, s. Eraclio. Zaragoza, san Victorino. Córdoba, s. Norberto, ob.	7 17
4 41	9 Miér. stos. Primo y Feliciano, mrs. Barcelona, s. Ricardo, ob.	7 17
4 41	10 Juév. stos. Crispulo y Restituto, mrs., sta. Margarita, reina de Escocia y s. Mauricio. Barcelona, sta. Oliva. ☉ <i>Luna nueva á las 3 y 27 minutos de la mañana en Géminis.—Calor.</i>	7 18
4 41	11 Viér. s. Bernabé, Apóstol. Búrgos, s. Paraiso y s. Fortunato.	7 18
4 41	12 Sáb. s. Juan de Sahagun, conf., s. Onofre, anacoreta, y san Ciriaco. Zaragoza, san Juan Facundo.	7 18
4 41	13 Dom. IV. s. Antonio de Pádua, conf., y s. Tirifilo.	7 19
4 41	14 Lún. s. Basilio el Magno, ob., dr. y fundador, y s. Marciano. Cataluña, san Eliseo, y sta. Digna, vg.	7 19
4 41	15 Már. s. Vito, s. Modesto y sta. Crescencia, mrs.	7 20
4 41	16 Miér. s. Marcelino, ob., s. Quirico y sta. Julita, mrs. Barcelona y Cádiz, sta. Lutgarda. Zaragoza, s. Benon y s. Juan Francisco Regis. Búrgos, s. Aureliano.	7 20
4 41	17 Juév. s. Manuel y comps. mrs., y el Beato Pablo de Arezo, conf. Cádiz, s. Rainero. Córdoba, s. Anastasio. Barcelona, s. Isauro. ☾ <i>Cuarto creciente á la 1 y 50 minutos de la madrugada en Virgo.—Viento.</i>	7 20
4 41	18 Viér. stos. Márcos, Marcelino y Ciriaco, mrs., sta. Paulina y sta. Macrina.	7 21
4 41	19 Sáb. stos. Gervasio y Protasio, mrs. Cádiz, Navarra y Zaragoza, s. Lamberto. Barcelona y Córdoba, sta. Juliana de Falconeri.	7 21
4 41	20 Dom. V. s. Silverio, papa, y sta. Florentina, vg. En Barcelona, s. Novato.	7 21
4 41	21 Lún. s. Luis Gonzaga, conf., s. Eusebio, ob., y s. Albano. Barcelona, sta. Demetria. Córdoba, s. Pelagio, mr. Zaragoza, s. Raimundo.—SOL EN CANCER.	7 21
ENTRA EL ESTIO.		
4 42	22 Mar. s. Paulino y s. Acacio y 10.000 eps. mrs. Córdoba, s. Luis Gonzaga.	7 22
4 42	23 Miér. s. Juan, presb. y mr., y sta. Edeltruda. Barcelona y Córdoba, s. Zenon y sta. Agripina.	7 22
4 42	24 Juév. La Natividad de s. Juan Bautista, s. Fausto, s. Heros y s. Firmino. ☾ <i>Luna llena á la 1 y 13 m. de la madrug. en Capricornio.—Mucha calor.</i>	7 22
4 42	25 Viér. sta. Orosia, y s. Guillermo, conf., y s. Eloy, ob. Barcelona, s. Próspero.	7 22
4 43	26 Sáb. stos. Juan y Pablo, herms., y s. Pelayo, mrs., s. Virgilio y s. Salvio.	7 22
4 43	27 Dom. VI. s. Zoylo y comps. mrs. Barcelona, s. Bienvenuto.	7 22
4 43	28 Lún. s. Leon II, papa y conf., y s. Argimiro.	7 22
Vig. sin dispensa.—Ayuno.		
4 44	29 Már. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO, APOSTOLES, y s. Casio.	7 22
4 44	30 Miér. La Conmemoracion de s. Pablo, Apóstol, y s. Marcial, ob. Barcelona, santa Emiliana.	7 22

JULIO.

SOL	Tiene 31 días: el día, por término medio, 14 horas y 56 minutos, y la noche 9 horas y 4 minutos. La palabra <i>Julio</i> se deriva de la latina <i>Julius</i> , que significa <i>Julio</i> : los romanos le dieron este nombre en memoria de Julio César.	SOL
H. M.		H. M.
4 45	1 Juév. stos. Casto y Secundino, obs. y mrs., y s. Martin. En Cádiz, sta. Leonor. En Barcelona, s. Galo.	7 22
4 45	☉ <i>Cuarto menguante á las 12 y 21 minutos de la noche en Aries.—Vientos.</i>	7 22
4 46	2 Viér. La Visitacion de Nuestra Señora y san Suvituno. Barcelona, san Urbano, mr. Badajoz, s. Odon.	7 22
4 46	3 Sáb. s. Trifon y comps. mrs. Cádiz, stos. Marco y Muciano, mrs. Búrgos, s. Heliodoro. Zaragoza, s. Jacinto, mr.	7 22
4 46	4 Dom. VII. La Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo, s. Laureano, arzobispo de Sevilla, el beato Gaspar Bono y san Ulrico. Zaragoza, santa Isabel, reina de Portugal é infanta de Aragon.	7 22
4 47	5 Lún. sta. Zoá y el beato Miguel de los Santos, conf. Búrgos, sta. Cirila. Cádiz, sta. Filomena. Córdoba, s. Atanasio.	7 22
4 47	6 Márt. sta. Lucía, vg. y mr., y s. Isaías. Zaragoza, Badajoz y Navarra, sta. Dominica. Barcelona y Búrgos, s. Rómulo, ob. y mr., y s. Tranquilino.	7 21
4 48	7 Miér. s. Fermin, ob. y mr., patron de Navarra, s. Claudio, s. Odon y el beato Lorenzo de Brindis. Córdoba, s. Argimiro.	7 21
4 48	8 Juév. sta. Isabel, reina de Portugal, s. Aguilar y sta. Priscila. Zaragoza, s. Auspicio.	7 21
4 49	9 Viér. s. Cirilo, ob. y mr., s. Zenon y comps. mrs., s. Bricio y s. Audax y comps. mrs.	7 21
4 49	☉ <i>Luna nueva á la 1 y 12 minutos de la tarde en Cáncer.—Calimas.</i>	7 20
4 49	10 Sáb. stas. Amalia y Rufina, herms. mrs. Badajoz, sta. Felicitas. Barcelona, Búrgos, Zaragoza y Navarra, s. Cristóbal.	7 20
4 50	11 Dom. VIII. s. Pio I, papa y mr., s. Abundio, mr. de Córdoba, y sta. Verónica de Julianis, vg. Cádiz, s. Aquila. Barcelona, s. Enero.	7 20
4 51	12 Lún. s. Juan Gualberto, ab., y sta. Marciana, v. Barc. y Córdoba, s. Félix y s. Navor.	7 20
4 51	13 Már. s. Anacleto, papa y mr. Barcelona y Búrgos, s. Esdras.	7 19
4 52	14 Miér. s. Buenaventura, ob. y dr. Córdoba, s. Francisco Solano. Barcelona, s. Foocas, s. Ciro y s. Genaro.	7 19
4 53	15 Juév. s. Enrique, emperador, s. Camilo de Lelis, fundador. Barcelona, s. Antioeo y stas. Julia y Justa.	7 18
4 53	16 Viér. El Triunfo de la Santa Cruz y Ntra. Sra. del Carmen. Badajoz, s. Sisenando. Barcelona, s. Fausto. ☾ <i>Cuarto creciente á las 6 y 23 minutos de la mañana en Libra.—Revuelto.</i>	7 18
4 54	17 Sáb. s. Alejo, cf., s. Leon IX y s. Jacinto. Badajoz, sta. Marcelina. Barcelona y Zaragoza, sta. Genorosa. Búrgos, s. Liberato. Córdoba, s. Sisenando, mr. de Córdoba.	7 17
4 55	18 Dom. IX. sta. Sinforosa y siete hijos mrs., sta. Marina, vg., y s. Federico, ob.	7 17
4 55	19 Lún. stas. Justa y Rufina, herms. mrs., y s. Vicente de Paul, fund. Cádiz, Navarra y Zaragoza, sta. Macrina. Badajoz, sta. Aurea.	7 16
4 56	20 Már. s. Elías, prof., stas. Librada, Margarita y Severa. Barc., s. Gerónimo Emiliano.	7 16
4 57	21 Miér. s. Víctor y sta. Práxedes, vg. Badajoz, sta. Julia. Búrgos, s. Daniel, prof.	7 15
4 58	22 Juév. sta. María Magdalena, penit., patrona de Ciempozuelos, y s. Teófilo. Badajoz, s. Platon y s. Cirilo. Sol en Leo.—CANICULA.	7 14
4 58	23 Viér. s. Apolinar, ob., s. Liborio y los stos. Bernardo, María y Gracia. Barcelona, sta. Erundina.	7 14
4 59	☾ <i>L. ll. á la 1 y 29 m. de la t. en Acuario. Calor. Eclipse parcial de L. inv.</i>	7 13
4 59	24 Sáb. s. Francisco de Solano y sta. Cristina, vg. En Cádiz, s. Antonio de la Torre. Badajoz, s. Victor.—Vigilia.—Ayuno.	7 13
5 0	25 Dom. X. Santiago Apóstol, Patron de España, san Cristóbal, mr., y sta. Valentina. Barcelona, s. Ceuufate y s. Teodomiro.	7 12
5 1	26 Lún. sta. Ana, Madre de Ntra. Señora, s. Olimpo y s. Pastor.	7 11
5 1	27 Már. s. Pantaleon, mr. Barcelona, s. Mauro, s. Georgio y stas. Semproniana y Juliana. En Córdoba, s. Aurelio.	7 11
5 2	28 Miér. s. Nazario y s. Victor y comps. mrs., s. Inocencio y s. Celso.	7 10
5 3	29 Juév. sta. Marta, vg., s. Félix II papa, y stos. Simplicio y Faustino. Zaragoza, santa Serafina.	7 9
5 4	30 Viér. s. Abdon y s. Senén, mrs. Córdoba, s. Teodomiro. Barcelona, s. Urso. Cádiz, s. Rufino y sta. Secundina.	7 8
5 5	31 Sáb. s. Ignacio de Loyola, fundador. Barcelona, s. Fabio, mr. ☉ <i>Cuarto menguante á las 4 y 41 m. de la tarde en Tauro.—Buen tiempo.</i>	7 7

AGOSTO.

SOL Tiene 31 días: el día, por término medio, 14 h. y 12 m., y la noche 9 h. y 48 m.
Sale. El nombre de este mes se deriva de la palabra latina *Augustus*, nombre que los romanos le dieron en memoria de Augusto César. Anteriormente se llamaba *Sextilis*.

H.M.		H.M.
5 5	1 Dom. XI. s. Pedro Ad-Vinula, y stas. Fe, Esperanza y Caridad. En Búrgos y Barcelona, s. Félix, mr. Córdoba, los hermanos Macabeos.	7 6
5 6	2 Lún. Ntra. Señora de los Angeles, s. Pedro, ob. de Osma, y s. Estéban, papa y mr. Barcelona, s. Alfonso de Ligorio, ob. y dr.— <i>Jubileo de la Porciúncula</i> .	7 5
5 7	3 Már. La Invenzion de s. Estéban, proto-mártir, y s. Nicodemus.	7 4
5 8	4 Miér. sto. Domingo de Guzman, cf. y fund., y sta. Perpétua.	7 3
5 9	5 Juév. Ntra. Sra. de las Nieves, Patrona de Ceuta. Zaragoza, s. Emigdio.	7 2
5 10	6 Viér. La Transfiguracion del Señor, y stos. Justo y Pastor, patronos de Alcalá de Henares, Barcelona, s. Ormidas.— <i>Hoy se dá principio á la novena de Ntra. Sra. de la Asuncion; tiene concedidas las mismas indulgencias que la de la Purificacion</i> .	7 1
5 10	7 Sáb. s. Cayetano, fund., y s. Alberto de Sicilia, conf. Salamanca, s. Mamés y san Cacio. Córdoba, s. Donato.	7 0
	☉ <i>L. n. á las 9 y 43 m. de la n. en Leo.—Reuelto. Eclipse total de Sol inv.</i>	
5 11	8 Dom. XII. s. Ciriaco, patron de Ibiza, y comps. mrs., y s. Emiliano.	6 59
5 12	9 Lún. stos. Roman, Rústico y Domiciano. Pamplona, Córdoba y Zaragoza, santos Justo y Pastor.	6 58
5 13	10 Már. s. Lorenzo, mr., y stas. Asteria y Basa. Badajoz, la Aparicion de la Virgen de la Merced.	6 57
5 14	11 Miér. s. Tiburcio, mr., y sta. Susana. Badajoz y Barcelona, sta. Filomena.	6 56
5 14	12 Juév. stas. Clara, Centola y Elesia. Badajoz, sta. Hilaria. Barcelona, s. Herculano.	6 55
5 15	13 Viér. stos. Hipólito, Casiano, Aniceto y Fótimo, y stas. Centona y Elena.	6 54
5 16	14 Sáb. s. Eusebio, s. Atanasio y sta. Anastasia, mr. Búrgos, s. Marcelo. Córdoba, s. Pablo.— <i>Vigilia con abstinencia.—Ayuno</i> .	6 52
	☾ <i>Cuarto creciente á las 12 y 15 m. del día en Escorpio.—Mucha calor.</i>	
5 17	15 Dom. XIII. La Asuncion de Nuestra Señora, s. Napoleon, s. Alipio, s. Arnulfo y s. Estanislao. Barcelona, s. Tarcisio.	6 51
5 18	16 Lún. s. Roque y s. Jacinto, cfs., y sta. Eufemia. Barcelona, s. Tito.	6 50
5 18	17 Már. stos. Pablo y Juliana, herms. mrs. Barcelona, s. Liberato. Cádiz, sta. Emilia, y s. Anastasio. Zaragoza, s. Mamés.	6 49
5 19	18 Miér. s. Agapito, sta. Elena, emperatriz, sta. Clara de Falconeri, vg., y s. Bonifacio, mártir.	6 48
5 20	19 Juév. s. Luis, ob., s. Magin, mr. Barcelona, Cádiz, Pamplona y Zaragoza, san Mariano.	6 46
5 21	20 Viér. s. Bernardo, Patron de Gibraltar y de Algeciras. Barcelona, s. Leovigildo. Castilla la Vieja, s. Samuel y s. Filiberto.	6 45
5 22	21 Sáb. sta. Basa y sus tres hijos, y sta. Juana Francisca Fremiot, viuda. Cádiz, stos. Bonoso y Maximiano, mrs.	6 44
5 23	22 Dom. XIV. s. Joaquin, Padre de Nuestra Señora, stos. Sinforiano, Fabriciano, Hipólito y Timoteo.	6 42
	☽ <i>Luna llena á las 3 y 58 minutos de la mañana en Acuario.—Viento.</i>	
	SOL EN VIRGO.	
5 23	23 Lún. s. Felipe Benicio, cf. Córdoba, stos. Cristóbal y Leovigildo, mr.	6 41
5 24	24 Mar. s. Bartolomé, Apóstol. Barcelona, s. Ptolomeo.	6 40
5 25	25 Miér. s. Luis, rey de Francia, s. Ginés de Arlés, s. Julian, mártir de Siria, y san Geroncio.	6 38
5 26	26 Juév. s. Ceferino, papa y mr., s. Leovigildo y s. Adrian. Badajoz, s. Victor. Barcelona, s. Celestino. Córdoba, s. Felipe Benicio. Zaragoza, s. Licer.	6 37
5 27	27 Viér. s. José de Calasanz, fund., s. Rufo, obispo y mr., y la Transverberacion del Corazon de sta. Teresa de Jesus.	6 36
5 27	28 Sáb. s. Agustin, s. Moisés y s. Quintin.	6 34
5 28	29 Dom. XV. El Sagrado Corazon de María y la Degollacion de s. Juan Bautista. Barcelona, sta. Sabina y s. Adolfo. Zaragoza, s. Juan de Perusia y s. Pedro de Sajoferrato.	6 33
5 29	30 Lún. Ntra. Sra. de la Consolacion y Correa, sta. Rosa de Lima. Castilla la Vieja, los stos. Emeterio y Celedonio. Fiesta en Santander.	6 31
	☽ <i>Cuarto menguante á las 7 y 33 m. de la mañ. en Géminis.—N. ó vientos.</i>	
5 30	31 Már. s. Ramon Nonnato, s. Robustiano, mr., y la Traslacion de s. Emeterio y san Celedonio, patronos de Calahorra. Zaragoza, s. Dominguito de Val. Cádiz, Nuestra Sra. del Buen Viaje. Salamanca, los stos. Vicente, Sabina y Cristeta.	6 30

SETIEMBRE.

SOL Tiene 30 días: el día, por término medio, 13 horas y 2 minutos, y la noche 10 horas y 58 minutos. *Setiembre* se deriva de la palabra latina *September*, que expresa el sétimo lugar que ocupaba este mes en el antiguo calendario romano.

H.M.		H.M.
5 31	1 Miér. s. Gil, ab., y stos. Vicente y Leto, mrs. de Toledo. Cádiz, s. Augusto y comps. mrs. En Barcelona, s. Lupo y s. Elpidio. Badajoz, sta. Verona. Córdoba, s. Alejo.	6 29
5 31	2 Juév. s. Estéban, rey de Hungría, sta. Máxima y s. Antolin, patron de Palencia y de Leganiel. Cataluña, s. Filadelfio y s. Hermógenes.	6 27
	<i>Sale la Cancicula.</i>	
5 32	3 Viér. s. Sandalio, mr., sta. Eufemia y s. Ladislao, rey. Zaragoza y Badajoz, santa Serapia. Barcelona y Búrgos, s. Nonito y Cariton.	6 26
5 33	4 Sáb. stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia, vgs. Barcelona, s. Cástor.	6 24
5 34	5 Dom. XVI. s. Lorenzo Justiniano, s. Rómulo, sta. Obdulia y la Traslacion de san Julian, ob. de Cuenca.	6 23
5 35	6 Lún. s. Eugenio y eps. mrs. Barcelona, s. Petronio, ob., y s. Eleuterio. Córdoba, s. Vicente de Paul. Zaragoza, el sto. Angel Custodio.	6 21
	☉ <i>Luna nueva á las 5 y 41 m. de la mañana en Virgo.—Aparato de lluvia.</i>	
5 35	7 Már. sta. Regina, vg. y mr., s. Pánfilo y s. Clodoaldo. Barcelona, s. Augustal. Badajoz, s. Anastasio. Córdoba, s. Pantaleon.	6 20
	<i>Abstinencia en Madrid.</i>	
5 36	8 Miér. ✠ LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, s. Adrian y sta. Adela. Barcelona, s. Ammon.— <i>Procesion general</i> .	6 19
5 37	9 Juév. sta. María de la Cabeza, s. Gorgonio y s. Doroteo. Barcelona, el beato Pedro Claver.	6 17
5 38	10 Viér. s. Nicolás de Tolentino, ermitaño, y s. Pedro de Monzon. Badajoz, s. Lucio.	6 16
5 39	11 Sáb. stos. Proto y Jacinto, herms. mrs., y s. Vicente.— <i>Hoy se dá principio á la novena de los Dolores gloriosos de la Santísima Virgen; tiene concedidas las mismas indulgencias que la de la Purificacion</i> .	6 14
5 39	12 Dom. XVII. El Dulce Nombre de María, s. Leoncio, s. Lésmes y comps. mrs. Barcelona y Cádiz, s. Eulogio, ob.	6 13
	☾ <i>Cuarto creciente á las 8 y 58 m. de la noche en Sagitario.—Buen tiempo.</i>	
5 40	13 Lún. s. Felipe y comps. mrs. Búrgos, s. Eloy y s. Mauricio. Badajoz, sta. Eugenia. Barcelona, s. Venereo. Cádiz, s. Eulogio. Zaragoza, s. Amado.	6 11
5 41	14 Már. La Exaltacion de la sta. Cruz, s. Materno y sta. Rózula.	6 10
5 42	15 Miér. s. Nicomedes, mr. Búrgos, sta. Emilia. Badajoz, sta. Eutropia.— <i>Témpora</i> .	6 8
5 43	16 Juév. stos. Cornelio, Cipriano y Rogelio. Zaragoza, sta. Eufemia.	6 7
5 43	17 Viér. La Impresion de las Llagas de s. Francisco, y s. Pedro de Arbus.— <i>Témpora</i> .	6 5
5 44	18 Sáb. sto. Tomás de Villanueva, arz. de Valencia. Cádiz, san José de Cupertino. Barcelona, s. Ferreol. Córdoba, sta. Emilia.— <i>Témpora.—Ordenes</i> .	6 4
5 45	19 Dom. XVIII. Los Dolores Gloriosos de Nuestra Señora, s. Genaro, ob., y comps. mrs. Badajoz, s. Desiderio. Barcelona, s. Festo.	6 2
5 46	20 Lún. s. Eustaquio y comps. mrs., y sta. Cándida. Cádiz, stas. Susana y Marta, mrs.	6 1
	☽ <i>Luna llena á las 8 y 16 minutos de la noche en Piscis.—Calor.</i>	
5 46	21 Már. s. Mateo, Apóstol y Evang. Cádiz, sta. Efigenia, vg.	5 59
5 47	22 Miér. s. Mauricio y eps. mrs. Barcelona, sta. Emerita, vg.—SOL EN LIBRA.	5 58
	OTOÑO.	
5 48	23 Juév. s. Lino, p. y mr., y stas. Tecla, Jántipe y Poligena.	5 56
5 49	24 Viér. Ntra. Sra. de las Mercedes, y s. Gerardo.	5 55
5 50	25 Sáb. s. Lope, ob. Navarra, la conmemoracion del martirio de s. Fermin, s. Cleofás, sta. Maria de Cervellon. En Barcelona y Córdoba, santa Maria de Socors. Zaragoza, sta. Pantaria, vg.— <i>Hoy se dá principio á la novena de Ntra. Sra. del Rosario; tiene concedidas las mismas indulgencias que la de la Purificacion</i> .	5 53
5 51	26 Dom. XIX. stos. Cipriano, Crescencio y Justina, mrs. En Zaragoza, s. Orenco.	5 52
5 51	27 Lún. stos. Cosme y Damian, mrs. Cádiz, s. Pelegrin y sta. Faustina, vg. mr. Barcelona, s. Adolfo.	5 50
5 52	28 Mar. s. Wenceslao, mr., sta. Eustaquia y el Beato Simon de Rojas, cf.	5 49
	☽ <i>Cuarto meng. á las 8 y 44 m. de la noche en Cáncer.—Vientos ó nubes.</i>	
5 53	29 Miér. La Dedicacion de s. Miguel Arcángel, sta. Gaudelia y s. Fraterno.	5 47
5 54	30 Juév. s. Gerónimo, dr. y fund., sta. Sofia, viuda, y s. Leopardo.	5 46

OCTUBRE.

SOL	Tiene 31 días: el día, por término medio, 11 horas y 48 minutos, y la noche 12 horas y 12 minutos. La palabra <i>Octubre</i> se deriva de la latina <i>October</i> , que significa octavo, porque este mes ocupaba dicho lugar en el calendario romano.	SOL
H.M.		H.M.
5 55	1 Viér. s. Remigio, ob. Cádiz y Zaragoza, el sto. Angel tutelar de España. Burgos, s. Verísimo.	5 44
5 56	2 Sáb. s. Saturio, patrón de Soria, s. Olegario, y los stos. Angeles Custodios. Badajoz, s. Eleuterio.	5 43
5 56	3 Dom. XX. Nuestra Sra. del Rosario, s. Cándido y s. Gerardo. Barcelona, s. Fausto.	5 41
5 57	4 Lún. s. Francisco de Asís, fund., s. Petronio y sta. Aurea.	5 40
5 58	5 Már. s. Froylan, patrón de Leon, s. Atilano, s. Plácido, y comps. mrs.	5 38
	☾ <i>Luna nueva á las 1 y 54 minutos de la tarde en Libra.—Lluvias.</i>	
5 59	6 Miér. s. Bruno, conf. y fund., sta. Erótida, s. Magno, s. Primo y s. Feliciano. Barcelona, Cádiz y Zaragoza, sta. Fe.	5 37
6 0	7 Juév. s. Marcos papa, y s. Sergio y comps. mrs. Cádiz, Ntra. Sra. del Remedio. Zaragoza, sta. Justina. Badajoz, s. Baeco.	5 35
6 1	8 Viér. sta. Brigida, viuda, y s. Demetrio. Zaragoza, santa Pelagia. Barcelona, santa Reparada.	5 34
6 2	9 Sáb. s. Dionisio Areopagita, y comps. mrs., y Ntra. Sra. del Remedio.	5 33
6 2	10 Dom. XXI. s. Francisco de Borja y s. Luis Beltran. Cádiz, s. Daniel y comps. mrs.	5 31
6 3	11 Lún. s. Fermín y s. Nicasio, obs. Badajoz, sta. Plácida. Córdoba, s. Luis Beltran.	5 30
6 4	12 Már. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, s. Félix, s. Cipriano y s. Serafín. Barcelona, s. Maximiano.	5 28
	☽ <i>Cuarto creciente á las 9 y 37 m. de la mañana en Capricornio.—Nubes.</i>	
6 5	13 Miér. s. Fausto y s. Eduardo, rey Barcelona, s. Gerardo, abad.	5 27
6 6	14 Juév. s. Calixto, sta. Fortunata y hermanas mrs., s. Evaristo y s. Gaudencio.	5 26
6 7	15 Viér. sta. Teresa de Jesus, patrona de Avila y de Alba de Tormes, y compatrona de las Españas.	5 24
	<i>Indulgencia plenaria en el Cármen.</i>	
6 8	16 Sáb. s. Galo, s. Florentin, sta. Adelaida, y la beata María de la Encarnacion. Cádiz y Zaragoza, s. Florentin.	5 23
6 9	17 Dom. XXII. sta. Eduvigis, sta. Mamerta y s. Andrés de Gandia. Badajoz, s. Victor.	5 22
6 10	18 Lún. s. Lucas, Evangelista. Barcelona, s. Julian, ermitaño. Burgos, s. Justo.	5 20
6 11	19 Már. s. Pedro Alcántara y sta. Rosina. Badajoz, s. Aquilino.	5 19
6 11	20 Miér. s. Juan Cancio y sta. Irene. Barcelona, s. Aurelio. Córdoba, s. Wenceslao y s. Feliciano.	5 18
	☽ <i>Luna llena á las 1 y 32 minutos de la tarde en Aries.—Buen tiempo.</i>	
6 12	21 Juév. s. Hilarion, sta. Ursula y las 11.000 vgs. y mrs.	5 17
6 13	22 Viér. sta. María Salomé. Barcelona, s. Nunilon y Alodia. Cádiz y Zaragoza, s. Juan Capistrano. Pamplona, sta. Córdola, vg. y mr.	5 15
6 14	23 Sáb. s. Juan Capistrano, s. Pedro Pascual y s. Pedro Pascasio. Cádiz, stos. Servando y German, Patronos de Cádiz y su obispado.	5 14
	SOL EN ESCORPIO.	
6 15	24 Dom. XXIII. s. Rafael Arcángel. Barcelona, s. Bernardo Carbó y s. Martirian.— <i>Hoy se dá principio á la novena en sufragio de las almas del purgatorio.</i>	5 13
6 16	25 Lún. s. Crisanto, sta. Daria, stos. Crispin y Crispiniano, s. Frutos, patrón de Segovia, y la Dedicacion de la sta. Iglesia Catedral de Toledo. Cádiz, Ntra. Sra. de los Remedios. Córdoba, s. Gabino.	5 12
6 17	26 Már. s. Evaristo. Barcelona, stos. Luciano y Marciano, patronos de Vich. Cádiz, s. Florencio. Córdoba, s. Servando y s. German.	5 11
6 18	27 Miér. stos. Vicente, Sabina y Cristeta. Navarra y Cádiz, s. Florencio. Barcelona, santa Capitolina.	5 9
6 19	28 Juév. s. Simon y s. Judas Tadeo, Apóstoles, y sta. Cirila.	5 8
	☽ <i>Cuarto menguante á las 8 y 9 minutos de la mañana en Leo.—Lluvias.</i>	
6 20	29 Viér. s. Narciso y sta. Eusebia. Barcelona, s. Maximiliano.	5 7
6 21	30 Sáb. s. Cláudio y comps. mrs., y stos. Lupercio y Victorio. Zaragoza, san Gerardo. Vigilia.—Ayuno.	5 6
6 22	31 Dom. XXIV. s. Quintín, mr., sta. Lucila, vg., y la Batalla del Salado. Barcelona, sta. Exuperia. Badajoz, s. Urbano. Córdoba, s. Wolfango de Suevia.— <i>Aniversario de la Batalla del Salado.</i>	5 5

NOVIEMBRE.

SOL	Tiene 30 días: el día, por término medio, 10 horas y 34 minutos, y la noche 13 horas y 26 minutos. La palabra <i>Noviembre</i> se deriva de la latina <i>November</i> , con la cual daban á entender que el citado mes ocupaba el noveno lugar en el calendario romano.	SOL
H.M.		H.M.
6 23	1 Lún. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. <i>Procesion general.</i>	5 4
6 24	2 Mar. La Conmemoracion de los fieles difuntos, sta. Eustaquia, vg. y mr., y santos Victoriano y Tobias. En Zaragoza, s. Justo.— <i>Jubileo en todas las Parroquias.—Se celebran tres misas.</i>	5 3
6 25	3 Miér. s. Valentin, presb. y mr., y los innumerables mártires de Zaragoza. Cataluña, s. Armengol, ob. Fiesta en el obispado de Urgel. Cádiz, s. Hermengaudio, ob.	5 2
	☾ <i>Luna nueva á las 11 y 10 m. de la noche en Escorpio.—Nubes ó luvias.</i>	
6 26	4 Juév. s. Carlos Borromeo, ob. y cf., y sta. Modesta, vg.	5 1
6 27	5 Viér. s. Zacarías y sta. Isabel, padres del Bautista, y el beato Martin de Porres.	5 0
6 28	6 Sáb. s. Severo, ob., s. Leonardo, ab., s. Vinoco y s. Félix.	4 59
6 29	7 Dom. XXV. s. Antonio y comps. mrs., y s. Florencio.	4 58
6 30	8 Lún. s. Severiano, ob., y comps. mrs., y s. Godofredo. Badajoz, stos. Severo, Carpóforo y Victoriano. Barcelona, s. Egelberto. Cádiz, Córdoba y Zaragoza, s. Severo. Navarra, el Patronato de Nuestra Señora.	4 57
6 31	9 Már. stos. Teodoro y Sotero, y la Dedicacion de la sta. Iglesia del Salvador en Roma.	4 56
6 32	10 Miér. s. Andrés Avelino, cf., y s. Probo. Barcelona, sta. Florencia.	4 56
6 33	11 Juév. s. Martin, patrón del obispado de Orense. Barcelona, s. Mena.	4 55
	☽ <i>Cuarto creciente á las 2 y 30 m. de la madrugada en Acuario.—Vario.</i>	
6 34	12 Viér. s. Diego de Alcalá, conf., s. Millan, s. Emiliano, y s. Martin, papa.— <i>Hoy se dá principio á la novena de la Presentacion de Nuestra Señora en el templo; tiene concedidas las mismas indulgencias que la de la Purificacion.</i>	4 54
6 35	13 Sáb. s. Eugenio III, arz. de Toledo, s. Estanislao de Koska, y s. Homobono, conf. Zaragoza, s. German y comps. mrs. Cádiz y Córdoba, s. Diego de Alcalá.	4 53
6 36	14 Dom. XXVI. El Patrocinio de Ntra. Sra., s. Serapio, mr., y s. Lorenzo, ob. En Barcelona, s. Rufo y sta. Veneranda.	4 53
6 37	15 Lún. s. Eugenio I, arzobispo y patrón de Toledo, mr., s. Leopoldo. Cádiz, sta. Gertrudis la Magna, vg.	4 52
6 38	16 Már. s. Rufino, s. Edmundo y comps. mrs.	4 51
6 39	17 Miér. sta. Gertrudis la Magna, y stos. Aciselo y Victoria, herms. mrs. Cádiz, san Gregorio Taumaturgo.	4 51
6 40	18 Juév. s. Máximo, ob., s. Roman, mr., y la Dedicacion de la Iglesia de s. Pedro y san Pablo en Roma.	4 50
6 41	19 Viér. sta. Isabel, reina de Hungría, viuda, y s. Crispin, obispo de Ecija. Córdoba, s. Ponciano.	4 49
	☽ <i>Luna llena á las 6 y 53 min. de la mañana en Tauro.—Vientos. Frios.</i>	
6 42	20 Sáb. s. Félix de Valois, cf. y fund., y stos. Agapito y Dacio.	4 49
6 43	21 Dom. XXVII. La Presentacion de Nuestra Señora, y stos. Honorio, Eutiquio, Rufo y Estéban.	4 48
6 44	22 Lún. sta. Cecilia, vg. y mr.	4 48
	SOL EN SAGITARIO.	
6 45	23 Már. s. Clemente, papa y mr. Barcelona, sta. Lucrecia. Cádiz, sta. Felicitá.	4 47
6 46	24 Miér. s. Juan de la Cruz, cf., s. Crisógono, sta. Flora y sta. María.	4 47
6 47	25 Juév. sta. Catalina, vg. y mr., s. Gonzalo y s. Erasmo. Barcelona, s. Erasmo.	4 47
6 48	26 Viér. Los Desposorios de Nuestra Señora, y s. Pedro Alejandrino. Córdoba, las reliquias de los Santos Mártires.	4 46
	☽ <i>Cuarto menguante á las 5 y 49 minutos de la tarde en Virgo.—Vario.</i>	
6 49	27 Sáb. stos. Faundo y Primitivo, mrs. Zaragoza y Cádiz, s. Virgilio, ob. Barcelona, s. Valeriano. Córdoba, stas. Flora y Macía.	4 46
	<i>Cierranse las velaciones.</i>	
6 50	28 Dom. I de Adviento. s. Gregorio III y Santiago de la Marca. Cádiz, la Dedicacion de la Sta. Iglesia Catedral de Cádiz y la Traslacion de s. Juan de Dios. Córdoba, los Desposorios de Nuestra Señora.	4 46
6 51	29 Lún. s. Saturnino, ob. y mr., santa Iluminada y san Bonifacio. Salamanca, santa Justina.	4 45
6 52	30 Már. s. Andrés, Apóstol.	4 45

DICIEMBRE.

SOL

Sale.

Tiene 31 días: el día, por término medio, 9 horas y 32 minutos, y la noche 14 horas y 28 minutos. La palabra *Diciembre* se deriva de la latina *December*, que significa décimo, lugar que ocupaba este mes en el antiguo calendario romano.

H. M.

6 53

1 Miér. sta. Natalia, viuda. En Barcelona, Búrgos y Zaragoza, s. Egerico, s. Eloy y s. Casiano, ob. Cádiz, sta. Cándida, mr. Córdoba, s. Gregorio Taumaturgo.

6 54

2 Juév. sta. Bibiana, vg. y mr., s. Pedro Crisólogo, ob. y dr., s. Ponciano y sta. Elisa. Barcelona, sta. Aurelia.

6 55

3 Viér. s. Francisco Javier, patron de Navarra, s. Cláudio y sta. Hilaria.—Ayuno.

☉ Luna nueva á las 10 y 16 minutos de la mañana en Sagitario.—Revuelto.

6 56

4 Sáb. sta. Bárbara, vg. y mr. Barcelona, s. Pedro Crisólogo.—Ayuno.

6 57

5 Dom. II de Adviento. s. Sábás, ab., s. Anastasio, mr., y s. Dalmacio. Barcelona, sta. Crispina. Córdoba y Zaragoza, s. Pedro Crisólogo.

6 58

6 Lún. s. Nicolás de Bari, arz. de Mira y cf., sta. Asela y s. Torcian.

6 59

7 Mar. s. Ambrosio, ob. y dr., s. Urbano y s. Martín, ab. Barcelona, s. Teodoro, mr.—Desde las vísperas de hoy, hasta la hora de ponerse el sol mañana, se gana indulgencia plenaria visitando cualquier iglesia dedicada con cualquier título á la Santísima Virgen, previa la confesion y comunión.—Abstinencia en Madrid, y general por devoción.

6 59

8 Miér. ✠ LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, PATRONA DE ESPAÑA É INDIAS.—Procesion general.—Jubileo en las iglesias de la advocacion de la Virgen.

7 0

9 Juév. sta. Leocadia, vg. y mr. Barcelona, s. Cipriano, ab. Córdoba, s. Leandro, ob.

7 1

10 Viér. Ntra. Sra. de Loreto, sta. Eulalia de Mérida y s. Melquiades.—Ayuno.

☾ Cuarto creciente á las 10 y 46 minutos de la noche en Piscis.—Frios.

7 2

11 Sáb. s. Dámaso, papa y conf. Barcelona, s. Sabino, ob. Cádiz, s. Eutiquio.—Ayuno.

7 3

12 Dom. III de Adviento. La Aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico, y san Donato y comps. mrs. Barcelona, s. Sisenio y sta. Dionisia. Zaragoza, s. Constancio y comps. mrs. Córdoba, sta. Eulalia.

7 3

13 Lún. santa Lucía, vg. y mr., santa Otilia, el beato Juan de Marinonio, confesor, y s. Orestes.

7 4

14 Már. s. Nicasio, ob. y mr., y sta. Eutropia. Búrgos y Salamanca, s. Arsenio. Barcelona, Córdoba y Zaragoza, s. Espiridion.

7 5

15 Miér. s. Eusebio, ob. y mr. Barcelona y Córdoba, s. Valeriano, ob. Zaragoza, santa Cristina.—Témpora.—Ayuno.

7 5

16 Juév. s. Valentin, mr., y s. Abdon. Barcelona, s. Concordio y sta. Adelaida. Zaragoza, s. Eusebio, ob. Cádiz, los Tres Niños del Horno de Babilonia.

7 6

17 Viér. s. Lázaro, ob., y s. Francisco de Sena. Barcelona, la beata Begga.—Témpora.—Ayuno.

7 7

18 Sáb. Ntra. Sra. de la O, patrona de Pontevedra, y s. Graciano.—Témpora.—Vigilia.—Ayuno.—Ordenes.

☽ Luna llena á las 11 y 25 m. de la noche en Géminis.—Mejora el tiempo.

7 7

19 Dom. IV de Adviento. s. Nemesio, mr. Zaragoza, sta. Justa.

7 8

20 Lún. sto. Domingo de Silos, ab. y cf., y s. Julio. Barcelona, s. Filogonio.

7 8

21 Már. sto. Tomás, Apóstol, y s. Glicerio.—SOL EN CAPRICORNIO.

INVIERNO.

7 9

22 Miér. s. Demetrio, s. Fabiano y eps. mrs. Barcelona, s. Zenon, soldado mr.

7 9

23 Juév. sta. Victoria, vg. y mr. Barcelona, s. Sérvulo, conf. Zaragoza, el beato Nicolás, factor.

7 10

24 Viér. s. Gregorio, presb., y comps. mrs. Barcelona, s. Delfin, ob.—Vigilia con abstinencia de carne y ayuno.—Ciérranse los tribunales.

7 10

25 Sáb. ✠ LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y sta. Anastasia, mr.—Indulgencia plenaria en todas las iglesias y en las tres misas.

7 11

26 Dom. s. Esteban, Proto-Mártir, s. Marino y s. Arquelao. Barcelona, s. Zósimo y s. Marino.

☽ Cuarto menguante á las 2 y 8 minutos de la madrugada en Libra.—Lluvias.

7 11

27 Lún. s. Juan Apóstol y Evangelista, y sta. Nicereta.

7 11

28 Már. La degollacion de los stos. Inocentes, mrs., s. Troadie y sta. Teófila.

7 12

29 Miér. sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr., y s. Trofimio.

7 12

30 Juév. La Traslacion de Santiago Apóstol y s. Sabino.

7 12

31 Viér. s. Silvestre, papa y conf. Barcelona, sta. Coloma, vg. y mr.

SOL

Pón.

H. M.

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 46

4 46

4 46

4 47

4 47

4 47

4 48

4 48

4 49

4 49

4 50

4 50

4 51

4 51

4 52

4 53

4 53

4 54

4 55

LA MUJER.

Pues nos ocupamos de formar un Almanaque Enciclopédico en obsequio de nuestros suscritores, y muy particularmente de nuestras amables suscriptoras, justo y natural es por más de un concepto que dediquemos á estas el primer artículo; y ya que lo hacemos así, elijamos un asunto capaz de interesarlas. ¿Cuál será el que obtenga tamaño privilegio? Claro está que lo más interesante para ellas, será tratar de ellas mismas; pues ¿qué cosa más ligada con nosotros que nuestra propia naturaleza?

Pero al hablar de la mujer en general y de sus destinos sociales, aunque ligeramente y de pasada, ni creemos oportuno adoptar el tono apologético de los que solo en ella encuentran perfecciones, ni menos todavía seguir el injusto sistema opuesto, que arbitrariamente las ridiculiza y deprime. Ningun hombre, si recuerda que tiene, ó ha tenido madre, puede seguir tal camino sin contrariar las inclinaciones de su corazón y el grito íntimo de su conciencia. Un célebre poeta español, el más fecundo que han admirado los siglos, Lope de Vega, dice que

es la mujer, en fin, como sangría,
que á veces dá salud y á veces mata.

Tambien á ella pudiéramos aplicar, y no sin justicia, lo que el autor de las *Meditaciones Poéticas y Religiosas* dice hablando del talento: "espada de dos filos, don funesto ó sublime que Dios nos ha concedido para herirnos á nosotros mismos, ó conquistar los cielos."

Como todas las cosas están sujetas á mudanza, la condicion social de la mujer ha cambiado, modificándose profun-

damente segun las épocas. Entre la mujer antigua y la moderna existe un abismo, que solo ha podido ir llenando el trabajo lento é infatigable de los siglos, las exigencias de la civilizacion, las ideas religiosas y el sucesivo perfeccionamiento de la conciencia humana. Ningun pueblo existe en lo antiguo cuya historia conozcamos mejor que la del pueblo hebreo: los libros sagrados nos presentan de ella un testimonio irrecusable, base á un tiempo de conocimientos profanos y de doctrina religiosa. En este mismo pueblo hebreo, elegido entre los demás y puesto en comunicacion íntima y continua con la Divinidad, cuya palabra y enseñanza resonaban frecuentemente en sus oídos, ocupa la mujer un lugar ínfimo y precario en la escala social y sufre á menudo las más injustas vejaciones. Se la compra como esclava, es repudiada como esposa, tenida en perpétua y rigurosa tutela como familia. La poligamia la denigra de su dignidad: el capricho ó el cansancio hacen de ella una mercancía. El mismo Salomon puebla su harem con un número prodigioso de ellas; y en medio de tales opresiones se la imputa la esterilidad como una afrenta y la perfidia como condicion esencial de su carácter. Solo la creencia de que su seno habia de producir al Libertador prometido, templaba su malestar social haciéndola partícipe de algunas consideraciones y alegrías.

Entre los griegos, esos entusiastas adoradores de la belleza, no era más satisfactoria la condicion de la hermosa mitad del género humano: como esposa era duramente oprimida y relegada al silencio del gineceo: los conocimientos científicos ó literarios la estaban vedados

DICIEMBRE.

SOL

Sale.

Tiene 31 días: el día, por término medio, 9 horas y 32 minutos, y la noche 14 horas y 28 minutos. La palabra *Diciembre* se deriva de la latina *December*, que significa décimo, lugar que ocupaba este mes en el antiguo calendario romano.

H. M.

6 53	1 Miér. sta. Natalia, viuda. En Barcelona, Búrgos y Zaragoza, s. Egerico, s. Eloy y s. Casiano, ob. Cádiz, sta. Cándida, mr. Córdoba, s. Gregorio Taumaturgo.	4 45
6 54	2 Juév. sta. Bibiana, vg. y mr., s. Pedro Crisólogo, ob. y dr., s. Ponciano y sta. Elisa. Barcelona, sta. Aurelia.	4 45
6 55	3 Viér. s. Francisco Javier, patron de Navarra, s. Cláudio y sta. Hilaria.— <i>Ayuno.</i>	4 45
	☉ <i>Luna nueva á las 10 y 16 minutos de la mañana en Sagitario.—Revuelto.</i>	
6 56	4 Sáb. sta. Bárbara, vg. y mr. Barcelona, s. Pedro Crisólogo.— <i>Ayuno.</i>	4 45
6 57	5 Dom. <i>II de Adviento.</i> s. Sábás, ab., s. Anastasio, mr., y s. Dalmacio. Barcelona, sta. Crispina. Córdoba y Zaragoza, s. Pedro Crisólogo.	4 45
6 58	6 Lún. s. Nicolás de Bari, arz. de Mira y cf., sta. Asela y s. Torcian.	4 45
6 59	7 Mar. s. Ambrosio, ob. y dr., s. Urbano y s. Martín, ab. Barcelona, s. Teodoro, mr.— <i>Desde las vísperas de hoy, hasta la hora de ponerse el sol mañana, se gana indulgencia plenaria visitando cualquier iglesia dedicada con cualquier título á la Santísima Virgen, previa la confesion y comunión.—Abstinencia en Madrid, y general por devoción.</i>	4 45
6 59	8 Miér. ✠ LA PURÍSIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA, PATRONA DE ESPAÑA É INDIAS.— <i>Procesion general.—Jubileo en las iglesias de la advocacion de la Virgen.</i>	4 45
7 0	9 Juév. sta. Leocadia, vg. y mr. Barcelona, s. Cipriano, ab. Córdoba, s. Leandro, ob.	4 45
7 1	10 Viér. Ntra. Sra. de Loreto, sta. Eulalia de Mérida y s. Melquiades.— <i>Ayuno.</i>	4 45
	☾ <i>Cuarto creciente á las 10 y 46 minutos de la noche en Piscis.—Frios.</i>	
7 2	11 Sáb. s. Dámaso, papa y conf. Barcelona, s. Sabino, ob. Cádiz, s. Eutiquio.— <i>Ayuno.</i>	4 45
7 3	12 Dom. <i>III de Adviento.</i> La Aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe de Méjico, y san Donato y comps. mrs. Barcelona, s. Sisenio y sta. Dionisia. Zaragoza, s. Constancio y comps. mrs. Córdoba, sta. Eulalia.	4 45
7 3	13 Lún. santa Lucía, vg. y mr., santa Otilia, el beato Juan de Marinonio, confesor, y s. Orestes.	4 45
7 4	14 Már. s. Nicasio, ob. y mr., y sta. Eutropia. Búrgos y Salamanca, s. Arsenio. Barcelona, Córdoba y Zaragoza, s. Espiridion.	4 46
7 5	15 Miér. s. Eusebio, ob. y mr. Barcelona y Córdoba, s. Valeriano, ob. Zaragoza, santa Cristina.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	4 46
7 5	16 Juév. s. Valentin, mr., y s. Abdon. Barcelona, s. Concordio y sta. Adelaida. Zaragoza, s. Eusebio, ob. Cádiz, los Tres Niños del Horno de Babilonia.	4 46
7 6	17 Viér. s. Lázaro, ob., y s. Francisco de Sena. Barcelona, la beata Begga.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	4 47
7 7	18 Sáb. Ntra. Sra. de la O, patrona de Pontevedra, y s. Graciano.— <i>Témpora.—Vigilia.—Ayuno.—Ordenes.</i>	4 47
	☽ <i>Luna llena á las 11 y 25 m. de la noche en Géminis.—Mejora el tiempo.</i>	
7 7	19 Dom. <i>IV de Adviento.</i> s. Nemesio, mr. Zaragoza, sta. Justa.	4 48
7 8	20 Lún. sto. Domingo de Silos, ab. y cf., y s. Julio. Barcelona, s. Filogonio.	4 48
7 8	21 Már. sto. Tomás, Apóstol, y s. Glicerio.—SOL EN CAPRICORNIO.	4 49

INVIERNO.

7 9	22 Miér. s. Demetrio, s. Fabiano y eps. mrs. Barcelona, s. Zenon, soldado mr.	4 49
7 9	23 Juév. sta. Victoria, vg. y mr. Barcelona, s. Sérvulo, conf. Zaragoza, el beato Nicolás, factor.	4 50
7 10	24 Viér. s. Gregorio, presb., y comps. mrs. Barcelona, s. Delfin, ob.— <i>Vigilia con abstinencia de carne y ayuno.—Ciérranse los tribunales.</i>	4 50
7 10	25 Sáb. ✠ LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y sta. Anastasia, mr.— <i>Indulgencia plenaria en todas las iglesias y en las tres misas.</i>	4 51
7 11	26 Dom. s. Esteban, Proto-Mártir, s. Marino y s. Arquelao. Barcelona, s. Zósimo y s. Marino.	4 51
	☽ <i>Cuarto menguante á las 2 y 8 minutos de la madrugada en Libra.—Lluvias.</i>	
7 11	27 Lún. s. Juan Apóstol y Evangelista, y sta. Nicereta.	4 52
7 11	28 Már. La degollacion de los stos. Inocentes, mrs., s. Troadie y sta. Teófila.	4 53
7 12	29 Miér. sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr., y s. Trofimio.	4 53
7 12	30 Juév. La Traslacion de Santiago Apóstol y s. Sabino.	4 54
7 12	31 Viér. s. Silvestre, papa y conf. Barcelona, sta. Coloma, vg. y mr.	4 55

SOL

Pón.

H. M.

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 45

4 46

4 46

4 46

4 47

4 47

4 48

4 48

4 49

4 49

4 50

4 50

4 51

4 51

4 52

4 53

4 53

4 54

4 55

LA MUJER.

Pues nos ocupamos de formar un Almanaque Enciclopédico en obsequio de nuestros suscritores, y muy particularmente de nuestras amables suscriptoras, justo y natural es por más de un concepto que dediquemos á estas el primer artículo; y ya que lo hacemos así, elijamos un asunto capaz de interesarlas. ¿Cuál será el que obtenga tamaño privilegio? Claro está que lo más interesante para ellas, será tratar de ellas mismas; pues ¿qué cosa más ligada con nosotros que nuestra propia naturaleza?

Pero al hablar de la mujer en general y de sus destinos sociales, aunque ligeramente y de pasada, ni creemos oportuno adoptar el tono apologético de los que solo en ella encuentran perfecciones, ni menos todavía seguir el injusto sistema opuesto, que arbitrariamente las ridiculiza y deprime. Ningun hombre, si recuerda que tiene, ó ha tenido madre, puede seguir tal camino sin contrariar las inclinaciones de su corazón y el grito íntimo de su conciencia. Un célebre poeta español, el más fecundo que han admirado los siglos, Lope de Vega, dice que

es la mujer, en fin, como sangría,
que á veces dá salud y á veces mata.

También á ella pudiéramos aplicar, y no sin justicia, lo que el autor de las *Meditaciones Poéticas y Religiosas* dice hablando del talento: "espada de dos filos, don funesto ó sublime que Dios nos ha concedido para herirnos á nosotros mismos, ó conquistar los cielos."

Como todas las cosas están sujetas á mudanza, la condicion social de la mujer ha cambiado, modificándose profun-

damente según las épocas. Entre la mujer antigua y la moderna existe un abismo, que solo ha podido ir llenando el trabajo lento é infatigable de los siglos, las exigencias de la civilizacion, las ideas religiosas y el sucesivo perfeccionamiento de la conciencia humana. Ningun pueblo existe en lo antiguo cuya historia conozcamos mejor que la del pueblo hebreo: los libros sagrados nos presentan de ella un testimonio irrecusable, base á un tiempo de conocimientos profanos y de doctrina religiosa. En este mismo pueblo hebreo, elegido entre los demás y puesto en comunicacion íntima y continua con la Divinidad, cuya palabra y enseñanza resonaban frecuentemente en sus oídos, ocupa la mujer un lugar ínfimo y precario en la escala social y sufre á menudo las más injustas vejaciones. Se la compra como esclava, es repudiada como esposa, tenida en perpétua y rigurosa tutela como familia. La poligamia la denigra de su dignidad: el capricho ó el cansancio hacen de ella una mercancía. El mismo Salomon puebla su harem con un número prodigioso de ellas; y en medio de tales opresiones se la imputa la esterilidad como una afrenta y la perfidia como condicion esencial de su carácter. Solo la creencia de que su seno habia de producir al Libertador prometido, templaba su malestar social haciéndola partícipe de algunas consideraciones y alegrías.

Entre los griegos, esos entusiastas adoradores de la belleza, no era más satisfactoria la condicion de la hermosa mitad del género humano: como esposa era duramente oprimida y relegada al silencio del gineceo: los conocimientos científicos ó literarios la estaban vedados

y solo aceptando la humillacion de la *hetaria* podia salir de esta oscuridad intelectual, alternando entonces en espléndidos festines entre poetas, generales, oradores y filósofos, siendo célebres por su belleza y admiradas por su talento. De aquí nace el profundo desden con que las cortesanas entregadas á esta corrupcion brillante miraron á la esposa y á la madre por desconocida y oscura; de aquí nace tambien en gran parte la licencia de las costumbres griegas. No eran suficientes para dar cierta autoridad y representacion á la mujer su honestidad como esposa y su dignidad como madre: Telémaco reprendió duramente á Penélope por haberse atrevido á tomar la palabra y emitir su opinion delante de hombres, la hace callar y la manda á tejer el lino con sus esclavas: la más hermosa es codiciada brutalmente como una presa, gozada sin amor en la embriaguez de un banquete y cedida despues como un objeto de poco valer é importancia. Entre algunos cuadros llenos de dulce ternura, más propios del sentimiento personal de Homero que de las costumbres de la época descrita, nos presenta este cantor primitivo escenas repugnantes que demuestran la realidad de nuestra afirmacion: las viudas de héroes ilustres son reducidas á duro cautiverio y esclavitud por sus vencedores, los cuales ningun menoscabo reciben en su fama y reputacion á pesar de semejante conducta; y tan encarnada se halla esta en los usos y costumbres de aquel tiempo, que las mismas víctimas consideran su triste estado como una cosa muy natural, no habiendo favorecido á sus esposos la suerte de las armas. Donde Aspasia brilla, la mujer honesta gime en la oscuridad: donde la vida pública lo absorbe todo, el sexo débil apenas encuentra un círculo de accion, y muy limitado por cierto, en el interior de sus hogares.

Los mismos filósofos griegos, elevados muy sobre el nivel de sus contemporáneos en ciencia y miras sociales, clasifican á la mujer como ente, no diverso, sino sumamente inferior al hombre, y aun llegan algunos á suponerla dotada de un alma menos perfecta, y, por último, á negar en ella la existencia del espíritu, equiparándola con los animales. Por tal concepto, quedaba excluida de toda consideracion, goce ó perfecciona-

miento moral; pues ¿cómo han de verificarse en un ser enteramente material, declarado así por las inteligencias más eminentes, por aquellos sabios cuyas teorías excitaban la admiracion y el apláuso en liceos, pórticos y academias? Verdad es, y tambien debemos advertirlo, que el instinto general templaba en gran parte la injusticia de semejante suposicion y concepto; instinto no ciego y desprovisto de apoyo y ejemplo, pues no solo las *hetarias*, sino tambien otras mujeres insignes dieron claras muestras de no ser inferiores por su naturaleza á los hombres que más descollaban; aconsejándolos acertadamente en la gestion de los negocios políticos, animándolos en el peligro de los combates y arrebatándoles el láuro de la inspiracion en las luchas poéticas. El gran lírico Píndaro, vencido tres veces por Corina ante la Grecia convocada en los juegos olímpicos, puede servir de ejemplo; así como Alceo y todos sus contemporáneos dejados muy atrás en el género erótico por la desgraciada Musa de Lesbos. Si tal era la suerte de la mujer en Atenas, la república liberal, la patria del génio y de las artes, de la filosofía y las ciencias, ¿cuál sería su condicion y destino en Esparta, pueblo rudo en sus costumbres y menos adelantado en el sendero de la civilizacion? Pueden comprenderse en una sola frase: dar soldados á la patria. Este era su empleo, este era su fin y en tan breves palabras se halla reasumida su triste historia. Ni aun era dueña de conservar á sus tiernos hijos bajo su custodia y al calor de su regazo, ni mucho menos de influir en su primera educacion y dirigirla despues segun juzgase más conveniente: la patria, que en Esparta lo era todo, se apoderaba del niño, lo educaba en comun sujeto á una disciplina rigurosa, devolviéndolo ya hombre á la sociedad bajo la tosea corteza del soldado.

Menos injusta fué Roma con la mujer; pero si bien la honró en las Vestales y en ciertas matronas ilustres como Lucrecia, mujer de Colatino, y Cornelia, madre de los Graecos, tambien la rebajó de su verdadero y propio nivel, juzgándola muy inferior al hombre por su naturaleza, sujetándola á una continua tutela, y complaciéndose en prostituirla, más ó menos directa y públicamente. La esclavitud, esa lepra moral del mundo antiguo que aun no ha podido curar el cris-

tianismo todavia por completo, contribuia de una manera poderosa á la corrupcion; las costumbres la ayudaban, aumentándose con la relajacion helénica introducida en Roma y aceptada por patricios y plebeyos; y en el caos moral y social del Bajo Imperio hubiera la mujer descendido aun más y hundidose por completo en el cieno de su degradacion, si no hubiera resonado la Buena Nueva, la doctrina del Crucificado para limpiar la sociedad y regenerar el mundo. Esta doctrina, amiga de los débiles y de los oprimidos, fué adoptada con júbilo por cuantos tenian hambre y sed de justicia: religion de esclavos la llamaron los soberbios; debieron llamarla religion de esclavos y de mujeres, porque estas, que eran tambien esclavas, la aceptaron igualmente y prepararon por la dulzura y mansedumbre su triunfo en la sociedad; así como la virtuosa Mónica ganaba lentamente para Dios y la verdad la grande alma de su hijo Agustín.

Si ocupaba la mujer tan triste posicion en Roma, peor era su suerte en las demás naciones, menos ilustradas que la dominadora del mundo; porque es un hecho de indisputable certeza que segun la ilustracion sube de nivel y se perfeccionan los hombres, crecen tambien las consideraciones que estos tributan á sus madres, hermanas y esposas. No se concibe un pueblo civilizado manteniendo la opresion en la mujer; porque esto equivale á sustentar la ignorancia en el niño y la perversidad en el hombre. Fuera del obstáculo religioso, ninguno se ha opuesto en tal grado á los adelantos del pueblo árabe como la degradante ley de la poligamia, tambien sancionada por su Profeta. Y tan cierta es esta observacion, que cuando los árabes españoles se civilizaron, haciendo florecer en las escuelas de Granada, Córdoba, Sevilla y Toledo la filosofía, poesia y ciencias médicas y matemáticas, fué acompañado su progreso de la consideracion y galanteria tributadas á la mujer, á despecho de leyes civiles y religiosas y de sus rudas costumbres asiáticas y africanas.

Los invasores mahometanos que pasando el Estrecho se derramaron por la península como un torrente en varias ocasiones, ya bajo el nombre de almohades, el de almoravides y otros varios, se admiraban al ver á sus correligionarios tan mudados en sus feroces costumbres

y tan adelantados en la via de la civilizacion; y aunque opuestos por sistema al progreso, eran al cabo arrastrados por él y llegaban á dulcificarse, dulcificando al mismo tiempo la suerte de la mujer y elevándola con frecuencia desde la condicion de esclava ó concubina á la dignidad de esposa única y de compañera de la vida.

Por sus creencias religiosas, por la galante y protectora institucion de la caballeria, fué el pueblo castellano durante el largo período de la edad media el más perfecto modelo entre las naciones europeas de amor, delicadeza y respeto, al sexo débil: sentimientos que vivamente se reflejan en sus costumbres, historia y literatura, y que trasladados despues á nuestro teatro por génios tan eminentes como Lope de Vega y Calderon, lo hicieron brillar sobre toda ponderacion, descollando entre todos los del universo por su riqueza, elevacion de ideas, caballerosidad y afectos sublimes, tiernos y generosos.

La dominacion absoluta y sombría de la casa de Austria, rebajándonos en todos conceptos, así que transcurrieron los dos primeros reinados de una manera tan brillante como perjudicial para nuestra verdadera grandeza, contribuyó á falsear tales sentimientos, bastardeando por último la galanteria en liviandad, la religion en hipocresia, el valor en fanfarronada y el severo tipo del noble español en el del hidalgo necesitado y vanidoso, dispuesto á todo menos á trabajar y á ser libre. En cuanto al pueblo, confiaba en la sopa de los conventos, y la nobleza se disputaba el *alto honor* de desempeñar en palacio los más humildes servicios y vergonzosas comisiones.

El siglo XIX, siglo grande en la historia de la humanidad por haber elevado más alto que otro alguno el ideal de su pensamiento, plantea los más grandes sistemas filosóficos, trata de frente y con entera amplitud los más terribles problemas sociales y políticos, ensaya la teoria y dá numerosas probabilidades hoy á la utopia de ayer, y consecuente con su carácter enciclopédico, todo lo abraza con su actividad, sin que ninguna cosa pueda esconderse á su penetrante mirada. Así, pues, era imposible que se desentendiese de la mujer y de sus destinos en la sociedad.

Hojeando el libro de lo pasado, la vé

instruida y sabia en Isabel la Latina, María del Rosario Cepeda, la doctora de Alcalá, Mme. de Stael y otras ciento: la vé sabia y santa en Teresa de Jesus, política en D.^a María de Molina, en Isabel I.^a de España y Catalina de Rusia, artista en la Roldana de Sevilla, guerrera y virgen en Juana de Arco, guerrera y matrona en D.^a María de Pacheco. En presencia de tan varias y eminentes cualidades, se detiene á contemplarla con respeto, y no solamente la proclama y elogia como compañera del hombre, madre y tutora de sus hijos y precioso ornamento de la casa, sino que la considera de derecho apta y libre para ejercer todas aquellas funciones de que su rica organizacion es susceptible. Como á la teoría sigue la práctica y al derecho el hecho, declarada ya la aptitud de la mujer, comienza á dar muestras de su maravillosa actividad en todas las esferas de la vida. En Francia, Alemania y los Estados-Unidos cursa académicamente varias carreras literarias y científicas, distinguiéndose en ellas y obteniendo por riguroso exámen los títulos para ejercerlas en sociedad, ser útiles á sus semejantes y colocarse á cubierto de las penurias de la vida, tan frecuentes en la mujer, hallándose siempre ligada á dependencia estrecha con su familia por no tener esfera de acción propia: en otros pueblos menos adelantados, si no cultiva su entendimiento con las letras ó las ciencias, encuentra en los talleres un medio de subsistencia si vive sola, ó de ayudar á su marido y aun sostenerle en épocas azarosas: en todas partes reclama sus derechos, y en todas partes vá conquistándolos y mostrándose digna de poseerlos y ejercerlos.

No es posible desconocer los infinitos obstáculos que para ello tiene que superar: toda innovacion los encuentra á su paso, dispuestos á detenerla en su camino y á rechazarla si es posible: la servil rutina se levanta autorizada por la voz de los siglos y excomulga sin piedad cuanto se opone á su dictadura: la mayor parte de los hombres, bien hallada con sus antiguas costumbres, se horroriza ante la idea de dejarlas para seguir un uso nuevo: existen intereses creados, intereses particulares que se defienden desesperadamente antes de ser absorbidos por el interés general, que transforma el privilegio en ley comun y el

monopolio en competencia; y por último, como si todos estos parapetos desconfiasen de lograr contener la idea nueva, buscan la burla y el sarcasmo, último recurso, muy fuerte en verdad, pero ineficaz para contener el empuje del pensamiento. Pudieran aplicarse á este asunto los magníficos versos de Quintana:

¿Soy dueño por ventura de volver el pié atrás? Nunca las ondas tornan del Tajo á su primera fuente, si una vez hácia el mar se arrebataron: las sierras, los peñascos su camino crúzanse á detener; pero es en vano, que el venedor destino las impele bramando al océano.

Los que se burlan de la aptitud de la mujer y experimentan suma extrañeza al imaginarla en el desempeño de muchos oficios, carreras y profesiones, obran injustamente, pues olvidan su extraordinaria destreza en la tipografía, estampado y dibujo, su primor en las artes cerámicas, sus honestos servicios en la medicina respecto de las personas de su sexo, y su utilidad en los escritorios de comercio, almacenes y tiendas de encajes, lienzos, perfumería y modas.

Tan natural y propio es que las mujeres desempeñen los cargos á que su vocacion las incline, particularmente los expresados, que bien puede volverse la sátira y la burla contra sus enemigos, teniendo la seguridad de producir más efecto.

Porque, en verdad, existe cosa más ridícula y al mismo tiempo injusta que la intrusion continua del hombre en oficios y profesiones que por naturaleza corresponden á la mujer? A pesar de que la costumbre embota la extrañeza en todo, ninguno que tenga sentido comun y piense rectamente puede mirar como conveniente y propio el ejercicio de semejante intrusion. Repugna el ver á un hombre vigoroso y barbudo midiendo cintas, doblando y desdoblando encajes, disertando con los compradores sobre las modas y adornos de los trages, ó sentado en la tienda de un sastre esgrimiendo la aguja, vendiendo flores y dulces... etc., etc... Semejantes ocupaciones, desempeñadas por hombres, son usurpaciones verdaderas hechas á la mujer, intrusiones de un sexo en otro, injusticias en fin. Los pueblos más civili-

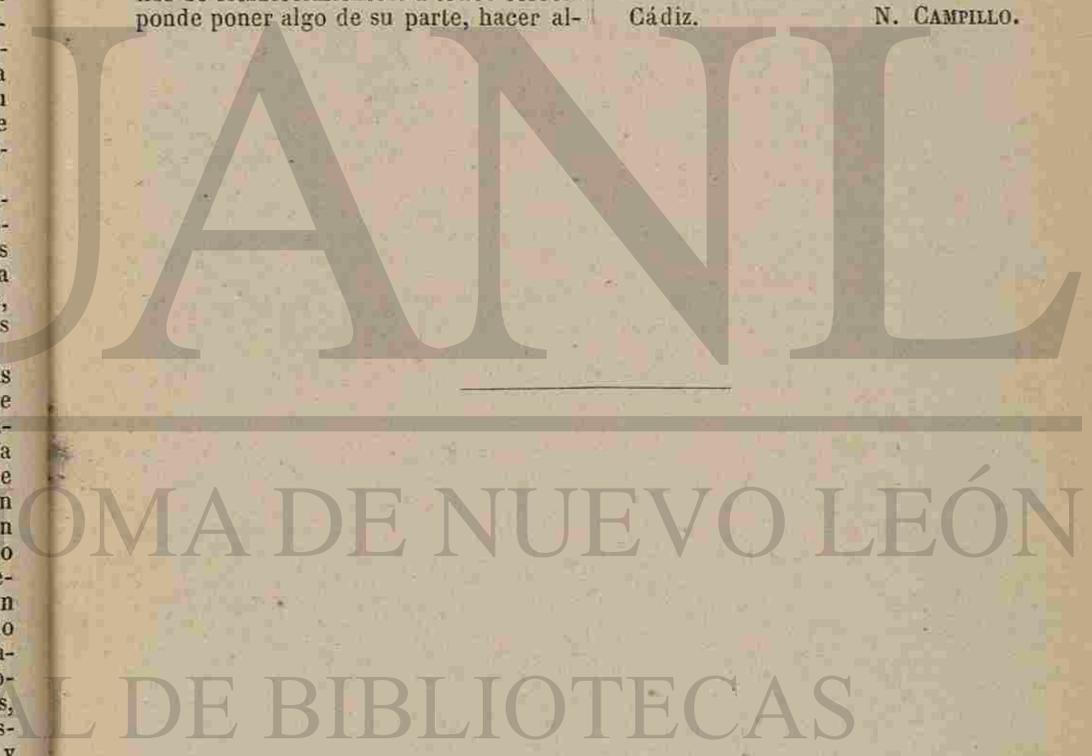
zados van comprendiéndolo de este modo, y proporcionando á la mujer medios honrosos de subsistencia, que la libren de la dolorosa alternativa entre la prostitucion y la limosna. A este gran objeto debemos de encaminar nuestras fuerzas: precisamente nuestro país necesita realizarlo cuanto antes para evitar que el matrimonio sea para el varón una grave carga en la clase media, y en la pobre un manantial perenne de miseria y de pesares. Facilitando á la mujer el trabajo, convirtiéndola para la sociedad en un ser laborioso y activo, se conseguirá disminuir la disolucion, que hoy ayudan á sostener y propagar causas puramente físicas: la moral ganará mucho en ello, y la poblacion y la industria á su vez obtendrán considerables ventajas. No solamente debiera de tener en cuenta estas reflexiones el gobierno, sino los fabricantes, contratistas, empresarios y dueños de establecimientos: á todos corresponde poner algo de su parte, hacer al-

go para remediar el mal de que se lamentan las personas sensatas. "Desgraciado tiempo y desgraciado país es aquel, dice un eminente publicista, en que la miseria impone una contribucion sobre la honradez, y se compra la vida á costa del honor por un pedazo de pan! Los mismos ángeles avergonzados vuelven el rostro para no ver tales miserias!"

No continuaremos este asunto, pues dá márgen á desconsoladoras reflexiones y de ninguna manera nos proponemos entristecer á nuestras amables lectoras, á las que podemos asegurar en vista de la eterna ley del progreso, grabada por el mismo Dios en nuestros corazones, que su causa está ganada: han nacido para dignas compañeras del hombre, y como tales podrán desarrollar su actividad en todas las esferas de la vida, á despecho de cuantos obstáculos pretendan oponerles la preocupacion y la ignorancia.

Cádiz.

N. CAMPILLO.



CURIOSIDADES ARQUEOLÓGICAS.

Cocina y utensilios hallados en las ruinas de Herculano.

¡Qué hallazgos para la curiosidad del hombre son estas cosas, al parecer de escasa importancia; pero cuya existencia nos admira después de tantos siglos! Su vista nos traslada, por decirlo así, á los tiempos en que se hicieron y excita nuestro asombro. Tales son, entre otras muchas, las que se encontraron en las ruinas de Herculano, y señaladamente la cocina de una casa, en que se hallaban intactos muchos utensilios.

Los hornillos y algunos fornios eran casi semejantes á los nuestros, indicando por su construcción que los romanos no hacían tanto uso del carbón como de la leña. La menuda descripción de esta cocina puede verse en la obra de Mr. de Pougereux sobre las ruinas de Herculano. Y aunque casi todos los utensilios eran en su forma semejantes á los nuestros, en vez de ser de hierro ó de cobre, eran de bronce; y las cazuelas en vez de ser estañadas con estaño, lo estaban con plata.

Se hallaron también cucharas de bronce, plata y marfil. Las marmitas unas tenían pies y otras carecían de ellos; y bajo de otras había unos cilindros cóncavos que entraban en el vaso para que más pronto pudieran recibir el fuego. Se halló también un pastel entero dentro de un horno; y otras varias cosas indican que muchos usos tenidos hoy por nuevos, eran conocidos de los antiguos y los hemos recibido de ellos.

Nos parece también que los aventajamos en la elegancia de las mesas y en el arte de los cocineros; pero basta tener una leve idea de los gastos y magnificencia de los ricos señores antiguos para persuadirnos de que no llegamos á superarlos. Famoso fué entre ellos el cocinero Trimalción, de quien se cuenta que con la carne de pescado formaba

cuantas aves y animales se le antojaba, que puestos sobre la mesa para trinchar engañaban la vista.

Ateneo hace mención de otro cocinero, que en una gran mesa de muchos convidados presentó un jabalí asado, que vació, y llenó de exquisito relleno, sin abrirlo. Otros con la carne de puerco formaban aves extranjeras que sus amos apetecían, dándoles el mismo sabor que tenían las verdaderas.

En tiempo de Augusto los sicilianos eran reputados por los mejores cocineros, y no había entonces rico señor que no tuviese cocinero siciliano, como ahora se acostumbra con los cocineros franceses: el aprecio que hacían de ellos acrecentaba sus salarios, que los tenían exorbitantes, llegando algunos á cuatro mil pesos anuales.

Este aprecio, fomentado por el lujo y la gula, llegó á tal exceso, que Marco Antonio, satisfecho del desempeño de uno de sus cocineros en un suntuoso convite que dió á la reina Cleopatra, le regaló el señorío de una ciudad del Asia.

Séneca toca en general el exceso del lujo y de la ostentación, no menos que las delicias de los romanos en sus banquetes, diciendo que superaban á los sarritas, contemplando desde sus lechos la magnífica diversidad y elegancia de sus mesas, mientras entretenía sus oídos la armonía de los conciertos musicales, su olfato los más costosos perfumes del Oriente y su paladar los guisados y carnes más delicadas.

Todo esto prueba que mientras los hombres tuvieron riquezas que gastar, tendrán buenos cocineros y mesas suntuosas. La parsimonia y la frugalidad son compañeras de la pobreza. Así sucedió con todos los pueblos: fueron frugales, mientras fueron pobres: fueron vanos y delicados, cuando llegaron á ser ricos.

Sobre si los antiguos se sirvieron de postas. Carácter de los manuscritos encontrados en Herculano.

Una conversación, en que un sujeto negaba haberse servido los antiguos de postas, y que esta fué solo costumbre de los godos, me dió motivo para no reputar trabajo inútil indagar algunas noticias para desengaño de esta vulgar opinión.

Los griegos tenían una especie de postas, ó de correos á pié, que llamaban *Hermerodromi*, que quiere decir *correo de un día*, porque corrían todo el día á fin de llevar cartas, ú otros avisos adonde se quería los llevasen. Plinio, Cornelio Nepote y el César hacen mención de correos que caminaban al día veinte, treinta y más leguas: y de correos á caballo que á ciertas distancias se cambiaban, como ahora se acostumbra.

Jenofonte dice que Ciro fué el primero que estableció en su reino estos correos: y Herodoto añade que los persas se servían de ellos, y que no había en la tierra quien les aventajase en velocidad. Escribe á más de esto Jenofonte, que quiso hacer Ciro la experiencia de cuánto camino podía hacer en un día uno de aquellos caballos trotando velozmente; y hecha ya la experiencia, en el término del espacio ya corrido hizo fabricar caballerizas y poner en ellas caballos y gente que cuidase de ellos y que sirviese á los que corrían por aquellos caminos, dándose unos á otros la muda en los términos establecidos para ello.

No se sabe que los romanos tuviesen postas semejantes á las de Persia hasta el tiempo de Augusto: este fué el primero que las estableció en Italia y continuaron en servirse de ellas los romanos por mucho tiempo, como se infiere de las historias: á lo menos permanecía este cómodo establecimiento en tiempo de Diocleciano y de Constantino; pues se dice de este, que luego que supo la muerte de su padre Constancio, que gobernaba entonces las Galias, tomó la posta en la oscuridad de la noche, para ir á sucederle en el imperio, añadiéndose que llegando á cada término de ellas, hacía desjarretar los caballos, á fin de que ninguno pudiera seguirle ni precederle en su camino.

Ni solo eran los correos públicos los que corrían estas postas; servíanse también de ellos los particulares, bien que, cuando los correos llevaban despachos públicos, usaban por distintivo un plumage, que á más de servirles de adorno y condecoración, era símbolo de la velocidad, como lo insinúa un antiguo glosario, citado por Geofroi.

Los que hayan visto el famoso manuscrito antiguo de los Setenta en la biblioteca Vaticana, pueden concebir mejor la forma y grandeza de los caracteres hallados en Herculano; pero es preciso advertir que cuando florecía la ciudad de Herculano se usaban en ella los caracteres itálicos, según lo manifiestan las letras con que se grabó un verso de Eurípides en una pared.

La forma de las letras de estos manuscritos suscita una idea diferente de aquella que se tiene comunmente de la escritura de aquellos antiguos tiempos; porque las piernas, por decirlo así, de las letras que se extienden hácia delante, indican ser de mano posterior á la de los antiguos tiempos de la Grecia, como lo observan los prácticos en la antigua escritura de los griegos. A lo menos, este es el parecer de Baudélet, quien atribuye la forma de letra de estos manuscritos á los últimos tiempos de los emperadores romanos. Prueba de ello es que en casi todas las tablas en que se ven grabadas las antiguas letras griegas y que se han publicado hasta nuestros días son falaces, como lo manifiestan claramente las medallas.

Por ejemplo, el ómicron puesto debajo de letras unciales lo atribuye Montafeon al tiempo de Domiciano, hallándose ya usado dos siglos antes, como se vé en las medallas siríacas. También lo manifiesta la inscripción puesta en el gran vaso de bronce que se conserva en el Capitolio, y que fué un donativo que hizo Mitridates Eupator, último príncipe de su línea entre los reyes del Ponto á un gimnasio que estableció.

Pero esta especie de cronología es muy falaz y nos puede hacer concebir juicios erróneos sobre la tal materia, como se debe inferir de la estatua de Hércules de Belvedere, que hizo Miguel Angel Buonarroti. Porque si alguno, por ejemplo, quisiera determinar la época en que se hizo aquella obra insigne y para ello recurriese á la inscripción que le puso su autor, se engañaría por la forma de la letra omega, puesta allí por el autor; pues por ella sola atribuiría una obra excelente á unos tiempos en que no había escultor alguno capaz de hacerla.

Todas las palabras de aquellos manuscritos de Herculano están escritas con letras unciales, sin que ni una coma, ni un punto denoten los períodos y las cláusulas. Tampoco se vé signo alguno interrogativo, ni admirativo. La forma y tamaño de las letras se pueden comparar á las que se ven en

las ediciones raras de algunos autores griegos del Lascari, y á las del Píndaro de Oxford.

Del Amianto.

Es el amianto una piedra argilosa que se deshace en largas hebras blandas y suaves como la seda, de colores diversos, pero regularmente blancas. Estas hebras resisten al fuego, y por esto las hacian servir en algunos templos antiguos por pábilos de las lámparas de los dioses, cuya llama se creia inextinguible.

Dió algun fundamento á esta creencia la opinion de Aldobrando, que afirmó poderse formar un aceite de amianto, que durase perpétuamente ardiendo, sin apagarse ni consumirse. Mas cómo se puede creer en sano juicio que una tal materia se prestase al fuego, sin llegar á perder con el tiempo alguna parte de sustancia?

Plinio dice que el amianto era un vegetal traído de la India, y le dá el nombre de lino incombustible. Hizole caer en este error el uso que se hacia entonces de los tejidos de amianto, lana y lino, los cuales, arrojados al fuego, no perdian sino la lana y el lino, quedando intacto el amianto. Hace mención el mismo autor de los manteles y servilletas formados con dicha tela, que para limpiarlos era preciso echarlos al fuego, en que quedaba intacto y puro el amianto, quemándose las otras materias adjuntas. Este fenómeno solo se veia en las c6rtes de los reyes ó en casas de señores muy poderosos, por costar dicha tela sumo precio.

Comunmente servia para amortajar los cadáveres, con el fin de que sus cenizas no se mezclasen ni confundiesen con las otras cenizas de la pira donde los quemaban. Tal vez Plinio oyó contar que solian tomar esta precaucion en algunas partes de Oriente; pero ningun otro escritor menciona esta particularidad, aunque se alargan en otras minuciosas descripciones de las ceremonias y usos acostumbrados en la quema de cadáveres.

Cuéntase tambien haberse encontrado algunas urnas de emperadores, en que se veian las cenizas mezcladas con carbones, sin la mortaja de amianto. Sin embargo, el testimonio de Plinio es de tal naturaleza, que se hace acreedor á que le demos crédito sobre su palabra, interpretando su testimonio y aplicándole á algun caso particular, que pudo muy bien acontecer.

De hecho, á principio del siglo XVII se halló un antiguo monumento junto á una de las puertas de Roma, cuya urna tenia elegantes bajos relieves, y abierta se encontró

un cráneo envuelto entre cenizas, dentro de una mortaja de amianto, que tenia nueve palmas romanos de largo y siete de ancho. Clemente XI hizo colocar este precioso monumento en una de las salas de la *Biblioteca Vaticana*.

La Bota de Diógenes.

Hace años que se suscitó una larga disputa entre dos eruditos alemanes, llamado el uno Augusto Heumam y el otro Jaime Harveo, sobre la bota en que regularmente suele pintarse á Diógenes. Heumam pretendia que Diógenes habitaba en una choza, y que la bota era una fábula inventada por escritores muy posteriores á aquel filósofo.

Harveo, llevando á mal esta opinion, la refutó en una obra que dió á luz con el título *De Doliari Habitatione Diogenis cynici*, en la cuál pretende probar que la opinion de Heumam contrariaba la general opinion de los autores antiguos, que muestran con evidencia su engaño, sin hacer ningun caso de la tradicion de la antigüedad.

Parece que bastaba esta disputa para honrar la bota de aquel filósofo; sin embargo, se dejó tentar el Pachaudi de este importante punto de erudicion y quiso publicar un examen erudito sobre la materia de que era compuesta la portátil habitacion de aquel cínico. Para esto dá por supuesto que todos los monumentos antiguos, como bajos relieves, medallas y piedras esculpidas, representan á Diógenes en una bota, ó como bota; porque queriendo afinar su punto el Pachaudi, reparó que algunas de las botas esculpidas eran lisas, sin señal alguna de los aros que suelen tener las botas; de donde le nació la sospecha que aquella que parecia bota, pudiese ser una tinaja.

De hecho, el de Boze cita una medalla acuñada en Corinto, en la cuál se vé por una parte á Lucio Vero, en cuyo honor se acuñó, y en la otra á Diógenes sentado sobre una bota, sin que se vean en ella señales de aros, de donde infieren algunos, como el Pachaudi, que muy bien pudiera haber sido una tinaja la bota de Diógenes.

Pero como se cuenta por otra parte, que aquel filósofo solia llevar tras sí su casa, como los caracoles, para ir con ella á mendigar al templo, nace la dificultad que siendo la tinaja de tierra y muy pesada, no podria llevarla consigo tan fácilmente como la bota; pero perdonenme esos señores escrupulosos, pues no era necesario que Diógenes llevase á cuestas la tinaja, sino que la podia muy bien hacer rodar, como suelen ser llevadas las botas vacías.

Mayor dificultad es la que pone Luciano con lo que refiere en su discurso sobre el modo de escribir la historia, diciendo de aquel cínico, que para burlarse de los grandes preparativos que se hacian en Atenas contra Filipo, llevó rodando la bota hasta la cima de un collado, y desde allí la dejó rodar abajo; pues si hubiera sido tinaja, no la hubiera podido llevar solo hasta la cima del collado. A esto añadan otros versos de Juvenal:

*Dolia nudi
Non ardent cinici. Si fregeris, altera fiet
Cras domus, aut eadem plumbo, commissa manensit
Alexander, testa cum vidit in illa, (bit.
Magnum habitarem.*

Cuenta Diógenes Laercio en la vida de aquel cínico, que habiendo un jóven petulante roto su bota de una pedrada, los atenienses, compadecidos de aquella desgracia, quisieron remediarla, haciendo soldar la bota de tierra, pues no se suelda la madera; arte en que se dice eran muy diestros los griegos, sin que se conociesen apenas los tientos desunidos.

Confirma esta conjetura el bajo relieve que poseia la granja de Albania, explicado por Winkelmann, en que se vé á Diógenes metido dentro de una gran tinaja, y sobre ella un perro que ladra á Alejandro. La tinaja está rota, y la hendedura que indica la rotura, se vé soldada con plomo cortado á manera de cola de golondrina.

Uso de las espadas entre los antiguos.

Parecerá cosa extraña y tal vez ridícula á algunos indagar á qué lado solian llevar las espadas los romanos; sin embargo, esta fue una cuestion que ocupó á muchos eruditos en los dos últimos siglos. Polibio, que vivia en tiempo de Escipion y de Lelio, dice que los romanos llevaban la espada al lado derecho. Josefo dice que los soldados de Tito la llevaban á la izquierda. Uno y otro pueden tener razon, habiendo variado la moda con el tiempo.

Los griegos acostumbran llevarla bajo el sobaco del brazo izquierdo, de modo que la empuñadura caia sobre el pecho: el balteo, que era de cuero, á que llevaban afianzada la espada, cruzándose el pecho, iba por la espalda izquierda y por los riñones á rematar en punta: á lo menos así se vé en la bella estatua á lo heroico de la granja Albani. La vaina solia estar tachonada de clavitos de plata, y habia empuñaduras de mucho precio y de primorosa labor.

En la espada de Pausanias se veia un car-

ro tirado por cuatro caballos, que formaba la empuñadura, trabajado con sumo primor é ingenio. Los héroes del sitio de Troya se representan con un puñal unido á la espada: y como las cosas más menudas de la antigüedad son objetos admirables para los anticuarios y eruditos, nació tambien entre ellos la cuestion de si las hojas de las espadas eran de cobre ó de acero.

Los lacedemonios usaban de espadas tan cortas, que dijo de ellas un chistoso, poder tragarlas un charlatan. Plutarco nos dice que eran corvas como una hoz y parecidas á sables. Así solian llevarlas muchos pueblos orientales, aunque más largas que los lacedemonios. Las espadas de los etruscos eran semejantes á las de los griegos. Los romanos usaban de toda especie de espadas, sin tener forma particular. Pero viendo las excelentes espadas que llevaban los españoles que seguian á Aníbal, las adoptaron para su milicia.

No solian los romanos llevar espada por la ciudad, fuera del servicio militar. Los lictores estaban encargados de tomar la espada á los nobles prisioneros antes de presentarlos al Cónsul. Bajo los emperadores era delito capital presentarse en la corte con la espada desenvainada. Juan de Antioquia dice que los soldados pretorianos llevaban la espada allado derecho, y esto los distinguia de los otros.

En la columna Trajana los pretorianos, los alféreces y los soldados llevan la espada al lado derecho. El Emperador, los oficiales del pretorio, los tribunos y los lictores la llevan al izquierdo. Todas las espadas rematan en punta ancha: sus empuñaduras son gruesas y grandes.

Los españoles, segun Tito Livio, llevaban espadas cortas y se servian tambien de un puñal largo. La medalla de Augusto con esta inscripcion, *Hispania Recepta*, publicada por Goltz, nos muestra una pica, cuyo hierro es muy largo. Suidas trae el paso siguiente, que Casaubon y Justo Lipsio atribuyen á Polibio: "los cántabros celtíberos son excelentes fabricantes de espadas, las que salen de sus fraguas son á toda prueba, así de punta como de tajo. Por esto, en tiempo de las guerras con Aníbal los romanos dejaron sus antiguas espadas y adoptaron las de los españoles, imitando su forma y solidez; pero jamás pudieron reducir el hierro, fuera de España, al mismo grado de pureza y de temple."

Uso de los anillos.

El uso de los anillos es inmemorial entre

las naciones: las más antiguas fábulas nos hablan del anillo de hierro que llevaba Prometeo, engastado con un pedazo de la peña á que estuvo atado para ser devorado por el águila; y lo llevaba en memoria de su libertad por el esfuerzo y favor de Hércules. En la sagrada Escritura nos queda tambien mencion del anillo que entregó Júdas á Tamar, y la del que dió Faraon á José para que le sirviese de sello, como lo acostumbran los griegos y romanos; pues sabemos que Alejandro sellaba sus cartas con el anillo; y despues que venció á Darío, se sirvió del anillo de este mismo Rey para sellar las cartas que escribía á la Persia.

Filostrato habla tambien de los anillos que solian llevar los antiguos bracmanes. Las estatuas de los primeros reyes de Roma, que se conservan en el Capitolio, como la de Numa Pompilio y la de Servio Tulio, tienen anillo en el dedo. Es de creer que los primeros anillos fuesen de metales inferiores, luego de plata y oro, y despues engarzados de piedras preciosas, ó bien con piedras cinceladas, que los romanos llamaban *estipas*.

Todo anillo se componia de tres partes; del aro, que los latinos llamaban *orbiculus*, de la concavidad en que estaba engastada la piedra, que llamaban *pala*, y el diamante ó camafeo, que llamaban *gemma*.

En los principios de la república llevaban anillos los magistrados, senadores y generales, y eran de hierro ó de cobre. Luego los senadores lo llevaron de oro; pero solo aquellos que habian cumplido con alguna embajada, y aun solamente en los días de ceremonia, ó de junta. Despues se concedió este honor á todos los senadores y caballeros romanos; de modo que cuando Annibal, despues de la batalla de Cannas, envió á Magon para que diese en Cartago la noticia de la victoria obtenida, se cuenta que presentó al Senado tres celemines llenos de anillos de oro, que los soldados vencedores quitaron de los dedos de los caballeros romanos muertos en el campo.

El abuso despues llegó á tal exceso, que hasta los soldados y libertos llevaban anillos de oro, por lo que Tiberio publicó una ley prohibiéndolos al pueblo; más esta ley no duró mucho tiempo, antes bien los mismos emperadores, sucesores de Tiberio, daban anillos á sus esclavos y libertos en prenda de la libertad que les daban, ó del afecto que les profesaban.

Lo que parece algo extraño, es que hubiese llegado la costumbre de llevar unos anillos en una estacion, y otros en otra; á tales anillos los llamaban *semestri*. Acostumbraban

á llevar grabadas ó cinceladas las imágenes de sus mayores, de sus parientes, mugeres ó príncipes, y á veces un triunfo ó victoria.

El exceso de los romanos en el gusto de llevar anillos llegó á tal punto, que los llevaban en todos los dedos, y no contentos con esto, añadían otros: Luciano dice que llegó á contar diez y seis en una mano. Antes de esta profusion solian llevar el anillo en el dedo segundo empezando por el meñique, como se vé en las estatuas de Pompeyo y de Tulio; y por eso le llamaban *dedo anular*. Despues lo llevaron en el dedo índice, luego en el meñique y finalmente en todos.

Se ignora por qué motivo se daba á la novia anillo de hierro el día de la boda, y por qué se lo ponía en el cuarto dedo, llamado por esto en las mugeres *digitus sponsalitiuus, genialis, nuptialis*. Pasó despues el anillo á ser señal de institucion de herencia; costumbre griega, como se vé por la entrega que hizo Alejandro de su anillo á su amigo Pérdicas.

Sin embargo, la sola entrega no bastaba, si no declaraba su voluntad el dador en el testamento. Habia en Roma un gremio de fabricantes de anillos; lo que se ignoraba hasta que Muratori descubrió la lápida siguiente:

..... *Annus Ad*.....
 *Duumvir*.....
Conlegii Anulari
Locum Sepulor M.....
In Fronte Pedes. XXV.
In Agro Pedes. XXV.
De Sua Pecunia
Conlegio Anulario
Dedit.

De los Anteojos.

No hay duda de que los antiguos conocieron y usaron el vidrio y cristal y lo trabajaban de diversas maneras, como puede verse en Plinio y Séneca. Tenian espejos que engrandecian los objetos y esferas de vidrio llenas de agua, que hacían mayores las más menudas le-

Biblioteca Vaticana.

Entre las más celebradas bibliotecas de Europa debe ser contada sin contradiccion la Vaticana, que debe su origen al celo del papa Sixto IV, quien comenzó á enriquecerla con una infinidad de raros y preciosos manuscritos; los que no cabiendo en el lugar que les era destinado, reedificó y ensanchó el edificio que ahora los contiene.

El ejemplo de Sixto IV sirvió de estímulo á otros pontífices que, procurando enriquecerla, mandaron recoger por todas partes nuevos manuscritos: el que más se distinguió entre ellos fué Leon X, sucesor de Julio II, especialmente con el encargo que dió al erudito Fáusto Sabeo, á quien nombró bibliotecario de la misma Vaticana, para que por todas partes recogiese nuevos manuscritos; y dice el mismo Sabeo haber recorrido varias naciones bárbaras de Asia para conseguirlos.

Luego Paulo III acrecentó su lustre, poniendo en aquella biblioteca dos escritores, uno griego y otro latino, para que cuidasen de aquellos manuscritos y copiasen los que se hallaban deteriorados con el tiempo. Mayor lustre hubiera conseguido de la aficcion y cuidados de Marcelo II, si este no hubiese fallecido tan presto; pues á más de aquellos dos escritores arriba dichos, quiso poner una imprenta para imprimir las obras inéditas.

Lo que no pudo alcanzar el celo de dicho pontífice, lo consiguió Pio IV, que quiso á más de esto, enviar á Onofrio Pambinio y Francisco Sfrondato á las tierras de Oriente para que buscasen y recogiesen á cualquier precio cuantos manuscritos encontraran, como lo ejecutaron, acrecentando la preciosa riqueza de este género que ya poseia aquella biblioteca.

No anduvieron menos solícitos en aumentar su esplendor Pio V y Gregorio XIII; el primero haciendo trasportar de Aviñon á Roma ciento treinta y ocho volúmenes de cartas y bulas pontificias, que habian quedado en aquella ciudad desde el tiempo que estuvo en ella la Silla Apostólica; y el segundo haciéndola donacion de todos los libros y manuscritos que poseia.

Todo esto pareció poco al celo de Sixto V; quien entre las muchas y magníficas obras que emprendió y concluyó durante su pontificado, se cuenta la nueva fábrica de aquella biblioteca, mucho más grandiosa y magnífica que la que ensanchó Sixto IV, dando el encargo de la obra al caballero Fontana, que la acabó en el término de un año.

La descripcion de este soberbio edificio y de los preciosos adornos que despues se le

tras. Sin embargo, no nos dan indicio alguno de haber conocido los anteojos, telescopios y otros instrumentos para acercar los objetos á la vista.

Algunos pretendieron que Pláuto aludiese á los anteojos en un paso de sus comedias; pero no veo paso alguno en Pláuto que pueda aludir á esta invencion; ó si se halla en algun antiguo códice, no nos dicen cuál sea, ni en qué lugar se halle. Ni se vé hecha mencion alguna de esto hasta el siglo XIII. Algunos atribuyen la invencion de los anteojos á Rogerio Bacon, inglés de agudo ingenio; pero otro inglés se la niega.

En una crónica del convento de Santa Catalina de Pisa, escrita por varios autores contemporáneos, el Redi leyó el elogio de San Alejandro Espina, que murió el año 313, en el cuál, el escritor, celebrando su ingenio, dice que un tal habia inventado los anteojos, y no pudiendo conseguir del mismo que le revelase el secreto, se empeñó en descubrirlo por sí, como al fin lo consiguió.

El mismo Redi cita otro lugar del tratado de gobierno que escribió Sandro de Pippo, que dice así: *Me hallo tan cargado de años, que ya no puedo leer ni escribir sin anteojos, invencion nueva y cómoda para los viejos, cuando comienzan á perder la vista*. Esto manifiesta que antes del siglo XIII se habian inventado los anteojos.

Otra prueba de esto es el paso de Jordan de Rivalta, que así se explica: *No hay todavía veinte años que se inventó el modo de hacer los anteojos, que es una de las mejores artes y más necesarias que se han conocido en el mundo*. Y un sugeto que se hallaba presente á esta lectura, dijo: *No hay duda en ello; yo vi y traté al que los inventó*. Con esto no se puede dudar que el tiempo de esta invencion fué quince años más ó menos antes del siglo XIII, pues Rivalta publicó aquel escrito en 1305.

Pero estas citas, aunque suponen autor, no nos dicen quien fué. No obstante, no há quedado en olvido su nombre; se debe este conocimiento á la curiosidad de un florentino, llamado Leopoldo Migliori, que atestigua que habiéndole nacido la curiosidad de ir leyendo todas las lápidas que habia en Santa María la Mayor de Florencia, vió una que tenia esta inscripcion: *Aquí yace Salvino de Armati Florent, inventor de los anteojos. Dios le perdono los pecados. An. 1317*. No se puede alegar ningun otro testimonio mejor, ni más claro de haber sido este Salvino inventor de los anteojos.

añadieron, del orden de los estantes y de los libros que contienen, se puede ver en los discursos sobre la dicha biblioteca que hizo y publicó Mucio Pansa, y en el catálogo de los códices orientales de la misma, publicados por Asemani. Estos escritores traen la serie de los bibliotecarios que há tenido. Entre los primeros se cuentan Julio Volterra, Pedro Inghirami, Felipe Beroaldo, Felipe Aciajoli, Dominicano, Gerónimo Alejandro, y Agustín Stenoc; este sucedió al dicho Alejandro en el empleo de bibliotecario, por haber sido nombrado cardenal; lo que dió motivo después á Paulo III para establecer que el cargo de bibliotecario fuese propio de un cardenal de la Iglesia Romana.

De las Gacetas.

La curiosidad, tan natural al hombre, entra en el número de sus pasiones, y aunque no sea la más ardiente de ellas, no es la menos viva y que menos desée quedar satisfecha: y como su pábulo es la novedad, la apetece por lo mismo con ánsia para poder alimentar con ella los deseos de su comprensión y entendimiento. Por esto dudo que haya habido nación que llegando á cierto término de cultura, de comercio y de política instrucción, no haya tenido una recopilación de noticias, así públicas como particulares, que pudieran satisfacer la general curiosidad.

Sin embargo, no nos há quedado noticia ni monumento alguno de que los griegos tuviesen tales recopilaciones de noticias públicas, aunque formasen una nación que se puede llamar sin reparo una de las que llegaron al mayor grado de instrucción y cultura, tanto en las artes como en las ciencias, y que por consiguiente las debían tener, como parece las tuvieron los romanos; á lo menos creo que se deben tener por tales las tablillas en que ciertos escritores, empleados acaso por el gobierno en esto, conservaban sobre la cera todos los sucesos públicos, llevando á su frente los nombres de los cónsules que gobernaban en el año en que acontecían.

Estas tablillas se publicaban como cualquiera otra obra de autor, y después sirvieron á los historiadores como materiales dignos de fé para componer sus historias; así nos lo indica Tácito en varios lugares de sus anales, en que las llama *acta pública*, como si dijésemos en castellano, públicos acontecimientos.

Pero la nación que desde tiempo inmemorial conserva este fomento de la pública curiosidad, es la China. Así sus fóllos públicos

son sin contradicción los más antiguos de la tierra. Estos se imprimen y se publican primero en Pekin, y luego se divulgan por las demás ciudades del imperio. Los que introdujeron el uso de estos fóllos públicos en Europa, fueron los venecianos; ya sea porque su comercio y contratación con los pueblos orientales recibieran esta especie de los chinos, ya porque su comercio, industria y cultura la inventaron para satisfacer la curiosidad del pueblo, escribiendo en papeles las noticias que les traían los buques empleados en el comercio.

Estos papeles se distribuían en el patio del palacio llamado de San Márcos, en donde se juntaban los magistrados, y los compraban los curiosos por el precio de una *gazeta*, que daban por cada una de aquellas copias, que correspondía á dos sueldos de aquella moneda, pasando insensiblemente el nombre de dicha moneda con la frecuencia de repetirla, al fóllo que por ella se vendía, llamándole *gazeta*, nombre con que se esparcieron luego por Italia y que adoptó después toda Europa.

El primero que publicó tales papeles en Francia, dándoles el mismo nombre de *gazeta*, fué un médico llamado Teofrasto Renaudot, y obtenida para ello la licencia del gobierno, dedicó sus *gazetas* al rey Luis XIII.

En Alemania se hallan *gazetas* impresas desde el año 1515 y eran recibidas con tal entusiasmo por el pueblo, que á un teólogo le ocurrió publicar un libro en 1679 con este título, digno de tal ocurrencia: *Reflexiones saludables para curar la nueva enfermedad cundida por las gazetas*. Pero la tal medicina no pudo impedir que se propagase *aquel mal* por Alemania, como por todos los demás reinos de Europa, transformado ya en un ramo de comercio, instrucción y política.

Antigüedad de las campanas.

Es comun opinion que el uso de las campanas es reciente y que se inventaron en la Campania, territorio del reino de Nápoles, y aun señalan á Nola por la primera ciudad que se complació con el ruido de tales instrumentos de tan sonora música metálica. Pero esta vulgar opinion es igualmente errónea, como otras muchas que fomentan los pueblos, sin que se les saque del error.

Por un antiguo Escoliaste sabemos que muchos pueblos acostumbraban tañer las campanas en los sacrificios de expiación, en los misterios de Cabiris y de Baco; pero que las tañían, no para llamar al pueblo con el fin de que asistiese á los misterios, pues le

estaban prohibidos; sino porque se persuadian, como observa Clemente Alejandrino, que el sonido del metal tenia virtud para purificar el aire.

En un bajo-relieve del capitolio se vé representado un triunfo del dios Baco, y en él una bacante que lleva orlada su túnica de muchas campanillas; y leemos que Eurípides adornó con otras campanillas semejantes el escudo del rey de Tracia y los pechos de sus caballos. Esquilo dice de Tideo, que llevaba tambien muchas campanillas en su escudo.

En un sepulcro que sirve de adorno á la granja de la casa Albani, se vé un sileno montado en su orejada cabalgadura, que lleva al cuello una campanilla, y Fedro hace la descripción de un mulo en una de sus fábulas, que iba muy ufano con las que llevaba.

..... *Celsa cervice eminens,
Clarumque collo jactans tintinnabulum.*

Las campanillas del Priapo de Pórtici son de bronce con flores plateadas. Era costumbre en Roma dar señal con una campana para avisar al pueblo que habia llegado la hora de ir á los baños, como se infiere de uno de los epigramas de Marcial, en que dice:

Redde pilam; sonat aes thermarum.

Cuenta Ursino que en el año 1548 se halló entre las ruinas de las termas de Diocleciano una campana de bronce, en la cual estaban escritas estas palabras: "Firmi, Balneatoris;" esto es, de Firmo, que se emplea en los baños. Tucídides nos dice que los soldados griegos que estaban de centinela de noche, usaban de campanillas para responder á la contraseña del que iba de ronda, el cuál la pedía con el sonido de otra campanilla que llevaba á este fin para conocer si el centinela dormía ó velaba, según el sonido y golpes con que debía corresponder al sonido y golpe que daba con la suya. En Roma solían tambien tocar una campana para llamar á los esclavos en la hora de los trabajos públicos.

Esto creo que bastará para que no se dé á las campanas un origen tan moderno. Verdad es que no ocurrió á los antiguos poner enormes campanas en las torres y estarlas tocando noche y dia para satisfacción y comodidad del vecindario.

Invención de la pólvora.

Después que conocemos el uso de la pólvora y las materias de que se compone, parece-

rá tal vez imposible á alguno que hayan pasado tantos siglos sin que haya ocurrido á ningun ingenio humano formar una tal composición; y que esta, como casi todas las demás invenciones, se hayan de deber al acaso. A este atribuye la de la pólvora la general opinion, por medio de un religioso alemán llamado Svartz.

Sin embargo, algunos años antes que Svartz, en los principios del siglo XIII, publicó Rogerio Bacon un opúsculo en que trataba de la pólvora, diciendo ser una composición conocida ya en su tiempo, y proponiéndola como materia útil y digna de emplearse en las guerras; añadiendo que sus efectos eran semejantes á los del trueno y rayo, y que ningun muro ni torre la puede resistir.

Mr. Job, en el tomo que hizo imprimir de las obras del dicho Bacon, cita un manuscrito de un cierto Marco Greco, anterior á Bacon, titulado *Liber ignium*, en que trata claramente de la pólvora y de su composición, sin nombrar á quien la hizo. Lo que prueba que aun después de la invención y del conocimiento de sus efectos, estuvo algun tiempo sin uso, sin que se conociese tampoco su inventor.

No se puede dudar de que los chinos conociesen esta invención y de ella hiciesen uso muchos siglos antes que los europeos; asegurándonos el P. Gaubil que la descubrieron y usaron 1600 años antes, á que se refiere el sitio de la ciudad de Loango puesto por los mongous, en que así los sitiadores como los sitiados se servían de ciertas máquinas llamadas *paos*, con las cuales se arrojaban mutuamente unas especies de bombas, que reventando hacían un gran estruendo y quemaban las materias inflamables que tocaban. Sin embargo, si esto no es fábula, era preciso que tales máquinas fuesen muy imperfectas ó muy torpes los chinos en su manejo, pues se cuenta que el emperador Hupilay, en el año 1271, se sirvió para el sitio de Siangyang de algunos mahometanos que sabían manejar ciertas máquinas, llamadas *Ki*, con las cuales arrojaban piedras muy grandes; y que poco después el general Peyen, sirviéndose sin duda de aquellos mahometanos, quemó la ciudad de Chagyang con una máquina llamada *Kinchipao*.

Por esto se echa de ver que, apesar de la anterior invención, poco ó nada habian adelantado los chinos en su uso; pues en el año 1338 de nuestra era no sabían lo que eran fusiles ni cañones, cuando ya se servían de ellos los franceses, como se vé por las cuentas de los gastos pagados á Enrique Faume-

chon por la pólvora y otras cosas necesarias para los cañones, que sirvieron para el sitio de Puigillaume.

Los ingleses llevaban tambien cañones en la batalla de Crecy en 1346, y en el sitio de Romoratin en 1356. Mucho antes de todo esto conocieron los mahometanos en España la pólvora; pues se sabe que en 1300 los moros sitiados por D. Alonso XI, rey de Castilla, se sirvieron de morteros de hierro, cuya explosion hacia un espantoso estruendo.

P. MONTENON.

La Resurreccion del Salvador.

Hubo un tiempo en que la impiedad y la idolatría eran señoras de la tierra, que en sus entrañas estériles solo llevaba la muerte, como el feto podrido en el seno de una mujer impura. Los pueblos lo conocian, y como si quisieran libertarse de la catástrofe que adivinaban, de ese malestar y angustia que experimentaban en todas partes, creaban cada día nuevas divinidades, multiplicando el número de los ídolos, como si al multiplicar así los delitos, pudiesen encontrar la salvacion de la comun ruina que los amenazaba. Pero estos ídolos no calmaron sus temores; la piedra, el insensible bronce eran sordos á las súplicas: el incienso humeaba en vano, y los grandiosos templos del gentilismo estaban vacios del Dios que elige principalmente para su morada almas piadosas y sencillos corazones. Inútilmente el augur busca los secretos tenebrosos de lo porvenir en las entrañas de sus victimas: la sangre corre y el sacrificio impuro no es aceptado; mientras que durante la noche atruenan los aires pavorosos gritos exclamando: *Los dioses se van.*

Mas ¿por qué Grecia y Roma en esta solemne época de la historia, levantan altares sin nombre al Dios desconocido, *Deus ignotus?* ¿Por qué mira estos altares con religioso terror, deseando y temiendo que descienda á ocuparlos un día la misteriosa divinidad que esperan? Es que desde el Oriente, desde esa grandiosa cuna del linage humano, se alzó la voz de los profetas, y repetida de eco en eco, y llevada á Egipto por los arenales de Arabia y Persia, y al Occidente por el Mediterráneo, y viajando con las caravanas hasta el extremo Oriente, resuena yá por todo el universo, anunciando al gran Libertador; y Persia finge á *Mitra*, hijo de una virgen, naciendo en la *Noche de Luz* para combatir al mal; Egipto finge á *Horus* con el mismo carácter y para igual

destino; Grecia imagina la dilatada série de sus semi-dioses; y á pesar de la índole sensual de su génio, crea la bellísima y simbólica fábula de Júpiter é Io, el nacimiento virginal de *Epaphus*, llegando al mundo para redimir á la humanidad entera bajo la figura de Prometeo encadenado; los agrestes druidas celebran al que há de nacer de una Virgen, y el pueblo romano, representado en el poeta que cantó sus orígenes, impelido por la oscura voz de las Sibilas, y más que todo, por un secreto presentimiento, lanza estas palabras inmortales:

*Jan nova progenies celo dimittitur alto,
..... et incipient magni procedere menses.*

VIRG.

El pueblo judío era el que con mayor integridad conservaba las predicciones de los profetas y el texto venerable de la antigua Ley. Ella le pronosticaba la venida del Redentor y el espacio de las setenta semanas de Daniel; pero la imaginacion de este pueblo, subyugado al poder de Roma, interpretaba las profecías en sentido mundano, atribuyendo carácter político y poder terreno al que más tarde habia de manifestar ante sus jueces, que no era su reino de este mundo, sino el reino de la paz y de la gloria infinita. Figuraban á su Libertador cercado de pompa oriental, blandiendo la espada al frente de numeroso ejército, y sujetando las naciones al vasallage de los descendientes de Abraham.

Por eso los fariseos y escribas y los príncipes de los sacerdotes, al ver á un hombre apacible y sencillo, hijo, á su entender, de una mujer humilde y un modesto artesano, renegaron de él y le persiguieron con saña, ahogaron á un mismo tiempo la voz interior de su conciencia y el testimonio resplandeciente de los prodigios; mientras el pueblo, lleno de entusiasmo y adivinando á Dios bajo la túnica del hombre, tendía sus capas por alfombra al paso de su cabalgadura, y exclamaba al escuchar su doctrina: *Bendito el seno que te ha llevado, y dichosos los pechos que te han nutrido!* Y Jesus, con la sonrisa de la bondad en los labios, decia: *Benditos son y dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan en su alma!* Entretanto, María, como dice el Evangelio, la conservaba profundamente y meditaba de continuo.

Pero la luz de la verdad ofusca y hiere los ojos: hay lenguas que llaman á Jesus impío y revolucionario; porque desde muy antiguo parece que esta acusacion ha de seguir á todo pensamiento generoso, como la

sombra al cuerpo; hay poderosos tan malvados que pongan precio á la sangre del inocente, y hay discípulo tan infame que la venda por ese precio: quieren inmolar á Jesus, como si al matar al Verdadero y Justo, pudiesen matar al mismo tiempo la verdad y la justicia. Pronto el odio levanta un cadalso que se tiñe de sangre; pero ese cadalso es el trono á donde sube el universo redimido, y esa divina sangre es el bálsamo de la vida inmortal: y la humanidad resucitada sale como un Lázaros inmenso de entre la podredumbre del sepulcro. Ya el Justo há espirado, y su último gemido y la postrera convulsion de su agonía, no bastaron á la implacable venganza de sus enemigos; habia pronosticado que resucitaría, y era preciso convencer á la muchedumbre de que el mártir era un impostor y un miserable falsario. Ponen sobre su cuerpo frio una piedra de monstruoso peso: redoblan su vigilancia y colocan legionarios armados al rededor de su tumba, como si las armas pudiesen vencer al espíritu; y la enorme piedra, la exquisita vigilancia y los mismos legionarios, son otras tantas pruebas y testimonios resplandecientes de la Resurreccion del Señor.

¡Cristo ha resucitado! El Triunfador de la muerte ha desplegado todo su brazo, y torrentes de luz penetraron en los reinos de la sombra eterna! Aquellos antros oscuros reflejan asombrados el rayo vencedor de la gloria: se estremecen los espíritus que los pueblan, y las profecías de muchos siglos reciben su cumplimiento. La antigua Ley ha terminado, y la Ley de Gracia se levanta en los horizontes de la conciencia, como risueña aurora de un eterno día. Esa es la aurora que los psalmistas cantaban, que anunciaban los profetas y aguardaban las generaciones; la aurora sin ocaso que alumbrará los pasos del mundo regenerado hácia los campos de la mística Sion, como en otro tiempo la columna de fuego encaminaba á los israelitas por las soledades del desierto.

Cuando Ana la estéril sintió con júbilo agitadas sus entrañas por las palpaciones de una vida nueva, corrió presurosa al templo para dar gracias al Señor por el beneficio recibido; la tierra, estéril tambien, ha sido fecundada con la sangre de Cristo en el Calvario; que alee, pues, un himno de júbilo á su Creador y Redentor, y desde un polo al otro polo, desde el Levante al Ocaso, al rumor de las arboledas de los bosques y de las olas de los mares, diga con éxtasis religioso: "Sea una fiesta continua la vida de los hombres (1); pues nuestro Señor vuel-

(1) San Atanasio.

ve á vivir para no morir más; nosotros no podemos morir, sino para volver á vivir." La espada de la muerte há sido rota y Cristo há resucitado.

Angeles y Santos del Paraiso, incomparable María, Corredentora de los hombres, almas de los justos y patriarcas de la Ley antigua, jamás un júbilo tan intenso os ha llenado; jamás el tiempo en su infatigable carrera há presenciado un acontecimiento más dichoso y más grande. Que los montes salten como corderos, que los cedros de Salomon sacudan sus cabelleras entre las nubes; órnense de flores las faldas del Carmelo, y reciba la mística Esposa al Esposo que para siempre se levanta, coronado de la gloria.

El esclavo arroja lejos de sí las cadenas, y dice: ¿qué es esto? El opresor tiembla, y grita despavorido: ¿qué es esto? El alma vuela con nueva fuerza, el corazon se engrandece, las frentes abatidas se levantan, el hombre abraza al hombre, le reconoce por su hermano, y exclama con éxtasis: ¿qué nuevo espíritu me llena? ¿qué há sucedido? Y tierra y cielo responden: CRISTO HA RESUCITADO.

NARCISO CAMPILLO.

Pájaros y Flores.

I.

Pues se juntan las flores y las aves, hermanos son los pájaros y flores, gozan ambos los éuros voladores, gozan las sombras de los bosques graves: y al rumor de las fuentes más suaves se entregan á sus plácidos amores, ya entre las hojas de su tallo erguido, ya entre las plumas del caliente nido.

II.

Los colores de nácar y esmeralda con que se viste la espumante ola, los que la luz del día tornasola del verde monte en la risueña falda, ostentan ambos cual gentil guirnalda en su móvil estambre, en su corola, en su lozano y desigual follage ó en el vário matiz de su plumage.

III.

Ellos son libres; cuando el yelo frio esmalta apenas la feraz colina, cruzando el mar la ráuda golondrina huye la nube y el turbion sombrío: en las cumbres de América en estío

el gran condor al cielo se avecina,
mientras cantan aquí con voz de amores
blancas palomas, pardos ruiseñores.

IV.

Mas si á vosotras sujetó natura
á nacer y morar siempre en el suelo,
alzais, oh flores, vuestra frente al cielo,
radiantes de pureza y hermosura:
y no sois menos libres, si en la altura
no podeis extender pujante vuelo;
pues si os coje una mano aborrecida,
dais con la libertad la dulce vida.

V.

En el valle, en el bosque, en la pradera,
junto á ignorado arroyo ó clara fuente,
contemplais en la linfa transparente
vuestra flexible imágen hechicera;
mientras áura balsámica y ligera
fecunda vuestro cáliz blandamente
con invisible gérmen y semilla,
que de otra zona recogió en la orilla.

VI.

Los vientos enmaridan á las flores
á través de los montes y los mares,
los vientos con suavísimos cantares
las halagan y entonan sus amores;
y los vientos también en sus furoros
marchitas las arrastran á millares;
que del Creador la incomprendible mano
juntó la dicha y el dolor insano.

VII.

Yo las he visto lánguidas doblarse
al rudo noto y á la voz del trueno:
en polvo vil y en abatido cieno
he mirado sus hojas agitarse:
las he escuchado flébiles quejarse
unas con otras en el valle ameno
que la tormenta rugidora, impía,
en páramo de muerte convertía.

VIII.

Y las aves con ala voladora
mojadas del turbion enfurecido,
buscaban rándas el seguro nido
bajo la espesa rama salvadora:
trémulo el pecho, en ánsia aterradora,
ni aun osaban alzar triste gemido;
¿qué alcanzarán sus míseros lamentos,
si el rayo, el huracan luchan violentos?

IX.

Pasan las nubes, y en la azul esfera
su arco de triunfo el iris levantando,
con la tierra los cielos abrazando,
es símbolo de paz que el alma espera.
Recobra el campo su beldad primera,

y el bosque sus ramages agitando,
se corona de gotas suspendidas,
que son diamantes por el sol heridas.

X.

Suena el arrullo de leal paloma,
la música de tiernos ruiseñores,
vierten entonces húmedas las flores
la grata esencia de su blando aroma:
sacude el árbol la pintada poma,
se alza un himno feliz de paz y amores,
y al cielo sube cual debido incienso
libre flotando en el espacio inmenso.

XI.

¡Oh, cuántas veces lo escuché gozoso
en las riberas de la patria mia!
¡Cuántas veces henchido de alegría
mi ardiente corazón latió dichoso,
cuando á la selva, al valle rumoroso,
pensativo mis pasos dirigía,
y en soledad dulcísima gozaba,
y en delirios sin nombre me embriagaba!

XII.

Porque os adoro yo, tímidas aves,
y yo, candidas flores, os adoro,
y en mi alma guardo mi mayor tesoro
que son afectos nobles y suaves:
y si en mis horas de congojas graves
ni pena nuestro, ni piedad imploro,
más de una vez el sentimiento ageno
nubló mi rostro y se abrigó en mi seno.

XIII.

Yo os digo hermanos, pájaros y flores,
porque siempre vivís do quier unidos:
os llamo tiernos, porque sois queridos
de almas puras que os rinden sus amores.
¡Oh, que jamás los ciezos bramadores
echen por tierra vuestros leves nidos,
ni tronchen vuestro tallo en su porfía!
Que alegre y claro os acaricie el día!

NARCISO CAMPILLO.

Una Excursion Veraniega.

(Me abrasso de ardores ígneos,
¡Jesus, esposo, y qué vómitos!
Si á los puertos no me llevas,
Voy á parir un fenómeno).

Cancion antisocial.

Cuando más baja el carbon de encina
y sube más el termómetro de Reaumur,
cuando se eclipsan totalmente los sabañones
y las capas, señal es infalible de que el rubio

Apolo está haciendo de las suyas con el in-
feliz género humano, á quien caldea, en-
ciende, achicharra, etc. etc. Mas no vaya á
creer alguno, atendida la naturaleza artísti-
ca del dios crinado, que si inflama á los mor-
tales en esta época, es en el fuego de la ins-
piracion para que produzcan obras vencedo-
ras del tiempo y del olvido. Nada de eso:
los periódicos de literatura se encargan de
probarlos lo contrario, asestándonos cada
composicion ó descomposicion capaz de ha-
cer rechinar los dientes á un potro cerril,
y en las demás artes no vamos mucho más ade-
lantados; si bien de esta regla general es ne-
cesario exceptuar con la debida alabanza y
el más campaneado elogio al sapientísimo
vate D. José Gonzalez Estrada, introductor
y propagador en nuestra España de la poe-
sia *pentacróstica, laberintica, paralelepípeda*;
el cual merece por ende una corona tal y
tan bien puesta, que á tres tirones no se le
caiga. Hecha esta salvedad en obsequio al
génio, digo que el calor de que ahora dis-
frutamos, no es calor intelectual ni imagina-
tivo; sino corporal y físico; por lo cual suda-
mos como bueyes que acaban de soltar la re-
ja de la labranza. Y para no liquidarnos
completamente, para no carbonizarnos vivos
como los inmóviles *yoguis* de la India, justo
y racional es que tratemos de buscar el fres-
co y la agradable temperatura que nos falta.
¿Dónde? Claro está: en los baños. Pues ven-
ga la sábana y marchemos al río. Precisa-
mente hay donde escoger: ahí están abiertos
al público muy curiosos y bien dispuestos
los cajones de las puertas de San Juan, de
Triana y de Jerez, y aun hay otros en la
opuesta orilla. Pero el río! qué cosa tna
vulgar y anti-aristocrática y tan, tan...
Vamos, bañarse en el río, es como no bañarse
en ninguna parte: es manifestar escasez pecu-
niaria: es cosa de gente de poco pelo, y en
suma, un crimen de lesa elegancia. ¿Qué
importa que pueda aplicarse al Guadalquivir
aquello de Garcilaso cuando dijo

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles que os estais mirando en ellas, etc.

Al fin Garcilaso vivió hace muchos años, y
el río no deja de ser el río. Mas los baños de
los puertos... ¡Oh! los puertos... qué co-
sa tan deliciosa deben de ser los puertos!

Así habla la Reina Moda. Su voz es man-
dato, y su mandato no tiene réplica. Y ¿có-
mo há de tenerla, cuando solo se juzga por
exterioridades y se dispensa á cualquiera de
tener decoro, con tal de que se presente de
una manera *decorosa*, esto es con levita y

sombrero de copa? Por tanto, la Reina Mo-
da impera con dominio ilimitado. Una de
sus más obedientes súbditas, la señora doña
Mencia Relumbrones, se hallaba inquieta,
antojadiza, nerviosa, no pudiendo acostum-
brarse á la atroz idea de pasar el verano en
Sevilla, sin tener el gusto de zarandear su
no muy gentil persona de Cádiz al Puerto y
del Puerto á Sanlúcar y desde esta á Chi-
piona; como si digéramos de Zeca en Meca
y de Herodes á Pilatos. Su marido (no el
marido de Pilatos, sino el de la señora doña
Mencia), es un hombrerito, si diminutivo en
persona, aumentativo en cualidades; pues á
más de ser simplón y bonachón, alcanza no
pocos puntos de comodón; á lo cual le incli-
nan no precisamente sus años, que no llegan á
cincuenta, sino cierta protuberancia abdomi-
nal, vulgo *barriga*: cosa indispeusable para
hacer á un hombre persona grave y de pesa.
Está visto: la respetabilidad reside en el
vientre. Este tal marido de esta cual doña
Mencia Relumbrones, que se hallaba en lo
que han dado en llamar *estado interesante*,
no pudo ver con indiferencia á su consorte
tan alicaída y ojimústia: y procurando sa-
carla de su abatimiento, la ofreció ¡infeliz!
llevarla á los baños de mar. Es cierto, que
su ofrecimiento fué provocado en gran parte
por las fúnebres historias en que su esposa
le relatava casos de mugeres embarazadas
que habian dado á luz espantosos fenóme-
nos, por no haber satisfecho algun deseo, in-
dicándole de camino el suyo; y el cándido es-
poso que no pensaba ganar dinero por las fé-
rias enseñando su prole, cayó en la red y dió
su promesa, que fué aceptada rápida y so-
lemnemente. Hé aquí, pues, á doña Mencia
regocijada y llena de actividad: ya abre bau-
les, ya cierra cómodas, ya prepara y dobla
vestidos, ya los empaceta, reúne á su ma-
dre, sus tres hijos, sus dos hermanas solte-
ronas, sin olvidar al habanero perrito Mela-
pías, propiedad comun de estas: deja encar-
gada la casa á una persona de su confianza
y por último, sale triunfalmente del brazo
de su esposo don Crisóstomo: todo con tal ra-
pidez, como expresa cierto romance al decir:

Yá se avalanzan los moros,
en la Guardia dan rebato,
yá se salen de Jaen
cuatrocientos hijosdalgo.

Don Crisóstomo y su familia se encami-
nan á Cádiz: girán en vapor ó en ferro-car-
ril? El uno marea, el otro aturde y muele
los huesos: por una parte la posibilidad del
naufragio; por otra, la de un choque violen-
to que los mande tal vez á distinto planeta...

¿qué hacer? Por fin, eligen vehículo; no importa cuál, y sanos y salvos pisan gozosos la gaditana playa. No encontrando un primer piso, procuran buscar un segundo, y no dando con él tampoco, se acomodan en un tercero, ó mejor dicho, en parte de un tercero, pues la arrendadora, como no tenia intenciones de vivir en medio de la calle, quedóse con un par de habitaciones para su uso. D. Crisóstomo, doña Mencía, su madre, sus tres angelitos y sus dos hermanas solteronas, amen del habanero Melapias y de una criada, estrecháronse, embebiéronse y apolotonáronse en su reducido departamento, empezando á gustar las inefables delicias de una expedición veraniega.

Principiaron por querer quitarse el traje de camino para ponerse otro más fresco y casero. ¡Fatalidad! ¿Cómo habian de poder abrir los baules si no habian traído el manajo de las llaves, dejándolo olvidado en Sevilla? Mesóse don Crisóstomo las barbas, tomó una sofocación la señora Relumbrones y otra su mamá, gritaban las hermanas, lloraban los niños, la criada gruñía y todos se culpaban mutuamente de un olvido, hijo de la precipitación de todos ellos. Parte telegráfico y que venga el criado á traer las deseadas llaves. Entre tanto, á descansar, pues aunque el viaje ha sido corto, no deja de producir fatiga en personas acostumbradas á la inmovilidad de una vida sedentaria. ¡Descansar! pensarle es cosa fácil; pero en la ejecución está el cuento. Apenas se han aligerado de ropa y entornado sus respectivas ventanas, cuando empieza á descender magestuosamente sobre todos ellos, no el dios Morfeo coronado de adormideras y húmedas las alas con licor suave, sino un ejército de chinches tamañas como garbanzos, las cuales con un silencio admirable atacan á los intrusos huéspedes. El primero que protestó contra las demasías de aquel ganado sin pastor, fué nuestro don Crisóstomo, quien, abriendo la ventana y contemplando el movable cordón que iba y venia desde el techo á la cama y desde la cama al techo, tiró de la campanilla, y por si no se oía bien, con grandes voces llamaba á su patrona. Presentóse esta á medio vestir ante su huésped que estaba á medio desaunder, y entablaron *plus minusve*, el diálogo siguiente:

—¿En qué casa he venido á parar? ¿Qué demonios de vichos son esos?

—Ha venido V. á parar á mi casa, y esos vichos son chinches: ¿pensaba V. que eran serpientes?

—Lo que pienso que no es posible descansar con semejantes insectos.

—¿Qué ha de haber ciento! Pues si apenas veo cuatro ó cinco docenas! Ponderaciones: bien se conoce que es usted sevillano.

—Soy castellano viejo; pero ahora quisiera ser un huracan para tirar patas arriba esta casa.

—Pues todas son lo mismo; y si no le acomoda esta, vaya V. á otra, que puede ser que haiga hasta leones.

Dicho esto, le vuelve la espalda, dejándolo solo para que pueda entretenerse en contar aquel ganado y ver si llega al número ciento, como ella habia entendido, ó si efectivamente no son más que cuatro ó cinco docenas. ¡Encantadora situación, placeres veraniegos!

Gracias á la combinada velocidad del telégrafo que llevó la noticia, y del ferrocarril que trajo al criado, presentóse este á la siguiente mañana ante su amo; pero en vez de entregarle el manajo de llaves pedido, sacó de la blusa una gran llave parecida á un fusil, que el desventurado don Crisóstomo reconoció al punto, por ser la de la puerta de su casa. Indeciso estuvo entre romperle ó no con ella la cabeza al torpe sirviente, que con tanta bocaaza abierta semejaba la estatua de la estupidez, escuchando en silencio las quejas y reniegos de su señor á quien prestaba en aquel momento tan flaco servicio. ¡Oh engañoso telégrafo, que con su concisión dá margen á tales gatuperios! El parte decía: "tráete las llaves, que es lo principal." y el fámulo, pensando cuál sería la principal de las llaves, cargó con la de la puerta, que era á su galleguno entender la más importante, como la mayor de todas. Don Crisóstomo llama á un cerrajero y echando á perder baules, maletas y mundos, zanja la dificultad cortando por lo sano.

Don Crisóstomo sale á buscar nueva morada: trabaja y suda toda una semana y no la encuentra. En cambio, y para consuelo, disfruta cada día nuevos placeres en la suya. Tan pronto los vecinos de arriba arman una marimorena que el techo parece hundirse, como empieza un derribo en la acera de enfrente que lo asfixia entre nubes de polvo: ya un aficionado filarmónico de la casa inmediata lo aturde tres ó cuatro horas seguidas tocando en el trombon una misma nota, ya se le marcha la criada, ya recibe quejas por diabluras de sus angelitos, ya su suegra, esposa y cuñadas, mal avenidas con tanta estrechez, se enredan de palabras y casi andan á la greña.

Don Crisóstomo es atento y recibe visitas

de sus amigos, de los amigos de su mujer y su suegra, y de los amigos de sus cuñadas. Todos le dicen muy formalmente que ha venido á divertirse y descansar una temporada; pero por más que se lo aseguran, no puede creerlo.

Don Crisóstomo, que es algo observador, observa al cabo de algun tiempo que han enflaquecido su cuerpo y su bolsa. En cambio, han engordado la dueña de la casa y el perrito habanero.

Don Crisóstomo vá perdiendo la paciencia: su esposa está peor desde que se baña en las cerúleas ondas; pero el médico dice que son los nervios la causa, y ante razon tan sublime hay que humillarse.

Por último, don Crisóstomo experimentó tantas calamidades, que se volvió hombre; es decir, tomó una resolución firme. Apareció una tarde en sus habitaciones con una lucida guardia de costaleros, cogió todos los chismes, incluso los de su mujer, suegra y cuñadas, echó los niños por delante, pilló el tren y se largó haciéndose cruces. Por el camino pensaba si le habrian salido alas á la torre de la catedral y á los veinte y cinco barrios de Sevilla, y se habrian marchado al polo antártico: ¡tanto era su deseo de verse en ella, que temia que la ciudad hubiese huido volando por los aires! ¿Cómo habia cometido la necesidad de abandonar su casa tan cómoda, tan amplia, con su gran patio fresco y enlosado, donde se puede dormir á la sombra del toldo y al arrullo de la fuente, por un tercer piso incómodo y feo, carísimo de precio, y lleno de... de... peor es menearlo? ¡Oh tirana Reina Moda! De ella bien pudiera decirse, parodiando á Espronceda:

¡Oh Moda! Oh Moda! lisonjero engaño que á tanta gente honrada precipitas!

Don Crisóstomo y familia regresaron por fin: la persona de confianza encargada de la casa, habia hecho en la despensa un horroroso estrago: los muebles yacian bajo espesas capas de polvo, el antes limpio pavimento estaba cubierto de pellejos y huesos de fruta, muchos cristales habian sido rotos, sin duda para dejar pasar el fresco, y todo presentaba el aspecto de una casa sin dueño, que es cuanto cabe ponderarse.

Pasados ocho días y apenas se habian puesto las cosas en órden, y empezaban á olvidar las recientes incomodidades, don Crisóstomo recibió una carta. No era carta blanca, ni carta-órden, ni carta-poder, ni carta de pago, ni aun siquiera carta de la baraja; si-

no una misiva de su ex-patrona, suplicándole estuviese á la vista de un enredado pleito que tenia en esta Audiencia; es decir comprometiéndolo á lanzarse en el pantanoso charco de la curia, y á perder á la par tiempo y tranquilidad con negocios ajenos. Pero felizmente don Crisóstomo, que habia estudiado latinidad y traducido á Horacio, recordaba muy bien aquello de

Beatus ille, qui procul negotiis,
.....
forumque vitat etc.

Por lo cuál, no contestó palabra á tal encargo, no queriendo nada que le recordase su expedición. Solo cuando se incomodaba con alguno, en vez de decirle, ojalá te viera en la punta de un cuerno, acostumbraba á exclamar con doblada intencion: "¡ojalá te viese veraneando!"

NARCISO CAMPILLO.

La gratitud del nubero.

CUENTO POPULAR ASTURIANO.

I.

Of contar, cuando niño, que, muchos siglos há, volviendo un vecino de Pria del largo cautiverio en que, apresado por los moros, habia gemido, le sorprendió fria y oscura noche de Junio al atravesar la fragosa y altísima cordillera que separa de Castilla á las Asturias, sin que el cuitado descubriese vivienda alguna donde pudiera guarecerse, seguro de servir de cena á los hambrientos lobos, cuyos terribles aullidos comenzaban á resonar por las selvosas cañadas; hasta que, tornando los ojos al cielo en demanda de amparo, divisó indicios de albergue humano en la trémula luz que sobre una de las más enhiestas y escarpadas cumbres resplandecía. Verla y trepar hácia ella más ligero que un corzo, á pesar de lo fatigado que se hallaba, todo fué uno; y pocos momentos despues ya habia cumplido su anhelo, no sin recibir algunos rasguños de los erizados matorrales, dominando la eminente cima donde la consoladora lucecita brillaba semejante á otras mil que acá y allá, esparcidas por las quebradas montañas, se ofrecieron entonces á la vista del solitario caminante, mientras ni una sola estrella

relucia en toda la extension del encapotado firmamento.

-¿Quién llega?—preguntó con voz de rana una astrosa viejecita, que, asomando su cabeza por la tierra, verticalmente cortada, tenia en la mano derecha la tea que guiara á aquel sitio los pasos, ó más bien saltos, de nuestro héroe.

-Un viajero extraviado, respondió éste, tiritando de miedo, como una hoja movida por el viento.

-Mal camino traes, buen hombre—replicó la encucada vieja.

-No será tan malo, si me das hospitalidad; que hace mucho frio y estoy en extremo cansado, repuso, cobrando aliento, el hijo de Pelayo.

-Es imposible; aquí no entra nadie más que mi marido.

-Y ¿dónde está tu marido?

-Fué esta mañana á tronar con todos sus compañeros; los estamos aguardando: esas luces que ves sobre los montes, distintas en magnitud y colores, son señuelos para que acierten con sus respectivas moradas.

-Es decir, que estoy en tierra de *nuberos*.

-Sí.

-Y ¿á qué region han llevado hoy la tempestad?

-A Asturias; al concejo de Llanes: estamos á matar con aquella gente.

-De allí soy yo cabalmente. ¡Buenos habrán puesto nuestros maizales!

Aquí llegaban en su diálogo el ex-captivo y la vieja, cuando una densa nube, subiendo de la parte del Norte, empezó á envolver rápidamente toda la cordillera con un rumor semejante al que en los bosques forma el vendaval.

-Ahí vienen,—dijo gozosa la *nubera*.

Con efecto, no tardó en aparecer su marido, hombrecillo de dos pies de talla, cara ahumada, en que resaltaba lo blanco de los ojos, vestido de piel de oso, y sombrero semejante á un cuervo con las alas desplegadas.

-¿Qué hace aquí este hombre?—gritó con voz ronca al posarse en el suelo y reparar en el errante asturiano que, á pesar de su probado valor, temblaba de pies á cabeza cual si estuviese azogado, mientras iban unas tras otras apagándose las luces de las alturas.

-Soy asturiano. Extraviado en estos montes, subí hasta aquí en busca de asilo...

-¿Asturiano! ¿de qué pueblo?

-De Pria,

-En Pria justamente estuve hoy mismo, ejecutando los mandatos del cielo... ¿cómo te llamas?

-Juan de Juana.

-¡Oh amigo mio! ¡El hombre más honrado de las dos Asturias! ¡Dáme esos brazos! ¡cuánto celebro tener esta ocasion de pagarte el favor que hace años me dispensaste! ¡No te acuerdas? Estábamos próximos á descargar el más espeso y asolador nublado sobre el valle de S. Jorge en castigo de sus extravíos, cuando para conjurar la tempestad, acudieron sus amedrentados habitantes á las campanas de las Iglesias, cuyos trémulos tañidos producian un inmenso y prolongado clamoreo sobre los verdes campos. Sus ecos, penetrando en las nubes, nos privaron del sentido, y disipada la tormenta, caimos precipitados en los barrancos de las vecinas montañas. En uno de estos me encontraste tú que, siguiendo hácia arriba las márgenes del Ereba, te encaminabas, al caer la tarde, á tu cabaña de la *Friera*. Me encontraste y me diste posada. Al amanecer del día siguiente desaparecí entre la niebla que cubria la ancha cuenca del rio. Todo lo recuerdo bien. No tengas cuidado, pues, que estás en tierra de amigos. Y ¿á qué motivo debo tan feliz encuentro?

-Diez años hace, contestó el astur, alentado por el tono benévolo del *nubero*, diez años hace que falto de mi casa y no veo á mi familia, ni sé de ella. A poco de haberte acogido en el monte fuí á Andalucía, en la mesnada del conde de Aguilar, á la guerra contra el moro, y caí prisionero y viví cautivo, si aquello puede llamarse vida, hasta que por fin logré fugarme con la ayuda de Dios... Pero dime, ¿qué es de mi familia? ¿qué sabes de mi muger y del niño, primer fruto de nuestros amores?

-Tu familia nada en la abundancia, porque yo, agradecido á tu beneficencia, tuve siempre especial cuidado de tus heredades, apartando de ellas, así los excesivos calores como las granizadas y aguaceros que desolan la campiña. Tu niño está hermoso; más de cuatro veces he arrullado su sueño con apacibles murmullos. Pero tu muger... ¡mala noticia tengo que dartel!

-¿Qué! ¿ha muerto?

-Todo lo contrario; se vá á casar con tu más querido amigo, con Rafael...

-Eso no es posible, viviendo yo...

-Todo el mundo te juzga muerto en la guerra. Nueve años ha llevado luto por tí tu Rosalía. ¡No debes de estar descontento de su fidelidad!

-¡Dios mio! ¡Dios mio!.. Y ¿cuándo se

celebra esa maldita boda?

-Mañana mismo al ser de dia.

-¡Ay!.. ya no podré impedirla... ¡Mi Rosalía en poder de otro!

-No te aflijas, ni te desesperes, Juan; todo tiene remedio. Ya sabes que soy tu mejor amigo.

-Sí, sí... ¿qué remedio es ese?—interrogó impaciente el hijo de Juana.

-Atiende, y si haces lo que voy á decirte, estás seguro de que ese matrimonio, que tan mal te sabe, no se verificará.

-¿Qué no haré yo?...

-Pues bien, oye. Mañana, antes que los rayos del sol hieran las más altas cimas, levántate, monta sobre un *castron* que hallarás aquí, y déjate ir... El te trasladará á Pria en un santiamen.

-Pero ¿y si nos vé algun cazador y, creyendo que somos un buitre ó cosa por el estilo, nos dispara sus ballestas?

-Nada temas: te hará invisible una gran nube.

-Y ¿si me desmonto y doy la más descomunal caída que se ha visto, ni oido desde los tiempos de Simon Mago?

-Repito que nada temas. Aunque quisieras, no podrías caer, porque el lomo del *castron* te atraerá como si fuese de piedra iman. Además, todo es cosa de breves momentos. Verás á Asturias á vista de pájaro, con sus hondos y pintorescos valles, sus vírgenes selvas, sus cristalinos rios, sus altísimas montañas... y luego... ¡el sol alzándose magestuoso allá en oriente!... Te digo que es un delicioso viaje.

-Pues, señor, sea así; que por mal que me vaya, todo lo prefiero á encontrar consumado el segundo casamiento de Rosalía. ¡Ingrata! Y ¡yo no cesaba de suspirar por ella!

-Nada, nada, déjate de suspiros, y vente á descansar, que bien lo habrás menester.

Dicho esto, penetró en su cueva el afable *nubero*, seguido de Juan, que entonces tuvo ocasion de ver la anchísima caldera, siempre hirviente, de donde surgen las nubes, la gran fragua en que se forjan los rayos, la inmensa cascada que, resurtiendo al despeñarse en el abismo, con su espuma provee de rieve y de granizo á los directores de las tormentas, cuyas cavernosas mansiones se comunican entre sí por medio de innumerables galerías...

Pero dejemos á Juan dormir en aquel mundo misterioso, al son de los infinitos rumores de que está poblado, mientras, arrojando los celagos que enlutan la bóveda celeste y tendiendo sobre la naturaleza como

un velo sus plateados fulgores, aparece silenciosa y risueña la luna, á quien saludan con su sordo estruendo los torrentes, los lobos con su medroso aullar, con su áspera canturia las ranas de los tremedales, y los escuerzos de las sierras, semejantes á almas en pena, con sus lúgubres sollozos, de valle en valle y de montaña en montaña repetidos.

II.

En la parte occidental del *Valle de San Jorge*, sobre una colina tendida, cual enorme buque volcado, desde el *Aguamía* hasta el *Ereba* que riega las fértiles huertas y praderas de *Nueva*, antes *Puebla de Aguilar*, mi cara patria adoptiva, levántase el modesto templo donde los fieles hijos de *Pria* tributan perenne culto al príncipe de los Apóstoles, su intercesor para con el Eterno Padre. Desde allí, sobre todo en verano, al nacer y al ponerse el sol, se descubren las perspectivas más encantadoras que imaginarse pueden. Hácia el Septentrion se nos presenta, en primer término, una extensa planicie sembrada de frondosos pueblecitos, pardos peñascos, pajizas praderas, y lozanos maizales: y más allá, en segunda línea, el espumoso mar cantábrico que, desvanecido en el remoto horizonte, dilata á nuestra vista sus azules, inquietas ondas, sureadas de blancas naves, desde Gijon hasta Santander, besando mansamente cien alegres, arenosas playas, y batiendo con profundo murmullo mil cavernosas rocas, que enfrenan su osadía. Si giramos los ojos al Oriente, vemos á lo largo del monte y del Océano, que lo encierran, el apacible *valle de San Jorge*, semejante á arcádica floresta, regado por fecundos riachuelos y cubierto de populosos lugares que parecen bandadas de palomas entre sus arboledas de robles, encinas, álamos y alisos, castaños y pomares, cerezos y nogales, naranjos y limoneros. Al Sudeste, tras ágricos, escalonados montes, más altos cuanto más distantes, se divisan en lontananza, como puntales del firmamento, los inaccesibles *Picos de Europa*, siempre coronados de nieve, distinguiéndose en medio de ellos, á manera de colosal columna ó torre de Babel, el admirable *Naranjo de Bulnes*. Por el Sur cierra el horizonte la próxima cordillera, en cuyo centro sobresale la *peña del Mediodía*, desde donde en las noches serenas se columbra el centelleo del faro de Santander. Tendemos, por último, la mirada en direccion al Oeste, y nos muestra el *Sella* sus feraces campiñas, sus cortadas y estériles montañas, de entre las cuales se

destaca la pirámide inmensurable de *Sueve*, al propio tiempo que *Lastres*, madre fecunda de intrépidos pescadores, sonríe á las caricias del mar, en cuyas aguas, cual en magnífico espejo, se contempla á solas.

Tales eran los deleitables cuadros en que Rosalía y Rafael (de quienes ya sabe el lector) hubieran podido apacentar su vista, si más dulces pensamientos no embargáran su espíritu al llegar á la iglesia, cuando los primeros rayos de un sol de Junio doraban las chispeantes aguas del mar frente al romanesco y solitario monasterio de *San Antolin de Bedon*, en el confin oriental del valle de *San Jorge*. Capa de paño pedroso, calzon corto, y montera de lo mismo con ala de pana plegada, ostentaba el novio; y saya de estameña sobre refajo encarnado, *rebocino* y *mantellina* con franjas de terciopelo, la fresca viudita que iba á entrar en segundas nupcias. Blancas medias de lana y *corizas*, ó sean zuecos de piel de vaca sin curtir y de una sola pieza, constituían el calzado de uno y otro. Acompañábanlos, en traje tambien de gala, los padrinos y algunas otras personas de las respectivas familias. A poco de aguardar sentados en torno del corpulento roble, que ante la puerta principal de la iglesia desplegaba su pomposo ramaje, salió con el sacristan al lado á desposarlos el párroco revestido de los sagrados paramentos. Tendió el señor Cura sobre los circunstantes una mirada indagadora, y luego dijo: — Veo que falta un testigo; sin él no podemos dar un paso; es preciso buscarlo.

— No se molesten sus mercedes, que aquí estoy yo, contestó sin darles tiempo para pensar nada, descolgándose de las ramas del roble, un hombre que se usiera á ellas, mientras la parda nube, en cuyo seno habia salvado el erguido *pico del Mediodia*, se precipitaba en el vecino mar. Era Juan de Juana. El mismo, con su fornido cuerpo, su moreno semblante y regulares facciones, con aquellos mismos grandes ojos, donde diez años atrás tantas veces se habia mirado Rosalía, cautiva ahora de otros menos grandes y hermosos; pero más *nuevos* para ella. Con todo, su mujer no le reconoció la primera; fué el anciano Cura quien le llamó al instante por su nombre y apellido, dándole la bienvenida. Rafael, por más que esforzaba su entendimiento, no podia comprender cómo un amigo tan leal como Juan lo habia sido para él, tenia ahora la desdichada ocurrencia de presentarse al cabo de tanto tiempo á desbaratar bodas, y pretendia hallar la solución de tan intrincado problema, dando vueltas entre sus manos á su engalanada

montera. Entre tanto, Rosalía con golpe de vista mujeril, que es como si dijéramos, rápido y acertado, echó sus cuentas para sí y sus brazos al cuello de Juan, murmurando entre dientes ciertas palabras que él se imaginó de amores, y eran nada menos que este antiguo proverbio; "más vale malo conocido, que bueno por conocer," aunque á decir verdad, los tales amores se le antojaban un tanto ranciosos y trasnochados. Esto no impidió en manera alguna, que Rafael, con toda su torpeza, comprendiese que de primer galan habia descendido á barba en aquella función, y más veloz que cabra montés huyese de aquel sitio, por no presenciarse las cariñosas demostraciones de su prometida hácia otro hombre, siquiera este hombre fuese su legítimo esposo, y como quien dice, el patron de aquella falúa.

Tampoco fueron estorbo semejantes imaginaciones para que los testigos aplaudiesen la vuelta del ex-cautivo en una suculenta comilona, donde algunos proveyeron para tres semanas los almacenes de su estómago; ni amargaron en lo más mínimo la felicidad de ambos cónyuges, por tan maravilloso medio reunidos. Sus campos estaban famosos, gracias á los constantes cuidados del génio protector; su hijo, ya muy espigadito, prometia ser un mozo de provecho, y la felicidad que por todas partes les sonreía, no les dejaba tiempo, ni humor para emplearse en celos y discordias. Excusado es decir, que Juan de Juana, que debia su bienestar y riqueza á la *gratitud del nubero*, y sabia que tanto le asustaban los repiques, aconsejó al digno párroco que no tañese campanas en tiempo de tempestad, pues era inútil arbitrio para desvanecer las tronadas; cuya idea comprobó con lo que habia visto en Berbería, donde tales campanas no están en uso, y ahora en pleno siglo XIX confirman los físicos de más alto copete. Quien extraña este rasgo del talento de Juan y lo niegue, no podrá negarle al menos lo que es más difícil todavía; ser oportuno. Y para imitarlo en esto, cierro aquí la narracion, permitiéndome solo citar una sentencia, cual no la ideó tal filósofo alguno: *haz bien y no mires á quién*.

G. LAVERDE.

La Primavera.

*Solvitur acris hiems grata vice veris et favoni,
Ac neque jam statulis gaudet pecus, aut arator igni,
Nec prata canis albicant prunis.*

HORAT.

Yá por tus fértiles campos se extiende absorta mi vista, y mi corazon halaga la vagarosa armonía que alzan con leve murmullo tus arroyos y tus brisas. Primavera! yá te veo: tú eres vírgen, tú eres rica; jamás te miré tan pura, ni de tal pompa vestida. ¿Qué transparencia en el aire, bañado de luz divina! Púrpura y ámbar parecen las nubes que tú iluminas, montes de verdor los bosques, la tierra eden de delicias:

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira,
contigo en belleza y gala
compite la Andalucía;
el Bétis al claro Pó,
ni al Tiber soberbio envidia.*

Altos y oscuros laureles se retratan en las linfas, viste azahar el naranjo, viste grama la colina, canta el ruiseñor su pena allá en la selva escondida, y vuela á su amante nido sin temor la tortolilla. La yedra se enlaza al olmo, la jóven de amor suspira, y un afan inquieto y vago su pecho inocente agita. Que la gran naturaleza dó quiera espléndida brilla, y ardiente baja la noche y ardiente despunta el dia.

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira, &c.*

¿Quién no há soñado en el cielo, creyendo gozar sus dichas, si há mirado el sol poniente desde la oriental Sevilla? Pintanse las rojas nubes en las aguas cristalinas, los árboles y las aves entonan sus armonías, despierta el nocturno viento, leves sombras se avecinan, la religiosa campana suena lejos en la ermita y tras celajes azules se alza la luna adormida. ¡Hora llena de misterios, de paz y melancolía!

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira &c.*

¿Quién te mostró, Primavera, como vírgen fugitiva que pasa esparciendo rosas por las fértiles campiñas? Yo sobre trono de flores cual deidad te pintaria: aquí tienes tu morada, y si un punto te retiras no pierdes su pompa el bosque aguardando tu venida. Sí; que apenas el follaje lejos de tí se marchita, otras hojas más lozanas cubren las ramas erguidas, dando á las aves albergue, voz al áura, al campo vida.

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira &c.*

Las doncellas sevillanas yá celebran tu venida: órnan sus negros cabellos jazmines y clavellinas, como el manto de la noche blancas estrellas matizan. Hermosas son; su mirada es rayo de lumbré viva, como la rosa entreabierta es su boca peregrina, y cual cuello de paloma flexible el talle de ninfa.

¿Por qué suspirais tan tristes, mujeres de extraños climas? ¿Ausentes vuestros esposos, vuestros amores olvidan?

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira &c.*

Lejos de su ardiente arena el africano suspira, recuerda su sol de fuego, el leon, la palma altiva y la caravana errante que solitaria camina. El hijo del yerto polo ama su aterido clima y su cielo oscuro, en donde la ronca tormenta gira. Rápidos volad, mis versos, cantando la pátria mia, la del cielo más dorado, la más espléndida y rica, la que dió á la madre España más tesoros de poesía.

*Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira &c.*

Tu rico manto de oro tiende, Primavera amiga, cuna hermosa de las flores, del amor y la armonía: eres juventud del mundo y pura fuente de vida.

Tus anchos bosques frondosos,
tu áura blanda fugitiva,
tus arroyos y tus nubes
que mil colores matizan,
te saludan: oye el himno
que en valles y montes vibra.
"Amor á tí, Primavera,
"gloria á tí, deidad querida,
"por quien se engalana el prado,
"por quien resplandece el día."

Italia, jardín del mundo,
madre del canto y la lira,
contigo en belleza y gala
compite la Andalucía;
el Bétis al claro Pó,
ni al Tíber soberbio entida.

NARCISO CAMPILLO.

JULIAN ROMEA.

Años hace que el eminente actor D. Julian Romea padecía una rebelde y dolorosa enfermedad. Siguiendo el dictamen de su facultativo, se trasladó el día 10 de Agosto á los baños de Loeches, donde falleció á las pocas horas de su llegada.

Fué embalsamado su cadáver y trasladado á Madrid bajo la custodia del apreciable actor Sr. Oltra, comisionado al efecto, quedando depositado sobre un túmulo en el centro de la capilla de Nuestra Señora de la Novena, propiedad de los actores, en la parroquia de San Sebastian.

A las cinco de la tarde del día 14 se verificó el entierro, al que asistió una multitud de personas distinguidas.

El duelo lo presidía el señor Orovio, ministro interino de Fomento, y á sus lados iban los de Gracia y Justicia y Guerra, Escosura (D. Patricio), Nacarino Brabo (Don José), Sanchez (D. Miguel) y D. Agustin Perales.

Llevaban las cintas del féretro: como compañero y amigo de su juventud, D. Miguel de los Santos Alvarez; como escritor dramático, el ministro de Ultramar Sr. Rodriguez Rubí; como actor, D. Joaquín Arjona; como profesor del Conservatorio, el Sr. Saldoni; como representante de la Academia sevillana de Buenas Letras, de que era individuo, el Sr. Escudero y Peroso, oficial del ministerio de Fomento, y como comendador de Carlos III, el Sr. Perez Ruiz, jefe del negociado central del ministerio de la Gobernacion.

La comitiva salió de la iglesia de San Sebastian y se dirigió á la plaza del Príncipe Alfonso y calle del Príncipe, en cuyo punto,

y frente al teatro del mismo nombre, se estuvo el féretro para que depositaran sobre él coronas de siemprevivas adornadas con cintas é inscripciones, entretanto que la orquesta del coliseo tocaba la marcha del Profeta.

El cortejo fúnebre se puso en marcha despues por la plaza de Matute hasta el cementerio de San Sebastian, donde quedó depositado el cadáver hasta el siguiente día, en que, despues de haberse dicho una misa de cuerpo presente, se le dió sepultura.

Sobre la magnífica caja en que se encierran los restos del eminente artista, se veía el manto de la órden de Carlos III y demás atributos de la misma.

La comitiva, que fué á pié hasta la puerta de Atocha, se retiró despues de haber quedado hecho el depósito y rezado un responso por el eterno descanso del que tanto brillo ha dado á nuestra escena.

Asegúrase que el cadáver del Sr. Romea será trasladado al cementerio de San Nicolás, construyéndose un panteon digno de su memoria, para lo cual han tomado la iniciativa y abierto una suscripcion los Sres. Don Tomás Rodriguez Rubí, D. Miguel de los Santos Alvarez, D. Manuel del Palacio y D. Eusebio Asquerino.

Voy á terminar mi, por hoy, poco grata tarea, dando á conocer á mis lectores algunos datos biográficos del que sin disputa era el primer actor de nuestra escena contemporánea.

D. Julian Romea nació en Espinardo, provincia de Murcia, el día 16 de febrero de 1818.

Desde muy jóven comenzó á demostrar su afición y su talento, representando comedias en sociedades particulares y dando ya prueba del génio que luego habia de arrebatar al público en la escena nacional.

Ligado en estrecha amistad con el inolvidable D. Ventura de la Vega, se decidió por fin á presentarse en el teatro del Príncipe, donde apareció representando el drama en un acto titulado *El Testamento*, arreglado expresamente para él por dicho poeta.

Su aparicion en el teatro fué ya un triunfo. D. Mariano José de Larra, crítico tan distinguido como poco fácil de contentar, le saludó con entusiasmo, y desde entonces el público español le tuvo por una de las más brillantes glorias de nuestro teatro.

Desde aquel momento hasta hace dos años, en que desapareció para siempre de la escena, son innumerables las obras que ha interpretado, y el número de sus triunfos puede contarse por el de sus representacio-

nes. Solo recordaremos *Los hijos de Eduardo*, *La huérfana de Bruselas*, *El hombre de mundo*, *El campanero de San Pablo*, *Sullivan*, *Marcela*, *El que dirán* y *el que se me dá á mí*, para hacer constar que su talento se plegaba con maravillosa facilidad á todos los géneros, por más que en la comedia fuera donde más brillaba.

Dotado de una gran inspiracion, Romea, además de gran actor, era un gran poeta, y todos los que han leído sus versos, publicados separadamente en muchos periódicos y coleccionados en Sevilla, 1861, pueden dar fé de esta verdad.

Sobre el teatro habia publicado varios trabajos importantes y se cree que conservaba algunos inéditos, y hace poco más de dos años que, con motivo de la representación de la tragedia titulada *La muerte de César*, escribió, con el título de *Los héroes en el teatro*, un folleto notable por su estilo y por las teorías que contiene.

La terrible enfermedad que le ha conducido al sepulcro no habia podido apagar el fuego que ardía en su corazón de artista, y en los breves espacios de tregua, que le concedía el dolor físico, aun discurría acertadamente sobre el porvenir de la literatura y el teatro.

Comisario régio en el Conservatorio, condecorado con varias cruces de distincion, ha muerto cuando aun podía dar muchos días de gloria á la escena pátria.

F.

EL VERANO.

I.

Bajo el follaje de robusta encina por la segur y el tiempo respetado, asilo fiel del ave peregrina y verde pompa del feraz collado, miro cuán lento y grave el sol inclina el ancho disco y resplandor sagrado, y solo yo con la natura en calma, melancólica paz siento en mi alma.

II.

Ya vienes tú, consuelo y compañera en el sendero de mi triste vida, tú, que engalanas la verdad severa y formas das á la ilusion querida, y nueva luz á la celeste esfera, y aromas á la selva florecida, inspiracion, inspiracion ardiente, con tu llama inmortal toca mi frente.

III.

Del astro-rey al muribundo rayo enagenado admire en torno mio el sauce mústio en lánguido desmayo besando el haz del trasparente rio: el prado que gentil ornara Mayo y enciende ahora el caloroso estío, donde la rubia miés trémula ondea cuando el céfiro plácido la orea.

IV.

¡Oh, cómo á nuestros ojos aparecen de magestad vestida y hermosura, y cuán grata y fecunda resplandeces en el campo andaluz, rica natural! Por tí su fruto en los estivos meses rinden el monte, el valle y la llanura, y bajo el techo de la humilde choza el labrador al contemplarlos goza.

V.

Goza, sí; de sudor con larga vena bañó los surcos fértiles que abria su reja corva en rústica faena desde la aurora hasta morir el dia: la espiga ya creció: muestra serena el antiguo olivar su lozanía, y el fresco y ancho y delicioso huerto está de flores y verdor cubierto.

VI.

Mas no el olivo ni la miés dorada órnán tan solo mi natal ribera; que su lujo y su pompa más preciada naturaleza pródiga le diera: acaricia purpúrea la granada el tronco de la altísima palmera y sus hojas el plátano sonante ufano mueve con el áura errante.

VII.

El naranjo do quier su copa extiende llena de olores y de pomas de oro, que el meridiano sol vívido enciende de su luz al espléndido tesoro: parece que la rama se desprende hácia el arroyo de cristal sonoro, y que el arroyo murmurante pára, viendo en sus ondas su belleza rara.

VIII.

Morados lirios hay, rojos claveles y entre la grama blancas azucenas, simple tomillo, plácidos laureles y madre selvas de fragancia llenas: de donde liba sus sabrosas mieles la abeja en las auroras más serenas, con eco ronco y en copioso bando de floresta en floresta revolando.

IX.

Y para más belleza, no con ira bramadores torrentes se desatan, ni la tormenta por los aires gira, ni el ganado las fieras arrebatan; sólo en la linfa que fugaz suspira los árboles y flores se retratan, y purísimo azul ostenta el cielo y trisca la cordera sin recelo.

X.

No aquí se arrastran por hirviente arena cual en las playas del desierto Nilo, hórrida sierpe de ponzoña llena, ni acerado y sangriento cocodrilo: no aquí la madre escucha de la hiena el tremendo rugir, y en pobre asilo al niño débil con abrazo estrecho quiere ocultar en el turbado pecho.

XI.

No se levanta entre la verde alfombra de fresca yerba pródiga de olores, árbol que engañe con nociva sombra y frutos tan lozanos cual traidores: no el astro-rey velado nos asombra en negras nubes y húmedos vapores, ni espira solitario en su camino abrasado y sediento el peregrino.

XII.

Todo es paz y ventura: coronada de fruto y flor la bella Andalucía, se alza risueña de esplendor bañada cual suele alzarse en el oriente el día; que yá sobre la vega dilatada benigno el sol y generoso envía inmensos dones en su rayo cano, dones que ostenta plácido el Verano.

XIII.

Tiempo es ahora que el vellon de nieve rinda al pastor la cándida cordera, que el perezoso buey mugiendo lleve la miés nutrida á la redonda era: de donde esparza murmurando leve la seca paja el áura más ligera, cuando con duro y resonante callo huella la espiga el volador caballo.

XIV.

Tiempo es ahora en baño delicioso, si dormido en sus grutas yace el viento y de las selvas el ramaje umbroso no se agita con ténue movimiento, de gozar el arroyo rumoroso que sobre guijas desmayado y lento, entre amargas adelfas encamina la tarda huella y onda cristalina.

XV.

Aquí Nísida bella se bañaba, aquí su rubia cabellera de oro sobre la espalda y pecho derramaba, avara de esconder tanto tesoro: aquí su voz suavísima entonaba himnos que el eco repitió sonoro y que las aves modularon cuando por el limpio raudal iba nadando.

XVI.

Aquí en un tronco que en la márgen crece de una vid trepadora revestido, donde el ganado errante se guarece y tiene el dulce colorin su nido, un juramento fiel que amor la ofrece en la verde corteza halló esculpido: la letra dice: "Nísida, primero que olvidarme de tí, la muerte quiero."

XVII.

Y enrojeció su púdico semblante, que yá por el amor estaba herida; y vió á lo lejos á su tierno amante con faz inquieta y la color perdida: contempla del zagal la fé constante, acúsase de ingrata, y conmovida, la secreta pasión con que batalla dicen los ojos, si el acento calla.

XVIII.

Mas hora miro que despliega el cielo su magnífica pompa y hermosura: la vista absorta con ansioso vuelo sube y se pierde en la sublime altura: nubes purpúreas ondeante velo extienden al brillar la noche pura, y sobre ella la noche se adelanta y al orbe todo misteriosa encanta.

XIX.

¡La noche! De mi pátria en el estío su blanca luna es sol resplandeciente, penetra por el bosque más sombrío, tiembla en las aguas de la clara fuente. ¡Astro de amor! El pensamiento mio á tí se alzó con entusiasmo ardiente y exclamé al eclipsarte: espera, espera, no escondas, nó, tu celestial lumbrera!

XX.

Que tiene para mí fulgor suave, indecible y feliz melancolía, cuando en el alto nido muda el ave no gime ó canta en la arboleda umbría: cuando el reposo y el silencio grave llenan el suelo y la region vacía, y exhala con rumor vago y profundo sonos inciertos adormido el mundo.

XXI.

Hora llena de encantos, luna bella, sombras queridas del que triste llora, pronto su luz la matinal estrella difundirá seguida de la aurora: de su cuna oriental con noble huella saldrá el planeta que los orbes dora, y tierra y viento y mar en su alegría himnos sin fin tributarán al día.

XXII.

En tanto luce desmayada y pura, rica de aromas, languidez y amores, dando á los cielos mística hermosura y gotas de ámbar á las mústias flores, noche serena: tú con la dulzura de tus sueños disipas los dolores; tú derramas la paz con franca mano, ¿quién más dones que tú rinde al Verano?

NARCISO CAMPILLO.

El hombre-pep de Liérganes.

Apártase tanto del orden regular de la naturaleza, tiene tanto de inverosímil la historia que vamos á relatar, que por fabulosa leyenda la tendríamos, si un autor de la intachable veracidad, clarísimo talento y severa crítica del célebre P. M. Feijóo, glorioso ornamento de la órden benedictina y de la Universidad de Oviedo, no hubiese reunido, para certificarse de ella, los más graves, seguros y fidedignos testimonios.

Ejercitaban su arriesgado oficio en alta mar unos pescadores de Cádiz el año 1679, cuando, sobre la inquieta superficie de las azuladas aguas, divisaron á cierta distancia una como figura humana, que se asomaba y zambullia alternativamente; la cuál desapareció así que intentaron acercársele con la mira de reconocerla. Con idénticas circunstancias la descubrieron al día siguiente, y tirándole desde lejos algunos pedazos de pan, observaron que les echaba la mano y los comía. Empeñados con esto en el deseo de pescarla, tendieron en torno de ella un dilatado cerco de fuertes mallas, estrechándola poco á poco, mientras en seguimiento de los mendrugos que le arrojaban, se iba acercando á uno de los barcos, donde, por último la tomaron y

condujeron á tierra, con no escasa admiración de las gentes.

Entonces se vió que toda su conformación era la de un ser racional. Tenia como seis piés de estatura, corpulencia correspondiente y bien proporcionada, rojo el pelo, y corto cual si le empezara á nacer, el color blanco, y las uñas gastadas, como si estuviesen comidas del salitre. Bordaban su pecho y espalda unas lijezas escamas que con el tiempo se le fueron cayendo.

Hospedado en el convento de S. Francisco, de Cádiz, habláronle en diversos idiomas, sin que en ninguno y á nada respondiese. De semejante taciturnidad se dedujo que quizá estuviere poseído del espíritu maligno, y en este supuesto le conjuraron algunos religiosos; mas de nada sirvieron los exorcismos, ni luz alguna se descubrió que ayudase á explicar aquel extraño fenómeno, hasta que, de allí á algunos dias, le oyeron la palabra, *Liérganes*, cuyo sentido declaró un mozo que en Cádiz ganaba la vida con su trabajo, diciendo, que era el nombre de un lugar situado á dos leguas de Santander y pátria del Sr. D. Domingo de la Cantolla, Secretario de la Suprema Inquisición.

Con esta noticia, participó el suceso al Sr. de la Cantolla, un sugeto que le conocia, á quien aquel, contestándole, trascurridas algunas semanas, manifestó que sus parientes de *Liérganes* le escribian que cinco años antes ocurriera en Bilbao una novedad que acaso se diese la mano con la de Cádiz.

Habiendo ido á bañarse con otros mozos la víspera de S. Juan de 1674, Francisco de la Vega, jóven de 17 años, aprendiz de carpintero en dicha villa é hijo de María del Casar, viuda y vecina de *Liérganes*, se internó ría abajo, hasta perderle de vista sus compañeros; los cuales, como era agilísimo nadador, al principio ninguna inquietud experimentaron por ello, y así, estuvieron largo rato, esperándole, persuadidos de que á la postre volvería. Mas tanta fué su tardanza que al fin creyeron que habia perecido, arrebatado por la resaca para servir de alimento á los peces, y no respirar ya más las áuras de la vida. En va-

no le buscaron, en vano le llamaron recorriendo ansiosos aquellas ásperas riberas; solo respondía á sus acentos el perenne rumor de las olas solitarias. Pocos días despues vestía luto por él y le lloraba difunto su madre, la desolada viuda de *Liérganes*.

Enterado de la parte donde este lugar caía, y animado con los antecedentes suministrados por el Sr. de la Cantolla, el P. Fr. Juan Rosende, franciscano, recién venido de Jerusalem á Cádiz, y que traía el encargo de dar vuelta á la península, pidiendo limosna para los Santos Lugares, resolvió averiguar personalmente la verdad de caso tan singular y extraordinario, encaminándose á la Montaña de Asturias con el mozo aquel que los pescadores habían cogido en el Océano.

Al cabo de cierto tiempo, corriendo ya el año de 1680, se aproximó el buen religioso en su postulación á la costa de Santander, y al llegar al monte de la Dehesa, un cuarto de legua distante de *Liérganes*, indicó á su mudo compañero que marchase delante guiando; quien le obedeció tan puntualmente que, sin extravíar un paso, fué derecho á la vivienda de María del Casar, la cual, apenas le vió, le conoció y abrazó, diciendo: *Este es mi hijo Francisco, que perdí en Bilbao*; en cuyas cariñosas demostraciones lo imitaron otros dos hijos, sacerdote el uno y seglar el otro, que á su lado tenia; pero él permaneció inmóvil, sin corresponderles con palabras ó con gestos, cual si careciese por completo de sensibilidad y de entendimiento.

Como aquel día se hallaba predicando en *Liérganes* el misionero franciscano, del seminario de Sahagun, Fr. Diego de Santander, que con sus fervorosos sermones atraía crecidísimo concurso de los lugares comarcanos, la que casi podríamos llamar *resurrección* de Francisco de la Vega, fué muy sonado en toda las Asturias de Trasmiera, donde, como explicacion de aquel hecho, corrió la especie de que, siendo niño, su Madre le habia maldecido. Las raras circunstancias de su fuga y aparicion daban algun fundamento, á semejantes aprensiones, hijas de la sencillez del vulgo y de su propen-

sion á lo maravilloso. Despojábanlas, empero, de toda verosimilitud, la bondad y mansedumbre notorias de María del Casar.

Al lado de ésta pasó el Vega los siguientes nueve años, en tal estado de impasibilidad que nada le inmutaba, nada hablaba y á ninguna pregunta respondia, emitiendo únicamente y sin propósito las voces, *tabaco, pan, vino*, y ejecutando como un autómatas cuanto le mandaban y antes de su desaparicion sabia. No solicitaba alimento, ni calzado, ni vestido; pero si le daban de comer comia, si le presentaban ropa se la ponía. Iba á la iglesia si otros lo hacian ó se lo insinuaban; mas en el templo no se fijaba en nada, ni prestaba atencion alguna á la misa y demás funciones eclesiásticas.

En una ocasion, entre otras, que cierto caballero de *Liérganes*, llamado D. Pedro del Guero, le envió á Santander con carta para D. Juan de Olivares, á cuyo efecto le era preciso atravesar la ría que tiene más de una legua de ancho, embarcando en el sitio de Pedreña, como no encontrase allí la lancha, arrojóse al agua y, nadando, arribó al muelle de Santander, donde muchos le vieron salir todo mojado. Preguntándole el señor Olivares, que cómo la esquila estaba tan húmeda, nada contestó, y recibida la respuesta, volvió á *Liérganes* y la entregó al Sr. del Guero con su acostumbrada puntualidad.

Así, mudo para hablar, inanimado para discurrir y animado para obedecer (de donde se infirió que habia perdido la parte intelectual, quedándole solamente la instintiva) se mantuvo en casa de su madre hasta el año de 1787, en que otra vez desapareció para no tornar, ni saberse jamás su paradero.

Verdaderamente es lastimoso, dice el P. Feijóo, que nuestro nadante hombre perudiese el uso de la razon, no solo mirándolo como fatalidad suya, mas tambien como pérdida nuestra y de todos los curiosos; pues si hubiese conservado el juicio y con él la memoria ¡cuántas noticias nos daria como fruto de sus marítimas peregrinaciones! ¡Cuántas cosas, ignoradas hasta ahora de todos los natu-

ralistas, pertenecientes á la errante república de los peces podríamos saber por él! El solo podia haber exactamente averiguado su forma de criar, su modo de vivir, sus pastos, sus transmigraciones, y las guerras ó alianzas de especies distintas. ¡Qué bien explorados tendria los lechos de varios mares, Océano nuevo dentro del mismo Océano, y respecto de innumerables especulaciones filosóficas, fondo sin suelo, ya por las materias que en él nacen, ya por las plantas que en él se juntan, ya por las inmutaciones que en él reciben, ya por las fuentes y rios que en él brotan, ya por las cavernas que absorben las mismas aguas marítimas, para trasladarlas á lugares distantísimos, ya por otras mil no menos interesantes circunstancias!

Pero lo que más de cerca pica la curiosidad y lo que solo por el *hombre-pez* pudiera saberse, es cómo se acomodó tan repentinamente á un género de vida en todo diverso del que en tierra habia tenido; cómo se alimentaba en el mar; si dormía y de qué manera; cuánto tiempo sufría la falta de respiracion y de qué modo esquivaba la voracidad de las bestias marinas.

Sin esto, cuanto acerca de tales extremos cabe decir, redúcese á más ó menos razonables conjeturas. Quien desee enterarse de las tan sábias como ingeniosas que á propósito del *hombre-pez* de *Liérganes*, trae el P. Feijóo, lea el discurso octavo, tomo sexto, de su precioso *Teatro crítico*.

X.

Las Dos Soberanas.

Cuéntase que al comenzar el presente siglo, llegaron un dia ante la Justicia dos jóvenes que iban con el objeto de saber cuál de ellas tenia más derecho á ser proclamada como reina de las almas nobles y protectora de los desvalidos.

Ambas eran bellas y tan semejantes entre sí, que las personas poco observadoras las confundian, y acaso no hubieran sabido distinguirlas. Sin embargo, miradas con detenimiento se advertia que mediaba entre ellas bastante diferencia, principalmente en el aire, siendo tímido y modesto el de la

una y arrogante y altivo el de la otra. Vestía la primera una larga túnica de humilde lana, más blanca que la nieve; de igual género y color era el prolongado manto que velaba sus gallardas formas, cubriendo tambien su graciosa cabeza, en la que no aparecia ni el menor adorno. La única insignia que ostentaba cual magnífica joya, era una cruz de madera que oprimía con su diestro brazo y sostenia en su hombro.

La segunda vestía de un modo enteramente distinto; su traje era de tisú de oro, su manto de escarlata forrado de piel de armiño, y en sus brazos, cuello y cabeza ostentaba las más deslumbrantes joyas. En las manos llevaba una trompeta de plata, con la cual solía anunciar su presencia por todas partes.

El nombre de la primera era Caridad: el de la segunda Beneficencia. Ambas llegaban conducidas por la Verdad.

La Verdad es una hermosa y digna matrona, que bajó del cielo y vive entre los hombres, por más que lo contrario se diga, y por donde quiera es contemplada con respeto, aun por aquellos que más afectan despreciarla.

Esta, encargada de hacer valer los derechos de las jóvenes, dijo apenas se halló en presencia de la Justicia:

—Hé aquí, noble, severa y pederosa deidad: hé aquí dos hermosas doncellas, una de las cuales está llamada á reinar entre las almas nobles en el siglo presente. Si tan bellas, si tan dignas son ambas, ¿á cuál deberemos elegir?

Inclinóse la Justicia á contemplarlas y dijo, hallando que en efecto tan gallarda y apacible era la una como la otra:

—No solo su presencia debe cautivarnos; sepamos cuáles son sus obras; ellas nos decidirán y nuestra eleccion será justa.

Acércate, casta y modesta Caridad, ¿cuál es tu mision en la tierra? ¿cuáles son tus acciones?

Aproximóse la Caridad con lento paso, alzó la frente, más inclinóla de nuevo ruborizada: abrió sus lábios para hablar, pero contemplando que tenia que hacer la apología de sí misma, heláronse sus palabras y enmudeció. Acostumbrada la Caridad á ocuparse solo del bien de los demás, pocas veces ó ninguna lo hace de sí misma; uno de los encantos que más la avaloran es la modestia.

Habló entónces la Verdad por ella, exclamando con su seguro acento:

—Esta hermosa doncella ejerce las obras de misericordia, favorece sin cesar á los in-

felices, y lo hace de tal modo, que su mano siniestra ignora los beneficios que fecunda y pródiga derrama su diestra. Además ni se ensoberbece, ni piensa mal del prójimo: á los presentes halaga, defiende á los ausentes. En ella se vé la cifra de todas las virtudes, y para comprender lo que es, basta decir que descendió del cielo, que de Dios emana, y que Dios mismo es caridad.

La Justicia contempló con benévola sonrisa á la tímida jóven, dirigiendo á continuación una mirada á la Beneficencia, como estimulándola á que hablase. Esta no aguardó á que la Verdad lo hiciese por ella: acercóse firme y magestuosa, exclamando con acento seguro:

—Augusta matrona, mis hechos deben ser bien conocidos, puesto que la Fama los publica por todo el orbe; más si deseas que los repita, diré que practico las mismas obras que la Caridad, y que voy más adelante, pues busco sin cesar medios para que nunca falten auxilios á los necesitados. Al sonido de esta mágica bocina convoco á los más nobles séres, que guiados por mí se levantan y hacen frente á cuantas desgracias se presentan, ahuyentando sin cesar la desnudez y el hambre de la mansion de los menesterosos. ¿Qué más se puede hacer en el mundo?

Absorta y muda quedó la Justicia, más en breve murmuró atrayendo hácia sí á las dos contendientes.

—Aun me queda otro recurso para conocer cuál de vosotras dos es más digna.

Diciendo así tocólas con su vara, adquiriendo momentáneamente el pecho de las dos tal transparencia que en el centro distinguíanse sus corazones tan patentemente como pudiera verse una flor dentro del más terso y limpio vaso de cristal.

El corazón de la Caridad era de oro coronado de llamas, y en él aparecía grabada con caracteres de fuego esta palabra: *Amor*.

El de la Beneficencia era de hierro y decia con letras de bronce: *Orgullo*.

¿Y pude, exclamó la Justicia, y pude dudar entre las dos? Ven, Caridad, casta doncella, hija del cielo, ven á mi diestra; ven, que tú, sola tú que todo lo haces inspirada por la llama del más puro amor, eres la que debe reinar en la tierra. ¿Qué te detiene? Tus derechos son indisputables, y al punto serás proclamada por la Verdad y por mí Reina del mundo.

La Caridad sintió subir á su semblante, que se coloró instantáneamente, una chispa del fuego divino que ardía en su corazón: sus ojos brillaron de un modo extraordina-

rio: con un movimiento que no fué dueña de reprimir, arrojóse ante la Justicia, y abandonando su natural timidez, exclamó con palabras tanto más vehementes, cuanto menos premeditadas eran:

—¡Oh suprema deidad! oh soberana matrona! ¿Qué dices? ¿Qué ordenas? Revoca, revoca tu mandato en bien de la humanidad! Cada siglo tiene sus tendencias y sus aspiraciones: en el que hoy comienza se alzará el lujo triunfante y respetado, se deseará en todas las cosas deslumbradoras apariencias, y con estas ideas ¿cómo mi voz podrá ser atendida? ¿cómo será posible afirmar mi reinado? Los que ceden á la influencia de su tiempo me contemplarán con soberbio desden: acaso hasta los más sensatos y buenos no podrán menos de calificar mi humilde apariencia y modesto atavío como de anacronismo: los mismos necesitados no escucharán mi voz, ni recibirán mis dones con el afecto y entusiasmo que si me presentase á ellos vestida de oro y cubierta de diamantes. Revoca, pues, oh Justicia, tu decreto: entre la Beneficencia á reinar en mi lugar; ella sabrá mejor que yo responder á las inclinaciones del siglo, y esparcir beneficios segun las exigencias de la época. Si mis consejos necesita, yo la inspiraré en secreto; si desea ir por mí autorizada, le prestaré mi manto.

Diciendo así, desciñóse la casta jóven colocándolo en los hombros de la Beneficencia, que apareció mucho más hermosa bajo aquel cándido y misterioso velo.

—Pues tú lo quieres, sea, oh dulce, oh tímida vírgen, hija del cielo, murmuró la Justicia.

Y fué en efecto. La Beneficencia reina desde entonces en el mundo; aunque adornada de brillantes joyas, preséntase siempre cubierta con el manto de la Caridad. Siguiendo en todo la marcha del siglo, anuncia y publica sus obras á son de trompeta, convoca reuniones, crea juntas y sociedades en bien del desvalido, pregona certámenes para premiar acciones virtuosas, y cediendo á las generales exigencias, alista bajo espléndido y lujoso estandarte á todo el que desea ejecutar las obras de misericordia, haciendo patentes sus nombres para estimular á los demás. Sagaz é ingeniosa atrae á su alrededor á las distinguidas y bellas damas, aprovechando en bien de los pobres tanto los nobles y generosos sentimientos y la ternura y compasion de unas, como la nécia vanidad que mueve á otras. Ella comprende que estas distintas aspiraciones, estas encontradas ideas pueden ofrecer el

mismo resultado, y no las desatiende; las acata puesto que redundan en beneficio de los menesterosos. Vése, en fin, que apesar del culto que sin cesar rinde al lujo y de su constante anhelo de mostrar deslumbradoras apariencias, como su tema es el bien, todas sus acciones son siempre nobles y buenas. Por ella reinan el aseo, la abundancia y aun las más exquisitas comodidades en esas mansiones espaciosas donde el huérfano desvalido y el enfermo necesitado hallan apacible acogida. Bajo su influencia preséntase pocas veces en toda su descarnada desnudez la miseria en la choza del mendigo; ella sabe rechazarla, al mismo tiempo que se halla dispuesta siempre á hacer frente y vencer á la multitud de calamidades que las epidemias, el hambre ó las guerras pueden lanzar sobre los desdichados pueblos.

La Caridad entre tanto no ha huido de la tierra; pero lejos del tumulto del gran mundo, se complace en buscar su morada en los corazones más humildes y sencillos, desde donde admira y bendice á la Beneficencia, alentándola á veces en sus obras, muchas de las cuales son debidas á sus santas inspiraciones.

ENRIQUETA MADDOZ DE ALIANA.

Sevilla.

El Bergantin Caritá.

(HISTÓRICO.)

Hombres hay que, por su carrora y particulares circunstancias, tienen mas ocasion que otros para ver las miserias y desgracias de la humanidad: tales son el médico y el sacerdote. De la misma suerte existen ciudades que, por su posicion topográfica y otras causas diversas, parecen designadas por la naturaleza para ser testigos de grandes tribulaciones, de dolorosos acontecimientos. A este número pertenecen las poblaciones marítimas y entre ellas Cádiz. Centinela avanzada de Europa en los mares del Mediodia, centro en otro tiempo de la contratacion y riquezas del antiguo y Nuevo Mundo, duerme hoy envuelta en los restos de su dorado manto, como si quisiera olvidar las memorias de su pasada grandeza para no tener la pena de compararla con su decadencia presente. Retrátala en su desnuda espalda el mar, antes cubierto

de naves, y con arrullos monótonos parece que intenta conservar su sueño.

Pero sucede á veces que ese mismo Océano engruesa sus olas y ruge con voz potente, combate sus muros con la fuerza de un ariete y la salpica con la espuma de su rabia. Estalla el trueno y los desencadenados vientos amontonan siniestras nubes en un cielo amenazador y pavoroso. No es extraño entonces que los habitantes de Cádiz alcancen á distinguir desde los baluartes ó desde sus altas azoteas algun buque zozobrante, vagando con rumbo incierto entre la bruma y pidiendo auxilio con la quejumbrosa voz de sus cañones. A veces ¡doloroso espectáculo! arrebatado por los enfurecidos elementos, salva la avanzada de enormes rocas que cual un segundo cinturón de piedra rodea la ciudad para venir á estrellarse contra la muralla, coronada de infinito número de personas llenas de compasion hácia los náufragos; pero impotentes para prestarles ningun socorro. Allí el viento furioso, el mar lleno de abismos, el bajel que cruje y se abre, la inevitable muerte que llega en el vigor de la salud, tal vez en la primavera de la existencia..... aquí, á pocas brazas, la tierra firme, la salvacion y la vida. La vida, que tanto resplandece á nuestros ojos cuando ya se vá y no podemos detenerla; esa vida tan dulce para la esposa, tan necesaria para los hijos! Y con todo, la nave se estrella, su costado se abre, la muerte entra á grandes oleadas, pálidos rostros de erizados cabellos se vuelven hácia todos los puntos del horizonte, cien brazos se levantan suplicando ó amenazando á un cielo inflexible; hay un grito último y espantoso, y despues..... nada. Ese ronco murmullo es de la ola que canta su triunfo. Al dia siguiente se ven tablones, cuerdas y trozos de mástiles en la playa: tambien algunos cadáveres, traídos y llevados por la marea, ruedan sobre la arena. ¿Quiénes son? De algunos se ignora; el Océano ha desfigurado sus semblantes; ha robado á sus victimas la vida y el nombre.

Duros temporales dieron principio en Cádiz el año de 1867: dia hubo de no poder entrar ni salir buque alguno en el puerto: á veces con espantosa volubili-

dad recorria el viento en pocas horas todos los puntos del cuadrante: á veces se precipitaba con furia ó calmaba de repente; pero siempre manifestaba el cielo un aspecto sombrío y turbulento, y el oleaje era grueso y profundo. Una inquietud afanosa agitaba al comerciante que esperaba sus mercaderías: muchas madres y esposas de marinos lloraban y rezaban: no habia azotea sin anteojo: desde todas partes se registraba el horizonte como para arrancar á la tempestad su terrible secreto. ¡Lado sea Dios! Esta vez los elementos lucharon con el hombre: pero el hombre no fué vencido.

El 17 de Enero llegó á la vista del puerto un bergantín-goleta. Era austriaco: habia tocado en Cardiff quince dias antes y llegaba á consignar aquí su cargamento. No parecia maltratado: su gallarda arboladura, inclinada hácia la popa, traia recogido casi todo el velámen, y, sin embargo, se deslizaba con grande rapidéz. Llamábase *Caritá*, y lo tripulaban once hombres. Su capitán, conociendo el inminente peligro, dudaba entre tomar la embocadura del puerto, ó lanzarse á correr el temporal en alta mar para librarse de los escollos vecinos que, golpeados con terrible estruendo é inmóviles ante el frenesí de la naturaleza, ofrecian un aspecto amenazante. Yá no era tiempo de deliberar: levantóse un viento huracanado: la retirada se hizo imposible: ó entrar en el canal y ganar el puerto, ó perecer estrellado contra las rocas. Así, aunque aquel dia no habia podido salir práctico alguno, el *Caritá* hizo rumbo hácia la bahía. Tal vez hubiera conseguido anclar en ella, si un irresistible golpe de mar no le hubiese roto el timon, y arrojado hácia la costa del Sur, haciéndole penetrar en los peñascos arrecifes que por aquella parte se extienden á larga distancia, unas veces ocultos bajo la ola, otras veces presentando sus pardas frentes coronadas de espuma, y siempre aguardando al navegante para devorarlo como el tigre á su presa. Escapar de aquella posicion era imposible, aun con próspero tiempo: continuar en ella era imposible tambien: se hubiera despedazado el buque. Esperar socorro en tales circunstancias, parecia

un delirio aun á los mismos tripulantes: por más que la consoladora esperanza sea la última luz que ven los ojos del hombre, esa esperanza misma se presentaba entónces como un sueño vago y lejano, como una quimera irrealizable, puesta frente á frente de la horrible verdad: y la verdad era un cielo tempestuoso y un Océano turbulento. ¿Qué barco podia socorrerles? Siendo de mediano porte, no lograria penetrar en aquel laberinto de rocas: para conseguirlo, seria necesario un bote de vela triangular, una de esas pequeñas barcas pescadoras donde ciertos hombres intrépidos juegan diariamente su vida por un puñado de cobre. Pero en este dia espantoso ninguno seria tan temerario que abandonase el abrigo del puerto: muchos valientes, encanecidos en largas navegaciones, juzgaban que el hacerlo era suicidarse inútilmente: la tempestad tenia yá su presa, y el intentar disputársela, seria tanto como proporcionarle nuevas victimas. La poblacion de Cádiz, aglomerada en las azoteas y murallas, esperaba y temia por momentos el naufragio y la muerte de aquellos desgraciados.

Entretanto, no pudiendo el bergantín *Caritá* salir de las rocas que lo cercaban, habia recogido sus velas, así como un pájaro herido pliega tristemente sus alas; y para no ser destrozado en aquel arreeife, se aferró en sus anclas, que no podrian por largo espacio sostener el tremendo impulso del oleaje. Los tripulantes desfallecidos, sintiendo correr por sus cuerpos el sudor y la lluvia, se recostaron acá y allá sobre cubierta: algunos imploraban al cielo, otros se lamentaban de su desdicha; uno de ellos, agarrado al gobernal del timon ya roto, fumaba en silencio y miraba huir el humo. Yo lo veia todo, puesto junto á la muralla, envuelto en mi capote y calado por la lluvia y el oleaje que llegaba hasta mis piés, y á veces pasaba sobre mi cabeza, inmóvil y tomando parte con mi corazon en todos los accidentes de aquel drama. Al observar que el bergantín calaba sus dos anclas; al pensar que eran ellas como los brazos con que un moribundo aprieta convulsivamente un resto de vida, y que esos brazos no podrian resistir largo

tiempo, el recuerdo de una espantosa lectura de Víctor Hugo vino de golpe á mi imaginacion, hiriéndola como un siniestro relámpago. ¿Os acordais de haber palpitado, teniendo en las manos ese grandioso libro titulado *Nuestra Señora de Paris*, con la pintura de los sufrimientos de aquel sacerdote, de aquel Cláudio Frollo, lanzado fuera de una de las torres de la catedral, agarrado de un saliente del muro y suspendido á doscientos piés sobre el abismo? Sus brazos, cansados de sostener su cuerpo, temblaban con estremecimientos nerviosos; de su calva frente brotaba un sudor de sangre, y le zumbaban los oidos, porque en ellos chocaban los mil rumores de la vida con la fria palabra de la muerte; hasta que desesperado, jadeante, sombrío, se desprendió como un fruto maduro y bajó á deshacerse el cráneo contra las losas del pavimento. Un minuto antes, una cuerda hubiera podido salvarle; un instante despues, ni todos los hombres juntos. Aparecia el bergantín á mis ojos como una reproduccion de tan angustiosa imagen; era más aun: era la imagen misma, engrandecida con la terrible magnitud que el Océano presta á cuanto le pertenece; no estaba aquí un solo hombre pendiente sobre el abismo; sino muchos: no los retenian dos débiles brazos de carne y dos manos crispadas por el espanto de la agonía, sino dos firmes cadenas de hierro, cuyas anclas se hincaban tenazmente en un fondo de roca; pero la tempestad podia deshacerlas como un juguete en manos de un niño. Pronto se realizaron estos temores: una de las cadenas estalló y comenzó el buque á girar en torno de su única amarra; y esto era al oscurecer de una tarde de invierno, cuando ya las sombras iban espesándose, el temporal no cedia y principiaba una eterna noche.

Con los mejores anteojos solo se divisaba ya un punto negro: poco despues y en el mismo sitio, una luz rojiza temblaba entre las tinieblas, como diciendo que aun habia allí criaturas humanas que vivieran, si es que puede llamarse vida la lucha en la sombra junto á un sepulcro abierto adonde os arrastra un poder irresistible.

Si no me hubiera limitado á trazar en breves rasgos un cuadro puramente histórico del suceso, abriria capítulo aparte para contaros los padecimientos de aquella noche sin esperanza y sin sueño, bajo aquel cielo sin estrellas y sobre aquel abismo sin piedad. Porque morir á la luz del sol y en el colmo de los dias, es caer como las hojas del otoño en brazos de la naturaleza; es llegar al término de la jornada y dormirse como un viajero que descansa; pero fallecer entre tinieblas, en la fuerza de la virilidad, no porque se ha gastado la existencia, sino porque nos la roba como un bandolero una causa más poderosa que nosotros; sentir y conocer que hemos luchado brazo á brazo con esfuerzo de gigante para servir de juguete y despojo á nuestro enemigo; que hemos triunfado de mil y mil olas para ser envueltos y sepultados por la última yá junto á la playa, cosa es tan triste y amarga, que agitando violentamente el ánimo, hace espirar al hombre con la inútil desesperacion de un réprobo, ó con la sublime tranquilidad de un héroe. No sé cuál de ambas cosas predominaba en la tripulacion del bergantín austriaco; la noche era muy negra y la tempestad muy resonante: solo Dios pudo ver la palidez y las lágrimas y escuchar las imprecaciones ó las súplicas: para los demás el buque era solo una luz que á intervalos brillaba, y unos hombres que tal vez al amanecer ya no existirian.

Frente al mar del Sur hay una larga hilera de humildes casas, que se extiende desde el ángulo inmediato al presidio hasta mas allá de los muros zagueros de la catedral; por los balcones, ventanas y azoteas de todas estas viviendas se divisa el Océano sin límites, y á una distancia tan corta, que siempre parece hablarlas con rumor perpétuo y á veces las salpica con la espuma de su rábia. Habitan este barrio en su mayor parte familias de pescadores y marineros, que conservan cariñosamente en el hogar el sitio vacía del padre, del esposo, del hermano lanzados por distintos climas á las caprichosas agitaciones de la ola; familias que temen la nube y la tempestad como uno amenaza, que sonríen al viento favora-

ble y tiemblan con los huracanes á la llegada del invierno; y siempre al cruzar por delante de la ventana, al asomarse al balcon, al subir á la azotea, echan una mirada indagadora al movable horizonte de las aguas por si alcanzan á divisar alguna blanca vela, ó la columna ondulante de humo de algun vapor: y suspiran contemplando la inmensidad desierta del Océano, ó palpitan de esperanza al llegar al puerto algun buque, porque en él puede venir quien ocupe un lugar querido en la casa, un vacío en el corazón. Estas familias son religiosas: generalmente suele serlo el que teme ó el que espera: porque es Dios escudo contra el temor y manantial de toda esperanza. Ninguna de ellas pudo tranquilamente dormir en esta larga noche: encendieron lámparas de aceite bendito ante las imágenes de Jesus y María y de los santos patronos de los navegantes, hicieron piadosas promesas y rezaron largas horas de rodillas. ¿Por quién eran los rezos y las ofrendas? Por unos extranjeros desconocidos, hijos de una tierra muy distante, á quienes nunca habian visto; pero que eran hombres y padecian, y esto bastaba.

El sufrimiento y la religion, son vínculos sagrados que enlazan los corazones y no preguntan patria, edad, ni estado, para inspirar la piedad y aun el heroísmo del sacrificio. Dios padeció por todos y por todos vertió su sangre, sin distinguir entre amigos y enemigos, entre discípulos y sayones, ni comarcas y extranjeros. Muchas plegárias subieron al cielo aquella noche, muchas mejillas se humedecieron con llanto. Las mústias luces que brillaban tras de los vidrios de aquellas habitaciones, parecian otros tantos ojos contemplando con pena al bergantín á través de las tinieblas: cada rugido del viento, cada grito de la ola, estremecian á los que velaban y rezaban, creyendo escuchar las voces lastimeras de los náufragos y el crujido de la madera al romperse contra las peñas; mientras que los tripulantes juzgaban tal vez estos ruidos como la amenaza final del abismo, ó ecos de la eternidad flotando entre la bruma, ó esos extraños gemidos y lamentos que dicen solo se escuchan en

la última hora, cual si fueran el rumor que hace con sus alas el ángel de la muerte.

Amaneció por fin: una pálida cinta luminosa fué extendiéndose por el horizonte; las nieblas flotaron en grandes masas arrolladas hácia el poniente, un solo y descolorido rayo de sol tembló un momento sobre las aguas, volvió á esparcirse la bruma y el dia quedó como envuelto en un sudario blanquecino y frio. No habia cedido el temporal; pero el bergantín aun estaba allí, girando alrededor de su única ancla, medio destrozado y á por tan prolongada lucha, con sus mástiles tronchados y próximo á sumergirse. Poco despues aclaró el dia: no quedaba tiempo que perder: ¿perecerian aquellos hombres, sin que siquiera hubiese el consuelo de haber intentado salvarlos? Dos prácticos aparejaron sus botes y emprendieron la peligrosa travesía: millares de personas los miraban con anhelante solicitud adelantarse pausadamente cruzando la bahía; pero al doblar la aguda punta de San Felipe, los vieron de repente azotados, arrollados y envueltos por violentas ráfagas y montañas de olas, apareciendo y desapareciendo á largos intervalos sin querer volver atrás, sin poder avanzar una sola línea, prolongando la lucha hasta que ya sin fuerzas, rechazados y vencidos por un poder superior, volvieron al puerto, ataron en silencio sus botes al muelle y pusieron en Dios únicamente su esperanza. Dos vapores pescadores que con el mismo objeto habian levado anclas, volvieron tambien de igual modo, y la completa pérdida del bergantín y su tripulacion fué considerada como inevitable.

Pero, entre tanto, un hombre de ánimo intrépido y dotado de esa caridad activa que no se contenta con deplorar las desgracias, sino que aspira á remediarlas por todos los medios imaginables, pensaba en socorrer á los náufragos y determinaba en su interior perder la vida, ó traerlos á tierra libres y salvos á despecho de los elementos. Era patron de la barca pescadora llamada *San Genaro*: su nombre Cayetano Ricar, y por diminutivo familiar el Tano: aspecto rudo y corazón bondadoso, pronto en re-

solver y ejecutar, y el más apropósito para afrontar y concluir tan aventurada empresa. Habló con don Manuel Quintana, dueño de la barca, pidiéndole su permiso para el heroico arrojito que intentaba, y obtuvo esta contestacion:— "Si tú arriesgas la vida por salvar la de esos hombres ¿no he de arriesgar yo un poco de oro? Anda, vé y que Dios te ayude." Un momento despues, Ricar pedia licencia para salir al capitan del puerto: se le concede, y en seguida convoca á sus compañeros; los junta en el muelle y con los ojos radiantes de valor y el acento de una resolucion incontrastable les dice:—Amigos, se trata de salvar á esa gente, ó de ahogarse: yo no volveré á pisar esta tierra, sino trayéndolos á todos: el que quiera, que me siga: el que tenga miedo, que se vaya." Ninguno se fué, ni vaciló siquiera: todos le siguieron. Apenas pasó á bordo el último de sus hombres, un marinero desconocido saltó tambien dentro de la barca. Ricar le dijo:—¿tú quién eres? ¿A qué vienes aquí?— "Soy un marinero de la guerra del Pacífico, tengo licencia ahora, y voy con ustedes por gusto." Mientras esto se decia y se preparaban las velas y revisaban las jarcias y remos, un muchacho que formaba parte de la tripulacion como cocinero y grumete, porfiaba por entrar en el *San Genaro*, respondiendo á los compañeros que por su tierna edad se lo impedian:— "Soy de la barca, y voy á donde vaya, y no me creo menos que los demás." Y pasando á bordo con la ligereza de una ardilla, se agarró á una cuerda, y ni súplicas, ni reflexiones pudieron atemorizar la grande alma de aquel niño, ni hacerla vacilar un punto en su intrépida resolucion.

Las once de la mañana serian cuando el *San Genaro*, apartándose del muelle, desplegó la vela al viento y con la velocidad de un pájaro marino comenzó á cruzar la bahía. Cayetano con la diestra en el timon, la vista en el horizonte y la serenidad en su frente, dirigía el rumbo de la nave. Hizola adelantarse hácia la frontera playa del Puerto de Santa María, mandó tomar rizos para precaver las fuertes ráfagas, y virando á estribor dobló osadamente la punta de San Felipe,

encontrándose en plena tempestad. Hubo entonces momentos de una duda angustiosa entre el inmenso número de espectadores: ¿podría tan frágil buque resistir los terribles embates del viento y de las olas? Y caso de que los resistiese, ¿cómo penetraría en el peñascoso arrecife donde se estaba destrozando el *Caritá*? ¿No era esta una empresa temeraria é imposible, una especie de suicidio á que marchaban aquellos hombres, alentados por su grande ánimo y compasivo corazón? ¿No habian vuelto atrás la proa cuantos intentaron salvar á los náufragos? Dos vapores no habian retrocedido? Y cuenta, que el barco de vapor lleva en sí una especie de vida propia, una fuerza poderosa para combatir y vencer la fuerza de los elementos; que sin desplegar velámen avanza como el rayo, vá y viene á su voluntad, palpita como un monstruo vivo, y deja, como huellas de su paso independiente y magestuoso, un surco blanco en las aguas y un surco negro en el cielo.

Tales reflexiones sugerian la atrevida resolucion de Ricar y la marcha del *San Genaro*, conmoviendo profundamente á cuantos le acompañaban con los ojos desde los muros y azoteas; pero aquella frágil barca ya balanceándose en la alta punta de las olas, ya desapareciendo en los espumosos valles de las aguas y volviendo á aparecer como una mojada gaviota, seguia tenazmente su rumbo, con el viento de proa, con la mar gruesa y alborotada, ayudándose unas veces del remo, otras de la vela, mas avanzando siempre hácia el bergantín austriaco y siempre llevando consigo la admiracion y bendiciones de los gaditanos. De pronto sobrevino una gran lluvia: la barca pescadora donde Ricar llevaba á los náufragos la salvacion y la vida se ocultó por completo en la cerrazon del horizonte, y la más angustiosa incertidumbre se apoderó de todos los ánimos. La muchedumbre de espectadores sufría inmóvil el copioso aguacero: los anteojos continuaban tenazmente registrando la alborotada extension de las aguas, y el que distinguia ó se figuraba distinguir algun pormenor de aquel verdadero drama, comunicaba en alta voz sus obser-

vaciones: ya decia uno:

—Veo el *San Genaro* como un punto negro al Oeste... no avanza una línea... ha perdido la vela.

Ya exclamaba otro, despues de una breve páusa:—Esto es tirar la vida... sin provecho de nadie... ya lo veo... no puede... se vuelve... ¡ah Tano valiente! No se vuelve; mas... si... ¿quién demonio resiste á un temporal como este?

—Pues yo le digo á usted, señorito, respondió un hombre canoso y de tez bronceada, que alcanzo más con mis mismos ojos, que usted con ese lente de á vara; y que no se vuelve, aunque se ahogue veinticuero veces; porque yo le conozco, y en diciendo una cosa, es más firme que una muralla. Ah! por vida de... mal rayo... vamos... quizá sean mis ojos... pero ya no lo veo.

Como lo sublime suele ir mezclado con lo burlesco, en las situaciones más solemnes y trágicas no falta quien tenga el triste privilegio de promover la risa con sus extravagancias. Hé aquí á un individuo de larga melena, largo cuello y zancas largas, que como una bala llega á la carrera desalentado y jadeante, y poniendo en movimiento sus descarnadas rodillas y afilados codos, derriba á unos, pasa sobre otros, á todos molesta, se abre camino hasta la muralla, y allí, con voz ronca y débil que no alcanza á treinta pasos, comienza á gritar con tono de mando las más disparatadas maniobras que pudo sugerirle su ignorancia:—¡Ah, del *San Genaro*! Atención! ¡Garrea y trinca! ¡Orza á babor! ¡Vira en redondo y riza el pitifoque! ¡Alíja y atraea!

—No tiene usted mal atraque; respondian algunos.—¡Que lo lleven á la casa de locos!—Se conoce que su mercé entiende la navegacion. Ha sido usted almirante, mi amo?—¡Valiente pescuezo! Si parece una sogá!—¿Qué dices tú, Manolillo?—Que si lo alarga, puede su mercé estar en Cadiz y comer en la Isla.—Hombre, más valía que se ahogara usted, que no esa gente.—¡Fuera! ¡Fuera!... Y los gritos crecian.

De pronto cesó la lluvia y pudo verse de nuevo el *San Genaro*: todas las miradas volvieron á fijarse en él, y quedó

terminada esta escena ridícula, episodio de un drama terrible. Miré el reloj y era la una de la tarde. Llevaban Ricar y su tripulacion dos horas de porfiada lucha desde que abandonaron la bahía; dos horas, ó más bien dos eternidades para los náufragos, que, asidos á la obra muerta de estribor, contemplaban con asombro la furia de los elementos y la impávida energía de sus salvadores, temiendo por instantes verlos sucumbir en su heroica empresa, ó que, asustados de su misma temeridad, buscasen el abrigo del puerto. Cada vez que el timon hacia virar la barca pescadora, torciendo su rumbo para esquivar la fuerza de las ráfagas, creian llegado el momento de la retirada, y al juzgarse abandonados á los furios del abismo, sentian correr á lo largo de sus miembros los frios estremecimientos de la muerte. Y no porque fuesen cobardes; que eran hombres curtidos por las borrascas y bronceados por los soles de distintas zonas: seguros de su próximo fin, hubieran sabido aguardarlo con la impasibilidad estoica del marino; pero esa alternativa incesante de esperanza y desaliento, ese vaiven penoso de júbilo y terrores, esa vida que huye y vuelve, y torna á huir en seguida, tal vez para siempre... son como un ariete formidable capaz de quebrantar la firmeza del mas animoso pecho. Los mismos espectadores sentian cruelmente las angustias de tamaña incertidumbre: muchos rostros ya se coloraban, y á palidecian: muchos ojos de compasivas mujeres derramaban lágrimas, tan pronto nacidas de la pena como del entusiasmo. Porque nadie fué insensible aquel dia grande: si acaso hubo alguno indiferente al heroismo y á la desgracia, debió de llorar-se por él como si hubiera muerto.

Una vez se creyó perdido todo. El *San Genaro* viró á babor, alejándose á un tiempo del puerto y de los náufragos y haciendo rumbo mar á dentro. Ya no habia duda: se creyó que, conociendo Ricar la imposibilidad de su socorro y el peligro de volver á guarecerse en la bahía, determinaba correr el temporal durante algunas horas, esperando una ocasion propicia para salvarse, ya que no

podia salvar á aquellos desconocidos extranjeros por quienes afrontaba tan inminentes peligros. Se vió al falucho avanzar hundiéndose entre la niebla que todavía flotaba acá y allá en grandes masas. Un relámpago fulguró en el horizonte, y en el prolongado trueno que retumbó en seguida, pareció gritar desde lo alto una voz terrible: "ya se acabó toda esperanza." Mas no fué así; antes bien como suele el águila encumbrar su vuelo á una pasmosa elevacion para caer en seguida sobre su presa con el ímpetu del rayo, el ligero buque de Ricar se alejó para tomar espacio y viento, y enderezando otra vez su rumbo hacia el arrecife donde el *Caritá* se despedazaba, voló á él como una flecha con la hinchada vela casi tendida sobre las aguas que hervian y se alzaban rugiendo ante la inflexible proa. Semejante rasgo de audacia asombró á todos: el drama volvió á reanudarse: cada espectador permaneció inmóvil: el silencio era profundo, y solamente lo interrumpia el oleage al chocar contra la muralla, esparciendo por los aires blancas sábanas de espuma.

Entretanto, el *San Genaro* avanzaba rápidamente y en línea recta: á cada instante se divisaba mejor, y á poco se notó con sorpresa que conservaba intactas sus jarcias y velas, á pesar de tan prolongada lucha: sus hombres vigilaban cada cuál en su puesto y Ricar empuñaba con mano firme la caña del timon: ya se acercan, se acercan y casi tocan las peñas del arrecife. Mas ¿cómo penetrar en su seno? ¿cómo salvar aquel muro de rocas verdinegras, y á ocultas bajo las aguas, y á asomando sus frentes por donde chorrea la espuma y en que la mirada se fija con asombro? De repente una gruesa ola se levanta á lo lejos; avanza rodando como un monte que desquiciara el huracan, y amenaza destrozar cuanto se oponga á su carrera. Ricar la vé, la aguarda y se abandona intrépidamente á ella: un instante despues ya está en el arrecife. Vése á los tripulantes del *Caritá* correr de un lado á otro sobre cubierta; seguros del socorro y confiando ya en su salvacion, recogen lo más precioso que pue-

den llevar consigo; algunos lloran al echar una rápida ojeada al retrato de la madre, de los pequeños hijos ó de la ausente esposa y ocúltanlos en su pecho; otros dan voces de júbilo, y todos se preparan á huir de aquellas frágiles tablas que crujen sobre el abismo y pronto acá y allá dispersas flotarán como tristes cadáveres. El trasbordo se verifica precipitadamente: no hay tiempo que gastar; abandonarlo todo, perderlo todo, con tal de salvar la vida, porque un solo minuto de tardanza puede ser funesto. Unos se deslizan ágiles por cuerdas; otros, más temerosos é impacientes, se arrojan de golpe por el portalon de estribor á riesgo de caer en las olas ó de romperse un miembro: los intrépidos salvadores los recogen, y una ráfaga violenta separa del bergantin medio deshecho al *San Genaro*, lanzándolo fuera de los escollos. ¿Qué falta yá para coronar tan heroica empresa? Únicamente entrar en el puerto, lo cuál no es difícil, pues por fortuna acaba de cambiar el viento; es más favorable para volver, y antes de una hora podrán los náufragos besar la hospitalaria tierra y aferrarse de nuevo á la vida que yá se les escapaba. ¡La vida! Si tal encanto ofreció al criminal á quien alejan del verdugo para sepultarle en perpétuo encierro, ¿cuáles no tendrá para el hombre que recobra la plenitud de su existencia, el aire y el sol, el tiempo y el espacio?

Peró ¡ay! no todos los náufragos vuelven yá en la barca salvadora; falta uno, el capitan Bonavich, que detenido en recoger documentos y papeles, se ha quedado á bordo de su destrozado buque, y se oyen sus roncadas voces clamando auxilio y se le distingue corriendo sobre cubierta y agitando sus brazos con desesperacion. ¿Será tal vez la única víctima, ó de nuevo jugarán sus vidas muchos hombres por salvar la de uno solo? Temerario parece semejante propósito; sobre todo, á los mismos austriacos, y algunos de ellos opinan por huir este último peligro, abandonando al capitan á su desgraciada suerte. Mas Ricar ha dicho á sus animosos compañeros antes de alejarse del muelle, que volve-

rian todos ó ninguno; y fiel á su palabra, tuerce el timon, hace virar el *San Genaro*, vence el peligro, recoge al capitán, añade un nuevo timbre á su caridad y valor, y desplegando todas las velas, rápido como el pensamiento, entra en la canal vieja y se encaminá á la abrigada bahía.

¡Qué triunfo tan puro y tan sublime! ¡Qué exclamacion de unánime apláuso atronó entonces los aires, brotando de todos los corazones! No quedó espectador que no corriera precipitadamente al muelle para saludar, para estrechar la honrada mano y colmar de bendiciones á aquellos modestos héroes: el espacio que media entre la puerta del Mar y el extremo avanzado del desembarcadero se cubrió instantáneamente de una muchedumbre alegre y conmovida, así como aquella parte de muralla y los fronteros balcones y azoteas. No siempre el pueblo ha de acudir solícito á las sombrías fiestas del patíbulo; dia llegará en que solo acuda con gusto á las bienhechoras fiestas de la humanidad. Aquel gran dia los que hoy viven y piensan, nosotros, pálidos espectros de lo pasado, nos alegraremos en nuestras tumbas, porque penetrará en ellas el sol de la edad de oro, que no está en la niñez, sino en la virilidad del mundo.

Cuando la aguda vela del *San Genaro* asomó por la punta de San Felipe, un general apláuso y atronadores vivas saludaron de nuevo al valeroso Ricar y á su gente: un sin número de blancos pañuelos ondearon por el aire, y en medio de tan sinceras y entusiastas manifestaciones, salvadores y náufragos llegaron al muelle y fijaron el pié en la segura tierra, dejando tras sí la tempestad y la muerte vencidas en desigual combate. Aun resonaba la una con la voz del viento y el oleaje; aun invisible la otra agitaba los grandes brazos en el vacío, buscando tenazmente á sus víctimas. Ya no las encontrará, porque

así el amor lo ordena;
amor, más poderoso que la muerte:

y la caridad es el amor en toda su magnitud y pureza.

Ricar fué paseado en hombros por la multitud: para él y su animosa gente,

regaló la casa del señor Lopez y compañía doscientos veinte duros; el señor Quintana, dueño de la barca, les dió una abundante comida y toda la poblacion las mayores muestras de aprecio. Algunas personas influyentes solicitaron para el valiente patron algun premio del gobierno, y este le concedió la cruz de beneficencia de segunda clase. Un curioso, amigo de mezclarse en todo, exclamó entonces:—¡Cruz de segunda clase! ¿Para cuándo se guardan las de primera?... (1)

NARCISO CAMPILLO.

GEOGRAFIA.

Cuando un hombre ama á una mujer y no encuentra medio de ponerse en relacion con ella, el hombre representa una isla.

Si encuentra un primo que lo acerque á la ninfa, entonces forma una península.

El primo, que es la porcion de tierra que le une al continente, es el istmo.

Si la jóven tiene una amiga que ha conocido nuestra pasion y la incita á que nos corresponda y nos sonríe y halaga, la amiga, avanzándose en el mar de nuestras ilusiones, es un cabo.

Y si en vez de una amiga es una tia ú otro pariente, persona elevada, entonces es un promontorio.

Si alcanzamos el consentimiento de la mamá, que nos defiende de los huracanes del papá, aquella es un puerto.

Y si no nos defiende, pero se muestra indiferente á que obsequiemos á su hija, entonces es una cala.

Todos aquellos parajes en que podamos hablar á la jóven del abrigo de todo compromiso con los papás, se llama rada, fondeadero ó ensenada.

Cuando nos ponemos en comunicacion con ella por medio de la criada, esta es un estrecho que une dos mares.

(1) *El Noticiero de Cádiz* decia á sus lectores: "Hemos procurado averiguar los nombres del patron y marineros que salvaron la tripulacion del bergantin, y son los siguientes: *Patron*, Cayetano Ricar, conocido por el Tano. *Marineros*, Francisco Martinez, Antonio Carmona, Manuel Ponce, José Quintero, José Sorro, José María Sanchez, Nicolás Martin, Manuel Carmona, Juan Llorea, Juan García Bocanegra y Manuel Rodriguez."

Si la criada no es muy escrupulosa, y si algo ancha de manga, se llama *canal*.

Si no es fácil conquistarla, si no podemos pasar por encima de ella, es un bajo.

Se llama *barra* los obstáculos que se nos oponen hasta llegar á la jóven.

Los conocidos de ambos que secundan nuestros planes, son las corrientes que entran en el mar, y se llaman rios.

La persona á quien confiamos una mision cerca de ella, es la *desembocadura*.

Cuando ella y él se confían mutuamente sus secretos, se llama *confluencia*.

Las personas que se oponen á nuestros planes por medio de chismes y enredos, son *volcanes* que arrojan *cizaña*.

FACUNDO RIVAS.

EL OTOÑO.

Yá con su roja lumbre el sol no quema los tendidos campos, ni del soberbio monte la alta cumbre: yá la dorada espiga el céfiro no mueve, ni halaga blando en los amenos valles cándidos lirios de color de nieve: reina el Otoño. Gigantescas nubes cual funerario velo, cubren de parda sombra la tierra toda y el brillante cielo: el pié discurre por la vasta alfombra de las marchitas hojas, que arrancaron del aquilon furioso los embates cuando los firmes árboles doblaron. El canto dolorido que tórtola cuitada ensaya triste en solitario nido, la fuente que murmura de la selva frondosa en la espesura, suenan, y á su armonía baña el alma feliz melancolía. Llanto de amor el corazon derrama que sus pesares temple, como la lluvia sobre el mar cayendo sus ondas calma y sonoro estruendo.

Tristes aun más que los antiguos saúces que en torno cercan las marmóreas tumbas, son los oscuros dias en que Otoño su faz magestuosa velada ostenta en niebla pavorosa. Mas si fulgido el sol lanza un torrente de clara luz por la region vacía, si luce del ocaso hasta el oriente puro, sereno, esplendoroso el dia, si cual flotante pabellon las nubes mecidas por el viento

ondulan por el limpio firmamento, ¡oh! ¡con cuánto placer miran los ojos la divina belleza

que ostenta la feraz naturaleza! Pámpanos y claveles de colores guirnaldas son para el fecundo otero, sobre la fresca yerba los arroyos deslizan sus raudales bullidores, óyese placentero el ruiseñor trinando, al par que se desprende la cascada de peña en peña rápida saltando. Avara esconde las humildes chozas trepadora, silvestre madre selva, brilla cual esmeralda del corvo cerro la florida espalda, dispersos los ganados y gozosos, sin redes ni pastores, rumian la grama en prados abundosos, y el erguido naranjo que el áura leve oreá su verde y ancha copa balancea. ¡Gala fugaz, del hombre y de sus glorias imagen fiel, retrato verdadero! Llega la dicha y huye y desaparece cual vívido relámpago ligero.

Y tú, fértil llanura, que ahora sin temores apareces vestida de hermosura, pronto, muy pronto del Invierno airado sufrirás el granizo y los rigores; pronto te cubrirá la escarcha fría, y en vez de oír de las pintadas aves el dulce acento y plácida armonía, oirás en vil desmayo el ronco trueno y llameante rayo.

NARCISO CAMPILLO.

Pensamientos y Máximas.

Consuelos humanos.—La vida humana sería insoportable, si el hombre no tuviese la felicidad de creer que cada una de las desgracias que le atormentan ha de ser la última.

Dulzura de carácter.—La dulzura de carácter es la primera virtud de la mujer, y el complemento necesario de todas las virtudes del hombre.

Economía.—La economía debe ser relativa á nuestras riquezas, y de este modo siempre será una virtud, aun en la mayor opulencia.

Disputa.—La disputa es una gimnasia intelectual; por esta causa los entendimientos muy débiles se destruyen en las discusiones.

Guerra.—La guerra, solemnizada por la muerte y engrandecida por el sacrificio, siempre será considerada por ima-

ginaciones poéticas como una bella pro-
textu en contra del exagerado y vulgar
amor á nuestra existencia terrenal.

Poder de los deseos.—Desear es la pri-
mera condicion para conseguir; hasta pa-
ra tener talento es preciso desearlo.

Emulacion.—La emulacion es el tér-
mino medio entre la envidia y el des-
precio del ageno mérito.

Dictadura.—La dictadura solo puede
existir en pueblos débiles ó corrom-
pidos.

Abuso.—Rara vez conoce y casi nunca
confiesa el hombre los abusos de los
cuales le resulta algun beneficio.

Audacia.—En la mayoría de las ocasio-
nes la audacia, para decir la verdad, no
debe reconocer límites ni obstáculos.

Autoridad.—La autoridad ejercida por
los buenos es la justicia, pero ejercida
por los malos solo es la fuerza.

Fastidio.—El fastidio es el castigo de
los caracteres perezosos y de los cora-
zones frios.

Errores.—Conocer nuestros propios
errores es la flor de la sabiduria.

Tiempo.—El hombre recuerda el pa-
sado, espera en el porvenir, rara vez se
ocupa del presente.

Timidez.—La timidez es producida por
el exceso de la modestia ó por el miedo
del orgullo.

Trabajo.—El trabajo es un mal que
produce muchos bienes; al contrario de
la ociosidad, que es un bien que produ-
ce muchos males.

Vida.—La vida es una noche oscura
en que solo se vé un destello de la luz di-
vina; la siempre consoladora esperanza.

Viajes.—Los viajes solo pueden ense-
ñar á los hombres de mucho talento, que
son precisamente los que menos necesi-
dad tienen de enseñanzas.

Ridículo.—Todo lo ridiculiza el hom-
bre, excepto los crímenes; y esto es así
porque los buenos desconocen el arte
de la burla.

Dos ciencias.—La ciencia de saber ca-
llar, es tan difícil como la ciencia de sa-
ber hablar.

Mérito.—Hay hombres que poseen un
mérito admirable; saben elevarse hasta
los más altos puestos del orden social sin
tener ningun mérito.

Política.—Política es la ciencia de go-
bernar los pueblos; y sin embargo, hoy
llaman hombres políticos á los que no
saben lo que es ciencia.

Libre albedrio.—El sentimiento de sus
yerros y los cálculos para el porvenir, son
pruebas de la conciencia que tiene el
hombre de su libre albedrio.

Empleos.—¡Feliz pais aquel donde se
buscan los hombres para los empleos!
¡Desgraciada nacion aquella donde se
busquen los empleos para los hombres!

Agradable.—La humanidad ama más
lo agradable que lo útil, en contra de los
que sostienen que el criterio de utilidad
es la base de todas nuestras acciones.

Vicios.—La hipocresia del vicio, es el
culto que rinden los necios en aras de
su ridícula vanidad.

Mal génio.—Los caracteres débiles son
los más dados á la ira, como los perros
chicos son los más ladradores.

Egoismo.—El egoismo es el más fre-
cuente de los vicios, porque solo consis-
te en una exageracion del amor á sí
mismo, que es ley general en la natura-
leza humana.

Elocuencia.—Emplear la elocuencia pa-
ra investigar la verdad, es como ir ves-
tido de baile para trabajar en una mina.

Elevacion.—En la densa atmósfera de
la ignorancia suben los entendimientos
vacíos, por una causa semejante á la que
hace que los globos se eleven en el aire.

Anarquía y despotismo.—Cuando un
pueblo solo piensa en sus derechos, nace
la anarquía; cuando solo piensa en sus
deberés, aparece el despotismo.

Desgracia inevitable.—Si existiese un
hombre que pudiese realizar todos sus
deseos, hasta el de no hastiarse de esta
felicidad, sería completamente desgra-
ciado con la idea de que necesariamen-
te habia de morir.

Heroismo.—El sacrificio de nuestros le-
gitimos intereses y de nuestros racionales
deseos en aras del bien social, es la ley
del heroismo.

Dios.—Si la existencia de Dios y el mal
forma un misterio insondable para la ra-
zon humana, la existencia de la crea-
cion sin un principio creador es un ab-
surdo inconcebible.

Desinterés.—El hombre interesado fre-
cuentemente se equivoca en sus cálculos,
el desinteresado jamás.

Discernimiento.—La imaginacion for-
ma los poetas, la razon los filósofos; pero
solo el discernimiento forma el sentido
comun, que es aun más raro que los ta-
lentos de primer orden.

Desconocido.—Lo desconocido es el

templo de nuestras esperanzas y el cielo
de nuestra inteligencia.

Prodigalidad.—Pensad en la muerte
para no ser avaros y en las necesidades de
la vida para no ser pródigos.

Imposibilidad física.—A medida que
adelantan las ciencias físico-matemáticas,
se vé que solo hay una imposibilidad fi-
sica.

Los hombres-loros.—Hay muchos hom-
bres cuya ciencia es semejante á la habi-
lidad de los loros, repiten sin compren-
der las palabras y hasta los conceptos que
han oido.

Filosofía.—Discernir lo que podemos
conocer, de lo que necesariamente he-
mos de ignorar siempre, este es el fin
práctico de la verdadera filosofía.

Método histórico.—Inducir de los he-
chos particulares principios generales, y
deducir de los principios generales la ne-
cesidad de la realizacion de los hechos
particulares, tal es el doble método que
debe seguirse en los estudios históricos.

Brevidad de lo humano.—El único con-
suelo verdadero de las desgracias es la
gota de hiel de los placeres, la conside-
racion de la brevedad de todo lo hu-
mano.

Hipocresía.—El hipócrita es el más
corrompido de todos los malos; cono-
ciendo las ventajas temporales de la
virtud, se limita á imitarla.

Comercio.—Exacto como un cálculo
matemático, el comercio es la vida sin
el sentimiento.

Perdon.—Las grandes almas perdonan
por desden, cuando no por bondad.

El Evangelio.—El Evangelio es un li-
bro de caridad, y la locura de los hom-
bres lo ha convertido algunas veces en
un grito de venganza.

Ofensas.—Mas fácilmente perdona el
hombre las calumnias, que una ofensa
bien fundada.

Envilecimiento.—El envilecimiento es
la muerte del alma.

Habladores.—Se dice que el que habla
mucho, mucho yerra; pero muy á me-
nudo, el que mucho calla, mucho ig-
nora.

Felicidad.—Desear con esperanza de
conseguir es el estado de nuestra alma
que más se asemeja á la verdadera feli-
cidad.

Derechos absolutos.—Un solo derecho
absoluto tiene el hombre, sacrificarse
por sus semejantes; que es la renuncia de

odos sus derechos.

La vida humana.—Enfermedades en la
niñez, pasiones amorosas en la juventud,
ambicion en la edad madura, hastío y
desengaños en la vejez, siempre intran-
quilidad y dolor, tal es la vida humana.

El progreso.—La ley del progreso se
traduce en hechos por el progreso de la
ley.

Atributos de Dios.—Infinito, eterno, ab-
soluta; atributos de Dios nunca realiza-
dos sobre la tierra; siempre presentes en
la imaginacion de los mortales por ins-
piracion sobrenatural de la voluntad di-
vina.

Amor á la vida.—El temor á la muerte
es la única explicacion racional del amor
á la vida.

Saber vivir.—Esa frase que hoy se oye
en son de elogio; sabe vivir; significa ge-
neralmente, no tiene delicadeza.

El misterio de la historia.—Los des-
aciertos de los sábios y los aciertos de
los ignorantes, son el misterio de la his-
toria.

Suicidio.—El sepulcro de la última es-
peranza es la cuna del suicidio.

Religion.—La religion es la sávia de la
virtud; virtud sin religion, virtud raquí-
tica.

Intolerancia.—La intolerancia con los
intolerantes, es la única que puede dis-
culpase.

Sacrificio.—El sacrificio tiene una fuer-
za inextinguible, el desden lo aumenta,
la injusticia lo corona, la muerte lo glo-
rifica.

Atrevimiento.—Sobre el pedestal de la
ignorancia, se levanta la estatua del atre-
vimiento.

La última razon.—La primera razon
de las cosas, que dá el ignorante, es la
última que dá el sabio; porque sí.

Justicia humana.—La justicia humana
es realmente una injusticia necesaria.

Tontos de atar.—Esos de que el mun-
do dice: "Fulano es un loco de atar,"
suelen ser casi siempre tontos de atar.

Déudas.—Evitad la primera déuda, por-
que todas las demás son consecuencias
necesarias.

La existencia de Dios.—La prueba de
la existencia de Dios es que nada puede
probarse sin que Dios sea.

Las tres luces.—La fé es una luz que
guia, el pensamiento alumbra, la sensa-
cion relampaguea.

Deseos.—Pasada la frontera de la re-
5

pública de los deseos, comienza el imperio de la muerte.

Soberbia.—Todos los pecados del hombre se pueden resumir en uno, la soberbia.

El consuelo del tiempo.—El tiempo consuela las desgracias disminuyendo la vida del alma, matando una parte de la memoria.

Conocimiento de sí mismo.—Para conocerse el hombre como sugeto le falta la comparacion, y como objeto el punto de vista.

La muerte.—La desgracia nace con el hombre y quizá concluye en la muerte, que casi todos consideran como la mayor de las desgracias.

Deberes y derechos.—Los deberes de los demás son nuestros derechos; y por lo tanto, nuestros deberes son los derechos de los demás.

La Providencia Divina.—El orden en la naturaleza, el progreso en la humanidad y la esperanza en el individuo es la triple manifestacion de la Providencia Divina.

Sencillez.—La sencillez es el mejor adorno de la verdad, como la modestia es la más fiel compañera de la virtud.

Creer.—¿Cuál es el fin de la sabiduría? Saber creer. ¿Cuál es el origen de muchos errores? Creer saber.

Elogios.—Hay poco que elogiar en el hombre, porque la mezcla de bueno y de malo, que forma su carácter, siempre es un mal, si no absoluto, al menos relativo.

Grandes imperios.—Así como en una familia muy dilatada concluyen sus individuos por no conocerse, los pueblos que forman un gran imperio concluyen por no amarse.

Historia.—Historia es la narracion probable de los hechos que pasan.

Criterio individual.—El genio y la locura se parecen en la inquebrantable fé que ponen en su criterio individual.

Filosofía de la historia.—La filosofía de la historia es la verdad eterna reflejada en las ideas humanas que permanecen sin mudanza.

Dignidad.—La dignidad solo está reñida con la bajeza y es compañera inseparable de todas las acciones humildes.

Niños.—El temor del futuro, fundado en las enseñanzas del pasado, es el gran tormento de la vida del hombre; la falta de esta idea es la gran dicha del niño.

Poder público.—Varones ilustres y adaladores ineptos, suelen llegar á la cumbre del poder; los primeros para su imperecedera gloria, los segundos para su eterna deshonra.

Benevolencia.—La ambicion de ser justos nos hace desoir algunas veces la voz de la benevolencia.

Bienes.—Casi siempre nuestros deseos son mayores que nuestros bienes, como las esperanzas son más bellas que las realidades.

Aristocracia.—Se dice aristocracia del talento, de la sangre y del dinero; jamás se dice aristocracia de la virtud; en el cielo de la perfeccion los primeros son los últimos.

Conciencia.—En el hombre hay un sentido infalible, la conciencia.

La corona del martirio.—El genio eminente siempre alcanza un alto premio, la corona del martirio.

Matrimonio y soltería.—Las ventajas del matrimonio son los inconvenientes de la soltería; y recíprocamente, las ventajas de la soltería son los inconvenientes del matrimonio.

Malos gobiernos.—Los malos gobiernos son generalmente el efecto, y no la causa de la corrupcion de las costumbres.

Resignacion.—La resignacion es el único remedio de los males que no tienen ninguno.

La muerte voluntaria.—Llamar al suicidio una cobardía, es afirmar que el temor á la muerte es un acto de valor.

Desgracia.—El más desgraciado de los mortales es el que cree serlo.

Abatimiento.—Vivir combatiendo es el destino del hombre, abatirse es confesarse vencido.

Avaricia.—El pródigo algunas veces muere en el hospital; el avaro muere en su casa, pero esta casa es semejante á un hospital.

Beneficencia.—Cuando la beneficencia nace del alma no puede encontrar ingratos, porque no busca la gratitud.

Vituperio.—Vituperar es más fácil que corregir dulcemente, como cortar es más fácil que desatar.

Disfraces.—Los hombres creen disfrazar las cosas malas que les pertenecen, cambiándoles los nombres. Así llaman á la propia avaricia, economía; al mal genio, energia de carácter; á la desvergüenza, franqueza; á la falsedad, cortesania, y al emborronar papel, pensamientos y

máximas.

Ateísmo.—Negar á Dios es quitar toda esperanza de consuelo á las desgracias de la vida humana.

Lenguaje enfático.—El lenguaje enfático es un manto para la mentira y una losa para la verdad.

Sabiduría.—Conocerse y mandarse, hé aquí el fin de la sabiduría.

Cumplimientos.—Los cumplimientos son el santo y seña entre las personas de buena educacion.

Dolor.—¿Qué pequeño nos parece el dolor físico cuando padecemos una gran pena moral! Tan pequeña como nos parece toda pena moral, cuando padecemos un dolor físico.

Charlatanismo.—Algo sabe el charlatan cuando obtiene el apláuso de las muchedumbres; algo ignora el sábio que no consigne conmooverlas.

Duda.—La duda es hija del orgullo y madre de la nada.

Experiencia.—La experiencia es el sepulcro del error.

Deseos.—Ser rico es el deseo de los hombres vulgares, ser sábio el de los orgullosos, ser santo es el de los buenos. No ser nada en la tierra es la única aspiracion de los santos.

Metafísica.—La metafísica es la poesía de la ciencia, y la poesía es la metafísica del sentimiento.

Ciencia.—La ciencia que duda, es el dolor; la ciencia que cree, es la esperanza.

Dignidad.—La soberbia, el orgullo y la vanidad, son tres gradaciones de un mismo vicio que pretenden á menudo usurpar el nombre de una virtud; la dignidad humana.

Maldades.—El orgullo y el interés, dice la Rochefoucauld, son el origen de todas las acciones humanas; y cierto es que el orgullo y el interés son el origen de todas las malas acciones de los hombres.

Honores.—Para imitar el oro se ha inventado el dorado, para fugir el honor se han creado los honores.

Humildad.—La humildad es inseparable de la dignidad, como la bajeza es inseparable del orgullo.

Ciencia y virtud.—La verdadera ciencia conduce casi siempre á la virtud; la virtud conduce casi siempre á la verdadera ciencia.

Inmortalidad.—La tumba es el trono

del genio, su reino la memoria de los siglos.

Miedo.—El miedo aumenta el peligro; muchos mueren por temor á la muerte.

Secreto.—Secreto es lo que solo sabe una persona.

Credulidad.—La credulidad más perjudicial y más incurable, es creer en la infalibilidad de nuestro propio juicio.

Los profundos.—Hay ciertos hombres que adquieren fama de talento profundo hablando poco, escuchando mucho y emitiendo su opinion despues que han oido las de todos los demás: algunos zumbones han dado en llamarles *los profundos*.

Relacion de causalidad.—El historiador investiga la relacion de causalidad y el filósofo la causa de las causas.

Caridad.—La caridad es la justicia de la tierra. Pensad con caridad y obrais con justicia.

Celebridad.—La celebridad es la moneda falsa de la gloria.

Voluntad.—Querer con firmeza es la primera condicion para realizar lo imposible.

Sentido comun.—La facultad de juzgar bien es el patrimonio de muy pocos, y se ha querido decir que es el patrimonio de todos llamándola, sentido comun.

Vicios.—El hombre solo puede tener una pasion, pero si muchos vicios.

Responsabilidad moral.—El hombre es responsable moralmente de todos sus actos. Las malas pasiones son, porque la voluntad permiten que sean.

Hombres políticos.—Cuando un hombre carece de las altas dotes del entendimiento, y quiere hacer ruido en el mundo, se dedica á *hombre político*.

Gobierno.—¿Cuál es el mejor gobierno para un pueblo? Aquel que está más conforme con su tradicion, su historia y su estado social y que no imposibilita los medios de sucesivos perfeccionamientos.

Ignorancia.—Entre lo que sabe el hombre y lo que ignora, hay siempre la misma diferencia que entre lo finito y lo infinito.

Adulacion.—El adulador se humilla con la esperanza de que algun dia humillará, como el avariento se priva hasta de las cosas más necesarias con la esperanza de llegar á ser rico.

Amabilidad.—La amabilidad es algunas veces la ridícula parodia de la noble

benevolencia.

Un refran nuevo.—La ciencia se adquiere entre los libros, y el valor entre los peligros.

Falsa fortaleza.—Los que hacen alarde de fortaleza con los débiles, siempre son cobardes con los fuertes.

Afliccion.—Si una desgracia tiene remedio ¿por qué afligirse? Si una desgracia no tiene remedio ¿por qué afligirse? Pero el sentimiento no razona, siente.

Afectacion.—La afectacion es una niñada, pero como la mayoría de los hombres son niños grandes, algunas veces consigue su objeto.

El amor.—El amor recorre una escala inmensa, que comienza en un impuro deseo de la animalidad y termina en una aspiracion celeste del sentimiento; en sus muchos grados pueden aplicarse con verdad las más opuestas opiniones.

Dinero.—Todo puede conseguirse por el dinero, excepto la felicidad completa, que es el anhelo del hombre y el origen de todos sus afanes.

Apariencias.—El hombre juzga por las apariencias, porque casi siempre no puede alcanzar otros datos.

Seguridad en los juicios.—Los que creen que nunca se equivocan en sus juicios, son frecuentemente los que jamás aciertan.

Sencillez.—Decir sencillamente pensamientos elevados, es el patrimonio de las grandes inteligencias.

La luz de la esperanza.—En la oscura noche de todas las desventuras de la humanidad, brilla siempre una luz inextinguible; la luz de la esperanza.

Grandeza humana.—En la cumbre de toda humana grandeza hay un letrero que dice: aun hay mas allá.

Las virtudes teologales.—La ley de relacion entre Dios y el hombre, es la fé; del hombre consigo mismo, la esperanza; y de todos los hombres entre sí, la caridad.

Morir.—Para el hombre morir es renacer; para el bruto morir es transformarse; para la planta y el mineral sufrir un cambio y quedar lo mismo.

La guerra.—La guerra es el mal cubierto con un magnifico ropaje, vestido de heroismo.

La fé.—La fé es la vision de lo infinito.

La muerte.—El insensato no piensa en

la muerte, el débil la teme, el sábio la desea.

Sobrenatural.—Sobre lo natural está Dios, en lo natural el espíritu humano, bajo lo natural el fenómeno transitorio.

Virtud.—Hay algo más grande que la fuerza de la virtud; la perfeccion moral, que no necesita fuerza para realizar el bien.

El arte.—La mision más elevada del arte, es hacer visible lo infinito por medio de lo finito.

Errores.—No caen los que no se levantan; no yerran los que no piensan.

Verdad.—La verdad es la razon suprema donde Dios es, el espíritu conoce y la naturaleza existe.

Costumbres.—La historia de las costumbres de los pueblos es el reflejo de la historia de su civilizacion.

Valor.—No depende de nuestra voluntad el ser valientes; depende el obrar como si lo fuésemos.

Fuerza de voluntad.—Sin la fuerza de voluntad, el talento y hasta la bondad misma son flores cuyo aroma es ponzoñoso.

Consejos.—El génio no necesita consejos; el talento raras veces; la tontería no sabe aprovecharlos.

Confianzas.—Cuando el alma rebosa de júbilo ó de dolor, suena la hora de las confianzas.

LUIS VIDART.

AL INVIERNO.

Ven con tus nieves y copiosas lluvias,
con tus pardos celages y tus vientos,
Invierno cano, y de la escarcha fria
mírame cubierta yo tu espesa barba.
Sí, ven; te espero con afán; que raja
por los aires el trueno resonando,
desplómese abatido el alto muro
y el fulgor del relámpago ilumine
inmensas nubes de color sombrío.

¡Oh, cuán fuerte eres tú! Del yerto polo
te elevas cual coloso amenazante,
tiendes las alas, se extremece el mundo
y la natura amedrentada gime.
Abrete paso el huracan violento,
cécreate en torno la tiniebla oscura,
bajo tu planta el rayo centellea,
son tu aliento las roncadas tempestades
y te acompaña la inflexible muerte.
No cubres tú de grama el fértil prado,
no te coronan delicadas flores,

no los claros arroyos que murmuran
te aduermen con su música suave,
ni el áura leve en revolante giro
tus sienes blanda y vagarosa orea.
Mas si la tierra moribunda cubres
con velo funeral de blanca nieve,
y tu ruda guirnalda son los cedros
y los robles durísimos del monte
que hirió implacable el espantoso rayo.
Te deleitan los fervidos torrentes
que de las cumbres rebramando lanzan
sus turbias ondas, y aquilon sonoro
revuelve con furor tu cabellera.

Trémulo Otoño y presuroso huye
ante tu ceño y magestad terrible:
los ya marchitos pámpanos agitas
con soplo impetuoso en la llanura
y los troncos desnudos de sus hojas:
ellos gimen en voz triste y doliente
tu asoladora saña: muda queda
la fuente de cristal: las tiernas aves
se apiñan temblorosas en su nido:
mientras audaz el águila su vuelo
levanta por los aires, y la vista
clava en el sol encapotado y turbio
que entre nubes se esconde y palidece:
mira á sus plantas la profunda tierra
vagar perdida en el espacio inmenso,
oye el trueno bramar, contempla en torno
del rayo ardiente la fogosa lumbre,
y el desdeñoso párpado cerrando
tranquila al son de la tormenta duerme.

Cálmase al fin: el alto firmamento
sereno queda ya, y el sol espira:
pronto, muy pronto en la templada zona
su fulgor verterá radiante y puro;
¡mas de sombra cercado el yerto polo
aguardará á que vuelva en tardo giro?
Nó; que del seno de la torva nube
relámpago fugaz súbito brota,
y pasa, y gira y rápidos le siguen
relámpagos sin fin: huyendo inflaman
el aire por do hienden: vése el cielo
encendido brillar cual ancha hoguera,
cual inmenso volcan que en luz inunda
la vasta creacion. Tú de sus noches
eres la antorcha, boreal aurora,
fú tan luciente como el claro día:
¡oh, con qué frenesí te mira alzar
el velloso lapón y te saluda
ante tu pompa y tu belleza absorto!
En tanto rica en magestad difundes
tus vívidos destellos: iluminas
por entre abetos y gigantes pinos
la solitaria tumba misteriosa
del cantor de las rocas y torrentes,
del sublime Osian. Su lira yace
despedazada allí: mas resonando
la bronca tempestad su sueño arrulla:
y el águila altanera, menos libre
que su espíritu audaz, el corvo pico
afila al par de la sangrienta garra
contra las peñas que sus restos cubren.

¡Arido invierno! Si agitado el noto
silba y el monte en sus raíces tiembla,
y abundante desplómase la lluvia
cual derramado océano, y los truenos
roncamente retumban estallando,
Dios, Dios, Inmensidad, suena en mi oído.
A esta gran voz mi espíritu se eleva
más fuerte que los ráudos aquilones,
se eleva en alas de la fé, y te admira,
Soberano Hacedor. Fuego es tu trono,
tu palabra descendiendo cual rocío
á cuantos orbes tu poder sustenta:
no indignado les niegues tu mirada,
que entonces de ellos triunfará la muerte.

Invierno asolador, tus huracanes
templen las cuerdas de mi arpa, y vibren
con estruendosa y fervida armonía
cual piélagos que agita la tormenta.
Flores.... ¿por qué cantar siempre las flores?
¿no hay quien resista ya los grandes tonos
de la voz del profeta? ¿Ningun pecho
palpita ya con sus ardientes himnos?
¿O es que sin brio y lánguida la lira
solo quejidos débiles modula
cual aire blando que entre lirios vaga?...
Nó; retumbad magníficos, sonoros,
conciertos de las ondas espumantes,
estampidos del rayo que destruya
las grandes moles y en el mar las hunde,
cual se hundirá la creacion deshecha
en los abismos de la nada un día.
La tierra es un gigante moribundo
que en su agonía se revuelve y gime,
la voz espera que le diga: muere!
Y en su postrera edad, no la suave
cítara debe murmurar amores
al rumor de las áuras adormida;
es un acento atronador, valiente,
el que há de resonar de polo á polo
y extinguirse y morir cuando ella muera.

Siempre á mis ojos triste se levanta
junto al Invierno la sañuda muerte;
veo la natura despojada y fria,
sin pomposo verdor, sin luz, ni aroma,
melancólica y mística como virgen
que llora al pié de silenciosa tumba.
¡Oh campos! ¡Oh dolor! Miro á lo lejos
árido y yermo el delicioso valle
do tantas veces se elevó mi mente
sobre tus alas, entusiasmo puro:
los plateados álamos, los olmos
que sombra le prestaban, macilentos,
ateridos están: vedlos cuál alzan
al firmamento los desnudos brazos,
como implorando juventud y vida,
mientras sus hojas en revueltos giros
errantes vagan... Ilusiones bellas,
¡tal vez del desengaño el rudo viento
podrá arrancaros de mi ardiente alma?
De mi existencia en el invierno triste
¿sereis vosotras las marchitas hojas?

NARCISO CAMPILLO.

CRISTO.

I.

Mirad cómo corre el pueblo de Jerusalén, mostrando en su semblante la alegría y ensordecido el espacio con entusiastas aclamaciones. Mirad cómo agita en sus manos verdes ramas de olivo y triunfadoras palmas, y entona cánticos de victoria.

Su rey se acerca; el rey que anunciaba la voz de los profetas, el que ha de librar al pueblo de Judá del ignominioso yugo extranjero, y ha de quebrantar las cadenas del pecado que aprisionan á la humanidad.

No más profanará la planta del extranjero los muros de Jerusalén; no más el fruto del trabajo del infeliz hebreo servirá para pagar los placeres del César, ni las mujeres de Judá darán á luz miserables esclavos. Ya aparece en el rosado Oriente la aurora de libertad, y ya tiemblan los viles opresores del pueblo escogido al escuchar sus alegres gritos.

Su rey se acerca: corred á recibirle; que escuche las aclamaciones de su pueblo, que olorosas flores sirvan de alfombra á sus plantas y las palmas dén sombra á su régia frente.

Vendrá oprimiendo la espalda del vigoroso alazan, que hará temblar la tierra al rudo choque de sus ferrados cascos, y seguido de numeroso ejército de guerreros decididos y acostumbrados al combate y á la victoria. Brillarán en sus vestidos las ricas telas, la púrpura de Tiro, tres veces teñida y el oro del Ofir; á su siniestra penderá la vencedora espada, tinta en sangre enemiga, y en su reluciente casco brillará régia corona de piedras preciosas.

La imaginación oriental del pueblo adorna con vivos colores la llegada de su rey, y ya cree ver huir á sus opresores derrotados y perseguidos por las huestes del monarca libertador. Pero en vano tiende sus ávidos ojos por la llanura para descubrir en el horizonte el brillo de las armas y el polvo que levantan los caballos. Solo distingue un hombre cabalgando en un jumento y seguido de otros hombres á pié. ¿Será ese el rey tan esperado? ¿Será ese el que viene en nombre de Jehová?

El es: el Hijo de Dios, el Mesias pro-

metido, el Libertador de la Judea, el Redentor del mundo. ¿No veis el sello de la divinidad en su semblante? No viene seguido de numeroso ejército de guerreros, ni en un carro triunfal arrastrado por inmensa turba de esclavos, porque sus armas son la palabra y la convicción, y su religión de paz y amor; no ostenta ricas telas ni piedras preciosas en sus vestidos, porque viene á predicar la humildad y la mansedumbre.

Y el pueblo le reconoce: vé el sello divino en su frente, en la dulzura y la paz de su semblante; la reconoce y exclama: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!" Los hombres arrojan sus capas para que le sirvan de alfombra, y los niños y las mujeres agitan las palmas y las ramas de olivo. El sol ilumina desde un firmamento sin nubes la alegría del pueblo: un viento tibio y perfumado lleva en sus ligeras alas sus festivas aclamaciones, y el eco repite dulcemente: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!"

II.

Ved en la cumbre del Gólgota tres hombres enclavados en el afrentoso suplicio de la cruz y luchando con las convulsiones de la agonía. Al pié del monte ruje un pueblo frenético que los insulta con sus gritos y sus carcajadas.

Sobre una de las cruces se lee: JESUS, REY DE LOS JUDIOS.

Es Jesús! el Hijo de Dios, el que fué recibido en Jerusalén en medio de la popular alegría y de los cánticos del Hossanna! Allí está, enclavado en afrentoso patíbulo, rodeada su cabeza con una corona de espinas y cubierta su frente con el sudor de la agonía. Y allí le insulta el mismo pueblo que antes le aclamaba y agitaba las palmas y exclamaba: "Hossanna! bendito el que viene en nombre del Señor!"

La naturaleza se conmueve ante el gran espectáculo de la muerte del Dios hombre. El sol apaga su luz y densas tinieblas cubren la haz de la tierra; el mar levanta sus hirvientes olas, y mezcla sus rugidos á la voz de la tempestad; cesan el murmullo de las fuentes y los arroyuelos, y los cantos de los alegres pajarillos, y cruzan el firmamento agoreras aves nuncios de destrucción y muerte, lanzando siniestros gritos; rásgase el ve-

Cosas de Sociedad.

Hay en sociedad ciertas cosas que escudadas con el pomposo título de *cosas de sociedad*, han llegado á la categoría de leyes, y como en su observancia estriba lo que llaman buena educación, y el bello sexo es el tribunal que juzga á los infractores, no queda á los pobres asociados más recurso que cerrar los ojos, y dejarse gobernar despóticamente por las *cosas de sociedad*. Si al menos fuesen buenas, lo que es la forma de gobierno no podría sorprendernos por nueva, pero desgraciadamente el gobierno es tan bueno como las cosas, las cosas tan buenas como el tribunal, y el tribunal, como cosa del bello sexo, tan bueno como todas sus cosas. Esta es la cosa.

Si por la cara de los dolientes se viene en conocimiento de quién es el difunto, no es muy difícil comprender qué bienes debió esperar el hombre de la sociedad y de sus cosas. Dueñas del campo nuestras enemigas, sin contrarios á quienes batir, sin exigencias de ningún género que satisfacer, tiraron tajos y mandobles á su gusto. Clasifiquemos ante todo los sexos, se dijeron unas á otras. Concedamos al hombre la fortaleza. Así podrá cargar con el muerto cuando llegue el caso. Démosle por vía de apéndice la fealdad. Esto reprimirá su orgullo. Queden para nosotras la belleza y la debilidad.—Jugarémos con dos barajas.—A votación.—Aprobado por unanimidad.

Débil y bello llamaron desde entonces á su sexo. Fuerte y feo al nuestro. ¡Qué orgullo! ¡Qué arbitrariedad! ¡Qué poca vergüenza!

La sola definición de los dos sexos envuelve un principio reprobado por la sana razón, y sin embargo, sirvió de base al edificio social. De él emanaron esas leyes de etiqueta y de buen tono, esas pragmáticas de urbanidad, decoro y consideraciones sociales, y todo ese farrago de voces campanudas de que se han valido las astutas legisladoras para convertirnos en autómatas. La sociedad ha hecho de cada hombre un maniquí, y lo más chistoso es que á medida que avanzamos en lo que llaman por mal nombre luces y civilización, adquiere más vida el tirano que nos esclaviza, y perdemos hasta la esperanza de reconquistar el terreno perdido.

lo del templo, y las losas de los sepulcros saltan en pedazos, dejando paso á los animados esqueletos de los que fueron y acuden á contemplar el gran misterio que se efectúa en la cumbre del Gólgota. Una voz misteriosa vaga por el espacio clamando lúgubramente: "Ay de Jerusalén!" y el espanto y la consternación se apoderan de los hijos de la ciudad: aldita.

Sonó en el reloj de los tiempos la hora de la redención del mundo, y el Príncipe del Averno ruje con furor impotente al ver escapársele su presa. Jesús en tanto ruega al Padre por sus asesinos, inclina la cabeza para bendecirlos y exclama: "Consumado es. En tus manos, oh Padre, encomiendo mi espíritu," y espira.

Oh Cristo! oh mi Dios! ¿qué endurecido corazón no se conmueve al sublime espectáculo de tu muerte? Tú viniste á predicar al mundo la más pura, la más santa de las religiones; tus pasos eran señalados con prodigios; diste movimiento al tullido, al ciego vista, vida al muerto; tus palabras eran de paz y de perdón; tu dogma la caridad; en tu semblante resplandecía el sello de la divinidad, y sin embargo los hombres, por quienes diste tu vida, te ultrajaron y te escarnecieron, en tu sed te dieron á beber vinagre, coronaron tu frente de espinas y traspasaron tu costado con el acero.

¡A cuán altas y sublimes consideraciones dá lugar este espectáculo! La cruz, padron de infamia, término de la carrera de los criminales, es desde entonces objeto de adoración. A su sombra encuentran lenitivo los pesares de la humanidad; y el huérfano desvalido, el doliente anciano, la desamparada virgen y la viuda infeliz se abrazan á ella como á la única tabla de salvación en el naufragio. Ante la cruz ora el niño, sobre las rodillas de su madre, cuando apenas ha abierto sus ojos á la luz del día, y ella es su consuelo cuando moribundo y agobiado bajo el peso de los años siente sobre su corazón la helada mano de la pálida muerte. La cruz es fuente de dicha, esperanza de gloria, faro que guía á la humanidad en su peregrinación por la tierra y le muestra el puerto de salvación! Haz, Dios mío, que siempre nos cobije bajo su sombra el árbol sagrado en el que diste tu vida por la salvación del mundo!

ARISTIDES PONGILIONI.

A cualquiera le ocurre que lo primero que debió hacer el hombre fué rechazar como pernicioso un código tan anárquico, y concluir, si preciso era, con la sociedad y con sus cosas; pero lejos de hacerlo así, hemos acatado sus preceptos con una sumisión, que raya en idolatría.

Preciso es tener entrañas de tigre para no llorar al ver el triste estado á que nos ha reducido una apatía tan estóica, una indiferencia tan criminal. Engreídos con reformas políticas, ambicionando glorias, honores y riquezas, jamás hemos pensado en echar por tierra el poder de esa sociedad, de ese coloso que iba de día en día barrenando nuestras reformas, nuestras ambiciones y nuestras glorias hasta convertir como ha convertido en ilusiones las más lisonjeras esperanzas.

¡Tal es el doloroso estado del sexo fuerte á mediados del siglo XIX! ¡Unido al carro de la déspota sociedad ni aun tiene valor para maldecir al tirano!

Sin embargo, no somos nosotros de los que creen que el mal no puede tener remedio. A muy poca costa conseguiríamos el triunfo, si dóciles á la voz de la razón, siguiésemos una senda nueva. ¿No es un código social el que nos esclaviza? Creemos una nueva sociedad y un nuevo código, y olvidemos esas rancias teorías que nos han conducido á la angustiosa situación en que nos vemos. De tiempo inmemorial el hombre que daba en la manía de enamorarse, era condenado á sufrir carreras de baqueta. No merece otro nombre el castigo que le imponían las cosas de sociedad.

Sabido es que el amante tenía que correr como perro perdiguero; sufrir en una noche de truenos los rigores de la intemperie contemplando los desiertos balcones de su amada; recopilar lo más selecto de las cartas de Abelardo para hacer en debida forma su declaración de amor, ó fé de tonto (sinónimos); sobornar criados para que el susodicho diploma llegase á manos de la señora de sus pensamientos, y recoger por pago de tantos sacrificios el tremebundo *no há lugar*, con que la coquetucla niña pagaba tantos afanes y vigias. En tales circunstancias las cosas de sociedad exigían del neófito nuevas pruebas de mansedumbre. Era preciso, ¡qué ley tan tiránica! ¡qué orden tan inquisitorial! era preciso empezar por captarse la volun-

tad de la mamá. Así y solo así pudo conseguir la mujer ser siempre un ídolo, y recibir incienso hasta en los umbrales del sepulcro. Locura sería negarles que en todos tiempos han sabido hacer su agosto.

Captarse la voluntad de una mamá equivalía á echarse á perros, y por muy feliz se contaba el jóven que despues de sufrir mil y un desaires, más temibles aun que los *mil y un fantasmas* del novelista francés, lograba el alto honor de dar su brazo (de aquí el adagio de dar su brazo á torcer), á una de esas señoras antediluvianas; de esas señoras que nunca han sido jóvenes, ni nunca quieren ser viejas; que con la misma fecha y la misma facha las vemos nosotros, las vieron nuestros padres y las vió Noé á su salida del arca; que se encuentran en todas partes con su libro de devociones en una mano y la camándula y el rico eucarichero en la otra; monumentos históricos que á guisa de caja de truenos tiene reservados la sociedad no sabemos donde, y guarda en conserva para aterrar á los desdichados amantes.

Este ha sido hasta aquí el noviciado, el aprendizaje del amor. ¿Se creará que exageramos? Venid á nosotros los que habeis andado el camino de las penas, y decid á esos incrédulos... pero no. No les digais una palabra. Vuestras caras místicas y demacradas, ese llanto, ese sello de maldición que las suegras imprimen en la frente de los esclavos de Cupido, dicen lo bastante para confundir á nuestros contrarios. No hemos abultado los hechos. Hemos cumplido el deber de historiadores imparciales. Harto cierta es por desgracia la desgracia que lamentamos.

¿Y sería esta nuestra suerte si un nuevo código, tal como el que queremos presentar, sustituyese al anárquico que nos rige? De ninguna manera. El código que ofrecemos, recto y justo como basado en la ley natural y en la sana razón dá al hombre el lugar que desde la creación le pertenece. En los lances de amor se le considera como víctima cuando consiente en que lo quieran; como loco de atar cuando ama con delirio, y como buen matemático y filósofo profundo, cuando cuenta el dote antes de que le cuenten las dotes de su querida.

La mujer en el nuevo orden social de que hablamos, no tendrá esa importan-

cia que ella misma ha querido darse. Deber suyo será correr tras el amante. (Esto ya vá haciéndolo, sin necesidad de mandatos.) Estará obligada igualmente á rondar día y noche la calle de su futuro señor y dueño, darle serenatas, declararles su pasión, y batirse todas las veces que fuere preciso para atrapar un marido, porque ahora y siempre el camino de la gloria ha tenido más espinas que rosas.

Miren ustedes que será muy satisfactorio recibir una cartita de papel de color en que le digan á uno:

"Luisito: por V. me he batido anoche. Le remito la trenza de los cabellos de mi rival, y yo quedo que me pueden ahogar con un cabello, porque V. es un ingrato, que no quiere pagar mi amor; pero ya lo he jurado: si V. me desprecia, pondré fin á una existencia que me es tan odiosa. Al efecto tengo hecha provision de fósforos para morir á la meda. Una palabra tuya vá á decidir mi suerte, tortolito mio. Tu amor ó la muerte.

AMPARO."

¿Qué contesta V. á una carta tan tierna? ¿Quién no se atortola al oír lo de tortolito? Pero dá la casualidad de que al mismo tiempo ha recibido V. otras quince ó veinte declaraciones iguales, y V., que es hombre que sabe lo que vale, toma la pluma y....

"Amparo: siento mucho que quede V. desamparada, pero, hija mia, ha llegado demasiado tarde. Estoy comprometido, y no puedo faltar á mis juramentos. Cuidado que no vaya V. á echar mano de la seducción para hacerme olvidar mis deberes. Soy muy sensible, pero muy virtuoso. Lo mejor será que se decida V. por los fósforos. No es la primera que hace otro tanto por s. s.

LUIS."

Esto mismo contesta V. á las demás aspirantes, reparte sentencias de muerte, como quien reparte una quinta ó contribucion extraordinaria, y con cuatro plumadas queda V. libre de importunas.

Si en amor hacemos el principal papel, segun hemos visto, no en todo sucede lo mismo. En nuestra teoría, el equilibrio de poderes es una cosa admi-

table. Empleos, honores, títulos, consideraciones pertenecen á la mujer. El gobierno de la nacion es exclusivamente suyo. Si maneja al país, como país de abanico, lloverán los triunfos y cautivará á medio mundo; (en el otro medio ocuparemos un rinconcito), que más conquistas ha hecho el abanico que la espada. Me parece que no podemos estar más galantes. Esto entre paréntesis por supuesto.

Como amigas de hablar mucho para nada, aquí no hay paréntesis que valga, es probable que elijan el sistema representativo. ¡Qué gusto dará ver á trescientas mujeres discutiendo los presupuestos para que nada les falte; este es su caballo de batalla, ó arreglando diferencias con el emperador de Rusia!

—Que hay una declaración de guerra. —Como una de amor, sobre poco más ó menos. Un pienso al caballo de batalla y brida en mano.

—Que se acercan doscientos mil rusos á la frontera.

—Bien, ¿y qué? Doscientos mil mujeres sobre la frontera y sobre los rusos.

Sorprendamos á la diplomacia el más importante de sus secretos, el de jugar sin perder.

—Que caen los rusos prisioneros. Claro es que ganamos.

—Que cargan los rusos con las doscientas mil mujeres. Feliz viage y que escriban Vds. en llegando. Quedamos en paz.

Bastarán estas ligeras pinceladas para que se comprenda cuán sabio y justo es el código que vamos á someter al fallo de los hombres pensadores. Se creará quizás que hablamos con entrañas de padre, pero él satisface todas las exigencias de un siglo que se llama ilustrado; devuelve al hombre su perdida dignidad; saca del letargo á un sexo falaz y antojadizo, que embriagado por la lisonja, ha creído hacerse grande con aros de metal, esbelto con bigotes de ballena y hermoso con drogas de botica; abre nuevos caminos de gloria, honores y riqueza á esa mitad tan cara de nuestra alma, para que pueda ser de aquí en adelante una mitad nuestra, si se quiere, pero no tan cara.

Si el pálido bosquejo que hemos hecho de nuestra obra, llama, como esperamos, la atención de Europa, cuadros más acabados presentaremos; pero es

de temer que á las luces del siglo no encuentren buena luz, y sea desacreditado el pintor; que en COSAS DE SOCIEDAD podrá faltar buena fé, pero sobra ingratitud.

F. S.

EL CAUTIVO.

BALADA.

I.

Áuras leves, que vagais
Por las vegas de Granada,
Hácia mi patria adorada
Volad, volad.
Decid á mi amada esposa
Que estoy cautivo del moro,
Mas que guardo, cual tesoro,
El recuerdo de mi hogar.

Contad á mi anciana madre,
Que quizá llora mi muerte,
Que en la guerra fué mi suerte
Sucumbir, mas con honor.
Y á mi hija... ¡Cuánto sufre,
De ella ausente, el pecho mio!
Conducidla el que le envió
Ósculo tierno de amor.

II.

Leves áuras, que vagais
Del Darro en la verde orilla
Hácia mi bella Castilla
Volad, volad.
Mas volved rápidas luego
A esta vega, rica en galas,
Trayéndome en vuestras alas
Gratas nuevas de mi hogar.

Y sepa yo si mi esposa
Tiene de verme esperanza,
Y si de mi madre alcanza
A mitigar el dolor.
Y de mi hija traedme,
Traedme en rápido giro,
Con su doliente suspiro
Ósculo tierno de amor.

III.

Áuras, que vagais del Darro
Por la ribera florida,
Hácia mi patria querida
Volad, volad.
Hoy al cruzar los espacios
De luto sois mensageras:
Huid, y llegad ligeras
Hasta mi huérfano hogar.

Y decid á los que amo

Cual es ¡ay! mi suerte insana,
Que en un cadalso mañana
Daré mi alma al Creador.
¡Oh, llevadles, áuras puras,
Del mísero prisionero,
Con el suspiro postrero,
Ósculo tierno de amor.

Así murmuró el Cautivo;
Y al rayar la nueva aurora,
La cuchilla aterradora
Sobre su cuello se alzó.
Y al inclinar su cabeza
Dió un suspiro al áura leve,
Que de la apiñada plebe
Entre el grito se perdió.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LOS DOS MÉDICOS.

CUENTO.

¡Quieres que sufra más la turba ingrata
de tanto necio, imbécil, presumido,
que vende plomo vil por rica plata?
EL P. ISLA.

Aunque indigno pecador, no he nacido de las yerbas; hijo soy de un hombre, y éste á su vez lo fué de otro. Constante, pues, que he tenido abuelo. No lo digo para fundar en ello nobiliarias pretensiones, si bien es cierto que en menor motivo suelen cimentar otros las suyas; sino por ser pura verdad, y porque este abuelo no era un abuelo cualquiera de los de pacotilla y sainete; antes al contrario, era tal y tan admirablemente chapado, que gusto daba el verle y alegría oírle. Muchas cosas tenia extremadas y notables; y por no decirlas todas, citaré solo su buen humor, su gran nariz y los encages de su chorrera. El uno sufrió incólume la prueba de suegra avinagrada, muchos hijos y escasos bienes de fortuna; de la otra, aunque partía de la cara, nadie pudo averiguar el término; y en cuanto á los encages, fueron más punteados que vihuela, al sacudir abuelito el rapé que por onzas tomaba. Pero al sorber y sacudir no dejaba la lengua quieta, y solía narrar candorosamente algunos cuentecillos, de los que vá el siguiente para muestra.

En cierta poblacion, no tan grande que mereciese el nombre de ciudad, ni tan pequeña que pudiera llamarse aldea, vivian dos médicos: gordo, rico y afama-

do el uno; flaco, pobre y ásperamente tratado por la fortuna el otro: llamábase don Bodoque el primero, don Salomon el segundo. Aun cuando suelen verse Blancos mulatos, Delgados obesos y Caballeros sin... caballo, (que no siempre está de acuerdo el apellido con quien lo lleva), estavez habia tal concordancia entre los nombres y los sugetos, que el pedirle mayor fuera gollería. Don Bodoque, pues, era tan corto de entendimiento, como largo de fortuna: comenzó su carrera de aprendiz en una barbería, alternando entre la escoba, las sanguijuelas y la guitarra: tuvo padrino, pasó á mayores vuelos, y llegó un dia, feliz para él y desgraciado para la humanidad, en que se encontró con título y salvo-conducto para matar á todo bicho viviente, sin temer persecuciones de tribunales, quiero decir, que vió trocados los barberiles aparejos en baston de caña con borlas, sortijon en el pulgar, como era usanza en el gremio, y por fin, en todos los atavios de médico, siendo médico él mismo, á despecho de Hipócrates, Avicenas y Boheraves.

De estos señores ni aun los nombres conocía; mucho menos sus aforismos y observaciones; pues con tres récipes de "oleum serpentorum," sangrias á diestro y siniestro y seis docenas de sanguijuelas tamañas como culebrones de vallado, amen del unguento y la cataplasma de cualquier cosa y puestos en cualquier parte, era don Bodoque muy capaz de curar ó matar cada dia un regimiento. De anatomía estaba tan ayuno, que solía confundir el carpo con el tarso: las primeras nociones químicas eran para él misterios de ultra-tumba; y en eso de patología, no entendía la "logia" y el "pathos" le daba tres patadas en la boca del estómago. A pesar de todo, bogaba con próspero viento: cada Navidad lo encontraba más gordo y rico, y celebraba cada Pascua con más cara de idem.

Era su colega don Salomon el reverso de la medalla: comenzó su carrera medianamente rico, y habia llegado á las puertas de la pobreza; tenia pocas carnes y poca fortuna, vasto y bien poblado entendimiento, leía bastante y meditaba más: hubiera brillado en una academia científica y vegetaba oscuramente relegado á un poblachon de provincia. Cada invierno le encontraba más flaco, más sabio, más pobre y más olvidado de to-

dos. Sucedió que un dia el sabio macilento y el asno de oro se encontraron en una consulta: habló el primero, rebuznó el segundo, y el rebuzno prevaleció sobre la palabra. Don Salomon fué despedido por la familia del doliente, y quedó instituido médico de cabecera el triunfal don Bodoque. A poco tiempo compraba éste una finca y vendia el otro sus cubiertos de plata. Dos meses despues quedaba en el pueblo un solo médico; don Salomon ya no ejercia su facultad; ó mejor dicho, le habian obligado á no ejercerla de puro no llamarle alma viviente.

Trataba de emigrar, y para hacerlo hubiera querido ir á los antipodas, ó poco más allá; pero ¡ay! no poseia las alas del águila, ni aun las de la golondrina, viajeros gratis para los cuales no existen aduanas, diligencias, barcos ni ferro-carriles: y hallándose exhausto de ese vil metal, así llamado por los que no lo tienen, su propósito quedaba reducido á pensamiento vano y fantástica quimera. Veíase, pues, sin posibilidad de salir del pueblo, cual si con clavos timoneros allí estuviese clavado y fijo: pasaba largos dias meditando en su desgracia y cada vez miraba más oscuro y cerrado su horizonte. Pero como no hay mal que cien años dure, ni enfermo que lo resista, llegó ocasion en que por inesperados medios logró los de cumplir su propósito, dando un eterno adios á aquel pueblo donde tan poco estimadas y tan escasamente premiadas habian sido su honradez y su ciencia.

Ya tenemos á nuestro don Salomon preparando cofres y maletas para emprender su viage, ya encajona sus libros, únicos amigos que le restan, y ya por fin, envuelto y rebozado en un ancho leviton de camino, espera que luzca el siguiente dia, que será el de su marcha. Entre la multitud de pensamientos que batallaban entonces en su cerebro, fijósele uno de tal suerte, que absorbió á los demás; y dominando su voluntad por completo, le llevó... ¿á que no aciertan ustedes dónde? Ni más ni menos que á casa de su cofrade el venturoso cuanto afamado galeno don Bodoque.

Entró, sentóse y venciendo su natural circunspeccion y modestia, con el desparramo del hombre que sacude su capa y piensa irse para no volver jamás, dijo á su afortunado colega:—"Que su merced

no ha estudiado medicina como debiera, cosa es averiguada; que no la sabe ahora, es cierto y evidente; que no la sabrá jamás, es posible y aun probable. Le he visto, siendo guitarrista y pelabarbas, convertirse en doctor afamado; me he visto á mi propio de hacendado médico transformado en triste pelagatos; y en verdad, en verdad, que tales metamorfosis ni aun las soñó el mismo Ovidio. Estudié yo y medité mientras su merced holgaba; perdí pelo y su merced mejoró el suyo: enflaquecí viéndole engordar por libras, y empobrecí mirándole enriquecerse. Puesto que le cedo el campo y no imagino volver, ni he de hacerle competencia, suplicole por cuanto más ame que me descifre el enigma y me desate este para mí nudo gordiano, diciéndome cómo, por qué y con qué medios ha logrado tan numerosa clientela y fama tanta, mientras yo apenas tengo quien de mí, triste, se acuerde."

Tamaño descarga á quema-ropa no produjo efecto: verdades de tanto peso hubieran agobiado á un gigante; pero don Bodoque no se inmutó lo más mínimo, y aun escuchó todas y cada una de estas palabras con sereno ademán y risueño semblante: se levantó, abrió una puerta de cristales y asomóse al balcon que sobre la Plaza Mayor del pueblo daba y frente del Ayuntamiento. Despues, con voz tranquila, dijo:

—Venga vuestra merced aquí conmigo, señor don Salomon, que voy á darle las explicaciones que pide. Vuestra merced vé está plaza y la multitud de los que por ella van y vienen. ¿Cuántos calcula vuestra merced que pasarán al cabo del dia?

—No sé, respondió don Salomon, extrañando aquella salida: lo menos diez mil.

—Bueno: y de esos diez mil ¿cuántos cree vuestra merced que tienen instrucción, imparcialidad y recto criterio?

—Hombre, esas cualidades son muy raras; quizá de entre los diez mil apenas habrá seis ó siete que las tengan.

—Perfectamente; pues esos seis ó siete son los parroquianos de vuestra merced; y los demás son los míos.

De lo que pasó despues nada contaba mi abuelo: al llegar aquí tomaba un polvito, se sacudía los vuelos de la chorrera y decia á sus oyentes, á guisa de moraleja: "Para graduar y aquilatar el mérito

en la ciencia ó el arte, ciencia y arte se necesita, y no multitud de jueces; que en casos tales, no deben considerarse los votos como groseros terrones que se cuentan por aranzadas, sino como oro finísimo que por adarmes se pesa, valiendo más ó menos, segun su "mejoría" y no segun su "mayoría."

Traslado á los criticos sin ciencia y á los admiradores de reata.

NARCISO CAMPILLO.

Máximas al gusto del dia.

Si quieres ser dichoso entre las gentes, nunca olvides las máximas siguientes.

El que tiene dinero, es hoy el más honrado y caballero.

Quien dice la verdad, jamás se arredra; pero tampoco medra.

La falta de decoro, es un bien sin igual, es un tesoro.

El que de honrado y crédulo blasona, nunca llega á persona.

Para ascender á rico, basta ser muy truhan ó muy borrico.

No puede el hombre hacerse más agravio, que estudiar y ser sabio.

El holgazan y el tonto, viven de gorra y enriquecen pronto.

Es raro que la tímida vergüenza árdusos empeños venza.

Quien vuelve la casaca, viste de nuevo y las hechuras saca.

Se suele dar la muerte á los ladrones, que no roban millones.

No puede ser dichoso, quien no adula y ensalza al poderoso.

Nunca tendrás amigos ni parientes, si dices lo que sientes.

Está ya prohibido, tener sana razon y buen sentido.

En ciencias y en política, la idea es cosa sucia y fea.

El amor no se estila:

es pasion que desgasta y aniquila.

La más pura amistad tiene su precio: quien la compra, es un necio.

Para vivir en calma, sofoca los afectos de tu alma.

Si quieres ver como tu bolsa medra, ten corazon de piedra.

No socorras al pobre, aunque tires el pan porque te sobre.

No tengas caridad, ni des oido al triste desvalido.

Hace muy bien el oso, todo aquel que es atento y generoso.

A la incredulidad llaman hoy dia sana filosofia.

Observando estas máximas, seguro que no merecerás subir al cielo; pero en cambio serás, yo te lo juro, el bicho más feliz, acá en el suelo.

J. GARAY DE SARTI.

Breve idea de la Elocuencia antigua y moderna.

La elocuencia, esa facultad brillante que convence la razon y cautiva la voluntad, ha existido siempre; porque siempre los hombres han tenido pasiones y han sido animados por el calor del sentimiento, que es su verdadero origen. Antes de que las tribus diseminadas por la superficie de la tierra llegaran á reunirse constituyendo nacionalidades, se habian pronunciado arengas llenas de fuego y de energia. Pero estas arengas, aunque muy fogosas, como debieron de ser en los primitivos tiempos cuando los ánimos no se hallaban enervados por la frialdad que una refinada cultura lleva consigo, no podrian presentarse como dechados, porque carecian de aquella regularidad y orden tan notables en las obras maestras.

De los primeros imperios que se fundaron, sabemos que yacian bajo las severas leyes de gobiernos sumamente despóticos; y con el despotismo enmudece la elocuencia. Por tanto, esta no se cultivó hasta que los pequeños estados de Grecia se constituyeron en repúblicas, donde todas las graves cuestiones, todos los negocios de interés comun se decidian en una junta compuesta por el pueblo, donde cada cuál emitia libremente su parecer, pues así estaba dispuesto por las leyes. En un principio las cuestiones se proponian sencillamente, sin estudio y des-

nudas de todo ornato. Pero bien pronto se conoció el poder que la elocuencia presta á toda proposicion; mucho más cuando ha de resolverla un auditorio numeroso, ignorante y apasionado. Todo aquel que habia de hablar en público se dedicaba á la oratoria, asistiendo á las escuelas que ya por entonces se abrian en Atenas, y que más tarde se hicieron tan célebres. La elocuencia era estudiada con ardor, como el medio más poderoso para conseguir poder y honores; pero muchas veces conducia al destierro y á la muerte misma.

Entre los primeros oradores brillan Pisistrato, que con su astucia se apoderó del mando; Clístenes, que reformó las leyes establecidas por Solon, y Temístocles, orador tan elocuente como profundo político. A este se debió la victoria de Salamina por su acertado consejo; á este veneraba el pueblo ateniense hasta el punto de levantarse todos y descubrirse con respeto cuando entraba en el teatro. Pero al fin, condenado al destierro, murió lejos de su patria y entre los mismos persas, á quienes tantas veces habia vencido. Aparece Pericles, el partidario del pueblo, y con él adelanta un gran paso el arte de la persuasion. Su manera variada en extremo, ya enérgica y vehemente, ya fácil, graciosa y delicada, le dió tal poder, que por espacio de muchos años ejerció un imperio absoluto en la república, á pesar de la obstinacion de sus enemigos y del carácter caprichoso y voluble de los atenienses. Conocia muy bien el espíritu de que se hablaban animados, y los nombres de patria, libertad, é independencia eran tan poderosos en sus lábios, que Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ofrecer sus riquezas al tesoro público, y sus hijos para engrosar las filas del ejército. Cleon, Alcibiades, Terámenes y Critias son tambien de esta época. Pero cuando despues de la guerra del Peloponeso aparecieron los sofistas, la elocuencia decayó de la altura y esplendor á que antes habia llegado. Ellos, dando reglas para todo, esclavizaron el entendimiento, abusaron lastimosamente de la razon, y corrompieron el gusto. De Gorgias, el más famoso de ellos, sabemos que usaba un estilo amanerado y sutil en demasia, y poco conforme con los inalterables preceptos de la naturaleza. Sócrates desterró de la oratoria aquel inútil adorno y aquella estudiada sutileza que caracterizan á los sofistas, y la revistió con la sencillez hermosa de la verdad y la fuerza irresistible de la razon. Siguen despues Lisias, á quien llama Ciceron delicado y elegante, el sentencioso Isócrates y su amigo Iseo. Este se dedicó exclusivamente á la oratoria judicial, y más que por sus discursos, es conocido por haber estudiado en su escuela el gran Demóstenes. En este hombre extraordinario se reunieron muchas de las brillantes prendas

con que se habían distinguido los otros oradores; por lo que consideramos su elocuencia como la expresión unánime de la elocuencia griega.

Demóstenes es nervioso y conciso en el estilo, profundo en los pensamientos, apasionado y vehemente en la recitación, y más feliz que nadie para comunicar á su auditorio todas las pasiones de que se hallaba poseído su espíritu. Tan pronto excita el odio y el desprecio para con los traidores, como la gratitud y la veneración hácia los ilustres héroes que murieron peleando en defensa de su patria.

Ya aterra á sus adversarios con sus admirables rasgos oratorios, y hace que contra ellos se dirija la indignación de los atenienses; ya, entusiasmando al pueblo, lo lanza contra el rey de Macedonia, enemigo entonces de la Grecia. Jamás Filipo tuvo rival tan formidable como Demóstenes; por lo que solía decir que más le temía en la tribuna, que á un ejército formado en batalla. En efecto, este orador tan elocuente era democrata por convicción, y amante de las glorias de su país; y como decidía la mayor parte de las cuestiones que se agitaban por aquel tiempo, era muy peligrosa la oposición de semejante hombre para quien aspiraba á subyugar á la Grecia. Pero si por otra parte fijamos nuestra atención en los obstáculos que tuvo que vencer para brillar entre los demás oradores, nos admiraremos de su constancia en el estudio, y de la fuerza de voluntad que en tan alto grado poseía. Enfermo, tardío en la pronunciación, y de una presencia poco favorable, pudo, ayudado del estudio y de su gran talento, decidir los negocios más arduos, confundir á sus adversarios con la admirable fuerza de sus razones, y obtener la palma de la victoria en los debates públicos. Su elocuencia ha sido comparada con justicia á un torrente impetuoso que arrebató cuanto encuentra en su veloz carrera. Hoy, después de tantos siglos, no podemos leer sus discursos sin sentir hondas conmociones.

En Roma no encontramos vestigio alguno de elocuencia hasta que, reemplazada la autoridad real por los cónsules y el Senado, el poder de la palabra fué un móvil poderoso para escalar los primeros puestos de la república. En un principio la oratoria política de este país fué grave y templada, porque el orador se dirigía tan solo á los hombres más ilustrados, cuales eran los patricios; pero cuando poco después se crearon los tribunos del pueblo, tuvo que seguir dos senderos muy distintos: en el Senado se distinguió por su gravedad, aunque admitió mas adelante mucho calor y movimiento; en las juntas populares fué enérgica, libre y vehemente. Ciceron, en su libro de los claros oradores, nos ha transmitido una historia crítica de la elocuencia romana.

Por ella conocemos muchos nombres que de otra suerte no hubieran llegado hasta nosotros.

Entre los primeros oradores, nos habla de Caton el Censor y de los Gracos. Elogia la fuerza y vigor de aquel, y la precisión y verdad del lenguaje de estos; especialmente del menor. De los dos hermanos ninguno pudo perfeccionarse en la oratoria, porque ambos murieron asesinados por los enemigos que les suscitara su adhesión sin límites por los intereses del pueblo. Pero la historia de la elocuencia romana, menos fecunda y abundante que la de la Grecia, no nos presenta antes de Ciceron orador alguno digno de estudio, si exceptuamos á Craso, por la pureza de su estilo; á Antonio, por su elegancia y energía; á Caton de Utica, á Julio César y Hortensio con algunos otros menos célebres. Hortensio es nombrado por su manera elegante y florida, y por haber sido émulo de Ciceron, como Esquines lo fué de Demóstenes; pero sin encono, sin dirigirse las expresiones insultantes que los oradores griegos, pues no lo permitía la diferencia de civilización, ni la amistad que se profesaban. Hortensio fué vencido en la causa del prócónsul Verres, como Esquines en el célebre proceso de la Corona. El más grande orador que floreció en Roma es sin duda alguna Ciceron, que logró reunir las buenas cualidades de sus antecesores con la elegancia y cultura que le distinguen. Si anteriormente consideramos á Demóstenes como la expresión unánime de la elocuencia griega, del mismo modo consideraremos á Ciceron respecto á la romana, pues estos dos oradores son los más ilustres que pueden presentarnos á ambas repúblicas.

Instruido Ciceron en la literatura griega, en la filosofía, y en todas las otras ciencias, que, según él mismo afirma, son necesarias para que un orador pueda distinguirse entre los demás, se presentó en el *forum*, no para ejercitarse en el arte oratorio, sino para brillar con la elocuencia que la naturaleza y el estudio le habían dado, y para conseguir el triunfo de la razón y de la justicia. Y no podía ménos de alcanzarlo. Sólido en los pensamientos, fluido en la dicción, y muy armonioso en el corte y estructura de sus períodos, sabe comunicar á todas sus razones un interés y una fuerza tales que arrastra la voluntad de una manera irresistible. Tiene mucho tacto para usar del tono que á cada asunto correspondió: así es que tan pronto le vemos en su elegante oración *pro Ligario* atraerse el afecto de César y herir al acusador con sus propias armas, como explicarse en un lenguaje patético al recordar los robos, torpezas y crueldades del prócónsul Verres. También las filípicas pronunciadas contra Antonio, que pretendía apoderarse del mando, están llenas de fuego; mas ellas le acarrearón la muerte que

sufrió con singular firmeza. Murió; pero sus obras, pasando de unas á otras generaciones, son admiradas por todos los pueblos cultos, que en ellas ven grabado el sello de la inmortalidad.

Sucumbe el imperio romano bajo la espantosa invasión de las tribus bárbaras del Norte, y las letras, las ciencias y las artes desaparecen, retrocediendo Europa del grado de cultura en que se hallaba á la ruda ignorancia de los primitivos tiempos. Entonces, á no ser por el cristianismo, la literatura antigua hubiera muerto y desaparecido completamente para nosotros. Las pocas personas que, huyendo de la guerra, único ejercicio considerado noble y honroso, buscaban la soledad y el retiro, se dirigían á los monasterios, santuarios donde casi exclusivamente se conservaban los preciosos tesoros de las literaturas griega y latina. Pero descubiertos estos tesoros, lanzada ya por la moderna Italia la primera luz de la regeneración en las letras, las ciencias y las artes, aparecen hombres inspirados que, aprovechándose de estas circunstancias, producen obras admirables en todos los ramos del saber humano. Mas la elocuencia, reducida entonces al púlpito y al foro, no encontró donde brillar con todas sus galas, hasta que con la erección de Génova y Holanda en repúblicas, y de varias monarquías de Europa en gobiernos representativos, se abrió un vasto campo donde el saber y el talento pudieron alcanzar claros honores. A él se lanzaron muchos hombres, ávidos de poder y gloria; y Francia, Inglaterra y otras naciones produjeron oradores que, si bien no alcanzaron en fuerza y vehemencia á los de las antiguas repúblicas, los superaron en la abundancia de principios y en la lógica solidez de sus razones; por lo cual no dejan de ser muy apreciables para nosotros. Hasta el presente siglo, España no ha tenido ocasión de dar muestra de la feliz disposición de sus hijos para este noble ramo de la literatura; pero en el corto tiempo que lleva de gobierno representativo, se han pronunciado en nuestra tribuna discursos que á lo menos igualan á los más selectos que pueden presentarnos otras naciones.

Si examinamos ahora la diferencia de civilización que existe entre la república griega, la romana y los estados modernos, se nos presentarán á la vista las causas que tanto distinguen su elocuencia de la que hoy conocemos. Desde que los pueblos de Grecia, libres del dominio tiránico de sus reyes, se constituyeron en repúblicas, vemos que empiezan á florecer las artes, la ciencia, la industria, y en fin, todo lo que contribuye á la grandeza de un Estado. La paz, la guerra, las alianzas, todo se proponía al pueblo ateniense; y este pueblo rey era quien decidía sobre asuntos de tanto interés é importancia. Desde luego se advierte la

gran influencia que tendría la palabra para resolver cualquiera cuestión; así es que la oratoria era considerada como el medio más á propósito para engrandecerse. Pero no bastaba presentar los argumentos con toda la solidez posible, ni dirigirse á la razón con pruebas incontestables; se necesitaba transmitir á aquel inmenso auditorio la compasión, el amor á la justicia, el entusiasmo patriótico; en una palabra, todas las pasiones de que los oradores se hallaban poseídos cuando subían á la tribuna pública. Estos hablaban en un espacioso recinto, trataban de asuntos interesantes para todos, y no tenían que guardar tanta circunspección como los oradores modernos. Pero vemos que frecuentemente abusaron de esta libertad hasta el punto de dirigirse los epítetos más injuriosos. Entre nosotros sería con mucha justicia castigado el que de esta manera traspasase los límites del decoro: entre los griegos no era así. Esquines, hablando con Demóstenes, le llama hombre *vicioso y malvado*, y le echa en cara su nacimiento. Demóstenes le contesta apellidándole *calumniador é infame*, y se abandona al encono que le domina. Para el orador no era otra cosa la tribuna que un campo de batalla, ni veía más que estos dos extremos: serventador ó vencido; saludado con ruidosos aplausos, ó silbado y escarnecido por la multitud descontenta de sus proposiciones. En la plaza pública se concedían coronas de oro; pero también se dictaban leyes que imponían el ostracismo y la muerte.

La oratoria judicial participaba mucho del carácter enérgico y vigoroso de la política; así lo vemos en la mayor parte de los discursos que han llegado hasta nosotros. Andócides, defendiéndose contra la acusación de Ceficios, invoca las sombras de sus antepasados: Lisias pinta con mucho calor y movimiento los crímenes que el gobierno de los treinta tiranos cometía en Atenas; y en la mayor parte de las acusaciones y defensas observamos el mismo ardor y animación. El areópago, tribunal el más célebre de Grecia, se componía de un gran número de miembros, y por tanto, presentaba el aspecto de una junta popular; el orador tenía el derecho de introducir vestidos de luto á los hijos y parientes del reo, para que con sus lágrimas pudieran conmover los corazones de los jueces y mitigar algún tanto el rigor de la sentencia: aquí era más permitido el lenguaje de la pasión que lo fué en el *forum* romano, y que lo es en los tribunales modernos. Se vé claramente que entre la oratoria judicial y la política existía mucha semejanza; aunque esta por su gran interés para todos los ciudadanos, y por la importancia de los asuntos, requería más fuego en el estilo y mas elevación en los pensamientos, caracteres que distinguen la elocuencia griega. En ninguna parte tu-

vo el orador campo tan vasto donde manifestar el poder que la palabra ejerce sobre los más duros y obstinados corazones. Rodeado de un inmenso pueblo, que se agitaba como las olas de un mar tumultuoso, frente á su adversario, y en presencia de sus amigos y enemigos, no podía menos de emplear cuantos recursos le ofrecían su instrucción y su talento para conseguir sus planes y alcanzar la victoria. Así es que en casi todos los oradores griegos de alguna fama vemos esos arranques apasionados y vehementes, que constituyen el verdadero sublime de la elocuencia. Pisistrato y Pericles los tienen: el uno cuando recuerda á los atenienses las glorias de su país, las heroicas acciones de sus antepasados; el otro cuando pronuncia el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria. Las arengas de Demóstenes, parecen escritas con un buril de fuego. Esquines también es admirable en su discurso contra Demóstenes en el célebre proceso de la Corona. Esta oración, fruto de un gran talento y de un estudio profundo, nos asombra por la fuerza de sus razones, y por la destreza con que están presentadas todas las circunstancias capaces de producir favorable efecto. Ya se dirige al entendimiento con pruebas sólidas, ya al corazón de los atenienses, hablándoles de sus héroes y poniéndoles ante la vista las sombras de los ciudadanos muertos en Quereonea. Cuando leemos esta magnífica acusación, nos parece imposible que pueda contestarse; pero Demóstenes lo hizo con otro discurso más elocuente aún, según el parecer de los críticos. ¡Tan grandes oradores produjo Grecia, esa escuela del mundo, que no es hoy ni sombra de lo que fué en otros tiempos!

Los romanos, instruidos por los griegos, no hicieron otra cosa en la elocuencia que en los demás géneros de literatura: imitar á sus modelos, dar á su estilo más corrección, más elegancia, si se quiere, pero menos nervio, menos energía. Así se observa en los discursos de Cicerón, comparados con los de Demóstenes. Las circunstancias en que se hallaban los romanos son muy parecidas á las de sus maestros, aunque no tan favorables. El *forum*, como los tribunales griegos, estaba formado por muchos jueces: en él también había la costumbre de presentar á los parientes del reo implorando clemencia; se hallaban en su propio lugar las declamaciones vehementes, y otras muchas cosas no admitidas entre nosotros. Aquí la retórica, más bien que la jurisprudencia, era el estudio de los que se dedicaban á la oratoria forense; pues había cierta clase de hombres llamados prácticos, cuyo oficio era suministrar al defensor de una causa los conocimientos precisos de las leyes, para aplicarlas al asunto de que se trataba. La elo-

cuencia popular admitió más movimiento y energía, pues el orador, dirigiéndose á un auditorio numeroso, y en su mayor parte ignorante, procuraba más conmover el corazón y excitar las pasiones, que convencer el entendimiento con razones lógicas y poderosas. Pero jamás llegó al grado de animación que la de Grecia, porque en este país el pueblo tenía más poder que tuvo nunca en la república romana. En la patria de Demóstenes, la decisión popular era ley; en Roma se hallaba modificada por otras causas. Además, el genio de estas dos naciones era diferente: si los griegos se distinguen por su carácter fogoso y apasionado, los romanos son conocidos más bien por su gravedad y reflexión. El período brillante de su elocuencia fué corto, pues vemos que concluyó después de Cicerón con el cambio de gobierno republicano en gobierno absoluto, donde todo estaba sujeto al capricho imperial.

Y no podía suceder de otro modo: la elocuencia necesita campo donde manifestarse, donde desplegar su vuelo sin trabas, con la libertad del pensamiento. Y entonces, ¿dónde podía manifestarse la influencia de la palabra? ¿En las juntas populares? Ya no existían. ¿En el Senado? Este, envilecido ya, y sin acordarse de su esplendor primero, era solo un dócil instrumento de los emperadores, que decidían los negocios, no conformándose con las leyes establecidas, ni dirigiéndose por otra razón que su voluntad. Ellos, reuniendo en sí todas las dignidades, se abrogaron un poder sin límites: en el Senado, la mayor parte de los discursos eran torpes y serviles panegíricos, donde sin pudor alguno atribuían á los emperadores todas aquellas virtudes que estaban muy lejos de poseer. Finalmente, cuando esa espantosa corrupción de costumbres, cuyo solo recuerdo nos muestra hasta qué estado tan envilecido y abyecto pueden descender las sociedades privadas de la benéfica luz del cristianismo, atrajo á las tribus guerreras del Norte que sobre las ruinas de la señora del mundo levantaron otros pueblos, la elocuencia se oscureció para no volver á lucir sino después de muchos siglos.

Con la invasión de estos conquistadores perdió el hermoso idioma latino una gran parte de su armonía imitativa: pues ellos, poco sensibles á la música del lenguaje, aspiraban solamente á expresar sus pensamientos con toda exactitud, desdenando los adornos que tanta gala comunican al estilo. Despojaron también á los nombres de sus variadas terminaciones, y despreciando el estudio, pusieron todo su cuidado en el ejercicio de la guerra. El saber se extinguió casi por completo.

Más tarde las cruzadas contribuyeron poderosamente en beneficio de la cultura: el Asia fué á un tiempo para los cruzados un

campo de batalla y una escuela en que aprendieron muchas artes útiles; así es que á su vuelta, Europa adelanta un gran paso; y no solo progresaron las artes, sino también la literatura y cuanto constituye el saber humano. Italia, poniéndose al frente de esta regeneración, produce sus admirables poemas y otras obras, ilustres monumentos de su gloria; pero no basta esto para volver á la elocuencia su esplendor perdido: era necesario, según dije antes, que esta tuviera campo donde poder desarrollarse. Túvolo, en efecto, con la erección de Génova y Holanda en repúblicas y de varios gobiernos monárquicos puros en representativos.

Mas la elocuencia moderna no puede compararse con la antigua en la nerviosa robustez del lenguaje y en la excitación de los afectos, sino que más templada, más lógica y razonadora, se dirige á la inteligencia más que á las pasiones; aspira más bien á convencer nuestro entendimiento que á subyugar nuestro corazón. Si en el parlamento que conocemos hoy pronunciase algún orador una de las apasionadas arengas de Demóstenes, probablemente tendría mal resultado. Otro tanto se puede asegurar respecto de la oratoria forense, cuyo carácter entre nosotros es la gravedad y la nobleza, unidas á una elegante sencillez. La antigua costumbre de procurar conmover á los jueces con las suplicantes lágrimas de los parientes del reo pasó ya: hoy, el orador, hablando á un tribunal severo, instruido y poco numeroso, vé tan solo su defensa en las leyes examinadas á la luz de la sana razón. Constituidos de este modo los tribunales, la lógica ha reemplado á la pasión: el argumento á la gala retórica.

Los Congresos actuales no son formados por la plebe fogosa y ruda, sino por personas distinguidas, y esta es una de las causas del diverso rumbo que en ellos ha tomado la elocuencia. En España no es tan severa como en Francia, y particularmente en Inglaterra: los españoles, hijos de un clima meridional, con más imaginación y más sensibles á la armonía, admiten más galas y movimiento en sus discursos, aunque sin separarse del carácter que en general sigue la oratoria en la época presente.

Tales son las cualidades con que se distingue la elocuencia, según la índole y varía civilización de los pueblos en que sucesivamente ha florecido. Vémosla en la gran plaza de Atenas, representada por Demóstenes, impetuosa, enérgica, vehemente, reducir los ánimos, inflamar la imaginación, y atraerse las voluntades de todos. Aquí desaparece el orador, y solo se escuchaban sus palabras; no se veía en él al hombre instruido que iba á recitar una arenga trabajada con esmero, sino al representante de la república. Su voz era escuchada como la misma voz de la patria. En Roma adopta

un tono templado y florido, aunque muchas veces se acerca al genio de la griega. La oratoria romana parece un medio entre esta y la de los estados contemporáneos. Si la elocuencia de estos es más severa y filosófica y más nutrida de principios, queda inferior á la antigua en calor, movimiento y energía, y en aquella imperiosa vehemencia que tan repetidos triunfos alcanzó en las repúblicas griega y romana.

NARCISO CAMPILLO.

A Gayosina.

Antiguo alcázar en distante suelo,
Entre colinas de verdor y flores,
Habita al márgen de famoso río
Noble doncella.

Como el lucero cuando el sol declina,
Al lado brilla de su anciano padre
Que la bendice y con cariño santo
Su ángel la llama.

Griegos perfiles, divinal sonrisa,
Ojos velados y expresiva frente,
Animo grande y sin igual ternura,
Y habla hechicera....

Tal su retrato se grabó en mi pecho,
Tal en mis sueños de poeta vive,
Tal me la muestran en fugaz imágen
Nubes y estrellas.

Por mí su casto corazón suspira,
Por mí al Eterno su plegaría asciende,
Por mí su canto melodioso y áurea
Cítara suenan.

Inquieta siempre, de mi amor llamada,
Gira el terrado, la campiña otea,
Y nuevas mías á las aves pide,
Pide á los vientos.

Tal vez me finge en abedul distante,
Oye mi voz en los agrestes ecos,
Llora de gozo y con afán exelama:
"Ven, amor mio!"

¿Por qué me llamas, virginal paloma,
Si la fortuna sus doradas alas
Para volar á tu risueño valle
Niégame impía?

¿Por qué tu acento enamorado y suave,
Por qué en mi débil corazón aviva
Ansia de glorias que alcanzar no espero,
Dulce bien mio?

Dáme al olvido; que mi triste sombra
A desvelar tu corazón no vuelva;
Dáme al olvido; pero yo ¡podría
nunca olvidarte!

Madrigal.

¿No ves en la estación de amores
Pintada mariposa breve

Qué, al soplo de las áuras leve,
 Rondando las fugaces flores,
 Leda se mueve?
 ¿No ves como, por fin, plegando,
 Las alas, de azucena pura
 Se acoge á la vital frescura
 Y en medio de su cáliz blando
 Duerme segura?

Así mi corazón; le tienes
 En ella retratado, Ismena;
 Son flores de la vega amena
 Del mundo los inestables bienes,
 Tú la azucena.

EN EL ALBUM DE COVADONGA.

Soneto.

Madre de amor que velas de continuo
 Sobre la tumba humilde y silenciosa
 Donde ceñido en claridad gloriosa
 Duerme de España el fundador divino;
 ¡Mira á tus pies mi corazón mezquino
 Que en angustiadas lágrimas rebosa!
 En él de la mujer más rigurosa
 Grabado llevo el rostro peregrino.
 Copia tuya en pureza y hermosura,
 Disté á sus ojos tu mirar suave,
 Disté á su boca tu aromado aliento:
 Dale también tu cédica ternura,
 Tu alma le infunde que mis cuitas sabe...
 ¡Haz que responda, como tú á mi acento!

GUMERSINDO LAVERDE.

Las comedias de Aficionados.

Tan generalizado se halla en nuestro país el gusto á la poesía dramática, que con dificultad se hallará ciudad, villa ó aldea, en que los apasionados á tan sublime arte, no ejecuten en las principales fiestas algun drama, comedia ó sainete.

Y no se crea que llevar á cabo tamaño proyecto suscite pequeñas dificultades y despreciables obstáculos; el poner en escena una comedia por los aficionados, es tan difícil empresa, como hacer en España un camino de hierro. Originanse cuestiones, surgen etiquetas porque á Fulanita se la dió el papel de criada, cosa que no la agrada, y á la Zutana el de vieja, que la agrada menos, aunque sea la más á propósito para el desempeño de aquel, por ser una doncella de cuarenta y ocho años.

Pero ya se hallan todos conformes en aceptar el que se les señale, y vamos al *incipit lamentatio*, que es la elección del drama. Tantas cabe-

zas, tantas sentencias. Uno propone el *Caballo del Rey D. Sancho*; otro, dado al romanticismo, opina por *Un poeta y una mujer*; éste quiere la *Marcela*, aquel el *Bruto de Babilonia*; y hay á veces tal diverjencia de pareceres, que con frecuencia se desiste de llevar adelante la función, por empate de votos en la elección de comedia.

Vencida esta dificultad, señala el director hora y día de ensayo. ¿Quién es capaz de decir lo que sufre para corregir los toscos modales de la una, la exajerada acción de la otra, el tono cromático de aquella, el aire maton del *galán*, los ridículos aspavientos del *gracioso*, los extravagantes trenos del *perseguido* y las jermiadas de la *víctima*? Suda, se afana, y si reprende en tono dulce, no tiene carácter; si en ágrío, los actores bufan contra el gesto grave del director.

Llega el día en que en enormes cartelones se anuncia la función. El teatro se vá llenando de gente ansiosa é impaciente de que se descorra la fatal cortina. La orquesta, que por lo regular se compone de fígle, violín, bombo y platillos, ejecuta una magnífica sinfonía, cuyo estrepitoso *allegro* hace brincar de furia á Weber, y mesarse los cabellos al inmortal Donizetti. Ya los actores se encuentran preparados, y cuando el director cree que en los trajes habrá la necesaria conformidad histórica, vé con asombro al conde D. Julian, vestido de chambergo; al Diablo luciendo un enorme sombrero de tres picos, y al rey D. Pedro con pantalon de trabillas, cota de malla y sombrero redondo. Pero ¿qué remedio? ha cesado el delicioso *purrum, purrum* de la orquesta, el público se impacienta, y es necesario alzar el telón.

—Cuidado, Fulanita, serenidad; dice el director á la que *rompe* la escena.

—¡Ay... Jesús!... cómo tiemblo! *me voy á perder*, contesta azorada.

Alzase el *cu-bre-ápuros*; un silencio profundo sucede al anterior murmullo. ¡Adios, preveniciones!... La actriz se eleva en *alas del génio*, manotea, gesticula, dá voces desentonadas, como la *Facunda de Errar la vocacion*, alcanza con las palmas á las bambalinas, y de seguro, que á tener sobrepelliz, cualquiera la creeria un misionero convirtiendo infieles.

Cortar el verso lo hace con otro primor; no es difícil oirla:

"Le avisé al momento y vino,
 tu padre la Reina ha muerto."

Y esto contando con que la niña no se aturulle, y á lo mejor salga con aquello de

"ó firmas este puñal,
 ó con este papel rompo tu pecho!"

que la vale una estrepitosa salva de aplausos, que ella modestamente ha creído merecer.

O tomando las notas del drama, como parte integrante de la versificación, haga digerir al *ilustrado* público las siguientes barbaridades;

"Rabio de celos aparte;
 ¡ay mé...! váse enfurecida:
 llega al paño, voces fuera,
 y sale la comitiva!"

El aparato escénico siempre vá en armonía con las disposiciones de los actores. ¿A quién chocha ver al Garcerán, del *Recuerdo de un crimen*, vestido de americano, ni á quien sorprende que el bravo Téudia mate con una escopeta al conde D. Julian? ¿Quién se admira al ver el teatro *iluminado* con exquisitas velas de sebo, que se estremecen convulsivamente á un arranque escénico del actor, al mismo tiempo que jaspéan admirablemente al gaban del que mira?

Las consecuencias de estas funciones son las más veces funestas. La crítica, señora y reina de las pequeñas poblaciones, se ensaña cruelmente en los improvisados actores, y de aquí las rencillas y enemistades. A veces un aplauso basta á deshacer la íntima union de muchas familias. Pero quienes más sienten sus consecuencias, son los amantes. Al almibarado Indalecio le hace muy poca gracia que el rey D. Rodrigo estreche amorosamente las manos de su Luisa, convertida en Florinda. Nacen quejas, siguen recriminaciones y despues sobreviene el estrepitoso rompimiento de amistosas relaciones. Cierto es que esto supone muy poco para la donosa doncella, que se consuela con las galantes protestas del rey godó, á quien tan lejos de odiar, como suponen las tradiciones, vé jura un amor eterno, y á veces, pasado algun tiempo, se une con general contentamiento de todos, y particular de ellos.

No todas las funciones de aficionados á comedias adolecen de los defectos que hemos trazado: nosotros hemos visto algunas, que han excedido á nuestras esperanzas, y en las que aquellos interpretaron muy bien los papeles de su cargo, consiguiendo merecidos aplausos en la difícil senda que inmortalizó á Maiquez, Latorre y Rita Luna.

A. L. ANITUA.

Muchos son los Llamados y pocos los Escojidos.

ARTÍCULO FOTOGRAFICO.

Ni ¿quién tan necio os llamará poetas,
 si os sorprendió solícitos, dudosos,
 midiendo con los dedos codiciosos
 de un verso vil las sílabas completas?
 (M. DE LA ROSA.)

Hay hombre que, á fuerza de cavilaciones y lecturas, ha llegado á saber que un arroyo es una *sierpe de cristal*, ó una *cinta de platu*; que un prado cualquiera es un *eden*; que las mejillas de las jóvenes son *rosas*, *perlas* sus dientes, *corales*

sus labios, sus cabellos *oro cendrado* y sus manos *marfil purísimo*; que muchas penas forman un *océano de dolor*; que la noche tiene *enlutados velos*, y la mañana *traviesos cefirillos*, *cándidos albores*, *rosicler*, *flotantes gasas*, etc. Provisto de tan útiles conocimientos y de un almacén de epítetos para rellenar huecos y formar retumbancia, y con un oído tan excelente como basta para conocer que *aflicciones* es consonante de *melones*, y que *Heles-ponto* lo es de *tonto*, se lanza á embadurnar pliegos y pliegos de papel con insulsas tiradas de versos; los publica despues; habla con cuatro amigos gacetilleros, obtiene los elogios de la prensa, y el vulgo (entiéndase tambien por vulgo muchos que creen no serlo); el vulgo, la generalidad, las masas, dicen de este quincallero:—¿Quién? Fulano? ¿Aquel de las doradas gafas que siempre está mandando el puño de su baston? Ese es un poeta. Con efecto, ha compuesto cuatro felicitaciones de días, dos odas eróticas y tres sonetos á los enlaces de otras tantas marquesas. Todo, por supuesto, lleno de *fuentecillas murmuradoras*, *maripositas inconstantes*, *perfumados favonios* y *auroras* y *soles* y *crepúsculos* y *zenit fulgente*, con la demás comparsa de vocablos usados en tales ocasiones. ¿Qué más se necesita para obtener tan nobilísimo título?

Pues ved aquí á otro ciudadano, á quien de seguro conoceréis, por pocas relaciones que tengais en esta cosa que llaman república literaria. Este hombre que os presento, lectores míos, viste levita y pantalon como otro cualquiera: come, fuma y bebe como todo el mundo; habla tambien lo mismo; y se casa, si quiere, y tiene hijos, si puede, y los bautiza, y es abogado, militar, médico, ó propietario solamente, que es la profesion más descansada. En suma, en el orden social es la unidad contribuyendo á formar el guarismo; lo que suele llamarse uno de tantos. ¿Creéis que siempre es así? Pues no es cierto; que el Sr. D. Fulano de Tal deja de ser algunas veces un español instruido para transformarse en un rezagado latino-grecizante.

Sucédele esto, cuando experimenta cierta vehemente comezon, que él apellida númeron, y otro con más acuerdo pudiera apellidar monomanía. Entonces, despues de haber mandado á la criada que ponga trégua á sus continuas can-

ciones, se encierra en su aposento, abre el estante de los libros, rodéase de Teócrito, Bion y Mosco, de Horacio, Ovidio y Catulo, con otra comparsa de paganos, y ¡tanto pueden las malas compañías! hácese pagano él mismo, siquiera momentáneamente. Hélo ahí, luchando por engañarse á sí propio y convencerse de que está inspirado: oídlo cómo invoca al Sr. D. Apolo, el de la áurea cabellera y á sus amojamadas hermanas; al caballo Pegaso, de infatigables alas, y á la embriagadora Castalia fuente; á todos demanda inspiracion y fuego, que así llegan para él, como por los cerros de Ubeda. Pero en este mundo sublimar donde quiera se observa la ley de las compensaciones, segun lo expresa el adagio de "lo que no va en lágrimas, va en suspiros;" así, pues, si la composición del pséudo-pagano carece de espontaneidad, elevacion y brío, y aun de sentido comun, si los clasicistas me apuran, en cambio está repleta de alusiones mitológicas, y el lector, no muy experto en ellas, tiene que andar preguntando á los amigos quién es el trifauce monstruo, quiénes las Oréadas, Hamadriadas y Silvanos; cuál es la fatal tijera, quién el divino cornudo y la bella Europa, y si el vellocino es hembra ó macho, con tales y tales cosas, que mejores son para llamadas. Tiene tambien la dicha composición exóticas palabras y amanerado lenguaje, empedrado de latinismos y helenismos, lo cual, sin duda, contribuye á su espontaneidad; y tanto la tela como el corte de la obra, parecen salidos del taller de un sastre del bajo imperio. Para este inclito autor, nada son y nada significan los acontecimientos contemporáneos, el nuevo rumbo de las ideas, las desgracias ó prosperidades de su patria, los sentimientos del corazón, los grandes cuadros que presenta la historia de nuestra religion santa, ó la historia ilustre de nuestros abuelos, ni las aspiraciones á lo futuro, ni las mil y mil ideas indefinibles que agitan la mente de todo hombre pensador y entusiasta. Decidle que escriba esto, que cante esto, y os responderá con sonrisa de compasion que todo es pura prosa, y la única senda del acierto es la imitacion de latinos y griegos. ¡Imitar! Merodear como rateros, es lo que hacen este y otros muchos. El pueblo, siempre rumboso y caritativo, les dice poetas mientras viven; pero la

muerte los devora enteros á ellos y á sus obras. ¡En paz descansen!

Con esta grey de versificadores, *servum pecus*, ofrece notable contraste esa turba de innovadores desatinados, cuyo funerario aspecto, merovingias cabelleras y descompasadas voces los denuncian á tiro de rifle como hombres próximos á perder la chaveta. Para comprobar esta sospecha, leed sus poesías: no son odas, ni romances, ni letrillas, ni poemas épicos, ni comedia, ni tragedia, ni pertenecen á género alguno conocido, ni aun su título está en consonancia y acorde con los pensamientos, ni se vé esa estrecha unidad y armonía con que deben enlazarse las partes de cualquiera obra para formar un todo congruente y perfecto, en cuanto es dable á las fuerzas humanas producirlo. El desórden, y no ese bello desórden hijo de la supresion atinada de las ideas intermedias; sino el que nace de la confusion de aquellas cosas que no debieron mezclarse jamás; la falta de correspondencia entre el pensamiento y la imágen, el descuido y menoscupio de la gramática y propiedad del idioma, los sonidos ásperos é incul-tos y una vaguedad desagradable y fria, todo se junta y conspira contra la sana razon y el buen gusto literario. Porque Byron, Víctor Hugo y Espronceda, grandes poetas, han atropellado algunas reglas (y á veces con razon), ellos se creen facultados para atropellarlas todas; pues con tal de variar de metros de suerte que la severa octava se mezcle á cada punto con la vulgar seguidilla; con tal de aburrir á todo el mundo repitiendo mil y mil veces que se hallan hastiados, que las mujeres son muy malas, que no los comprende nadie y les falta el canto de un papel para encajarse un par de balas en el cráneo, nada les importa que la gramática se queje, que el oído rechine, se amontonen los disparates, y el sano juicio diga: "maldito si te entiendo." Añádase á esto que los tales innovadores se inclinan, y no poco, al paganismo, pues el destino prepara y hace cumplir los acontecimientos; con cuya acertada doctrina, virtudes y vicios quedan iguales:

(Si tú eres hijo del rey,
yo lo soy de un campanero;
pues de tan alto venimos,
los dos altezas seremos.)

Y ni las unas merecen premio, ni cas-

tigo las otras, ó estos premios y castigos son injustos. Pero donde verdaderamente triunfa y campea por su respeto la turba romántico-melenuda es en el drama. Vayan mucho enhoramala Lope de Vega, Calderon de la Barca, Rojas y el gran Alarcon; que estos no eran románticos; ó lo eran sin saberlo, y respetaron siempre el buen juicio: ¿qué valen sus bellezas junto á las fenomenales creaciones dramáticas de nuestros dias? ¿Qué vale un drama donde no hay quien se dé muerte á puñaladas, ó se ahorque sencillamente, ó cuando menos se beba un par de tinajas de envenenado licor? Dulce y decoroso es que haya siquiera tres ó cuatro ejecuciones con sus correspondientes entierros, dos ó tres incendios, alguna pasion incestuosa, un terremoto, y si no, una batalla; y al fin su moralidad indispensable, diciendo que quien tiene la culpa es el pícaro destino, que ha dado á los protagonistas tan piramidales y volcánicas pasiones; pues por lo demás, son unos benditos, siempre que les dejan hacer cuanto les dá la gana. El público asiste á estos dramas y los aplaude, porque el público es un buen hombre que tiene aplausos para todo, desde *Las paredes oyen*, hasta *Por seguir á una mujer*; es decir, desde lo excelente, hasta el más ridículo mamarracho. Ese público paciente é indulgentísimo concede título de poetas á tales autores, que, apesar de ser así llamados, no serán seguramente de los escogidos.

Ni tampoco lograrán pertenecer á este número, ni prolongar su memoria durante largos siglos, los que, dotados de erudicion y de algun talento poético, hacen de la inspiracion grangeria, y arrastran por el lodo lo que debieran mirar como más sagrado, que es la independencia y dignidad del hombre. Así como el minero busca el filon, el navegante la estrella polar, y el buzo las escondidas perlas, ellos buscan á los grandes, los principes, los reyes. Tomándolos por blanco, les asestan un turbion de composiciones, que más bien debieran llamarse memoriales en verso pidiendo limosna. Importa nada que los héroes á quienes prodigan alabanzas, sean todo lo contrario de lo que estas mismas alabanzas pregonan á grito herido; pues entonces el elogiado se marea más y más con el humo del incienso, y asombrado de verse con tantas insignes cualidades, que él

mismo acaso no sospechara, suele proteger y premiar alguna vez al ingenioso autor del descubrimiento. ¡Cuán bello, cuán digno, y sobre todo, cuán recomendable es para un autor el dar á la estampa un libro de poesia de esta clase!

El lector, seducido por la fama de doctor que el autor goza, abre el volumen, ansioso de saborear sus excelencias, y repasando el índice, encuentra solamente semejantes epigrafes: Al señor conde de Tal: al marqués H.: al ministro X: al principe J: *et sic de ceteris*. Alurdido y confuso ante tal plaga de señores, queda en suspenso un punto para recobrase del susto, y prosigue hojeando el índice, que se le antoja el catálogo de un libro de heráldica. Con efecto; solo faltan los escudos pintados de colores; que las genealogías y biografías allí se encuentran íntegras y puestas en consonantes muy bonitos, lo cual es un nuevo mérito. Pero ¡qué biografías! Es verdad que la historia las calla, sin duda por prudencia; mas ahí está el cantor, que las sacará á relucir por esos mundos, limpias y brillantes como el sol de mayo. Algunos le tacharán de parcial, y muchos de adulador, mientras él recoge las migajas del poder, entonando por lo bajo aquel refran de

"quien á buen árbol se arrima,
buena sombra le cobija."

Pero al mismo tiempo el lector se pregunta á sí mismo: ¿quién es este cantor que solo vé virtud donde hay dinero? ¿quienes son estos héroes, cuyos nombres jamás hé oído? En Dios, en el corazón humano, en la historia, en el arte, y aun en la misma naturaleza física, ¿no hay asuntos más dignos del génio? Cienfuegos elogió á un carpintero, porque era virtuoso; este alaba á los magnates, porque son magnates: Cienfuegos merece el nombre de poeta; ¿cómo deberá llamarse á ese esgrimidor del incensario?...

Bautízalo como quieras, lector amigo; no por eso dejará el torcido rumbo; que quien malas mañas tiene, tarde ó nunca las pierde. Entre tanto, disgustado yo de haber tocado tales miserias, aunque ligeramente quiero terminar este artículo con cuatro rasgos acerca del verdadero poeta; pues es natural que quien ha caminado por ásperos senderos, desee detenerse algun momento al encontrar

en su camino un sitio delicioso.

El poeta es al versificador, lo que el oro á la alquimia y el diamante al vidrio; en suma, el uno es la verdad, el otro la falsificacion. Se confunden á veces mientras viven; pero aquí la piedra de toque es la losa del sepulcro, y la máscara se deshace al sombrío resplandor de la muerte. Así se han desvanecido como el humo tantas reputaciones labradas por bastardos medios: así también se desvanecerán otras que hoy se alzan insolentes creyéndose eternas. Pero ¿quién es el verdadero poeta? ¿cómo se forma? ¿cuál es su distintivo? Es el que ha sido largamente dotado por Dios de un corazón generoso, de una inteligencia rápida y grande, y de una propension irresistible hácia lo bueno, lo verdadero y lo bello. Empieza á formarse desde que empieza á ser hombre, cuando sus ideas van saliendo de la oscura niebla de la infancia. Durante un período más ó ménos largo, siente que dentro de sí se verifica una revolución extraña: no sabe qué es, y sin embargo, padece y goza al mismo tiempo; su imaginación le presenta cosas que nunca ha visto con los ojos de la carne: si piensa en los siglos pasados, sospecha que ha vivido otra vez en otras edades, según la claridad con que los mira; y su inteligencia audaz se alegra espaciándose por los campos de lo futuro. Percibe armonías en el viento, en un rayo de sol, á orillas del océano; en todo lo que es bello y grandioso: de un día interior se siente iluminado, y le parece que lleva un mundo en su seno. Así vaga indeciso y descontento de un ramo de la ciencia á otro: creyente fervoroso de una divinidad desconocida, vá depositando ofrendas en todos los altares, hasta encontrar aquel que le reclama por sacerdote. Más cuando han pasado días llenos de ansiedad y noches de insomnio, llega el momento supremo y se extremee profundamente como si la mano de Dios le hubiese tocado. Rásgase el velo de improviso y queda deslumbrado como si, habitante de un negro calabozo, sintiera de pronto relampaguear sobre su frente el sol de la libertad. Las dudas se disiparon, la indecisión es certidumbre: entre los mil caminos de la vida, solo vé el suyo, y avanza por él con pié ligero y firme. Oye continuamente resonar en su oído: "tú serás poeta." Y

llega á serlo sobre las alas de la meditación, ese coloquio santo del hombre consigo mismo, que tiene el alma por teatro y por espectador el cielo.

Sus obras no deben, no pueden confundirse con las obras vulgares; llevan una fisonomía particular, un sello propio, y es la fisonomía y el sello del génio. ¿Cuántas mujeres han sido burladas de una manera vil por sus amantes? Muchas: y muchas veces la poesía ha descrito sus desengaños y penas; y mientras en casi todos los poetas se pinta esta situación floja y desmayadamente, la Dido de Virgilio y la Elvira de Espronceda viven, respiran, se les oye y compadece, y serán siempre modelos de alma y de génio. El poeta, digno de este nombre, se distingue por la verdad: sus lectores ven las cosas que él describe, aman lo que él ama, y mientras leen sus obras, viven con su propia vida. Cuando leais unas páginas encabezadas con el nombre de poema, oda, romance, etc., y al concluir las no se ha agitado vuestro corazón con ningún sentimiento, ni vuestra inteligencia se ha elevado con alguna idea noble y digna, bien podeis asegurar que el autor no es poeta: en vano podreis objetar que no encontráis el menor defecto: yo encuentro solo uno; la falta de poesía.

NARCISO CAMPILLO.

Compañía de Elogios Mútuos.

¿Qué cosa mas natural?
tú me alabas, yo te alabo;
esta conducta ¿es al cabo
algún pecado mortal?

Si este rótulo estuviese escrito con gruesos caracteres en tabla y colocado sobre una puerta, el transeunte se detendría con asombro, y alargando un cuello capaz de dar envidia al de la más alta girafa, exclamaría indignado:—¿qué veo? ¿una sociedad de elogios mútuos? ¡Hasta aquí puede llegar la desvergüenza! A sus voces y gesticulaciones acudirían otros y otros, pues aun en el siglo de los vapores y ferro-carriles abundan los desocupados que es una maravilla; y todos juntos y formando corrillo, correrían un sayo al representante y cofrades de la tal sociedad, que dejaría en

pañales al más afamado sastre parisiense. Cualquier candoroso espectador de dicha escena, al ver el tempestuoso alboroto promovido por el anuncio de la compañía laudatoria, deduciría una serie de consecuencias en sumo grado favorables á la moralidad y al público decoro. Y por más que sus deducciones fuesen rigurosamente lógicas, ¿cuánto se engañaría en ellas el buen hombre! Porque, tomando el rábano por las hojas, confundiría el alma con el cuerpo, el pensamiento con la forma, y lo interior de la fruta con su corteza. Que esta corteza presente buen aspecto, y nada importa si lo demás está podrido. ¿Quién se mete en examinar la esencia de las cosas? Dejemos esta impropia tarea para los filósofos y los boticarios. Así se piensa y se obra, por más que no se confiese. La verdad es dura, y no hay valor ni fé para manifestarla: si la idea abstracta de la verdad fuese representada por un símbolo material, ninguno le convendría como un anzuelo, pues el que la traga, no tiene poder para echarla fuera. Así, el osado que sobre su puerta fijara este rótulo, *Sociedad de Elogios Mútuos*, atraería sobre su cabeza la indignación pública.

Pues esta sociedad ó compañía existe, aunque anónima; y no existe una sola, que sería lástima grande si fuese único el ejemplar de tan sublime obra; sino que, por lo que alcanzo, hay varias en la corte y en las provincias, pudiéndose considerar estas como sucursales ó hijuelas de aquellas. Carecen de reglamentos, porque ciertas cosas no es cuerdo escribir; pero proceden reglamentariamente, y á veces con la misma precisión con que una banda de música responde á la señal del maestro. Es una gloria ver á cualquiera de los afiliados despues de haber compuesto su librito: ¿creéis que entonces descansa? No; entonces precisamente es cuando para él empieza el trabajo; que la obra poco ó ninguno le ha costado. Los antiguos sudaron con el caritativo fin de que no sudemos nosotros; ahí está la mina de sus escritos; el filon es abundante, y con volver por activa lo que ellos dijeron por pasiva, con un poco de desparpajo y otro poco de poca vergüenza, el ser autor es tan fácil como beberse un vaso de agua.

El asunto peliagudo es sacar á luz la cria, que como enfermiza y exánime, debe ser preservada por su cariñoso padre

de los vientos que pudieran serle nocivos. Estos vientos son el desagrado ó la indiferencia del público; y para evitarlos es precisamente para lo que sirven los cofrades y hermanos del incensario. Estimulados por el autor y por cierto adagio que dice "hoy por tí y mañana por mí," ponen manos á la labor y emprenden una especie de cruzada contra el inocente público en folletines, gacetillas y artículos llamados *de fondo*, sin duda porque lo tienen tan profundo que nadie llega á encontrarlo. Dicen de esta faena, que es *formar atmósfera*: y dirá cualquiera sin ser Licurgo, que muy raquítico será el recién-nacido, cuando sus pulmones no pueden respirar la que los demás respiran; sino que necesita una formada *ad hoc* y por encargo. Con todo, caen en la red algunos paganos; y los apellido así, no porque sigan las creencias gentílicas, sino porque pagan su inexperiencia soltando pulida y limpia plata por necios versos ó rastro de prosa. Paréceme que oigo á uno de estos paganos responderme: "¿y quién se había de figurar el chasco? ¿Ignora usted que el crítico X., el sapientísimo J. y otro, cuyo nombre no recuerdo, pero que está en olor de sabiduría, recomendaron esta mal zurecida obra, la prologuizaron, la apoyaron, la calificaron de inimitable, fenomenal y piramidal, y yo no sé cómo no la canonizaron?" ¿Cómo se han equivocado en sus juicios "hombres tan inteligentes?" No se han equivocado: ellos fueron los primeros en reírse del engendro que apadrinaban; pero el crítico X, el sapientísimo J, y el que está en olor de sabiduría, (olor que por lo sutil no se percibe), son amigos y cofrades del autor y no habian de apellidarle ignorante, pésimo y desabrido. Fuera de que tales palabrotas las rechaza nuestra envidiable cultura; la educación consiste en exterioridades y floreos; la verdad déjese para la boca de los ganapanes bajo el nombre de sandeces, groserías y frescas, aunque muchas veces, tal es nuestra filosofía, queda más fresco el que las oye que quien las dice.

Pero no te abochornes, ¡oh pagano! de tu credulidad y sencillez, pues de esa tela todos tenemos ó hemos tenido un hábito, y del mio puedo asegurarte que tan cumplido y largo era, que me arrastraba, y *ainda más*. Voy á hablarte en confianza para que veas que mi candidez su-

peró á la tuya. Tenia yo pocos años cuando la poesia, como si tomara forma humana y uñas descomunales, me agarró por los pelos, y dijo: "Este es mio." Y me cogió tan de firme, que me acostaba recitando versos, soñaba tragedias y poemas; despertaba poetizando, y apenas tomaba la puerta, me iba al campo, tendia mi capa sobre la yerba, y allí empapaba mi alma en la de los poetas antiguos; ó soltando el libro, pasaba horas y horas contemplando el cielo, las aguas, los árboles, aspirando las mil armonías de la naturaleza, entregado á extrañas cavilaciones y sintiendo todo lo que puede sentir quien tenga el entusiasmo y la ilusion por arrobos y la experiencia mundana solo por adarme. Aquel tiempo sin horas fué lo mejor de mi vida; nada hay como soñar despierto. Pues bien; despues de aspirar la poesia en la naturaleza, buscábala en el libro, y con el ardor inconsiderado del neófito, creíame entonces capaz de emular ventajosamente á los vates antiguos. Pero una reflexion detenía mi entusiasmo y me ponía malo. La tal reflexion era la siguiente. Estos poetas que yo estudio y admiro, han florecido hace ya centenares de años; así, aunque en su tiempo parecieron excelentes, y á mí me lo parecen todavía, consiste sin duda en que ni en su época se conocian otros mejores, ni yo, empapado en las obras de las pasadas generaciones, hé dedicado mi atencion á los escritos de los modernos. Probablemente cuando los lea, hallaré en ellos tanta perfeccion y tan maravillosas luces, que eclipsen á los antiguos y me dejen sin ganas de tomar la pluma en todos los dias de mi vida. Ya hé dicho que semejante pensamiento era un helado soplo que resfriaba mi entusiasmo, y me hacia pasar amargas horas de incertidumbre. No pudiendo sufrirla más, determiné desengañarme de una vez; pues menos mala es una desgracia real y efectiva, que otra amenazante y suspendida por un hilo sobre nuestra cabeza, como la espada de Damocles. Entreguéme, pues, á la temida lectura; ni dormí en muchas noches, ni salí de mi cuarto en muchos dias; comedias, dramas, tragedias, poemas líricos, novelas.... todo lo devoraba con ansia, y á cada libro que leia, un idolo rodaba de su pedestal. Pocos, muy pocos permanecieron erguidos. Contados fueron los que juzgué merecedores

de su fama. No llenaban mi espíritu; no correspondian las obras de esos semi-dioses de la literatura á la veneracion que les habia tributado, guiándome solo por la consideracion agena. Casi toda su poesia era el redoble de un tambor; hueca y sonora.

¿Y estos son los autores, cuyos nombres tan sonados como las narices, han hecho más ruido que el órgano de una catedral? ¿Estos son los reputados, los ponderados, los incensados, los sublimes, los grandiosos é inimitables? ¡Válgame Dios piadoso, y qué poco puñado son tres moscas! Suele suceder con los hombres de nombradía, lo contrario que con los árboles: el más crecido álamo parece desde lejos un débil arbusto; pero á medida que el caminante se vá acercando, mira extenderse la pompa y grandeza de sus ramas; y al llegar al pié de su tronco, se figura que la altísima copa está meciéndose entre las nubes del cielo. Mas al aproximarnos á estos géneos de perspectiva, los vemos menguar y reducirse á la talla comun, tan luego como podemos separar su verdadera estatura de los largos zancos donde se subieron por su industria y suerte.

Ya ves, amigo pagano, que fui tan crédulo como tú, y un tantico más, como acabo de confesarte. Ahora quizá de cándido me habré convertido en desconfiado, pues los extremos se tocan, y nunca la vara de acero, una vez encorvada, vuelve al soltarla, á tomar su derecho. Con todo, procuro amoldarla en el yunque de la razon hasta dejarla más recta que un huso.

Vuelvo al corazon del asunto, dejando á un lado las digresiones y perfiles. ¿Qué se proponen las sociedades de elogios mútuos con sus cruzadas anti-literarias? Por lo comun su objeto es hacer un juego de óptica engañoso para la vista del público; presentar el vidrio suponiéndole el resplandor del diamante, y el estañó como plata acendrada y pura. Alzar de este modo edificios sin cimiento, reputaciones de un dia; que solo merece llamarse un dia breve lo que no pasa más allá del sepulcro. Ni aun hasta él llegan con mucho la mayor parte de esos castillos de naipes; pues los vemos desbaratarse con la misma rapidez que se levantaron. Por cierto que no es ociosa en este lugar la sentencia de Saavedra Fajardo, quien dijo en una de sus

Empresas: "A un vaso formado á soplos, un soplo lo rompe; el de oro hecho á martillo, resiste al martillo." Tan grande verdad debieran tener siempre ante los ojos los directores, cofrades y legos de las *Compañías de Elogios Mútuos*, á quienes Dios guarde, y á mí de ellos.

Ayer escribi estas líneas, y al repasarlas hoy, si no tuviera la seguridad de no haber probado el mosto durante largo tiempo, juraria que entonces estaba hecho una uva. Por lo ménos tenia turbada la cabeza. Quizá estaria bilioso. No recuerdo en dónde hé leído que Neron, Calígula, Tiberio y demás comparsa, eran muy buenos naturalmente; sino que su temperamento bilioso se exaltaba y les producía una especie de locura.

Por lo visto, ya no es bastante echar la culpa á los ministros, y llamar á los nenes de tal calaña *mal aconsejados príncipes*. Se ha descubierto otro mejor descargo, y este es la bilis. Sin duda estaba yo bajo su imperio, cuando dejé correr la pluma estampando las anteriores sandeces. ¡Qué disparatones, cielo santo! Si no hubiera ofrecido entregar hoy este artículo, ya estaria hecho pedazos como merece. Pero quien tal hizo, que tal pague; y ya que dige tan injustas cosas, debo retractarme de ellas, antes de que nadie me lo exija; porque despues seria pensar en lo imposible.

Me desdigo, por tanto, de lo anteriormente expuesto; y para que mi arrepentimiento sea más patente y la reparacion más completa, debo añadir: que las tales *Compañías de Elogios Mútuos* no existen, ni han existido jamás ni existirán tampoco en España, sino en la Tartaria y en la Guinea, que al fin, como países no ilustrados, sufren esta y otras plagas en castigo de su barbarie. Que en España todo es imparcialidad, todo justicia, particularmente en asuntos literarios: que nadie aquí mendiga elogios, ni lleva amigos aplaudidores á la representacion de sus dramas, ni se confabula con gacetilleros, ni emplea malas artes para adquirir nombradía y pesetas: al contrario, todos estudian con perseverancia y ardor, y hablan solo de lo que han aprendido bien á fuerza de largas vigiliás; todos manifiestan sus observaciones con modestia, y escuchan las agenas con docilidad, agradecimiento y buena fé; en una palabra, todo marcha por su verdadera senda, y to-

do se hace como debe hacerse. Por lo cuál, entusiasmado yo con las presentes costumbres literarias, pienso celebrarlas en un himno pindárico, aunque el *risum teneatis* de Horacio venga entonces tan á propósito, como la sal en el puchero. Así habré ganado, si no el título de leal y verdadero, por lo menos el de sócio de alguna de las *Compañías de Elogios Mútuos*, que existen.... allá en los bárbaros países de la Guinea y la Tartaria.

NARCISO CAMPILLO.

LA TÓRTOLA.

Tórtola mia! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés?
¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¿Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenaza con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el cáuto jubo del *manigua*?
Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansias ser libre, pasión bendita
Que aunque la llorc, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvario,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y á la alta luna que brilla en él?
Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

MILANÉS.

NOCTURNO.

.... filius autem hominis
non habet ubi caput reclinet.
JESUCRISTO. (Evangelios.)

¡Señor, Señor! el pájaro perdido
Puede hallar donde quiera su alimento,
En cualquier árbol colocar su nido,
Y á cualquier hora atravesar el viento:
Y el hombre, el dueño que á la tierra envías

Armado para entrar en la contienda,
 No sabe al despertar todos los días
 En qué desierto plantará su tienda!
 Dejas que el blanco cisne en la laguna
 El canto de los céfiros aguarde,
 Jugando con el brillo de la luna,
 Nadando entre los rayos de la tarde;
 Y á mí, ¡Señor! á mí no se me alcanza
 En medio de la mar embravecida,
 Jugar con la ilusión ó la esperanza
 En esta triste noche de la vida!...

Espárcese su perfume la azucena
 Sin lastimar su seno delicado,
 Y si el hombre refiere alguna pena
 Le queda el corazón atormentado.
 Humilla su cabeza indiferente
 El bruto en las agrestes soledades,
 Y yo si logro doblegar la frente
 No puedo doblegar mis vanidades.
 Y ¿quién soy yo?—Poeta vagabundo
 Que vengo, como un réprobo maldito,
 A cantar una hora en éste mundo
 En presencia de Dios y lo infinito!
 Vengo á pulsar el arpa un breve instante,
 Y en mi suerte más bella solo espero
 Que me sirva de tumba, como al Dante,
 Un camino tal vez del extranjero!
 Tengo el alma, Señor, adolorida,
 Ya aunque á la voz de un triste no te asombres,
 No me quieras culpar porque te pida
 Otra pátria, otro siglo, y otros hombres;
 Qué en esta edad de tránsito que asoma,
 Con mi país de promisión no acierto:
 Mis tiempos son los de la antigua Roma,
 Y mis hermanos con la Grecia han muerto!...
 ¡Oh, Fáusto, Fáusto! ¡tu razón sombría
 En lo más hondo de mi pecho gime!
 ¡Oh! ¡Bellini inmortal, tu pena es mía!
 ¡Oh! ¡tu amor es mi amor, Byron sublime!
 La estrella de mi rumbo se ha eclipsado,
 Y no encuentro la senda por que anhelo;
 El lirio de la fé se ha marchitado;
 Ya no hay escala que conduzca al cielo.
 Van los pueblos á orar al templo santo
 Y llevan una lámpara mezquina,
 Y el Cristo allí desde la cruz en tanto,
 Abre los brazos y la frente inclina!
 Voluptuoso el amor en sus placeres,
 Ni busca mirros, ni laurel aguarda;
 Y cubren con un velo las mujeres
 Al ángel adormido de su guarda.
 Y yo, Señor, como apacible río
 Que oculta un monstruo en su callado seno,
 Canto en reposo y de mi mal me río,
 Y tengo el corazón de angustias lleno!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

A JUDAS.

Quando el horror de su traición impía
 Del falso apóstol fascinó la mente
 Y del árbol fatídico pendiente
 Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía
 Mirábase el demonio frente á frente,
 Hasta que ya del término impaciente
 De entrambos piés con ímpetu le asía.
 Mas cuando vió cesar del descompuesto
 Rostro la convulsión trémula y fiera,
 Señal segura de su fin funesto;
 Con infernal sonrisa placentera
 Sus lábios puso en el horrible gesto,
 Y el beso le volvió que á Cristo diera.

JUAN NICASIO GALLEGU.

AL RELOJ.

Jamás pude seguir indiferente
 Tú monótono curso ni un momento,
 Ni observar tu incesante movimiento
 Sin anublarse mi serena frente.
 Jamás miré una cifra solamente
 En esa cifra que señalas lento
 Y con sonora voz lanzas al viento,
 Como un alerta á la engañada gente.
 Ella la dicha y el dolor aduna,
 Y cual fría verdad, que eterna luce,
 Me hace ver, por mi mal ó mi fortuna,
 En cada golpe que tu andar produce,
 Un paso que me aleja de la cuna,
 Un paso que al sepulcro me conduce.

JOSÉ MARCO.

Las Coplas de Calainos.

¡Válgame Dios y que caprichos tienen
 algunos hijos de la frágil y antojadiza
 Eva! Ha sido necesario ver la firma del
 Sr. Doncel y Ordaz al pié del artículo de
Perico de los Palotes (1) para convencer-
 nos de que tan poética pluma pudiera
 ocuparse en narrar las fazañas del mal
 llamado perinclito personaje.
 ¡Perinclito un hombre que no supo
 hacer sino palotes! ó mi magin no com-
 prende *palotada*, ó tamaña honra no la
 merece en manera alguna semejante en-
 te. Que se la hubiera dispensado al rey
 que rabió, á D. Martín Garabato y otros
 héroes por el estilo, pase; pero endosar
 tan halagüeña calificación al toscó Peri-
 co, indigno es de un *Doncel* instruido y
 de un poeta que tenga narices en la ca-
 ra. Por ende, yo reclamo tal honor para
 mi patrocinado! para el célebre, el sá-
 bio, el nunca bien aplaudido Calainos,
 que pasó su vida haciendo coplas, como
 la pasó haciendo nada el no menos cé-
 lebre Cascaciruelas.

(1) Publicado en los Postres.

Nació nuestro héroe el día 20 de No-
 viembre del año de gracia 18&L en un
 pueblecillo asentado en la falda de Des-
 peñaperros, que como saben nuestros
 lectores, si son tan instruidos como yo
 en geografía, se halla entre Salamanca y
 la Frejeneda; hijo fué de honrados pa-
 dres, que si honrados no fueran, Calai-
 nos se abstuviese de nacer; pero como no
 siempre la honradez es acompañada de
 recursos pecuniarios, de aquí que pasa-
 sen una vida no muy holgada, poniendo
 en práctica aquello del Génesis: *In sudore
 vultus tui vesceris panem.*

Y pues de latín se trata, y estoy dan-
 do una prueba de mis conocimientos en
 la lengua de Nebrija, vendrá aquí de mol-
 de aquello de *talis pater, talis filius*. Quie-
 ro con esto decir que el padre de Calai-
 nos era muy instruido; había sido Alcal-
 de dos veces, *por que probó la excelencia
 de los pastos de su pueblo*, y su tierno
 pimpollo no le iba en zaga en talento y
 disposición.

*Verdad es que á veces se ven raros fenó-
 menos; yo conozco más de un padre leído y
 escrito que tiene herederos bien gaz-
 nápiros; pero á esto contestaré, que
 cuando Dios quiere, á todos aires llueve;*
 que no hay regla sin excepción; que un
 caso no hace ley; que de una gallina ne-
 gra sale un pollo blanco, y que... basta.

Desde sus primeros años dió Calainos
 pruebas de una penetración sin límites,
 así quellegado el tiempo de su jumentud
 (léase juventud) era la admiración del
 pueblo y el orgullo de sus progenitores.
 El cura le admiraba, el barbero era el
 trompetero de su fama cantando al com-
 pás de unas juguetonas seguidillas las
 notables coplas del inspirado bardo, y
 todos rendían ante el imberbe jóven la
 ofrenda de su admiración.

Su musa era conocida, desde que al
 acercarse la festividad de San Cornelio
 compuso los gozos, cuyo estribillo es

San Cornelio fué francés
 Y Santo Tomás de Aquino;
 Y lo que tiene á los piés
 San Anton, es un cochino.

Pero esto era muy poco para su reputa-
 ción, y se decidió á dar un golpe, por el
 cual conociese el mundo que ardía en él
 la inspiración. Aproximábase el día de
 San Caralampio, patron del cura, que así
 se llamaba, y escribió los siguientes ver-

sos que demuestran suficientemente si
 nuestro vate había óno bebido las aguas
 del Helicon.

Ya llega San Caralampio...
 Dios quiera, pastor bondadoso,
 que tengais un placer ámplio
 como lo desea este vuestro feligrés obsequioso.
 Pido al Cielo poderoso
 que goceis bienes prolijos,
 pues mi pecho mucho os ama,
 en compañía del ama
 y de vuestros amantes hijos!

Como se vé, la versificación no podía
 ser más correcta. El cura recibió con el
 mayor júbilo tan notable elucubración;
 es verdad que el buen hombre ni siguie-
 ra sospechó que el último verso podía
 encerrar un horrible epigrama. Pero
 también podía y debía tomarse aquel
 verso en sentido figurado: los hijos de
 que hablaba, eran los feligreses: ¿podía
 darse tropo más poético? El bueno del
 cura colocó aquellos versos en un cua-
 dro de chopo, que él mismo barnizó de
 almazarrón, y lo puso en el más prefe-
 rente lugar de su gabinete. Y deseando
 mostrarse agradecido á tal fineza, se
 empeñó en que Calainos había de estu-
 diar latín:

—Porque, decía, el chico tiene que
 llegar á ser una gran cosa.

A los dos años de andar á vueltas con
 el *musa*, *æ*, y de atascarse otros dos en
 el *quis vel qui*, consignó que su discipu-
 lo tradujese del siguiente modo la lec-
 cion de Santa Teresa: *Theresia nata Abu-
 lensis.*

Teresa nieta de sus abuelos.
 Entonces el párroco se decidió á dar
 al padre de Calainos una prueba del ta-
 lento de su hijo; reunió el concejo, con-
 vocó por *cédula ante diem* á los caciques
 del pueblo, y apenas los vió unidos y con-
 gregados, dijo abriendo su breviarío:

—Calainos traduce este punto. *Deus
 qui decorasti B. Nicolaum innumeris mi-
 raculis.*

Obediente el mancebo como una re-
 cien casada, tomó en sus manos el libro
 que le ofrecían, y leyó con robusta en-
 tonación:

Deus, Dios, *qui decorasti*, que devoras-
 te, *B. Nicolaum*, al bienaventurado San
 Nicolás, *innumeris*, por los hombros...

El cura no se pudo contener, se levan-
 tó lleno de alegría y dió un abrazo á su
 discípulo; el padre reventaba de gozo, y

el barbero y sacristan pronosticaban que el rapaz ocuparía al fin una silla bestipolitana.

Pero ¡cosas del mundo! nuestro hombre en todo pensaba menos en seguir quebrándose la cabeza entre géneros y raíces: había visto una pupila del cirujano, moza garrida y donosa, y había formado desde entonces la idea de hacer á la chica gerundios de presente con esperanza de que ella le premiase con participios de futuro.

Y á fé, que la doncella no fué á su pasión esquiva: mas no crean nuestros lectores que por su amor olvidaba Calainos sus poéticas tareas.

Prueba de esto es, que envidioso el flebotomo de que el cura poseyese versos de nuestro vate y deseoso de alcanzar tamaña honra, le pidió humildemente otra producción para adornar su tienda. El amable Calainos le entregó al siguiente día la magnífica *cuarteta de verso corto*, como él la llamaba,

Barbaro, sigue animado,
aunque te trague el abismo,
y te se queme la parva,
la senda en que te has lanzado
del barbarismo.

El rapabarbas miraba satisfecha su ambición, pero por lo visto, no le agradó lo de barbaro y barbarismo, porque sobre ello pidió explicación á nuestro literato.

—¡Hombre rudo é ignorante, le contestó, querías que usase los prosáicos términos de barbero y barberismo... eso es muy antiguo, yo prefiero las *incrustaciones*, variaciones, armonía y *motilaciones* del lenguaje moderno.

A tan convincente contestación, nada hubo que oponer; el barbero puso los versos en otro cuadro y quedó tan satisfecho, como si tuviera en su casa el vellocino de oro. Notó que algunos infelices, á quienes desollaba, sonreían maliciosamente al leer los versos, pero él entonces exclamaba en voz baja:

—¡Sonríen de admiración... oh!... son unos versos muy *incoloros*, como dice Calainos. Calainos decía sonoros; pero el barbero no se detenía en barras ni en barbas.

A muy pocos días apareció, escrito con carbon, en la puerta del sacristan el conocido cantar:

Sacristan, que vendes cera,
y no tienes colmenar,
rapeverunt con las uñas:
rapavere del altar.

El sacristan que no sabía latin, aunque todos los días lo masticaba, no se dió por entendido; pero el cura empezó á sospechar que Calainos, sin ser comerciante, tenía mucha trastienda, y se decidió á vigilar muy de cerca al esquiado monago. Dejémosle inventar un medio para pillarle en el garlito, y vamos á nuestro héroe.

Se quejaba una tarde el sacristan delante de algunas personas del mal génio de su mujer, diciendo á voz en grito, que tenía don de errar.

Calainos que hablaba en verso como en prosa, y que había oído que la sacristana y el herrador se comprendían perfectamente, exclamó con la mayor sencillez:

Si tu mujer, buen Melchor,
tanto *yerra*, no te quejes:
lo mejor es que la *dejes*
por cuenta del herrador.

El verso apenas llevaba malicia, pero afortunadamente por nadie fué comprendido. Lógico era que llegase un día, en que se descubriesen los males denunciados por nuestro poeta; este día no se dejó esperar. Y sucedió, que el obispo á cuya diócesis pertenecía aquel pueblo, vino á practicar la visita cuando menos lo esperaban. Apenas lo supo el cura adornó lo mejor que pudo su gabinete, puso cortinas limpias al balcon y á la cama una colcha de algodón, heredada de su bisabuelo, sin acordarse de quitar el malhadado cuadro. ¿Qué es acordarse? aunque así hubiera sido, se hubiera abstenido de hacerlo desaparecer, para que viera el prelado que había quien lo felicitase en verso.

S. I. entró, y los leyó!... resultado de esta lectura fué que al cuarto de hora era despedida la señora Sinforosa y sus dos sobrinitos con cajas destempladas y que el cura recibiese una tremenda filípica de los labios de su superior. Entonces conoció la horrible jugarreta de su alumno, entregó á las llamas la nefanda composición y juró á Calainos que se las había de pagar todas juntas.

Divulgóse por el pueblo la noticia, y

todos los que habían recibido versos de nuestro vate, se pusieron en guardia, investigando el sentido oculto de tan fermentadas coplas. No tardó el barbero en conocer su barbaridad, y ver el epigrama que contenían los suyos. Rasgó con furia el endiablado papel, y juró cortar el gaznate al autor la primera vez que le hubiese á las manos.

Pero un mal nunca viene solo: amosado el cura por lo que le había pasado se decidió á descargar su mal humor sobre el primer prójimo á quien tuviese la desgracia de ver, y este fué el sacristan. Venía á traer la llave de la iglesia, y tomando el cura pretexto de la tardanza, porque algun pretexto necesitaba, le empezó á reñir con desaforadas voces: y sucedió que levantó los brazos en el furor del apóstrofe, y creyendo el sacristan que vendría sobre su mejilla uno de esos bofetones que imprimen carácter, retrocedió dos pasos, mas con tan mala fortuna que aplastó bajo su pié el rabo colosal de un enorme Mizifuz. Herido el animal, lanzó un doloroso *miarramiaumiau*, clavando al mismo tiempo sus aceradas uñas en las pantorrillas del sacristan, emancipadas en uso de su soberanía económica del despotismo de las calcetas. Al sentir el monago las cariñosas amonestaciones del Mirlifiante, vaciló en su base y cayó contra la puerta, dando un doloroso gemido; al caer se escaparon del bolsillo de su mugrienta sotana porción de cabos y raspaduras de cera, lo que vino á exasperar la bilis del cura.

—¡Bribón, exclamaba, con que era cierto lo del *rapeverunt* de Calainos!

El sacristan comprendió el sentido de aquel latinajo, y juró tocar á gloria el día en que falleciese el epigramático escritor.

—Desde este momento, continuó el párroco, dejas de ser ama de gobierno de la casa de Dios.

El sacristan tomó furioso el camino de su casa, diciendo en voz baja:

—Perdería de buena gana hasta las orejas, si pudiese cantar cuanto antes el *Benita adoremus* y el *Rabocorderis* á ese pillo de Calainos. ¡*Arperges me guisopo!* es el mayor bribón que come pan.

¡Infeliz.... Aun le faltaba el rabo por desollar.

No sabemos lo que hallaría el sacristan al entrar en su casa, porque de allá á un momento se oyeron maldiciones,

gritos y alboroto. Los vecinos se detenían con curiosidad á la puerta, y á poco vieron salir al herrador, huyendo como ciervo perseguido, con las narices horriblemente abultadas, y medio derrengado. Algunos más atrevidos penetraron en la casa y vieron al sacristan dando una lección de *paleografía* á su mujer. Y se empezó á oír un murmullo que acusaba á Calainos, como causa de aquella escena. Las mujeres chillaban, opinando que debía ser ahorcado, porque era una infamia, decían, descubrir *pequeños* destlices, y los hombres creían que debía hacerse un picadillo con las narices y orejas del infeliz motor de aquel desastre.

No se dormía en las pajas nuestro héroe: veía la tempestad que se había formado contra él, y se previno á evitar sus consecuencias, y como tenía sus puntas de romántico, se dirigió á casa del cirujano, á quien no encontró porque estaba aplicando un golpe de sanguijuelas en la nuca al herrador. Pero no era al cirujano á quien buscaba y si á su adorada Tecla, á quien dijo:

—Huyamos, Tecla, huyamos, si no queremos ser víctimas del pueblo bárbaro. *Fugite partes adversæ*, como dice el cura. Pero me olvido de que no entiendes latin y que por consecuencia estás dispensada de tener sentido comun. *Huid antes que lo adviertan*: eso quiere decir en castellano.

La niña se hizo de rogar, como quien quiere y no quiere: al fin consideró que de no seguir á Calainos tendría que apechugar con su viejo y escualido tutor, cuyas intenciones amorosas... á su causal, no la eran desconocidas. Y se decidió, y caballeros en una burra, abandonaron la madre patria.

Júzguese de la desesperación de nuestro cirujano, cuando al tornar á su casa vió la desamortización de su Tecla; pateó, bufó, renegó y unido esto á que un mes despues la justicia le sacó los cuantiosos bienes de la ya Madama Calainos, le ocasionó una fiebre pútrida, que en pocas horas lo llevó á la presencia del divino Manuel.

Pero el pueblo no se podia conformar con la pérdida de tan buen facultativo; los enemigos de Calainos eran muchos, reunido el concejo, declaró por unanimidad de votos al desgraciado poeta traidor á la patria, y determinó quemarlo en efigie, ya que no podia ser habido á las

manos en carne y hueso. Así se verificó en un campo inmediato al pueblo, que desde entonces fué llamado el Tostadero de Calainos.

Poco importaban á nuestro héroe tan patibularios procedimientos. Tecla era hermosa como una flor, rica como un Creso, y amaba á su marido con un delirio no usado en estos tiempos; de modo que le hacia feliz en toda la extension de la palabra, y ¿qué hombre sería desgraciado con una mujer de tales circunstancias? Pero en este mundo todo es fugaz y pasajero; trascurridos algunos años la inexorable Parca cortó el hilo de la vida de Calainos.

Otro sí, desde su casamiento no volvió á hacer más coplas, recordando los sabores que le habian acarreado, y si algunas hacia, era en secreto con su mujer. Y yo he visto su testamento, en que prevenia se le llevase á enterrar á su pueblo: pero sabedores los vecinos de esta disposicion, declararon el lugar en estado de sitio y se resistieron al cumplimiento de lo por el difunto prevenido.

Por ende, fué otra vez llevado al lugar de su residencia, donde su esposa le alzó un mausoleo, en cuya lápida sepulcral se leía:



Aquí yace Calainos,
que al mundo un día asombró,
y el desgraciado murió
de un atracon de pepinos.
¿Qué vena á su vena iguala?
De luto en señal, confusas
han puesto las nueve musas
armas á la funerala.

R. I. P. A.

A. L. ANITUA.

HISTORIA DE LOS ABANICOS.

El uso de ellos vino de Oriente y de otros países cálidos, en los que se sirven mucho de ellos para refrescar el semblante y alejar las moscas y otros insectos de que abundan. Así es que en Asia son antiquísimos, fabricándolos de tiempo inmemorial y de formas varias y caprichosas. En la América y tambien en la China los hay preciosísimos de plumas de diversos colores, forman-

do dibujos raros y exquisitos.

Un antiguo historiador dice que la bella Kansí, hija de un mandarin chino, habiendo contraído la costumbre de tener en la mano su antifaz ó máscara y agitar el aire con ella para refrescar el semblante, creó sin pensar, el uso del abanico.

En Turquía hombres y mujeres se sirven habitualmente de abanicos ó mosquiteros de pergamino ó de plumas de pavo.

Un abanicazo dado con el que tenia en la mano el último Dey de Argel, Husseim Pachá en el rostro del cónsul general francés Mr. Delva, con motivo de una disputa que se promovió en ocasion de haber pasado con los demás residentes europeos á felicitar á S. A. en la fiesta del Bairam, el día 30 de abril de 1827, dió lugar á que la Francia para vengar aquel insulto y otros anteriormente recibidos, preparara una formidable escuadra, mandada por el vice-almirante Duperrey, y con el general Bourmont se apoderara de Argel el día 5 de julio de 1830, pasando á ser desde entonces una colonia francesa.

Las personas de consideracion en Turquía van siempre acompañadas de un esclavo ó criado con un abanico ó plumero para apartar los insectos.

Cuando comé el Sultan, uno de los primeros empleados de palacio se ocupa tambien en alejarle las moscas y otros insectos que pudieran molestarle, refrescando al mismo tiempo el aire.

El abanico, que con tanta gracia como coquetería saben manejar nuestras españolas, particularmente las andaluzas, y que algunos creen tomaron de las bellezas de los harems granadinos, se propagó tambien por Francia en tiempo de Enrique III y pasó á ser desde entonces, particularmente en los reinados de Luis XIV y XV, el indispensable cetro de las mujeres elegantes: aun conservan un mérito especial los abanicos á la Pompadour.

Algunos suponen que los aventadores, bastante comunes en ciertas casas de España é Italia, particularmente de labranza, suspendidos del techo y que se mueven por medio de un sencillo mecanismo sobre las mesas de comer, fueron introducidos en nuestra península por los árabes. Con estos aventadores no solo se alejan las moscas y otros incómodos insectos, sino que se refresca el aire del comedor por el impulso que recibe.

Los llamados abanicos mágicos son unos en los cuales está pintada con colores simpáticos una flor marchita y seca, que aproximando el abanico al fuego recobra paulatinamente su lozanía y verdaderos colores; pero que vuelve á perderlos en seguida á proporcion que se enfria.

Un cierto Gancheret de Paris inventó en 1820 unos abanicos, en los cuales por medio de un ingenioso mecanismo se veian pasar á

manera de sombras, diferentes objetos y figuras de movimiento.

La iglesia griega hace tambien uso, con arreglo á su liturgia, de abanicos y entrega uno de hechura particular al que se ordena de diácono, para recordarle otra de sus funciones, que es apartar con el los insectos que pueblan el aire y podrian molestar al celebrante mientras oficia. Este abanico tiene la figura de un querubin con las alas abiertas.

Los monjes maronitas, que pertenecen tambien al rito griego, se sirven de dos abanicos ó aventadores redondos hechos de una lámina muy delgada de plata ó de azofar guarnecida con muchos cascabeles y pintado un querubin en medio. Dos ministros del altar, detrs del celebrante, les agitan al entonar el Sanctus y durante la consagracion, con cierto movimiento tembloroso, aludiendo al de los querubines que están ante el trono del Altísimo. De estos abanicos, llamados *stabetum* en latin y *rhyppadion* en griego, se hace mencion en las constituciones apostólicas, en algunos rituales de la orden de Malta y en el ceremonial de los dominicos.

Existió tambien una orden de caballería que se llamó del Abanico, cuyo nombre

cambió luego con el de Ulrica ó Luisa Ulrica.

El abanico era un objeto casi indispensable para asistir los individuos de los antiguos gremios de artesanos de Barcelona á ciertas procesiones, como las del Corpus, y á determinados actos de la corporacion. Solian ser de palma blanca, tejida con más ó menos arte y pintarrajeada algunas veces, orlados de terciopelo con flecos de seda y oro los más ricos, ó bien guarnecidos con becerrillo dorado ó plateado y con flecos de seda ú algodón en rama, asegurados en un hastil, por lo comun de palma ó de otra madera lijera, igualmente guarnecido, parecidos en la forma, bien que mucho mayor á los que actualmente están en uso y se venden por los paseos, teatros, etc. de Barcelona.

Cuando el día 17 de Julio de 1533 salió de Barcelona la emperatriz y reina de España Isabel de Portugal, para reunirse con su esposo el emperador y rey Carlos V de Alemania y I de España que estaba en Monzon presidiendo las córtes, se remitieron allá tres abanicos, *ventalls*, guarnecidos de terciopelo, nueve menos lujosos, y ciento cuarenta y cuatro de papel ó comunes.

V. J. BASTÚS.

ESTADÍSTICA.

El Matrimonio entre parientes consanguíneos con relacion á los hijos.

Frecuencia de la sordo-mudez congénita en las generaciones que proceden de padres consanguíneos. Esterilidad y aborto, albinismo, retinitis pigmentosa, polidactilia, enfermedades mentales y cretinismo en relacion con la misma causa. Memoria del doctor Boudin. Estado de la cuestion. Nuevos comprobantes. Opiniones contradictorias. Consanguinidad en los animales. Carta del gran rabino de Paris. Contestacion de Boudin. Conclusion.

No siempre, ni en todos los pueblos fué mirado con repugnancia el enlace entre los miembros más cercanos de la familia. Si consultamos la historia, sabremos que el hermano podia casarse con la hermana carnal no solamente entre los egipcios, cários y fenicios, sino en la culta Atenas. Eran igualmente licitos tales consorcios en la Escitia y en Persia, donde el de la madre con su hijo, ó el de la hija con su padre se tenían en mucho honor, dando el ejemplo la nobleza, los magos y los sátrapas. Hasta que la ley del Coram vino á vedarlos, los árabes se desposaban con sus madres. Parece achaque de razas ignorantes y bárbaras, pues los peruanos, antes que los incas los iniciasen en hábitos sociales, no reparaban en casarse con cualquier mujer, bien fuese su hermana ó su madre, y en las Antillas se observaron análogas costumbres. Por el contrario, donde la civilizacion ha germinado, la consanguinidad es un obstáculo al matrimonio, determinado por las leyes civiles y religiosas que se armonizan con las indicaciones de la moral y de la filosofía.

La Iglesia, desde sus primitivos tiempos, declaró proscritas las uniones entre allegados de la misma sangre, no tolerándola sino algunos siglos despues y

por causas muy justificadas, por conocer sin duda sus desastrosos efectos en la prole. En nuestros dias, que infortunadamente se han hecho las dispensas más fáciles, la ciencia acude en auxilio de la fé, parece haberse impuesto la tarea de comprobar la concordancia de la ley natural con el precepto religioso, y examinando la cuestion bajo su aspecto sanitario, proclama una vez más las conexiones intimas de la Moral y la Higiene.

Devay, catedrático insigne de la escuela de Lion, ha sido el primero que en 1846 dió la voz de alarma, poniendo de manifiesto en su *Higiene de las familias* la deplorable influencia que los matrimonios consanguíneos ejercen en la salud de los hijos. Apoyándose en un número de hechos atendible, acusa la consanguinidad de los consortes como causa constante de degradacion orgánica, opuesta á la propagacion de la especie, atribúyete la esterilidad y el aborto, y una accion muy señalada en la sordo-mudez congénita y en otras enfermedades.

Las aseveraciones de Devay han hallado eco entre los hombres científicos de diversos puntos del globo. En Francia, el Dr. Lucas les prestó ayuda desde luego, pues en su citada obra de la hereditad, achaca á la misma causa la duplicacion de todos los vicios y enfermedades de cuerpo y alma, el estupor intelectual, la locura, la impotencia, el bastardeamiento de la especie y la muerte cada vez más aproximada á la época del nacimiento.

En 1856 Menière, médico del Instituto de Sordo-mudos, dió á conocer á la Academia de Medicina y Cirugia de Paris

algunas observaciones que permiten designar un gran papel al matrimonio entre parientes, en la produccion de la sordo-mudez congénita.

Por la misma época el Dr. Rilliet, de Ginebra, publicaba una nota concebida en el mismo sentido, concluyendo que el consorcio de personas unidas por los lazos anteriores del parentesco es fatal.

Relativamente á los esposos, por la falta de fecundidad, por el retardo en la concepcion ó por la concepcion imperfecta.

Relativamente á los productos, por las monstruosidades más frecuentes, por la viciosa constitucion de los hijos, por la mayor exposicion á las enfermedades del sistema nervioso, tales como la epilepsia, la imbecilidad, el idiotismo, la sordo-mudez y otros afectos cerebrales; por el desarrollo más frecuente en la prole del linfatisimo y la escrofulosis; por la poca vitalidad de los niños, que mueren en edad tierna y en una proporcion que pasma, comparándolos con los que tienen otras condiciones, y finalmente, por la poca energia de los que sobreviven para resistir las enfermedades y la muerte.

El cretinismo, la idiotez y la sordo-mudez originaria, comunes en las poblaciones aisladas y pequeñas, reconocen, segun Morel, por uno de sus fundamentos más principales la alianza de todas aquellas familias entre si, repetida desde mucho tiempo antes.

Juzgue el lector por sí mismo;

Número de sordo-mudos sobre cien mil habitantes.

ESTADOS Y TERRITORIOS. RAZA BLANCA. DE COLOR.

Jowa	2,3	212
New-Hampton	6,3	166
Maine	4,4	96
Vermont	4,6	27
Masachusetts	3,7	28
Ohio	3,7	18
Michigan	1,6	27
Indiana	4,3	20
Illinois	3,2	61

Las investigaciones ulteriores del Dr. Chazarain en la Institucion de Sordo-mudos de Burdeos, dadas á luz en su tesis de 1859 confirman el influjo del parentesco de los padres en la produccion de la sordo-mudez originaria, habiendo observado repetidas veces la misma en-

fermedad entre hermanos. De 15 individuos, de uno y otro sexo, sordo-mudos de nacimiento, 8 tenían hermanos ó hermanas, con el mismo vicio: esto es, la mitad más uno.

Entre 29 personas afectas nativamente de sordo-mudez halló el Sr. Landes, Censor de estudios en el mismo Instituto, que 24, ó sea algo más de la tercera parte, provenian de matrimonios consanguíneos, consignándolo en sus tesis de 1859.

Adquieren nueva fuerza estos hechos con las aseveraciones del Dr. Tomás Perrin, que como médico del establecimiento de Lion descubrió que la cuarta parte al menos de los sordo-mudos son allí procedentes de enlaces consanguíneos; lo cual se advierte, tambien en el Asilo de Incurables de Ainay que tiene un veinticinco por ciento de sordo-mudos nacidos de padres en quienes existian de antemano los vínculos de una misma sangre.

La retinitis pigmentosa nuevamente estudiada y descrita en 1861 por el Dr. Liebreich de Berlin, que ya habia hablado de ella muchos años antes, es otro de los padecimientos cuya reiterada coincidencia con la consanguinidad de los progenitores establece una presuncion no menos grave contra estas uniones.

Liebreich vió 14 veces la retinitis pigmentosa entre los sordo-mudos de Berlin, encontrando que cinco de ellos eran hermanos y sordo-mudos de nacimiento; 4 igualmente hermanos con ambas alteraciones al mismo tiempo la sordo-mudez y la retinitis pigmentosa; 2 en quienes existian los dos padecimientos reunidos, eran tambien hermanos y solo los 3 restantes pertenecian á familias diversas. Es bien singular, como lo asegura el Dr. Liebreich, que cuando se presentan en una familia la sordo-mudez y la retinitis pigmentosa no se observan ambas alteraciones aisladas, sino que siempre coinciden, por desgracia, en el mismo sugeto.

Se dá, sin embargo, esta extraña enfermedad de la retina sin la coexistencia de la sordo-mudez, habiéndolo el mismo Liebreich comprobado en 18 casos, entre los cuales 8 eran hijos de primos, y 6 de padres no parientes, no pudiendo determinarse la procedencia de los demás.

Nuestra patria no ha permanecido iner-

te á la excitacion de los sábios extranjeros, sino que ha llevado por su parte un nuevo contingente de hechos á la cuestion de que tratamos. El *Monitor de la Salud* publicó en 1861 un interesante artículo de D. Carlos Ronquillo, en el cual, despues de entrar en consideraciones filosóficas sobre las razones de la prohibicion eclesiástica, explica el buen sentido que presidió á las primeras dispensas, acordadas en la intencion de poner término á guerras cruentas que sacrificaban millares de vidas, y se conforma con la opinion de Devay respecto á la acción de la consanguinidad en la sordomudez congénita, designando además, como concáusa muy esencial, las condiciones de localidad ó climatológicas, opinion que despues ha sostenido Bouchardat ante la Academia con ocasion del cretinismo, como veremos mas adelante. Termina su escrito con un estado que le facilitó el señor Rispa, director de la Escuela de Sordo-mudos de Barcelona. En él aparecen 7 hechos de sordo-mudez nativa, debida al parentesco anterior de los padres, entre 44 individuos con el mismo defecto, á saber:

José Ribas y Ribas.....	} Hijo de padres primos hermanos y con 2 hermanos sordo-mudos.
Francisco Masó y Masó.....	
José Tunó y Tunó.....	} De análoga procedencia.
Justo Trias y Trias.....	
Pedro Llopiz y Llopiz.....	

El señor Ronquillo añade: Téngase en cuenta que todos los sordo-mudos que han manifestado el parentesco de sus padres, casi todos derivan de la consanguinidad en primer grado, y al ver que muchos ignoran el nombre materno, no fuera ilógico sospechar la consanguinidad en Buiten, B. S. S. y J. M. S. con hermanos todos sordo-mudos.

En las observaciones que dejamos resumidas, campea un hecho culminante. Los malos efectos atribuidos á la consanguinidad de los padres no derivan de la hereditad en modo alguno, sino que se producen en niños cuyos padres viven robustos y exentos de los vicios y padecimientos que aparecen en sus hijos. Por otra parte, la sordo-mudez se adquiere raramente por herencia. Hay, pues, que convenir en que la falta de renovación de la sangre es la principal, si no la única fuente de los trastornos patológicos y de

los defectos y anomalías de constitucion que sobrevienen en las generaciones consanguíneas. El cruzamiento, por el contrario, acaba por borrar las monstruosidades y las diátesis morbosas transmitidas por hereditad, mientras que los males de consanguinidad, no muy manifestos acaso en los primeros consorcios formados entre la misma familia, cuando se repiten varias veces, vienen á degradar la estirpe y aun la aniquilan totalmente. No se refiere á otro motivo la desaparicion de las más nobles casas y el raquitismo de la progénie que en algunas ha sucedido á guerreros y héroes, cuyo nombre ocupa un lugar distinguido en la historia. Nieburh explica por esta causa el bastardeamiento de los patricios romanos, y de la misma hace depender Sismondi la decadencia de la nobleza Europea, como Paw el de la aristocracia portuguesa: Devay, por último, la considera muy integrante del estado abyecto á que llegaron esas razas proscritas en Francia y España, los hebreos, los gitanos y los moriscos, verdaderos ilotas expulsados por nuestros mayores del suelo patrio.

No es la sordo-mudez la sola alteracion imputable á los matrimonios consanguíneos; ya hemos indicado algunas otras y ahora vamos á reseñar las más principales.

Esterilidad, Aborto. Entre 121 enlaces consanguíneos ha encontrado Debay 22 casos de infecundidad. En 16 de estos ha sido absoluta, y en los seis restantes la concepcion se verificaba, pero era seguida de aborto en el primer mes de la preñez. Otras veces al aborto han precedido gestaciones que llegaron á término; así es que entre los 121 hechos mencionados se vió 17 veces el aborto, 6 en matrimonios que jamás lograron sucesion y los otros 41 habian antecedido partos felices. Para Girou de Buzarainges, este resultado es consiguiente al efecto de consanguinidad, por bien constituido que esté cada cónyuge de por sí, y lo mismo piensa Chazarain en su tesis citada, donde arguye las uniones entre parientes de contrarias al porvenir de la especie, por la esterilidad y las enfermedades que originan, acabando estos enlaces continuados, en varias generaciones, dentro de la misma familia, por extinguir las del todo.

Aunque no demos gran importancia á un hecho aislado, reproducimos el que

cita Boudin y le comunicó el Dr. L... por haberlo visto en su propia herrmana. En un primer consorcio con primo hermano, si bien perfectamente conformado como ella, permaneció estéril, y casada de nuevo con un extraño, por fallecimiento del primer marido, tuvo sucesivamente muchos hijos.

Se ha querido por medio de la fisiología comparada determinar el efecto de la consanguinidad en la reproduccion de la especie. Parece demostrado en los animales, que su facultad generativa se abate, si no se cruzan las castas, llegando á perderse. Segun Boudin uno de los ganaderos más famosos del departamento del Cantal en Francia, el señor Grogner, se ha encontrado en la precision de renunciar el apareamiento de las reses cuyo origen es próximo, porque tal modo de union es vicioso, y sus piaras son desde entonces tenidas en el país como el más bello tipo.

No es menos importante el hecho referido por Bella, Director del Instituto agronómico en Grignon, de que la eubricion, entre sí exclusivamente, continuada por algun tiempo en una casta escogida de puercos ingleses, produjo la degradacion del ganado y se vieron los dueños compelidos á variar de sistema para obtener mejores tipos y evitar la destruccion de la piara.

El conde de R., subteniente de la Montería en Francia, y cazador consumido, ha referido á Boudin, que lo cita, los efectos de la procreacion entre hermanas y hermanas, en una casta de perros anglo-normandos. "Despues, dice, de muchas uniones entre sí (por dentro) en un período de veinte años, esta raza superior en belleza y en calidad, habia degenerado á tal punto que los descendientes habian perdido su elegancia y vigor y acabaron por no reproducirse. Los machos en su mayor parte solo tenian un teste ó carecian de ambos. Los cachorros eran enfermizos y sucumbian en gran número."

El *Albinismo* se nota con frecuencia en las poblaciones pequeñas, si hemos de dar crédito á Carlos Aubé, porque es muy comun en aquellas localidades que las familias contraigan lazos conyugales entre sus parientes no lejanos. El hecho reaparece en las tribus de escaso número que viven casi salvajes, y en las que suele tener lugar la procreacion entre los

miembros de la misma familia.

Una parienta del señor Goux, veterinario principal, agregado al ministerio de la Guerra en Francia, se desposó con un primo hermano suyo, y de 4 hijos que tuvo 3 eran albinos, los dos primeros gemelos y ambos albinos no vivieron más que 48 horas; y el tercero también albino, sucumbió al año de nacido. El cuarto era sano.

Cinco casos de albinismo encontró el Dr. Bemis, de quien ya hablamos, entre los niños habidos en 27 matrimonios consanguíneos que consiguieron sucesion.

Los señores Ruz y Aubé han confirmado la tendencia manifiesta en los animales de sangre roja á la degeneracion albina, cuando no se cruzan las castas, uniéndose entre sí los que son producto de unos mismos padres. "He visto, añades Aubé, muchas especies de animales albinos, y todos provenian de uniones sucesivas entre próximos parientes." El mismo asegura haber producido á su antojo el albinismo en el conejo doméstico á la cuarta ó quinta generacion obtenida de la misma familia.

Retinitis pigmentosa. Esta enfermedad que depende de alteraciones graves de la coroides y del nervio óptico con atrofia de la retina, se manifiesta por una perturbacion de la vista, que en la infancia consiste en el estrechamiento de los límites visuales á débil luz y á una disminucion notable de la facultad de ver durante el crepúsculo. Con la edad el padecimiento se acrecienta hasta el grado de que á los treinta ó cuarenta años necesitan los enfermos un guia para andar, pues queda casi perdida la vista, á pesar de que algunos aciertan á distinguir las cifras más pequeñas cuando se le presentan en un punto circunscrito del campo de la vision.

El Dr. Liebreich, consagrado á profundizar esta dolencia en relacion con la consanguinidad de los padres ha visto por una parte que en Rusia, donde la ley impide severamente el consorcio entre parientes, es casi desconocida la enfermedad de que se trata; y por otra que la no renovacion de la sangre es el *solo elemento etiológico* bien averiguado de esta especial alteracion de la retina, puesto que cerca de la mitad de los hechos que han estado al alcance de su observacion se encontraron en individuos de origen

consanguíneo, como lo prueba numéricamente en el cuadro que Boudin nos dá á conocer y vamos á trasladar íntegro. En él se cuentan 27 sugetos cuyos padres eran parientes entre sí, entre 59 en quienes pudo saberse sus ascendientes con certeza.

Individuos	De origen		Incierto.	Totales.
	consanguíneo.	No consanguíneo.		
No sordos.....	17	22	1	40
Sordo-mudos...	9	9	10	20
Idiotas.....	1	1	2	4
Totales.....	27	32	13	72

Las investigaciones del Dr. Remis le han permitido además determinar que el 5 por 100 de ciegos en los establecimientos benéficos de la Unión Norte americana trae su origen de padres consanguíneos, y que en 787 matrimonios con la misma condición, 256 han producido hijos ciegos, sordo-mudos ó idiotas.—Ha hallado también como resultado de su observación personal, en 27 matrimonios de la misma sangre, dos niños ciegos y 6 otros con diversas afecciones de la vista.

Dedos supernumerarios (polidactilia). Esta anomalía se advierte con insistencia en los que nacen de padres consanguíneos, como lo afirma Bevan. En su apoyo menciona el expresado escritor un hecho extraordinario y que trasladaremos con las palabras que él lo refiere: "Existe en el departamento de Isere, no lejos de la costa de San Andrés y de Rives, una pequeña aldea llamada Izeaux, aislada, perdida en cierto modo, antes en medio de un llano, si no completamente inculto, al menos muy pobre; denominase llano de Bievre. Los caminos y las comunicaciones en esta localidad poco fértil eran difíciles, si no impracticables. Los habitantes de Izeaux, sencillos, casi abandonados á sí mismos, no tenían más que relaciones muy remotas con las poblaciones circunvecinas. Sin mezclarse con ellas se casaban constantemente entre sí y con frecuencia suma en familia. A fines del siglo último, de esta práctica, de estas alianzas reiteradas entre parientes había dimanado y se sostenía por ellas una monstruosidad singular que hace 35 ó 40 años alcanzaba á toda la población. En la aldea hombres y mugeres tenían un sexto dedo super-

numerario implantado en los pies y en las manos."

Sirve de contraprueba á la precedente causa de un fenómeno tan excepcional, el cambio que empezó á notarse en la reproducción de dicha monstruosidad, así que abiertas comunicaciones fáciles, variando los hábitos de los moradores de aquel pueblo, se relacionaron más con sus convecinos y empezaron á desposarse con extraños, pues desde entonces se verificó una modificación favorable en la anomalía expresada que se ha ido haciendo más rara.

Enfermedades mentales, cretinismo. Como hemos visto, la mayor parte de los médicos que han estudiado los resultados de la consanguinidad de los padres le designan una parte muy importante en el desarrollo de la locura bajo todas sus formas; y en los estados de idiotez y cretinismo, Morel y Rilliet adoptan esta opinión. Bemiss se cree autorizado para imputar á igual causa el quince por ciento de idiotas que albergan las casas de beneficencia de los Estados-Unidos, y el Dr. Liebreich, de Berlin, conviene también en la frecuencia del idiotismo, dimanado de iguales antecedentes. Ya hemos expuesto en las páginas que preceden la historia resumida de 17 matrimonios consanguíneos que cita el Doctor Howe y en los cuales de 95 hijos que tuvieron eran 44 idiotas, es decir, muy cerca de la mitad.

Los alienistas más distinguidos son del mismo sentir. Entre ellos el ya muerto Esquirol, que al hablar del influjo hereditario en los padecimientos mentales nota que en Inglaterra se hace más ostensible en los católicos que se casan casi exclusivamente entre sí. Ellis, Spurzain, Stark y otros varios han reconocido el mismo hecho, hallando mayor proporción de trastornos intelectuales en los individuos provenientes de allegados con la misma sangre. Stark, en estos últimos tiempos, explica la frecuencia relativa de las perturbaciones mentales en Inglaterra y Escocia comparada con Irlanda, por el gran número de matrimonios consanguíneos consumados entre los protestantes.

Arthaud y Chiara, médicos que han observado una epidemia de histero-demonopatía reinante por espacio de algunos años en Morzine, población de la Alta Saboya, consideran que ha ejercido un poderoso influjo en el desenvolvimiento

de la enfermedad la costumbre de aquellos aldeanos de casarse entre sí los parientes, como lo acredita el crecido número de dispensas acordadas en proporción á la totalidad de matrimonios. En un periodo de 7 años, desde 1852 á 1859 ha habido 81 casamientos y de ellos en 49 fué necesario obtener dispensa para celebrarlos.

El bocio endémico en ciertos parajes se complica á menudo con el cretinismo, que es la idiotez en su grado máximo. Entre sus causas productoras coloca Bouchardat el matrimonio de individuos en quienes preexisten los lazos de consanguinidad y cuya raza se ha hallado sometida por varias generaciones sucesivas á la acción incesante de la influencia que determina ambos estados anormales. Viendo estas gentes en valles que los separan del resto de la sociedad, sin comunicación ni trato con los habitantes de otras localidades más ventajosamente situadas, véanse impulsados casi necesariamente á enlazarse con sus convecinos. Esto añade un nuevo peligro y aumenta en los hijos la probabilidad de traer nativamente los males propios de aquel suelo, pues aunque no todos los padres sean parientes, los más llevan cierto sello en su organización degenerada por la acción constante de la influencia endémica.

Han venido á facilitar la demostración de estas verdades los favorables cambios que se han operado en algunos de dichos parajes, desde que se abrieron importantes guías que, atravesando aquellos sitios olvidados, han llevado á ellos castas extrañas con nueva savia regeneradora. Pudo verse entonces que no hay medio más adecuado para oponerse á los males de una localidad que el cruzamiento con individuos de procedencia lejana, como lo afirma la comisión nombrada por el gobierno de Cerdeña, al dar cuenta de la inesperada modificación conseguida en valles llenos de cretinos, desde que un camino de primer orden los ha puesto en contacto diario con el resto del país, pues al poco tiempo ha empezado á disminuir el número de sugetos invadidos del bocio, y tristemente privados de la facultad de pensar, por falta de desenvolvimiento orgánico.

En 16 de Junio de 1862 leyó el Doctor Boudin ante la Academia de Ciencias de París, una interesante memoria so-

bre la debatida cuestión del influjo que los matrimonios consanguíneos ejercen en su descendencia. Este brillante trabajo, enriquecido con las observaciones anteriores, fijó la atención de la ilustre asamblea á quien se dirigia, porque hasta aquel momento solo se presentaban hechos más ó menos concluyentes; pero no se había examinado este importante problema bajo un punto de vista bien general, y estaba por someter al método numérico, como lo hizo Boudin en su escrito.

Para ello empezó por registrar los documentos publicados por la dirección de la estadística en Francia, averiguando que en el periodo transcurrido desde 1853 á 1859, por cada 100 matrimonios ha habido:

0,83 entre primos hermanos
0,04 entre tíos y tías.
0,16 entre tías y sobrinos.
0,09 de las tres categorías.

Estos guarismos tienden á establecer que el 2 por 100 de los consorcios que se verifican en aquel país le constituyen los de parientes consanguíneos.

Del mismo modo analiza los asientos de 95 sordo-mudos de nacimiento, ó tenidos por tales en el Instituto Imperial de París, encontrando 49 sordo-mudos de origen consanguíneo entre 67, ó sea el 28,3 por 100; en esta forma:

De padres no especificados.....	20
De origen consanguíneo bien probado.....	8
De padres no consanguíneos.....	48
De padres consanguíneos.....	19

95

Aproximando estas cifras á las que resultan de las observaciones ya mencionadas de Landes, Chazarain, Perrin y á las que bien pronto consignaremos del señor Brochard, médico de la institución de Sordo-mudos en Nogent-le-Rotrou, se vé que

Sordo-mudos de nacimiento existentes en	Consanguíneos.	No consanguíneos.	Total.	Proporción por 100.
Burdeos. Seg. Landes....	24	55	79	30,36
Idem. " Chazarain 27	62	89	89	30,33
Lion. " Perrin....	"	"	"	25,00
Ainay. " Perrin....	"	"	"	25
Paris. " Boudin....	19	48	67	28,35
Nogent-le-Rotrou. " Bruchard 16	39	55	55	29

Las consecuencias que se desprenden del cuadro antecedente son muy notables, pues al paso que el número de matrimonios consanguíneos compone un 2 por 100 en la totalidad de enlaces celebrados en Francia, los sordo-mudos de nacimiento que provienen de padres consanguíneos, pueden computarse en un 29,78 por 100, ó para ser más precisos, resultan 12 ó 15 veces más numerosos que lo serían si hubiera la misma proporción de sordo-mudos en los matrimonios de extraños y en los consanguíneos.

Boudin ha querido apreciar la respectiva acción que tiene sobre la frecuencia de la sordo-mudez congénita el distinto grado de parentesco de los padres y reuniendo á sus propias observaciones las demás que ha tenido á su disposición, las presenta en sinopsis, según vamos á estampar:

Procedentes de matrimonio.	SORDO-MUDOS DE NACIMIENTO			
	CONFORME Á LAS INVESTIGACIONES DE			
	Boudin.	Chazarain.	Landes.	Totales.
Entre tíos y tías.	1	»	»	1
Entre tías y sobrinos.	»	1	»	1
Entre primos hermanos.	11	11	20	42
Entre primos segundos.	4	5	4	13
Entre primos no determinados.	1	»	»	1
Entre parientes lejanos.	2	1	»	3
	19	18	24	61

La deducción legítima de los datos aquí coordinados es que el riesgo y las probabilidades de producir hijos sordo-mudos, resulta mucho más temible y aparece mayor entre los primos hermanos que entre los primos segundos, riesgo que aumenta entre tíos y sobrinos y ofrece la cifra más elevada en los consorcios entre los sobrinos y tíos; si bien el débil número de hechos que contiene el cuadro, tanto respecto á tíos y sobrinas como á los enlaces de sobrinas con sus tíos, no tolera fundar base fecunda en sólidas consecuencias.

A la verdad, comparado el estado que precede con el que antes copiamos para demostrar la relación que se observa en los casamientos consanguíneos con los de

más de todo género, sorprende que si el peligro de tener hijos sordo-mudos se considera como uno en los matrimonios de diferente linaje, llega á ser:

18 para los casamientos entre primos hermanos.
37 para los de tíos con sobrinas.
70 para los de tíos y tías.

Hay una circunstancia que debe tenerse muy en cuenta según Boudin, y es que si los cónyuges consanguíneos consiguen una primera generación que se liberta de los trastornos y estados morbosos imputados á la consanguinidad, estos se manifiestan á veces en la generación siguiente, á pesar de encontrarse los padres perfectamente constituidos y sanos, y de no contraer enlace con parientes, sino solo por el hecho de haberlo sido los abuelos. En apoyo de la acción indirecta de la consanguinidad ha dado dos observaciones, tomada la primera de la tesis de Chazarain y comunicada la segunda por el Dr. Balley, médico del ejército de ocupación en Roma.

Son de mucho interés para omitirlas. "OBSERVACION 1.ª El señor L... alcalde de C. (Dordogne) se había casado con la hija de su primo hermano. De esta unión vinieron un hijo y una hija, no solo *exentos de enfermedades*, sino dotados como sus padres de la *mejor salud*. La hija del señor L..., casada á los 20 años con un joven de alguna más edad, y con quien no tenía parentesco de ningún grado, ha dado á luz una hija con *sordo-mudez congénita*. El padre y la madre de esta niña habitan un país elevado muy salubre y su morada está al abrigo de la humedad: su posición pecuniaria les permite vivir holgadamente. Ningun otro sordo-mudo hay en C... ni jamás lo ha habido en esta familia."

"OBSERVACION 2.ª El señor B... farmacéutico en Bourbonne-les-Bains (Alto Marne), se casó con una alemana nacida de un matrimonio entre primos: tuvieron cuatro hijos; el primero nació *jiboso*; el segundo *sordo-mudo*; el tercero sano de cuerpo y de espíritu; el cuarto *imbécil*. Hay aquí evidentemente una herencia indirecta ó influencia consanguínea, proveniente de la madre."

La memoria del Dr. Boudin ha despertado el más vivo interés en la nación vecina, ha servido de tema á los debates académicos en varias sesiones y excitado

la laboriosidad de las personas competentes que han tomado parte en pró y publicado nuevos hechos, ó que rechazan sus conclusiones. En la actualidad puede considerarse dividida la opinión de las notabilidades científicas entre grupos opuestos. En el primero se colocan los que de acuerdo con Devay y Boudin convienen en las desventajas positivas de los matrimonios consanguíneos, atribuyendo precisamente á la renovación de sangre, á la falta de cruzamiento con diversa familia, las lamentables consecuencias que se notan en los hijos; de cuyo dictamen hallamos la gran mayoría de los que han entrado en liza, entre ellos la respetable personalidad de Trousseau y el ilustre Julio Guerin.

2.º Los que aceptan el hecho, pero lo achacan de una manera exclusiva á la herencia morbosas.

3.º Hay un tercer partido que niega terminantemente la predisposición que inducen las uniones consanguíneas á los vicios y males enunciados, valiéndose, para rebatir la opinión contraria, del favorable efecto que en el desarrollo de ciertas castas de animales se obtiene por la consanguinidad de los padres.

Entre los documentos presentados para corroborar la tesis del Dr. Boudin, es acaso el de más importancia la nota del señor Brochard que ofrecemos fielmente traducida. Dice así:

"En un período de 15 años la Institución de Sordo-mudos de Nogent-le-Rotrou, de que soy médico, ha recibido 55 niños sordo-mudos de nacimiento. Entre este total, 15 han nacido de padres que eran primos hermanos, 1 de primos segundos."

"Conozco además en la Ferté-Bernard una familia, C..., que se compone de 8 hijos, de los que 4 son sordo-mudos de nacimiento. El padre y la madre son primos hermanos. En esta familia se ha observado una cosa singular, y es que el nacimiento de un niño sordo-mudo alternó siempre con el de otro que tenía el uso de la palabra."

"Entre los 16 sordo-mudos de la Institución de Nogent-le-Rotrou, nacidos de padres primos hermanos ó de primos segundos, 11 pertenecen á la clase media ó á ricos labradores; 5 á jornaleros que viven de su trabajo, mas no en la miseria. Solamente es pobre la familia C... de la Ferté-Bernard."

"No hay más que dos hijos únicos entre los 16 sordo-mudos de Nogent-le-Rotrou. Una joven sordo-muda, hija única, padece además hemeralopia congénita."

"Los otros han tenido hermanos y hermanas bien constituidos en su mayor parte y en general de buena inteligencia. Sin embargo, uno de ellos tenía una hermana sorda y otro un hermano sordo de nacimiento."

"Los padres de estos niños son bien constituidos, nada en los antecedentes de su familia ó de su salud autorizaba á presumir que dieran el ser á hijos sordo-mudos."

"La alianza consanguínea de los padres debe, pues, en todos casos ser mirada como la sola causa de la sordo-mudez de los hijos. Estos hechos confirman enteramente las conclusiones formuladas por Boudin. En efecto, he encontrado que en 55 sordo-mudos, 16 procedían de matrimonios consanguíneos, que es el 29,5 por 100."

"Estoy convencido de que todas las veces que la cuestión de consanguinidad en los matrimonios sea sometida al método numérico, como lo ha tan bien expuesto el señor Boudin, se llegará infaliblemente á la demostración de los peligros que crean las uniones de este género."

Tres niños sordo-mudos que Trousseau ha visto en París, procedían de primos hermanos. Una familia napolitana asistida por él mismo, en la cual los esposos eran tío y sobrina, sin malos antecedentes sanitarios, tuvieron 4 hijos; uno muy extravagante, el segundo epiléptico, el tercero bien sensato, el cuarto idiota y epiléptico.

Una nota no menos significativa es la del señor Q. de Ranse, concebida en los siguientes términos:

"Dos hermanas, las señoritas D..., se casaron la una con el señor D... y la otra con el señor L... y vivían en la Isla de Ré. El matrimonio L... tuvo 3 hijos, y los esposos D... 3 niñas, casadas á su tiempo con los 3 primeros, que eran como se vé, sus primos hermanos. El estado sanitario de los diversos miembros de esta familia nada dejaba que desear."

"Del matrimonio del primogénito L... nacieron un niño y 2 niñas que gozaban de todos sus sentidos."

"Del segundo matrimonio salieron 3 niños y 2 niñas. El primero de los niños habla, pero con un acento que le hubiera hecho tomar por extranjero. El segundo es sordo-mudo de nacimiento: y casado con una extraña, esta ha dado á luz 2 hijos que tienen el uso de la palabra. El tercero es sordo-mudo de nacimiento y ha quedado célibe. Las hijas hablan, aunque una pronuncia difícilmente algunas letras."

"Del tercer matrimonio han nacido 2 hijos y 1 hija aun vivos, y un monstruo no viable. Los 2 hijos son sordo-mudos de nacimiento; el mayor se enlazó con una mujer de otro linaje, y ha tenido 1 hijo exento de sordo-mudez. La hija no comenzó á hablar hasta los seis años."

"Aquí es incontestable la influencia de la consanguinidad. En efecto, entre 12 hijos nacidos de parientes, se hallan 4 completamente sanos, 4 son sordo-mudos de nacimiento, 1 no ha hablado hasta la edad de 6 años, 2 tienen una pronunciación difícil, el 12.º, en fin, es monstruo."

"No puede en este caso invocarse la heredad, pues los padres eran sanos y con buenos antecedentes de familia. Ellos procrean sordo-mudos, y entre sus hijos, los que se enlazan con personas de distinta casta dan el ser á niños que gozan de la facultad de hablar."

No debe tampoco pasarse en silencio la historia comunicada por el Dr. Person de Besanzon, porque su autenticidad y sus detalles vienen á ensanchar las con-vicciones respecto á la inconveniencia de desposarse entre sí los que tienen la misma sangre.

"Los dos hermanos Valet, originarios de la Alta Montaña, son grandes, magníficamente constituidos y ambos han gozado una salud perfecta hasta el presente. Casaron con dos hermanas que eran al mismo tiempo sus primas hermanas."

"El primogénito que aun habita la montaña, ha tenido muchos hijos; de los cuales solo el mayor, ya de 20 años, es sordo-mudo."

"El menor está ocupado en el camino de hierro de Besanzon hace seis años; carga el coke sobre los tenders en el depósito de Besanzon. Ha tenido seis hijos."

"Número 1. Una niña de 12 años, delicada, pequeña, tímida con exceso: oye bien."

"Número 2. Niña de 10 años, vigorosa, arrojada, es sordo-muda, y acaba de obtener admision en el establecimiento de sordo-mudos de la misma ciudad."

"El 3.º que murió pequeño, no tenia defecto de oído."

"El número 4, niño de 7 años, robusto, grande y fuerte, es sordo-mudo de nacimiento."

"El número 5, es una niña de 4 años y medio, es muy pequeña, habla mal; pero oye completamente."

"El número 6, de tres meses, parece poco sensible al ruido que se hace cerca de su cuna. No podré decir, sin embargo, si escapará á esta ley de alter-nativa que tienden á establecer otros hechos análogos al presente."

"Esta observacion prueba nuevamente que la sordo-mudez se produce en los matrimonios consanguíneos, á pesar de la más perfecta constitucion de los padres, y cuán insostenible es la teoría etiológica que atribuye la enfermedad de los hijos á una pretendida heredad morbosa."

El perfecto acuerdo de tantos hechos observados en circunstancias muy diversas y por muchas personas imparciales, persuade á los más remisos de los peligros que encierra la consanguinidad para los hijos y justifica la prohibicion absoluta del casamiento entre primos hermanos, no ha mucho votada por los Estados de Kentucki y el Ohio, en la América del Norte. Estas restricciones que el buen criterio aplaude porque suplen á la imprevision de los particulares, conjurando el bastardeamiento de la especie, por más que coarte la libertad de los individuos, ha parecido muy sensata á algunos Consejos generales de Francia, puesto que han pedido al Gobierno supremo su adopcion en vista del costoso aprendizaje adquirido en ciertas localidades del Imperio donde las uniones consanguíneas están á la orden del día y en las que su frecuente repeticion amaga á las nuevas generaciones con serios con-

flictos.

No se acepta por todos, sin embargo, la interpretacion desfavorable á la consanguinidad que inducen los ejemplos publicados. Ya insinuamos que existian dos opiniones adversas: la una niega la reiteracion de los desórdenes orgánicos que hemos expuesto, achacándolos cuando se presentan á la ley de heredad, en cuya virtud se repiten en la prole las disposiciones morbosas y los defectos de sus padres; la otra, asimilando la especie humana con los animales domésticos, concluye de la aparente ventaja que en estos proporciona la consanguinidad, declarándola insuficiente para producir ningun género de trastornos anormales en el hombre.

Los contradictores no son muchos. Entre los partidarios de la herencia morbosa hallamos á Perier, que en muchos años no ha visto sobrevenir accidentes desagradables en los hijos de consanguíneos, á pesar de haber tenido ocasion de observar 26 matrimonios de primos segundos en que los resultados fueron contrarios á la hipótesis de sus peligros, y en su concepto deben más bien atribuirse, las que se notan, á la poca eleccion posible entre parientes y al influjo de la heredad.

Raige-Delorme los explica tambien por el estrecho círculo de personas entre las que puede escogerse en el enlace consanguíneo, las cuales no siempre tienen condiciones adecuadas para oponerse á la accion hereditaria, añadiendo que no existen datos precisos para resolver la duda.

Respetando Bourgeois las razones religiosas y de moralidad, que obstan en los pueblos cultos á las alianzas entre parientes, cree errónea y vulgar la opinion que les imputa la sordo-mudez y otros males de los hijos; opinion nacida á su ver de una mala observacion de los hechos, que mira la coincidencia como leyes. Para confirmacion de su tesis aduce 24 casos de casamientos entre próximos parientes, reunidos por informe de varios sugetos, en los cuales, los hijos han salido á luz sin los accidentes tan temidos de la consanguinidad, y describe la historia de una familia procedente de union entre primos, que data nada menos que de 130 años á esta fecha, y de cuyo enlace han provenido 116 individuos, sanos en su mayor parte, en la sucesion de

91 consorcios fecundos, 16 de ellos consanguíneos doblemente.

Rarisimos han sido en esta casta los hechos de imbecilidad, epilepsia y locura, tisis y escrófulas, no pasando nunca de dos y las más veces presentándose en un solo caso. Entre 63 niños nacidos la familia, de consanguíneos, solo 8 subcumbieron antes de los 7 años, no perdiéndose en totalidad mas que 1 por 8,1 en lugar de 1 por 2,77, mortalidad ordinaria, segun Duvillard. Finalmente: el término medio de la vida fué en este linaje por el largo trascurso de los 130 años, de 39,32, habiendo muchos de entre ellos alcanzado la edad de 80 años.

Guillermo Child, de Inglaterra, considerando como plenamente establecida la analogía entre animales y personas, afirma que las uniones consanguíneas no son contrarias á la naturaleza; y cita como prueba el apareamiento de animales domésticos, cuyas mejores razas se deben en su país á la mezcla repetida de la misma sangre. Al efecto menciona el toro Samuel y Favorita, tronco de 4 castas muy estimadas, el toro Comet, de cuernos cortos, cuya descendencia tiene una alta reputacion como tipo, y en el ganado caballar, el Flisig Childers, producto continuado de los más próximos de su misma casta.

No conviene, por tanto, en que los consorcios consanguíneos tienden á degradar la especie, ni reconoce otra influencia en los padecimientos y defectos innatos, más que la trasmision hereditaria en las familias cuyos antecedentes les preparan para ellos.

Apoyó esta doctrina el Dr. Sanson en una nota leida á la Academia de ciencias el 21 de Julio 1862, reproduciendo parecidos argumentos, y adoptaba las mismas conclusiones, sosteniendo que los hechos observados le autorizan á decidir, por lo que concierne á los animales domésticos, que los peligros atribuidos á la consanguinidad no tienen fundamento alguno en la experiencia, y que si es permitido adaptar á la humana estirpe los hechos precisos notados en los animales, no halla prudente aceptar sin recelo los datos numéricos, que apoyan la opinion de los peligros de los matrimonios consanguíneos.

Un rebaño de 300 merinos originarios de Sajonia, ha sido objeto de ensayos y estudios para el señor Beaudoin durante

22 años consecutivos; de cuyo resultado se dá noticia en la Gaceta Médica de París del año anterior. Se reproducían por sí mismos, es decir, con los machos y hembras de la propia manada, pariendo 100 ovejas cada invierno, un número de machos aproximadamente igual al de hembras. El método que ha seguido fué escoger cada año los mejores para la procreacion. Con este intento eliminaba los corderos, unos á los 3, otros á los 6 ó á los 10 meses de nacidos, no conservando en consecuencia sino 2 ó 3 selectos. En las hembras solo desechaba las que tenían vicio ó enfermedad, ó si en su conjunto se apartaban del tipo que el mismo Beaudoin se habia propuesto por modelo y cuando habia reconocido que un macho ó hembra no eran aptos para la generacion, ni para dar buenos productos, no titubeaba en reemplazarlos; además de las cualidades que queria ó conservar ó de las que deseaba añadir, logró aclimatarlos, hacerlos sanos y fuertes, y con este sistema, cuidadosamente practicado, nunca se produjo albinismo, ni monstruosidad, ni bastardeamiento de la casta; aunque se observó un 6 por 100 de criptorquideos y monorquideos.

Nos ocuparemos levemente de los hechos negativos que sirven de base al razonamiento de Perier; hechos que nada prueban, porque además de tratarse de *primos segundos*, en quienes son más comunes los ejemplos de inmunidad, nadie puede entender que los casamientos entre parientes sean siempre seguidos de vástagos defectuosos, solo se agita la cuestion de saber si los vicios congénitos se presentan en los productos de dichas uniones con una frecuencia exagerada por la falta de cruzamiento. La misma objecion permiten los 24 hechos recogidos por Bourgeois, y en cuanto á la singular historia que hemos extractado, sin discutir su autenticidad, á cualquiera se alcanza que en la larga serie de 130 años ha debido efectuarse muchas veces la mezcla con extraño linaje, y en todo caso la regla general no se invalida por una ó más excepciones.

La hereditad no basta á explicarnos esa proporcion excesiva de sordo-mudos de nacimiento en los que proceden de consanguíneos, pues por el mero hecho de serlo sus padres no han de considerarse más defectuosos ni enfermos que los de distinta progénie. Precisamente

los registros del Instituto de sordo-mudos de París, examinados por Boudin, le convencieron de que en los padres no preexistia la misma imperfeccion, sino que casi siempre estaban dotados de buenas condiciones sanitarias que excluían toda sospecha del influjo hereditario; por otra parte, los sordo-mudos de origen rara vez transmiten á sus hijos el mismo defecto. A nuestro sentir, añade Boudin, los matrimonios consanguíneos, lejos de militar en favor de una hereditad completamente imaginaria, constituyen la protestacion más flagrante contra las leyes mismas de la hereditad. ¡Cómo, al ver padres consanguíneos, llenos de fuerza y salud, exentos de toda enfermedad, incapaces de dar á sus hijos lo que tienen y dando lo que no han tenido jamás, en presencia, decimos, de tales hechos se osa pronunciar la palabra hereditad!

Estas frases concuerdan perfectamente con las que inspiran los hechos á Devay, como lo expresa afirmando: "que los sordo-mudos que vé abundar en las familias, no se encuentran en ellas en virtud de la hereditad. No los habia antes de las alianzas de la sangre, ya sean aisladas ó repetidas. Muy á la inversa, esas afecciones oculares, esas desylaciones orgánicas sobrevienen en familias donde jamás habian aparecido antes de la consanguinidad. Forzoso es reconocer de una vez para siempre que la consanguinidad, y es el verdadero nudo de la discusion, ha precedido á la hereditad y esta ha llegado después á ser su consecuencia."

Hay un error grave en asemejar la naturaleza del hombre á la de otros animales inferiores. Cada especie tiene por el contrario su vitalidad peculiar y su organizacion bien distinta: no ha de extrañarse en consecuencia, que la consanguinidad origine menos accidentes en los animales domésticos, cuando el hombre está tan propenso á enfermedades, y las padece en mayor número que cualquier otro ser animado. La comparacion es sobre todo inexacta, tratándose del mejoramiento de la raza que en los animales domésticos se reduce, no á perfeccionar cada casta, acercándola á su tipo primitivo, sino á provocar el más alto grado del desarrollo de ciertas condiciones que el interés, el capricho ó las

miras industriales hacen facticiamente necesarias. En una palabra, en los animales subyugados al hombre se atiende á lograr aquellas cualidades que les predispongan mejor al uso á que se destinan, ó les conviertan ya en materia de industria, ya en objeto de consumo más solicitado, sin reparar si de este modo se falsean sus atributos constitutivos, ó se acorta su existencia.

Mas para esta reproduccion, que pudiera llamarse artificial, no se abandonan los resultados á la casualidad, sino que se escogen como padres los más robustos ó los que presentan bien caracterizadas las condiciones que se han adoptado por modelo. Lo que procuran los criadores en unos ganados es la precocidad de los productos, en otros el predominio exuberante de carne ó de gordura á expensas de los demás tejidos, ó la secrecion copiosa de leche; en estos se tiende á conseguir una lana fina y abundante: en aquellos la pronta reproduccion de la pluma, como sucede en ciertas de aves blancas que los criadores de la Brie han formado por medio de repetidas mezclas consanguíneas, á las cuales les arrancan las plumas dos y aun tres veces cada año para venderlas en un precio que no se conseguiria por todo el volátil, destinándolo á la mesa. En ocasiones se fomenta una disposicion fisica como la mayor resistencia al trabajo, ó la ligereza y la velocidad en la carrera, y aun hasta los vicios de conformacion llegan á aprovecharse, siendo ejemplo de ello la casta de carneros de piernas cortas de que habla Flourens. Esta deformidad se produjo al principio con un solo individuo que presentaba los extremos posteriores muy poco desarrollados: pareció muy ventajosa para impedir que franqueasen los cercados, por cuya razon se ideó perpetuarla en sus descendientes y se ha logrado que lo que era accidental en su origen, se repitiera al pronto en algunas crias y haya pasado á constituir una especialidad de la casta.

Como se comprende, en todos estos ejemplos no es la accion de la consanguinidad la que se pone en juego, sino la potencia de hereditad, que ha de activarse cuando el macho y la hembra son de la misma sangre, y mucho más ayudada de ciertas prácticas y del género de vida á que se someten á veces los productos de la concepcion. No creemos, con todo, que

en el orden fisiológico haya motivos para lisonjearse de los nuevos tipos debidos al arte. Se ha conseguido, es verdad, en otros países y especialmente en Inglaterra, un buey casi sin huesos, de cuerpo cilindrico, de cabeza corta, de piernas pequeñas, con un gran desenvolvimiento muscular, tal es el buey llamado Durham, y en el mismo caso se halla el puerco Newleicester y el carnero Dishley, casi transformados en grasa y carne. Por más que se diga, semejantes trastornos del desenvolvimiento orgánico pueden agradar á los consumidores, satisfacer á la gula ó al interés; pero no pueden ofrecerse como dechado de su especie. ¿Qué se vé, en efecto, en estos animales? Gourdon lo ha dicho en una nota dirigida sobre este particular á la Academia francesa de Ciencias, en 11 de Agosto de 1862: *Formas naturales destruidas, un desenvolvimiento contra-natural del sistema adiposo, una rapidez de desenvolvimiento que acelera otro tanto el término de la vida, una fecundidad menor, una predisposicion más grande á las afecciones caquéticas.*

El caballo inglés, en quien se conserva esmeradamente la pureza de la sangre, cuidado desde que nace, criado de una manera especial, con alimento seco y nutritivo, y en una atmósfera artificialmente elevada, adquiere esa velocidad prodigiosa en la carrera que llena de entusiasmo al pueblo británico y constituye su diversion favorita en los juegos hípicos, muy populares en aquel país: pues bien, este animal tan estimado no sirvió de mucho en la guerra de Crimea, porque no era apto para soportar las fatigas y privaciones de aquella ruda campaña, al paso que las toleraban los caballos de las otras partes beligerantes, menos ponderados, pero más fuertes y con más resistencia.

La procreacion de los animales por medio de padres consanguíneos, es, en definitiva, opuesta al voto de la naturaleza; los productos obtenidos se desvian del tipo preestablecido por el Supremo Hacedor; y si este método anormal se prolonga por mucho tiempo, se traspasa el objeto, y las generaciones que se suceden van haciéndose desmedradas y deformes, impropias á la reproduccion, llegando la casta á perderse. La experiencia de casi todos los autores de agricultura es conteste acerca de este extre-

mo, habiendo tocado en más de una ocasion las deplorables consecuencias que á la larga acarrea la falta de cruzamiento y la union entre seres de origen muy próximo, sistemáticamente continuada. Bacwell ha visto desaparecer por completo las nuevas castas que habia formado por este medio, y aun en las más antiguas yegnerias de Inglaterra algunas se han extinguido por insistir en tan errónea práctica.

Aleccionados algunos criadores por tales ejemplos han puesto todo su conato en formar varias líneas distintas en la misma casta por el temor de perderla si la reproduccion entre sí, ó dentro de ella misma, era demasiado exclusiva. Los que han adoptado este temperamento son los que en las exposiciones agricolas extranjeras consiguieron mayor número de premios. Entre ellos Webb que durante 15 años fué agraciado constantemente, debiendo la reputacion de su ganaderia merina, no sólo á la eleccion, pues á cada manada destinaba el morueco más al caso para corregir los defectos que tenia y para aumentar las cualidades que no poseia aun en suficiente grado; sino á que esquivaba en lo posible la consanguinidad, y para no tomar morueco fuera de su rebaño creó cinco ó seis familias distintas.

Otro criador de ganado, Princeps, ha igualmente comprobado que si bien el método de reproduccion entre los animales más cercanos conduce á fijar una variedad que se tiene por estimable, *no debe llevarse muy lejos dicho procedimiento, y siempre es bueno conservar dos ó tres líneas distintas en la casta, porque de lo contrario la raza se debilita y degenera.*

Gourdon, que mencionábamos hace poco, piensa que solo en casos excepcionales puede emplearse la consanguinidad para reproducir y mejorar las especies de animales domésticos, como cuando hay pocos de un tipo nuevo que desea fijarse, pero fuera de estas circunstancias convertir la consanguinidad en un elemento constante de procreacion seria buscar la *decadencia y el deterioro* de las castas.

No hay, pues, que confundir lo que el capricho del hombre ó su codicia, llama mejoramiento en los animales que él utiliza, con la verdadera perfeccion de las especies que estriba en desenvolver sus

fuerzas vitales y sus potencias orgánicas armónicamente, y hacer su vida más sana y duradera; perfeccion que no debe esperarse del influjo de la consanguinidad, que es opuesto en los animales, no menos que en el hombre, á las leyes higiénicas, y una de las causas que concurren al bastardeamiento de las castas y á los defectos y anomalías en los individuos. Al que no le ciegue su interés ó la depravacion del gusto no se ocultará que muchos de los decantados embellecimientos y de las mejoras provocadas en los animales domésticos, no son otra cosa más que monstruosidades muy manifiestas. Boudin expresa este mismo pensamiento de una manera tan brillante que no sabemos resistir al deseo de copiarlo. "Ver, dice, en el caballo, que se ha hecho impropio para el trabajo y la guerra, un perfeccionamiento porque sobresale en la carrera, es en nuestro sentir, como si se pretendiera hacer pasar por tipo del hombre fisico al magro jockey que lo monta. Proclamar al buey Dishley un tipo perfeccionado, por la razon de que sus psoas suministran más filete á la carniceria, es autorizarse á ver el tipo de la perfeccion del ánsar y del pato en ciertos animales de su especie que se ha hecho enfermar, para que su hígado hipertrofiado suministre á los gastrónomos la base de los pasteles de Strasbourg y de Nerac."

Al hacerse cargo Boudin en su memoria de las afirmaciones de varios autores que han explicado la mayor proporción en la raza hebrea de las anomalías y enfermedades imputadas á la consanguinidad, como resultado de la facilidad con que se enlazan entre sí los miembros cercanos de un mismo linaje, habia añadido: "No poseemos documentos estadísticos en lo que concierne á la poblacion judía de Francia; pero hay lugar de presumir que en ella como en el extranjero las mismas causas deben producir los mismos efectos." Tomando acta de estas palabras el Sr. Isidoro, gran rabino de Paris, se dirigió en 21 de Julio del pasado año á la Academia de Ciencias por medio de la carta que trasladamos:

"Una memoria del Dr. Boudin sobre los peligros de los matrimonios consanguíneos, leída á la Academia de Ciencias el 16 de Junio último, encierra con respecto á los judíos opiniones que me parecen exageradas, si no erróneas, y

"contra las que experimento la necesidad de protestar."

"El Sr. Boudin, despues de haber afirmado que la sordo-mudez es comun entre los judíos de otros países, dice que no poseemos datos estadísticos sobre la poblacion israelita de Francia, pero que hay motivo para presumir *que aquí, como en el extranjero, las mismas causas producen los mismos efectos.* Yo no me permitiré discutir con el Sr. Boudin sobre el peligro de los matrimonios consanguíneos; suponiendo este hecho incontestado, habria siempre que notar que los matrimonios de esta naturaleza no son tan frecuentes entre los judíos como el Sr. Boudin parece creerlo. La ley mosaica, es verdad, permite los casamientos entre tío y sobrina; pero la ley civil lo prohíbe, y las dispensas no se obtienen muy fácilmente. Entre los primos y primas las alianzas son á todos permitidas con la ligera diferencia de los impedimentos del derecho canónico, que se hacen desaparecer sin dificultad."

"No tengo datos ciertos, irrecusables, como tampoco el Sr. Boudin, sobre nuestra poblacion israelita en Francia; mas en nuestra comunidad de Paris, compuesta de 25,000 almas á lo menos, afirmo que no hay 4 sordo-mudos; el establecimiento de la calle de San Jacobo tenia 3 hace algunas semanas, ahora no quedan más de 2 y estos son de Burdeos: el tercero era de la Prusia riniana."

"Se cuentan 100,000 israelitas en Francia. Ahora bien: tomando por base la proporción que existe en Paris, llegamos á la cifra de 12 á 15 para la Francia entera, y estamos lejos de la supuesta por el Sr. Boudin."

"Yo no me explico la estadística del Dr. Liebreich de Berlin, que encuentra 27 sordo-mudos en una poblacion de 100,000 almas, y mucho menos el hecho enunciado por el Sr. Eliotson (de Londres), que en ninguna parte vé más tartamudos, bizcos, etc, que en Inglaterra."

"Estas opiniones, lo repito, me parecen que no tienen una base cierta, y hasta que se pruebe todo lo contrario tomo la libertad de inscribirme en falso contra ellas. Yo sé que tanto Boudin como Elliotson, como Leibreich no hablan más que en nombre de la ciencia

"y que ningun pensamiento malévolo les anima; mas estas apreciaciones tienen sus peligros, sobre todo, cuando se trata de judíos, y es mi deber desvanecer errores, aun los más inocentes, que pueden llegar á ser dañosos. Lo hago con todo el respeto que tengo y que debo á un hombre tan honorable como el Sr. Boudin."

La respuesta no se dejó esperar mucho tiempo. En ella hace ver Boudin que el gran rabino no presentaba ningun argumento para contrarestar los hechos registrados en Berlin por Liebreich, de los cuales se desprende que la proporción de sordo-mudos solo es:

De 3,1	por cada 1000	moradores	en los protestantes.
De 6	"	1000	" en los católicos.
De 2,7	"	1000	" en los judíos.

pues entre 341 sordo-mudos existentes en el Instituto de Berlin se encontraron 42 hebreos, 23 en 223 que habia nacidos en Berlin. Para que la diferencia con los demás de la capital y del reino no fuera extraordinaria, habria que admitir que la gente israelita representa la octava parte de la poblacion de Prusia y la novena de Berlin, cuando solo constituye en realidad una setentava parte de los habitantes de aquella monarquía.

Tampoco han sido contestadas en dicha carta las aseveraciones del Dr. Ellicson, de Inglaterra, que considera dimanada del casamiento entre parientes próximos, cosa comun en la raza hebrea, el número sorprendente que dan en aquel país de bizcos, de tartamudos, de originales, locos é idiotas; ni las del Dr. Pruner-Bey, que ha descubierto una proporción enorme de sordo-mudos en los judíos del Cairo; ni las de Grellois y Emari que achacan al mismo motivo la hidroftalmia observada constantemente en Argel entre los sectarios de Moisés, y como distintiva allí de su raza. No discute, por último, el Sr. Isidoro en su escrito los datos que arroja la estadística oficial de Dinamarca, apareciendo de ella que la proporción de locos idiotas en los judíos comparada con los católicos es allí como 5 á 3.

Por toda contestacion se contenta el gran rabino con decir *no me explico* tales hechos. "Hé aquí una manera de argumentar, como replica muy oportunamente Boudin, que no es más persuasi-

"va, por ser medianamente parlamentaria. Mas entre las afirmaciones de sabios respetables que hablan de hechos comprobados por ellos y la negacion sin pruebas del gran rabino, hablando de hechos que le son extraños, la Academia decidirá."

Por otra parte, termina el mismo médico, si en Francia los judíos son 400,000 ó sea 1 por cada 360 habitantes, no debería hallarse en la institucion de sordomudos de Paris, más que 0,5 de hebreos, existiendo por término medio en ella 200 sordo-mudos, y como el mismo gran rabino declara encontrarse en dicha institucion 2 judíos nacidos en Francia, claro está que el contingente real que ellos dan de sordo-mudos en la institucion de Paris, sobrepaja ó excede 4 veces al contingente legal.

Los diversos elementos que sucintamente hemos examinado deben separar á toda persona prudente de contraer alianza con los de su propia sangre, puesto que el principal fin del matrimonio no es otro que perpetuar la especie por la generacion de nuevos individuos, procurándolos bien conformados, con vitalidad prepotente y libres de todo padecimiento; y está demostrado por la observacion y la estadística que la falta de cruzamiento, ó en otros términos el desposarse entre sí los que ya tienen un parentesco natural, origina con asombrosa frecuencia en los hijos alteraciones de conformacion, vicios funcionales y enfermedades, de las que unas como el albinismo, la idiotez y la retinitis pigmentosa, dimanan en muchos casos del influjo consanguíneo, y por más que no se haya demostrado plenamente, existen hechos bastantes á establecer una persuasion bien motivada. Y en cuanto á la accion de la consanguinidad en la aparicion de la sordo-mudez congénita, por más inexplicable que sea este fenómeno, no caben vacilaciones de ningun género; pues cuenta en su apoyo la experiencia, corroborada por el método numérico, que consultado por varios observadores y en localidades apartadas ha venido siempre á determinar la parte innegable que corresponde al parentesco de los padres en la produccion de este desenvolvimiento defectuoso en el aparato auditivo y en el órgano de la palabra.

Nos permitiremos, no obstante, apuntar que á nuestro juicio conviene ateso-

rar nuevos hechos y prolongar la observacion por más tiempo antes de pronunciar un fallo definitivo é irrevocable que solo debe ser hijo de una conviccion meditada y severa, y de tal modo basada que haga imposible la contradiccion y aun la duda.

DR. M. PIZARRO Y JIMENEZ.

PLEGARIA DE LOS LIBRES.

Las almas puras y libres inmenso clamor alzaron. Oh Dios! oh fuente de vida! ¿habrá siempre sangre y llanto? Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado? El hombre que Tú creaste, yace en tenebroso caos: parece su inteligencia místico blandon funerario que agita viento de muerte extinguirlo amenazando. Oscuras nubes la cercan, su sol desciende al ocaso, y en breve palideciendo dará su postrero rayo: entonces como enemigos arrojarán fieros dardos contra sus hijos el padre, contra su hermano el hermano: las palabras más sagradas serán horribles sarcasmos. "Oh Dios, Piadoso y Eterno, ¿habrá siempre sangre y llanto? Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

El hombre que Tú creaste, lo creaste soberano; envilecido está ahora, porque ahora yace esclavo: aun lleva en su frente el sello que déspotas le marcaron, sin que la sangre y los siglos hayan podido borrarlo. Aun el hombre arrastra al hombre á sacrilego mercado: la raza de Júdas vive de la virtud siendo escarnio; que si aquel vendió á su padre, hay quien vende á sus hermanos. Y hay tambien de la soberbia engendros torpes y vanos: ídolos de bronce y oro sobre pies de frágil barro, que señores se apellidan, oprimen con rudo brazo, la usurpacion hacen ley, haciendo suyo lo extraño: ¡mentira! tan solo es Dios

señor absoluto y santo! ¿Cuándo caerán bronce y oro roto el cimiento de barro! "Dios, Libertador Sublime, ¿habrá siempre sangre y llanto? Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

El tiempo rápido vuela y deja en pos desengaños, y escombros de otras naciones que inmortales se juzgaron: gloria vana y llanto cierto brotan do quiera sus fastos. Por esa gloria mentida, por la ambicion de un tirano, van ejércitos enteros á morir como rebaños. Porque la astucia engañosa la verdad ha disfrazado: deber y honor apellida la obediencia del esclavo, y fulmina sus legiones terror y luto sembrando. Aun tiene altares la fuerza; mientras sin pudor el labio llama edades de barbárie á los siglos que pasaron. "¡Vuélvenos, oh Dios, tus ojos! ¿habrá siempre sangre y llanto? Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

En tu justicia infinita, en tu saber soberano, te hiciste padre de todos, á todos hiciste hermanos: sobre sus frentes pusiste el mismo celeste manto, donde tu bondad publican soles mil con ígneos rayos. Mas pronto el orgullo fiero rompiendo el amante lazo, dió al poder y dió á la fuerza nombres y títulos altos, y para el mísero y débil halló palabras de escarnio. Al hombre apartó del hombre, guerra y odios engendrando: así sus fétidas aguas, entre risueños collados, para marchitar su pompa aglomera hediondo lago, y se torna cieno impuro lo que fué verdor lozano. "Oye, oh Dios, nuestras plegarias! ¿habrá siempre sangre y llanto? Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

Con las frentes inclinadas, mal envueltos en harapos, de vuestros propios sudores regad los agenos campos, mientras vigorosos nervios

se hinchen en los duros brazos; que despues en premio justo ¡oh victimas del trabajo! no tendreis un pié de tierra de tan espaciosos campos, y á la humillante limosna tendereis cansada mano. Quizá el opulento dueño del surco que habeis labrado, si os arroja una moneda, el rostro vuelva con asco; que á quien vive entre placeres enoja el dolor extraño. La misma muerte no alcanza de la miseria á libraros; os despreciarán ya muertos los que en vida os despreciaron: y sin luces ni plegarias, envueltos en sucio paño, os llevarán á la huesa tal como grosero fardo: ni un nombre allí... vuestros hijos ¡ay! os buscarán en vano. Pero ¿quién se compadece del hijo del proletario? "Compadécete, Dios grande, enjuga su acerbo llanto. Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

En mitad de un grande pueblo se alza un infame cadalso: cércanle espadas y lanzas de innumerables soldados: muy tristes las armas brillan del sol á los tibios rayos: muy triste retumba en torno ronco tambor destemplado; y la cruel muchedumbre como revuelto océano, en gruesas olas se agita por todas partes luchando; no para tornar en polvo aquel inicuo tablado donde la justicia humana, en su justísimo fallo, castiga un crimen con otro, de su poder abusando; sino para ver más cerca aquel espantoso cuadro: para beber la agonía, sin verter acerbo llanto. Allí vá á morir un hombre con la muerte del malvado. La vida paga la vida. ¿Y podrán pagar acaso los que de ambicion movidos á miles las arrancaron? Esos... que indecente incienso reciben de torpes labios? No patíbulos; mas palmas, laureles huellan sus pasos: héroes los llama la historia... Los que huérfanos quedaron, esos padres ya sin hijos,

esos pueblos asolados,
y de los muertos las almas
que á otras esferas volaron,
ante el tribunal del cielo
¿cómo los habrán llamado?...
"Grande es, oh Dios, tu justicia,
¿por qué siempre sangre y llanto?
"Sobre el corrompido mundo
¿cuándo será tureinado?"

Las almas puras y libres
así á los cielos clamaron.
Su voz flotó como incienso,
atravesó el grande espacio,
del Señor en los oídos
quedó perenne vibrando,
y en el libro de la vida
con fuego se vió grabado:
Siete veces es bendito
el justo que vierte llanto;
es maldito siete veces
quien desconoce á su hermano.
"Sobre el corrompido mundo
pronto será mi reinado."

NARCISO CAMPILLO.

EN EL CAMPO.

Faltó el bienhechor influjo
de la lluvia apetecida:
¿qué amargas calamidades
triste el pueblo vaticinal
Ante su choza sentado,
con la mano en la mejilla,
humilde anciano aparece
contemplando las campiñas.
Sin cesar por los espacios
tiende afanoso la vista...
¿Algo espera? Extrañas frases
de sus labios se deslizan.
Y ya fijando los ojos
en las vegas amarillas,
ora contemplando el cielo,
deja que corran sus días.

I.

—¿Qué importa que abril llegará
con su alegre comitiva
de pintadas mariposas,
de canoras avecillas;
Si por collados y vegas
aridez tan solo mira,
y marchitas á su paso
las arboledas se inclinan?
¿Qué importa que entre las hojas
asome gallarda espiga,
si no tendrá de la tierra
la sávia que necesita?
Sol de fuego, sol de fuego,
tú ajarás su lozanía,
que no hay frescura en su tallo

para que á tu ardor resistan.

Doradas cual en estío
pronto estarán las campiñas;
mas ¡ay! que estéril el seno
será de la miés erguida.

La indigencia con su corte
de dolores y perfidias,
invadirá macilenta
las ciudades y las villas.

Piedad, oh Autor soberano;
tiende tu diestra propicia;
descienda el santo rocío,
á los campos dando vida.

Nuestros sembrados bendice,
que ya sin vigor declinan:
pan demanda el pobre anciano
para su triste familia.

II.

Auroras de primavera,
mañanas de abril tranquilas,
bellas fuisteis á mis ojos
cuando el Hacedor quería.

Profunda tristeza ahora
á mi corazón inspiran,
vuestro cielo despejado,
vuestras áuras fugitivas.

Que ellos no son precursores
de la lluvia apetecida
que los collados y vegas
bienhechora fecundiza.

Mas ¡ah! venid, hijos míos...
¿Será ilusión? ¿No se miran
en la región de Occidente
apacibles nubecillas?

No es ilusión... contempladlas,
blancas, por el sol heridas,
deslumbrantes se presentan,
como nevadas colinas.

¡Suben! ¡Suben!... Ya en montañas
aparecen convertidas...
ya sueltas por los espacios,
cuál monstruos alados, giran.

¡Ay! se alejan... Deteneos...
por el solano impelidas,
cuál desbandadas palomas,
pasan, pasan fugitivas.

Aire fatal, ya á tu influjo
despejado el cielo brilla...
las esperanzas murieron
de mi angustiada familia.

III.

Cuando con horror los mares
el triste naufrago mira,
alienta si blanca vela,
aunque distante, divisa.

Naufrago soy que al espacio
tiende sin cesar la vista...
mas ¡ay! la señal que anhelo
ni aun en lontananza brilla.

Pero ¿qué gratos preságitos
hallan las miradas mías?
¿Qué me dicen esas plantas

que lozanas resucitan?

¿Qué esas hebras tan brillantes,
como la seda mas fina,
que ténues el aire pueblan
en multitud infinita?

¿Qué anuncia el volar rastrero
de la alegre golondrina,
y qué con extraños píos
murmuran las avecillas?

Acaso... ¡Ilusiones bellas
que el pensamiento acaricia!...
Silencio... ¡ya tantas veces
os he llorado perdidas!

Está despejado el cielo...
solo donde el sol declina
oscura franja aparece
con los montes confundida.

Nube que cual tumba escondes
al astro puro del día,
¿devolverás la esperanza
á mi angustiada familia?

IV.

¿Qué rumor se escucha, apenas
su claridad indecisa
triste y perezosa el alba
deja ver tras las colinas?

¡Cuánta frescura en el campo!
¿Qué suavidad en la brisa!...
Es la lluvia deseada!
¡Bendita sea, bendita!

Dejad el caliente lecho,
mis hijos, corred aprisa
á respirar el ambiente
que recrea y vivifica.

Ved cuál las selvas recobran
su verdor y lozanía,
y cuál ya los arroyuelos
por los valles se deslizan.

Ved cuál al peso del agua
inclinanse las espigas...
no temáis, álzanse en breve
con nuevo esplendor y vida.

¿Quién osado ni un instante
de tus leyes desconfia,
de tu piedad desespera,
¡oh Providencia divina!

Tú, que hasta el mísero insecto
das alimento y guarida,
¡olvidarias al hombre,
¡al hombre! tu obra más digna?

¡Oh! ¡gracias! Ya bienhechora
tiendes tu diestra propicia...
Pan tendrá el humilde anciano
para su pobre familia.

Dice: la copiosa lluvia
no al tierno padre intimida
y ufano vá entre sus hijos
á recorrer las campiñas.

¿Qué paz, qué dulce esperanza
por donde quieran se miran!
¿Qué animadas discusiones
los labradores suscitan!

Plácidos murmullos suenan

por las aldeas vecinas,
y óyense alegres cantares
en los llanos y alquerías.

¡Oh! parece que un momento
sus mútuas quejas olvidan
los hombres, y á Dios bendicen
cual una sola familia.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

El Convento de la Magdalena.

En la poética provincia de Valencia, cerca
de la capital y en el término del histórico
pueblo de Museros, existe un antiguo con-
vento. Situado en una hermosa vega, rodea-
do por todas partes de un extenso y rico vi-
ñedo, poblado además de olivos y algarrobos,
presta, sin embargo, á todo el paisaje un
tinte severo y sombrío.

Una espaciosa cisterna, con un agua fres-
ca y pura, le hacen ser bastante visitado,
sobre todo en verano, de los que van á aque-
llos pueblos á admirar los prodigios de la
agricultura ó de los que, menos entusiastas,
solo tratan de pasar un buen día, entregán-
dose á los placeres que proporciona lo que se
llama una paella.

Con el doble propósito citado le visitaba
yo una tarde en compañía de varios amigos;
habíamos ya agotado los recursos del buen
humor, y como reacción muy natural nos
dió á todos por filosofar.

Ya nos habia expuesto gran número de
profundas consideraciones nuestro amigo Fé-
lix, cuando el médico de Museros, que nos
acompañaba tambien, le interrumpió dicién-
do:

—¿Quiéren ustedes escuchar la relacion
de un hecho, que llenó de consternación á
los pacíficos habitantes de estas cercanías?

—Con muchísimo gusto, respondimos á
coro.

—Pues silencio y atención, y dió princi-
pio á su historia de la manera siguiente:

I.

A fines del siglo pasado vino á establecer-
se en una alquería cercana al pueblo, un ex-
tranjero con una jóven sumamente bella,
que parecia ser su esposa. Esto nada te-
nia de particular, y así es que pasados los
primeros momentos, nadie se volvió á ocu-
par más de ellos. Los documentos que acre-
ditaban su procedencia estaban en regla, y

no pudo haber dificultad alguna en que se estableciesen en aquel punto, y disfrutasen tranquilamente en él los productos de la propiedad que poseían en su país.

Un hidalgo, cuyo nacimiento era un misterio, habitaba en el mismo pueblo. Oton, que tal era su nombre, no había conocido á los que le dieron el ser. Los únicos recuerdos que tenía de su infancia eran un país frío, cubierto durante todo el invierno de nieve y en el verano de abundantes pastos, pero de una pobre vegetación. Los únicos secretos que se le habían revelado sobre su existencia eran el ser hijo de un gran señor que le proporcionaba los medios de vivir con un modesto capital: el signo infalible para conocer á su padre, un fragmento de una moneda de plata. A la edad de seis años había sido trasladado á Valencia y á la de veinte quedó dueño de su albedrío por la muerte de los encargados de cuidar de su educación, y deseando la soledad se trasladó al pueblo de Museros y allí consumía lentamente su juventud.

Siempre triste y taciturno, no habían conseguido disipar su melancolía las ardientes miradas de las bellas vírgenes de ojos negros de los alrededores, ni habían podido arrancar un suspiro de su pecho los apasionados gemidos exhalados por su apuesta donosura y gentileza.

La fama de inconquistable de que gozaba pareció oscurecerse algo á la llegada de la extranjera. Por su parte los jóvenes que habían admirado la belleza de esta, afirmaban que no era insensible á los obsequios del galán; por unos y otros se susurraba que habían llegado á mantener unas inteligentes relaciones; pero las personas graves y sesudas calificaban de malas lenguas á las que esto decían, y se admiraban de la malignidad que conducía á difamar de esta manera virtudes como las de la encantadora Elena. Tan seguro es que siempre ha habido gentes demasiado suspicaces y hombres juiciosos dispuestos á poner las cosas en su verdadero lugar.

Sin embargo, lo cierto es que algunos días que el extranjero tenía que ir á la capital, una sombra se deslizaba á lo largo de las sendas, y un hombre franqueaba la puerta de la alquería habitada por la bella jóven.

II.

Penetremos en una de esas noches detrás del hombre y observemos qué es lo que ocurre en las habitaciones de aquella casa.

En un reducido gabinete encontramos á

nuestros dos héroes. Elena y Oton se encuentran entregados á una amorosa plática. Las lágrimas brillan en los ojos de la hermosa, el amor y la cólera mezclados es lo que expresa la mirada del jóven.

—Ay, Oton! no encontraremos jamás la felicidad, decía la doncella.

—Por qué no, Elena mía? contestó el mancebo con un acento en que se notaba todo lo intenso, todo lo infinito de su pasión.

—Mi tirano no me abandona sino estos cortos instantes, en que tengo la dicha de verte: se ha propuesto vencer mi constancia y me atormenta á todas horas con la proposición de un amor que cada vez me es más odioso; por él me ha arrancado del seno de mi familia donde vivía feliz y me ha traído á este país, lejos de mi patria, para que mis lamentos se pierdan con la inmensidad de la distancia, para que mi voz quede sin eco y mi desesperación sin consuelo.

—¿Y ese odioso hecho ha de quedar impune? ¿No has acudido á ponerte bajo el amparo de las leyes de este país?

—Las leyes no hubiesen podido hacer nada en mi favor; ha logrado proveerse de falsos documentos que acreditan soy su esposa, y nadie hubiese querido creer á una pobre jóven, ni proteger mi debilidad contra un hombre que no repara en medios y á quien no detiene ningún crimen.

—Infame! exclamó con reconcentrada rabia Oton.

—Las fuerzas me abandonan de día en día: un año entero de sufrimientos y de opresión han mermado mi energía, mi alma no pierde el valor, pero mi cuerpo es débil, y de no haberte encontrado hubiese tenido que sucumbir y ser la esposa del único ser á quien odio.

—La infinita justicia de Dios, que no puede consentir estos crímenes, me ha puesto en tu camino: yo te emanciparé del ominoso yugo que pesa sobre tí; y cuando te vea libre y feliz, cuando te haya restituido á tu familia, tu amor compensará todos mis peligros, consolará mis dolores, será mi vida, mi alma, mi inteligencia, mi fé, mi adoración.

—Que el Señor escuche tu voz, respondió suspirando la bella.

Los medios para lograr su evasión y contar con el tiempo suficiente para no ser perseguidos, formaron la última parte de esta interesante conversacion: un apasionado beso fué su último adiós, una mirada intensa, enamorada, ardiente, cruzó la última y recíproca protesta de amor de los dos jóvenes. La alegría debía reinar en sus corazones y, sin embargo, sus facciones expresaban la tris-

teza; parecía que un mudo presentimiento les amenazaba con alguna desgracia.

Parecía que el ángel del mal se complacía en atormentar aquellas dos almas generosas, en cubrir de densos nubarrones el cielo de la esperanza de su futura dicha.

El corazón es un profeta: cuántas veces nos advierte las desgracias que nos amenazan; cuántas veces nos indica los medios de evitarlas; en cuántas ocasiones caemos por no hacer caso de sus secretos impulsos en algún lazo tendido por la maldad de algunos hombres, ó nos vemos amenazados de un terrible peligro que nuestra mala suerte nos depara!

¿Quién es capaz de comprender todos los secretos resortes del alma humana, quién llega jamás á conocer la causa de nuestras extrañas prevenciones, de nuestras inexplicables simpatías, el por qué de nuestros violentos odios, ó de nuestros más enloquecedoras pasiones?

Pero si no podemos explicarnos las causas, conocemos por lo menos perfectamente los efectos, y podemos afirmar que hay corazones que vibran unidos y corazones que se repelen, almas que se comprenden é imaginaciones que nunca se podrán poner de acuerdo, que nunca se encontrarán en armonía.

Al entregarse al descanso aquella noche, una oración á Dios fueron las últimas palabras de la bella, una plegaria al Altísimo el último pensamiento del galán, y es que aquellas dos almas puras é inocentes ponían su confianza en el Supremo Hacedor, su debilidad bajo el amparo de la fuente de todo bien. Pero parecía que Dios con su inexplicable sabiduría tenía reservado para la casta doncella el martirio en esta vida y la felicidad en la eterna.

III.

Una noche pura, un tiempo sereno y apacible favorecían el proyecto de los dos enamorados. No habrían dado las diez y ya se encontraba Oton junto á las tapias de la Magdalena, sitio designado para la reunion de los amantes.

La pura y blanca luz de la luna iluminaba la copa de los olivos que proyectaban mil caprichosas y fantásticas sombras; de cuando en cuando é interrumpiendo el silencio uno de esos mil vagos y apagados ruidos hacían creer á nuestro héroe que se acercaba su amada; pero la absoluta calma que le sucedía le demostraba su error.

El que haya estado esperando el momento de ver á la vírgen de sus ensueños, á la muger que reasume en sí nuestras más caras

afecciones, á la jóven causa y motivo de sus más enérgicas aspiraciones, de sus más generosos esfuerzos, comprenderá perfectamente los mil encontrados sentimientos que agitaban al mancebo.

La duda, el temor, la impaciencia se retrataban en su hermoso semblante, cada minuto le parecía un siglo, cada momento una eternidad. Las horas pasaban y pasaban, las estrellas adelantaban en su camino y el mismo silencio respondía á sus preguntas y á sus quejas.

La fiebre se había apoderado de su cuerpo, su cabeza ardia, mil extraños presentimientos se presentaban á su imaginacion, por todas partes creía ver fantasmas lúgubres, mensajeros de desgracia.

Su paciencia tuvo un término, su fuerza de voluntad un límite, su prudencia un fin. El alba empezaba á rayar y su desesperacion le hizo correr á casa de su amada. El mismo silencio, la misma tranquilidad: todo estaba anunciando allí el reposo, las ventanas cerradas, la más profunda oscuridad en el interior; pero este reposo tenía algo de solemne, algo de vaporoso, mucho de vago y extraño. La imaginacion de Oton creía ver en él, el descanso que reina en la última morada, en la mansion de los muertos.

¿Qué razones habían podido impedir á su amada asistir á tan importante cita? lo habría impedido la presencia del extranjero? se habría apercibido este del proyecto? y en este caso, ¿qué consecuencias podría traer la cólera de un hombre que no se había detenido ante crímenes tan odiosos como los que ya había ejecutado; de un hombre que había sido bastante audaz para arrancar á Elena del seno de su familia y ponerse á cubierto de las leyes por medio de una falsa documentación?

Estos pensamientos se presentaban á la imaginacion del enamorado, confusos como las sombras de los crepúsculos, ardientes como las lavas de un volcan, rápidos como las aguas de un torrente.

Su razon se extraviaba, su inteligencia se perdía en mil vanas conjeturas, nada calmaba su ansiedad, nada mitigaba su dolor, estaba calenturiento, febril, desesperado.

El sol había ya llegado á la mitad de su carrera y la continuacion de la soledad, del silencio hacían presagiar al jóven un abandono ó una catástrofe.

Algunos campesinos se habían detenido á mirar con extrañeza aquella casa cerrada á las horas en que todas las demás estaban abiertas, á las horas de mayor animacion, de mayor actividad; sin embargo, se conten-

taban con hacer diversas suposiciones sobre tan extraño suceso, cuando Oton, dirigiéndose á ellos, los exhorta á inquirir las verdaderas causas de él, les decide, se arroja el primero á forzar la puerta, esta cede, y penetran en el interior, recorren varias habitaciones y en todas hallan el abandono y la soledad; últimamente, les parece que han tropezado en la oscuridad con una persona, la llaman y no responde, abren una ventana y la luz del día que penetra en el cuarto, ilumina un horroroso cuadro. Elena está tendida sobre su lecho, exánime, con una ancha herida en el costado, de la que mana sangre caliente, sus hermosas facciones expresan el terror, sus brazos rígidos la lucha, los dedos del asesino están marcados en su nacarado cuello, el hierro homicida permanece en la herida todavía.

Ante tan espantoso espectáculo, la cabeza del jóven se desvanece, exhala un ahogado grito y cae al suelo desplomado, sin sentido.

IV.

Diez años han pasado. El que fué en el mundo el hidalgo Oton, es en el convento de la Magdalena el padre Juan de S. Miguel. Con la vista fija en la casa donde habitó el sueño de sus amores y la esperanza en Dios, ha podido encontrar si no el olvido de su honda pena, sí la resignacion cristiana y la infalible esperanza de una vida perfecta en donde reunirse con su amada.

Las heridas no se han cicatrizado, la sangre brota aun de aquel lacerado corazon; pero la religion del Crucificado ha derramado sobre aquella alma toda la dulzura, todos los incéfables consuelos que posee y ha sido el bálsamo neutralizador de los terribles efectos que debía producir aquel inmenso sufrimiento.

La tristeza y el ayuno habian hecho surcar de prematuras arrugas aquel rostro noble y varonil y daban á su fisonomía un tinte dulce, grave y melancólico. La capucha y el sayal del franciscano, le prestaban un aspecto grave y austero y completaban aquella figura severa en que se pintaban á la vez la justicia y la clemencia; poderosas palancas de la religion cristiana.

Sus grandes virtudes, sus frecuentes penitencias y la ardiente caridad que motivaba todas sus acciones le hacian ser amado con frenesí por todos los habitantes de los alrededores y en todas las ocasiones que de él se hablaba, se le citaba como un modelo de santidad.

Una tarde del mes de noviembre habia

permanecido más tiempo del acostumbrado en la reducida plazoleta que dá entrada á la iglesia: era una de esas magníficas tardes de otoño en que el cielo se muestra sereno y despejado; y una de esas tardes que tan extraño aliciente nos ofrecen, que producen en nuestro corazon una impresion vaga y desconocida, que nos muestran las íntimas relaciones que ligan á todos los seres de la creacion. Acababa de presenciar el grandioso fenómeno de la postura del sol y su imaginacion excitada por las últimas sombras de los crepúsculos volaba por las regiones del infinito. La inmensidad de los espacios celestes, la luz de las primeras estrellas que empezaban á brillar, luz que parecía la consecuencia de una lucha entre el día y la noche, la belleza de la vegetacion y los últimos y vagos ruidos de la vida que cesaba, contribuian á formar un poderoso atractivo para aquel alma dolorida.

Ocupado á la vez su corazon por la creencia de los sagrados dogmas y por el triste recuerdo de sus desgraciados amores, sentía una melancolía infinita; un fantástico sueño se habia apoderado de su imaginacion y le parecía que separándose de la sociedad de los vivos, volaba por el mundo de la inmortalidad á reunirse con su adorada.

Largo tiempo estuvo sumido en este profundo éxtasis, hasta que el frio de la noche vino á sacarle de su sopor.

Ya iba á retirarse para acudir al cumplimiento de sus monásticos deberes, cuando una voz extraña le dirigió esta pregunta:

—Padre, ¿podríaís escuchar mi confesion?

Oton se volvió hácia el que turbaba el silencio de esta manera, y vió á su lado á un decrepito anciano con trage de peregrino.

—Pasad al templo, hermano, le contestó, y allí podré escucharos.

—No, padre, insistió el viajero, es voto particular, que tiene que recibir mi confesion un religioso de este convento y en este mismo sitio.

Esta singular exigencia causó mucha extrañeza al monje, le pareció haber oído aquella voz en otra ocasion y fijó una curiosa mirada en el desconocido: las facciones de este indicaban una prematura decrepitud, apenas tendria cincuenta años y sin embargo á primera vista representaba lo menos setenta.

Necesitando la vénia del prior para acceder á la pretension del anciano, se ausentó por breves momentos el padre Juan. Despues de volver con la indispensable licencia, el peregrino dió principio á su narracion de

esta manera.

V.

Nací en Copenhague: descendiente de una noble stirpe y criado en medio de la opulencia, no ví nunca sino personas dispuestas á satisfacer mis caprichos: mis padres me abandonaron al cuidado de personas mercenarias y estas se dedicaban más á halagarme por adulacion, que á educarme, en el verdadero sentido de la palabra.

Este sistema dá siempre funestos resultados y los debía dar mucho peores en mí por mis condiciones particulares: dotado de un temperamento bilioso, orgulloso con mi nacimiento, no podía tolerar ni aun las menores contrariedades: la más pequeña oposicion me exaltaba y ponía fuera de mí: esto me hacia ser desgraciado, me imposibilitaba de tener amigos, para no ver sino dóciles esclavos: el amor debía ser para mí una palabra hueca de sentido: su lugar debía ser ocupado por la prostitucion.

Á los 19 años me encontré completamente libre, dueño de una inmensa fortuna y rodeado de una corte de aduladores, bajos y serviles, que acababan de hacer desaparecer en mí las pocas buenas cualidades que yo podía poseer.

Para colmo de desgracias me trasladé á París, y aquella corte corrompida borró completamente de mi corazon las escasas nociones de virtud que intuitivamente tenia y las substituyó por las pasiones más inmundas, por los vicios más desenfrenados y por el más espantoso cinismo que ha podido nunca dominar á un hombre.

La prostituta de elegante traje fué el tipo que yo me formé de la mujer, no concebía el amor sino como un goce que costaba más ó menos caro, segun la belleza de la que lo proporcionaba y la tontería del que trataba de adquirirlo.

Acompañado siempre de libertinos, reparaba mis horas entre el juego, el vino y el amor de mujeres degradadas y envilecidas.

A pesar de esto, todavía se me presentó, en medio de esta vida desordenada, una esperanza de salvarme de aquel cenagal, de salir de aquella atmósfera corrompida, y esta esperanza fué el amor de una mujer; pero donde creí encontrar el afecto, no encontré sino el capricho; yo la hubiese querido hacer mi esposa y ella quiso ser mi querida. Como fruto de aquellos amores ilícitos tuve un hijo que mandé á educar á mi pais natal. Nada he vuelto á saber de él.

Esta última decepcion me arrojó completamente en la senda del escepticismo: pen-

sé ver en todas partes el comercio, y siendo muy rico y tratando con gente tan envilecida, durante mucho tiempo no ví sino ejemplos que corroboraban mis ideas.

Mi alma se encontraba en este aterrador estado, mi imaginacion no admitía que pudiese existir la virtud ni la dignidad en nadie, cuando dió principio el suceso que ha dejado una honda huella en mi corazon, un remordimiento eterno en mi conciencia, un crimen que ha minado mi existencia é impuesto en mi faz la señal de los réprobos. Al decir esto el anciano se detuvo como si no se atreviese á pasar más adelante, un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo.

—La misericordia de Dios es grande, dijo el padre Juan invitándole á seguir: si vuestro crimen es inmenso, es infame, su clemencia es infinita, y lo infinito no tiene límite.

Repúsose el peregrino con estos consuelos, y despues de haber descansado un momento prosiguió de este modo.

VI.

Una tarde que, cansado de mis desórdenes y deseando aire libre para respirar, me paseaba por las afueras de la ciudad, ví una jóven que me causó una impresion extraña. Su belleza me ilusionó, su hermosa presencia cautivó mi corazon; pero lo que produjo en mí una emocion difícil de explicar, fué su aire tímido y modesto. Si hubiese tenido alguna nocion del bien, hubiera dicho que su fisonomía estaba respirando la pureza, la virginidad; me pareció un ser distinto de los que estaba acostumbrado á ver bajo el traje de aquel sexo, no era el tipo que me habia formado de la mujer, habia en ella algo que yo no habia visto nunca, mucho de superior á lo que yo habia conocido.

Pasó por mi lado sin reparar siquiera en mí, y esto acabó de excitar mi curiosidad; acostumbrado á las provocativas miradas de las cortesanas, esta conducta me extrañó sobremanera. Su compañera, pues no iba sola, era una mujer anciana, en cuyo rostro se veia marcada, la severidad unida á la dulzura. Un vivo deseo de conocer á la hermosa desconocida se apoderó de mi espíritu y la seguí.

Despues de andar algun tiempo, entré en una casa de mediano aspecto. Segun se me dijo era hija de un antiguo oficial francés. En la época en que la conocí era huérfana de padre y su familia poseia un modesto bienestar.

Su belleza me interesó lo bastante para

que se despertase en mí la avaricia de poseerla: creía que podría contarla como la heroína de una de mis muchas aventuras, pero me equivoqué completamente: el más absoluto desprecio fué la única contestación que obtuvieron mis proposiciones.

Mi empeño creció con las dificultades; lo que empezó por ser una mera curiosidad y después un capricho, se convirtió en una pasión inmensa, infinita, mi corazón palpita con violencia á un solo recuerdo, siempre tenía presente su divina imagen.

Convencido de la solidez de su virtud, de la pureza de sus ideas y de lo inútil de mis esfuerzos, pensé en la manera de interesar su corazón por medios no reprobados. Desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á lograr que me aceptase por su compañero, por su esposo; pero mis anteriores proyectos la habían ofendido, y en su corazón no podía haber para mí sino desprecio en lugar de el amor que hubiese colmado mi felicidad. Ni el aliciente de mis riquezas, ni la radical reforma que yo introduje en mis costumbres, ni la formal promesa de ser siempre su esclavo, pudieron decidirla. En vano la supliqué exigiese de mí las pruebas que quisiese, en vano la dije que por rudas que fuesen estaba dispuesto á cumplirlas con tal de hallar gracia á sus ojos; su corazón permanecía frío, sus oídos sordos á mis súplicas. Quise lograr que su familia me concediese su mano, y su familia se manifestó enérgicamente dispuesta á dejarla la libre elección del que debía compartir con ella los disgustos y las alegrías, los sinsabores y las felicidades de esta vida.

Todo esto exaltó mi iracundo genio y juré que había de ser mía contra su voluntad y contra la de su familia; juré que había de vencer su constancia por medio del sufrimiento, ya que no podía vencerla por la adoración.

Inútil sería explicar los odiosos medios empleados para apoderarme de aquella joven: baste decir que una noche dormía libre, independiente y feliz en los brazos de su familia y por la mañana despertaba cautiva en un carruaje que la conducía al lugar de su destierro, al punto que debía ser su prisión y su tumba.

Una extraña impresión se pintó en la fisonomía del fraile: al oír estas palabras sus mejillas palidieron y sus facciones parecieron expresar á la vez el dolor y la rabia.

El anciano continuó su narración diciendo:

Esta bárbara resolución no abatió su valor, ni hizo desfallecer su energía; yo la ama-

ba cada día más y ella me correspondía sintiendo cada vez por mí un odio y un desprecio más profundo. Teniéndola en mi poder, fácilmente hubiese podido conseguir, si hubiese querido, la posesión de su cuerpo; pero esto no hubiera satisfecho mi pasión: lo que yo deseaba era ser dueño de aquel alma hermosa y grande, que latiese por mí aquel corazón, que se fijasen en mí sus ardientes ojos, ocupar el primer lugar en aquella privilegiada imaginación, entre aquellos pensamientos nobles y elevados.

Así pasaron algunos meses: esta desesperada lucha me hacía cada vez más sombrío, despertaba en mí pensamientos más crueles. Alguna vez los sueños me representaban á aquella mujer en brazos de otro y entonces mi rabia no conocía límites y mi imaginación se llenaba de sangrientos pensamientos.

Poco después de nuestro establecimiento en este país, elegido por mí por crearme en él más seguro, me pareció notar que algún pensamiento amoroso ocupaba la imaginación de mi cautiva, encargué mayor vigilancia que nunca á la vieja criada que la guardaba en el tiempo que duraban mis periódicos viajes á Valencia, y las noticias que esta me dió acabaron de confirmar mis sospechas.

En cuanto pude convencerme de la certeza de mi desgracia, traté de hacer aceleradamente y de una manera silenciosa los preparativos de una marcha que pusiese mucho tiempo y mucho espacio entre la dama y el galán de sus pensamientos.

Pero era tarde: apenas había empezado á disponer todos estos recursos, cuando mi criada me anunció que tenían concertada una evasión. Mi cólera se desarrolló de una manera terrible, satánica, entré en el cuarto de mi prisionera y la ví preparándose para la fuga: en sus ojos brillaba una grande esperanza, sus facciones expresaban el amor y la alegría, tuve celos, pero unos celos horribles, desgarradores, un pensamiento del infierno ocupó por completo mi alma y entonces...

—¿Qué hicisteis entonces? preguntó con ansiedad mal disimulada el padre Juan.

—Entonces me arrojé sobre ella como un tigre herido, quiso gritar, pero mi mano oprimió su garganta, mi ancho puñal se hundió en su costado.

—Su nombre? preguntó con voz cavernosa el monje.

—Elena y nuestra habitación era allí, respondió el extranjero, señalando con la mano una alquería iluminada por la blanca luz

de la luna.

Un vértigo espantoso se apoderó del fraile: la sombra de su amada, bella, pura, ensangrentada, se presentó ante la imaginación de Oton, le pareció verse rodeado de un océano rojizo, la caridad cristiana se borró de su alma, las nociones de perdón y olvido desaparecieron de su corazón, solo pensó en la venganza, en una venganza horrible, satánica, así es que loco, ebrio, delirante se arrojó sobre el peregrino.

—Socorro, articuló este con voz ahogada.

—Muere, miserable! contestó el antiguo amante de Elena, apretando entre sus garras de hierro la garganta del desconocido.

Algunos segundos duró esta horrible agonía. Cuando Oton abrió sus manos, un cuerpo exánime cayó á tierra. Al mismo tiempo el choque sobre el pavimento de un cuerpo metálico produjo un sonido argentino.

Un presentimiento diabólico hace que el monje se baje á recogerlo; era una moneda de plata, partida: su imaginación impresionada por los remordimientos del crimen se aterra, compara aquel fragmento con el que tenía en su poder como indicio seguro para conocer á su padre, y vé que ajustan exactamente.

Entonces, su mirada se extravía, su razón se debilita, le parece ver el dedo de Dios señalándole como al mayor de los criminales, se encuentra rodeado de cien ángeles dispuestos á aniquilarle con sus espadas de fuego y una carcajada seca y aguda resuena en el espacio: se había vuelto loco.

En aquel momento las voces de los frailes elevaban en el coro sus plegarias, para que Dios tuviese misericordia de los que morían en pecado mortal.

Durante mucho tiempo los supersticiosos labradores han creído oír la carcajada del parricida, la queja de la inocente víctima y el lamento del criminal castigado por la mano de su hijo.

Hé ahí la historia que me recuerda ese paradedon, dijo el médico de Museros.

Eso es horroroso, exclamó uno de nuestros compañeros de expedición.

Mi amigo Eduardo no contestó: suspiró solamente: quizá pensaba en su amada muerta en la flor de su edad.

ENRIQUE SERRANO.

En la primera Misa de mi querido amigo el poeta D. Luis Herrera.

I.

Al llamar el clarín á la pelea, dudoso tiembla y pálido el guerrero? No, que su fiera vista centellea y animoso desnuda el limpio acero: hijos y padres y mujer querida, casa paterna, tálamo hechicero, adios quedad: cual flecha despedida vuela al combate en su corcel ligero.

II.

Al porvenir su espíritu lanzando en su denuedo su esperanza fía, es el ancho pendon que vá ondeando la columna de fuego que le guía: ceñir aguarda el láuro de la gloria que á los voraces tiempos desafia, y oye su nombre en la futura historia cual lejana y magnífica armonía.

III.

Quizá con saña indómita la muerte que hiende el bronce y roca más segura, penetrará en las médulas del fuerte cavándole ignorada sepultura: sobre ella en vez de fúnebre lamento y de honroso laurel que siempre dura, gemirá de la tarde el triste viento y pondrá el animal su planta impura.

IV.

Mas si su espada ardiendo resplandece y al enemigo con furor devora, si es su yelmo cometa que aparece sobre las aguas de la mar sonora; si el genio de los triunfos le acompaña y le cubre con ala protectora, y lleva el nombre y voz de cada hazaña desde el ocaso á la distante aurora:

V.

¡Oh! notemais por su memoria nunca, que vibrará en el eco repetido; ni el tiempo que las torres mina y trunca, del héroe rompe el pedestal erguido. Altos aplausos gozará su nombre, vencedor de la noche del olvido; porque aplausos pródiga ciego el hombre al que sangre de hombres há vertido.

VI.

Tú eres también intrépido guerrero y dejas ¡ay! á tu familia amada; mas no te cubre fulgurante acero, ni sangre viertes con la diestra airada. Tu cólera es amor, amor fecundo;

la palabra y la fé tu ardiente espada,
y tu ilustre pendon, que admira el mundo,
la Santa Cruz en el Calvario alzada.

VII.

No te llama el clarin: de tu conciencia
solo escuchas la voz: la voz sublime
con que te llama á sí la Providencia,
que por ocultas vías nos redime:
la palabra interior que dá consuelo
al que en el mundo entre maldades gime,
y mostrando á su afan la luz del cielo
desata el duro lazo que le oprime.

VIII.

Tu enemigo cruel es el pecado,
es el error, semilla de la muerte,
el mal con formas de piedad velado
que en ancho río su ponzoña vierte:
con ellos lucha, alcanzarás la palma,
sé ministro de paz y leon fuerte:
¡si Dios murió para salvar tu alma,
por tímido tal vez querrás perderte?

IX.

¿Será á tus ojos diferente el vicio,
obtendrá la virtud vario decoro,
si de su estado muestra en claro indicio
andrujo vil ó púrpura de oro?
Cuando el incienso flota en santa nube
y el himno ante el altar vibra sonoro,
¿olvidarás que solo al cielo sube
blanca inocencia ó penitente lloro?

X.

Nunca. Tú lo juraste cual cristiano,
y afirmas, sacerdote, el juramento:
sí, por dos veces, y ninguna en vano,
templó la gracia tu animoso aliento:
esa gracia, de fuerza desmedida,
que dió alteza al humano pensamiento,
al siervo libertad, al mundo vida,
y alas para volar al firmamento.

XI.

¿Dilatar con la voz y ejemplo santo
de Cristo Salvador la gran bandera,
sembrar consuelo y enjugar el llanto,
el alma iluminar con fiel lumbrera;
ir derramando el bien en su camino,
vivir cual ángel de la azul esfera
que por la tierra cruza peregrino,
siempre aspirando á su mansion primera;

XII.

Reinar por el amor; con varios modos
volver la oveja hasta el redil seguro,
adorar, bendecir, orar por todos,
ser contra el vicio impenetrable muro;
lograr que el malo su virtud recobre

dejando del pecado el cieno oscuro,
y abrir la mano y Evangelio al pobre,
que es alzar otro Lázaro al sol puro;

XIII.

Dar igual bendición á cuna y fosa,
al desmayado pan, agua al sediento,
ser en tu cuerpo, humanidad llorosa,
el dedo que señala el firmamento....
¿Qué destino mayor? ¿Pudo forjarlo
más espléndido nunca el pensamiento?
¿Y bastará tal vez para llenarlo
de un arcángel purísimo el aliento?

XIV.

Basta la fé que las montañas toca
y como pluma las arrastra y lleva:
basta el cristiano cuando á Dios invoca
y la podrida sociedad renueva;
porque á la voz que la verdad declara
limpiase el corazon, arde y se eleva,
y se postran iguales ante el ara
temido cetro y campesina esteva.

XV.

De polo á polo la maldad triunfante
un tiempo vióse con dominio fiero;
¿qué poder colosal venció al gigante?
¿quién derritió su corazon de acero?
Ah! recordais? El Salvador moria
cual criminal odioso en vil madero;
mas los abiertos brazos extendia
para abrazar al universo entero:

XVI.

Y su Verbo santísimo llevado
en alas de la fé de gente en gente,
fué con sangre de apóstoles sellado
en rueda y potro y en la hoguera hirviente:
y esos, apellidados lodo inmundo
por los que arrastran púrpura esplendente,
esos mártires son dueños del mundo
desde el ocaso hasta el remoto oriente.

XVII.

Vida eterna y salud, héroes gloriosos,
á quienes hora y siempre absorto miro
como infinitos soles luminosos
que vais pasando con solemne giro!
Sacerdote, contéplalos y dime:
"A venerar sus huellas solo aspiro,
"amo su nombre y su virtud sublime
"y por su dicha celestial suspiro."

N. CAMPILLO.

Idea de la Construccion y Decoracion teatral de los antiguos, de sus Vestidos y Declamacion.

En vano pretenderíamos examinar las obras clásicas publicadas por eminentísimos escritores que han tratado de la literatura en general hasta la época presente, con el laudable deseo de hallar en sus obras una descripción cumplida y exacta de los teatros griegos y romanos, de los vestidos y de la declamación de sus autores. Lucuse solo se refiere á la ilustración de la poética de Aristóteles escrita y comentada por Gonzalez de Sala, y abandonando, por decirlo así, un asunto tan interesante, pasa á tratar del aparato y disposición escénica de nuestros coliseos. Batteau habla únicamente del teatro romano, sin ocuparse en lo más mínimo del griego. Hugo-Blair en su retórica y la Harpe, solo describen la música instrumental y el calzado que usaban en la tragedia y comedia, con unas muy breves observaciones sobre su método representativo. Bartelemey en su *Anacharsis*, se ocupa de algunas explicaciones acerca de esta materia, pero desconoce enteramente el mecanismo de los teatros, sin que se encuentren en el conde de Biefod, ni en nuestro Martinez de la Rosa la totalidad y precisión apetecida. Nada pues, hubiéramos podido ofrecer de nuevo, y á no haber llegado á nuestras manos algunas hojas sueltas ó retazos, algunas memorias ó escritos de Academias ó escuelas extranjeras y nacionales, y en particular una disertación leída en la sociedad literaria de Cádiz por D. Manuel María Arrieta, no nos hubiera sido posible presentar un cuadro, como el que procuraremos trazar á continuación; ni ofrecer una idea tan luminosa para la inteligencia de esta parte de la literatura.

En este supuesto, daremos principio por manifestar que el teatro de los antiguos estaba dividido en tres departamentos: el denominado propiamente teatro; la escena donde actuaban los actores, y la orquesta; que entre los griegos ocupaban los mimos y danzantes, y entre los romanos se hallaba ocupada por los senadores y las vestales.

Para formarse una razón mas cumplida de dichas tres partes, como tambien de la disposición de todo el edificio, observaremos que su planta se componia de dos semicírculos concéntricos, y de un rectángulo ó cuadrilongo, cuya longitud era igual al diámetro del semicírculo mayor, y su latitud á la del radio. El espacio comprendido entre ambos semicírculos era la destinada á los espectadores: el rectángulo, formaba la escena; y el espacio ó terreno que quedaba en el centro, llamado orquesta, á los usos arriba expresados.

Dichos edificios se componian de dos y de tres órdenes de pórticos que determinaban siempre el número de sus gradas: estos pórticos contruidos unos sobre otros formaban el cuerpo principal del edificio. El más alto ó elevado, se destinaba para las mujeres, y las gradas en que se colocaba al pueblo, arrancaban por la parte superior, del pórtico bajo, y descendian hasta donde principiaba la orquesta.

Los teatros de mayor magnitud constaban comunmente de tres órdenes de pórticos: tenia cada uno nueve gradas, contando con el andén ó meseta, que formaba la separación. Dichas mesetas ocupaban el espacio ó lugar de dos gradas, por lo cual solo quedaban siete para el público: la extensión de estas gradas se reducía de quince á diez y ocho pulgadas de elevación, y treinta á treinta y seis de latitud, á fin de que no estorbasen los piés de los que se sentaban en la grada superior, pues carecian de esca-beles. Se hallaban divididos en cuanto á su altura, por anditos que separaban los altos, y que los latinos llamaban *Praecinctiones*. En sus circunferencias habia escaleras particulares que las cortaban en línea recta, y que se dirijian al centro del teatro á manera de cuñas, por lo que las llamaban *cunae*. Estas subidas ó escalerillas no estaban colocadas directamente unas sobre otras, sino contruidas de manera que las de arriba principiaban en el entredos, ó en el centro del espacio de las de abajo: las gradas, se hallaban dispuestas con tal orden, que cada una de dichas escaleras

correspondia por la parte superior á una de dichas puertas, hallándose todas por la parte inferior ó de abajo, en el centro de las diferentes divisiones de las gradas que las separaban.

Hasta aquí puede decirse que eran en un todo semejantes los dos teatros griego y romano; y esta primera division tenia entre ellos no solo la misma forma en general, sino tambien las mismas dimensiones particulares. En suma, no se encontraba en ellos más diferencia que la de unos vasos que repartian ó colocaban los griegos en diferentes puntos, á fin de que los espectadores oyesen con claridad y distincion las representaciones escénicas.

Dichos vasos estaban situados debajo de las gradas, en unos aposentillos particulares: eran de bronce y arreglados en sus entonaciones á los diferentes tonos de la voz humana, para que los ecos que salian de la escena vibrase en dichos vasos, segun la proporcion establecida en los mismos, é hirieran los oidos con toda su fuerza y armonia: cuyo uso jamás adoptaron los romanos.

El órden que los griegos hacian guardar en sus asientos era el siguiente. Los magistrados se colocaban separados del pueblo; los jóvenes en un sitio particular señalado al efecto; y las mujeres presenciaban el espectáculo desde los pórticos. Además, habia asientos destinados á personas determinadas, hereditarios en las familias, y que se otorgaban solo por grandes servicios al Estado.

Aunque la orquesta tenia diferentes usos en las dos naciones, su forma y construccion era con muy corta diferencia la misma. Situada entre las otras dos divisiones del teatro, ocupaba todo el espacio que las separaba. Notábase desde luego que su extension ó magnitud variaba segun la mayor ó menor extension del edificio. Su figura era siempre semicircular, y sus dimensiones proporcionadas á la obra. Ya dejamos manifestado que entre los romanos era este el sitio de los Senadores y de las Vestales, y entre los griegos el lugar de los mismos y bailarines, cuyas danzas ejecutaban en diferentes puntos de la misma division. No obstante, la orquesta, además de los

mimos y bailarines, se destinaba entre los griegos á los autores subalternos que representaban en los intermedios y al final de las representaciones; la otra, que era cuadrada y á manera de estrado ó anfiteatro se reservaba para los coros y las danzas; y la tercera por hallarse más próxima ó inmediata al escenario, para el instrumental.

La orquesta del teatro griego era mucho mayor que la del teatro romano, porque en Atenas subian solamente á la escena los actores que ejecutaban el drama, y los restantes permanecian en sus respectivas localidades.

La escena se hallaba profusamente adornada con la más exquisita suntuosidad y magnificencia, ocupando el frontis principal y el lugar de las decoraciones. Sus extremos formaban dos escuadras, y entre ellas se veia un telon, semejante al de nuestros teatros, empero de movimiento enteramente contrario: esto es, que se corria de arriba á abajo; sirviendo en los intermedios para cubrir las maniobras y preparar las mutaciones.

Llamaban *Proscenium* ó *Pulpitum* los romanos, al sitio donde representaban los actores, esto es, á la escena. Vestuario, conocido con el nombre de *Postscenium*, donde guardaban los útiles y efectos que servian para las representaciones: y *subscena* el espacio que quedaba debajo del escenario. El techo de la escena se conocia con el nombre de *suprescena*, y allí estaban colocadas las máquinas: como tambien entendian por *circumsenam*, el fondo y los costados que á manera de bastidores cerraban el espacio.

Los antiguos representaban tres especies de dramas: El cómico, el trágico, y el satírico: á cada uno de los cuales se destinaban atavíos y mutaciones diversas. En la comedia se presentaban edificios sencillos y particulares, plazas ó estancias adecuadas á su ejecucion. En la tragedia, templos; palacios; columnatas; estatuas y otras suntuosidades. Y en el satírico, casas rústicas; bosques; selvas; peñascos, etc.

Se ignora enteramente el mecanismo de dichas transmutaciones; empero la

perspectiva se hallaba observada en ellas con la mayor exactitud y la más pura delicadeza. Barthelemy afirma que la invencion se debió desde el tiempo de Esquilo á un pintor llamado Agatazeo, que despues escribió un tratado sobre la materia.

Como de la forma y construccion de estos teatros solo resultaban cerrados por la parte superior los escenarios y los pórticos, para resguardar y cubrir las demás partes, se valian de unos toldos con cuerdas sujetos á unas perchas ó piés derechos; mas no pudiendo evitar los efectos del calor excesivo que producía la transpiracion de aquel numeroso concurso, adoptaron el medio de elevar con diferentes tubos y hacer descender por unas canales, ocultas en las estatuas, una especie de lluvia ó rocío de agua de olor, que esparcía y mantenía un frescor agradable y embalsamaban el ambiente.

Los pórticos á donde se acogia ó retiraba el público en los entreactos, ó por efecto de alguna tempestad que interrumpia la representacion, tenian cuatro frentes, y sus arcos se hallaban descubiertos por el lado exterior, formando una especie de paseo cómodo y agradable.

De la construccion, forma y disposicion de los teatros, pasaremos á manifestar los trages ó vestidos que usaban sus actores.

Los reyes ceñian la frente con diademas de oro ó de laurel, llevando un cetro en la mano. Los héroes se presentaban cubiertos con pieles de leon ó de tigre, y armados con lanzas ó espadas; en una palabra, el estado y situacion de un personaje se anunciaba por la forma y color de su vestido.

Los trágicos griegos llevaban una ropa talar llamada *Sirma* que arrastraba por el tablado: En la comedia usaban de pálios, capa ó balandran; y los romanos de la toga, originándose de aquí las dos especies de comedias llamadas por los mismos griegos *Palliata*, y por los romanos *Togata*. El calzado de la tragedia era el coturno; y el de la comedia el zueco.

Las máscaras se asemejaban á un yel-

mo que les cubria toda la cabeza; tenia en la boca por la parte interior unas planchas de bronce á fin de que la voz tomase un sonido artificial que corriese el vastísimo recinto que ocupaban los espectadores. En la tragedia se empleó la máscara desde su instalacion; pero se ignora quien la introdujo en la comedia.

Hasta el tiempo de Eschilo la máscara no adquirió regularidad conocida. Esquilo la mejoró considerablemente y su uso lo perfeccionó *Cherilo* y sus sucesores, hasta llegar á hacer una preciosa coleccion, donde estaban pintadas con sumo acierto las diferencias y estados particulares, los caracteres y los sentimientos que inspiran las situaciones y las fortunas. Se han encontrado los mayores inconvenientes en el uso y efecto de la máscara, por privar á los espectadores de la animada expresion de los ojos, no dejándoles ver la multitud de pasiones que pueden expresarse en el semblante animado de un actor: además la máscara hacia perder á la voz natural sus inflexiones, sustituyéndola con un sonido duro y en extremo desagradable.

Los griegos conocieron estos inconvenientes de la máscara, pero se convencieron al mismo tiempo que estos se aumentarían si se representase con el rostro descubierta. Es indispensable no perder de vista que los teatros en cuestion, tenian amplitud suficiente para contener treinta mil espectadores, los que no podrían ver con la claridad y distincion debida á los actores, ni entender el lenguaje sublime y elocuente de las pasiones en sus rostros. Para obviar y precaver semejantes inconvenientes, fué necesario exagerar las formas, y aumentar los sonidos.

En una nacion en que no se permitía al bello sexo presentarse en la escena, ¿quién no se hubiera conmovido, dice Barthelemy, al ver á Antígona y Fedra con facciones cuya dureza bastaria á borrar toda ilusion: á Agamenon y á Priamo con aspecto y aire plebeyo: y á Hipólito y Aquiles con arrugas en el rostro y cabellos enteramente canos? No obstante, últimamente las máscaras tenían los rostros pintados de suerte que podian aplicarse á la edad, al carácter y

disposicion de la persona representada; y tal fué la causa de su constante aceptacion en el teatro.

De los trages y vestidos pasaremos á la declamacion.

El coro fué siempre la base ó el fundamento del teatro griego. En el nacimiento de la tragedia solo se presentaba un coro, que cantaba unido, ó por bandas, respondiéndose unas á otras. Despues introdujeron entre canto y canto un actor que recitaba versos. Téspis ejecutó esta innovacion, y Esquilo la continuó dando otro paso más, introduciendo un diálogo entre dos interlocutores, y el coro se referia en sus cantos á la historia que se representaba: llamaban episodios á los cánticos del coro, lo cuál mantuvo sobremanera estas manifestaciones, que en seguida llevaron á su perfeccion los célebres Sófocles y Eurípides: de lo dicho se infiere, que el coro no fué un adorno añadido á la tragedia, sino al contrario, el diálogo fué una adición añadida ó hecha al coro. Despues de algun tiempo el coro que habia sido la parte primordial del drama, quedó como un agregado ó accesorio.

Segun el asunto del drama, se componia el coro de hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ciudadanos, sacerdotes, soldados ó esclavos. Su número se limitaba á quince en la tragedia, y veinte y cuatro en la comedia, siendo siempre de un estado inferior al de los principales personajes de la pieza. Cuando se presentaban en el teatro, salian precedidos de un flautista que arreglaba sus pasos, distintos en ambas representaciones.

Estos coros ejercian al mismo tiempo la parte de actor, entretenian los intermedios, se mezclaban en los acontecimientos, daban consejos, y cantaban ó declamaban con los demás personajes. Tambien dirijian sus canciones á los dioses, é imploraban su asistencia en favor del héroe, ó se lamentaban de las desgracias de la humanidad.

En el canto la voz se dirigia por una flauta, y en la declamacion por una lira, cuyos instrumentos les ayudaban á sostener el tono.

El Abate Dubós ha intentado probar que la música no solo acompañaba el

canto del coro sino tambien que el diálogo tenia su modulacion particular, y la declamacion sus notas como la música: empero esta opinion se halla enteramente refutada por la Academia de Bellas Letras de París, donde se ha probado, que el instrumento que acompañaba la voz del actor, servia solo para sostener de tiempo en tiempo la entonacion, manteniéndola en un tono regular.

Ha sido tambien objeto de repetidas controversias y de muy acaloradas cuestiones, si el coro era ó no era conveniente y necesario á la naturaleza del drama. Es innegable que el coro daba á la tragedia grandiosidad y magnificencia, haciéndola más interesante y moral: la parte más sublime de la obra, que era indudablemente la parte cantada, que acompañaba la música, daba sin duda gran variedad y lucimiento á la diversion, presentando el coro excelentes lecciones de moral; empero estas ventajas se hallaban contrapesadas por otros inconvenientes que se encontraban en oposicion. El coro hacia que el poeta sacrificase las probabilidades, quitando á su asunto las apariencias de realidad que está siempre en el deber de observar, si pretende mover y alimentar las pasiones.

El origen de la tragedia fué el canto del coro y el himno á los dioses. No es de admirar, dice Blair, se hubiese mantenido por tan dilatado tiempo en posesion del teatro griego; pero se puede asegurar, en su sentir, que si en vez de haberse añadido el diálogo al coro, aquel se hubiera inventado primero, jamás se hubiera intentado introducir al coro en la escena.

Luzan observa, no ser muy conveniente la introduccion de la música en la comedia ó tragedia, y que hará siempre más efecto una buena representacion que todo el primor de la melodía: además de que el canto en el teatro, no puede dejar de aparecer cercado de muchos y graves inconvenientes y de inverosimilitudes insuperables, á los cuales unida la distraccion que causa la música, con la enagenacion de los sentidos, no deja intervenir con toda libertad el entendimiento en el asunto y desempeño del

drama, quedando enteramente nulo y deslucido el trabajo y los esfuerzos del poeta.

Lo expuesto parece no debe dejar que desear, para tener ó adquirir un conocimiento exacto de la materia de que se trata, habiendo sacrificado en cierto modo la elegancia y brillantez de la dición, á la pureza, exactitud y regularidad de las definiciones.

J. M. DE ARRAMBIDE.

HISTORIA DE CLEMENCIA ISAURA.

Institucion de los juegos florales en el Langüedoc.

Hubo una dama en Tolosa, llamada Clemencia Isaura, de Lautrec, jóven guerrero, tan amante como amada.

(FLORIAN.)

I.

Pura como flor temprana que al sol de la primavera las tiernas hojas pulidas llena de aromas despliega, lo mismo Clemencia Isaura cruzando su edad primera, el alma á castos amores abrió inocente y risueña, y adoró á Lautrec bizarro que en la tolosana tierra, era el noble más cumplido y el galan más bello era; pero el padre de la dama teniendo en poco estas prendas, darle otro dueño queria que mas riquezas tuviera.

II.

En alta y robusta torre llora encerrada Clemencia, pues allí su anciano padre quiere vencer su firmeza. Los negros y espesos muros que guardan á la doncella, no amenguan la ardiente llama que dentro su pecho encierra; y esta llama su constancia más y más viva acrecienta. ¿Qué importa que aquella torre

donde sus gemidos suenan, guarde su cuerpo, si el alma en pos de su amante vuela? ¿Qué importa ver de su padre la faz altiva y severa, si sabe que sus enojos son de injusticia una prueba? ¿Qué importa sufrir, sabiendo que aquel por quien tanto pena, tambien la adora constante, tambien suspira por ella? ¿Qué importa mirar tan solo detrás de la fuerte reja, mísera y triste cautiva las galas de la pradera?... El amor le dá esperanzas: con ellas vive Clemencia; el amor le dá consuelos, y á su triste pecho alienta. Por su cariño ella sufre los males de suerte adversa, y en tanto su tierno amante tambien suspirando pena.

Solo un caballo veloce al pié de los muros llega, donde su nombre adorado las brisas débiles llevan, y aquel nombre lo pronuncia su amante y tierna Clemencia.

III.

La noche tiende su manto que siembran blancas estrellas, y un rayo vierte la luna sobre la torre funesta, donde quebrantos llorando vive la hermosa Clemencia. —¿En dónde estás, cielo mio, en dónde, querida prenda? dice Lautrec, y una lágrima su rostro pálido riega.

—Voy á luchar por mi patria: quizá mañana, Clemencia, al rudo golpe sucumba y encuentre fin á mis penas.

Las huestes del anglicano la noble Tolosa cercan: ¡adios! ¡adios, ángel mio! la lucha saugrienta espera!...

Un ¡ay! doliente y amargo la dama del pecho suelta, y el rostro bañado en llanto asoma á la oscura reja.

—Mi corazon se desgarrá, dice la triste doncella; pero corre, amante mio, y al rudo combate llega, donde la patria reclama

todo el valor de tu diestra.
Antes toma estas tres flores
que mi amargo llanto riega,
y ellas te sirvan de escudo
á tu preciosa existencia!....

Y esto diciendo la hermosa
sacó al través de la reja,
un brazo al suelo arrojando
ya sin colores ni esencia,
tres flores que el pobre amante
besó con ternura inmensa.

Luego un ¡adios! escuchóse
que lanzó desde la reja
la hermosa y triste cautiva;
y otro ¡adios! dulce Clemencia,
también Lautrec suspirando
dijo con ternura inmensa.

Y despues súbito oyóse
fuerte pisando la tierra,
el galopar de un caballo
que de la torre se aleja...

Noche triste y solitaria
que tanto misterio encierras,
oculta en tu negro manto
las lágrimas de Clemencia!...

IV.

En repetidos asaltos
los anglicanos abrieran,
brechas en los fuertes muros
que de su pátria en defensa,
los valientes tolosanos
con sus mismos cuerpos cierran.
De Clemencia Isaura el padre
dá de valor claras muestras,
y en la sostenida lucha
muestra el poder de su diestra.
Lautrec le sigue y procura
aun cuando su vida arriesga,
guardar los preciosos dias
del padre de su Clemencia;
y siempre el severo anciano
al lado suyo lo encuentra.

Altas escalas de asalto
los enemigos acercan,
y otros con furor embisten
de la muralla las brechas.
El génio de los combates
mueve sus plumas sangrientas;
suenan las bélicas trompas
con roncadas voces siniestras,
y las espadas chocando
con las armaduras suenan.

Todo es confusion y gritos,
gemidos, ayes, blasfemias,

y en todos lados la muerte
sus rudos furoros ceba.

Con un pujante contrario
lucha el padre de Clemencia;
cien mandobles se reparten;
sangrienta furia los ciega.

El defensor de Tolosa,
resbala y cae por tierra,
y su valiente contrario
la espada á su rostro acerca.

Cuando Lautrec vé el peligro
que amenaza la existencia
del que á su dicha contrario
siempre fué, blande en su diestra
tajante espada y lanzando
potentes gritos de guerra,
arremete al anglicano

que allí la existencia deja.
Mas ¡ay! que Lautrec recibe
profunda herida funesta,
que el laurel de la victoria
bañado en su sangre deja!

Con acento moribundo
llama al padre de Clemencia,
y estas palabras le dice:

— Señor! la muerte me espera.
Ante mis ojos se abren
de la Eternidad las puertas!...

Nunca quisisteis... oh! nunca!
que el nombre de padre os diera!
Dejad que con él os llame
al ir á dejar la tierra!...

Estas tres flores marchitas
que vuestra hija.... Clemencia
me ha dado, os entrego ahora
para que á su mano vuelvan.
Decidla... que muero amándola;
que el recuerdo me consuela,
de su amor... y que á la tumba
desciendo sin honda pena!...

Al llegar aquí no pudo
continuar: la Parca fiera,
cortó de su vida el hilo,
muda dejando su lengua.

Cogió el anciano las flores
que aun sostenia su diestra,
y se alejó de aquel sitio
vertiendo lágrimas tiernas.

V.

Terrible fué el sufrimiento
que tuvo Clemencia Isaura,
cuando por su padre supo
la muerte del que adoraba.
La paz, la dulce alegría
huyó de su vida amarga,
y en la muerte solamente

cifró toda su esperanza.
¡Pobre, inocente azucena
cuyas tiernas hojas, pálidas
llevó con soplo iracundo
la tempestad en sus alas!
¡Dulce tórtola inocente
que de su amor separada,
vive llorando en la selva
las horas del bien pasadas!...

Por fin, el cielo dolióse
de existencia tan amarga,
y con ánimo tranquilo
Clemencia sintió á la Parca.

Dispuesta á dejar el mundo
quiso dejarle á su pátria,
recuerdo imperecedero
de su amor y sus desgracias.

Mandó que todos los años
los trovadores cantáran
la muerte infáusta y gloriosa
del hombre á quien tanto amára.

Mandó que el canto más dulce
que á su memoria legaran,
premieran tres flores de oro
y que una tumba se alzára,

donde sus yertas cenizas
con las de Lautrec guardáran.
Para el sosten de las justas
sus bienes legó á su pátria;

y cuando en las primaveras
flores el campo aromaban,
el trovador más sensible
las flores de oro alcanzaba.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

Leyes constitutivas del Drama Músico,
dimanadas de la union de la poesía, mú-
sica y decoracion, leida en el Liceo de
Granada, por el Autor.

La ópera es el agregado ó conjunto de la
poesía, de la música, y de la decoracion, las
cuales se encuentran tan íntimamente unidas
y enlazadas entre sí, que no es posible ha-
blar de la una sin hacer honorífica mención
de las otras; ni es posible comprender la na-
turaleza del melodrama, sin conocer la uni-
dad y armonía que lo constituyen. Procede-
remos, pues, al exámen razonado de dichas
partes, manifestando desde luego, que si en
todo asunto poético la poesía es la maestra
absoluta á que todo se somete, en la ópera
es solo la compañera de las otras dos, y se
clasifica de buena ó mala, en cuanto se adap-
ta más ó menos al carácter de la música y
de la decoracion. Mas así como se conside-
ra á la música como la parte más esencial
del drama, y que de ella toma su mayor

fuerza la poesía, del mismo modo las altera-
ciones ó mutaciones introducidas en ella,
forman el carácter esencial de la ópera.

La union de la música y de la poesía ó ar-
gumento, es lo que principalmente la cons-
tituyen, y esta union es lo que tanto la dis-
tinguen de la tragedia y de la comedia; re-
sultando de tal principio un todo tan con-
trario y repugnante á la razon, que ha he-
cho parecer á algunos como una especie de
delirio ó extravagancia que el argumento se
relate cantando, lo que sería ciertamente un
absurdo, si se siguiese con toda rigidez y
exactitud á la naturaleza, lo que no tiene
lugar en el drama músico, en el cual, como
en todas las artes de imitacion, no tiene por
objeto tanto lo verdadero, cuanto su más in-
mediata y conveniente representacion. Por
esto ha volado, por decirlo así, la fama de
Zeusis, el cuál, queriendo hacer un retrato
ideal de Elena, y no hallando en la natura-
leza ningun individuo que reuniese la idea
sublime de la perfeccion, tomó de entre las
jóvenes más bellas las más perfectas faccio-
nes, con lo cual reunió un todo, que solo po-
dia existir en la mente del pintor.

La música que imita del mismo modo á
la naturaleza, la imita con los medios que
le son propios; esto es, con el canto y los so-
nidos; y zaherir ó acusar al drama músico,
porque introduce al personaje cantando, es
lo mismo que condenarlo porque se vale de
los medios que le son propios para la imi-
tacion.

El poeta debe conmover, describir y en-
señar: conmueve el poeta directamente fi-
jando en los objetos aquella circunstancia ó
calidad que tiene una relacion más inme-
diata con nuestras afecciones, y que en con-
secuencia despierta nuestro interés; pues no
puede nacer en nuestro ánimo ningun afecto
vivo y expresivo hácia un objeto, si este
nos es enteramente indiferente: conmueve
con el ritmo y la cadencia poética, con la in-
flexion y con el acento natural, aquella fi-
bra interior cuya accion y movimiento pro-
duce ó desarrolla el sentimiento.

Esta segunda manera de conmover es a-
quella que constituye ó hace á la poesía tan
flexible para la música, y cuya propie-
dad, la cual hasta cierto punto es comun á
la elocuencia y á la versificacion, forma el
fundamento de la melodía imitativa, lo que
asegura y produce el verdadero canto.

Describe, revistiendo de imágenes natura-
les, las ideas abstractas ó del espíritu; reco-
lectando ó reuniendo las bellezas esparcidas
en la naturaleza, para presentarlas en un
solo y único objeto; trasfiere las propiedades
de los seres, y procura que la colocacion, la
pronunciacion, y el sonido de los signos ar-
bitrarios, esto es, de la palabra, expresen con
la mayor propiedad las imágenes mentales
que concibe, pues cuanto más la expresion
poética de la palabra se acerque á la natura-

za de las cosas que se representan, con tanta mayor facilidad podrá la música imitarlas.

Enseña, procurando por medio de la relacion ó conexi6n que existe entre lo bello intelectual y lo bello fisico, llevar ó conducir al hombre al bello moral; si bien con este objeto no forma un carácter distinto de la poesia, sino una emanacion ó consecuencia de las otras dos, pues separada de todo sentimiento y de toda imagen no pudiera amalgamarse consigo misma.

En los tres casos que acabamos de significar, solo contribuye la música á conmover y describir.

Conmueve la música, imitando con la melodía vocal las interjecciones, los suspiros, el acento natural, las exclamaciones y las inflexiones del habla; despertando en nosotros la idea de la pasion en que tuvo principio; reuniendo aquellas inflexiones que se hallan esparcidas en los ecos apasionados, y acomodándolas á un canto continuo, que es á lo que llaman *motivo*; procurando con los sonidos armónicos, con la medida, con el movimiento, y la melodía, mover los nervios, los cuales alterándose por medio de ciertas leyes inexplicables, ó acaso desconocidas, nos impulsan al odio, á la tristeza, al amor, al gozo, á la ira, y á la desesperacion.

Describe, expresando con el rumor de los instrumentos arreglados al ritmo musical, los objetos fisicos que pueden y deben influir en nuestro ánimo, así como lo sentimos, y como lo ejecuta la música cuando figura el estrépito de una batalla, ó el fragor del trueno; despertando con la melodía la sensacion que produce en nosotros ciertas imágenes, las cuales por hallarse privadas de sonidos no se comprenden en la esfera de la música; como la significacion de una tumba, el olor ó fragancia de las flores, ó algunas otras cosas semejantes, que corresponden á otro sentido diferente del oido; en cuyo caso, el músico queriendo expresar el reposo y tranquilidad del que duerme, ó la soledad de la noche, ó el magestuoso silencio de la naturaleza, transporta á la vista el oido, y representa con ciertos signos la suspension y el secreto terror que deben causar en el espectador aquellos objetos bien considerados.

Del exámen de las transformaciones que resultan del amalgamiento de la música y de la poesia, pasaremos á el efecto de las mutaciones y de la perspectiva, ó por mejor decir de la decoracion.

Puede considerarse á la ópera como un continuado é interminable prestigio del alma, á cuyo efecto contribuyen ó concurren todas las bellas artes, procurando cada una de ellas deleitar é interesar alguno de nuestros sentidos; es evidente, empero, que en la union con la música siempre pierde la verosimilitud poética, por la dificultad de seguir y comprender muchas personas que se expresan cantando, lo que solo puede man-

tenerse, teniendo en continua atencion y vigilancia á tos espectadores, y entreteniéndolos con ilusiones perpétuas que les impida salir de su enagenacion y conocer su error. Dichas ilusiones perpétuas, deben promoverse por otros medios, á fin de seducir un sentido en defecto de otro, en particular en aquellos intervalos de reposo, en que no siéndole posible á la música ostentar toda su expresion y energía, el espectador tiene tiempo de reflexionar, si quedase ocioso, en lo que tiene á la vista, venciendo su profundísima enagenacion.

A este efecto contribuye de una manera muy eficaz la decoracion, revistiendo al personaje de aquella pompa y ostentacion que tanto halaga, seduce y encanta los ojos, desplegando toda la gallardía y toda la belleza de la pintura; dando mayor realce á la grandiosidad, con la intensidad y artificiosa disposicion de las luces, y ofreciendo á la vista objetos siempre nuevos, artificiosos y deleitables, en las frecuentes mutaciones escénicas.

En una palabra; el objeto del melodrama es el de representar las humanas pasiones por medio de la melodía y del espectáculo, ó lo que es lo mismo, por medio del entusiasmo y de la ilusion.

El buen gusto y la filosofía deben sacrificarlo todo á estos dos fines; y así como el hombre constituido y reunido en sociedad, renuncia una parte de sus derechos y conveniencias por conservar ilesa la otra parte, el poeta conserva y acrecienta el delicado placer del corazon y de la imaginacion, cediendo á la música, para obtener cumplidamente el fin que se proponen, y lograr la suprema ley de la ópera, que es la de encantar y seducir.

J. M. DE ARRABIDE.

Efectos fisiológicos de las bebidas espirituosas.

El Correo de las Familias, periódico del vecino imperio, dá una idea exacta de la influencia favorable ó perjudicial de los líquidos espirituosos, segun en la cantidad en que se empleen.

De todas las bebidas espirituosas, el vino es la que más útilmente suple á una alimentacion ineuficiente y cuya accion es más benéfica sobre la economía.

El alcohol, al contrario, y sobre todo los aguardientes de patatas y de granos que las fábricas nacionales ó particulares entregan al consumo de los pueblos del Norte, obran químicamente sobre los tejidos del estómago, que desorganizan, ejercen una accion de-

sastrosa sobre el cerebro y el sistema nervioso, consumen lentamente las fuerzas de la vida y conducen á una vejez prematura.

“El aguardiente, por su accion sobre los nervios, (ha dicho el sábio Liebig), es como una letra de cambio girada sobre la salud del obrero; letra que es preciso renovar constantemente, por no haber recursos para pagarla. De este modo consume su capital, en vez de los intereses, de donde proviene inevitablemente la bancarrota de su cuerpo.”

Los vinos tintos son los más tónicos y nutritivos. Usados con moderacion, convienen á todos los temperamentos, sobre todo á los individuos indolentes y escrofulosos: y son, generalmente, tanto mejor soportados, cuanto son más frios. Son más higiénicos en invierno que en estío. El vino es tan útil en los países setentrionales como en las regiones tropicales, y muy necesario en los países pantanosos, donde determina una enérgica reaccion contra las emanaciones insalubres.

El artesano que experimenta violentas fatigas, debe hacer uso del vino en las comidas; pero los temperamentos sanguíneos pletóricos, los individuos amenazados de congestiones cerebrales, los hombres dedicados á trabajos mentales, deben abstenerse de él completamente.

Los vinos blancos, ligeros, diuréticos, agradables, son menos alimenticios que los precedentes. Convienen á las personas sanguíneas, pero no tanto á los individuos irritables. Los vinos azucarados ó generosos deben tomarse en muy cortas cantidades.

El vino es la leche de los viejos. En efecto, reanima los sentidos helados por la edad, mantiene la actividad de la circulacion y despierta el sistema muscular, etc., etc., pero es casi inútil en la infancia y en la adolescencia, porque en este caso la vida es demasiado activa para recurrir á los excitantes. Tomando en cantidad moderada el vino, (dice el doctor Foy), ayuda á la digestion, fortifica el estómago, alegra el corazon, (*vinum latificat cor hominis*) aumenta el calor y la traspiracion, las secreciones, facilita la nutricion, entona los órganos y aviva los músculos. Si se traspasa el límite habitual, la imaginacion se ensancha, el espíritu se anima y crea los más felices ocurrencias, desaparece el pesar, la vida se embellece, pero se hace más breve y más rápida, ha dicho Fernel. Si se traspasan los límites de la prudencia, el bien que acabamos de describir desaparece en seguida, la cabeza se hace pesada, las costumbres groseras, los sentidos se debilitan y las enfermedades graves como la gota, los cálculos urinarios, la hidropesía, la

apoplejía, la demacracion y las degeneraciones cancerosas se presentan y conducen al hombre, ya á enfermedades largas y dolorosas, ya á una muerte prematura.

El abuso de los licores fuertes hace cada año más de 50.000 víctimas en Inglaterra. Además, la cantidad de los enagenados mentalmente, y las tres cuartas partes de los malhechores, se encuentran en esta comarca entre los bebedores de aguardiente. Los moralistas y los legisladores se conmovieron ante tal estado de cosas: se mandó hacer una estadística, que ha demostrado que en Londres los cuatro principales vendedores de aguardiente, recibian cada año:

	Bebedores.
Hombres.....	145.000
Mujeres.....	110.000
Adolescentes.....	20.000
Total.....	275.000

En Alemania más de cincuenta individuos mueren anualmente de la enfermedad llamada alcoholismo; y en el Zellverein alemán el consumo anual de aguardiente es de 400 millones de litros, ó sea unos 10 litros por individuo.

En Francia, por más que esta aficion á bebidas espirituosas sea menos frecuente, produce, no obstante, algunas víctimas. Mr. Villermé ha demostrado que de 45.609 fallecimientos por accidente en un período de seis años (1835-41), habia 1.622 causados por el abuso de las bebidas espirituosas.

En los Estados-Unidos el asqueroso hábito de los alcoholes ha hecho en estos últimos años 300.000 víctimas. Y resulta de las investigaciones de M. Everett, ministro de negocios extranjeros en los Estados-Unidos, que la embriaguez ha llevado á la prision á 150.000 personas, habiendo sido causa de 1.000 enagenaciones mentales, 1.500 asesinatos, 2.000 suicidios y habiendo producido cien mil viudas y un millon de huérfanos.

Finalmente, en Suecia y en Rusia, donde el gobierno explota las fábricas de aguardiente, el alcohol hace tambien numerosas víctimas. M. Tourgenoff hace subir á más de 10.000 al año el número de muertes debidas exclusivamente al aguardiente. En Suecia, país que solo contiene 8 millones de habitantes, se consumen casi 200 millones de litros de aguardiente al año.

Y el más horrible de los efectos de esta peligrosa inclinacion, es que los hijos de padres que son inclinados á la embriaguez, propenden á la inmoralidad, á la depravacion, al embrutecimiento moral. En la se-

gunda generacion, segun ha demostrado el Dr. Morel, médico del Asilo de Saint-Yon, en Rouen, aparecen los accesos maníacos, la parálisis general; á la tercera, la melancolía y las tendencias homicidas; finalmente, á la cuarta, el niño, estúpido ó idiota, no llega á la edad adulta y la raza se extingue.

B. LUNEL.

El Testamento del Pobre.

Ciertas costumbres de la llamada raza anglo-sajona no se sabe bien á qué pueblo atribuir las. En otras partes parecería una profanacion el ver reunidas muchas personas en una sala en la que yace un cadáver, y velarle, no leyendo alguna lamentacion ó vertiendo llanto sobre el difunto, sino comiendo, bebiendo y hablando del finado con la misma locuacidad y ligereza con que tal vez se le hubiera tratado en vida. Esto, que entre nosotros parecería repugnante, en ciertas poblaciones de Inglaterra es cosa muy corriente y admitida.

El piloto Milne Hewett murió allí hará cosa de quince años. No dejaba déudas, pero tampoco dejaba bienes, fuera de una sobrina que ya frisaba en los treinta, y de un cronómetro, cuyo valor de unas sesenta libras era ya conocido. La sobrina hubo de adaptarse á la costumbre de su tierra, y permitir que los déudos, amigos y conocidos del difunto cantasen, comiesen y bebiesen en la misma sala mortuoria. En cierto modo el difunto habia dado á ello su asentimiento, y no parecia que debiese tomar á enfado una franquichela para la cual expresamente en vida habia citado á sus vecinos. Decia que todas sus glorias las tenia reservadas para despues de sus dias, y que habia vivido pobremente para poder aspirar á la fama póstuma. No se crea que vamos á exajerar ninguna circunstancia de este relato. Estuvimos en la misma sala en que murió Milne Hewett y oimos de boca de su propia sobrina, hoy en dia muy bien relacionada, los pormenores de la escena de que vamos á ocuparnos.

El difunto habia ordenado que la comitiva, luego de depositados sus restos en el cementerio, volviese á su casa para oír la lectura del testamento del pobre. Acudió mucha gente, pues todo el vecindario deseaba saber de qué cosas dispondria en su última voluntad un hombre que no poseia un ardite. Solamente los parientes faltaron á la cita, como para hacer verdadero un refran inglés que

puede traducirse por el de, "quien pobreza tien, de sus déudos es desden." Nos equivocamos; un déudo acompañó el cadáver hasta la última morada, pero luego se despidió de la sobrina, diciendo que no estaban bien dos pobres á una puerta. El testamento del pobre fué leído entonces en medio de la sorpresa, del asombro y casi de la inextinguible risa de todos los presentes. Dejaba instituidos tres herederos universales, uno despues del otro por sustitucion, con la obligacion precisa de que, al cabo de cinco minutos de leído su testamento, hubiesen manifestado y dijese en términos claros y categóricos si admitian la herencia ó si renunciaban á ella. En caso de aceptarla, debia correr á su cargo el pago de las siguientes mandas: una de quinientas libras á favor de los pobres de la parroquia; otra de la misma cantidad para fundar un premio anual por salvacion de naufragos; y una de mil libras que debian ser entregadas á la referida sobrina el dia mismo del entierro. Si aquellos tres herederos renunciaban, la sobrina entraba á ser heredera universal, libre de toda obligacion de satisfacer ningun legado.

El primer heredero, acabada la lectura del testamento, se levantó y dijo que renunciaba al inventario, al derecho de deliberacion y á la herencia, todo en una pieza. El segundo heredero manifestó que no admitia, no por soberbio, sino por corto de génio y pobre de espíritu. El tercero quiso tonar inventario, y de él resultó que el difunto dejaba tres camas con sus accesorios, dos mesas, una docena y media de sillas, alguna ropa de uso, un cronómetro metido en una cajita, y un pequeño pupitre. Este heredero se llamaba Harrison, y dijo que aceptaría la herencia si habia de valerle el beneficio de inventario. Se le manifestó que no era posible, y respondió que en este caso, aunque mal su grado, renunciaba á aquel rico mortuorio.

Restabant última, como dice un poeta: pero la sobrina no lloró. Los amigos del finado y sus vecinos habian pasado el dia alegremente; en toda la poblacion no se hablaba de otra cosa que del ingenioso testamento de Milne Hewett, que queria legar una considerable manda á los pobres, siendo él pobre; y trataba de fundar premios, cuando tenia necesidad de recibir remuneraciones; é intentaba constituir dotes, como por arte de magia blanca. La sobrina quedó por única heredera y pacífica poseedora del patrimonio del pobre.

Quince dias trascurrieron, y comenzó á cundir la voz de que el legado hecho á los pobres habia sido satisfecho, de que el pre-

mio á favor de los marinos quedaba establecido, y de que se presentaban pretendientes á la mano de la sobrina de Milne Hewett. Y todo esto era verdad. Veinticinco años habia pasado la sobrina en compañía de su tío, y siempre le habia visto pobre; veinte y cinco años habia permanecido á su lado, obediente, sumisa, afable, y jamás le habia visto malgastar un penique ni poder expender siquiera otra cosa que lo necesario para el sustento; de él habia recibido instruccion en la infancia, é instintos de laboriosidad en la juventud; le habia visto económico, parco, sóbrio, dado al trabajo; jamás le habia oido hablar de que hubiese de contar con ningun fondo de reserva; solamente un dia le dijo que queria hacerla rica, y escribió delante de ella aquel original testamento, y se lo leyó, y con la sonrisa en los labios añadió que la explicacion de este testamento la hallaria en la cajita del cronómetro. "A la verdad, yo no necesitaba explicaciones, nos dijo la sobrina; segura de que mi tío era pobre, y de que habia muerto en un estado muy parecido al de la indigencia; me pareció que hacian la cosa más natural del mundo los herederos que no se habian sentido inclinados á comprar en dos mil libras esterlinas unas malas camas y un mediano cronómetro. Pero terminada aquella escena, cuando quedé sola en esta pobre estancia, pensando en volver á tomar las labores con cuyo precio algunas veces habia mantenido á mi buen tío, recordé aquellas palabras suyas de que en aquella cajita hallaria la explicacion de su testamento. Abrí el cronómetro, y lo que hallé fué un papel parte impreso, parte manuscrito, que á mis ojos valia muy poca cosa. No os engañaré, si os digo que volví á meterle en su escondite, sin querer perder el tiempo en la lectura de la explicacion de lo que en mi opinion era una extravagancia. Pero siempre me volvia á la memoria aquello de que allí estaba la paráfrasis del testamento. Hasta que un dia paré en él la atencion y ví que en letras mayúsculas decia *Gresham, London 37 Old Jewry*. Esas líneas me bastaron para ponerme al corriente. Aquella ciudad no está lejos; presenté el papel; era el testimonio de un seguro sobre la vida. Por espacio de veinte años mientras le duró la juventud y pudo viajar, mi tío habia ido depositando sus ahorros en una compañía; y cuando escribió su testamento, sabia que su heredero tenia derecho á percibir más de tres mil libras esterlinas. Y tambien estaba seguro de que, aunque hubiese instituido cincuenta herederos, sustituyéndolos uno á otro, todos ellos hubieran renunciado á un beneficio líquido de mil libras.

"Muy agradecida he de estarles, añadió la sobrina de Milne Hewett, pues han contribuido á asegurar mi porvenir, despreciando el testamento del pobre."

EL PAGO DE DEUDAS.

Un deudor inglés, á quien sus acreedores no daban un momento de reposo, pidió delante de los tribunales un respiro, y dijo que si se le concedia tal como le necesitaba, daria la mejor compañía por fiador de que sus déudas serian religiosamente pagadas, con más el interés del 3 por 100. Era hombre enteramente arruinado. La venta de su ajuar habia producido cien libras esterlinas escasas; su pasivo llegaba á cinco mil libras esterlinas, y su activo no pasaba de quinientas. Las actuaciones del tribunal, y los gastos de manutencion del deudor encarcelado, se hubieron comido en breve tiempo el producto del ajuar y el valor del activo, por lo que los acreedores no vacilaron en soltar al quebrado, y en darle el respiro que necesitase, á juicio de árbitros, con tal que una sociedad de seguros sobre la vida saliese garante del pago, finido el plazo. Este caso parecería una anécdota si no estuviese consignado en tres documentos públicos la concordia, que quedó archivada en un tribunal; y dos pólizas de seguros, una para el caso de muerte de un hijo del deudor, y otra para el caso de vida del mismo hijo.

En ambas pólizas quedaba escrito que serian pagadas al portador, comprobado el cumplimiento del caso de vida ó del caso de muerte. Ambas pólizas, diria un abogado, debian correr bajo una misma cuerda, pues estaban tan íntimamente enlazadas, que la vida, digámoslo así, de la una, dependia para los acreedores de la muerte de la otra. El producto del ajuar y del capital activo fueron religiosamente entregados á una compañía de seguros como premio de ambas pólizas; y los acreedores, con aquella calma con que proceden los ingleses desde el momento que han meditado un negocio y han tomado en él un partido, esperaron para sí ó para sus hijos el resultado. El deudor murió tranquilo. Su hijo, sobre cuya cabeza estaban hechos los dos seguros, vivió muchos años, y tenia ya los sesenta el dia 13 de Julio de 1855 cuando le avisaron que un caballero deseaba verle. El diálogo que entre los dos medió, está copiado de los diarios de dicho año. — "¿Sois el honorable Williams, hijo de sir Williams S...? dijo el recién llegado.

—El mismo, para servirlos en lo que pueda.

—En mí teneis al banquero John H..., hijo y sucesor del comerciante del mismo nombre que firmó, junto con otros, una concordia con vuestro padre sobre pago de déudas.

—Recuerdo que mi padre Williams me habló de estos antecedentes, y me indicó el nombre de la sociedad de seguros que se encargó de cubrir en cierto plazo los créditos.

—Es muy cierto; y no lo es menos que mi padre, por cantidad convenida y satisfecha, compró á los demás acreedores la parte que les tocaba de las dos pólizas; y asimismo es verdad que pocos días há me presenté á las oficinas de dicha compañía, é hice efectivo el importe de una de las dos pólizas.

—Tengo una viva satisfaccion, señor John H..., en saber que os habreis resarcido de los perjuicios que mi padre en su desgracia ocasionó al vuestro en sus intereses.

—Una cosa ignorareis acaso, y tengo el deber de notificárosla.

—Siempre creí que este asunto quedaba ligado con la entrega de las pólizas.

—Estais en un error; en la concordia se puso la cláusula de que si uno de los acreedores podia adquirir la propiedad de las dos pólizas y legarla á sus legítimos herederos, debian estos, llegado el caso de cobranza en virtud de una de ellas, devolver como deuda de conciencia, á los sucesores de sir Williams S..., lo que hubiesen cobrado demás, una vez cubiertos de su capital é intereses del 3 por 100. Este caso 'ha llegado.

La póliza de muerte ahí la teneis, que es nula, pues habeis llegado á los sesenta años. El capital cobrado en virtud de la póliza de vida, ha cubierto las déudas de vuestro padre y los intereses de las mismas, y además ha sobrado este pique que es vuestro.

—Caballero, sea cual fuere la importancia de este pique, mirad que por ley no estais obligado á devolverle.

—Sé que sois muy honrado, amigo Williams, y permitidme que os dé este nombre; pero sé asimismo que las leyes no son la única cosa que nos obliga en el mundo; el contenido de esta cartera no es mio; os pertenece con toda justicia." Lo que contenia la cartera era un valor de cinco mil seiscientas cincuenta libras esterlinas. Era uno de los muchos milagros que producen los capitales diferidos.

"Prometedme vida por doscientos años y seré el hombre más rico de la tierra, decia el fundador de las sociedades de seguros alemanas." Lo que significa que la riqueza es

una de las cosas sujetas á un cálculo matemático desde el momento que están formadas las tablas de intereses, aun sin que estas se enlacen con las de mortandad de la raza humana. Un hombre que viviese ciento treinta y seis años, y sobre cuya cabeza su padre hubiese impuesto al nacer el hijo, la cantidad de mil reales, ese hombre debería cobrar, solamente por razon de premios del capital impuesto, mas de dos millones y seiscientos mil reales. Y si á esto se uniese lo que le tocara por razon de las tablas de mortandad, de seguro que ningun potentado de la tierra podria compararse con él en riquezas.

Pero estos cálculos de tan larga fecha pueden mirarse como la parte poética de los seguros sobre la vida, y es muy probable que los hombres no llevarán tan alta su prevision y la limitarán á fechas en alguna manera más humanas. Pero, aun así, el ejemplo de aquel deudor inglés nos enseña que no hay en el mundo ningun desastre de la suerte que no esté sujeto á la prevision y que pueda llamarse irreparable. Sentada la premisa de que en cierta época una cantidad mínima puede ser trasformada en una suma respetable, ya no hay azares de la fortuna de que lamentarse. El que deposite mil reales y los deje por espacio de cincuenta y dos años al interés de seis por ciento compuesto, sabe que él ó sus hijos, llegado el dia, recobrarán los mil reales, y á más percibirán mil duros por razon de intereses. Esta es la primera procreacion del capital diferido, decia el ilustre Gresham; el primer deber del hombre que posee alguna cosa es convertir lo que posee en capital activo, y hacer de manera que el dinero gane su interés, y no pierda en las areas su virtud generadora; y el primer deber del hombre que vive de su trabajo, es ahorrar semanalmente una suma, por insignificante que sea, para obtener un amigo que trabaje por él, aunque parezca que duerme, y crezca y se multiplique en cierto número de años: el bienestar de entrambos, y el consuelo de la ancianidad de todos, está en la concentracion de los ahorros ó sea en el primer paso para la formacion de los capitales diferidos."

La vida y la poblacion en España.

Sin responder de su completa exactitud, tomamos de un diario los siguientes datos estadísticos sobre la vida y la poblacion en España:—"Por cada 10,000 habitantes

tiene la provincia de Albacete 66 que pasan de 90 años, Canarias 57, Málaga 48, Murcia 45, Cádiz 43, Baleares 39, Alicante 37, Guipúzcoa 33, Córdoba 33, Sevilla 31, Santander 29, Barcelona 29, Almansa 26, Pontevedra 29, Ciudad-Real 27, Lérida 26, Oviedo 25, Valencia 23, Lugo 23, Vizcaya 23, Gerona 21, Coruña 21, Granada 21, Huelva 18, Badajoz 17, Orense 15, Cuenca 15, Salamanca 14, Zaragoza 12, Navarra 12, Huesca 12, Avila 11, Soria 10, Castellon 10, Madrid 10, Guadalajara 10, Cáceres 9, Toledo 9, Palencia 8, Logroño 8, Leon 8, Valladolid 7, Teruel 7, Zamora 6, Alava 6, Burgos 4, Segovia 0.

Segun el estado anterior, la longevidad en las provincias marítimas es mayor que en las del interior, exceptuando únicamente la de Albacete. Y en unas y otras las del S. aparecen con una longevidad mayor que las del N.

La longevidad que por término medio corresponde para los dos sexos es 22 longevos por cada 10,000 habitantes. Los varones en particular, 16 término medio y 28 las hembras.

Repetiéndose los cálculos anteriores respecto á las veintin capitales de mayor poblacion, resulta que la longevidad es mayor en las capitales que en sus respectivas provincias, habiendo una diferencia mayor en las hembras.

Despréndense de estos datos:

1.º Que las provincias más templadas son las que presentan más casos de longevidad.

2.º Que no es tan exacto el que la vida del campo y sus costumbres sean las condiciones más favorables para alargar la vida, toda vez que las provincias marítimas ofrecen un número mayor de longevos.

3.º Que si se cree que la civilizacion es causa de aumentar la desmoralizacion, tambien aumenta los medios preservativos, y que si bien en las capitales el género de vida es más agitado y pernicioso, hay más comodidades y más medios curativos.

Y esta observacion adquiere más fuerza al observar que el número de individuos centenarios es mayor en las capitales, lo que no puede atribuirse á otra causa que á la posibilidad de encontrar en ellas los cuidados que exigen.

4.º Que la vida sedentaria y metódica de la mujer contribuye mucho á su longevidad, al paso que los hombres tienen una vida más agitada y se dedican á profesiones arriesgadas y penosas.

Por esto, sin duda, la relacion entre el

número de varones y de hembras en general es: por cada 1,000 de estas, 986 de aquellos; habiendo 35 provincias que tiene mayor número de los primeros y 14 en que predomina el de las segundas; y es de notar que las provincias del interior son las que se encuentran en el primer caso.

Merece observarse que el número de nacimientos es casi igual respecto á varones y hembras, con pequeño éxito de aquellos; pero que despues la mortandad, especialmente en los primeros años, es mucho mayor en los varones, rompiendo este equilibrio.

La relacion en que se encuentran los viudos, comparados con las viudas, es segun las provincias: el de 775 de los primeros por cada 1.000 de las segundas, en la provincia que más, que es la de Guadalajara, y 297 en la que menos, que lo es la de Canarias, resultando un término medio de 500.

Hay la particularidad que las provincias donde los viudos figuran en mayor número, son las del interior.

El número de casados, relativamente al de varones (comprendiendo niños y viudos), es de 418 por 100 en la provincia que más, que es Cuenca, y 297 en la que menos, que es la de Lugo. En las provincias interiores hay mayor número, con bastante diferencia, que en las marítimas, sin duda porque en estas hay más casados ausentes por motivo de la navegacion.

La relacion entre el número de casadas y el de solteras es de 420 en la provincia que más, que es Cuenca, y 267 en la que menos, que lo es la de Lugo, habiendo una perfecta correspondencia con el dato anterior. De lo cual se infiere, puesto que no son aplicables las mismas objeciones, que hay menos matrimonios en las provincias marítimas que en las interiores. Dedúcese tambien que en las provincias relativamente más pobladas, es el número de matrimonios relativamente menor, y que en las capitales es menor tambien el número de matrimonios que en sus respectivas provincias.

El número de individuos por familia es el de 5,267 milésimas en la provincia que más, que es Guipúzcoa, y 3,761 en la que menos, que es la de Cuenca. En las provincias marítimas aparecen los matrimonios más fecundos que en las interiores, siéndolo más en las del Norte que en las del Sur.

No es exacta, pues, la apreciacion que se hace de cinco individuos por familia para calcular la poblacion, pues en España no corresponde sino 4,355.

Reasumiendo, pues:

1.ª Las provincias marítimas se hallan

relativamente más pobladas que las interiores.

2.^a En las provincias marítimas es la longevidad incomparablemente mayor que en las interiores; y entre las marítimas ó interiores del Sur mayor que en las correspondientes del Norte.

3.^a En las capitales es mayor la longevidad que en las provincias respectivas.

4.^a La longevidad de las hembras es mayor que la correspondiente á los varones.

5.^a Supera el número de varones al de hembras en las provincias interiores, y es por el contrario, inferior en las marítimas.

6.^a Hay muchos menos viudos que viudas en todas partes; pero en las provincias marítimas, y especialmente en las meridionales, es la diferencia incomparablemente mayor.

7.^a Se contraen más matrimonios en las provincias interiores que en las marítimas.

8.^a En las provincias más pobladas se contraen menos matrimonios.

9.^a En las capitales se contraen menos matrimonios que en sus respectivas provincias.

10. Cuenta cada familia más individuos en las provincias marítimas que en las interiores. Y sintetizándolas, se pueden presentar los caracteres que la civilización española imprime en su población, diciendo:

11. Tiende á aumentar la población y la longevidad; á disminuir el número de matrimonios, especialmente los contraídos en segundas nupcias, y á mejorar la suerte de la mujer."

Productos de las Minas en Almería.

Como un ejemplo curioso y digno de atención de la inmensa importancia que tienen para la Hacienda pública las minas en que tanto abunda la Península, insertamos el siguiente estado concerniente á los rendimientos de las de la provincia de Almería. De paso nos parece muy justo observar que esta provincia, que tan inmensa riqueza en productos minerales contiene, y que en tal manera contribuye á sostener las cargas del Erario, apenas cuenta unos pocos kilómetros de carreteras. Su riqueza é importancia como provincia marítima la hacen acreedora á mayor protección.

NOTA de las cantidades ingresadas en la Tesorería de Hacienda pública de esta provincia por el importe del 5 por 100 del valor del plomo exportado en los cinco años últimos, con expresión de lo que se ha recaudado, en igual periodo, por derechos de superficie.

	5 por 100 de minas.	Derechos de superficie.	Total recaudado.
1854...	1.719,775 75	101,215 48	1.820,991 23
1855...	1.977,012 78	94,628 06	2.071,640 87
1856...	2.092,319 87	119,312 47	2.211,632 34
1857...	2.125,424 85	158,459 99	2.283,884 84
1858...	1.884,648 72	291,186 44	2.175,835 16
	9.799,181 97	764,802 47	10.563,984 44

No se incluye en la recaudación del 5 por 100 el importe del de los minerales exportados para su beneficio á otras provincias, en las que han satisfecho el impuesto, aunque el artículo procedía de esta provincia.

PREMIO Y CASTIGO.

Apacible susurrando
Favonio tiende su vuelo,
Vida á los vergeles dando,
Al ave paz y consuelo.

Despiadado el Bóreas frío
Agita sus negras alas,
Y á las aves hierre impío,
Y roba al vergel sus galas.

Dan al primero, suaves,
Bendiciendo sus favores,
Blandos arrullos las aves,
Dulces aromas las flores.

Mas ante el norte iracundo
Inclinanse sin aliento,
Y ayes mil y polvo iamundo
Halla solo el rudo viento.

Y la enramada parece
Repetir á los mortales:
"Encuentra el bien quien lo ofrece,
Quien mal obra encuentra males."

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

La enseñanza de la Música como elemento de educación.

La música es uno de los estudios artísticos que mejor convienen á las imaginaciones

juveniles. Enlazada íntimamente á los instintos ó á la parte afectiva de nuestro ser, tiene algo de espontáneo ó de orgánico, siempre al alcance de la infancia, y aun de algunas razas animales. Su objeto no es hablar á la inteligencia, no es dar á las ideas una grande elevación, sino conmover el corazón é inspirar al alma ciertas ternuras. Dice lo que la palabra no puede decir, se amolda á todas las emociones y apasiona á todas las edades. Es para el hombre una preciosa adquisición, por lo que aumenta su alegría, por lo que calma su dolor, y, sobre todo, porque es la iniciativa más directa del sentimiento de la armonía, sin el cual ninguna forma del arte podría existir.

Es necesario que el oído, convenientemente ejercitado, se inicie desde muy temprano en el sentimiento de la armonía de los sonidos; de este modo el verso sería mejor recitado, la poesía tendría más encanto y se comprendería mejor, el lenguaje adquiriría más pureza, las entonaciones serían más exactas, y las palabras tenderían á reunirse en períodos armoniosos.

Es incalculable lo que un oído bien educado puede ayudar en el estudio de las lenguas, ó en la preciosa adquisición del encanto de la palabra. No será orador quien tenga la voz y las entonaciones falsas, cualquiera que sea, por lo demás, la elevación de su lenguaje: será incapaz de percibir que las palabras se chocan en sus labios, produciendo desagradables sonidos, que su decir es monótono, y que su acento no está jamás acorde con el sentido de su frase. Que posea, por el contrario, el sentimiento de la armonía, y cada palabra, que salga de sus labios, encontrará en el acento auxiliar que completará el sentido, y transmitirá á los oídos atentos la ternura ó la pasión.

Aprender á cantar es para la niñez el método más sencillo, más directo y más fácil de iniciarse en los elementos de la música: una clase de solfeo en todas las escuelas y colegios, debería reunir á los alumnos ó alumnas una hora cada día.

La música vocal presta animación á todas las ocupaciones de los niños, al mismo tiempo que tiene una influencia saludable sobre los pulmones y el pecho. Dando á la voz plenitud, claridad y mayor extensión, perfecciona la expresión oral y prepara los órganos para que formen más tarde los variados sonidos é inflexiones de las lenguas extranjeras; y como dá el hábito de una respiración libre y prolongada, hace la locución más fácil y tiende á corregir las faltas de la pronunciación.

La facultad de distinguir y de imitar las notas musicales, ó lo que se llama oído músico, se puede cultivar en casi todos los niños. Verdad es que hay personas que parecen totalmente desprovistas de esta disposición; pero este defecto suele proceder de que en su juventud no han oído cantar sino muy rara vez ó nunca. Oyendo cantar, se aprende á distinguir la elevación y el valor relativo de las notas, se forma el oído, y acaba por percibir las más delicadas modificaciones de los tonos. Despues, ejercitándose con frecuencia en imitar á los demás, se llega á conseguir que los órganos de la voz reproduzcan los sonidos y las entonaciones que el oído percibe.

Si la música vocal estuviese universalmente difundida en el pueblo, modificaría con el tiempo lo desagradable del acento provincial, y contribuiría á la unidad de entonación en la pronunciación castellana; mejoraría insensiblemente la prosodia, y daría más melodía á la lengua. Sin embargo, menester es no abusar, pues por medio del canto no se puede enseñar racionalmente la gramática, la aritmética, ó cualquier otro ramo de instrucción dependiente del juicio, como se practica en algunas escuelas de párvulos: el atractivo que ofrece la música y el apoyo que presta á la memoria, nunca pueden compensar la falta de explicaciones, siempre necesarias en materia de ciencias.

La música vocal, circunscrita en su propia esfera y cultivada en límites razonables, no es solamente un ejercicio agradable y útil, sino también un agente muy poderoso de moralización; porque hace más querida la casa paterna, más interesante la escuela ó el colegio, y más solemne el culto divino; hace menos pesado el yugo de la pobreza, dulcifica los sufrimientos y aumenta la felicidad de las personas dichosas.

UN AMANTE DE LA MÚSICA.

MAGDALENA.

BALADA.

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarían aquellos piadosos corazones, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino...

S. Pedro Alcántara.—(Tratado de la Oración y Meditación.)

Layaba Magdalena su vaso en la serena

f fuente que alegra al triste peregrino,
 cuando pasa Jesus por el camino.
 —Guste mi labio ardiente
 agua en tu vaso de la fresca fuente.
 —Es indigno mi vaso de tu boca,
 profeta soberano:
 beberás en la palma de mi mano.
 —Tu mano mancha todo lo que toca.
 —Ay triste mano mia!
 —Si fueras virgen, yo la beberia.
 —Te engañas, peregrino, soy más pura...
 —Mientes.
 —Yo te lo juro.
 —Tu labio miente, si tu labio jura,
 que ni un solo cabello tienes puro.
 No jures, desdichada!
 no jures, pecadora!
 Tu alma está abrasada
 en el fuego infernal que la devora.
 —Pero ¿quién eres tú, que así el secreto
 del corazon arrancas? ya no lucha
 mi pequenez contigo:
 te adoro y te respeto;
 pero ¿quién eres? di.
 —Calla, y escucha.
 Tres hijos, ¡tres! de la vergüenza, diste
 al mundo...
 —¡Torpe mundo!
 —Tú más torpe. El primero
 de...
 —De quién?
 —De tu padre lo tuviste;
 de tu hermano el segundo...
 —No prosigas ¡ay triste!
 —De un siervo del Señor es el tercero...
 —¡Maldito seno, por mi mal fecundo!
 —¡Maldita la mujer que no resiste
 las tentaciones del placer inundo!
 —Pero ¿quién eres, hijo de María,
 que así conoces la existencia mia?
 La altiva Magdalena
 vaso de corrupcion, flor ponzoñosa,
 de lágrimas y amor ya es fuente llena,
 que á tu mirada y á tu voz rebosa.
 Más que profeta, más que soberano,
 mírame aquí de hinojos,
 temblar bajo tu mano,
 herida por el rayo de tus ojos.
 Yo soy misera oveja
 escapada al redil, que por la loma
 vaga huyendo al pastor, no en rando vuelo
 cuál cándida paloma,
 que su amorosa queja
 al mundo oculta y comunica al cielo;
 sino arrastrando impura,
 entre viles y torpes alimañas,
 de mi lana la cándida madeja,
 que ya cubren abrojos y espadañas.
 Y tú ¿quién eres, di?
 —Soy el cordero,
 que bala á las ovejas campesinas.
 —Llévame á tu redil,
 Llévarte quiero,
 y sentir en mi frente mis espinas.
 Sígueme, el pié desnudo,
 por montes, y collados y laderas,

sin que te arredre el huracán sañudo,
 sin que te espanten al rugir las fieras;
 que así van al redil tus compañeras.
 —Mas tengo taladrado
 el corazon; seguirte ya no puedo,
 Señor, tanto he pecado,
 que solo de mirarte me dá miedo:
 ¿No te avergonzaré mi compañia?
 el peso de mi culpa me anonada.
 —Sígueme con tu cruz, sigue, hija mia,
 ó ponla sobre mí si estás cansada.
 —La tuya es más pesada,
 y te rinde y fatiga; sudorosa
 tu frente está: consiente
 que beba esos sudores de agonía
 tu esclava cariñosa.
 ¿Está el redil muy lejos todavía?
 —Sígueme con tu cruz, mansa y paciente,
 que yo soy tu pastor y tu cordero.
 ¿No ves ya tus espinas en mi frente?
 ¿no es tu cruz y mi cruz este madero?

VICENTE BARRANTES.

BIBLIOGRAFIA.

DEVOCIONARIO NUEVO Y COMPLETISIMO POR LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

En una época en que lastimosamente suele abusarse de las mejores dotes intelectuales, de las más deslumbradoras perspectivas de la imaginacion y de las dulzuras del estilo para la formacion y propagacion de obras literarias, tan agradables en su forma, como nocivas en su fondo, grato y consolador es en gran manera el hallar un nuevo libro digno de añadirse al número de los que proporcionan á un mismo tiempo santas máximas que aprender, piadosos ejemplos que imitar, y altas bellezas poéticas que aplaudir con entusiasmo. De estos libros puede asegurarse que son medicinas de dulce sabor, pues juntamente curan y recrean. Son verdaderos amigos, cuyo trato y conversacion instructiva y amena sirven para nuestro mejoramiento y deleite; copas de oro llenas del bálsamo de la vida. Debe el padre buscarlos para sus hijos; el esposo para su esposa; el malo, para llegar á ser bueno; el bueno, para hacerse mejor.

No solo piensa así quien escribe estos desaliñados renglones; sino los sábios y literatos más eminentes de nuestro país han seguido igual parecer y además lo han confirmado con su conducta. A un gran número de aquellos que en su juventud escribieron y publicaron obras frívolas y de moralidad dudosa,

yá en la edad de la madurez y reflexion, cuando empezamos á ver claramente lo vacío y mezquino de muchas cosas que antes nos halagaban y seducian, enderezaron sus plumas con mejor vuelo, dedicándose á ensalzar la virtud, á difundirla y hacerla amable, presentándola en toda su deslumbradora belleza. Emplear de tal modo el saber y el ingenio, es corresponder cristianamente á la bondad divina de donde proceden. Ninguna otra corona de más valía pueden ceñir á sus sienes el filósofo y el poeta; porque tampoco pueden llevar á cabo ninguna otra empresa más meritoria.

Tales reflexiones despierta en toda persona de recto juicio y medianamente ilustrada el precioso *Devocionario* que acaba de publicar en Sevilla la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. Verdad es que antes de la aparicion de este libro existian otros muchos de su misma índole y consagrados á igual objeto; pero si bien son estimables por su doctrina y ejemplos morales, carecen de ciertas dotes literarias, que haciendo resaltar con más brillo el pensamiento religioso, contribuyen eficazmente á difundirlo y generalizarlo. Y no se diga que la importancia y mérito de los escritos consiste solo en su esencia y fondo: pues aunque sean excelentes, poco bien producen y conmueven poco, si se presentan bajo una forma tosca y desaliñada, siendo comparables entonces á oscuros diamantes sin pulimento.

Así con sumo acierto lo ha comprendido la señora Avellaneda, y no lo ha olvidado un solo instante en el discurso de su obra. Digna era de emprenderla y llevarla á cabo la inspirada poetisa, que tantas muestras de su genio tiene dadas al público español, yá en la novela, yá pulsando la lira heroica, yá haciéndonos oír en lengua castellana los varoniles acentos de los cantores bíblicos. No se ha mostrado inferior á sí misma en su nueva obra; antes bien ha impreso en ella por todas partes el sello de su indisputable talento, sembrándola profusamente de cánticos relativos á los sublimes misterios de nuestra religion, de aspiraciones del alma cristiana hácia su Creador y Redentor, himnos en accion de gracias por beneficios recibidos, preces suplicatorias para diversas calamidades y paráfrasis é imitaciones de varios salmos. En todas estas poesías muestra al mismo tiempo la fuerza varonil de su imaginacion y entusiasmo y la ternura propia de la mujer, que tanta gracia y tan delicado sentimiento logra mezclar á los severos tonos del arpa de Jerusalem.

Si el mérito de la señora Avellaneda como

poetisa, y como poetisa excelente, no fuera cosa yá juzgada y demostrada hasta la evidencia por críticos de primer orden, me tendria con placer analizando minuciosamente estas composiciones, que no vacilo en calificar entre las mejores que ha producido la musa cristiana de nuestros tiempos. Hay en ellas verdad en los afectos; brío en las imágenes; cadencia, correccion y elegancia en el lenguaje poético. Añádanse á todas estas dotes la elevacion y el interés constante y universal de los asuntos, y se tendrá de ellas una idea, aunque pálida y confusa; porque para comprenderlas y penetrarlas bien, es necesario leerlas; y no digo leerlas y meditarlas, por estar seguro de que quien una vez guste de su exquisito aroma, ha de volver á aspirarlo con delicia. ¿Quién no reconoce los grandes pensamientos y la severa expresion de los profetas bíblicos en las siguientes estrofas de la *Imitacion de varios salmos*?...

Protector de mi vida
 se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado;
 y ya el alma sentí fortalecida
 por su soplo sagrado.

Bajo sus piés las nubes
 se desplegaron cual alfombra inmensa,
 y en alas de los fúlgidos querubes
 descendió á mi defensa.

¿Cuál al mirar tu saña
 tembló medrosa la celesta esfera,
 rodando de su asiento la montaña
 como líquida cera!

Estas imágenes y esta elevada entonacion recuerdan vivamente el carácter y la manera de aquellos cánticos de los salmistas y profetas, que pintaban los montes y collados saltando de alegría como corderos á la vista de su Dios, el firmamento inclinándose majestuosamente bajo las divinas plantas y el universo entero proclamando á la vez con las mil y mil lenguas del hombre y los animales, de los vientos y las aguas, las maravillas y grandeza del Hacedor. Los que conocen todo el vigor y la alteza de esta poesía primitiva, inspirada y pintoresca, son los que pueden estimar debidamente el mérito de la señora Avellaneda al reproducir en nuestro idioma sus religiosos acentos y gigantescas imágenes. Pocos son los que han logrado verificarlo con igual acierto desde los tiempos del gran Fernando de Herrera: los mismos autores de traducciones, yá literales, yá paráfrásticas de los salmos, se han manifestado más bien profundos hebraistas, que inspirados poetas; cuidando especialmente de la ma-

por exactitud en la intencion del sentido y correspondencia de las voces, como se vé en los señores Carvajal y Villanueva, á expensas muchas veces de la gala poética, de la mejor expresion de las imágenes y de la gallardía de nuestra hermosa lengua.

No son únicamente las imitaciones y paráfrasis bíblicas las joyas literarias que enriquecen el Devocionario de la señora Avellaneda: á cada paso, entre sencillas oraciones y actos de piedad, encontramos bellísimas poesías, capaces de conquistar á su autora un lugar eminente en el Parnaso castellano, si ya no lo hubiera conseguido por el mérito singular de sus anteriores obras. Difuso en extremo sería, si hubiera de citar los pensamientos nobles, las armonías verdaderamente estéticas y las bellezas de todo género que en ellas se encuentran: hé aquí cómo se expresa, hablando de la sagrada Cruz, bandera del cristianismo:

Alzad, alzad vuestro estandarte régio,
á cuyo aspecto hundiéronse al abismo
los dioses del antiguo paganismo,
desde su Olimpo egrégio!
Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
como emblema de triunfo Constantino
sobre el cesáreo láuro de su frente,
las águilas de Roma arripotente,
párias rindiendo al lábaro divino!

Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
la vacilante humanidad. Do quiera,
¿no la veis á la par doliente y fiera,
cuán convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos
y á impulsos ¡ay! de un vértigo profundo,
¿qué la valdrán esfuerzos dolorosos,
si de esa Cruz los brazos poderosos
no hallan asiento y salvacion al mundo?

Limitándome con lo ya expuesto acerca de su parte literaria, y considerándolo ahora brevemente en cuanto á la extension de las materias que abraza, puedo asegurar que ninguno de los Devocionarios publicados hasta el día iguala al de la señora Avellaneda en riqueza y abundancia de oraciones para todos los actos de la vida espiritual; pues comprende no solamente las instrucciones preparatorias para los ejercicios de confesion y comunión, del Santo Rosario, visita al Santísimo Sacramento, oficios de Semana Santa y Pascua de Resurreccion, sino tambien numerosas meditaciones referentes á los principales misterios de nuestra fé, devocion á los sagrados corazones de Jesus y María, festividades de la Santísima Virgen, conmemoracion de fieles difuntos etc.; por lo cuál me parece este Devocionario de

tan grande utilidad moral, como de indispensable necesidad para toda cristiana y piadosa familia.

Terminará dignamente esta humilde reseña, citando las palabras con que el ilustrado sacerdote y humanista señor D. Jorge Diez calificó el libro de la señora Avellaneda. "Este devocionario está escrito con mucha uncion y piedad, puede ser de grande utilidad para los fieles, y es muy digno de que se le recomiende su lectura. Además es notable por su mérito literario, siendo bellísimas las muchas composiciones poéticas que contiene; lo que hará que aun buscado bajo este solo concepto, produzca el gran beneficio de inspirar la piedad á las personas más indiferentes. Bajo todos conceptos, excede en mérito este precioso libro á cuantos devocionarios circulan hoy en España entre los fieles."

Después de citar una opinion tan digna y autorizada, ocioso es añadir nuevas consideraciones; pues aunque pudieran contribuir, si no al elogio, al más extenso análisis de las bellezas que el Devocionario de la señora Avellaneda contiene, preferimos dejar tan agradable ocupacion á los lectores instruidos é imparciales que puedan saborearlas.

NARCISO CAMPILLO.

Nivelacion de los Institutos de Segunda Enseñanza.

Si no puede negarse que el haber de los servidores de la república debe estar en razon directa de la importancia de los destinos que desempeñan y de los sacrificios que su obtencion supone, preciso es convenir en que el profesorado español no se halla equitativamente remunerado, atendidas las pruebas y condiciones que á sus individuos se les piden para llegar á serlo, la consideracion social de que los han investido de consuno la naturaleza, la tradicion y la ley, y la trascendental influencia que por su ministerio ejercen sobre el espíritu de la juventud, dorada esperanza de la patria. Ocho años de estudios por lo ménos, dos títulos de bachiller, y tres ó cuatro ejercicios de oposicion, se necesitan para ingresar en el cuerpo docente de segunda enseñanza, cuyos catedráticos entran con 8.000 rs. de sueldo y terminan su carrera y su vida—si por ventura llegan al grado superior, pues los ascensos son lentísimos—con 18.000 rs.; *máximum* á que pueden aspirar, sin que después de todo, ni ellos, ni sus familias gozen, por pre-

mio de sus servicios, derechos pasivos de ninguna especie. ¡Cuán otra no es la situacion de los demás cuerpos facultativos! Cuatro ó cinco años de estudios en una escuela especial bastan para alcanzar el título de ingeniero de Obras públicas, ó de telégrafos, por ejemplo; ningun grado académico, ningun ejercicio de oposicion se exige: sus sueldos corren desde 10.000 hasta 45.000 rs.: sus ascensos son comparativamente rápidos; perciben crecidas subvenciones por recorrer las líneas ó hacer *estudios de campo*; y finalmente, disfrutan jubilaciones ellos en su vejez, pensiones sus viudas y sus huérfanos, lo mismo que las clases militares. No es nuestro ánimo rebajar en lo más mínimo la consideracion á dichos cuerpos debida; reconocemos gustosos su gran importancia y buenos servicios; parecen justo el premio que por sus utilísimos trabajos reciben; todo eso y mucho más merecen: si hacemos comparaciones, es solo para poner de resalto la injusticia de que hoy es víctima el profesorado. Aquellos contribuyen al progreso material de los pueblos; éste, á su progreso moral é intelectual. Los ingenieros de Obras públicas trazan caminos y canales sobre la tierra, para el transporte de hombres y mercancías; los catedráticos, á su vez, abren en el espíritu vías de comunicacion á las grandes verdades que son base y fundamento de la civilizacion. Los ingenieros telegráficos manejan y ponen al servicio del hombre la electricidad, alma de la naturaleza y agente invisible de todas sus revoluciones; los profesores, en cambio, tienen á su cargo el desarrollar y aplicar á la perfeccion individual y social esa otra más alta electricidad, la electricidad divina del pensamiento, vida de la inteligencia y motor de la humanidad en la senda de su celestial destino. ¿Cuál es más sublime y trascendental ministerio? ¿Cuál debiera, por consiguiente, ser más atendido por el Estado? Pues lo que decimos de los ingenieros de Obras públicas y de telégrafos, pudiéramos decirlo igualmente de casi todos los demás empleados públicos; todos ellos están, en proporcion, mucho mejor dotados que el profesorado. ¡No parece sino que se ha querido que los haberes de los servidores del Estado estén en razon inversa del espiritualismo é importancia moral de sus destinos! ¡Sin duda se ha creido que los cultivadores del espíritu están tan *espiritualizados*, que no experimentan las mismas necesidades físicas que los cultivadores de la materia!

Semejante estado de cosas, no es nada á propósito para que se forme ventajoso con-

cepto de nuestra cultura en un siglo como el actual, en que el *tanto vales, cuanto tienes*, está en tan alto predicamento, ni mucho ménos para que la Instruccion pública adquiera el grado de esplendor que le corresponde; pues mal podrá florecer la enseñanza sin un profesorado á la altura de su mision civilizadora, y mal podrá existir este en una nacion donde él es la carrera de menos presente y porvenir entre cuantas hay abiertas al talento y aplicacion de la juventud. Al ver la facilidad con que por otros caminos obtienen lucrativas posiciones tantas y tantas medianías; ¿qué persona de mérito sobresaliente querrá pasar por las pruebas que para ingresar en el profesorado se requieren, ni pertenecer á una clase tan humillada y desatendida? Pero demos que así no suceda: supongamos que haya muchos sujetos adornados de ingenio y doctrina á quienes las indicadas razones no los retráigan de hacerse catedráticos. Si se consagran de lleno al cumplimiento de sus deberes, considerando la cátedra como su única y exclusiva ocupacion, si procuran adquirir buenos libros, leer, ensanchar el círculo de sus conocimientos, ponerse al nivel de los adelantos de la época, para no permanecer estacionarios en medio del movimiento intelectual contemporáneo, en tal caso, como no tengan otros bienes de fortuna, veránse naturalmente precisados á vivir en la mayor estrechez, rodeados de privaciones, pues que á nada llegan sus mezquinos sueldos, hoy que —permítasenos lo familiar de la frase—todo anda por las nubes. ¿Será justo que así se premien su abnegacion, su entusiasmo profesional, su amor al bien público? Si, por el contrario, la necesidad de alimentar y educar á sus familias les obliga á invertir el tiempo en negocios extraños á la cátedra y miran esta como cosa secundaria y solo tiran á desempeñarla de cualquiera manera, no siendo profesores sino mientras tienen puesta la toga, entonces forzosamente habrá de salir perjudicada la enseñanza, convirtiéndose en una pura formalidad rutinaria, como, por desgracia, con harta frecuencia acontece. ¿No será esto de todo punto opuesto á la conveniencia pública? Padece en el primer caso, la persona del catedrático; en el segundo, la cátedra; en ambos, la razon y la equidad.

Si esto es manifestamente contrario á las leyes de la justicia y del buen sentido y á los legítimos intereses de la sociedad, todavía lo es, si no en más alto grado, por lo menos de un modo más visible, porque se dá dentro de un mismo cuerpo facultativo,

la desigualdad que existe entre los sueldos que respectivamente disfrutaban los catedráticos de las diferentes clases de *Institutos* establecidas por la vigente ley de Instrucción pública. Dispone esta, en su artículo 115, que para el estudio de la segunda enseñanza habrá *Institutos* que "por razón de la importancia de las poblaciones donde estuvieren establecidos, se dividirán en tres clases, siendo de 1.ª los de Madrid, de 2.ª los de capital de provincia de 1.ª ó 2.ª clase, ó pueblos donde exista Universidad, y de 3.ª los de las demás poblaciones;" artículo que se completa con el 209, el cual determina que "el sueldo de entrada de los catedráticos de Instituto será: en los de primera clase, 12.000 rs. anuales; en los de segunda, 10.000, y en los de tercera, 8.000." Esta diferencia de sueldos es la única que, según la ley, existe entre las tres expresadas clases de *Institutos*, la única que los distingue y caracteriza, pues por lo demás, á sus profesores les exige los mismos títulos y pruebas de idoneidad, les comprende en el mismo escalafón, y les obliga á prestar idénticos servicios, explicando iguales asignaturas, en igual espacio de tiempo y por iguales programas.

Hagamos notar ante todo las diferentes faltas de consecuencia que en el preinserto artículo 115 saltan á la vista, ya le consideremos en su propio contenido, ya le comparemos con otros de la misma ley de Instrucción pública.

En primer lugar, una vez tomada por base para la clasificación de los *Institutos* la importancia de las poblaciones, parecía razonable que se atendiese para determinarla, no á la clase de las provincias, sino al número de habitantes de aquellas, supuesto que la importancia de las mismas no siempre corre parejas con la categoría de las circunscripciones administrativas á que pertenecen. Provincias tenemos de tercera clase—la de Santander, por ejemplo,—cuyas capitales son, por su población y riqueza, mucho más importantes que las de otras provincias—v. g. Burgos—en superior gerarquía colocadas. Y si á la importancia de las poblaciones hubiera de conformarse la de los *Institutos*, algunos de los llamados locales—los de Cádiz y la Coruña, entre otros—deberían ser, bajo este concepto, comprendidos entre los de segunda clase.

En segundo lugar, aun suponiendo que la importancia de las poblaciones coincidiese siempre con la categoría oficial de las respectivas provincias, todavía sería inconsecuente la ley, puesto que no establece es-

tricto paralelismo entre la clase de estas y la de sus correspondientes *Institutos*, sino que, por el contrario, nivela los de las provincias de primera y segunda, no habiendo más razón para ello que para equiparar los *Institutos* de las de segunda y tercera clase.

Observamos en tercer lugar que la ley no clasifica las Universidades con arreglo á la importancia de las poblaciones, sino que, fuera de la Central, todas las demás las hace iguales, á pesar de hallarse situadas en pueblos que tanto distan entre sí, por razón de su riqueza y número de habitantes, como Barcelona y Oviedo, Sevilla y Santiago, Valencia y Salamanca. ¿Por qué se había de proceder de diverso modo al clasificar los *Institutos*?

Por último, no es menos ilógica la discordancia que advertimos entre los mencionados artículos 115 y 209, y el 202 de la propia ley, en el cual se estatuye que "el sueldo de los directores de Escuela Normal de Provincia será de 12.000 reales en las de primera clase, y de 10.000 en las de segunda y tercera;" de donde resulta el absurdo de que el sueldo de los catedráticos de *Instituto* y de los directores de *Escuela Normal* sea idéntico en las provincias de segunda clase y diferente en las restantes, á excepción de la de Madrid. ¿Cur tan varie?

Mas prescindamos de tales anomalías. ¿Será por eso más defendible la actual clasificación de los *Institutos*? De ningún modo.

¿Se propuso con ella el legislador hacer de manera que los gastos de cada *Instituto* fuesen proporcionados á los recursos de la provincia respectiva? Pues esto no se consigue por semejante camino; 1.º, porque, como ya hemos notado, no existe paridad completa entre la categoría de los *Institutos* y la de las provincias: y 2.º, porque aun cuando así no fuese, la riqueza de las provincias no guarda proporción alguna con la categoría de las mismas, según demuestran los datos estadísticos publicados por el Gobierno y particularmente los cupos de contribución correspondientes á unas y otras.

¿Se quiso que las dotaciones de los catedráticos de *Instituto* estuviesen en relación aproximada con el precio de las subsistencias en las diferentes provincias, partiéndose del supuesto de que aquel sube y baja con la clase de estas? Los estados mensuales que publica la dirección general de Agricultura, Industria y Comercio, prueban cuán falso es semejante supuesto. De ellos resulta que en provincias de tercera clase, como la de Santander, los artículos de consumo están tanto ó más caros que en otras de pri-

mera y segunda, y aun que en Madrid mismo. Es evidente además que el coste de las subsistencias—como el líquido contenido en diferentes vasos que se comunican espeditamente unos con otros—tiende á nivelarse entre todas las plazas de la península, á causa de la creciente facilidad de trasportes y comunicaciones que el aumento de la marina mercante y la construcción de carreteras y ferro-carriles traen consigo. Pero aun dado caso que en Madrid y otras ciudades de primer orden sea un poco más costoso el vivir que en el resto de España, téngase en cuenta que esto se halla superabundantemente compensado con las muy considerables ventajas de vária naturaleza que, fuera del exceso de sueldo, gozan los catedráticos en ellas establecidos. Tales son: mayores elementos de instrucción y de goces morales é intelectuales en la facilidad de dar pasto, sin grandes dispendios, al amor á los libros, tan propio de personas consagradas á la enseñanza; en el trato y comunicación con las notabilidades científicas y literarias del país, en Academias, Ateneos, Congresos científicos y otras sociedades análogas; cosas todas tan abundantes en las grandes poblaciones, como raras en las pequeñas: mayores recursos para educar y dar carrera á sus hijos con desembolsos relativamente insignificantes y sin la dolorosa necesidad de tener que separarse de ellos y de no poder velar por su conducta moral y escolástica, tan expuesta á contratiempos en los primeros días de la vida; mayores obveniones por derechos de exámenes y grados, que suben ordinariamente á 4.000 rs. anuales para cada catedrático en los *Institutos* de Madrid, Sevilla, Barcelona, etcétera, mientras que en los de tercera clase casi nunca pasan de mil rs. y con frecuencia se quedan en 500 ó 600: mayores medios, en fin, de aumentar su hacienda extraoficialmente, ora explicando en los colegios que tanto abundan en las grandes capitales, ora dedicándose á tareas literarias, poco menos que imposibles y sobre todo infructuosas en las poblaciones subalternas, tanto por falta de personas competentes con quienes consultar, como de bibliotecas á que acudir en busca de noticias y documentos, como de editores que den á luz y remuneren los trabajos del escritor (1).

(1) Añadiríamos aquí que en las ciudades populosas es mucho más lucrativo que en las que no lo son el ejercicio de las varias profesiones legalmente compatibles con la del profesorado, si no creyésemos que el catedrático debe tener por única y exclusiva ocupación el enseñar, sea de viva voz, sea con la pluma.

¿Puede defenderse dicha clasificación como conveniente para estimular al profesorado, proporcionándole modo y ocasiones de ascender? Teniendo los catedráticos de *Instituto* su escalafón en que ascienden, aunque mezquinamente, por antigüedad y mérito, según el artículo 210 de la ley, independientemente de la clase de los establecimientos en que enseñan, es de todo punto innecesaria en cualquiera otra manera de recompensar á los que se distinguen, y hasta parece absurdo que haya dos órdenes de ascensos, sujetos á trámites diversos y de resultados muchas veces contradictorios, dándose frecuentemente la anomalía de que ocupen los más altos números del escalafón, catedráticos relegados á *Institutos* de 3.ª clase, y de que, por el contrario, figuren los últimos en aquel, muchos que se hallan colocados en *Institutos* de primera y segunda.

Y no es de extrañar que así suceda. Los ascensos á que abre camino la diferente categoría de los *Institutos*, como llevan consigo la precisión de cambiar de punto de domicilio, no siempre son solicitados por los profesores más antiguos y beneméritos, sino por los que, careciendo de numerosa familia ó disfrutando de mejor salud, están más en disposición de trasladarse de unas poblaciones á otras; de donde se sigue que los célibes ó casados sin hijos, y los de constitución robusta, que son los menos necesitados de tales ascensos, sean cabalmente los que más de ordinario los pidan y obtengan. A lo cual se agrega que, siendo de una misma clase todos los *Institutos* antes de 1857, é iguales los sueldos de sus profesores, estos, al optar por unos *Institutos* más bien que por otros, únicamente miraban á su salud, gusto ó intereses del momento, bien ajenos de imaginar siquiera que pudiese llegar un día en que, clasificados dichos establecimientos vendrían á ser de peor condición unos catedráticos, tal vez antiguos y beneméritos, que otros, acaso más noveles en saber y merecimientos.

¿Podrá invocarse, por último, el bien de la enseñanza en pró de la expresada clasificación? Menos aún. Tal clasificación, lejos de ser beneficiosa, es perjudicialísima á la enseñanza, pues dá margen frecuentemente á que los mismos catedráticos numerarios sean como interinos en los *Institutos* de tercera clase que son los más; interinidad que cede en grave daño del prestigio de estos establecimientos, de la instrucción que en ellos se suministra, de la juventud que á los mismos asiste, y por consiguiente, de las provincias á que corresponden, porque

ocasiona el que, cuando los profesores llegan con la práctica de la enseñanza á estar en aptitud de serles más útiles, es justamente cuando los abandonan en busca de más altos puestos con que les brindan los Institutos de superior categoría. De ello nos ofrece un elocuente ejemplo la MEMORIA del Instituto de Bilbao, que es de tercera clase, leída en la apertura del curso que acaba de terminar. "Es natural entre los hombres, dice, el deseo de ascender, y este, regularmente, es mayor aún, cuanto mayores han sido los sacrificios empleados en la carrera: y sería esperar lo imposible suponer que un profesor, si otras causas no le detienen, viva siempre satisfecho en el último escalon de las categorías. No es de extrañar, por lo mismo, que hayan solicitado ascenso, casi simultáneamente, seis de los antiguos profesores." Refiere luego como tres de estos ascendieron á Institutos de segunda clase, esperando que lo fuesen también los otros tres, y añade: "A tales pretensiones, de suponer es que sigan otras cada año, llegando á suceder, por desgracia, que esta escuela tan brillante y digna de un lugar distinguido, será un punto de paso para los profesores de mérito, si causas extrañas no los detienen en él." Y como causas idénticas producen siempre idénticos efectos, fácil es inferir que lo sucedido en el Instituto de Bilbao, puede suceder y de hecho sucede en todos los demás Institutos provinciales de tercera clase.

Peró esto no perjudica solo á los establecimientos en cuestion y á las provincias en que se hallan situados; es también contrario á la sana política, por cuanto engendra la centralización del saber en las grandes poblaciones que tienen otros mil elementos de vida intelectual, mientras que lo disminuye dejándole la parte ménos granada del profesorado en las pequeñas capitales, donde apenas existen otros que los contenidos en sus Institutos. Conviene por lo mismo, para la debida ponderación y economía de las fuerzas morales é intelectuales del país, procurar el esplendor de estos establecimientos en las provincias de segunda y tercera clase, que es donde más falta hacen, reteniendo en ellos á los profesores de valía, mediante dotaciones, si no superiores, iguales cuando menos á las que disfrutaban los que enseñan en ciudades de mayor importancia, las cuáles, aun así, ofrecerían, como ya queda expuesto, considerables ventajas bajo los tres aspectos físico, moral é intelectual. ¿Ni qué razon existe para que en orden al profesorado de segunda enseñan-

za, se siga diferente sistema que respecto de las demás clases que sirven al Estado? Los sueldos de estas no están, generalmente hablando, determinados por la importancia de las poblaciones, ni por la categoría de las provincias en que desempeñan sus destinos, sino por el lugar que cada empleo ocupa en el escalafon respectivo. Así vemos, que los oficiales de una misma graduacion, sean militares, sean civiles, sean de Fomento, sean de Gobernacion, igual haber perciben en Madrid que en Guadalajara, en Barcelona que en Pontevedra. ¿Qué razon existe, repetimos, para que tocante al profesorado, rija opuesto sistema?

En virtud de los incontestables argumentos aducidos, creemos que los artículos 115 y 209 de la vigente ley de Instrucción pública debieran reformarse con arreglo á la siguiente base:

Todos los Institutos de segunda enseñanza serán nivelados con los que hoy se llaman de primera clase y nivelados también los sueldos de sus profesores.

Verificada esta reforma, el haber fijo de todos los catedráticos de Instituto sería de 12.000 rs. anuales. ¿Parecerá excesivo? Es el mismo que tienen los canónigos, tal vez simples moralistas, célibes siempre y con la misa libre; el mismo que—con 30 rs. más por cada día que emplean en trabajos de campo, cobran los directores de caminos vecinales peor retribuidos; el mismo que los porteros mayores de los ministerios gozan: ¿qué más? LA MITAD plus minuse del que en Francia perciben los profesores de entrada de los Liceos, escuelas, como nadie ignora, equivalentes á nuestros Institutos. ¿Parecerá excesivo todavía?

El alquiler de casa, por modesta que sea, absorbe 2.000 rs. anuales en las poblaciones más baratas; otros 2.000 rs. bien se van en vestido, calzado, menaje, etc., sin que para ello sea menester gastar lujo, ni cosa que lo parezca. Restan 8.000, es decir, unos 20 rs. para cada día del año, sobre poco más ó menos. ¿Qué familia, medianamente acomodada, aunque no sea muy numerosa, ni se salga de un moderado pasar, no invierte diariamente aquella cantidad en artículos de comer y guardar? Y luego, ¿cómo componerse sin algun criado, cuya soldada y manutencion, por bajas que las tasemos, nunca importarán menos de 1.000 rs.? ¿Cómo evitar las enfermedades y otros casos fisiológicos que tantos gastos ocasionan? ¿Cómo dar á los hijos una educacion siquiera mediana para que puedan valerse en lo futuro? ¿Cómo adquirir libros que satisfagan el ansia

aber que debe suponerse en todo catedrático algo celoso? ¿Cómo prevenirse, haciendo algunos ahorros, para el día en que la vejez ó graves dolencias impidan seguir trabajando, ya que hasta en no tener jubilaciones son de peor condicion los profesores que los demás empleados públicos? (1). Para todo eso no dispondrian los catedráticos de Instituto, aun elevado su sueldo á 12.000. —Pues que estos, como dejamos matemáticamente demostrado, apenas alcanzarían á cubrir sus más precisas atenciones; para todo eso, decimos, no dispondrian, en la mayor parte de las poblaciones, de otros recursos que los derechos de exámenes y grados, unos 1.000 rs. por regla general—y los premios por antigüedad y méritos, á cuyo máximo—6,000 rs. anuales—son muy contados los que llegan, y esos al cabo de treinta ó cuarenta años de servicios. ¿Calcúlese en vista de estos datos si será triste y deplorable actualmente la situacion del profesorado de segunda enseñanza, sobre todo en los Institutos de tercera clase! ¿Parecerá excesivo aún, volvemos á preguntar, el haber fijo anual de 12.000 rs. que para cada uno de sus miembros pedimos, al pedir la nivelacion de todos los Institutos?

Ninguna persona de recto juicio dejará seguramente de convenir con nosotros en la justicia de esta peticion; pero tal vez no faltar quien dándonos la razon, diga que son irrealizables nuestros deseos, á causa del estado poco satisfactorio en que se halla la Hacienda española. Pues si eso es cierto, le contestaremos; ¿por qué no se simplifica la Administracion y se suprimen una porcion de destinos conocidamente innecesarios? ¿Es justo que la enseñanza pague el lujo en otros departamentos desplegado? Y en todo caso ¿por qué no se disminuye el número de catedráticos, aunque se aumente algo su trabajo—por aquello de: pocos empleados buenos y bien retribuidos—para que, al menos, los que queden, puedan vivir con decoro? Pero, tanto la objeccion que estamos rebatiendo como nuestras contra-objecciones giran sobre un supuesto completamente erróneo; sobre el supuesto de que los gastos de los Institutos corran á cargo de las arcas del Estado, siendo así que segun la ley se hacen á expensas de los fondos provinciales, en la parte que á cubrir no alcanzan los ingresos por matrículas

(1) Aun añadiríamos, ¿cómo procurarse y procurar á la familia de vez en cuando el recreo de algun honesto espectáculo? si no temiésemos que se nos diga que esto es pedir golle-rías.

culas y grados y las rentas propias de aquellos establecimientos. Por consiguiente, la cuestion que aquí ventilamos nada tiene que ver con la situacion más ó menos desahogada del Tesoro público. Lo que hay que averiguar es si las provincias podrían sufragar el aumento que ocasionase en sus presupuestos la reforma en cuyo favor abogamos. A esto preguntamos: si la de Madrid sostiene nos Institutos de primera clase ¿no serán capaces de sostener uno las demás? Existiendo, por punto general, doce catedráticos en cada Instituto, dicho aumento sería de solos 24.000 rs. en las provincias de primera y segunda clase, y de 48.000 en las restantes.

No podemos persuadirnos á que semejante gravámen fuese muy sensible para ninguna provincia, cuando observamos que todas las diputaciones han aumentado con aprobacion de la superioridad los sueldos de sus empleados, y cuando, por otra parte, aquel sería en gran manera reproductivo, por lo mucho que contribuiría á mejorar la enseñanza, estimulando y enaltecendo y sobre todo dando firmeza al profesorado de los Institutos. Además, debe tenerse presente que la difusion de la riqueza, el bienestar y la ilustracion en el país, hace que sea cada día mayor el número de familias que mandan sus hijos á estudiar la segunda enseñanza, y que por tanto vayan en progreso constante los rendimientos de matrículas y grados, con lo cual decrecen naturalmente en la misma proporcion los gastos de las provincias para mantener las mencionadas escuelas. Es más: el indicado gravámen podría ser casi del todo, cuando no con exceso, compensado, reuniendo, bajo una misma direccion, segun muy poderosas razones aconsejan, los Institutos de segunda enseñanza y las Escuelas Normales de Instrucción primaria.

Los Institutos, dice un periódico, están colocados en la escala de la enseñanza como un término medio entre las Escuelas de primeras letras y las Universidades. De aquellas reciben sus alumnos, á estas los tramiten. En cambio reciben de las Universidades sus profesores. ¿No es lógico que á su vez den maestros á la primera enseñanza? ¿No es conforme á la naturaleza de las cosas que se observe, aunque en sentido inverso, el mismo orden gradual y gerárquico en la procedencia de los profesores que en el ascenso de los alumnos?—Bajo este punto de vista es, por tanto, indudable que las Escuelas normales deben refundirse en los Institutos, á la manera que se ha refundido en las Universidades la antigua Escuela normal de Filosofía. Análogo al de esta es el objeto de

aquellas; análoga, por lo mismo, debe ser su suerte.

"Por otra parte, comparando los cuadros de asignaturas de los *Institutos* y de las *Escuelas Normales*, se observa que en aquellos existen todas las que en estas se enseñan, á excepcion de la de *Pedagogia*, siendo, por lo mismo, facilísimo arreglar la enseñanza de los *Institutos* de tal manera que llenen cumplidamente, además de su actual objeto, el que hoy está asignado á las *Escuelas normales*. Para ello bastaría aumentar en uno, ó ó á lo sumo, en dos profesores, sacados de dichas *Escuelas*, el personal de los *Institutos*. No de otra suerte se hallan unidas á estos, en las provincias donde existen, las *Escuelas de náutica y comercio*. Las mismas razones que han decidido la fusion de estas en los *Institutos*, militan en pró de la fusion de las *Escuelas normales*. Tan especiales son y tan escaso número de alumnos tienen las unas como las otras. (1)

"Con la reforma de que tratamos economizarían las provincias cantidades de no poca consideracion, tal vez 1.500.000 rs. entre todas las de España, ahorrándose parte de los gastos que ocasiona el personal facultativo de las *Escuelas normales* y todos los que el personal no facultativo y los alquileres y conservacion de los edificios que ocupan, traen consigo.

"A los profesores de las expresadas escuelas, que resultasen excedentes á causa de la reforma indicada, creemos que, respetando los derechos adquiridos, debería dárseles colocacion en los *Institutos*, nombrándolos catedráticos numerarios de asignaturas correspondientes á sus estudios, tales como las de *Matemáticas, Geografía é Historia*, etc.

"De esta suerte, sin lastimar ningun interés respetable, sin perjudicar en nada á la enseñanza, quedaria simplificado y regularizado el mecanismo de la instruccion pública, descargándose de una partida bastante gruesa el presupuesto de gastos de todas las provincias del Reino, si ya no pareciese conveniente destinarla á mejorar un tanto la nada halagüeña situacion de los catedráticos de *Instituto*."

"Ni qué cosa más puesta en razon? De veinte años á esta parte, todo ha crecido, todo ha progresado en España rápidamente, siguiendo un movimiento sincrónico uniforme cada vez más acelerado, á causa de los grandes elementos de vida desarrollados por las reformas económicas y por los adelantos

(1) Sabemos de algunas *Escuelas Normales* que solo tienen CATORCE alumnos.

materiales. Hánse duplicado el saber, la riqueza, el valor de la propiedad, tanto física como intelectual, las exigencias del lujo, el coste de los inquilinatos y de los géneros alimenticios, el jornal del obrero, el sueldo del empleado. ¡Únicamente han permanecido las mismas que en 1845 las dotaciones de los catedráticos de Instituto de tercera clase, que constituyen la inmensa mayoría del profesorado de segunda enseñanza! Y como quien se está quieto cuando todo avanza en torno suyo, retrograda en igual proporcion.... ¿necesitaremos sacar la consecuencia?

Juzgamos inútil añadir nuevas consideraciones. Se nos figura haber demostrado concluyentemente la justicia, la conveniencia y la fácil posibilidad de que *todos los Institutos de segunda enseñanza sean nivelados con los que hoy se llaman de primera clase y nivelados también los sueldos de sus profesores*. Realice esta nivelacion el celoso Sr. Ministro de Fomento presentando á las Cortes el oportuno proyecto de Ley y adquirirá un nuevo título á la consideracion y cariño del profesorado y de cuantos dan la importancia que realmente tiene á la Instruccion pública, alma de la sociedad, base del porvenir, sol resplandeciente que ilumina, vivifica y mantiene en armonía las diferentes esferas del mundo moral y político.

G. L. R.

El Cristiano Moribundo.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

¿Qué escucho? Del sacro bronce junto á mí la voz resuena!
¿Quiénes son los que piadosos con lágrimas me rodean?
¿Qué indica el fúnebre canto y esta antorcha amarillenta?
¿Es tu acento el que me hiere, oh muerte, por vez postrera?
¿Y es al umbral del sepulcro cuando mi alma despierta?

¡Oh tú, de celeste fuego preciosa y viva centella, inmortal habitadora de esta vil cárcel de tierra, no tiembles; la muerte misma de prisiones te liberta!
Alza tu vuelo ¡oh mi alma! sacudiendo tus cadenas: ¿es morir lanzar el peso de las humanas miserias?

Si ya el tiempo ha señalado de mis horas la postrera. Mensajeros rutilantes de las moradas eternas, ¿á qué otros nuevos palacios me arrebatáis por la esfera? Ya nado en olas de lumbre, mi horizonte se acrecienta, y bajo mis piés parece que huye y se oculta la tierra!

Mas, qué! en el solemne instante que mi espíritu despierta, ¿vienen á herir mis oídos sollozos y tristes quejas? Compañeros de destierro, mi muerte llorais con pena! Llorais... y en sagrada copa bebí el olvido, y serena tras las borrascas mi alma al puerto divino llega!

NARCISO CAMPILLO.

La BIBLIA SIN LA BIBLIA (1)

por Mr. Gainet.

(ESTUDIO BIOGRÁFICO-BIBLIOGRÁFICO.)

Puede asegurarse que el abate Gorini tiene un sucesor que le supera, si no en mérito, pues no podemos decidirlo, por lo menos en el éxito que ha alcanzado. Así como el abate Gorini ha trabajado para esclarecer la historia moderna y la conducta de los elegidos de Dios, el abate Gainet trabaja en honra del mismo Dios y en la comprobacion de uno y otro Testamento.

Treinta años hace que reunidos por las circunstancias cuatro párrocos rurales de la diócesis de Besanzon, dotados ámpliamente todos ellos de inteligencia y celo por la gloria de Dios y la defensa de la Iglesia, dividieron entre sí las principales ramas del árbol de la ciencia: en teología, filosofía, historia, arqueología. Comunicábanse frecuentemente sus ideas, se consultaban sus trabajos, y los discutían con la franqueza y buena fé de la amistad, que ni oculta los defectos, ni lastima al corregirlos. Por desgracia pronto hubieron de separarse tales hombres,

(1) *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento, basada únicamente en testimonios profanos, con el texto sagrado á la vista*, ó *La Biblia sin la Biblia*, por Mr. Gainet, cura de Cormontreuil, miembro de la Academia de Reims.—París, Enrique Guenet, librero-editor, calle de Babilonia, núm. 44.

que, unidos, habrían formado uro de esos lazos difíciles de romper, de que habla la Escritura.

El abate Gainet, que permaneció en la diócesis, fué nombrado párroco de Cormontreuil, arrabal de Reims. Aquí le destinaba Dios para dar á conocer su obra, que trabajó en este lugar durante quince años, teniendo la dicha, muy rara cuando se trata de grandes empresas, de terminar la suya. Quince años hace, repetimos, que el infatigable investigador de Cormontreuil empleó en construir un dique firmísimo contra el error. Difícil es manifestar la industria, perspicacia y valor que ha desplegado para descubrir y reunir los materiales, clasificarlos, coordinarlos y distribuirlos convenientemente sobre sólidos cimientos, para lo cuál ha registrado ó leído veinte mil volúmenes, anotando en ellos todo lo concerniente á su designio.

¿Cómo ha encontrado tantos libros? ¿Cómo, obligado á residir en su parroquia para cuidar de las almas encomendadas á su celo, ha podido buscarlos y estudiarlos? Secreto es de su indomable perseverancia y no menos de su gloria como cristiano y sacerdote; pues ha tenido que comprar un gran número que, ó no se hallaban en bibliotecas públicas, ó no podia ir á examinar y compulsar adonde estaban, para lo cuál ha tenido que emplear gran parte de su exígua asignacion, manteniéndose á veces con pan y agua. Así, ha recibido su obra el generoso bautismo del sufrimiento. Y no fueron los únicos estos sacrificios materiales; otros tormentos aun más amargos le estaban reservados: la indiferencia mofadora y la envidia de muchos que debían de haberle alentado y ayudado. Ha oido más de una vez inmerecidamente el sarcasmo de que habla el Evangelio: *Cepit edificare, et non potuit consummare*. En verdad, quince años eran un plazo demasiado largo para una edad como la nuestra.

Cuatro veces hemos entrado en el laboratorio del párroco de Cormontreuil y hemos gozado de su amena conversacion. Aquello era un innumerable amontonamiento de libros especiales, entre los que trabajaba, comia y dormía frecuentemente. La escalera y granero de su presbiterio se hallaban cubiertos de volúmenes. El extracto con los títulos de las obras que ha leído, con la indicacion de las páginas relativas á los textos forma un grueso en octavo, á razon de una sola línea por obra.

Regularmente su trabajo ha sido de catorce horas diarias. Otra cabeza se hubiera

quebrantado, ó inutilizado. Y no se crea que tan laborioso estudio le llevase á descuidar los deberes de su ministerio; no solamente los cumplia, sino que cada año dedicaba algunas semanas para ayudar á algun compañero enfermo, ó predicar en parroquias rurales.

La *Biblia sin la Biblia* es la obra de un hombre poseido de la única ambicion que Dios bendice; la de glorificarlo. El abate Gainet ha dado un ejemplo, que, si bien raro en ciertas épocas, nunca fué desconocido para la Iglesia, para la Esposa de Aquel que se apellida *Humilde de corazon*; es decir, el ejemplo del menosprecio de las grandezas humanas, aun la más útiles y respetables. Cuatro años hace propusieron á Mr. Gainet nombrarle Obispo. "Reflexioné cinco minutos, nos decia con la dulce sencillez de su carácter, y se me presentaron tres motivos para no aceptar... siendo el tercero y principal que entonces no tendria lugar para concluir mi libro. Siempre se hallarán Obispos; mas, ¿quién hubiera querido, ó podido llevar á cabo mi empresa en el estado en que hubiera dejado los materiales?"

Un dia estaba muy satisfecho: habia descubierto no sé en qué coleccion casi desconocida, la inscripcion geroglífica de Nabucodonosor en donde refiere este monarca que habia reconstruido la torre de Babel, la *torre de la Confusion*, como él la apellida, *sobre los cimientos antiguos todavia existentes, á los cuales no ha tocado*, en el mismo lugar donde los que otra vez quisieron edificarla *habian manifestado desordenadamente la expresion de sus pensamientos*; y todo firmado con buril sobre ladrillo cocido por "Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia, YO," y compulsado á la vista en 1856 por Mr. Julio Oppert, sabio orientalista, segun consta de la relacion oficial dirigida por él al ministro de Instruccion pública en París. Fué este dia cuando Mr. Gainet nos explicó detenidamente el periodo egipcio apellidado de los *Reyes pastores*, mostrándonos, con un júbilo que podríamos calificar de infantil, pinturas copiadas de los hipogeos de Beni-Arau, de las tumbas de los Faraones, reproduciendo hechos anteriores á Moisés, y particularmente escenas de la cautividad en Egipto de los Hebreos. Véanse allí á los *Namon*, descendientes de Jacob, presididos por Egipcios que los obligan á trabajar á latigazos. Hé aquí de qué materiales ha compuesto Mr. Gainet su *Biblia sin la Biblia*.

Otro dia hallábase el autor aun más complacido, destellando sus miradas esa alegría sublime que, segun S. Agustin, infunde al

alma la fé y el amor. Al verle, pude formar idea de los *grados de certidumbre*, de cuestion filosófica de que poco ó nada comprenderán los que procuran hacer de la filosofía una ciencia geométrica, ó una descarnada anatomía de las facultades del alma. Habia el abate Gainet hecho este dia un descubrimiento maravilloso en el Chon-Ouen, diccionario chino en treinta volúmenes, cuyo autor, Lao-tsee, fué anterior á Platon. Es un texto de Lao-tsee, exponiendo la Trinidad en tales términos, que no hubiera dudado Santo Tomás de Aquino en tomarlo por asunto de sus tesis sublimes. Es una explicacion del nombre de Jehová y juntamente de la Trinidad católica, sacada de un autor chino anterior á Platon, y es como sigue:

"El que es como visible y no puede ser visto, se llama Khi. El que se puede oír y no habla á los oídos, Hi. El que es como sensible y no puede tocarse, Ou, ei. En vano preguntareis por los tres á vuestros sentidos: vuestra razon no puede iluminaros, y sin embargo os dirá que los tres son uno. Sobre Él no hay luz, y bajo Él no existen tinieblas. Él es eterno: ningun nombre puede dársele. A nada de cuanto existe se parece. Es una imagen sin figura; una figura sin materia. La luz se halla rodeada de tinieblas. Si mirais á lo alto, no le encontráis principio; si le seguís, no le encontráis fin. Siendo el Tao de todo tiempo, imaginareis lo que es. Saber que es eterno, principio es de la sabiduría."

Tambien se halla en el mismo Lao-tsee este otro texto, reproducido casi literalmente por Platon: "Lao es uno por naturaleza: el primero ha engendrado al segundo: ambos han producido al tercero: los tres han obrado grandes prodigios."

Así el antiguo chino Lao-tsee habia previsto la cuestion de Oriente mil años antes de Jesucristo, refutando el error de los griegos sobre el dogma de la procedencia del Espíritu Santo, que fué uno de los pretextos con que los orgullosos patriarcas de Constantinopla, unidos al despotismo de Bisanicio, cohonestaron su rebeldía contra el Vicario de Jesucristo, cuando se separaron de la Iglesia latina.

¡Oh! En verdad, no es que la luz falte al hombre iniciado en la revelacion evangélica; sino que su vista se halla oscurecida por la pasion; lo cual es un nuevo motivo para procurar que la luz resplandezca. Pues si no es el error, como lo creia Malebranche y lo pretenden hoy los defensores de la enseñanza positivista obligatoria, la fuente de todos

nuestros males, por lo menos es la causa de gran número de ellos. Mientras más viva es la luz, mejor disipa las nubes y el hábito de las pasiones que la oscurecen.

La *Biblia sin la Biblia* es un libro lleno de luz y escrito sin pasion, á menos de que darse pueda tal nombre al amor de la verdad; lo que bien podria suceder hoy que el lenguaje sigue con frecuencia la degeneracion del pensamiento. Sea de esto lo que fuere, el amor á la verdad se halla unido en Mr. Gainet á una lógica mesurada y firme, que deja las deducciones al cuidado del lector, y á una expresion tan reposada y limpia que perfectamente corresponde al pensamiento. Terminemos de bosquejar ligeramente su obra y su método.

Segun hemos dicho, á fuerza de trabajo y vigiliias ha buscado y estudiado el autor los libros y monumentos profanos, testigos de los hechos bíblicos: literatura griega y romana, autores egipcios, caldeos, persas, fenicios, armenios; libros chinos, japoneses, tibetanos; tradiciones otaitianas, escandinavas, irlandesas, americanas; etnografía, historia, arqueología, paleontografía geroglífica y monumental; todo lo ha ojeado, todo lo ha explorado. Ante él comparece todo el mundo profano, interroga á tales testigos, tanto más irrecusables y sinceros, cuanto que no pueden dejarse corromper, ni aun razonar sobre sus manifestaciones, pues sus testimonios se hallan unas veces escritos en sus libros originales, ó copiados en otros desde hace muchos siglos; ya colocados sobre construcciones ciclópeas, ya grabados en piedras que cuentan millares de años. El autor, al citar ante el tribunal del lector tales testimonios, se limita á introducirlos, dejándolos hablar su propio lenguaje. Entre ellos, sin duda, unos balbucean y chocean otros como los ancianos; pero no por eso sus testimonios tienen menos fuerza. Así como se adivinan las primeras chispas de la inteligencia en el tartamudeo del niño y los últimos resplandores de la razon humana en las chochees del viejo y aun en el calenturiento delirio del insensato; de la misma, suerte que se encuentran los vestigios de los hechos nacionales en las tradiciones y leyendas populares, y hasta en los cuentos y canciones... así se escucha con admiracion y entusiasmo este concierto universal, este acorde grandioso de todas las naciones antiguas, celebrando cada cuál á su manera los hechos sagrados y cantando la Biblia de Dios; así tambien el trueno, los vientos, la tempestad, los mugidos del mar, el rugir de las eras, los dulces trinos de los pájaros, el

murmullo del follage y de los insectos entre la yerba, en una palabra, todas las voces y todos los suspiros de la creacion cantan á Aquel que les dió oídos para embriagarse con el himno de mil acordes elevado á la gloria del Criador.

Nada exageramos: escuchemos al mismo Mr. Gainet y cite mos algunas líneas de su introduccion, que nos dá idea del plan magnífico de esta obra verdaderamente memorable. Los que han leído los tres primeros volúmenes pueden asegurar que el autor ha cumplido su palabra.

"Verdaderamente la misma Providencia proporciona al historiador los materiales necesarios para la contextura de esta historia de la Biblia de nuevo género, que ofrecemos al público. Todos saben que la antigüedad pagana, el oriente, y todas las partes del mundo, contienen restos preciosos de piezas concordantes con la narracion bíblica: existen donde quiera, hasta bajo el fantástico velo de la fábula: en ella ciertos hechos se hallan completamente desfigurados; pero otros se conservan bien y con facilidad se reconocen.

"Mas lo que nadie sabia y hoy demostramos es que estos fragmentos de historia, estas pruebas de conviccion alcanzan por su número y variedad á reproducir la Biblia entera. Suponiendo que la Biblia se hubiese perdido, tenemos la posibilidad de reproducir la continuacion histórica, sin intervalo alguno desde Adán hasta la Pentecostés, hasta el establecimiento del cristianismo. El lector se asombrará viendo el cúmulo imponente de testimonios que llegan desde todas las extremidades del universo, saliendo de las olvidadas bibliotecas del antiguo mundo, descendiendo del cielo por los nombres astronómicos y brotando del suelo removido por los arqueólogos. Sí, todos estos documentos existen; no los inventamos; su antigüedad constituye su fuerza, y la reunion de tan distintos restos, diseminados acá y allá, les dá de repente una apariencia venerable, llena de poder, energía y magestad."

Volveremos á ocuparnos de tan excelente libro cuando se hayan publicado los dos últimos volúmenes, que de igual manera tratan la historia del Nuevo Testamento y el establecimiento del cristianismo.

Yá sabemos que uno de estos dos volúmenes contiene seis vidas de Nuestro Señor Jesucristo y de los Apóstoles, sacadas de monumentos profanos y extraños al sagrado texto. Este será el último golpe dado á Renan y á los que como él piensan. En verdad, yá era tiempo. Sus miserables ataques,

segun demuestra sin réplica Mr. Gainet, son vergonzosos, no solo para las almas religiosas, sino para el buen sentido y la ciencia, que tan poco se ha respetado á sí misma. — (Traducido.) — El abate DEFOURNY.

P. S. — Incompleta sería esta apreciacion, si omitiésemos añadir que no es exclusivamente nuestra. Desde que se escribieron estas líneas, el episcopado y la ciencia han tributado homenajes á Mr. Gainet. A los ojos de los más autorizados Obispos franceses la *Biblia sin la Biblia* ha parecido un *arsenal inmenso* (el Cardenal Mathieu), una *resurreccion de los más sabios trabajos de los Benedictinos* (Mgr. de Langres), el *tema de la verdad* (Mgr. de Montauban), una *obra de Romanos* (Mgr. de St. Dié). El abate Glaire encuentra el *plan perfecto*. Carlos Weiss, que tenia conocimiento de la obra antes de ser impresa, la llamaba: *una gran obra, que debía de colocar al autor entre los hombres más instruidos de nuestra época*. Por último, el Dr. Sepp, refutador victorioso de Strauss, le ha dado un pláceme incomparable, escribiendo al autor: "que apenas cuenta Alemania alguno que se le asemeje entre sus mayores teólogos."

A DANTE.

SONETO.

(Traducido de Miguel Angel Buonarroti.)

Él descendió al abismo: ráudo luego cuando vió los infiernos, sube altivo, llega hasta Dios, y de su rayo vivo muestra á la tierra el increado fuego.

Astro de gran valor, al hombre ciego lo eterno enseña; pero el hombre esquivo se complace en mirarlo fugitivo, cual á sus héroes receloso el griego.

De Dante el libro fué menospreciado y el noble anhelo que en su pecho hervía, por la envidia que siempre al génio oprime.

Mas si yo fuese él! si igual mi estado, ¡cómo auz el cetro mismo cambiaría por su destierro y su virtud sublime!

N. CAMPILLO.

ODA.

A Cádiz mi pátria, despues de muchos años de ausencia.

¿Eres tú? ¿Eres tú? ¡Oh pátria mia!
¿O es mi imaginacion audaz, ansiosa,
Que arrebatá mi espíritu agitado,
Que mi alma eleva y guía
Y la lleva afanosa
Hacia el supremo bien por ella ansiado?

Sí, eres tú. Mi plácida existencia
Recibí en tí, y mi primera lumbré,
Y el áura que aun respiro placentera:
Me ornastes con tu esencia;
Me alzastes á tu cumbre:
Mi cuna la meció tu primavera.

Hércules te fundó noble, grandiosa;
Pompeyo, Balbo, Lucio, Culumela,
Tu poder, tu dominio levantaron,
Y tu empresa famosa
Que por el orbe vuela,
Dellines y leones la formaron.

Lejos de tí mi mente se extasiaba
Al recordar tu aspecto de amor lleno,
Y ausente, mi tributo te ofrecía;
Y volver anhelaba
A tu precioso seno,
Y tus glorias gozar, tu poesia.

Tu trasparente cielo puro hermoso
Y ese brillante sol que lo ilumina,
Mi espíritu angustioso consolaban:
Y con grato reposo
Cual á flor que germina,
Ese tu cielo y luz me acariciaban.

El amor paternal ¡amor divino!
Me prodigó sus bienes, sus caricias,
Su animacion, sus dichas perennables;
Me guió en mi camino;
Me colmó de delicias
Y de venturas gratas é inefables.

El deber me apartó con eco austero
De tu dulce beldad y tus halagos,
Y seguí por la ruta que mareaba
Mi sendero cetero:
Nunca en afectos vagos
En mi noble carrera me empleaba.

En santa animacion, firme, animoso,
En Zaragoza ufano sosteniendo
Nuestra fé, nuestro honor, la independencia
Lidié: y belicoso
En el marcial estruendo,
Del guerrero del siglo en la presencia.

Torné á tu seno y en mi pecho amante
Prendió la llama del amor dichoso
Y el Himeneo coronó mi frente;
Y mi ardor incesante

En deliquio amoroso
Aun conserva mi espíritu ferviente.

Un vástago la sabia Omnipotencia
Me concedió en mi incesante anhelo,
Que reanimó mi ser y mi esperanza;
Su querer, su adherencia
Y su expresivo celo
Afianzaron mi bien, mi confianza.

Lisonjas mil me presentó la suerte:
Honrosas distinciones me ofrecía;
Mas ¡oh Gades! sin tí no hallé consuelo:
Agitado ó inerte
Angustioso corría
Tras tu querida sombra en mi desvelo.

Goceé, mas mi ilusion huyó ligera:
Admiré Ninfas bellas, portentosas,
Y graciosas sirenas que encantaban,
Mas mi mente severa
No las juzgaba hermosas
Si á las divas de Cádiz no igualaban.

Ni á sus hijos, los hijos de otro suelo:
Modelos de amistad y de concordia
Rosas, Mora, Urmeneta, Galiano!
El tiempo con su vuelo
Vuestra grata memoria
No borrará en el suelo gaditano.

Aun conserva la imagen bonancible
De aquel tiempo precioso mi alma ufana;
Y aunque la nieve mi cabeza cubre,
Mi espíritu inflexible
Mi animacion lozana
Se sostiene en su ardor: y el yelo encube.

Soy avecilla que cruzando el viento
Se pierde en la floresta pavorosa,
Y que busca su nido tierna amante
Con apagado aliento:
O la abeja afanosa
Que el cáliz de la flor liba incesante.

O el altivo adalid que vagaroso
Erraba en el imperio de Neptuno,
Buscando su querer y pátria en vano:
Y aunque el tiempo azaroso
Lo mantuvo infortunado,
Volvió á ocupar su sòlio soberano.

Feliz, feliz el que en su seno mora:
Que tu aliento respira delicioso:
Que lo cobija tu celeste cielo:
Que tu luz lo colora:
Y que adquiere gozoso
Tu inspiracion, tu encanto, tu consuelo.

¿Y he de volver á mi cruel retiro?
¿Y de ausentarme de tu bien y gloria?
¡Suerte fatal! me arrastrarás airada;
Mas el amor que aspiro
Mantendrá en mi memoria,
A mi hermosa ciudad idolatrada.

J. M. DE ARRAMBIDE.

Del Dinero con relacion á las costumbres y á la inteligencia de los hombres.

Mucho han hablado los economistas del dinero. Nada nuevo ni curioso podria añadir yo sobre lo que ellos han dicho. Bástenos saber que el dinero es indispensable al hombre, desde el momento que el hombre vive en sociedad, y que, no es solo un valor, sino un valor que circula con mayor facilidad que todos los demás valores, y que los representa y los mide.

Sentadas estas verdades innegables, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero con las costumbres, con la inteligencia y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores vulgares.

El primero y más capital de estos errores consiste en creer que en nuestros dias es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el dia de hoy, los hombres son como siempre; pero, si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me sería acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entonces, y que su imperio, lejos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un artículo erudito, sino un artículo filosófico.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivian se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de esto que digo. — *Por dinero baila el perro.* — *Cobra y no pagues, que somos mortales.* — *Dádivas ablandan penas.* — *Ten dinero, tuyo ó ageno.* — Y así pudiera yo seguir citando hasta llenar un pliego de impresion.

En los países de una cultura atrasada, en los pueblos semi-bárbaros, se advierte un fenómeno, que conforme nos vamos civilizando y puliendo un poco más,

mengua, yá que no desaparece del todo. Es este fenómeno la deshonra, el descredito, la vehemente sospecha y aun el horror que rodea al que es pobre, el cuál es aborrecido, cuando no es despreciado. El refran antiguo español lo declara: *la pobreza no es deshonra, pero es ramo de picardia*. Nuestro inmortal Cervantes, haciéndose eco de este sentimiento general, dice, no una vez sola, que es difícilísimo que un pobre pueda ser honrado. El Reverendo Fray José de Valdivieso, en su poema de San José, no acierta á concebir que el Santo, padre putativo de nuestro Divino Redentor, y descendiente de reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico; así es que asegura que San José era carpintero por distraccion y no para ganarse la vida:

Pues debió de tener juro reales,
cual descendiente de señores tales.

De seguro que á nadie se le ocurriria, en nuestro siglo disculpar á San José de haber sido capintero, y suponer que tenia treses ó billetes hipotecarios.

Ni la nobleza de sangre disculpaba la pobreza: antes, el tener dinero, ha sido en todos los siglos, origen de hidalguía. — "Dineros son calidad," — "Más vale el din, que el don," — son refranes que corrobóran mi aserto. La profunda veneracion que inspiran el dinero, y por el dinero quien lo posee, ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuido algo es el horror ó el desprecio al pobre, y ciertas asechanzas de que el rico debía de verse, en lo antiguo, perpétuamente rodeado. El hombre prudente y discreto tenia, no hace muchos años, en todas partes, y en el dia, tiene aun, en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobre todo si es ó era muy rico ó muy pobre: si es muy pobre, para que no le desprecien, y si es muy rico, para que no le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado ó amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en las paises cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que habia que desear era una medianía de fortuna, á fin de vivir feliz y tranqui-

lo, ni envidioso ni envidiado.

Porque, á la verdad, si el dinero es un bien, mientras mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la *aurea mediocritas*, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino imaginando ó recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto á que le matasen ó maltratasen para robarle, yá sus conciudadanos, yá el emperador, ó el príncipe, ó el potentado, bajo cuyo imperio vivia. Y cuando á la riqueza no iba unido un alto grado de poder, era más constante el peligro, y casi imposible de conjurar. No creo yo que el odio profundo, que tuvimos en la edad media á los judíos, proviniese solo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes degollinas, que hubo en España, de judíos, acaso no hubieran llegado á realizarse, si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede afirmarse de los frailes en estos últimos tiempos, luego que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abundancia de dinero y de bienestar, y el más concertado y político modo de vivir de los hombres, han disminuido el aborrecimiento de los que no tienen á los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya, en los paises cultos, nadie ó casi nadie atesora. Pocos años há, todos los que podian atesoraban en España. La literatura de los pueblos semi-bárbaros está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos, guardados por un dragon, por un gigante ó por un monstruo terrible, que nada menos se necesitaba para que no los robasen.

Y era tanto el peligro que corria el dinero, saliendo á relucir, que legítimamente tenia que ser usurero quien le prestaba. El crédito que centuplica los capitales, y pone en movimiento las fuerzas productivas, apenas era conocido entonces.

Este desenfado, esta movilidad, esta animacion del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, y que se agita, v se mueve, v circula, es lo que ha

ce creer á los hombres poco pensadores, que vivimos en un siglo metalizado: que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero.

¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más adorada, más reverenciada la imágen que sule por las calles y plazas, aun cuando sea en muy devota procesion, y doblando todos á su paso la rodilla, que la Divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incommunicable y desconocido á cuantos no están iniciados en sus misterios?

Hay asimismo otras muchas razones para que en el dia se estime menos el dinero. Es la primera, que hay más. Es la segunda, que con el crédito llega más fácilmente á todas partes. Es la tercera, que produce menos intereses. Es la cuarta, y quizás la más poderosa, que nuestro siglo, como más civilizado que los anteriores, es tambien más espiritua-

lista. Y aquí no puedo menos de detenerme á considerar y á condenar la ridícula manía de muchos que dan en acusar de materialista á nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos, y florece ahora con portentosa eflorescencia. Apenas hay mentecato, el cuál, si hubiera vivido dos ó tres siglos há, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, ó por lo menos que no diga que goza, oyendo la música más sábia y alambicada. Juan Ruiz, arcipreste de Hita, siguiendo la opinion de Aristóteles, afirma que solo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre; á saber: *mantenencia*, y otra que no debo mentar, aunque el arcipreste la mienta, escudado con Aristóteles:

Si lo dijese de mio, sería de censurar,
Dícelo gran filósofo non se yo de reptar.

Pues ya tenemos que, en el dia de hoy, mueve tambien al hombre la música, y, aunque sea muy rudo, gusta de ir al Teatro Real á oír á la Patti. ¡Oh triunfo del espiritualismo!

Pero el espiritualismo de nuestro si-

glo es sintético, y esta es la causa de que algunos que no le comprenden, acusen de materialista á nuestro siglo. En los pasados, ó no se hacia caso de la materia y se la dejaba á sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacian en el molinosismo, ó se la maltrataba y castigaba como á súbdito rebelde, por donde venian las gentes á dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época, tratan las gentes de rehabilitar la materia, en el buen sentido de la palabra, y la espiritualizan y purifican cuanto pueden. La materia, al fin, es obra de Dios, y aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable como ridículamente se asegura. Al fin ella ha de resucitar y ha de ir al cielo, si bien transfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermo-seándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen ya los hombres en ciertos paises adelantados lavarse todos los dias, costumbre rara, cuando no desconocida del género humano, ciento ó doscientos años há. Por eso no se comprendia bien la significacion del principio de aquella oda de Píndaro: *Alto don es el agua*. Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo para las personas de cierta edad. De aquí el refran hidrofóbico tan castizo: *De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga*. Un hombre de setenta años, cuando ó donde no habia, ó no ha caído en desuso este refran, debe ó debía de tener su piel cubierta de más capas y estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados, es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo, consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así el alma como el cuerpo. Un hombre limpio no es capaz de sentir tan bestiales apetitos como un hombre sucio.

En muchos libros de moral, escritos por frailes, que de seguro se lavaban poco, hé leído precauciones tan inauditas para evitar la tentacion, que me pasman

y me hacen imaginar que los hombres y las mujeres de entonces serian como la yesca, y la pólvora, y el fuego.

Uno de estos autores aconseja que cuando haya que entregar algo á una mujer, se ponga lo que ha de entregarse en una mesa ó en algun otro sitio, y no se dé en la mano, á fin de evitar el más ligero frote ó casual tocamiento, y añade que las personas de diferente sexo deben estar por lo menos á una distancia de cuatro varas. La efervescencia, que supone este exceso de precaucion, provenia sin duda de la poca agua, la cuál refresca, modifica y hasta espiritualiza.

Estos síntomas de *espiritualizacion* se notan hoy en todo. Ya con la homeopatía, hasta los achaques de la materia se curan casi espiritualmente. No se toman remedios, sino se toman, por decirlo así, las virtualidades, el espíritu, la sombra vaporosa de los remedios. ¿Quién sabe si dentro de poco se inventarán tambien alimentos homeopáticos, y nos nutriremos con la virtualidad ó con la esencia eléctrica é imponderable de los pavos y de los jamones, en vez de nutrirnos del modo vulgar y grosero que ahora se usa? La frenología y el magnetismo han venido á mostrar las íntimas y misteriosas relaciones que median entre el espíritu y la carne, casi volatilizándolo á esta última. Tal vez no esté muy lejos el dichosísimo y gloriosísimo día en que lleguemos á volar y á ser ubíquos y compenetrables. ¿Qué gusto no será entonces para dos esposos que bien se quieran el poder reducirse, combinarse, aniquilarse é infundirse casi el uno en el otro, introduciéndose ámbos en una *bombonière*, ó hasta, si á mano viene, en una cáscara de avellana! La electro-biología es una ciencia que empieza ahora, y que aun tiene que dar mucho de sí.

Por todas estas consideraciones, y por otras que callo, á fin de no hacer prolija la digresion, tengo por cierto que nuestra edad antes peca por exceso de espiritualismo, que por otra cosa. Estamos acometidos de una enfermedad que puede y debe llamarse *pneumatosis*. Señal de ella es, entre otras mil, la aficion que tenemos á las mujeres entecas, flacas ó enfermizas, prefiriéndolas á las sanas y

robustas para heroínas de nuestros dramas y novelas y aun para damas de nuestros pensamientos y fuente de inspiracion de nuestra poesía *hospitalaria* ó *cadavérica*.

Y sin embargo, se me dirá, en este siglo tan espiritualista, se ama el dinero poco menos que sobre todo. Convengo en que hay este amor, pero no en que no le haya habido siempre, y quizás más vivo. No voy á disculparle ahora, pero sí á explicarle.

Al compás que una sociedad vaya siendo más perfecta y bien organizada, el dinero irá adquiriendo una virtud más significativa, (aproximándose á la infalibilidad), de que es inteligente, laborioso y precavido quien le posee. El dinero representará entonces el talento, el trabajo y otras muchas virtudes. El no tener dinero significará, casi equivaldrá á ser tonto, holgazan, ignorante y para poco. No hemos llegado aun, por desgracia, á este grado de perfeccion social, y hay aun muchas personas que adquieren mal el dinero. Mas, como al confesar que el mayor número le adquiere mal, aun dado que esto fuera cierto, sería ocasionado á gravísimos peligros, y daría pretexto á los pobres para odiar á los ricos, todas las personas razonables y amigas del orden y del sosiego públicos, debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, mientras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando á un lado la mala pasion de la envidia, el ser rico significa y tiene que significar que vale más quien lo es, en lo moral y en lo intelectual, que el que es pobre. En resolucion, el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen ó ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarían de ser tales virtudes: pero estas virtudes tienen su premio en ellas mismas. La virtud es tan preciosa que no hay cosa alguna en la tierra que pueda pagarla, salvo la satisfaccion interior de la conciencia. Por esto me ha parecido siempre ridículo todo

premio ofrecido á la virtud. Quien se pusiera á ser virtuoso para ganar el premio, no sería virtuoso.

Ni siquiera se suele ganar con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma ó por apocamiento, necedad ó cobardía: y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuirla á dichas calidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas, antiguos y modernos, la palabra *bondad*, apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *dabbenaggine* en italiano, *cuetheia* en griego, *bonhomie* en francés, etc., etc., etc. Pero como la virtud es y debe ser tambien superior á la vanagloria, el virtuoso no solo debe serlo aun á trueque de ser pobre, sino tambien á trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas diatribas y declamaciones contra los vicios, la corrupcion y el lujo, me han parecido siempre más propias de la envidia ó de la sandez que de un espíritu recto y juicioso.

Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobrememente, y tal bribon habita en un palacio y dá fiestas espléndidas: la mujer honrada anda á pié por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba vá con sedas y encages y joyas en un soberbio coche; cuando esto se dice, repito, yo no puedo menos de reirme en vez de conmovirme. Pues qué ¿se quiere que la probidad se pague con palacios, y la castidad con diamantes y trenes? Entonces los mayores pícaros se harían probos para vivir á lo príncipe, y las bribonas más impúdicas echarían la zancadilla á Lucrecia y á Susana, á fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda menos mal de lo que se cree.

Mucho tiene que sufrir la virtud, pero, si no tuviera que sufrir ¿sería virtud? ¿qué mérito tendría? Y sin duda que la piedra de toque en que se aquilata y contrasta el sufrimiento, es esta duda en que deja el virtuoso á los demás hombres, acerca de si su virtud es tontería, impo-

tencia ó amilanamiento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten á esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no lo tienen para pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen valor para vivir con poco dinero; mas no para que crean que ha faltado quien se le quiera dar. ¡Dios nos libre de esa gran tentacion de evitar la nota de mentecatos y para poco! ¡Dios libre á las mujeres honradas de esta gran tentacion de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas excelencias y sublimidades de nuestro ser, apenas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen solo á dicha medida. Ni la ciencia especulativa, ni la poesía más elevada, están por lo comun al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres, si lo son. Los pensamientos sublimes, y la delicadeza y el primor del estilo, son prendas que pocos saben estimar. La gloria es siempre tardía para este linage de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan á comprender lo que valen. Así es que su fama vá cundiendo y acrecentándose por autoridad, disputada y contradicha á menudo, y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta se suelen morir sin gozar de aquel respeto y aun adoracion que más tarde se tributa á su memoria.

El mismo sabio, y más aun el poeta, por excelente crítico que sea, no se pueden consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demás hombres desconocido ó negado. No saben á punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputacion que adquiere se debe á pocos sugetos entendidos que logran imponer su opinion, á veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demás hombres se someten á esta opinion por pereza, ó porque habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunde en honor de la patria ó de la humanidad toda, contribuye á que,

contenidos por cierto egoísmo, sean pocos los hombres que tiren á destruirla. Por lo demás, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, á Homero como al primer poeta épico, diez á lo más, en los países cultos, le han leído, y de estas diez, nueve se han aburrido ó dormido leyéndole; uno solo ha gustado acaso de aquellas bellezas y excelencias del estilo.

La poesía, pues, en su más elevada acepción, así como la virtud en su acepción más elevada, tiene solo la recompensa en ella misma; en la creación de lo ideal, en la fijación y depuración de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños y fugitiva en el mundo, y á quien el poeta aparta y sustrae de lo feo y dá una existencia inmortal, á fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Resulta de lo expuesto, y aun resultaría más claro, si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas á nuestro siglo, ni á los pasados, ni á los hombres de ahora, ni á los de entonces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y por lo tanto, aquel que le posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, enamoradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan también enamoradas del dinero, como medio excelente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos sublimes.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquiera persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventurarian por ella la vida, que le harían el sacrificio de la existencia. ¡Cuántos no salen al campo en duelo á muerte, por defender á un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaría por un amigo su caudal; ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro quemando vivo, en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la

humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje á las ondas embravecidas ó á las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizás ha rehusado algunos días antes dar una limosna de dos reales á la persona salvada ahora tan generosamente.

Vice versa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero que el de la vida misma. Y esto por mil razones muy justas. La vida se sacrifica ó se expone por cualquiera cosa; el dinero, no. No hay pelafustan que no tenga una vida que exponer como cualquiera otra; pero no todos tienen dinero que exponer ó sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquiera cosa, por un miserable jornal, por una mezquina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor, qué hizo más don Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos que lo que puede hacer y hace á cada instante, con menos estruendo, el último perdido, por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de don Suero.

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro como el rico. Así es, que los ricos suelen ser más amados que los pobres, aun por las mujeres desinteresadas. ¿Puedo acaso dar á una mujer pruebas tan evidentes y distinguidas de amor, aun dejándome matar por ella, como las que puede darle el Baron Rothschild, enviándole un magnífico regalo? Ya demostré que esto no es posible: luego no debería yo nunca acusar de interesada á la mujer que por el Baron Rothschild me dejase, aun suponiendo que yo tuviese más mérito intrínseco que mi poderoso rival.

El dinero se puede asimismo afirmar que dá mérito intrínseco, como el no tenerle le quita. El dinero dá buen humor á quien le tiene y le suele hacer urbano y bien criado. El pobre, por el

contrario, ó es tímido y encogido, ó anda siempre hecho una fiera. Cualquiera palabra en boca del rico es una gracia, por donde la misma confianza que tiene de que sus gracias van á ser reidas y aplaudidas, le dá ánimo é inspiración para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran hace que parezca gracioso, aunque no lo sea. Yo, por ejemplo, he oído en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí, ni para nadie, y sin embargo, me he reído como un bobo, me han hecho mucha gracia, y los he encontrado llenos de aticismo, en boca de dicho señor. Creo además, que en efecto lo estaban, porque yo no me movía á reírlos ni á celebrarlos, con falsa risa, ni por interés alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno que trae consigo el tener dinero, producen este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el día las amamos con más desinterés que nunca. Nunca, por ejemplo, ha habido menos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se exceptúa bajo la forma legítima y moral del *coburguismo*. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el *coburguismo* ilegítimo, desde Giro el joven con Epíasa, reina de Cilicia, señora es de creer que ya anciana, á quien aquel héroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la corte de Luis XIV y de Luis XV.

Lo que es el *coburguismo* femenino, legítimo ó ilegítimo, sigue hoy como hace un siglo, y como en las primeras edades del mundo; desde Raab y Dalila hasta Adela Courtoys. Este *coburguismo* es más disculpable, que el masculino. Lope de Vega le disculpaba diciendo:

No estaba pobre la feroz Lucrecia;
Que á darle don Tarquino mil reales,
Ella fuera más blanda y menos necia.

Y Ariosto, con la leyenda *El perro precioso* inserta en el *Orlando*, le disculpa mucho más. Yo no le disculpo, pero le excuso, aunque no sea más que por el

desinteresado amor y la admiración sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, aun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conoecedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando á Lorenzo el Magnífico y á Mecenas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Hérodes Atico; y hace otros cien mil beneficios, por donde viene á ser amado, admirado y reverenciado.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del orden antes de ser rico, luego que lo es, el mismo interés le presta por lo menos una moralidad y una religiosidad aparentes, que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho, que no debemos lamentar ni achacar á corrupción de nuestro siglo, ni á perversidad del linaje humano, este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la tierra, si no ama el dinero que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo, se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, la palanca de Arquímedes que mueve el mundo moral, el fundamento de casi toda la poesía, y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian, esto es, que aparentan despreciar el dinero, lo hacen por despecho y envidia; imitan á la zorra diciendo: *no están maduras*. Los que desprecian realmente el dinero, ó son locos, ó santos; son Diógenes ó San Francisco de Asís.

No hay nada en este mundo sublimar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae, ó son fantásticos, ó son comunes á toda vida humana, ó se van allanando y disipando con la cultura.

Era antes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de continuo el acaudalado, en los siglos bárbaros, como no ocultase mucho sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menes-

ter ser tirano, ó señor de horca y cuchillo, ó algo por el mismo orden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente vá desapareciendo ya casi del todo.

Otro inconveniente que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos, es fantástico y absurdo: consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Tan necio es atormentarse porque quieren á uno por el dinero, como atormentarse porque quieren á uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruido, etc.; calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero, que se deben al dinero en más ó menos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid en lo esencial, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, cualquiera linda dama podría aun tener el capricho de enamorarse de mí, sin que nadie lo censurase; pero, si del mozo de cordel se enamoraba, todo el mundo tendría esta pasión por una locura ó por una extravagancia. Luego, en último resultado; lo que mueve á amar, á no ser extravagantisimo el amor, es el dinero, ó algo que representa dinero, ó que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme, no es más que dinero.

Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona, es la autoridad y respetabilidad que dá á quien le tiene, y la justa confianza que quien le tiene inspira, aunque haya hecho mil picardías para adquirirle. Con esto sucede, por lo comun, á la generalidad de los hombres, lo que á muchas madres discretas que tratan de casar á sus hijas, y buscan novio que la haya corrido ya, como vulgarmente se dice, á fin de que no la corra despues de casado. Así nosotros, ya como particulares, ya como hombres políticos, buscamos, ó preferimos, para que administre la hacienda, á quienes la tienen propia, en

grande, aunque la hayan adquirido á nuestra costa. Suelen ser estos los administradores más seguros, y como expertos en ciertas artes, saben mejor que los inocentes evitar que los ejerzan sus subordinados.

Cuenta el poeta Heine, en confirmacion de esta doctrina, que, en tiempo del rey Rhampsenit, hubo en Egipto un ladron tan hábil que robó los tesoros de S. M., á pesar de los guardianes armados y de los mil cerrojos, candados, puertas de hierro, muros y fosos, que los defendian. La princesa, hija del rey, que sabía de mágia, formó mil conjuros y se quedó en la gran sala de los tesoros, á fin de sorprender al ladron, y de hacer que le prendiesen. Pero el ladron, que acudió en efecto otra vez, lejos de dejarse sorprender y prender, robó de nuevo los tesoros é hizo á la princesa una pesada burla. Encantado y maravillado el rey de tan rara habilidad, y teniendo al ladron por hombre extraordinario y de notable mérito, le quiso para yerno, y lo anunció así, á son de clarines y por pregon público, rogándole que se presentase. El ladron, fiado en el salvo-conducto, se presentó al rey, y éste cumplió religiosamente su palabra. Por muerte de Rhampsenit sin hijos varones, subió al trono su yerno, y, dicen los historiadores de aquella época, esto es, los geroglíficos y cartuchos de las momias, que fué un modelo de reyes, gran protector del comercio y de las bellas artes. Durante su largo y glorioso reinado, nadie robó ni una hilacha en todo Egipto.

Ocurrió este suceso (la fecha del salvo-conducto de Rhampsenit) mil trescientos veinte y cuatro años antes del nacimiento de nuestro Divino Redentor. No digo yo que ocurran casos tan extraños en nuestros dias; pero siempre puede tener alguna aplicacion lo que de la historia se deduce. De otra suerte la historia no serviría para nada.

J. VALERA.

Cuestion de Criadas.

I.

Doña Anacleta es una señora muy puesta en sus puntos, que se precia de curiosa, y lo es más de lo que á la vecindad le conviniera.

Su constante afán, su continua queja, es la de que no encuentra una criada capaz de llevar el peso de su casa, y su casa pesa más de lo que pudieran soportar unas fuerzas regulares.

Figúrense ustedes que doña Anacleta es una señora de cuarenta años, casada con un alto empleado, hoy cesante por mas señas, que tiene siete hijos parvulitos, y dos niñas.

Doña Anacleta, en atencion á las presentes circunstancias, que son las de no tener un cuarto, ha reducido hasta un punto inverosímil el personal de su servicio doméstico, y cuando antes tenia cocinera, doncella, costurera, y otra fámula para el tráfigo menudo de la casa, hoy aspira nada menos que á encontrar una sirvienta que, reasumiendo en sí todos los cargos mencionados, aunque con los emolumentos de uno solo, desempeñe todos los referidos y múltiples quehaceres del hogar.

Hace cinco meses que introdujo esta reforma económica en su casa, y en este espacio de tiempo ha agotado el repertorio de todas las Agencias de sirvientes establecidas.

Hoy se ha dedicado á recibir aspirantat: veamos cómo se compone con las que se le presentan.

II.

—Dios guarde á su Excelencia, señora.

—Deje V. el tratamiento. Con que me diga V. S., hay bastante. ¿V. busca casa donde servir?

—Ay! mire V. S., si señora. Yo soy una pobre, aunque V. S. perdone.... y como las cosas están así, pues....

—No hay por qué perdonar. Con que si á V. le conviene, yo también busco criada, y si nos ajustamos....

—Por mí no hay inconveniente. V. ó su *mercé* me dirá las condiciones.

—V. ha estado de doncella en alguna casa?

—Sí, señora, pero fué por muy poco

tiempo, y lo dejé para dedicarme á la cocina....

—Mejor, con eso sabrá V, aunque no sea más que un poco de cada cosa.

—Eso es; yo pico en todo, pero principalmente en la cocina.

—¿Y qué sabe V. de extraordinario?

—Diré á su merced.

—Usia....

—Bien, diré á V. S.... Yo he estado guisando en una posada, y lo que es un arroz y un pimenton, y unas patatas con sales, y....

—Aquí no habrá necesidad de esas cosas. ¿Sabe V. poner un asado y hacer unas cocretas?

—Asados, sí señora; he asado muchos pimientos de la Rioja; pero tocante á las *coquetas*, no conozco más que á mis señoritas, las hijas de doña Margarita, donde yo estuve sirviendo el mes pasado, que todos los señoritos que iban allí, las llamaban de este modo.

—¿Y cuánto quiere V. ganar? porque me parece que no está V. muy fuerte en el arte culinario....

—Yo no sé lo que es el *colinario*, pero si es algun plato de gusto, en tomándole el tanteo, vamos.... es al decir, en viendo yo que vea cómo se aliña, pronto lo aprendo; y *respítive* á mi salario, son seis duros *mensuales al mes*.

—Puede V. buscar otra casa. No me acomoda.

—Pues no se ha perdido *naá*... Con que *cayga salú*.

III.

—¿Es cierto que buscaba V. una doncella? pregunta entrando una mujer anciana, acompañando á una joven, de la que parece madre.

—Sí, señora, he estado buscando una mucho tiempo; pero lo que ahora busco es una mujer que sirva para todo.

—Ay, pues entonces mi hija no es de esas. Precisamente se ha salido de la casa donde estaba, porque una vez la mandaron ir á comprar unas patatas.

—Pues, hija, la que entra en mi casa ha de ser para todo; para guisar, coser, planchar, la compra y los recados....

—También se avendría, segun fuera el salario, y la familia que haya en esta casa.

—Lo que es mi familia no es gran cosa; yo y mi esposo, que apenas para en casa; siete niños, que los pobrecitos no re-

chistan; y dos niñas que no dan que hacer á nadie; porque ellas se visten solas y se cosen y se peinan.

—Pues para esa familia y esos quehaceres me parece que ocho duros es bien poco.

—Tres le he estado dando á la que se me ha ido ayer, no por ningun disgusto, sino porque iba á casarse.

—No hacemos nada. Que V. lo pase bien. ¡Pues vaya unas conveniencias que buscan estas señoras!

IV.

—Aunque V. disimule, ¿es aquí donde se busca una *entranta y salienta*?

—Lo que se busca aquí es una criada.

—Bueno, ¿qué mas dá?... Quiere decir que si yo le gusto á V., y V. lo hace bien conmigo, porque yo, eso sí, soy muy amiga de dar gusto á las señoras... pero en cuanto me faltan *tanto así*...

—Pero bien, veamos ¿qué es lo que sabe V. hacer?

—Toma.... pues todo lo que se hace en una casa: el almuerzo, la comida.... y aunque se ofrezca la cena y algun extraordinario, yo tampoco me hago atrás, y no soy como otras, delicada de paladar ni melindrosa; y aunque un día no haya principio, con tal de que el cocido sea bueno y abundante, y no me detengan el salario, porque al fin... ¿a qué está una?... Y luego, que el servir no es hacer ninguna escritura, y el día que V. no me dé gusto, si en otra parte me dan más.... aquí falta una, digo yo, y me pongo en la del rey; porque yo, aunque me esté mal el decirlo, soy muy clara, y más vale una vez *colorá* que ciento amarilla.

—Aunque creo que no nos vamos á ajustar ¿cuánto quiere V. ganar al mes?

—Por eso no hemos de reñir. Quiere decir que desde hoy nos *encomenzamos* á observar, y siendo su *mercé* una señora *regular*, como, sin agraviar á nadie, parece que lo es, sobre cincuenta ó sesenta reales mas ó menos, ya nos pondremos en lo que sea razon.... Con que yo tengo un manton empeñado en treinta reales, y no puedo entrar en casa de V. sin sacarlo, porque para ir por las mañanas á la compra...

—¿Sabe V. lo que he pensado?...

—¿Qué?...

—Que puede V. buscar en otra parte su acomodo.

V.

—Buenos dias, señora; en la portería me han dicho que V. buscaba una *asistentita*.

—No es eso precisamente; lo que yo quiero es una criada para la casa, y para la calle, y para todo lo que ocurra; que entienda de cocina, plancha y costura, y en fin, que sea para todo, y gane poco, y no salga más que de quince en quince dias.

—Pues entonces haga V. cuenta que ha encontrado lo que buscaba. Yo sé de todo eso, y fuera de las cosas que hay que comprar, nunca salgo á la calle....

—¿De veras?... ¡Pues es una fortuna el haber encontrado esta mujer!

—Como su *mercé* lo oye. Yo no salgo los domingos ni los dias de fiesta más que á misa. Pero ha de saber V. que tengo un hermano que es tambor de un regimiento, y un primo artillero, y un paisano cazador... y... ya se vé, como no salgo, los *probes* tienen que venir á verme. Así es, que al tambor lo recibiré por la mañana muy *tremprano*, antes de que se levante su *mercé*; al artillero á la caída de la tarde, despues de comer, mientras friego la loza, y al cazador por la noche, interin su *mercé* vaya al *treatro* ó á visitar las *relaciones de sus amigas*... ¿Qué le parece á su *mercé*?

—Bien, perfectamente: me ha parecido muy bien esa proposicion *que tan bien me ha parecido*. Por lo tanto, ahora mismo se vá V., y cuando trate de convertir mi casa en un cuartel, ó ponerla en pié de guerra... entonces ya le pasaré recado.

LA AMISTAD.

Cerca plantados, en union cubriendo El alto muro con sus ramas bellas, Puro jazmin y plácido heliotropo De extendido vergel ornato eran.

Altos se hallaban, mas de pronto el bóreas Sus tallos azotó con saña fiera, Arrojados se vieron de su asiento, Cayendo entrambos sin vigor en tierra.

En tan duro peligro al contemplarse, De su antigua amistad dándose pruebas, Mútuo auxilio se brindan cariñosos, Y en dulce abrazo con amor se estrechan.

Unen sus tallos, su poder recobran, Entrelazado su ramaje elevan, Y tal firmeza por su bien alcanzan Que yá del bóreas el furor desprecian.

El áura precursora del estio Aun más frondosos los miró á su vuelta, Más regalado aroma halló en sus flores, Y en sus tallos más gracia y gentileza.

—¿Qué mucho, oh amistad, dice al mirarlos, "Que en tí el humano su ventura vea, "Si hasta las plantas con amor te acogen "Y amparo y vida con tu influjo encuentran?"

"Tú alivias el dolor de los que sufren, "De los dichosos la ventura aumentas, "Tú eres el bien más alto de la vida: "Sacrosanta amistad, ¡bendita seas!"

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

SEMEJANZAS.

¿En qué se parece un pollo relamido á un pollino?

En que *carga*.

¿En qué se parece un tabernero al cura?

En que *bautiza*.

¿En qué se parece el día de tu santo á un estudiante?

En que *es-tu-dia*.

¿En qué se parecen un hombre de talento y un calvo?

En que no *tienen pelo* (de tonto).

¿En qué se parece una llave á un cortijo?

En que *tiene guarda*.

¿En qué se parece un libro á una flor?

En las *hojas*.

¿En qué se parecen los barcos que vienen de Rota á algunos colegiales por Junio?

En que *llevan calabazas*.

¿En qué se parece un escribano á un ave de rapiña?

En que es animal (racional) de *pluma*.

¿En qué se parecen los trages de las jóvenes, al final de un baile, á uno muy risueño?

En que *se rien*.

¿En qué se parece tu rostro á una prenda muy rica?

En que es *cara*.

¿En qué se parecen los trages de hoy á los pajaritos que se les enseña á los niños en el techo?

En que no tienen *cola*.

¿En qué se parece un tiñoso á un primo que te convida al café?

En que *se rasca* (el bolsillo).

¿En qué se parece un huevo al sol?

En que *se pone*.

¿En qué se parece una señora muy fina á una botella de Champagne?

En que gasta *etiqueta*.

¿En qué se parecen un cuchillo sin uso y tres botellas de vino de Jerez ante algunos amigos?

En que *se toman* que es un gusto.

¿En qué se parece el dinero que me deben algunos tramposos al castillo de *Chuchurumbé*?

En que mientras más se mira (por cobrarlo) menos *se vé*.

¿En qué se parecen los cigarrones á las mesas de caoba cuando hace Levante?

En que *saltan*.

¿Y en qué se parecen las cigarras á los cigarros?

En todo menos en que estos pagan derechos y aquellas no.

¿En qué se parecen un gorrón y un niño de teta?

En que *chupan*.

¿En qué se parecen los ricos á la luna?

En que tienen *cuartos*.

¿En qué se parece Pedro á Blas?

En lo que se parece Blas á Pedro.

Y por último ¿en qué se parece el que ha escrito estas semejanzas á el que las está leyendo?

Probablemente en nada, como no sea en el blanco de los ojos. ¡Qué talentazo tengo!

LA MADRE INJUSTA.

CUENTO ÁRABE.

Habia en un pueblecillo cerca del desierto una familia, á la que todos respetaban porque era buena y honrada en apariencia. Se componia de tres hijas, un padre anciano, pero fuerte, y una madre anciana tambien, pero enérgica y hermosa todavia.

Las tres niñas eran tres ramos de flores.

Las tres tenian sus amantes y los querian como á las niñas de sus ojos.

Se casó la primera, y su marido, que pertenecía á una tribu nómada, levantó

un día su tienda y no se volvió á tener noticia de si estaba vivo ó muerto.

Su madre dijo á la recién casada:—no quiero saber de tí, porque has hecho mal matrimonio. Y la hija empezó á llorar y luego enfermó, y un día quedó muerta de cansancio en la mitad de un camino solitario; y como los cuervos aman las materias putrefactas, se cernieron sobre su cadáver y lo devoraron á su placer.

Corrió la noticia de boca en boca, y todas las tribus, al pasar por la puerta de la casa en que vivía la familia honrada y virtuosa en apariencia, murmuraban algunas palabras y maldecían á la madre.

El espíritu protector de los árabes se encargó de la venganza y fué á buscar al marido.

Habian trascurrido muchos meses, y una tarde á la puesta del sol venia el árabe por un sendero, y apenas podia dar un paso porque traía sobre sus espaldas un saco de enorme peso.

Tomó el espíritu las formas de un peregrino, y adelantándose hácia el pobre caminante, muy en breve trabó conversacion con él.

—¿A dónde vá mi hermano, el hijo del hombre, que está sudando y parece que siente algunas tristezas en su corazón?

—Voy en busca de mi esposa y quiero verla; he estado ausente mucho tiempo. Hace cuatro días que traigo sobre mis espaldas este saco lleno de oro, y pienso que mi honrada familia se regocijará cuando me vea de nuevo. Este regalo que la llevo la contentará, porque es pobre y yo sé que la riqueza es lo que más agradecen los desamparados de la fortuna.

Refirióle entonces el espíritu la historia que habia oido contar en todas partes, de un mal marido que habia abandonado á su esposa, cuyo paradero se ignoraba; díjole los nombres de estos héroes que ya andaban en boga en las canciones de los poetas, y acabó por informarse de la conducta de la suegra que habia castigado en la hija de sus entrañas el error y las faltas que habia cometido el marido.

El marido se afijió en extremo y dejó

el saco de oro en tierra, murmurando entre dientes:—¿para qué quiero yo grandes tesoros, si ya está entre las nubes el alma aquella á quien idolatro?

Pasaron los años, y sin embargo la murmuracion de los transeuntes seguia siendo cada vez más encarnizada contra la mala madre.

Los amantes de las dos hermanas restantes habian desaparecido porque dijeron entre sí: "más vale llorar una hora, que toda la vida. El ejemplo es útil: lo que sucedió al primero sucederá á los segundos: íbamos á tener un enemigo y no una madre, y así nada más conveniente que la separacion á tiempo."

"Además, ¿quién nos asegura que podríamos tener buenas esposas? Lo mismo que se heredan los bienes se pueden heredar los malos sentimientos, y en este caso íbamos á perpetuar el desorden hasta la última generacion."

Las dos jóvenes quedaron solteras, el padre anciano murió, y un día salió la madre injusta á pedir socorros porque no tenia con qué atender á sus principales necesidades.

—Anda, anda! exclamaban todos, como dijo el Hijo del Dios de los cristianos al judío cruel que se negó á prestarle ayuda en su trance fatal. ¡Anda, anda! que así como castigaste en tu primogénita unas faltas que no eran tuyas, te estaba reservado pedir como ella te pidió y no recibir ni una gota de agua cuando tengas sed, ni una luz cuando sea de noche, ni un lecho cuando quieras reposar, ni una tumba cuando debas morir.

Murieron todos, las dos hijas en la miseria, el marido en brazos de sus amigos, y la madre en mitad de un camino solitario para que su cuerpo sirviese de alimento á los cuervos hambrientos.

El espíritu entonces entró en la mente de los hombres, y guardó allí esta triste historia para que la tradicion ejerciese la venganza y todas las madres tendiesen la mano á la hija que cayese en desgracia.

ANÉCDOTAS.

¡Dicen que los andaluces exageran!—Pues no eran andaluces dos comerciantes que sos-

tenian la otra mañana el siguiente diálogo:

—Hace usted muchos negocios?

—Muchísimos.

—A qué llama usted muchísimos?

—Hombre, para dar á usted una idea de nuestra correspondencia, sepa usted que mi casa gasta quinientos mil pesos al año en tinta.

—¿Y eso qué es? En la miase economizan mil pesos anuales solamente con dejar de poner los puntos sobre las *ies*.

Un tesoro tenia en la pierna una llaga que le molestaba mucho y le hacia sufrir horribles dolores, pero sin quejarse; tanto, que admirado el cirujano de su valor, le dijo:

—Estoy asombrado, señor, de que usted no se queje de tan acerbos dolores como es preciso padezca.

El tesoro contestó:

—Todos los días estoy diciendo ¡no hay! ¡no hay! y siempre tengo la casa llena de gente. Dígame usted, amigo mio, si por casualidad se me escapase un ¡ay! ¿qué sería?

BUENA SALIDA.—El Califa Hagiages, terror de sus pueblos y horror del género humano, acostumbraba viajar de incógnito recorriendo los pueblos de su imperio sin acompañamiento ni distintivos.

Un día encontró á un árabe, trabó conversacion con él y le dijo:

—Hola amigo, yo quisiera me dijeseis quién es ese Hagiages de quien tanto se habla.

—Hagiages, respondió el árabe, no es un hombre, es un tigre, un monstruo.

—Qué se le puede echar en cara?

—Todos los crímenes posibles.

—Y tú ¿le has visto alguna vez?

—Nunca.

—Pues bien, levanta la vista, dijo el Sultan, soy yo.

El árabe, sin sorprenderse, le miró fijamente y dijo:

—Y vos ¿sabeis quién soy yo?

—No lo sé.

—Pues bien, yo soy de la familia de Zohair, en la que cada uno de sus individuos se vuelve loco un día del año. Mi día es hoy.

Hagiages se sonrió al escuchar una excusa tan ingeniosa y le perdonó sin dificultad.

VUELVE POR OTRA.—Un cierto Pacuvio, que intentaba pedir algun dinero á Augusto, usó de esta estratagemá:

—Señor, le dijo, corren voces de que me habeis dado una crecida gratificacion. Todos me dan la enhorabuena; apenas hay quien no hable de ello.

—Déjalos hablar, le repuso Augusto; no saben lo que se dicen.

Presentóse uno al célebre ladron Cartucho para que lo admitiese en la banda, y habiéndole preguntado el jefe qué profesion habia tenido, contestó:

—He estado dos años al lado de un escribano....

—Basta, le interrumpió Cartucho: todo ese tiempo se te contará como si hubieses estado á mi servicio en el monte.

Éranse un médico y un enfermo.

Y decia el médico.

—¿Le han puesto á usted las cantáridas á las ocho en punto de la noche?

—Sí, señor, en punto á las ocho.

—Perfectamente: ¿y bebió usted á las doce el jarabe?

—A las doce en punto.

—Muy bien: y á las tres de la mañana le han puesto á usted las sanguijuelas?

—En punto á las tres.

—Famelo! Todo vá al reloj! Ahora si usted se muere será en regla.

¡Nada! á la orilla del mar,—exclamaba un estudiante,—y pasado un corto instante—¡nada! volvia á gritar.—Corrió la gente asustada—creyendo en peligro á alguno,—¿qué es? preguntaron, y el tuno—contestó tranquilo:—Nada.

Durante una horrible tempestad en el mar, el capitán de un buque dijo á los pasajeros que arrojasen al agua, todos aquellos objetos de más peso que tuviesen y los que más les estorbasen.

—Allá vá mi suegra, exclamó uno de los viajeros.

Un caballero, propietario rico, tuvo que hacer un viaje largo, y dejó á un amigo suyo un poder bastante lato para que administrara sus intereses en su ausencia.

El amigo se fué á ver á un procurador, y le dijo:

—Diga usted, aunque usted dispense y aunque sea mal preguntarlo: con este poder, ¿puedo hacer lo que yo quiera?

—Sí, señor.

—Pues mire usted, he pensado hacer el testamento de mi amigo dejándome por heredero universal.

Un estudiante decia á otro:

—Chico, estoy completamente tronado; creo que voy á concluir el curso en S. Bernardino....

—Pero, hombre, tú tenias algunas alhajas?

—Ah! sí, amigo mio, pero mis alhajas se ven ya como lo reservado del Retiro, con paqueta.

Una conocida literata envió al doctor N. un manuscrito, y con él una carta que decia:

«Remito á la censura de usted el adjunto

poema; me urge saber su opinion, porque estoy inspirada; y puede decirse que, para cambiar, si es necesario la forma, tengo las tenazas al fuego.»

El doctor contestó: —Mi opinion, señora, es que ponga usted el poema en donde tiene las tenazas.

Llegó á un pueblo una compañía de cómicos de la legua. La primera funcion que dió fué la conocida comedia «Diego Corrientes, ó el bandido generoso.»

Al anunciarlo en el cartel se decía: «Los papeles de bandidos los harán algunos aficionados de este pueblo.»

Luis XIV escuchaba cierto dia una arenga algo pesada, y creyendo agradarle uno de los cortesanos que le acompañaban, interrumpió al orador preguntándole: —¿Qué precio tienen los asnos en vuestro pais? El orador le contestó mirándole desde los pies á la cabeza. —Cuando son de vuestro pelo y de vuestra alzada, valen diez escudos: y continuó su arenga como si tal cosa.

Viendo una tienda de vinos un soldado que pasaba con varios camaradas suyos, les dijo: esperadme un instante, que voy á dar una leccion de doctrina á esa tabernera. Entró en la tienda y dijo á la mujer que despachaba: —Buenos dias, abuela, vengo á enseñarle á usted la doctrina cristiana. —Hijo, hace muchos años que la sé y no necesito de que venga á enseñármela. —No importa: écheme usted un cuarto de aguardiente y hablaremos. El soldado bebió y se salía sin pagar, mientras le decía la tabernera. —Hijo, ¿y el cuarto? ¿y el cuarto? —Tomal el cuarto, honrar padre y madre: y le volvió la espalda.

Un rico holandés del Brasil vió llegar á una hija suya casada, la cual se le quejó amargamente de un bofetón que la habia pegado su marido, y queria obligarle á que tomase venganza contra este. El cachazudo holandés meditó largo rato y luego dijo: «ese tunante me ha ofendido, pegando una bofetada á mi hija: no sé qué partido tomar.» Pero de pronto alzó la mano y sacudió á su hija una bofetada, que la hizo ver estrellas, y muy contento añadió: —Ya debes estar satisfecha, pues si tu marido le ha pegado un bofetón á mi hija, yo se lo he devuelto á su mujer. Si otro dia te ofende, ven á decírmelo.

Un soldado borracho, disputando con su cabo, le perdió el respeto diciéndole: —«Calla, que tú no eres hombre.» —Yo te probaré lo contrario, respondió el cabo. —Es imposible, replicó el soldado; y si no, mira, el mayor cuando distribuye las guardias, siempre dice: á tal puesto seis hombres y un cabo; con que ya ves que los cabos no son hombres.

Un viajero que pasaba por un pueblo inmediato á las orillas del Ródano vió una tabla colocada en un poste de veinte pies de altura con un letrero que decía: «Hasta esta linea llegó el nivel de las aguas en la inundacion de 1865.»

—¿Es posible! dijo el viajero hablando con su guia. Pues entonces toda la villa quedaria anegada: habria infinitos desastres, y...

—Yo le diré á usted, respondió interrumpiéndole el indigena; las aguas no subieron tan arriba, y ese rótulo estaba antes á una vara del suelo: pero viendo el señor alcalde que los muchachos se divertían en ensuciar la tabla pintando monos en ella, mandó que la pusieran en un palo más alto.

DECIA UN ANDALUZ. —Para ser un buen poeta no hay cosa mejor que tener hambre.

—Niego la consecuencia, le contestó un cesante; si eso fuera cierto yo deberia ser otro Espronceda.

ESTADÍSTICA EXACTA. —Un aficionado á la estadística imaginaria ha dividido de este modo las ciencias y las artes, bajo el punto de vista glorioso y pecuniario.

Ciencias que dan pan y gloria: la jurisprudencia, la medicina y la cirugía.

Gloria sin pan: la poesia, la literatura y las ciencias exactas.

Pan sin gloria: la anatomía, la economía y la aritmética.

Ni pan ni gloria: la metafísica, la lógica y la crítica.

Bellas artes que dan pan y gloria: la música y el baile.

Gloria sin pan: la pintura y la escultura.

Pan sin gloria: la arquitectura civil.

Ni pan ni gloria: el grabado.

—Compadrito, decía un borracho á otro que no lo estaba menos, dos mozos guapos hay en Cal, osté es el uno y el otro ¿quién es? —¿Quién á é sé, osté, mi alma.

Un hablador vino á contar á cierto sugeto á quien apenas conocia, un secreto de grande importancia y le encargó que no lo dijese. —«No tenga usted cuidado, le respondió este, pues seré tan callado como usted mismo.»

Un gallego recién llegado de la tierra, por nombre Bartolo, veía que todos le llamaban, en la casa donde servía, Bartolomé.

Al cabo de algun tiempo, escribió á un amigo suyo y compañero de infancia, firmando la carta, Bartolomé.

A vuelta de correo, recibió la contestacion de su amigo, que á leguas se conocia debía hallarse rabiando con él, por la siguiente conclusion: «Si porque estás en la corte, te firmas Bartolomé, eu, manque estoy en Jallicia, me firmo Dumingamé.»

Hay menos ingratos que descontentos, porque hay más pretendientes que empleos. Acababa de vacar un destino de importancia, y se presentaron once personas á pretenderlo. Dijo uno al ministro que lo habia de dar. «Vais á hacer feliz á un hombre.» —«No digais tal, respondió el ministro: voy á hacer un hombre ingrato, y dejar á diez descontentos.»

Pablo Rutilio se obstinaba en negar una peticion á pesar de las instancias de un amigo suyo. Irritado este le dijo: ¿De qué me sirve tu amistad, si no haces lo que te pido? —«De qué me sirve la tuya, contestó Rutilio, si me obligas á hacer lo que no debo?»

La muger de un molinero se cayó al rio; el marido, así que lo supo, echó un cigarro, encendió un fósforo, dió una chupada y se marchó rio arriba.

—¿Eh! ¡molinero! le gritó uno, ¿quiere usted salvar á su muger?

—Pues no he de querer, hombre? á eso voy.

—Pues búsquela usted rio abajo, que el agua ha debido llevarla en esa direccion.

—¿Rio abajo? ¡Quiá! mi muger tenia un génio de mil demonios, y solo por llevar la contraria al agua, se habrá ido por el rio arriba.

ERA ANDALUZ. —Pasando Luis XV, rey de Francia, por delante de los granaderos de su guardia, dijo al embajador inglés que le acompañaba:

—Ved los hombres más bizarros de mi reino; no hay uno solo que no se halle acribillado de heridas.

—Señor, repuso el embajador: ¿qué opina V. M. de los que los han herido?

—Todos murieron, contestó un granadero.

BUEN TIRADOR. —Habíanse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó á uno de ellos, muy torpe, hacer la puntería, y al verle otro fué á sentarse en el blanco.

—¿Qué hacéis? exclamaron los demás observando su movimiento.

—Nada, señores, tranquilícense ustedes; tirando este amigo, en ninguna parte estoy más seguro que aquí.

Siendo D. Juan de Austria capitán general y gobernador de las armas españolas que estaban sobre Barcelona en tiempo de la sublevacion de Cataluña, congregó junta en la capitanía de todos los gefes de mar y tierra para discutir el medio de estorbar el socorro que prevenían los franceses. Hubo diferentes pareceres; y oídos, dijo D. Enrique de Benavides, general de las galeras de Sicilia:

—Lo más seguro, señor, es entrarse en sus puertos y apresarles ó quemarles las embar-

cacionés.

—¿Y se atreverá V. S. á hacerlo así? dijo S. A.

—Si me he atrevido, señor, á decirlo, que es lo más, ¿no me he de atrever á ejecutarlo?

—Diósele órden, y cumplióla con tal dicha, que dentro del surgidero de Tolon saqueó y quemó con sus galeras setenta embarcaciones francesas cargadas de viveres.

—Cierta señorita queria aparentar instruccion, repitiendo en sociedad las frases de aquellas personas á quienes juzgaba de más talento y saber.

Un amigo de la casa, de vuelta de un viaje, se presentó á visitar á la familia de la tal señorita.

—¿Cómo estaba el camino? le preguntó esta.

—Malo, muy malo, intransitable, contestó el viajero.

Pocos dias despues la jóven cayó enferma, haciendo llamar al facultativo.

—¿Cómo está usted? le preguntó este. Y la jóven respondió sin vacilar:

—Mala, muy mala, «intransitable.»

Un escritor francés aguardaba el 15 de Agosto la cruz de la Legion de Honor.

El 16 lee con avidez el Monitor.

Su muger que le observa, al verle pali-

decer,

¿Qué tienes? le pregunta. —Esto es horrible.... Esperaba encontrar en el periódico mi condecoracion, y no viene....

—Mira, vé á reclamarla, porque el portero tiene la costumbre de leer el periódico antes de subirle, y puede ser muy bien que el tunante se haya quedado con ella.

Dos NIÑOS. —Teniendo ya más de ochenta años el cardenal D. Pedro Gonzalez, un criado suyo de la misma edad le pidió un empleo que estaba vacante.

—Lo he provisto ya, respondió el cardenal, pero cuenta seguro el primero que vaque.

—Señor, respondió el criado, ¿qué puede vacar antes que vuestra eminencia y yo?

Un marinero contaba á un compañero suyo las hazañas de su padre y daba principio al cuento con estas palabras:

—Mi padre es el hombre que más ruido ha metido en el mundo.

—¿Hombre! le decía el otro con un palmo de boca abierta. ¿Pues qué ha sido tu padre?

—¿Mi padre! mi padre fué cincuenta años tambor!!!

FILÓSOFO. —Un insolente dió á Sócrates un

puntapié, y el filósofo sufrió con paciencia el ultraje. Echáronle en cara su insensibilidad, y dijo:

—¿Qué queráis que hiciese?
Citar á ese hombre en justicia, le replicaron, y pedirle satisfacción del insulto.

—Con que según eso, preguntó Sócrates, ¿si un mulo al pasar me diese una coz, tendría también que citarlo en justicia?

AGUDEZA.—Alfonso, rey de Castilla, dió audiencia á un caballero que le dijo:

—Señor, tengo un acreedor desapiadado, que no se cansa de perseguirme, por más que diariamente lo contento; me ha arruinado, y continúa atormentándome; dadme, señor, medios para satisfacerlo.

Preguntóle el rey quién era el acreedor, y él respondió:

—Señor, es mi vientre.
Gustóle al rey la agudeza, y lo recompensó magníficamente.

BIEN DICHO.—Gobernando á Cataluña el duque de San German, vacó en uno de los tercios de infantería española la sargentía mayor, y para su provision interpuso su influjo el maestro de campo general para que se le diese á un recomendado suyo de pocos servicios.

—No puedo quitársela al capitán más antiguo, dijo el duque, haciendo veinte años que milita en estos ejércitos.

—Ah! señor, replicó el maestro, repare V. E. que es hombre cobarde.

Conoció el duque que hablaba el desafecto más que la verdad, y dijo:

—Eso mismo me obliga á dársela, porque no hay con qué premiar al que ha sabido resistir veinte años el miedo.

HISTÓRICO.—Llamaron á un médico célebre una noche del mes pasado para que visitase á una señorita enferma. Entró por equivocacion en el cuarto de la hermana de la paciente, y como la encontró en cama, le tomó el pulso y ordenó una sangría.

Al salir se encontró con el ama de llaves, y le dijo:

—La señorita se halla bastante desazonada.

—Mire usted que se engaña, replicó el ama, porque la enferma es la otra hermana.

—¿Por qué no me lo dijo usted? repuso el médico; yo estaba distraído y no es tan fácil como usted cree el conocer si los demás están buenos ó malos.

AGUDEZA.—El príncipe de Conti, guerrero valiente, convidó á comer á un abate, y este por olvido dejó de asistir al convite, de cuyas resultas un amigo le dijo que el príncipe estaba incomodado. Deseoso el abate de sincerarse y obtener el perdón de su falta, pidió una audiencia; y en cuanto lo vió S. A.

le volvió la espalda sin dirigirle la palabra.

—¿Ah, señor! exclamó el abate, estoy penetrado de gratitud. Me habian dicho que V. A. estaba incomodado conmigo y veo lo contrario.

—¿Cómo? dijo el príncipe; ¿en qué?

—V. A. me vuelve la espalda, y no acostumbra hacer eso delante de sus enemigos.

El príncipe volvió la cara sonriendo, y dió la mano afectuosamente al abate.

Las Vocaciones.

Es muy raro que se entre con pié firme en la carrera que se debe seguir: la vida está llena de estorbos para caminar; muchas veces se vé un fin, al que parece muy fácil llegar; pero ¡ay! es lo más probable dar la vuelta á él mil veces y no alcanzarle jamás.

¿En qué consiste la aversion que tiene el destino á la línea recta?

Hay quien pasa su vida entre las sombras de una humilde existencia, y que, colocado sobre el pedestal más pequeño, hubiera sido un grande hombre: en tanto que otros no aparecen en evidencia más que para mostrar su ridículo.

—¡Yo habia nacido para ser artista! me ha dicho algunas veces mi portera.

Lepeintre hizo su carrera como actor, ayudado precisamente por todo lo que al parecer debía obstruirle el camino: era grueso, pequeño, feo, y hablaba de una manera ridícula: sus triunfos fueron siempre debidos al exceso de sus defectos.

El drama imaginado no iguala frecuentemente al drama real de la existencia: sucede casi siempre que se gastan las fuerzas en vencer los obstáculos, antes de entrar en la liza: al empezar ya no resta nada: ¡nada más que la seguridad del naufragio!

En el teatro, lo que es preciso vencer, ante todo, son las prevenciones.

Hace algunos dias, un director de escena de uno de los teatros de Paris necesitaba un borrico, para figurar en una comedia, y quiso arreglarse con un aldeano: este puso muchas dificultades, y se mostró muy poco dispuesto á complacerle.

Pero, le hizo observar el director:

—Vuestro asno no tiene casi nada que hacer: solamente atravesar el escenario, figurando que lleva un saco de trigo so-

bre el lomo.

—¡Oh! no es la fatiga del animal lo que yo temo! dijo el aldeano: ¡no es la fatiga lo que le espanta á él, sino el deshonor de pisar el escenario!

En el teatro se han visto algunos famosos actores llegar á alcanzar un sitio de la manera más original: sirva de muestra esta anécdota acaecida á Federico Lemaitre.

Hacia ya largo tiempo que el ilustre artista iba de director en director, y de una decepcion en otra.

—¿Dónde habeis trabajado? le preguntó uno cuyo nombre era Mr. X....

—En ninguna parte, respondió Lemaitre.

El director hizo una señal con la mano, que queria decir que la entrevista habia terminado, y Federico se dirigió hácia la puerta con desesperacion: al salir, dejó escapar un suspiro profundo, cavernoso.

—¿Qué es eso? exclamó Mr. X.... herido de sorpresa.

—Esto no es nada, repuso Lemaitre en el umbral.

—Al contrario: yo os ruego que empeceis de nuevo, dijo el empresario.

—¿Qué quereis decir?

—Que suspireis otra vez.

Federico Lemaitre suspiró con más magnificencia aun que la primera.

—Jamás he oido nada tan hermoso! exclamó el director entusiasmado. ¡Jóven! os ajusto, y vais á debutar.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero no sé mi papel, caballero!

—Acabais de ensayarlo; prontol al vestuario conmigo, y en seguida al ensayo general.

Este director tenia necesidad, precisamente para aquella noche, de un personaje bastante extraño: de un león: habia encontrado una hermosa piel; pero le era imposible conseguir ese rugido ámplio y salvaje, que hiela de espanto á los huéspedes de los bosques: iban ya á contentarse con un león civilizado, con un león de gabinete, con un león cualquiera, cuando apareció Federico Lemaitre.

Aquella noche, el que despues habia de llenar el mundo con su gloria estaba ajustado, y triunfaba debutando á cuatro patas!

Otro gran actor, el célebre Dupuis,

se hizo notable en otra ocasion tan singular como la precedente.

Se representaba una escena campesina: el teatro ofrecia á la vista un establo, un gallinero y una cuadra: pero faltaba el personal de estas habitaciones: aquella naturaleza agreste carecia de voces: de repente resonó un concierto músico.

Las gallinas empezaron sus cantos de triunfo al que respondieron las ovejas con sus balidos, los patos con su graznar, los asnos con su lamentable rebuzno: todos aquellos animales se daban los buenos dias y las vacas entonaban el himno de la mañana; era el canto de una armonía primitiva; no era ya una naturaleza muerta, sino una naturaleza viva, habladora, cantante, graznante y mugiente.

Ningun actor se habia aun presentado, y ya la sala resonaba con bravos estrepitosos.

Asombrado de este efecto, el empresario creyó que el director habia alquilado por su cuenta, en alguna granja, carneros, patos, borricos, vacas, y hasta puercos; fué á buscarle para darle gracias, y no halló á nadie; ni al director, ni á los pobladores cuadrúpedos y alados del paisaje que representaba la escena.

Solo estaba Dupuis: él solo habia hecho el papel de los animales de pluma y de pelo.

Así es como, despues de mil dolorosas decepciones, pudo aquel grande artista ponerse en evidencia y triunfar de los desaires del empresario.

Aquel que haya leído la dolorosa vida de Moliere, sabrá que muy niño todavia economizaba algun sueldo para ir al teatro.

Adoraba esta diversion, y sin embargo, bien pocas veces podia disfrutar de ella.

Un dia, barriendo la sala el encargado de la limpieza, se halló una cosa acurrucada sobre una banqueta.

—¿Qué es esto, pensó el buen hombre, es un traje olvidado, es un enorme gato en acecho?

No era ninguna de las dos cosas.

Era Moliere, el hijo del tapicero, que habia pasado el dia acurrucado allí para esperar la próxima representacion.

¡Qué de miserias, en medio de sus triunfos, no tuvo que sufrir ese pobre y eminente artista! Autor y cómico á la vez, casado con una muger á la que adoraba y de la que no se resolvía á sepa-

rarse, á pesar de sus repetidas y vergonzosas infidelidades, Moliere siguió su dolorosa carrera con el solo título de *lacayo de cámara de Luis XIV.*

Su esposa, Armanda Bejart, era una excelente actriz, pero una de las más desalmadas mugeres que han deshonrado nuestro sexo.

Moliere estaba sublime en los papeles de celoso, que él escribía y ejecutaba con suprema maestría; pero sus emociones continuas, violentas y dolorosas, le atrajeron una enfermedad de pecho que puso fin á su vida.

En tanto que anduvo errante y á la cabeza de su compañía, daba á esta casi todo lo que ganaba, sin guardarse nada apenas para él.

Talma, más dichoso que Moliere, tuvo también su vida de aventuras: este actor es el que introdujo la costumbre de llevar en la escena el traje del personaje que se representa.

Antes de darse Talma á conocer, se vestían los actores á la moda de la época: griegos y romanos llevaban calzon corto, camisas con cuello de puntas caídas, tricornos y casacas á la francesa.

La primera vez que Talma apareció en traje de romano, Mlle. Duchenois, que se hallaba en escena, le miró estupefacta: no pudiendo creer á sus ojos, le dijo en voz baja:

—¿Cómo, Talma! ¿te vienes sin calzones?

Antes de Talma, Sofia Arnoul era la única que se habia atrevido á ejecutar los papeles de aldeana con zuecos y basquiña de algodón.

El entusiasmo del actor va tan lejos, que algunas veces el hombre desaparece en el artista.

En las primeras edades del cristianismo, los paganos, desempeñando papeles de cristianos, se han hallado convertidos á la nueva fé antes de terminada la representación.

Al desenlace, debiendo sufrir un martirio ficticio, han sufrido un martirio real, y la Iglesia cuenta dos santos que, menos orgulloso que el borrico del aldeano, han pisado el escalario.

MAD. ADELA ESQUIROS.

LA NIÑA ENFERMA.

BALADA.

—Dí, madre, ¿por qué la flor que hoy nace pura y lozana, al amanecer mañana perderá aroma y color?

—Hija mia, el alto Ser á quien adoras rendida, los misterios de la vida no nos deja comprender.

Hoy vives, pero mañana puedes, hija de mi amor, perder la vida, el color como la rosa temprana.

—¿Y el alma que siento en mí? —Es de la flor el perfume.

—¿El viento lo lleva?

—Sí, pero jamás lo consume.

Muere la flor y su esencia, del mortal para consuelo, huye como la existencia á su pátria que es el cielo.

—¿Y no se extingue?

—Jamás, ni volver al mundo ansía.

—¿Si me muero, me verás?

—En el cielo nada más.

—Hasta el cielo, madre mia.

JULIO NOBELA.

EL ATEO.

Luciendo una sonrisa mofadora, Que desmiente el pavor de su mirada, Esta temible sierpe lanza airada El silbo de su voz blasfemadora.

Cerrado á la esperanza bienhechora Su espíritu, reflejó de la nada, Con impiedad proterva y refinada Se burla de la fé que él no atesora.

Con negar y negar menguado salda La cuenta de su crimen é impureza, Tejiendo á Satanás una guirnalda.

¡Temedlo todo de su atroz fiereza... Porque aquel que á su Dios vuelve la espalda Capaz será de la mayor vileza!

J. M. MARIN.

VARIEDADES.

HIGIENE DE LA NIÑEZ.—Para conocimiento de las madres que, teniendo la desgracia de no poder criar á sus hijos, prefieren el uso del biberon al pecho de

las nodrizas, damos á continuación la manera de usarlo, segun indicaciones de una persona que ha tenido la bondad de comunicarnos sus experimentos en la materia. Hélas aquí:—Se tomará leche de vacas dos veces en el dia y acabada de ordeñar. Cuécese á fuego vivo para que no se pegue ó ahume, y se separa de la lumbre en el momento en que rompe el hervor. Déjese enfriar, y una vez fria, bátese la nata hasta que quede disuelta en el liquido, y se le añade un poco de azúcar. Desde que nace el niño hasta que llega á los seis meses, se le dá la leche mezclada con dos partes de agua. Desde seis meses á nueve, mitad de leche y mitad de agua, y desde nueve meses en adelante leche pura. Siempre que haya de prepararse el biberon, comiencese por lavarlo perfectamente y enjugarlo: despues se le pone la cantidad de leche que haya de tomar el niño, cuidando de calentar solo la porcion que haya de tomar en el momento, empero á una temperatura tan suave, que al meter el dedo en ella, no se sienta fria ni caliente; por último, se le dará el biberon al niño cada dos horas estando despierto.

Hé aquí los dias de fiestas movibles que están anunciados para el año próximo: Septuagésima, el 24 de Enero; Ceniza, el 10 de Febrero; Pascua de Resurreccion, el 28 de Marzo; Ascension del Señor, el 6 de Mayo; Pascua de Pentecostés, el 16; *Corpus Christi*, el 27 del mismo, y Adviento, el 28 de Noviembre.

Se asegura que el Sr. Brea y Moreno, inventor del *Aceite de bellotas*, articulo que va adquiriendo una celebridad europea, ha recibido proposiciones muy beneficiosas de una casa norte americana; *sesenta mil duros*, por la compra del privilegio de preparacion y venta de dicha sustancia.

El mismo inventor parece que, lejos de aceptar estas proposiciones, va á montar una fábrica en grande escala en Extremadura, para explotar más ventajosamente los productos de su invento, como cosmético para el cabello y como medicamento en muchas dolencias, especialmente para la raquitis, escrófulas, y para toda clase de erupciones cutáneas.

REMEDIO CONTRA LAS QUEMADURAS.—Se toma un poco de estiércol de gallina,

media libra de manteca fresca y dos ó tres hojas de salvia. Echase en un puchero, y se hace hervir por espacio de unos tres cuartos de hora, y en seguida se cue-la por un lienzo, estrujándolo bien; el liquido que resulta se echa en un vaso.

De este unguento se vá poniendo un poco sobre la quemadura, renovándolo por mañana y tarde, hasta lograr una completa curacion. El dolor desaparece casi instantáneamente, las vejigas ó ampollas de la llaga se disuelven y no queda cicatriz por profundas que fueran las quemaduras.

La experiencia, repetida muchas veces, ha demostrado la eficacia de este remedio, que como tal recomendamos á nuestros lectores, en especial á los de los pueblos donde no hay facultativo.

También se recomienda mucho para este caso envolver la quemadura en algodón en rama; pocos dias há que los periódicos recomendaban especialmente este procedimiento. Dicese, no sabemos con qué razon, que su descubrimiento se debió á la casualidad, ó más bien al instinto de un animal. Un perro que se habia chamuscado horrorosamente en una fábrica de hilados, se fué á refugiarse en unas pacas de algodón, de donde salió curado á los dos ó tres dias con extrañeza de los obreros.

La *Biblioteca económica de instruccion y recreo*, ha puesto á la venta un nuevo tomo. Es un libro originalísimo debido á la pluma de Aristides Roger, que se titula *Viaje submarino*, y que está llamado á obtener la misma extraordinaria aceptación que han obtenido todas las obras publicadas por dicha *Biblioteca*.

En la *Gazette de Campagne* vemos recomendado un método fácil y económico para la conservacion de las peras, manzanas y otros frutos análogos, que puede tener aplicacion en la actualidad, cuando muchos se quejan de la facilidad con que este año se echan á perder aquellos frutos.

Para conservarlos, segun el expresado periódico, se escoje un sitio seco, y en cuanto sea posible en un cuarto bajo, y jamás en cuevas y desvanes: se coloca sobre el suelo una capa de 10 centímetros de espesor de paja de centeno; sobre esta se arregla un lecho de frutos del espesor de 10 centímetros, que se polvo-

rarse, á pesar de sus repetidas y vergonzosas infidelidades, Moliere siguió su dolorosa carrera con el solo título de *lacayo de cámara de Luis XIV.*

Su esposa, Armanda Bejart, era una excelente actriz, pero una de las más desalmadas mugeres que han deshonrado nuestro sexo.

Moliere estaba sublime en los papeles de celoso, que él escribía y ejecutaba con suprema maestría; pero sus emociones continuas, violentas y dolorosas, le atrajeron una enfermedad de pecho que puso fin á su vida.

En tanto que anduvo errante y á la cabeza de su compañía, daba á esta casi todo lo que ganaba, sin guardarse nada apenas para él.

Talma, más dichoso que Moliere, tuvo también su vida de aventuras: este actor es el que introdujo la costumbre de llevar en la escena el traje del personaje que se representa.

Antes de darse Talma á conocer, se vestían los actores á la moda de la época: griegos y romanos llevaban calzon corto, camisas con cuello de puntas caídas, tricornos y casacas á la francesa.

La primera vez que Talma apareció en traje de romano, Mlle. Duchenois, que se hallaba en escena, le miró estupefacta: no pudiendo creer á sus ojos, le dijo en voz baja:

—¿Cómo, Talma! ¿te vienes sin calzones?

Antes de Talma, Sofia Arnoul era la única que se habia atrevido á ejecutar los papeles de aldeana con zuecos y basquiña de algodón.

El entusiasmo del actor va tan lejos, que algunas veces el hombre desaparece en el artista.

En las primeras edades del cristianismo, los paganos, desempeñando papeles de cristianos, se han hallado convertidos á la nueva fé antes de terminada la representación.

Al desenlace, debiendo sufrir un martirio ficticio, han sufrido un martirio real, y la Iglesia cuenta dos santos que, menos orgulloso que el borrico del aldeano, han pisado el escalario.

MAD. ADELA ESQUIROS.

LA NIÑA ENFERMA.

BALADA.

—Dí, madre, ¿por qué la flor que hoy nace pura y lozana, al amanecer mañana perderá aroma y color?

—Hija mia, el alto Ser á quien adoras rendida, los misterios de la vida no nos deja comprender.

Hoy vives, pero mañana puedes, hija de mi amor, perder la vida, el color como la rosa temprana.

—¿Y el alma que siento en mí? —Es de la flor el perfume.

—¿El viento lo lleva?

—Sí, pero jamás lo consume.

Muere la flor y su esencia, del mortal para consuelo, huye como la existencia á su pátria que es el cielo.

—¿Y no se extingue?

—Jamás, ni volver al mundo ansía.

—¿Si me muero, me verás?

—En el cielo nada más.

—Hasta el cielo, madre mia.

JULIO NOBELA.

EL ATEO.

Luciendo una sonrisa mofadora, Que desmiente el pavor de su mirada, Esta temible sierpe lanza airada El silbo de su voz blasfemadora.

Cerrado á la esperanza bienhechora Su espíritu, reflejó de la nada, Con impiedad proterva y refinada Se burla de la fé que él no atesora.

Con negar y negar menguado salda La cuenta de su crimen é impureza, Tejiendo á Satanás una guirnalda.

¡Temedlo todo de su atroz fiereza... Porque aquel que á su Dios vuelve la espalda Capaz será de la mayor vileza!

J. M. MARIN.

VARIEDADES.

HIGIENE DE LA NIÑEZ.—Para conocimiento de las madres que, teniendo la desgracia de no poder criar á sus hijos, prefieren el uso del biberon al pecho de

las nodrizas, damos á continuación la manera de usarlo, segun indicaciones de una persona que ha tenido la bondad de comunicarnos sus experimentos en la materia. Hélas aquí:—Se tomará leche de vacas dos veces en el dia y acabada de ordeñar. Cuécese á fuego vivo para que no se pegue ó ahume, y se separa de la lumbre en el momento en que rompe el hervor. Déjese enfriar, y una vez fria, bátese la nata hasta que quede disuelta en el liquido, y se le añade un poco de azúcar. Desde que nace el niño hasta que llega á los seis meses, se le dá la leche mezclada con dos partes de agua. Desde seis meses á nueve, mitad de leche y mitad de agua, y desde nueve meses en adelante leche pura. Siempre que haya de prepararse el biberon, comiencese por lavarlo perfectamente y enjugarlo: despues se le pone la cantidad de leche que haya de tomar el niño, cuidando de calentar solo la porcion que haya de tomar en el momento, empero á una temperatura tan suave, que al meter el dedo en ella, no se sienta fria ni caliente; por último, se le dará el biberon al niño cada dos horas estando despierto.

Hé aquí los dias de fiestas movibles que están anunciados para el año próximo: Septuagésima, el 24 de Enero; Ceniza, el 10 de Febrero; Pascua de Resurreccion, el 28 de Marzo; Ascension del Señor, el 6 de Mayo; Pascua de Pentecostés, el 16; *Corpus Christi*, el 27 del mismo, y Adviento, el 28 de Noviembre.

Se asegura que el Sr. Brea y Moreno, inventor del *Aceite de bellotas*, articulo que va adquiriendo una celebridad europea, ha recibido proposiciones muy beneficiosas de una casa norte americana; *sesenta mil duros*, por la compra del privilegio de preparacion y venta de dicha sustancia.

El mismo inventor parece que, lejos de aceptar estas proposiciones, va á montar una fábrica en grande escala en Extremadura, para explotar más ventajosamente los productos de su invento, como cosmético para el cabello y como medicamento en muchas dolencias, especialmente para la raquitis, escrófulas, y para toda clase de erupciones cutáneas.

REMEDIO CONTRA LAS QUEMADURAS.—Se toma un poco de estiércol de gallina,

media libra de manteca fresca y dos ó tres hojas de salvia. Echase en un puchero, y se hace hervir por espacio de unos tres cuartos de hora, y en seguida se cue-la por un lienzo, estrujándolo bien; el liquido que resulta se echa en un vaso.

De este unguento se vá poniendo un poco sobre la quemadura, renovándolo por mañana y tarde, hasta lograr una completa curacion. El dolor desaparece casi instantáneamente, las vejigas ó ampollas de la llaga se disuelven y no queda cicatriz por profundas que fueran las quemaduras.

La experiencia, repetida muchas veces, ha demostrado la eficacia de este remedio, que como tal recomendamos á nuestros lectores, en especial á los de los pueblos donde no hay facultativo.

También se recomienda mucho para este caso envolver la quemadura en algodón en rama; pocos dias há que los periódicos recomendaban especialmente este procedimiento. Dicese, no sabemos con qué razon, que su descubrimiento se debió á la casualidad, ó más bien al instinto de un animal. Un perro que se habia chamuscado horrorosamente en una fábrica de hilados, se fué á refugiar en unas pacas de algodón, de donde salió curado á los dos ó tres dias con extrañeza de los obreros.

La *Biblioteca económica de instruccion y recreo*, ha puesto á la venta un nuevo tomo. Es un libro originalísimo debido á la pluma de Aristides Roger, que se titula *Viaje submarino*, y que está llamado á obtener la misma extraordinaria aceptación que han obtenido todas las obras publicadas por dicha *Biblioteca*.

En la *Gazette de Campagne* vemos recomendado un método fácil y económico para la conservacion de las peras, manzanas y otros frutos análogos, que puede tener aplicacion en la actualidad, cuando muchos se quejan de la facilidad con que este año se echan á perder aquellos frutos.

Para conservarlos, segun el expresado periódico, se escoje un sitio seco, y en cuanto sea posible en un cuarto bajo, y jamás en cuevas y desvanes: se coloca sobre el suelo una capa de 10 centímetros de espesor de paja de centeno; sobre esta se arregla un lecho de frutos del espesor de 10 centímetros, que se polvo-

rean con yeso; se añade despues una nueva capa de paja de centeno y frutos, que tambien se cubren con yeso: construyendo así cinco ó seis lechos de paja y de frutos, con la cuál estos se conservan perfectamente.

Como el yeso absorbe la humedad de los frutos, aunque estos sean un poco alterados, se conservan tan bien como los sanos; pues como el mal se detiene en su principio, la parte de fruto que estaba alterada se desprende, formando una especie de escara seca, dejando por lo demás que el fruto llegue á su perfecta madurez y conserve su buena calidad.

Este mismo método dá los más satisfactorios resultados para la conservacion de las patatas, que dispuestas de esta manera conservan su frescura y no sacan esos largos vástagos blancos que tanto perjudican á su cualidad nutritiva, haciéndolas al mismo tiempo impropias para la plantacion.

Este método puede ensayarse sin grandes dispendios, para preservar estos tubérculos de la enfermedad que de mucho tiempo á esta parte los persigue. El yeso empleado para estas operaciones puede despues utilizarse para argamasa.

Un periódico inglés aconseja la siguiente receta para las tercianas, fundándose en sus maravillosos resultados:

"En uno de los puntos de América, en el que las intermitentes son constantes y de carácter pernicioso, los habitantes las curan con el sencillo y extraordinario remedio siguiente:

Buscan esas grandes telas de araña con que dichos insectos suelen cubrir los ángulos ó techumbres de los desvanes, las amontonan entre las manos, hacen con ellas unas bolillas en forma de píldoras, y sin más preparacion las dan al paciente en número de cuatro ó seis cada día, y aseguran que se corta la fiebre inmediatamente.

No hay que recurrir en nuestro país á semejantes medios, cuando la experiencia ha demostrado la eficacia del *Eucalyptus* para combatir dichas fiebres."

La vanidad debió ser la inventora de los espejos: en los tiempos primitivos, las claras fuentecillas debian servir á las elegantes de entonces, que, desnudas de pié y pierna, recorrian valles y laderas.

Este y no otro espejo usaba el bello

Narciso cuando Júpiter le convirtió en la flor de su nombre.

Cuando las bellas se cansaron de tener que tomar el camino de la fuente para contemplar sus encantos, inventaron poner agua en anchos receptáculos, y este era el espejo de las *pollas* de aquella edad.

Vinieron más tarde los metálicos, y las damas griegas debieron agradecer este invento á Esculapio, quien, segun Ciceron, fué el autor de este cebo de la vanidad.

El bronce, el estaño, el hierro, y aun la plata, sirvieron para estos menesteres. Los libros santos dicen que Moisés hizo fabricar un gran vaso de bronce con los espejos que le ofrecieron las mujeres hebreas.

Los espejos de cristal son, segun respetables autores, invencion de los sidonios, aunque no se dice en qué época.

A Venecia, emporio del lujo y del fausto, así como de las artes, estaba reservada la verdadera invencion y propagacion de los espejos de cristal, que han alcanzado fama hasta el tiempo presente, y que datan del año 1346.

Por mucho tiempo fueron los venecianos los únicos que podian suministrar á los vanidosos este bello medio de contemplar su imágen, gusto que se pagaba muy caro en un principio, hasta que el gran Colbert halló medio, por los años de 1665, de introducir en Francia su fabricacion.

Los magníficos espejos del siglo pasado eran generalmente de varias piezas, pues no se sabia construir grandes cristales, hasta que, en 1800, M. Pajot des Charmes, inventó el medio de soldar varios trozos de vidrio.

Hoy se fabrican de todas las dimensiones apetecibles.

Pero sobre todos los espejos conocidos están unos ojos negros hermosos, y en nuestra opinion, no hay lunas venecianas que los igualen.

Hé aquí una receta de pasta para suavizar las manos.

Se coje un poco (como un garbanzo ó una nuez) de miel blanca, y se friccionan las manos en el acto de lavárselas. Buena es tambien la pasta de almendra, sola ó mezclada con un poco de miel. Si se quiere más refinamiento, y se puede gastar un poco, tómese:

De goma. 2 onzas.
Miel blanca. 6 "
Jabon duro y blanco. . . . 3 "

Mézclense bien estos tres ingredientes, y añádase en seguida:

Aceite de almendras dulces. 2 libras.
Yemas de huevo 5 "
Leche con agua de rosas. . . 4 onzas.

Aromaticese, por fin, con unas cuantas gotas de cualquier esencia fina.

El cronista de Nueva-York refiere en uno de sus últimos números el siguiente acontecimiento curioso.

"James Hall, padre de familia, residente desde hace dos años en la casa número 398 de la calle primera del Norte, en Williamsburg, está casado con una señora llamada Rachel, de la que ha tenido dos hijos que hoy cuentan respectivamente cinco y ocho años de edad.

George Cuthbert, tabaquero de profesion, casado y padre de un muchacho, vivia en la casa contigua á la de Hall, y por consiguiente eran vecinos y amigos. Cuthbert, que es un nuevo don Juan por lo que despues veremos, habia logrado hacerse amar de la señora Rachel, y celebraba con ella frecuentes entrevistas clandestinas.

El martes pasado salió la señora Rachel de su casa por la mañana temprano para ir á comprar fresas, segun dijo, y pocos momentos despues salió tambien Cuthbert con idéntico objeto, segun manifestó.

La frutería debia estar muy lejos sin duda alguna, porque á las seis de la tarde aun no habian regresado á sus casas, ni la señora Rachel ni el tabaquero Cuthbert.

Pasó el miércoles y pasó el jueves, sin que la esposa de Cuthbert recibiese noticias de su marido, y sin que Hall supiese lo que se habia hecho de su mujer.

Por más que buscó este último nada pudo encontrar, hasta que al fin, rebuscando en los cajones del armario de su cara mitad, tropezó con la siguiente carta, que es un modelo de originalidad y donosura. Dice así:

"Hoy día de Navidad de 1866.—Querida Rachel: He amado durante mi vida á cuarenta y dos mujeres, pero todas me han engañado; la naturaleza habia fijado

el límite de mi vida en el número 43, y en efecto, despues de tí debo arrojar la escala, porque mi destino se habrá cumplido. No sé la cifra á que tú habrás llegado por tu parte, pero mi corazon me dice que no irás más lejos que yo, y mi confianza en tu virtud es tan ilimitada como la que tú puedes tener en mi constancia. Unamos nuestra suerte y Dios nos bendecirá, porque el amor es el espíritu mismo que la Divina Providencia ha insinuado en el seno de sus criaturas. En cuanto á mi mujer y á tu marido, han sido hechos el uno para el otro, del mismo modo que yo lo he sido para tí y tú para mí. El y yo somos encinas, y tú y ellas sois hiedras, destinadas á apoyaros en nuestros troncos respectivos. El y yo nos engañamos al elegir el árbol, eso es todo; y solo se trata ahora de reparar los errores de la juventud. Rachel, yo te amo, tú me amas, nosotros nos amamos, apresurémonos á unirnos, y que los otros se las arreglen como puedan.—JORGE."

Atónito y como quien vé visiones, se quedó Mr. Hall cuando acabó de leer la fatal misiva que antecede; mas despues que se recobra del soponcio, cruza por su mente una sospecha terrible. Corre á casa de su vecina; enséñale la carta, reconoce aquella la escritura de su marido y cae desmayada en los brazos del vecino. Pródigale este cuantos auxilios están en su mano hasta que la buena señora vuelve en sí; suspiran y lloran luego á duo; procuran consolarse mutuamente, y luego realizan la profecía de Jorge, de que habian nacido el uno para el otro, porque al fin resuelven seguir consolándose y vivir juntos, no sé si en la casa de Mr. Hall ó en la de su vecina, porque esta cuestión importante no se ha ventilado todavía."

GANAR ES.—Segun dice un periódico italiano, el maestro Verdi ha recibido en San-Petersburgo por derecho de las representaciones de *La Forza d'il destino*, 80.000 francos.

Ricordi le dá 40.000 por poder dar en Italia esta ópera.

Verdi conserva la propiedad de su obra en España y Francia.

Mr. Bagier, empresario del teatro Real de Madrid, le paga, segun el citado periódico, 15.000 liras equivalentes á 15.000 francos.

ENIGMA.—Estaban noches pasadas unos cuantos jóvenes en una tertulia dando bromas á X... porque habia dicho que el nom-

bre de su amante duraba sesenta y dos dias, y cada uno asombrado en extremo, hacia mil conjeturas á cual más graciosa; pero por más vueltas que daban al problema, ninguno acertaba con la solución. Divirtiéndose la por cierto bellísima jóven con las mil extravagancias que á unos y otros se ocurrían, y despues de más de dos horas de cálculos inútiles les dijo con mucha gracia:— Señores, por más que me cause suma extrañeza, atendida vuestra indudable ilustración, me he convencido en este momento de que no habeis leído bien ese libro tan pequeño y que sin embargo se echa un año en leer, conocido bajo el nombre de almanaque, pues si no fuera así, hubiérais comprendido que el nombre á que aludo no puede ser otro que el de *D. Julio Marzo*, que es precisamente el que dura sesenta y dos dias, como he dicho antes.

Todos se manifestaron sorprendidos con esta demostración tan sencilla como exacta.

AL BELLO SEXO.—Nada más seductor que una mujer hermosa desprovista de galas y artificios.

No pocas veces su coquetería las hace eclipsar sus encantos, y citanse varios casos en que por su afán de llamar la atención por medio de adornos, solo han conseguido que se admire el valor de sus joyas.

Entre estos casos merece citarse el siguiente, que es una verdadera historia:

La princesa de J.... es sin duda alguna la más hermosa de las damas de la corte de Viena. Las miradas de envidia de sus rivales se lo habian dicho cien veces, y otras cien el círculo más florido de los pollos *comm'il faut* de Viena, que tambien en Viena hay pollos. Unos alababan la magestad de su apostura, otros el fuego de sus ojos, estos las manos, aquellos el talle, los de más allá los piés, ó la boca ó la nariz, ó la oreja pequeña, rosada y trasparente. Todo era á su alrededor un concierto de alabanzas; sus oídos se habian acostumbrado á los elogios como á una música conocida y deliciosa.

Una noche, el príncipe de J.... entró en el *boudoir* de su mujer, á tiempo que esta se vestía para un baile, y le ofreció como recuerdo del aniversario de sus bodas una perla: una perla monstruosa, magnífica, con toda la suave opacidad, los cambiantes de mil colores, y las condiciones de forma que pueden hacer única una perla entre las cien mil perlas co-

gidas en un siglo en la isla cuyo mar las produce.

La princesa, ufana con ella, se la colocó en la cabeza en el punto donde su cabello negro se partía sobre la frente como en dos alas oscuras, y se marchó al baile.

—¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! ¡Vale un tesoro! ¡No tiene igual! —Hé aquí las exclamaciones que la saludaron á su entrada en el círculo cortesano. "¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla!" Ni una palabra para sus ojos, ni una frase galante á su sonrisa, á la gracia de su fisonomía, á la esbeltez de su talle.

Cuando la princesa volvió á su casa, es fama, dijo, arrojando al suelo la famosa perla, y pisoteándola con furia: "¡Necia de mí! ¿Quién me ha mandado llevar al baile esta perla, la sola que podía ser mi rival, porque como yo, es única en Viena?"

Consuélese, pues, las mujeres si el acaso las priva de uno de sus adornos favoritos.

Poco más ó menos, la historia de la perla que acabamos de referir, es la historia de todas las perlas del mundo.

Las hermosas parecen tanto más hermosas, cuanto más sencillas; y las feas, si es verdad que hay alguna mujer fea en España, esas están tanto peor cuanto más se adornan.

Oportunidad.—Llegó un andaluz á la Habana con gran número de cartas de recomendación, y entre ellas una para cierta señora muy acaudalada.

Fué nuestro hombre á presentarse, y la habanera en cuestion, despues de haberle recibido con la amabilidad propia de aquel país, le preguntó:

—Dígame, niño, usted habrá venido á Cuba «por necesidad.»

A lo que contestó el aludido:—Por necesidad, no señora, porque de eso tenia tanta en mi tierra que por eso la he abandonado; he venido á la Habana por «parné.»

Oportuno.—Pasaba un dia un entierro por una de las calles de la capital; el aparato que llevaba llamó la atención de uno que se llegó á otro de los acompañantes y le preguntó con gran interés:

—Oid, caballero, ¿quién es el muerto?

—Mirad, dijo el interrogado con gran misterio y señalando el carro mortuario: el que vá dentro de aquella caja.

Cuenta Petrarca, que en cierta ocasion

preguntó un mercader á un marinero:

—¿En dónde murió tu padre?

—En el mar.

—¿Y tu abuelo?

—En el mar.

—¿Y tu bisabuelo?

—Señor, tambien murió en el mar como los otros dos.

—Miserable de tí! dijo el mercader: ¿y no te bastan esos ejemplos? ¿Y te atreves todavía á embarcarte?

Calló el marinero, reflexionó algunos momentos y dijo despues al mercader:

—¿En dónde murió su padre de usted?

—En la cama.

—¿Y su abuelo?

—En la cama.

—¿Y su bisabuelo?

—En la cama.

—¡Ah, miserable! dijo entonces el marinero; ¿y no le bastan esos ejemplos? ¿Y se atreve usted todavía á acostarse en ella todas las noches?

Convite.—«Si tú me pagas los bollos,—dijo Juan al gloton Diego,—te convidaré yo luego—á una comida de pollos.»

—«Acepto.» Llenó el abdomen—de bollos, Juan el taimado,—y dióle á Diego... salvado—que es lo que los pollos comen.

Máximas.—El hombre que piensa lo necesario para no ser nunca altanero, jamás es bajo.—Pascal.

Elogiar de corazón una accion buena, es en cierto modo, participar de ella.

Los hombres han nacido los unos para los otros; es necesario, pues, instruirlos ó aguantarlos.—La Rochefoucauld.

Buena contestacion.—Entró un acreedor en casa de su deudor en ocasion en que se hallaba á la mesa trinchando una pava.—Y bien, caballero, dijo aquel; espero que por fin me pagareis vuestra deuda.

—Muy bien quisiera, dijo el deudor, pero desgraciadamente me es absolutamente imposible, porque me hallo sin un cuarto.

—¿Señor miot cuando no hay para pagar las deudas, no se come pava!

—Desgraciado de mí! dijo el deudor llevándose la servilleta á los ojos; ¡si no podia mantenerla!

Se quejaban unos pajes á cierto caballero económico, de que no les daba el mayordomo para cenar otra cosa que rábanos y queso. Enterado de la queja, mandó llamar al mayordomo, y le dijo muy enojado:

—¿Es verdad, como dicen estos pajes, que todas las noches les das para cenar rábanos y queso?

—Cierto es, respondió el mayordomo con temor.

—Pues yo te mando que de aquí en adelante les des una noche rábano y otra queso,

para que no coman siempre lo mismo. ¡Pobrecillos! tenían razon.

Convidaron á cenar en Madrid á un forastero, y le pusieron rábanos al principio.

Dijo el convidado:

—En mi tierra los rábanos se ponen al fin.

—Y aquí tambien, respondió el que lo convidaba.

El célebre profesor Peterman, ocupándose de la inmigracion de las hormigas blancas en la isla de Santa Elena, en sus comunicaciones geográficas, nos ha dado los siguientes curiosos datos:

"Estas hormigas blancas son los insectos conocidos bajo el nombre de termes, y que en los países tropicales son tan temidos por sus tremendas devastaciones. Nada, desde tiempo inmemorial puede decirse, habiase sabido en la isla de Santa Elena de los tales animalitos, y consideráronse sus habitantes libres de tamaña plaga, pues ¿de dónde habian de venir á aquella isla, en tan apartada situacion en medio del Océano? Hará unos veinte años que se notaron las primeras hormigas de esta clase en Santa Elena, las cuales deben haber llegado, á no dudarlo, en algun buque á aquella isla. Desde entonces se han multiplicado en términos que el gobernador, alarmándose, propuso un premio de 50 libras esterlinas para aquel que hallara un medio eficaz para su destruccion. Es ciertamente horrorosa la devastacion inferida por estos insectos.

En la pequeña ciudad de James-Town, situada dentro de un estrecho valle, y que cuenta con una poblacion de 3,000 almas próximamente y de 400 á 500 casas, han destruido los tales termes, parece increíble, casi por completo la mitad de las casas. El maderamen de los pisos, escaleras, ventanas, puertas, techumbres, armadura de los tejados, etc., lo carcomieron en términos, que las casas se redujeron á ruinas, suerte que ha cabido ya á la iglesia principal y á otros edificios públicos; así es que ya en el dia subirán los daños, solo en edificios, á mas de 40,000 libras esterlinas, ascendiendo á una suma igual los causados en muebles, etc., que han sido destruidos ó lastimados. Las nuevas casas que se han de construir costarán además el doble, toda vez que en lugar de madera servirá de hoy más la piedra y el hierro de material de construccion, para hacer frente

á estos enemigos destructores."

Tomamos de *El Sund*, periódico inglés, las siguientes curiosas noticias, sobre la circulacion de cartas en Inglaterra.

En 1839, último año del antiguo sistema (alto precio en las cartas y tarifas segun las distancias), recibieron y transmitieron las oficinas de correos, 70.000.000 de cartas. Hecha la reforma, ascendieron á 240.000.000 en 1844; á 410.000.000 en 1853; y se aproximan hoy á 700.000.000.

Solo en Londres el número de cartas distribuidas en 1863, fué de 160.000.000.

Hay actualmente 1.100 buzones en la metrópoli y mas de 16.000 en todo el reino; por manera que puede calcularse que por término medio cada buzón recibe 40.000 cartas al año.

Cuéntanse en el Reino Unido 5.300.000 casas habitadas de modo que, el término medio por casa, es de 120 cartas al año; y tambien por término medio resulta que cada habitante de la Gran Bretaña, hombre, mujer, viejo ó niño sin distincion de sexo, recibe anualmente 22 cartas.

En Tarragona se ha encontrado una lápida romana, que formaba parte de una pared. La inscripcion, no obstante, segun dicen de aquella capital, se encuentra perfectamente conservada y dice así:

D. M.
CAECIL. EVTY.
CHETI. SEVIRO
MAGISTER. Q. VIX.
ANN. XLV. ME. III. D. VII
VERGILIA. GEMINA.
MARITO. INCOMPA
RABIL. ET. CAECILIA
QUINTIANA. FILIA
PATRI. PIENTISSIMO.

La traduccion es la siguiente: "Vergilia, gemela, á su marido incomparable, y Cecilia Quintiana, hija, á su padre piadosísimo Cecilio Eutiquete (Bienafortunado). Sevir y Maestro Augustal, que vivió 45 años, tres meses y siete dias."

Al quitar la tierra de la esplanada que cubre la superficie de la roca de la colina, se han descubierto trabajos verificados á pico en ella, que se atribuyen fundadamente á los primeros habitantes de Tarragona, con objeto, á lo que parece, de recoger en aljibes abiertos en la misma roca el agua llovediza que corría por

el descenso de aquella colina.

Merece ser conocido el singular instrumento llamado en el Japon *alavo* y que usan los naturales de aquel pais para saber cuándo puede sobrevenir un temblor de tierra.

El alavo consiste en un imán grande, colocado á lo ancho horizontalmente sobre una base que descansa en el suelo. Al imán se encuentra adherido, solamente por la atraccion, un gancho, ó herradura, de la cual sale un cordón de seda que vá á enroscarse sobre un cilindro, cuyo eje movable descansa tambien sobre el apoyo vertical del imán. Un segundo cordón, sujeto al alrededor de aquel eje, sostiene un badajo, debajo del cual hay una placa de metal, que lanza fuertes sonidos cuando es herida por la percusion. La placa dispuesta en la forma á que hemos hecho referencia tiene el nombre de *gong*, esto es, un instrumento oriental de música.

El objeto de semejante mecanismo ha sido explicado del modo siguiente al ayudante, O. B. Fitz-Roy, á bordo del *Odino* por los embajadores japoneses: "Hallándose el suelo cargado de electricidad antes de los temblores de tierra, la atraccion del gong, de forma esférica, resulta más fuerte que la del imán; la herradura se desprende, y el badajo, hiriendo al gong, produce un sonido retumbante que se hace oír á todos para que busquen refugio en parages descubiertos."

Algunos han juzgado ridícula esta antigua invencion japonesa; mas nosotros, por el contrario, creemos con un ilustre escritor, —Zurchér y Margollé— que es muy digna de consideracion, porque los extraordinarios efectos producidos por las aves y otros animales al acercarse un temblor de tierra, deben ser atribuidos á una accion eléctrica; pues por lo demás, ninguna variacion atmosférica se ha observado aun durante los más violentos terremotos. Buena prueba son de este aserto el de Chile en 1833 y el de Simoda.

En la Laponia Sueca ha sido descubierta poco hace, una montaña de imán. Se encuentra esta atravesada por un filon con una potencia de muchos piés, con tal riqueza, en fin, que hasta el dia no se ha conocido ninguna otra que se

le iguale. El propietario ha comenzado ya la explotacion de tan importante descubrimiento, y abriga la esperanza de que podrá surtir con imán de gran facultad al mundo entero. Uno de estos imanes, que pesa 68 libras suecas, obra en poder del célebre metereólogo, profesor Dove, en Berlin.

Mr. Teodosio de Henglin, célebre viajero que ha recorrido el Africa durante cuatro años y medio, acaba de llegar á Viena. Segun anuncian algunos periódicos, ha hecho importantes estudios sobre aquel pais, y ha recogido curiosidades dignas de aprecio.

En las escavaciones que se están haciendo en el antiguo puerto romano de Ostia, se han descubierto preciosos frescos, que, merced á un procedimiento particular y secreto, han sido trasladados al lienzo. Entre ellos parece es muy notable uno que representa un buque en el acto de recibir la carga, y por cima de cada una de las personas que figuran en él, hay un letrero que indica su empleo.

Han sido hallados los huesos del gran poeta italiano DANTE ALIGHIERI.

Por la municipalidad de Florencia habian sido pedidos á la de Rávena, los huesos del poeta. Esta habia contestado arguyendo á Florencia porque en vida desterró á aquel gran hombre, cuyos restos deseaba afanosamente ahora poseer. Las dos ciudades disputaban por una quimera. Los huesos que están en el sepulcro de Dante, no son los suyos. Un fraile, llamado Antonio Santi, impidió por medio de un engaño, que los preciosos restos del autor de la *Divina Comedia* fueran quemados en la plaza pública, segun ordenó en 1676 el cardenal, *ad latere* de Bolonia, irritado con la lectura del libro de *Monarchia*, donde el gran poeta censuró tan ácremente la amalgama de los poderes temporal y espiritual.

Santi enterró los huesos de Dante en el sitio donde acaban de ser hallados, y sustituyó aquellas venerables reliquias con otros huesos cualesquiera, que fueron los exhumados y quemados en cumplimiento de las órdenes del cardenal.

Toda esta historia nos ha sido hasta la evidencia revelada por lo ocurrido al de-

moler la capilla detrás del sepulcro de este poeta, cuyo nombre, con tanta justicia hoy, constituye el orgullo de su patria. Al ser demolida la capilla, se descubrió un caja de madera con esta inscripcion dentro:

DANTIS OSSA A ME FRA ANTONIO SANTI HIC POSITA ANNO 1676, DIE 18 OCTOBRIIS.

Y en la tapa esta otra;

DANTIS OSSA DEMI PER REVISA, 3 JUNI 1677.

Es muy notable el asunto propuesto en este año por la Academia Francesa como objeto del premio de poesia. Debía hacerse un elogio de *Vercingetorix*, de aquel valeroso y admirable galo que tan tenaz y heroicamente supo defender la independencia de su pais contra las aguerridas é irresistibles legiones de Julio César. El asunto, pues, parece habrá de inspirar mucho á los poetas franceses. Y así, en efecto, ha sucedido; pero con tanta desgracia, que á pesar de ser muchas las composiciones enviadas, su mérito literario es tan escaso, que segun nos dice el periódico francés *Le Temps*, la Academia se ha visto precisada á acordar conceder el premio, á la menos mala de las composiciones que forman la corona destinada á conservar la memoria de aquel héroe popular.

El ministerio de Marina acaba de publicar el catálogo de su biblioteca. Constán en él gran número de obras de física y ciencias naturales, manuscritos interesantes, y una abundante coleccion de revistas europeas, enciclopedias, viajes etc. Es un trabajo acabado que honra á su autor el abogado Sr. D. José del Ojo y Gomez, bibliotecario de dicho ministerio. Ya que hablamos de esto, hacemos una excitacion á la biblioteca Nacional, para que apresure sus trabajos en la formacion del *Indice*, cuya publicacion tanto desean los hombres de letras, y cuya importancia grande excusamos nosotros encarecer.

A la gloriosa natividad de la Santísima Virgen.

SONETO.

Canta Sion, y nuncios superiores Llevan al mar, á la espaciosa tierra, A cuantos mundos la creacion encierra, Del natal más dichoso los loores.

De polo á polo vístense de flores El hondo valle y la encumbrada sierra, Mientras las hordas de Satán destierra Pronto el cielo con nítidos albores.

Son los que esparce, Aurora soberana Del Sol Divino, la sin par María, Al mostrar hoy su bendecida frente:

Los que yá tornan de la culpa insana La horrenda noche en bonancible día, En tierno amor las iras del Potente.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

Amor divino.

Soneto italiano de la Sra. Magdalena Morelli Fernandez, natural de Pistoya; célebre poetisa, laureada; entre los Arcades, CORILA OLIMPICA: siglo 18.

TRADUCCION.

Del cielo, en nube de eternal belleza, Bajó un Amor, sin venda y desarmado; De clara luz radiante la cabeza, Rojo el vestido, humilde y descuidado.

Lo ví, y al contemplar su gentileza Sentí una herida en el siniestro lado: Ví la virtud en toda su pureza Y en feliz se trocó mi triste estado.

Ah! (dije entonces) no eres tú el capcioso Amor cruel, que halaga á los sentidos, Y á la razon desprecia con audacia.

Tú eres divino, puro y religioso; Tú haces la dicha de tus escogidos, Y á virtud estimulas con tu gracia.

LUIS DE ICARTUBURU.

Junto á la cuna.

(CANCION DE LA MADRE.)

Descansa en la cuna que ciño de flores, tegiendo con ellas risueño dosel;

dosel que no venzan los ciegos ardores del sol que en tu rostro vé un sol como él... Duerme sin cuidado, sueña sin temor, que mientras duermes está á tu lado velando mi amor.

¿Quién sabe, paloma, qué senda en la vida el cielo á tus plantas piadoso abrirá? Tal vez entre sueños la pases mecida, tal vez el tormento tu herencia será.

Su santa elemencia sabré yo pedir: mientras respiras en la inocencia puedes sonreír.

Acaso un palacio te guarda la suerte, con triunfos y glorias y dichas sin par: tal vez del mendigo la vida y la muerte, sin nombre, ni amigos, ni patria ni hogar.

Mas en tanto, niño, duerme junto á mí; que con los votos de mi cariño ruego á Dios por tí.

Acaso una espada fulmine tu mano; acaso tus labios derramen piedad: tal vez encadenes el fiero Océano, tal vez te sepulte feliz soledad.

Oh! si yo supiera lo futuro ver! en tu sonrisa por fin leyerá lo que vas á ser.

Mas ¡ay! dulce prenda, doquier que te mire, humilde y glorioso, doliente ó feliz, en tanto que amante mi pecho respire, mi aliento y mi vida serán para tí.

Duerme sin cuidado, sueña sin temor, que mientras duermes está á tu lado velando mi amor.

ANTONIO ARNAO.

La lisonja.

1.º Adular es seducir con mentidas alabanzas.

2.º Tenemos dos enemigos terribles: el adulator y el que nos infama; pero más temible es la lengua de aquel, que el brazo del que nos persigue.

3.º El falso cariño del adulator y su hipócrita alabanza, apartan al entendimiento del camino de la verdad.

4.º A veces son provechosas las bebidas amargas, pero siempre es de evitar una pernicioso dulzura. (S. Agustin.)

5.º Nunca más extendida que hoy la perversa costumbre de adular; porque teñiéndose la lisonja como efecto de la modes-

tia y cariño, pasa por soberbio y envidioso el que no sabe fingir. (S. Gerónimo.)

6.º Mientras peregrinamos á nuestra patria, preciso es hacernos sordos al mortífero canto de las sirenas. (Idem.)

7.º El orador se propone convencer y persuadir con su palabra, y el médico devolver la salud con sus remedios, pero el adulator seducir con la lisonja. (S. Juan Crisóstomo.)

8.º Lisonjero es el que disimula y consiente el mal, por no malquistarse con el que le conviene tener propicio. (Beda.)

9.º El lisonjero á todos aplaude y de todos es amigo: al pródigo llama liberal, sóbrio y previsor al avaro, decididor y afable al charlatan, constante al contumaz, mesurado y grave al perezoso; viniendo á ser la lisonja una saeta que en todas partes se clava. (Cassiodoro.)

10. La adulacion es fementida y cruel. (S. Ambrosio.)

11. La adulacion nutre todos los vicios, fomentándolos como el aceite á la llama. (Beda.)

12. ¡Dichoso el que no pasa por el crisol de la lisonja. (S. Gerónimo.)

M. R. DE C.

LA CAMPANA.

ODA DE SCHILLER.

Una de las composiciones más sobresalientes de Schiller, es la que tiene por título "La Campana."

Es una grandiosa y bella oda, donde las ideas filosóficas se maridan hábilmente con el movimiento espontáneo de la inspiracion, es un variado cuadro donde todo se pinta bajo una forma plástica. Retsch ha traducido este poema, con su admirable inteligencia de artista, ayudado de su maravilloso lápiz. Pero á la verdad, al escoger esta composicion, el pintor no pudo hacer más que traducir; el poeta lo habia inventado completamente.

Alrededor del ardiente horno, del cual el bronce se va á precipitar en el molde que lo espera, el maestro reúne á sus obreros y los anima al trabajo con su palabra llena de esperanzas. Al aspecto de la campana que bien pronto va á ser fundida, el autor de la Oda recuerda todas las emociones que el sonido de la campana despierta en el corazon, y

desarrolla, sucesiva y paulatinamente, las diferentes escenas de la vida en las cuales la campana hace oír sus sonos como un canto de alegría ó como un himno de dolor.

"La Campana es la que celebra, con sus armoniosos sonidos, el día que el infante viene al mundo y reposa aun en los brazos del sueño. Para él, el bueno ó mal destino está todavía oculto bajo el velo del porvenir, y la ternura inquieta de una madre vela sobre su dorada mañana. Pero los años huyen con la velocidad de una flecha. El niño se escapa con arrogancia del círculo de las niñas. Impetuoso se precipita en los torbellinos de la vida; mide el mundo con su baston de viajero; despues vuelve como un extranjero al hogar paterno y observa á la jóven adornada con todo el esplendor de la edad; la jóven tímida y pudorosa, semejante á una vírgen del cielo. Entonces siente elevarse en el fondo de su alma un deseo vago y sin nombre; vá errante por la soledad, llora á escondidas, se aleja de las reuniones bulliciosas para seguir las huellas de la que acaba de vislumbrar. Él la busca en la pradera y se halla feliz con su mirada, orgulloso con su amor."

"Bien pronto conduce al altar á la que ha elegido. La campana anuncia á los amigos esta deseada union. Hélo allí, rey de su casa, esposo y despues padre de familia. Tiene ocupaciones serias, zozobras por el bienestar de aquellos que le rodean. Él siembra sus campos, y prepara su cosecha. Durante este tiempo la mujer educa los hijos, y con su trabajo vigilante hila la lana de su oveja ó teje el lino, y el éxito corona sus esfuerzos; el sol dora las espigas del trigo; los caballos conducen á la granja el carro de las mieses, pesadamente cargado, y los árboles se inclinan bajo el peso de las frutas."

"Desdicha! ¡Desdicha sin igual en medio de esta prosperidad naciente! De pronto la Campana hace oír su son siniestro; sí; el toque de rebato llama á los habitantes de la aldea al socorro de la quinta que el incendio devorará. Sí; de entre las sombras espesas de la noche se ven surgir centellantes lenguas de fuego que ya han consumido toda una habitacion y amenazan extenderse más lejos. El pobre padre de familia vé con angustia las ruinas de su pasada fortuna. Sin embargo, en medio de este desastre le queda todavía un consuelo: cuenta todas las personas que le son queridas y se regocija al ver que no falta ninguna."

"Pero una nueva calamidad le espera aún."

"En lo alto de la torre de la iglesia, la Campana se mece lentamente y suena un

cántico de muerte. Estos sonidos lúgubres acompañan al peregrino á su última morada. Ay! es una esposa querida, es una madre adorada que la terrible reina de las sombras arranca de los brazos de su esposo y del seno de los niños, que ella llevaba sobre su corazón, y que miraba con dulce alegría crecer en torno suyo. Los lazos de esta familia para siempre están rotos porque la madre se ha ido á otro mundo mejor, y siempre se echará de menos su vigilante mirada y sus cuidados maternales; y la extraña que la reemplazare cerca de los niños huérfanos, al entrar en casa no llevará consigo la alegría."

"Después de estas escenas de luto, la Campana se mueve de nuevo y no despierta en el fondo del alma sino un sentimiento apacible. Cuán dulce es el oír la por la tarde, en el silencio del valle, cuando llega la hora del reposo, ó en el Domingo cuando llama á los habitantes de la aldea para reunirse cabe la vetusta iglesia! Pero ¡qué ruido siniestro, cuando el hierro de la discordia brilla en el recinto de las ciudades! Entonces la rebelión se apodera de las campanas y les comunica un sonido aterrador. El bronce consagrado á los acordes apacibles, se convierte en el instrumento de la fuerza."

"Corred, corred, oh mis compañeros, bauticemos nuestra Campana y demosla el nombre de Concordia. Que solo sirva para reunir la comunidad social en lazos afectuosos y en pacíficas asambleas."

Schiller escribió esta oda en el año 1799, seis antes de su muerte.

Amor á la Pátria.

Dichoso el que nunca ha visto
Mas río que el de su pátria,
Y duerme anciano á la sombra
De pequenuelo jugaba.

LISTA.

En una hermosa mañana del mes de Mayo, cuando apenas comenzaba el alba á blanquear el oriente, nos dirigimos hácia las riberas del Genil, para contemplar desde ellas el magnífico panorama que presenta Granada, último baluarte de la dominación sarracena en España. Las orillas de este poético río, y la cercanía de sus aguas, el ambiente perfumado que allí se respira y el contacto de aquella tierra clásica, pusieron nuestra alma en un estado que no se puede

definir. Dominado por un profundo éxtasis, durante el cual nuestra imaginación recorría el cuadro inmenso de nuestra historia, y recordaba los nombres ilustres de los elevados personajes cuyos hidalgos hechos se repetirán de edad en edad, mientras viva la gran nación de héroes castellanos, no hubiéramos acertado á salir de él, si la voz de un hombre que nos observaba no hubiese despertado en nosotros pensamientos de más alta consideración.

—Qué os parece mi pátria? preguntaba aquel hombre, como poseído de cariñosos recuerdos, que hacían brotar de sus labios una sonrisa de gozo.

—Un paraíso oriental, respondimos á nuestro interlocutor.

Porque en efecto, en aquel ameno lugar, la naturaleza parece haber reunido todos sus encantos. Allí en largas praderas, por donde serpentean las aguas del río, se forman paseos deliciosos á la sombra de las copas de los árboles; el lirio, la florida retama y el narciso son agradable esmalte de la tierra; mil plantas olorosas exhalan suavísimos aromas en los aires, que se mezclan con los armoniosos trinos de ruiseñores y calandrias; una larga cadena de montañas embellece tan pintoresco paisaje, y elevados peñascos de nieve forman á lo lejos el término del horizonte.

—Si tantos atractivos tiene para el extranjero, añadió nuestro colega, ¿cuáles no tendrá para el que vió deslizarse en ellas sus primeros años? Oh! este amor que profesamos al lugar en donde se respiraron los primeros albores de la vida, es cosa que resiste el análisis. Si es húmedo amamos sus nieblas, si seco sus áuras ardientes, si quebrado sus riscos y torrentes, si abierto sus campos y llanadas. No se sabe si entra por mucho el alma, ó por mucho también el cuerpo en aquel cariño; si la vista enamorada de los paisajes, si el oído halla armonías en todos los ruidos que allí reinan, si el olfato no encuentra aromas fuera de los perfumes que tiene acostumbrados; ó bien si la mente ve allí en todo cuanto la circunda un caudal de pensamientos que en vano buscaría en otra parte.

Sentimos no poder recordar todas las frases que escaparon de los labios de aquel hombre, que contemplaba con nosotros la ciudad que le había visto nacer. Después de una ausencia de treinta años volvía al lugar en donde se deslizaron sus días mas hermosos. Alguna vez la tristeza nublaba su frente al considerar los cambios que la mano del hombre ó la del tiempo había ocasionado en el

hogar doméstico. En vano buscaban sus ojos la cabaña del anciano que había dirigido su infancia con las máximas de la sabiduría, y la tierna nodriza que le había servido de segunda madre. En lontananza descubre la iglesia donde recibió las primeras nociones de la ley divina, de la esperanza cristiana y de la verdadera dignidad del hombre. Pensamientos melancólicos ocupan su mente á la vista del techo paterno. El silencio reinaba allí; los perros no salen á su encuentro; la torre, que un día resonaba con el batido de las alas y el arrullo de las blancas palomas, no repite sino el graznido monótono de las aves parásitas. Aun cree escuchar su corazón la sonrisa de una madre, los sábios consejos de un padre, los inocentes halagos de una cariñosa hermana y su infantil algazara de los compañeros de la infancia.

Tales eran las diversas emociones de aquel que después de una larga ausencia, vuelve al lugar do acariciaron las áuras los primeros instantes de su vida.

Los filósofos como los poetas pagaron su tributo al amor pátrio en sentencias y cánticos; pero solo la influencia de una ley providencial, puede explicar victoriosamente ese instinto que nos arrastra al amor de nuestro suelo. Esa ley providencial no es otra que la gratitud, el reconocimiento.

La religión ha sancionado este amor. Porque los grandes sentimientos del alma religiosa, lejos de excluir en nosotros el amor á la pátria lo confirman é inflaman. También Jesucristo amó á su pátria, pues murió por ella, y muchos expositores sagrados meditando la frase del evangelista que *Jesús había demorir por la nación* (1) creyeron que Jesús al morir por todo el género humano, guardó en el Calvario una mirada particular para su pátria. Y la víspera de su muerte, al subir al monte de las Olivas y al ver la triste Jerusalem, lloró por ella, para demostrar que el amor á la pátria debe existir siempre y hasta la muerte en toda alma honrada y cristiana.

GABRIEL SEVILLANO.

Mi opinion.

Costumbre es admitida y uso llano
En una sociedad el dar la mano,
Pero esta moda fina y elegante

(1) *Jesús moriturus erat pro gente.* S. Joan. cap. II. vers. 51.

Si la exageras, cántala chocante.
Si vas á una reunion
Y á todas las personas del salon
La mano les vas dando una por una,
Ya la costumbre raya en importuna.
Sin otra consecuencia
Sobra con que se agote la paciencia:
No sé si mi opinion es buena ó mala,
Pero yo, si penetro en una sala,
Solamente, aunque digan *no es urbano,*
Al dueño de la casa doy la mano.

Otra opinion.

La extrema urbanidad y cortesía
Agota y causa la paciencia mia.
Figúrate, lector, y es un ejemplo,
Que entrar queremos en palacio ó templo,
O en una alcoba, ó sala ó gabinete,
Y que vamos por junto seis ó siete.
¿No es un feroz y bárbaro tormento
El pesado y molesto cumplimiento
De.... —Pase V. primero.
—No puedo permitirlo, caballero.
—Tenga V. la bondad.—Haga el favor.
—De ninguna manera.—No señor.....
Así pasan las horas
Galanes y señoras,
Estando casi todos convencidos
De lo necios que son tales cumplidos.
A dar voy un consejo,
Y mírese quien quiera en este espejo.
Si te indican que pases tú delante,
No te hagas de rogar, pasa al instante.

MARIANO PARDO.

Escenas entre dos Majos de frac, antes y después de las elecciones.

LA ACCION SUCEDE EN LA CHINA.

D. Cirilo.

Al pretender ese cargo,
no lo pensó usted, don Pedro.
¿Juzga usted que es cosa leve
desempeñar ese puesto?
Que no vá á pisar usted
resbaladizo terreno?

D. Pedro.

Lo sé; mas me sacrifico
por el bienestar del pueblo.
—Usted es hombre ocupado;
y aunque bullidor, travieso,
para sus propios negocios
¡es claro! le falta el tiempo.
Y no considera usted,
que es acción de majadero
el abandonar lo propio

para gobernar lo ageno?
 —Lo sé; mas me sacrifico
 por el bienestar del pueblo.
 Es destino trabajoso,
 comprometido y sin sueldo.
 —Mire usted que son precisos
 probidad, saber, talento,
 actividad incansable,
 rectitud y don de acierto.
 Si una sola de estas cosas,
 llegase á faltar, don Pedro...
 vamos, piénselo despacio:
 soy su amigo, y se lo ruego.
 —Lo tengo pensado todo:
 y... al decirlo me enternezco:
 yo me ofrezco humilde víctima
 por el bienestar del pueblo.
 —Pero, señor, ¿cómo ó dónde
 se ha inflamado en ese zelo?
 Ayer panista, hoy patriota...
 ¿si lo miro y no lo creo!
 ¿Pretende ser diputado
 por sacar el vientre lleno?
 ¿Busca usted alguna cruz?
 ¿Es afecto al mangoneo?
 —¿Cállese usted, don Cirilo!
 Hasta encarnado me he puesto!
 Si soy yo tan ruboroso...
 ¿Yo cruces, yo bailoteos?
 Lejos de mí tales cosas;
 soy casado y callos tengo.
 Lo único que me entusiasma
 es el bienestar del pueblo. (Vase.)

D. Cirilo solo. (Mientras habla suena música de violon.)

Quizá estaré equivocado:
 ese entusiasmo... ese fuego...
 Obra Dios milagros tales,
 que no hay más sino creerlos.
 Se ha transformado... es un Bruto:
 su fervor lo tiene ciego:
 es mucha su abnegación
 por servir al triste pueblo:
 ¡ir á abandonar lo propio
 para cuidar de lo ageno!
 Vamos!... don Pedro es un santo,
 es un santo este don Pedro.
 Dios, que tan alto lo inspira,
 lo lleve á seguro puerto.

D. Cirilo y D. Pedro. (Han pasado algunos meses.)

—Felices, don Pedro amigo.
 —Don Pedro dijo... ¡oh vergüenza! (ap.)
 Don Cirilo, usted ignora
 tal vez que tengo excelencia?
 Esta placa, mi alto puesto,
 bien claro lo manifiestan.
 —Me engañé, mas le suplico
 que me perdone vuesencia.
 Vengo á hablarle de ese pueblo,
 por quien tanto se interesa.
 —Déjeme de populacho
 que ya me carga y me apesta.
 ¿Quién piensa en esos perdidos
 cuando tanto afan le cerca?

No puedo, me falta tiempo:
 el baile de la marquesa...
 el besamanos de... vaya!
 el banquete de ¡friolera!
 Y luego si llega tarde
 esa carretela nueva...
 Ah! y ahora estoy labrando
 unas casas, que me cuestan...
 ¡oh pueblo! mira tu víctima
 que solo tu bien desea!
 —Pues, populacho hace poco
 que le llamaba vuesencia.
 —Perdona, Cirilo amigo:
 con las públicas tareas
 ni sé lo que estoy diciendo,
 se me aturde la cabeza.
 Con que, Cirillito, adios.
 —Vaya con Dios su grandeza,
 usía, su santidad,
 su magestad, su eminencia.

D. Cirilo solo.

Aprended, flores, de mí,
 las mutaciones del tiempo.
 Y yo, necio, le decía,
 cuidado con el empleo,
 mire usted que se arruina,
 piénselo usted bien, don Pedro.
 Y contestaba el tunante
 con los ojos en el suelo:
 lo sé; mas me sacrifico
 por el bienestar del pueblo.
 Con tantas cintas y cruces
 es un retablo su pecho:
 vá á los bailes... labra fincas...
 banquetes... coches... jaleos...
 y lo hace todo, no hay duda,
 solo por servir al pueblo.
 ¿Qué bien cuadran á este pillo
 del gran Calderon los versos!
 "Yo conocí á un tal por cuál
 "que á cierto conde servía,
 "y Sotillo se decía:
 "creció un poco su caudal,
 "salió de misero y roto,
 "hizo una ausencia de un mes,
 "conoció yo despues
 "y ya se llamaba Soto.
 "Vino á fortuna mejor,
 "(era su nombre de gonces),
 "hízose rico, y entonces
 "se llamó Sotomayor."

(PAUSA.)

Qué lástima de garrote
 arrinconado por grueso!
 ¿De qué sirven los presidios
 si estos nenes andan sueltos?
 Semejantes servidores
 son los amos verdaderos:
 ¡quítate las telarañas
 de los ojos, pobre pueblo!

NARCISO CAMPILLO.

VARIEDADES.

Ha muerto recientemente en los alrededores de Melun en Francia, un viajero general retirado, que estaba consagrado del todo á sus conciudadanos, á las buenas obras y á Dios.

Cuéntase de este hombre, modelo de virtud en medio de su gloria y de sus grandes bienes, una expresion sublime.

En una de las más sangrientas batallas del Imperio en que habia tomado parte, una bala le atravesó una pierna é hízose necesario amputársela.

Púsose manos á tan dolorosa operacion, y el general se mantuvo con el rostro tan sereno é impassible como solia estarlo frente al enemigo.

Al mismo tiempo tendió su vista á un rincón de la tienda de campaña, y percibió á su asistente, que estaba derramando copiosas lágrimas en el colmo de la desesperacion.

José, le dijo, por qué lloras? No seas tonto, alégrate; de aquí en adelante no tendrás que embetunar mas que una bota.

En un pueblo de cuyo nombre no queremos acordarnos, sucedió que el primer día de feria estuvo completamente desanimado. Ni asistió un alma de los pueblos próximos, ni se vendió un mal pollino, ni hubo gusto para nada en el tal villorrio, en vista del infeliz resultado del primer día de feria.

Pero fuese casualidad ó qué sé yo, lo cierto fué que en el segundo aconteció todo lo contrario. La gente acudió á bandadas de todas partes, se hicieron magnificas ventas, y todo vino á pedir de boca: lo mismo se presentó el tercero y último dia.

Al año siguiente, el alcalde que era hombre de mucho meollo, como verán los lectores, llamó la atencion de los hijos del pueblo, diciéndoles que estando para llegar la feria de marras, se hacia indispensable poner los medios convenientes, para evitar lo que en el año anterior habia tenido lugar el primer dia de los tres susodichos.

Agradó á sus compañeros sobremane-

ra el recuerdo, y le manifestaron propusiese lo que en su preclaro talento y reconocida ilustracion creyese más oportuno para conjurar el conflicto.

El tal alcalde abrió su soberana boca y propuso una medida que todos aprobaron por unanimidad.

Seis dias despues, al frente de los artículos que aparecieron en el bando de buen gobierno para la feria próxima, bando que se hizo repartir profusamente por todos los alrededores, campeaba la siguiente advertencia con letras como puños:

En virtud de disposicion superior del señor alcalde de esta villa, dará principio la feria este año por el segundo dia.

Consultábame el otro dia un padre que no le sobra nada de lo de Salomon, acerca de la educacion de su hijo y de la carrera que deberia seguir.

Yo le habia propuesto varias, pero ninguna le parecia bien; el arquitecto, decia, es un albañil ilustrado; el farmacéutico es un tendero mas; el médico es sinónimo de enterrador; abogado es lo mismo que embrollon, etc. etc.

—Pues bien, ¿qué quiere V. que sepa su hijo?

—Hombre, me dijo, yo quisiera que supiera un poco de todo; que tuviese una tintura de las lenguas latina y griega; una tintura de historia y geografia; una tintura de dibujo; una tintura de matemáticas; pero yo no sé á dónde llevarle para conseguir esto.

—Pues es muy sencillo: para lograr que el muchacho reciba tantas tinturas, en ninguna parte estará mejor que en una tintoreria.

Habiendo sido convidado á comer Mozart y Haydn, el primero que era un compañero muy alegre y gran arficionado al Champagne, dijo á Haydn:

—Apuesto seis botellas de Champagne á que compongo un trozo de música que no tocáis de repente.

—Acepto la apuesta, respondió el maestro riendo.

Mozart se dirigió al pupitre, borrajó algunas notas y las presentó á Hayden.

Admirado este de la facilidad de la

composicion, se puso al piano exclamando:

—Mozart tiene indigestion de dinero y quiere pagar Campagne.

—Eso es lo que vamos á ver, respondió este frotándose las manos.

De pronto Haydn, despues de haber preludiado, se detuvo.

—¿Cómo quereis que yo toque esto? exclamó; mis dos manos deben abrazar los dos extremos del piano, y al mismo tiempo hay justamente que tocar una nota que está en el centro.

—¿Eso os detiene? Pues bien, vereis; respondió Mozart poniéndose al piano.

Y en efecto, se pone á preludiar. Llegado que hubo al famoso pasaje, Mozart sin pararse toca la nota del centro con su nariz en la tecla. Todo el mundo se echó á reir.

Ahora bien; Haydn era chato, mientras Mozart tenia la nariz muy larga.

Haydn pagó, pues, la exigüidad de su protuberancia nasal, con seis botellas de Champagne.

Hablando del famoso crítico francés Julio Janin, dice un articulista:

Conozco yo á un escritor español que estuvo á visitarle.

—V. es el rey de la crítica, le dijo.

—Así parece, contestó.

—Si V. hablara de un libro que he publicado me haria V. un gran favor.

—No tengo inconveniente.

—En ese caso le enviaré á V. el libro y le doy gracias anticipadas.

Al dia siguiente recibió el libro de manos de su autor, y le saludó con una sonrisa de indiferencia.

Pasaron dias y dias.

El autor visitaba á Janin; este le hablaba de todo menos de su libro.

El bombo prometido no parecia.

Al fin se decidió el autor á interpe-
larle.

—Tiene V. razon.... me he olvidado, contestó el crítico.... Mi memoria es tan infeliz, que necesito algun recuerdo. En prueba de ello le contaré á V. una cosa. Un escritor americano me pidió el mismo favor que V.; me entregó el libro, empecé á hojearle, y ví que las cubiertas tenian cartera en la parte inferior. "¿Qué encuadernacion tan original!" exclamé, y registrando aquellos inexperados bolsillos encontré en cada uno un billete de 100 francos. ¿Cómo olvidar esta circunstancia?

—¿Habló V. de él?

—Ya lo creo; como que era un libro que valia... ¡Doscientos francos!

Por acá aun no estamos tan *ilustrados*.

Un gran nombre adquirido sin méritos se parece á la efígie de un rey grabada en un céntimo.

De dos maneras se puede manifestar la buena educacion y finura en sociedad; en la manera de hablar y en la manera de escuchar.

La imágen más acabada de la sociedad es un campo próximo á ser segado: las espigas más vacías y los talentos más raquíticos son los que alzan orgullosamente la cabeza.

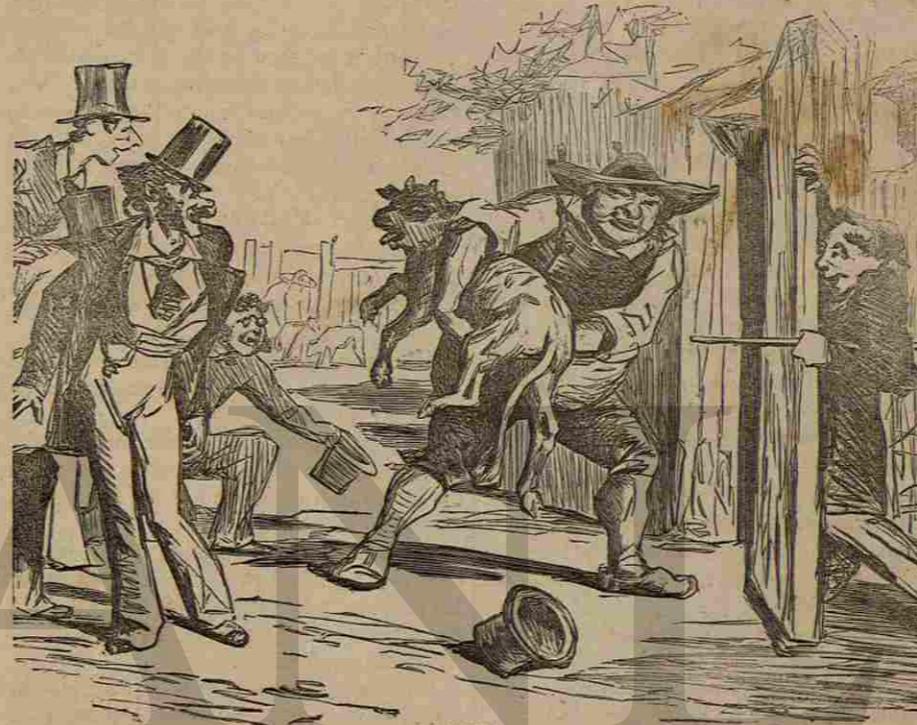
Sucede al consuelo con los affigidos lo que á la medicina con los enfermos: unos lo buscan y otros lo rechazan.

Cuanda el hombre se deja llevar de la cólera no debe ni hablar ni obrar: vuelta la calma al corazon se alegrará de no haber obrado ni hablado.

Menos cuesta reportar una victoria sobre el enemigo, que vencerse á sí propio.

Si amas la vida, no disipes el tiempo, porque la vida acaba.

PARTE ILUSTRADA.



Hoy que no lidia en el campo

la gente de alearnia rancia,

dá de su valor señales

en tauromáquicas plazas.

Por eso para el encierro

se juntan con algazara,

preparando una corrida

en obsequio de las damas.

Van encerrando el ganado

que por su edad y su talla,

hasta los chiqueros viene

cual niño en brazos del ama.

El ama aquí es el tío Pedro,

como lo pinta la lámina,

bajo el brazo su novillo

que como cordero bala.

Y al ver tío Pedro á los cursis

dice con mucha cachaza:

"Señores, hayga cudio,

no pase alguna esgrasia."

composicion, se puso al piano exclamando:

—Mozart tiene indigestion de dinero y quiere pagar Campagne.

—Eso es lo que vamos á ver, respondió este frotándose las manos.

De pronto Haydn, despues de haber preludiado, se detuvo.

—¿Cómo quereis que yo toque esto? exclamó; mis dos manos deben abrazar los dos extremos del piano, y al mismo tiempo hay justamente que tocar una nota que está en el centro.

—¿Eso os detiene? Pues bien, vereis; respondió Mozart poniéndose al piano.

Y en efecto, se pone á preludiar. Llegado que hubo al famoso pasaje, Mozart sin pararse toca la nota del centro con su nariz en la tecla. Todo el mundo se echó á reir.

Ahora bien; Haydn era chato, mientras Mozart tenia la nariz muy larga.

Haydn pagó, pues, la exigüidad de su protuberancia nasal, con seis botellas de Champagne.

Hablando del famoso crítico francés Julio Janin, dice un articulista:

Conozco yo á un escritor español que estuvo á visitarle.

—V. es el rey de la crítica, le dijo.

—Así parece, contestó.

—Si V. hablara de un libro que he publicado me haria V. un gran favor.

—No tengo inconveniente.

—En ese caso le enviaré á V. el libro y le doy gracias anticipadas.

Al dia siguiente recibió el libro de manos de su autor, y le saludó con una sonrisa de indiferencia.

Pasaron dias y dias.

El autor visitaba á Janin; este le hablaba de todo menos de su libro.

El bombo prometido no parecia.

Al fin se decidió el autor á interpe-
larle.

—Tiene V. razon.... me he olvidado, contestó el crítico.... Mi memoria es tan infeliz, que necesito algun recuerdo. En prueba de ello le contaré á V. una cosa. Un escritor americano me pidió el mismo favor que V.; me entregó el libro, empecé á hojearle, y ví que las cubiertas tenian cartera en la parte inferior. "¿Qué encuadernacion tan original!" exclamé, y registrando aquellos inexperados bolsillos encontré en cada uno un billete de 100 francos. ¿Cómo olvidar esta circunstancia?

—¿Habló V. de él?

—Ya lo creo; como que era un libro que valia... ¡Doscientos francos!

Por acá aun no estamos tan *ilustrados*.

Un gran nombre adquirido sin méritos se parece á la efígie de un rey grabada en un céntimo.

De dos maneras se puede manifestar la buena educacion y finura en sociedad; en la manera de hablar y en la manera de escuchar.

La imágen más acabada de la sociedad es un campo próximo á ser segado: las espigas más vacías y los talentos más raquíticos son los que alzan orgullosamente la cabeza.

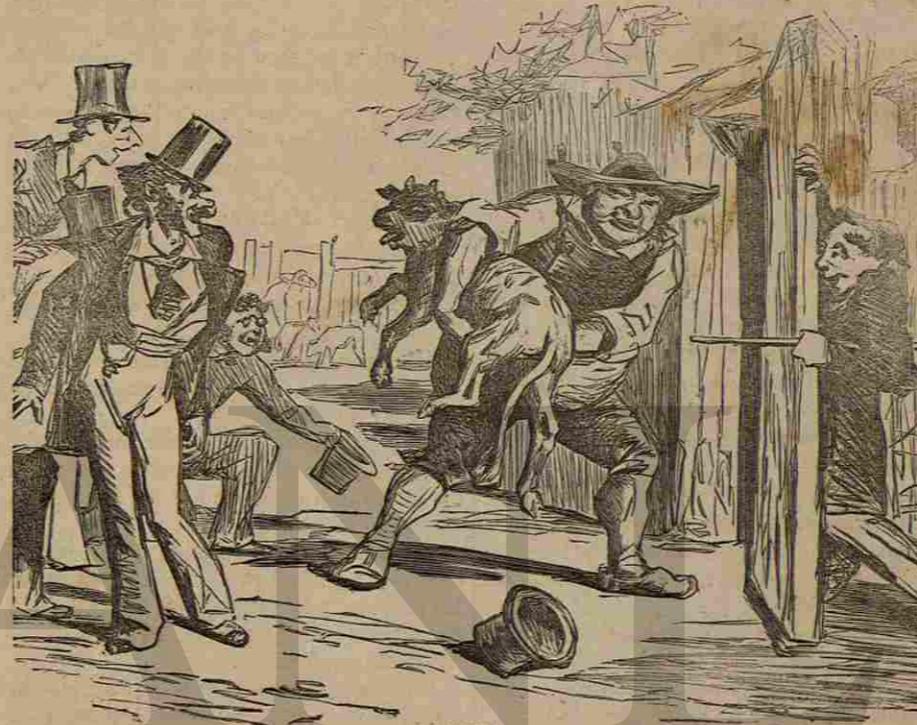
Sucede al consuelo con los affigidos lo que á la medicina con los enfermos: unos lo buscan y otros lo rechazan.

Cuanda el hombre se deja llevar de la cólera no debe ni hablar ni obrar: vuelta la calma al corazon se alegrará de no haber obrado ni hablado.

Menos cuesta reportar una victoria sobre el enemigo, que vencerse á sí propio.

Si amas la vida, no disipes el tiempo, porque la vida acaba.

PARTE ILUSTRADA.



Hoy que no lidia en el campo

la gente de alearnia rancia,

dá de su valor señales

en taumáquicas plazas.

Por eso para el encierro

se juntan con algazara,

preparando una corrida

en obsequio de las damas.

Van encerrando el ganado

que por su edad y su talla,

hasta los chiqueros viene

cual niño en brazos del ama.

El ama aquí es el tío Pedro,

como lo pinta la lámina,

bajo el brazo su novillo

que como cordero bala.

Y al ver tío Pedro á los cursis

dice con mucha cachaza:

"Señores, hayga cudio,

no pase alguna esgrasia."



—¿A dónde vá esta moza?
 —Vengo del Cármen.
 —¿Quiere V. prenda mia,
 que la acompañe?
 —Detrás, venga el que quiera;
 conmigo, naide.
 —¿Quiéro usté un refresquito,

ó un chocolate?
 —¿Quiere usté irse á la gloria
 y no enfadarme?
 —¿No vé usté mi persona
 que es arrogante?
 —Veo que es usté muy tonto;
 que Dios le ampare.



—Déjeme de palique
 ya son las nueve,
 y de en casa mi ama
 sali á las siete.
 Guardia civi tenemos,
 no me conviene;
 si fuera usté artillero
 entonces..... puede.

—Oiga usté, prenda mia,
 no me desprecie.
 tambien soy artillero
 y acierto siempre.
 —Habla usté muy de veras?
 —Mas que usté cree.
 —Entonces..... esta noche
 saldré á las nueve.

—Mozo, ¿qué hay?—Bistek, roshik, albóndigas, ternera me-
chada, pollos, riñones, pescado frito, en salsa, jamon con guisan-
tes, croquetas...—¿Croquetas, eh? Vé trayendo de todo eso para
haer boer; luego yá pediré otras cosas para comer.

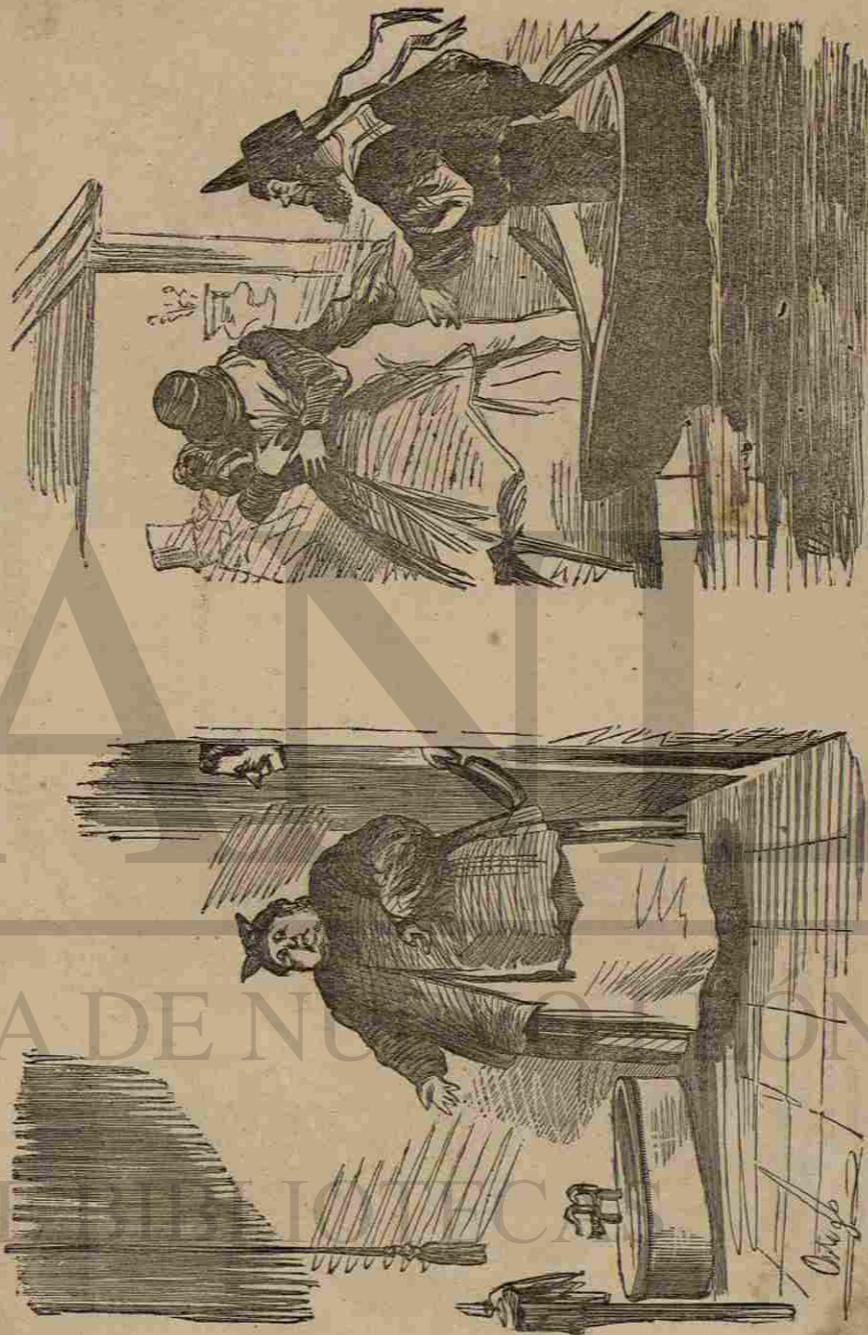


—Trescientos reales!! ¡qué monstruosidad tan monstruosa! Tres-
cientos reales y todavía me he quedado con ganas! No se puede vivir
en Madrid. Mira, hijo, toma la cuentecita y pon debajo un renglon
diciendo que no la pago.



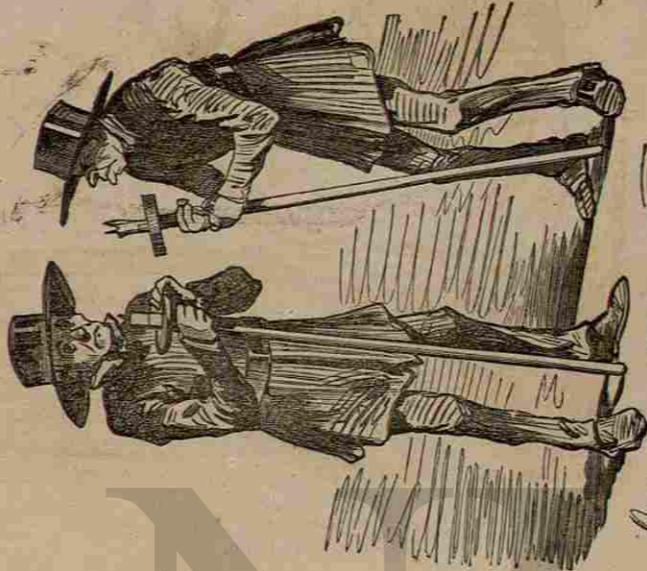
LANCES DE FONDA.

MADRID EN VERANO



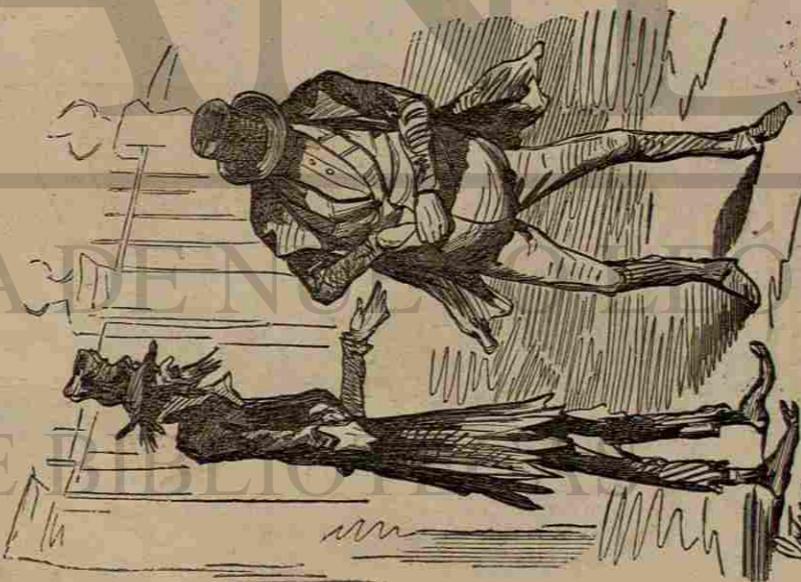
(*Estanque del Retiro.*)
—Adios, mi bien, y vuélveme el sostiago.
—Te escribiré en llegando, si es que llego.

(*En el Baño.*)
—Yo meterme en tal pila, Jesucristol!
—Señora, este es un caso no previsto.



—Al mirarnos con caras de difuntos recogidos por Dios en un hospicio, maldigamos al juego, feo vicio.
—¡Ah! feísimo: sí... para los puntos!

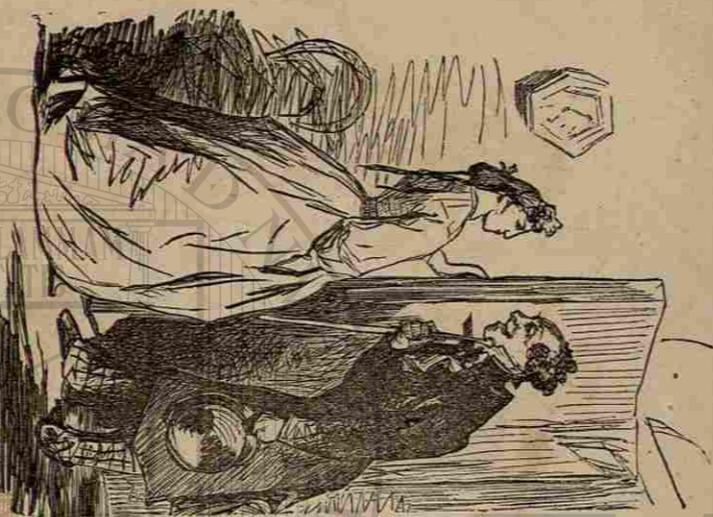
Artista



—Me he arruinado en la Bolsa, caballero: allí perdí el caudal que poseía.

—Démole una limosna, que á fé mía, no hago más que volverte su dinero.

Artista



—Mi esposo salió hace poco: en la oficina estará.

—Tal vez noi quizá regrese...

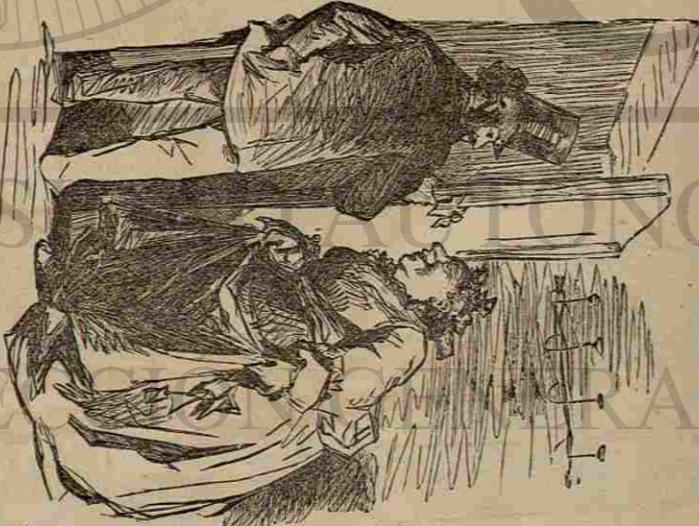
—Y yo le quisiera hablar.

—De fijo está en la oficina.

—Pues, señora, voy allá.

—Esta se olivó la partida, así no me deja entrar.

(Ap.)



—No está aquí mi sobrinito; mas si gusta usted pasar, con la mayor conhuanza lo esperá: no tardará.

—Esta casa es muy de usted: pase usted: lo aguardará.

—¡Qué vejamon tan amable!

—Vado retro, Satanás!



Nadie goza en verano,
sin déndas ni aflicciones,
ni miedo á los ladrones
como la gente del estado llano.

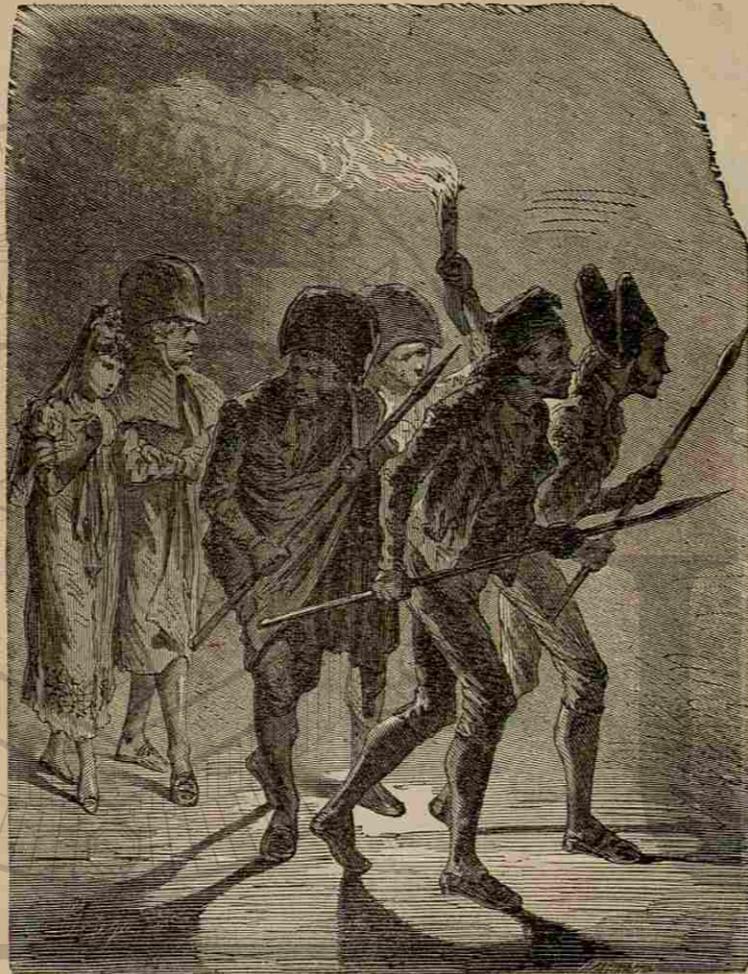


Dicen que el mundo es comedia
que brinda acíbar y miel;
pero el más triste papel
es el de la clase media.



ARISTOCRACIA.

Levántome á las mil como quien soy.
Me lavo: que me vengán á afeitar:
Polvos: venga el vestido verdemar:
Un libro: ya leí: basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy:
Pongan el carruage: á galopar:
Un ratito á la mesa de billar;
Ahora otro rato á mi descanso doy.
De un lado á otro sin cesar vagué:
Yá de noche á mi casa me volví:
Cambié trage: comí: vuelta al café:
A la tertulia: al juego: ya perdí:
A las tantas rendido me acosté....
¿Y esto es un racional? Dicen que sí.
Esto un poeta decía,
Hombre á fé que lo entendí:
mas hoy yá la aristocracia
tiene muy distinta gracia,



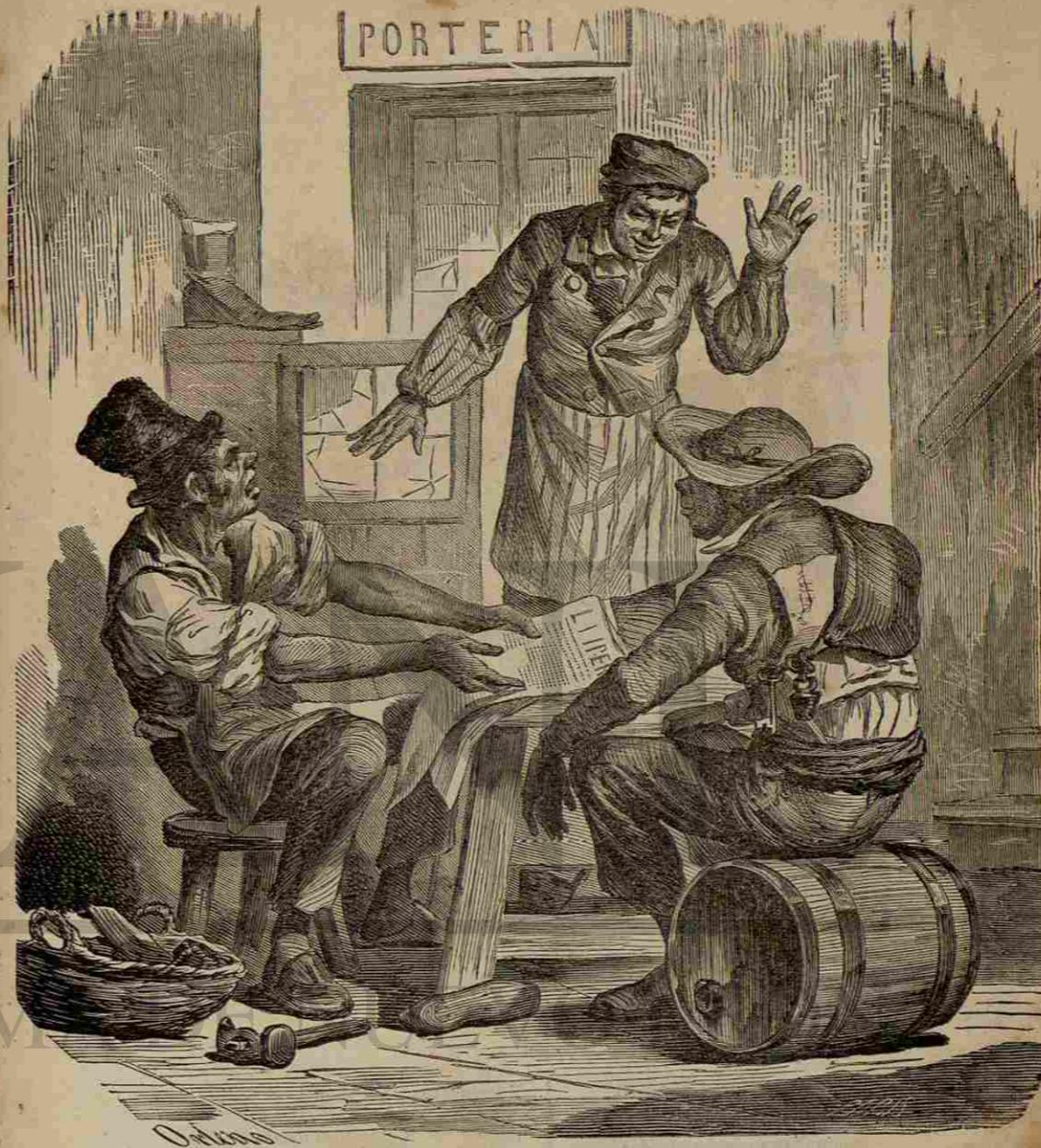
Estas gentes que aquí veis
 con lanzas, chuzos, hachones,
 eran nuestros abuelitos
 á las nueve de la noche.
 ¡Tiempos felices aquellos!
 De las ánimas al toque
 cada mochuelo á su olivo
 por miedo de los ladrones.
 Y si alguno se arriesgaba
 por deber ó por amores
 á salir de su escondrijo,
 salía con guardias dobles.
 ¡Gloria al inventor del gas
 y benditos los faroles



¡Cuán otro de lo pasado
 es hoy Madrid por la noche!
 Las gentes duermen de día,
 y á tiempo que el sol se esconde
 cual los murciélagos salen
 á teatros y á reuniones.
 Y aunque á las tres ó las cuatro
 hácia su morada tornen,
 tienen quien vele por ellos
 y tienen también faroles.
 Dígallo don Caralampio
 que sin prisa ni temores
 marcha bien abrigadito
 con su adorada consorte.



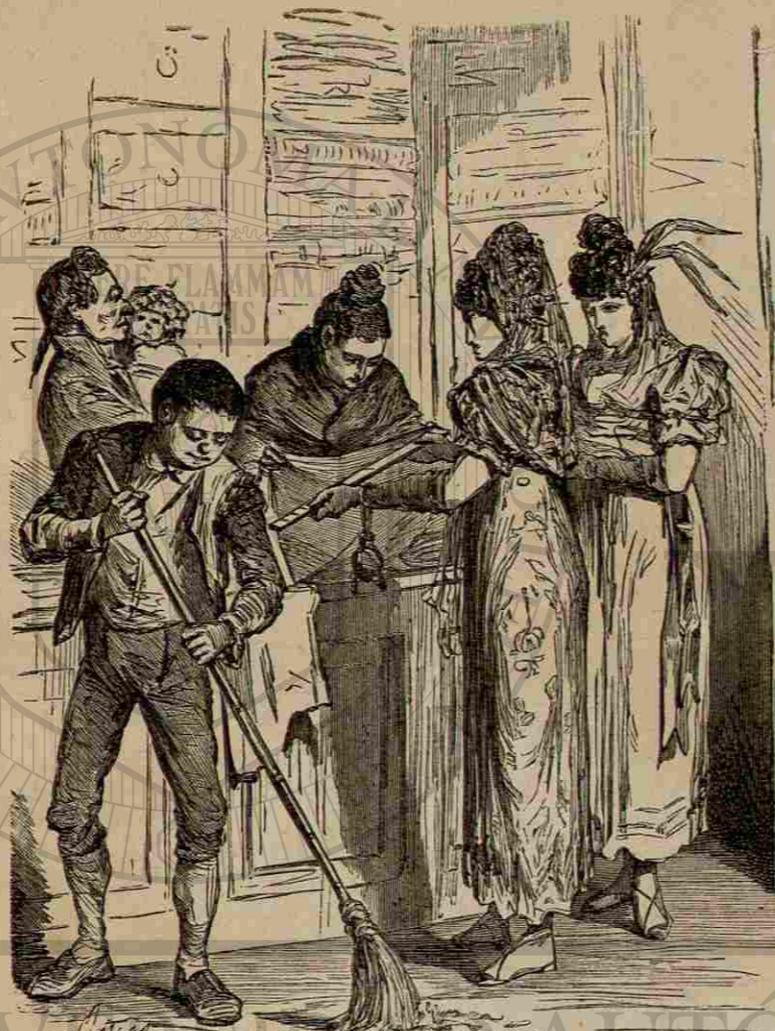
¿Qué delito cometí
con solo nacer, oh cielos?
Así en cuadrúpedo idioma
dice el infeliz becerro.
Mientras tanto su asesino
prepara el agudo hierro,
y le dá diez estocadas
con temor, aunque sin riesgo.
Ya está difunto el novillo,
ya cesó su pataleo,
y apláuden desde los palcos
las damas con sus pañuelos.
Ya se consumó la hazaña
de insigne valor ejemplo:
yá un marqués graba su nombre
en los fastos del torreo.
¡Oh espectáculo glorioso
civilizador y bueno!
Láuros para tí dá España
y la Europa menosprecio.



En un portal muy angosto,
con honores de covacha,
se discute sabiamente
el porvenir de la patria.
Un remendon, un galopo,
y el aguador de la casa
son los tres legisladores
que de tal materia tratan.

El uno quiere que todo
se gobierne con la vara,
que haya trancazos de á folio
y una horca en cada plaza.
Por la Union está el galopo,
convites y mesas francas,
pues que todo cocinero
entonces producto saca.

— Pus yo querer la riepública,
el mansiño gritaba,
la riepública es caliente
y todos beben el ajua.
Esta trinidad de sábios
gobernadores de España,
¿dió algun fruto? Si señor,
puntapiés y bofetadas,



Vengan, señores, y miren del mercader en la tienda cómo el género de moda compraban nuestras abuelas. Era el almacén angosto, oscuro, pobre, sin muestra, sin grandes aparadores, y hasta sin grande limpieza. Entraban las elegantes á comprar de higos á brevas, los lienzos de la Coruña, el tafetan y estameña.

Murmuraban y pagaban en columnaria moneda, que aun era el crédito entonces extranjero en nuestra tierra. Con cinco varas un traje para cinco primaveras. ¡Felices nuestros abuelos con mujeres como aquellas! Pero como en este mundo al fin, todo se compensa, un almacén cada una necesitan ya sus nietas.

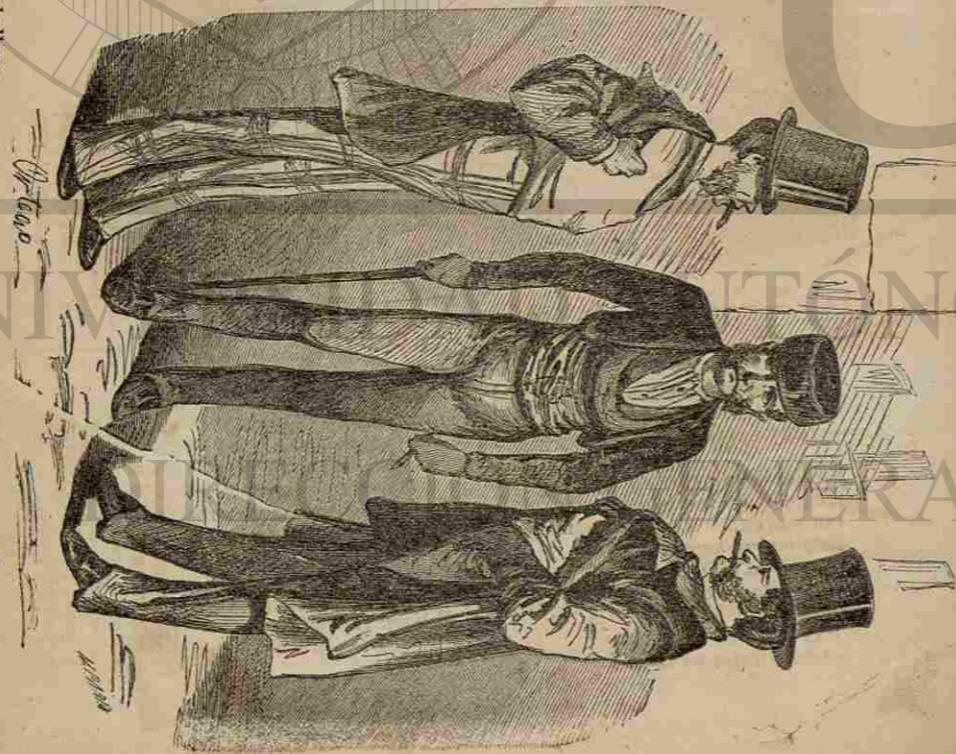
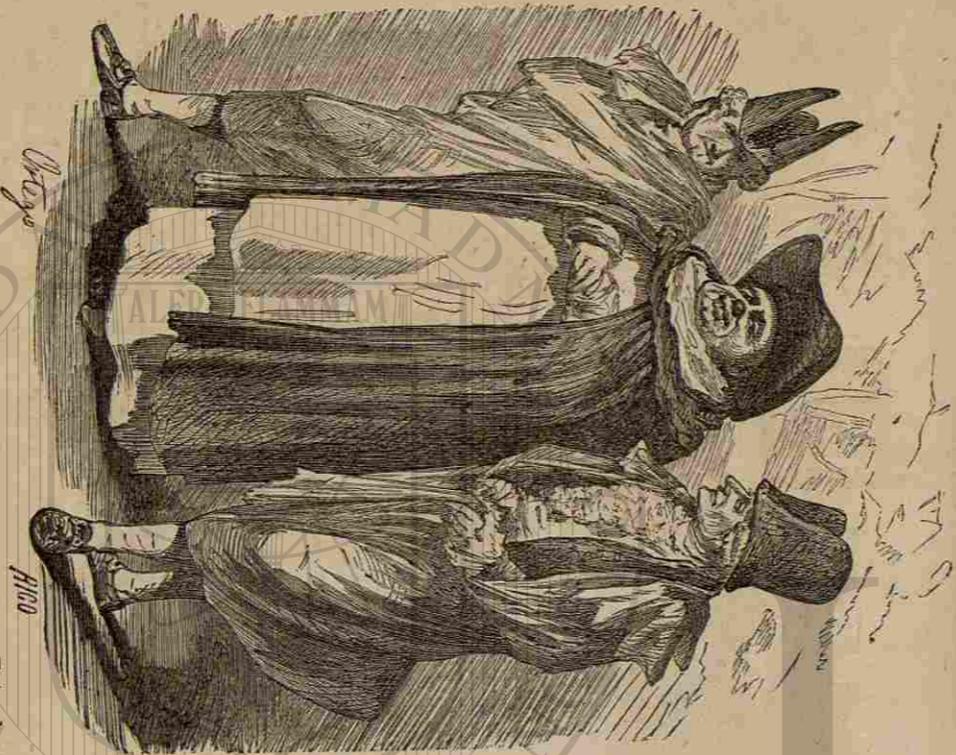


—Felices, Isidorito.
—Felices, Luisita bella.
—¿Hay novedades?

Sublimes, fashionables y extranjeras, porque el confort y elegancia tan solo en París se encierran. Este *moiré marron* claro con aguas á la *duquesa*, viste siempre como *il faut* si con el *foulard* se mezcla. Y es económico: el metro á nueve duros no llega.

—Pues corte usted... nada... no, remítame usted la pieza, el *gró* y el *glasé* de anoche y á mi marido la cuenta. ¿Y qué se dice de nuevo? —Nada que atención merezca. Cinco suicidios, un duelo... el lance de la marquesa... bailes régios y convites... que en el pueblo hay gran miseria... —Felices, Isidorito.
—Felices, Luisita bella.

Entre dos caballeros
ha un cogulla:
hoy llevan a un torero
que los instruya.
Pasen los tiempos
y para algunos quedan
siempre los meninos.



AYER Y HOY.

INFLUENCIA DE LOS CIRCOS EN LAS FAMILIAS.



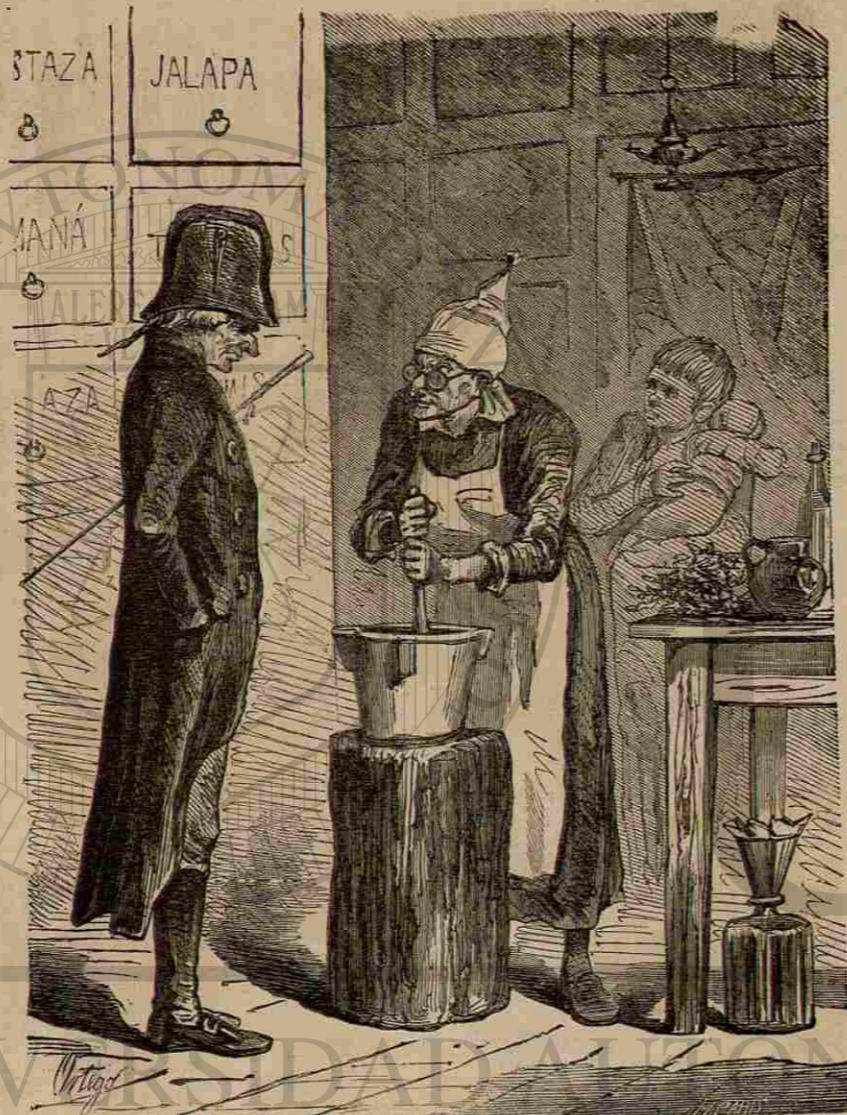
—Ay Jesus, qué es lo que veo?
don Simon, está usted loco?
¿Está usted mal con su vida?
¿Quiere usted quedarse cojo?
—Déjame, Braulta, que ensaye
este paso peligroso.

—Desde que concurre al Circo
don Simon, no le corozco.
—Eso es la musculatura,
el completo desarrollo...
¡oh, si me viera Leotar
reventaba de envidioso.



—Chiquillo, deja esa gata,
mira que te vá á arañar.
—A mí no me araña, porque
la voy á domesticar.
—Como te desouides, niño,
un ojo te vá á saltar.

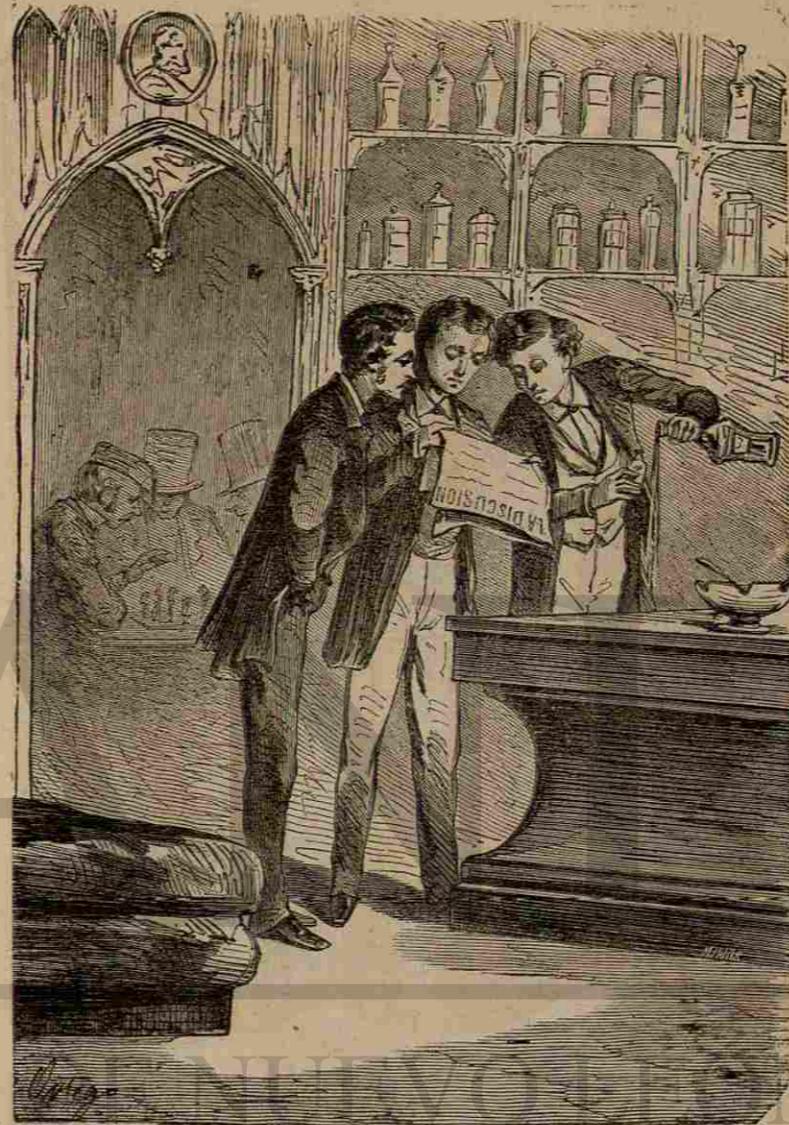
—A cuatro cuartos la entrada,
pronto la podré enseñar.
—Con una mano de azotes
tu padre te arreglará,
irás desde aquí á la escuela,
pero al Circo no irás más.



AYER

— Mi señor don Hermengáudio,
lo digo, créame usted,
este oficio está maldito,
nadie prospera con él.
Siempre mezclando jaropes,
el maná, la hoja de sen,
la mostaza, la jalapa...
y jamás comiendo bien,
ni pudiendo un solo sueño
sin interrupcion tener,
ni ahorrando á pesar de todo
para pasar la vejez.

¡Ay, señor don Hermengáudio,
qué oficio de Lucifer!
— Paciencia, Pascual amigo,
paciencia, ¡qué hemos de hacer!
Cada cuál tiene su cruz
y esa cruz es la de usted.
No todos covachuelistas,
ni ministros pueden ser.
Pues si yo soy sacristan
sé repicar y tañer,
y vendo estampas de santos
y tampoco ando muy bien!



HOY

Ya la botica mugrienta
de antaño desapareció,
tras la nube tenebrosa
mas luciente brilla el sol.
Adios mortero grotesco,
candil ordinario, adios,
adios mandil, compañero
del gorrito de algodón;
yá la botica es farmacia,
el boticario doctor,
los criados son mancebos,
y la trastienda, salón.

Hoy mientras juega allá dentro
al ajedrez el doctor,
sus mancebos elegantes
discuten *La Discusion*,
trastornan de Europa el mapa,
vuelcan á un emperador,
y la redoma que pillan
sufre la misma extorsion.
La suerte siempre es injusta:
¡tener tras un mostrador
á un César, tal vez á un Bruto...
¡qué lástima y qué dolor!



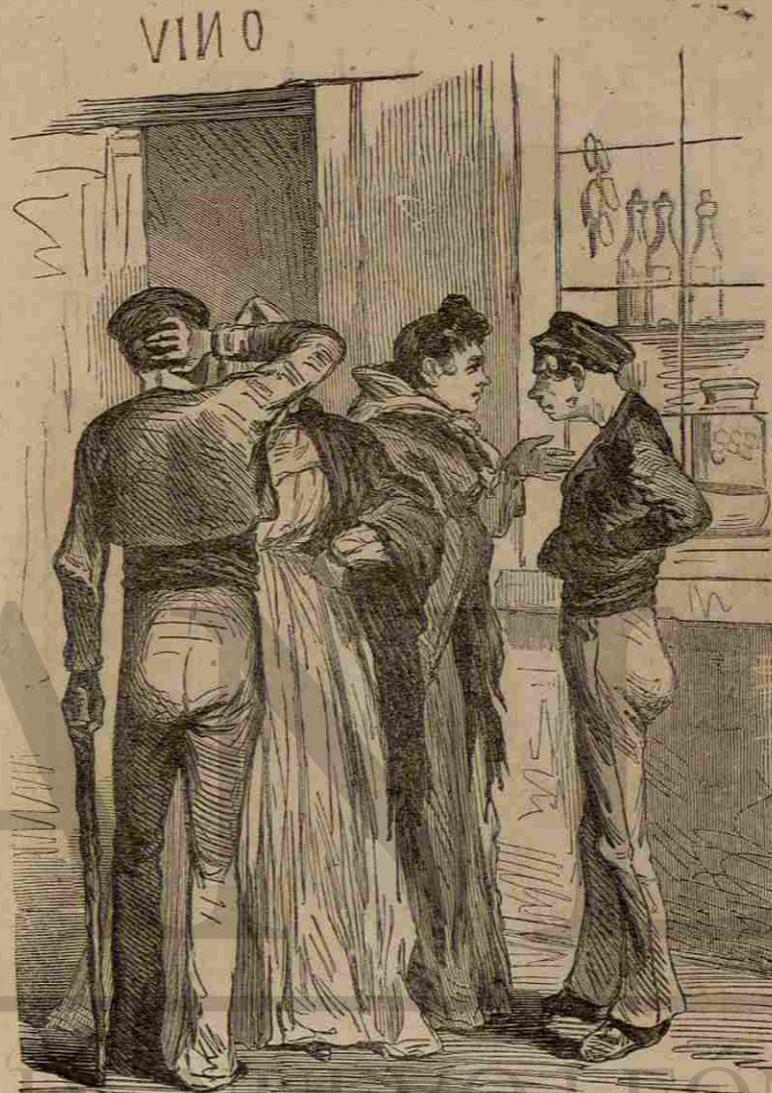
Ortego

PARIS

Toitos virtimas semos
de las mugeres;
contra más las queremos,
menos nos quieren.
Arsa, chiquilla,
viva tu zagalejo,
tambien tus ligas.

En tu jardin, morena,
planté claveles,
y espinas se me han güerto
por tus desdenes.
Seis muy conformes;
si tu jardin dá espinas,
tú matas hombres.

Oyendo estos cantares cierto dia
sintió un vate académico sudores:
y dijo: ¡Cielo santo! qué poesia,
qué guitarra, qué música y qué amores!



Ortego

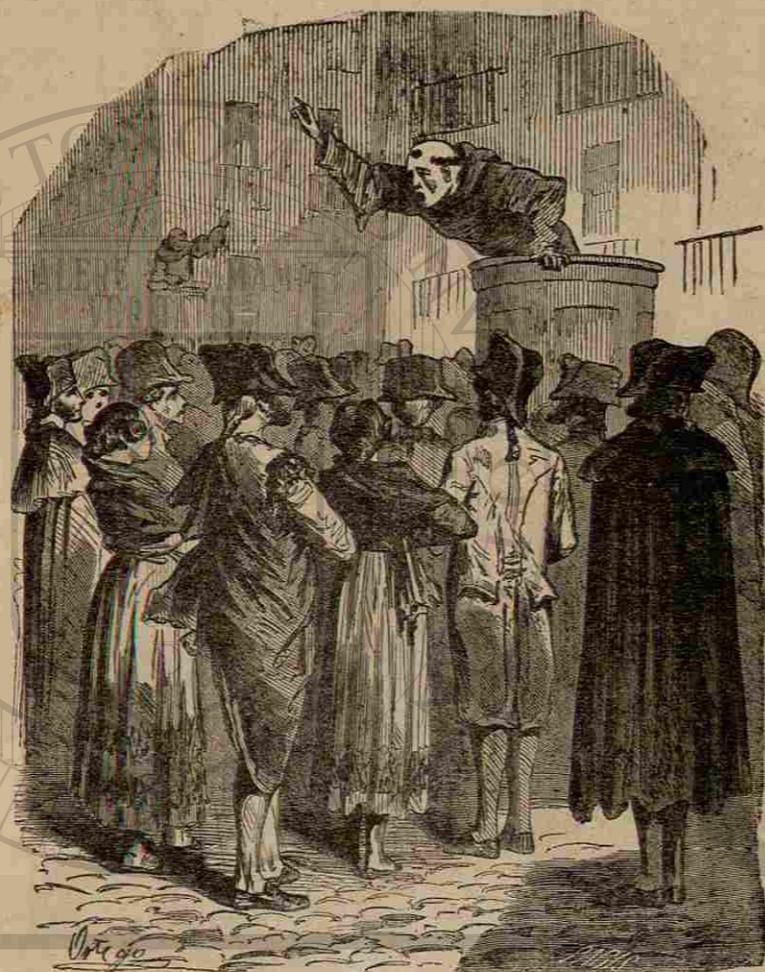
PARIS

AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS.

—Si tú al fin eres mugé,
y no púes nunca ser buena!
¿Me negarás que te vieron
con el tuerto en la pradera?
—Mira Chato, que te engañan.
—¡Qué me han de engañá, embustera!
Tú sí que engañarme quieres,
y te he de cortar la trenza.

—Mira, Chato, soy tu amigo,
y la verdá, me revienta
que entre presonas esentes
armemos estas quimeras.
Oye, Petra, y tú, Catana,
vámonos á la taberna
y echemos algunos vasos
sobre cuestiones y penas.





A YER

Sin duda ninguna creo,
 que eran santos los antiguos.
 De la novena al rosario,
 á piadosos ejercicios,
 al sermón, la cofradía,
 y despues á los toritos;
 que entre col y col lechuga
 dice un refrán, y está escrito.
 Y por si á piedad tan grande
 le faltaba requisito,
 á fé que pagaba el pueblo,
 los bernardos, los franciscos,

gerónimos y cartujos,
 trinitarios y domingos,
 jesuitas, cistercienses,
 mercenarios y agustinos,
 con otras gruesas legiones
 de frailes bien mantenidos.
 Los cuales de plaza en plaza
 con desaforados gritos
 santa moral predicaban
 á los vagos reunidos;
 por eso sin duda alguna
 eran santos los antiguos.



HOY

La historia de Blanca Flor,
 y hazañas de bandoleros,
 la vida de Carlomagno
 cantan hoy los pobres ciegos.
 Oyéndolos se detiene
 con la boca abierta el pueblo,
 y sus romanzones compra
 para repasarlos luego.
 Dejando á veces la historia
 por donaires picarescos,
 con gusto del auditorio
 verdes coplas canta el ciego.

O yá en la Semana Santa
 con gemidos plañideros
 de la pasión de Jesus
 relata tristes sucesos.
 En el ciego guitarrista,
 pobre cantor callejero,
 del antiguo trovador
 miro un confuso recuerdo,
 una desgracia que canta
 al ocioso entreteniendo,
 y que al pueblo pertenece
 y que alivia solo el pueblo.

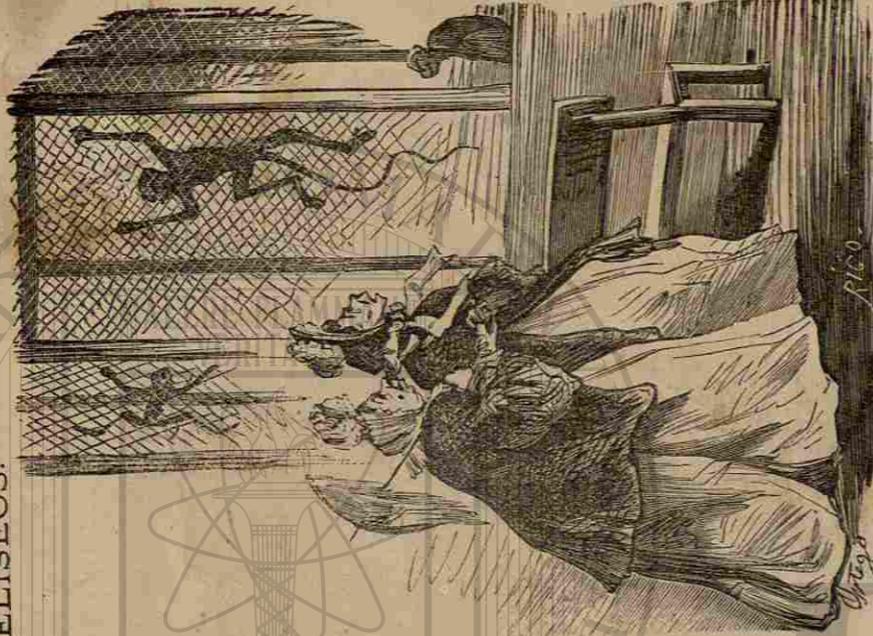


MADRID.—CAMPOS ELISEOS.



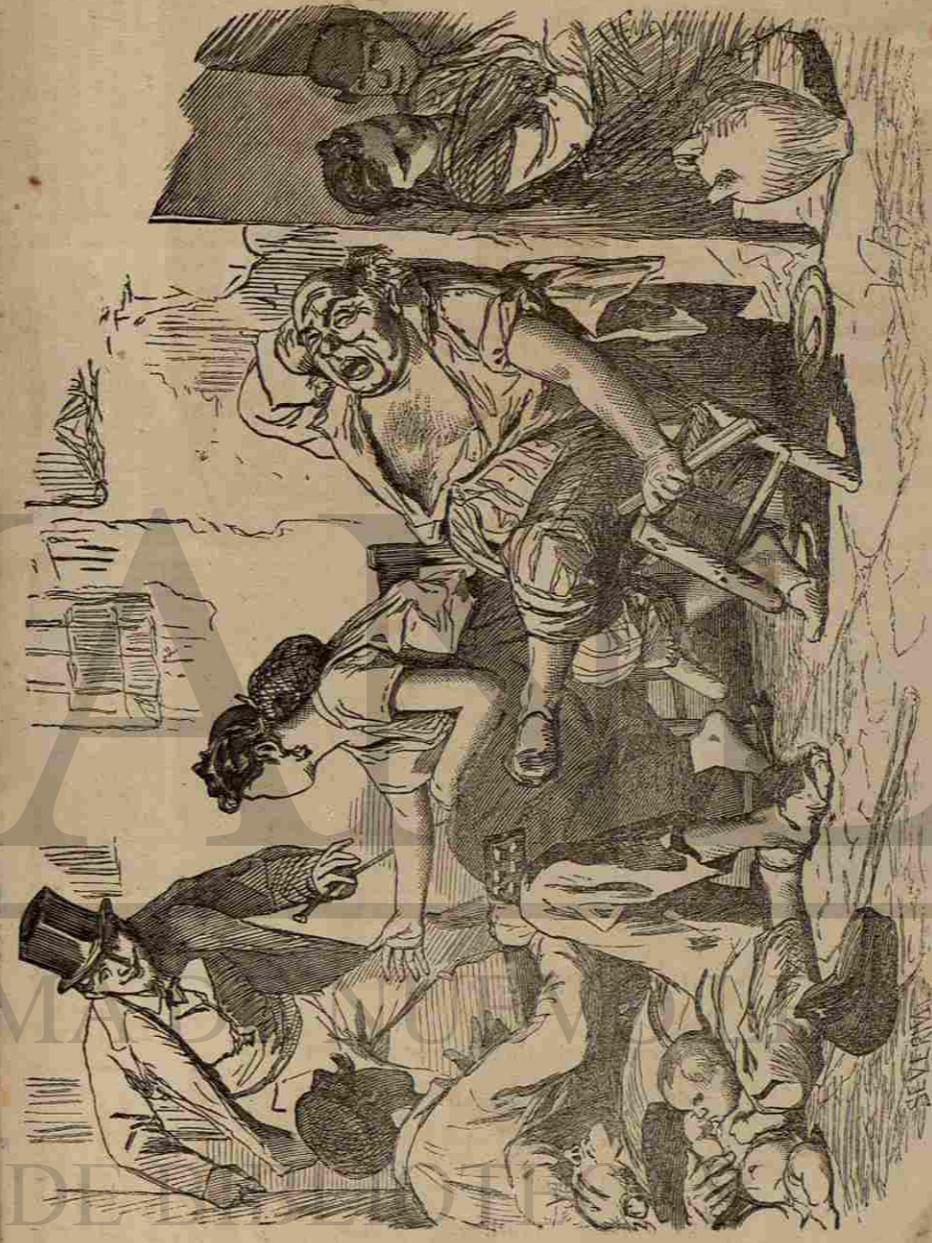
— Cosas cual las de Madrid en parte alguna se encuentran. Vea usted, mi señor don Pedro, esta intrincada maleza. Hemos perdido el camino: entre esta anchurosa selva

para volvernos á casa. ¿cómo hallaremos la senda? — Ay, amigo don Patricio, dé gracias á mi prudencia, si la brújula no traigo, aquí nos comen las fieras.



— Mira, Clándia, amiga mía, lo que es la naturaleza, y lo que es un pecho amante que su amor vé donde quiera. Esas amables facciones del que por las redes trepa,

dolor y placer á un tiempo en mi corazón despiertan. Parecen las del ingrato que en mi juventud primera, marchitó de mi esperanza las ilusiones mas tiernas!



— La acera debe estar libre: el bando es muy terminante. — Hombre, me está usted gustando, ¿quién está mandando en la calle?



CAFES CANTANTES.

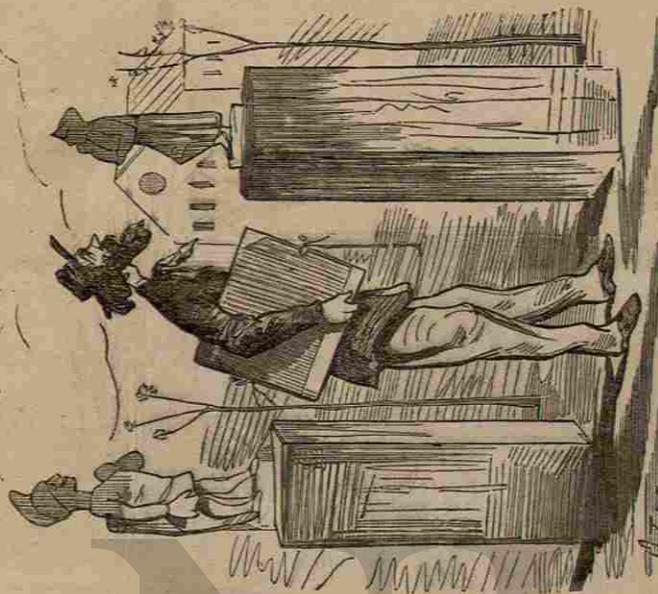
—Chico y chica!—Un chocolate!

—Ay maaaaá!—Mozo, café.

(Dos amigos al paño)

—Qué tal el moka?—Perverso!

—¿Y la música?—Cruel!



pues os han desfigurado
del modo mas lamentable.
Es mucha cosa Madrid
para hacer máscaras tales:
¡oh! si Montañez viviera,
si os mirara Miguel Angel!

—Amigo, ¿quién es usted?
—Yo soy la estatua de Dante.
—Y usted, vecino del caso?
—Yo soy la estatua de Marte.
—Dispensad, amigos míos,
que no os conociera antes,

CAMPOS ELISEOS DE MADRID.



andaban al revés las cosas
y todo está trastornado.
Mas para dar á los bobos
funciones de tres al cuarto,
este palomar es bueno
y no es preciso teatro.

—Mister Will, ¿qué es lo que veo?
—Dicen que esto es un teatro.
—Pues mas bien creyera yo
que era jaula para pájaros:
será tal vez según pienso
que en estos Eliseos Campos



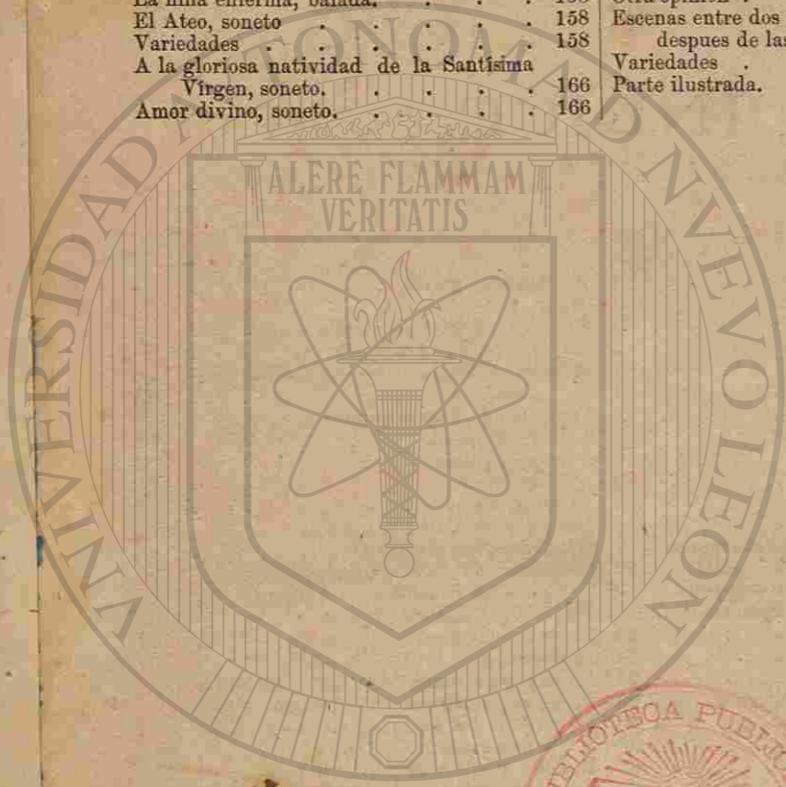
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE.

	PAGS.		PAGS.
Posicion geográfica de Cádiz.	1	A Gayosina, poesía.	73
Épocas célebres.	1	Madrigal	73
Cómputo eclesiástico.	1	En el Album de Covadonga, soneto.	74
Fiestas movibles.	1	La Comedia de Aficionados.	74
Cuatro estaciones.	1	Muchos son los llamados y pocos los esco-	
Cuatro témporas.	1	gidos.	75
Días en que se saca ánimas.	1	Compañía de elogios mútuos	78
Pronósticos para el año 1869.	2	La tórtola, poesía	81
Eclipses de Sol y Luna.	3	Nocturno, poesía	81
Juicio del año.	4	A Júdas, poesía.	82
Santoral.	5	Al reloj, poesía.	82
La Mujer.	17	Las coplas de Calainos	82
Cocina y utensilios hallados en las ruinas		Historia de los Abanicos	86
de Herculano.	22	El Matrimonio entre parientes consanguí-	
Sobre si los antiguos se sirvieron de postas.	23	neos con relacion á los hijos.	88
Caractéres de los manuscritos encontrados		Plegaria de los libres, poesía	102
en Herculano.	23	En el Campo, poesía.	104
Del amianto.	24	El Convento de la Magdalena.	105
La bota de Diógenes.	24	En la primera misa de D. Luis Herrera	111
Uso de las espadas entre los antiguos.	25	Idea de la construccion y decoracion tea-	
Uso de los anillos.	25	tral de los antiguos, de sus vestidos	
De los anteojos.	26	y declamacion.	113
Biblioteca Vaticana.	27	Historia de Clemencia Isaura, poesía.	117
De las gacetas.	28	Leyes constitutivas del drama músico, di-	
Antigüedades de las campanas.	28	manadas de la union de la poesía, mú-	
Invencion de la pólvora.	29	sica y decoracion	119
Resurreccion del Salvador.	30	Efectos fisiológicos de las bebidas espiri-	
Pájaros y flores, poesía	31	rituosas	120
Una excursion veraniega.	32	El testamento del pobre.	122
La gratitud del nubero.	35	El pago de deudas	123
La Primavera, poesía.	39	La vida y la poblacion de España	124
Julian Romea.	40	Producto de las minas de Almería	126
El Verano, poesía.	41	Premio y castigo, poesía.	126
El hombre-pez de Liérganes.	43	La enseñanza de la música como elemento	
Los dos soberanos.	45	de educacion	126
El bergantin Caritá.	47	Magdalena, poesía	127
Geografía del amor.	54	Bibliografía.—Devocionario completísimo	
El Otoño, poesía.	55	por la Sra. D. ^a Gertrudis Gomez de	
Pensamientos y máximas.	55	Avellaneda	128
El Invierno, poesía.	60	Nivelacion de los Institutos de segunda	
Cristo.	62	enseñanza.	130
Cosas de sociedad.	63	El cristiano moribundo, poesía.	136
El Cautivo, poesía	66	La Biblia sin la Biblia	137
Los dos médicos	66	Dante, soneto.	140
Máximas al gusto del dia, poesía	68	Del dinero con relacion á los hombres, y á	
Breve idea de la Elocuencia antigua y mo-		la inteligencia de los hombres	141
terna	69	Cuestion de Criadas.	149

	Pags.		Pags.
La amistad, poesía	150	Junto á la cuna, cancion.	166
Semejanzas	151	La lisonja	166
La madre injusta	151	La Campana	167
Anécdotas	152	Amor á la patria	168
Las vocaciones	156	Mi opinion	169
La niña enferma, balada.	158	Otra opinion	169
El Ateo, soneto	158	Escenas entre dos majos de frac, antes y despues de las elecciones	169
Variedades	158	Variedades	171
A la gloriosa natividad de la Santísima Virgen, soneto.	166	Parte ilustrada.	173
Amor divino, soneto.	166		



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OTEC